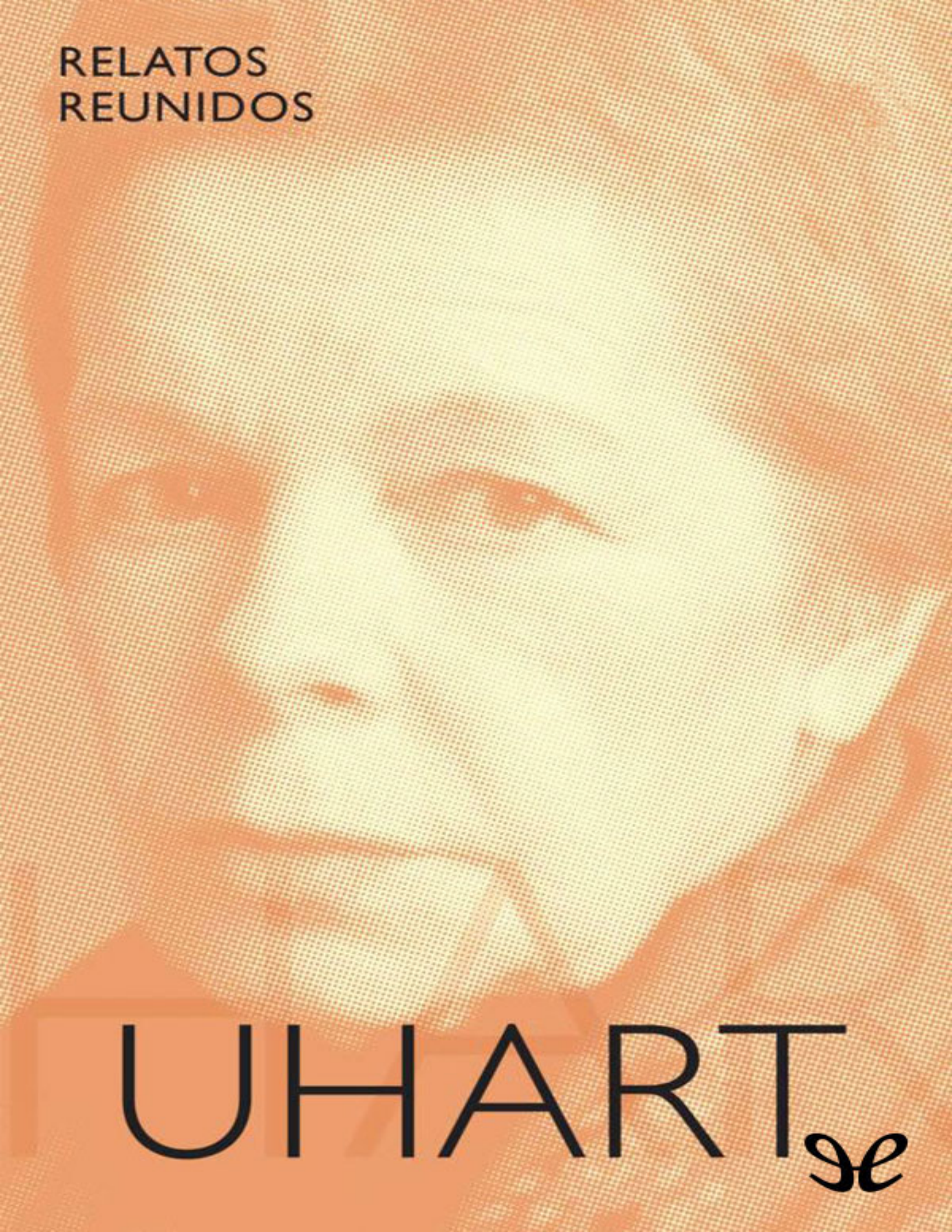
RELATOS REUNIDOS



UHART

«No me gustan los escritores demasiado satisfechos. La mejor tradición de la literatura argentina está construida en esas vacilaciones: es el narrador incierto de Borges o de Hebe Uhart, esa idea de que el sentido no se termina nunca de construir, y que se opone a otras tradiciones en las que el narrador está convencido del orden de las cosas». *Ricardo Piglia*. «Su escritura es tan simple que por momentos parece infantil. Pero de simpleza en simpleza uno penetra en honduras y laberintos donde sólo se puede avanzar si se participa de la magia de ese nuevo mundo. Ni aclara, ni completa una realidad conocida. Revela o, mejor dicho, ella misma es una realidad única, distinta». *Haroldo Conti*. «Hebe Uhart se ubica entre aquellos escritores donde un "modo de mirar" produce un "modo de decir", un estilo: Eudora Welty, Felisberto Hernández, Mario Levrero, Juan José Millás, Rodolfo Fogwill o Clarice Lispector». *Elvio E. Gandolfo*. «Hebe Uhart es la mayor cuentista argentina contemporánea. Dije "la", pero debí decir que sus cuentos, como los de Silvina Ocampo y Sara Gallardo, están entre los mejores de la literatura argentina». *Fogwill*.

Hebe Uhart

Relatos reunidos

ePub r1.2
Titivillus 18.03.2019

Hebe Uhart, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Prólogo

Nada define mejor el mundo de Hebe Uhart que sus títulos. Insólitos y a la vez muy nítidos, anticipan la transparente extrañeza de las historias que se disponen a contar. Ahí están, por ejemplo, «Memorias de un pigmeo», promesa categórica de una autobiografía improbable, o «Las abejas son rendidoras», de una verdad tan meridiana como enigmática, o «Cosas que pegan y cosas que no pegan» y «Ablativo en e o en i», alternativas claras pero de inimaginable desarrollo ficcional, o «El ser humano está radicalmente solo», de una estatura filosófica inconciliable con «El budín esponjoso» o «Guiando la hiedra», más afines a la nimiedad prosaica de una revista femenina que a los devaneos de la imaginación literaria. Hay también un inclasificable elenco de nombres propios —«Angelina y Pipotto», «Florinda», «Danielito y los filósofos», «Leonor»— que se alternan con la identidad incierta de «Él» o «Señorita», como si ya en un nombre o en su falta pudiera cifrarse el misterio de un relato. Porque, ¿quiénes serán Angelina y Pipotto, con esos nombres? ¿Y quién el innombrado «él» y la «señorita»? Pero además, ¿habrá pigmeos que escriban sus memorias? ¿Y qué historia podría surgir de la consistencia esponjosa de un budín o de la tarea menuda de guiar una hiedra que se trepa por el muro?

Todo el arte narrativo de Uhart, sin embargo, se resume en ese cuento breve, «Guiando la hiedra», que podría leerse como suma poética o hilo invisible que guía los relatos. «Aquí estoy acomodando las plantas», se dice en el comienzo, como una advertencia, un desafío, una declaración de principios. La mirada apenas se aparta de las macetas con plantas del jardín, pero la vida entera parece revelarse en ese aleph discreto, doméstico y barrial, desplegado en unas pocas páginas. Ya verá el lector

cuán lejos se puede llegar si se vuelve a mirar todo como si nadie nunca antes lo hubiese mirado. Mirando el jardín «como si fuera de otro», comparando sus colores y sus formas, atendiendo a las relaciones entre las cosas y sus cualidades, es posible entrever un orden más abstracto y más esencial. De la resistencia de la hiedra, su discreción o su frondosidad se llega, por un hilo sinuoso, al peso de la vida, la muerte, la maldad. «Entrad, que también aquí están los dioses», dice Borges que dijo Heráclito de Éfeso a las personas que lo encontraron calentándose en la cocina. Para abrirse al misterio de las primeras preguntas, parece decir Uhart, bastan las macetas de un jardín.

Ese leve corrimiento que extraña la percepción y deja ver otra cosa es a menudo la trama misma de los cuentos o incluso de las *nouvelles*: un pigmeo va a la escuela y observa al mundo «civilizado», una mujer de campo visita a su hijo en la ciudad, una familia de inmigrantes se muda a un suburbio porteño, un criadito de pueblo se hace cura, un muchacho colombiano llega a una pensión en la capital, una escritora argentina viaja a un congreso de escritores en Alemania. Uhart se detiene en un repertorio variado de «ascensos», desde el clásico pasaje del campo a la ciudad, hasta el más insólito deseo culinario de «elevarse» para alcanzar la textura ligera de una «torta Paradiso», resumido en un comienzo antológico: «Yo quería hacer un budín esponjoso. No quería hacer galletitas porque les falta la tercera dimensión».

Los protagonistas de esas aventuras mínimas, levemente absurdas o inconducentes, son casi siempre personas sencillas, aleladas ante una peripecia trivial, que hablan un lenguaje simple pero lleno de matices. Uhart los acompaña de cerca pero a la vez se distancia, como si los observara a través de una membrana porosa, una emulsión que registra sus vacilaciones, sus pequeños grandes dilemas, sus iluminaciones profanas, las frases que dicen sin pensar: «ni en sueños», «de paso hacé tal cosa», «lo que son las casualidades», «un muchacho que vale oro», «a vos te voy a agarrar». No hay afán costumbrista, sin embargo, ni vocación realista de retratar al *tipo en circunstancias típicas*, sino una fidelidad de otro orden: incluso en las vidas comunes hay una extrañeza resistente que los relatos quieren enfocar. La cercanía aumenta si Uhart elige la primera persona,

pero ni siquiera así pierde esa leve lejanía que es la clave de la mirada. Si habla con voces de otros es porque quiere ver el mundo con ojos ajenos para mirar otras cosas y ver más.

La genealogía de esa visión enrarecida se puede recuperar en «Señorita», una suerte de «retrato del artista adolescente» a la personalísima manera de Uhart. Hay un sugestivo aire de familia entre Hebe Uhart —nacida en Moreno, maestra y directora de escuelas de provincia, más tarde profesora de Filosofía en la Capital— y la «señorita» del cuento, que «asciende» desde la infancia pueblerina a la docencia y la filosofía. El parecido tienta a la especulación, no ya para hurgar intimidades biográficas ni para afiliarla a las nuevas «literaturas del yo», sino para ver cómo Uhart transforma la materia desmesurada y viscosa de la infancia y la adolescencia en ficción.

Los recuerdos infantiles no abundan en las memorias. Uno de los silencios más expresivos de las autobiografías latinoamericanas, observa Sylvia Molloy, se refiere precisamente a la infancia, como si la «pequeña historia» no pudiera acomodarse en la gesta del autobiógrafo o la trivialidad de las anécdotas pusiera en duda la dimensión de la empresa. Sólo escritores excéntricos como Nora Lange o Felisberto Hernández consiguen librar a los recuerdos infantiles de esa forma velada de pudor o de censura: la evocación de los primeros descubrimientos los lleva a la autorreflexión y funciona incluso como relato precursor, matriz generadora de vida y al mismo tiempo de ficción. La «lujuria del ver» que marca la infancia de Felisberto, por ejemplo, define también su literatura. No sorprende entonces que, con ecos de Felisberto pero también de Carson McCullers o Flannery O'Connor, la materia autobiográfica de «Señorita» y de muchos otros relatos de Uhart sea casi en su totalidad «pequeña historia»: visitas a la casa de la abuela, parientes y vecinos, clases en la escuela, incidentes domésticos, lugares comunes de una familia media de clase media. La medianía de la anécdota, precisamente, alumbra la excepcionalidad de la visión. En la rememoración, la interrogación adulta —filosófica— por las primeras causas, recupera y se confunde con la percepción desviada —rara— de la infancia, como si esa superposición permitiera fundir la virginidad de ambas miradas y las profundizara.

«Señorita» cuenta así un aprendizaje, una iniciación en la diferencia, un progresivo desvío de la expectativa familiar, la moral social impuesta, el recato y la medida —un «cómo-no-hacerse-señorita» conforme a la típica medianía de la clase media—, que es también una iniciación literaria, una negativa a las ideas recibidas y a la tiranía del lenguaje. La literatura es una llave de acceso al «otro lado», un salvoconducto, un talismán: «"¡Ah, qué bien crecidita que está!". ¿Qué podría responder a eso? Yo, que había leído a Vallejo —"¡Cuándo nos encontraremos sin paquetes!"—, bien crecidita, como si fuera un chancho, un pato». El «lado de acá», inaceptable en su insensatez mecánica, es una vez más en la literatura argentina, la clase media; el agujero negro, el lugar común del lenguaje. Y sin embargo no hay en Uhart el rencor arltiano, ni la atracción del «otro» puro de las lenguas de las criadas de Silvina Ocampo, ni la mezcla de fascinación y rechazo de Cortázar, ni siquiera el ímpetu mimético de Manuel Puig. Apenas una perplejidad frente al estereotipo, que se redime con el exceso y la intensidad, pero también con la lucidez de la distancia. Apenas resaltada o separada del resto por las comillas, una frase hecha o una palabra cualquiera pueden volver a significar y transformarse incluso en motivo de un relato. «Había aprendido las palabras "acrisolar" y "tornasol" y también la expresión "un barco de gran porte". Esta última era una frase llena de presagios, de futuro». En el mundo de Uhart *el ser humano está radicalmente solo* pero todos —señoritas, directoras de escuela, maestras, niños, viejos… pigmeos— tienen derecho a ese módico salto de excepción e intensidad.

«Tengo muy pocos principios o convicciones firmes», escribe Uhart en una breve autobiografía, «pero sí creo en que debemos tratar bien a los que tenemos cerca y en que todas las personas tienen derecho a momentos de placer, alegría, o como se llame». Filósofa doméstica, etnógrafa vocacional, etóloga aficionada (se aprende mucho comparando a los humanos con los animales), Uhart no sólo le ha dado a la narrativa argentina una variable personal del realismo, sino también una modesta ontología y una filosofía vital. Convirtiendo lo anodino en importante, sus ficciones se acercan a la naturaleza a la vez prodigiosa e incognoscible de lo real o, para decirlo con el francés Clément Rosset, a lo real en su

carácter insignificante, único, *singular*. «Yo entiendo las cosas como a mí me parece, como yo pienso, de otra manera», dice el Danielito de «Danielito y los filósofos». Uhart ha afinado esa mirada al sesgo, duplicada en narradores que se acercan y se alejan, vibran con la proximidad de las personas y las cosas y a la vez se abisman, se hacen preguntas inauditas, traman conexiones arbitrarias, definen, clasifican, comparan. Sólo de lejos y al sesgo, nos enseña la ciencia a fin de cuentas, es posible percibir un objeto en la penumbra: el contorno de la retina puede captar lo que rodea al punto de mira, mientras que la fijación directa del objeto resulta ciega porque el centro de la visión sólo se excita con las luces vivas. Anoticiada intuitivamente de ese mecanismo, Uhart capta esas minucias de la experiencia o del lenguaje en las que nadie repara, tan nimias y tan efímeras que ni siquiera anclan en la conciencia, en una suerte de micrometafísica que extraña y reencanta el mundo cotidiano. También la propia identidad se capta al sesgo, como un huésped familiar y al mismo tiempo invisible, o visible desde un ángulo de visión que impide identificarlo de forma certera. Y es así, mirando al bies, como Uhart consigue rozar la intimidad de las vidas que observa, y observarse. Esa modesta conquista le da a la voz un tono inquieto y a la vez sereno, alerta y reposado, que invita al lector a acompañarla a donde vaya, a la tercera dimensión de un budín esponjoso, los ablativos en e o en i, o las plantas del jardín.

«Me siento tan humilde y tan gentil al mismo tiempo», escribe Uhart en el final de «Guiando la hiedra», «que agradecería a alguien, pero no sé a quién. Reviso mi jardín y tengo hambre, me merezco un durazno. Enciendo la radio y oigo que hablan de onza troy: no sé qué es, ni me importa: arre, hermosa vida». El hilo invisible que guía el relato la ha llevado, perdiendo lastre, a una aceptación gozosa del mundo que es también un estado de gracia y una forma de generosidad. «La alegría», escribe también Rosset, «designa una disposición viva y alerta del cuerpo, aparentemente desembarazada de todo peso». No encuentro mejor definición para la sabiduría etérea de la literatura de Hebe Uhart.

GRACIELA SPERANZA

La luz de un nuevo día

A mi mamá

Todavía no se explicaba cómo se pudo caer. Ella fue a tender una colcha en la terraza y cuando bajó la escalera se comió el último escalón. Estaba todo oscuro y si bien tuvo la sensación de que daba un paso en falso en el aire, fue como si algo, el espíritu de esa oscuridad, la obligara a hacerlo. Después se cayó y no se podía levantar. Pero desde varios años atrás, algo le pasaba con el último escalón de la escalera, sobre todo cuando el pasillo estaba a oscuras, pisaba el penúltimo escalón y una especie de vértigo la llevaba a comerse el último. ¿Quién la iba a levantar? Doña Herminia era vieja como ella, pero gritó y unos jóvenes que Dios le mandó, una parejita, ojalá tuvieran diez hijos y vivieran mil años, la socorrieron y la llevaron a su cama y adonde estaba doña Herminia. Los jóvenes son buenos; los medianos, no. Los jóvenes como ésos son buenos como su nieta, pero su nieta siempre estudiaba de esas cosas que se estudian ahora y a ella mucho nunca le gustó el estudio. Doña Herminia la recibió a ella en su casa y le explicaba todo con paciencia, porque ella había tenido estudios.

Doña Herminia recibía en su casa a todas las personas que necesitaban ayuda. Desde que sus hijos eran pequeños, había tenido siempre una familia paralela a la propia. Cuando tenía los hijos chicos, antes que éstos comieran, comían un plato de sopa en la cocina, cuatro chicos silenciosos, que hablaban sólo si se les preguntaba algo y con voz entrecortada, en un tono inaudible, como para hablar junto al oído.

Una de ellas, con una nube en un ojo, era tratada por doña Herminia con el cariñoso nombre de Rosita; nunca usó un diminutivo para sus

propios hijos. Más adelante el ahijado fue Walter Lioy Lupis, llamado Pulenta por sus compañeros de escuela; Pulenta cortó la soga de la bandera de la escuela, hizo caer el pizarrón de la clase al suelo y apareció un día por los bosques de Palermo viviendo a una gran distancia de allí.

Los cuatro chicos también recibían repaso de lectura, repaso que hacían con esa voz apenas audible, mientras la señora que hacía la limpieza se moría de rabia porque quería acabar de lavar los platos pronto. Ahora, como a Walter Lioy Lupis era imposible hacerle repasar la lectura, porque no entraba en sus planes, y como ese chico le producía ataques de ira a la señora que limpiaba, él recibía una manzana, un pancito y consejos útiles para su vida. El lema de doña Herminia era «Los que están bien se arreglan solos», aplicable a hijos y entenados; pero no se crea que por eso era una especie de San Francisco de Asís, si bien tenía su parte de San Francisco de Asís, tenía otra parte de Borgia. Porque si un canario cantaba fuerte a la mañana temprano, decía:

—Yo a ese canario le retorcería el pescuezo.

Si le contaban que habían estafado a alguien, decía:

—Hay que ser estúpido para dejarse estafar.

Y si le contaban de alguna mujer que estaba enamorada de algún hombre un poco atorrante, decía:

—Yo prefiero cuidar chanchos a seguirle el tren a una porquería semejante. Las mujeres de ahora no tienen dignidad, es natural que les pongan la pata encima.

Doña Herminia rezaba dos horas por día, aparte de ir a misa todos los días. Rezaba por los caminantes, por los navegantes, por los que pierden la senda, pero por sobre todo, por los muertos, y entre los vivos, eran preferidos los que tenían cargas muy grandes en la familia, por ejemplo, podría ser una madre anciana y ciega con un hijo mogólico.

Le prestaba dinero a doña Josefa que se iba en taxi a lo del brujo para que le adivinara el porvenir; también le prestó dinero a doña Josefa para que se hiciera hacer unos zapatos a medida, ortopédicos, que en vez de corregirle los juanetes, se los agrandaron. Josefa se quejaba de los juanetes y de la

estafa pero como farfullaba largas peroratas sobre sus miserias, no se sabía cuándo se quejaba de los juanetes y cuándo de la estafa. Ella, Genoveva, no la aguantaba mucho a Josefa y cuando la veía por la calle, se detenía a mirar alguna vidriera, pero doña Herminia caminaba a la par de Josefa y de vez en cuando le decía:

—Claro.

También venía a lo de doña Herminia esa chica gorda Silvia, paralítica que iba en sillón de ruedas. Ella cruzaba la calle ayudada por todo el mundo, principalmente les pedía a los hombres que la cruzaran.

Una vez uno quiso cobrarle por cruzar. Silvia hablaba, hablaba con doña Herminia, porque había tenido estudios, y a la noche no se iba nunca. Genoveva, cuando se aburría y tenía sueño, decía:

—Bueno, Genoveva se va a dormir.

Y las dejaba. Los viejos y los jóvenes son buenos. Los medianos, no. Su nuera ahora le iba a preguntar por qué se cayó y de sólo pensarlo se sentía en falta. Acostada en su cama pensaba en qué le diría a su nuera, porque le iba a preguntar. Era porque la escalera estaba encerada y el piso muy resbaloso, por eso era. Ella miró bien y creyó que había puesto el pie en el último escalón; no era que anduvo distraída, qué esperanza, pero parece también que la pata no respondió. Habrase visto esa pata. La hija de la señora Herminia, no se puede decir que fuera mala del todo, pero si venía a comer con ellas, leía el diario mientras comía y una vez miró boxeo por televisión, que boxeo es una cosa que ella no podía tolerar ni comprender. Además, comen, levantan la mesa ni bien terminan de comer, hablan con esa voz fuerte, se llevan el mundo por delante. Si ella sabía, dejaba la colcha sucia toda la vida, maldito sea el momento en que se le ocurrió tender la colcha. Nunca la quiso en el fondo y le trajo mala suerte. Eso le iba a decir a su nuera. Que la colcha le trajo mala suerte.

—Doña Herminia —dijo.

—¿Qué, Genoveva?

—No me puedo mover. ¿Adónde me van a llevar?

—Va a tener que internarse, Genoveva, por ahí es una fractura.

—Si, Dios no lo permita, tengo que ir al hospital, con perdón de la palabra, a la vuelta querría venir acá. ¡Ay, no me puedo mover!

—Bueno, bueno, ya viene mi hija.

No era la hija. Era un médico brotado quién sabe de dónde. Entró, miró todo rápidamente mientras Genoveva le decía:

—Yo fui a tender la colcha y cuando estaba por llegar abajo de la escalera…

Él le dijo:

—Destápese.

Miró y dijo:

—Es fractura de cadera. Debe internarse. Son veinte millones de pesos.

Genoveva, que no había entendido bien le dijo a doña Herminia:

—¡Qué suerte que se fue tan pronto! Seguramente no era nada, porque si fuera algo grave, se hubiera quedado más tiempo.

—No, Genoveva, es… es…

—¿Qué es, doña Herminia?

—Es fractura de cadera.

—¡Ah! —dijo Genoveva desilusionada.

Y le entró como un sueño, como un sopor, un desinterés. Después vino la nuera y le preguntó:

—¿Por qué se cayó?

Pero Genoveva estaba como en una especie de fiebre y hablaba de unas albóndigas. De repente mejoró un poco y se conectó mejor, pidió agua; la nuera le volvió a preguntar:

—¿Se puede saber por qué se cayó?

—Ah, no me acuerdo —dijo Genoveva.

Después vino la hija de doña Herminia y preguntó entre alarmada y con aire de mártir:

—¡Ay! ¿Cómo se cayó?

Y después preguntó a doña Herminia:

—¿Otra vez se cayó?

—Cualquiera se puede caer —dijo doña Herminia.

Mientras doña Herminia acompañaba a Genoveva, la nuera y la hija, las dos medianas, se repartían las próximas tareas a hacer.

La nuera dijo:

—Yo puedo internarla mañana, hoy no, porque hoy tengo clase de ikebana y de expresión corporal.

La hija de la señora Herminia no tenía clase de nada, pero para no ser menos, le dijo que esa noche tenía clase de galés precámbrico. Finalmente, cada una sacó su agenda, cotejaron sus horarios. Doña Herminia espió para ver qué estaban confabulando; ella opinaba que los medianos no piensan más que en el dinero y los medianos que no piensan en él, son unos estúpidos. Pero, reflexionaba, son útiles para pedir cosas ante las autoridades, para todos esos trámites de carnets, que son tan largos, ellos se las ingenian para hacerlos rápido. La nuera no podía dejar su clase de expresión corporal porque le iban a enseñar un movimiento que era la culminación y el compendio de todo lo aprendido durante el año; o sea, perder esa clase equivalía a perder más de una clase; pero eso era largo de explicar y sólo lo entendería una persona que hubiera hecho expresión corporal. Miró el reloj y dijo:

—¡Qué tarde! ¡Qué barbaridad!

Y ofreció sus servicios para el día siguiente.

—Y sí —pensó la hija de la señora Herminia—. Ella tendría que internarla. Buscó los documentos de identidad y los carnets correspondientes. Doña Genoveva tenía un hermoso portacarnets con cuatro divisiones, para poner los documentos, pero lamentablemente no estaban allí. En el primer casillero había un hermoso paisaje en colores, en el segundo, una foto de un perro lanudo y blanco en la puerta de una casa, en el tercero, unos chicos en una playa, y en el cuarto, dobladita como para ocupar el tamaño adecuado, una receta de cocina. Los documentos estaban repartidos en viejas carteras, todas en buen estado de conservación, pero se notaba que no estaban en uso; eran sucesivas carteras, todas parecidas, reemplazables unas por otras, contenían documentos, ramitas secas de olivo y espejitos perdidos.

Revolver en las carteras y en la ropa de Genoveva le produjo a la hija de la señora Herminia una sensación ambivalente; por un lado, sintió cariño y protección por ese ser tan indefenso; por otro, fastidio, por el mismo motivo. Genoveva estaba mansamente tirada en la cama, mientras otros disponían de ella en la otra habitación.

Unos días después, la hija de doña Herminia fue al hospital para ver a doña Genoveva.

—Por favor —dijo Genoveva—, sacame este pulóver que tengo entre las piernas.

Ella miró y no había ningún pulóver, eran heridas como de clavos.

—No es un pulóver —le dijo—. Son heridas. ¿La operaron?

—No que yo sepa. Vaya por Dios.

—Sí, la operaron a la abuelita —dijo una señora joven, que estaba con un camisón con aire de estar sana dentro de la cama.

—¿Me operaron? —dijo Genoveva con profunda sorpresa—. ¿Y cómo no me di cuenta?

—Porque le pusieron la anestesia, abuela —dijo la señora que era muy comprensiva.

—Ah —dijo Genoveva, pero como si hubiera algo más incomprensible, algo más allá de la operación, como si ella pasara de sobresalto en sobresalto.

—¿Y tu mamá? —dijo después.

—Bien, bien.

—Cuidala bien y no dejes que se quiebre una pata, vaya por Dios.

—Va a venir a visitarla.

—Que no venga, válgame Dios, a ver si se cae. No, es muy peligroso… hay peligros, la calle es resbalosa, esta escalera es muy caracola…

La hija de la señora Herminia tenía tendencia a hacer preguntas metafísicas en momentos inoportunos. Entonces le dijo:

—¿Qué es lo peligroso?

—Eso, peligroso —dijo Genoveva como si pensara en otra cosa mientras sonreía.

La señora joven que parecía sana la vio sonreír a Genoveva y dijo, con aire de reconvención a la hija de la señora Herminia:

—Póngale la chata. Hace mucho que no va de cuerpo.

Después que hizo sus necesidades, su cabeza funcionó mejor. Además, Genoveva era indudablemente una persona prudente, se quejaba prudentemente de que las enfermeras no venían cuando las llamaba, y aunque a veces desvariaba un poquito, tenía el arte de no criticar en voz alta si había alguna enfermera cerca, y cuando la limpiaban decía «Gracias, gracias» y sonreía como un pajarito.

Un día recibió una visita que le hizo bien. Un doctor joven y simpático se sentó en la cama y le dijo:

—¿Cómo le va, abuela?

—Bien, gracias. ¿Cuándo voy a caminar, doctor?

Él le dijo, riéndose:

—¿Vamos ya? ¿Nos levantamos y caminamos?

—¡Válgame Dios! ¡Dios lo oyera y le dé cien años más de vida!

Entonces Genoveva intentó pararse y él le dijo, medio riéndose:

—No, tesoro, hay que esperar unos quince días.

—¿Quince días? —dijo con aire de asombro Genoveva—. Me parece mucho tiempo.

Estaba haciendo un cálculo arduo. No recordaba en qué mes estaba ni qué día era, no quería preguntarlo. Pero el doctor se dio cuenta y le dijo:

—Hoy es 20 de septiembre.

—¿Cómo?

—Hoy es 20 de septiembre.

—Ah, gracias, gracias —dijo, como si «20 de septiembre» fuera algo valioso en sí mismo, una especie de regalo.

Serían las seis de la mañana y comenzaba la luz. Genoveva se levantó tratando de no hacer ruido y llegó hasta la silla que estaba cerca. La silla la iba a ayudar a caminar. Usó toda su concentración, su propósito y su fuerza en llegar a la silla; no pensaba en otra cosa. No bien la movió, la silla hizo

ruido y la señora joven que estaba en la cama con aspecto de estar sana le dijo:

—¿Qué pasa, abuela?

—¡Vaya por Dios! ¡Qué susto! —dijo Genoveva.

La señora joven meditó en su cama sobre si llamaba a la enfermera o no. Alborotar en el hospital era pecado y estaba pensando si ella podía corregirlo o aumentaría el pecado de alboroto llamando a la enfermera. Decidió que no correspondía esto último y se quedó mirando a Genoveva tratando de averiguar sus designios. Genoveva empezó a caminar apoyada en la silla, con las piernas duras y llegó hasta la puerta. En su esfuerzo por no hacer ruido, de repente iba silenciosa y por momentos, cuando más quería evitarlo, la silla daba unos chillidos atroces. Al llegar a la puerta de la habitación que daba al pasillo, vio un bulto: era la enfermera caba, la enfermera gorda. Aun vista de lejos bajo esa primera luz de la mañana que volvía todo dudoso, era tan rotunda, tan consistente, que Genoveva después de espiar y sin saber que era la enfermera caba, se volvió para su cama. Pero estaba muy contenta porque había caminado y además porque esa mujer gorda de blanco no la había visto. Pero sus piernas estaban duras. Por eso, debían ser hijas del rigor. A la nochecita, cuando todos cenaron y estaban en la cama, ella se dispuso a salir de nuevo pero esta vez empujando con energía a sus piernas; entonces las insultaba, sobre todo a una, le decía: «Vamos, camina, estúpida, no te hagas la chancha renga, ¿qué te has creído, eh?». Y parecía que la pierna entendiera, porque obedecía un poco más. «Habrase visto, no querer caminar —le decía—. Avanza un poco más, avanza un poco más».

Cuando pudo avanzar un poco más, siempre acompañada por la silla, empezó a pensar:

Sí, ella iba a caminar para ir a la casa de doña Herminia. Allá había que comprar la carne bien comprada, había que dar vuelta el colchón, porque doña Herminia sola ya no podía, y después estaba también la fabricación del puré. El puré que ella hacía le gustaba a doña Herminia, porque como ella era una mujer de estudios, hacía un puré granuloso, en cambio a ella le salía un algodón, le dejaba siempre hacerlo a ella. ¿Quién lo iba a hacer ahora que ella no estaba? Y a la tarde, Genoveva leía en su

libro de Misa, al lado de la ventana, donde estaba el plátano. El plátano no daba frutos, pero tenía una hoja verde y ancha, que parecía comestible. Ella iba a ir a sentarse para ver el plátano si Dios la ayudaba y si la enfermera gorda, Dios no lo quiera, no le impedía caminar ayudada por una silla. No tenía que verla la enfermera gorda, si la veía la iba a retar tanto que del miedo se le iban a aflojar las piernas.

Un día salió a caminar un poquito por el pasillo, como los días anteriores, pero había más revuelo en el pasillo central y se quiso acercar a mirar, era como un mareo de tanto revuelo; unos pasaban con frascos de líquido amarillo; otros, llevando gente en sillas de ruedas, un hombre iba en piyama y una enfermera iba con una torta.

Entonces Genoveva con terror de caerse porque avanzaba tanto, se fue acercando mientras insultaba a la pata para que respondiera. Por un lado decía: «Pata, respondé o te castigo», por otro pensaba en el puré que iba a hacer cuando fuera a lo de doña Herminia, y por otro sentía un mareo, un temor, como si viera todo nebuloso alrededor. Pero cuando llegó al centro del pasillo, sintió una voz que decía:

—¡Bien, abuela, bien!

Y otra voz agregó:

—¡Mire qué bien, cómo camina la abuela!

Ella sonrió con su humilde sonrisa y dijo:

—Gracias, gracias.

Y la enfermera gorda tuvo que ver esto cruzada de brazos, esa infracción a las leyes del hospital, porque todos estaban rodeándola y festejándola.

Doña Herminia deseaba que viviera y que volviera Genoveva; pero como sabía que había que aceptar la voluntad de Dios y la voluntad de Dios a lo mejor era que ella muriera, doña Herminia le iba a rezar a San Antonio de la medalla milagrosa, para que por su intercesión fuera acordada la gracia.

San Antonio de la medalla milagrosa no era un santo al que se pudiera molestar todos los días; había que reservarlo para circunstancias especiales; era para convocarlo justamente cuando uno sentía que los otros

santos se hacían los fesas. Ahora, ¿cómo era posible que una persona como doña Herminia, que había tenido estudios, que era capaz, en caso de apuro, de enunciar correctamente la ley de Boyle-Mariot o de ubicar de acuerdo a la lógica de los acontecimientos, la fecha de la batalla de Maipú, cómo era posible que creyera en San Antonio de la medalla milagrosa? Por un problema de jurisdicciones y domicilios; San Martín tenía su domicilio y jurisdicción en los Andes, la jurisdicción de la ley de Boyle-Mariot abarcaba los líquidos y San Antonio de la medalla milagrosa actuaba, desde su lugar espiritual, en los casos difíciles, siempre que no se lo molestara demasiado. En fin, cada uno en su casa hace lo que quiere y lo que puede. San Antonio de la medalla milagrosa no era como San Antonio de los objetos perdidos; a este último uno lo invocaba buscando por ejemplo el plumero por toda la casa, pero era una búsqueda alegre, despreocupada; uno revisaba los rincones, se encontraba con un poco de polvo y recordaba que ese lugar precisaba una barrida; San Antonio de la medalla milagrosa requería todo el esfuerzo, toda la concentración del pensamiento puesta en el pedido. Una vez que rezó y que hubo pedido su parte, sintió el aflojamiento de la fatiga y esperó pacientemente que el santo hiciera la suya.

Cuando estaba por hacer su desayuno con la leche que reconforta y las galletitas que dan fuerza a las piernas flojas, sonó el timbre. Sonó el timbre y oyó un tamborileo de dedos en el vidrio de la ventana de afuera; alcanzó a ver una cara borrosa y una manito que se agitaba alejándose en gracioso saludo y un auto que partía. ¿Quién era? No la conocía. Después, el timbre, insistente; salió a ver y era nada menos que Genoveva.

Genoveva, cuando la vio a doña Herminia, dijo:

—¡Dichosos los ojos!

Doña Herminia no podía decir lo mismo; tenía a sus ojos absolutamente domesticados desde hacía mucho tiempo: no les permitía que se sobresaltaran por nada. Doña Herminia pensó que era una suerte que no hubiera moros en la costa; la nuera se había ido y por suerte esa mañana no vino su hija; su hija ya le había dicho, con voz entre agorera y amenazadora, que para que volviera Genoveva a esa casa, era muy conveniente que trajera consigo una constancia de salud física, otra de

equilibrio homeostático, un electroencefalograma y un pronóstico a corto y mediano plazo acerca de su enfermedad.

Doña Herminia observó que Genoveva caminaba con mucha dificultad, casi con dolor y que el dolor de caminar la hacía palidecer. Y bueno, pensó: «no va a correr una maratón. Con que camine de la pieza al baño, es suficiente». Después que se saludaron y que le guardó el bolsito a Genoveva, le preguntó solícita:

—¿Ya desayunó?

—Creo que sí —dijo Genoveva.

—¿Cómo, creo que sí, vamos, Genoveva, tomó o no el desayuno?

—Algo.

—¿Y qué tomó en el desayuno?

Genoveva pensó y pensó y después dijo, un poco alarmada:

—¿Sabe que no me acuerdo?

—Bueno, bueno, no es nada. ¿Quiere desayunar de nuevo, o bah, digamos, desayunar?

—Si no es molestia —dijo Genoveva con una sonrisita agradable, como la de alguien que comete una picardía pequeña y buena.

—Y bueno —pensó doña Herminia—, perdió la memoria. Y bueno ¿para qué necesitaba tanto la memoria? Historiadora no iba a ser. Bah, y a veces, cuando una persona sufre mucho en la vida, casi es un bien perder la memoria, Dios sabe lo que hace…

Genoveva lavó los peines, durmió la siesta y después a la tarde, entre las dos hicieron un pan dulce con mucha fruta abrillantada, nueces y pasas. A la noche, cuando se fueron a dormir, cada una en su habitación, doña Herminia la despidió en el marco de la puerta, diciéndole:

—Que el Señor nos conceda la luz de un nuevo día.

Pero antes de irse a dormir, apoyaron las palmas de las manos mutuamente, se sonrieron mirándose a los ojos, con amor carente de todo rencor.

Angelina y Pipotto

Había una vez una mujer que se llamaba Angelina, pero la gente del pueblo le decía vieja y los chicos, vieja loca, porque una vez en la feria le pegó con un palo al feriero. Y por eso también los chicos decían que llevaba bastón, pero ella no llevaba bastón y andaba bien derecha. Su marido se llamaba Pipotto y era gordo y colorado, y se pasaba todo el día tomando vino, que guardaba en una cuba en el sótano. Todos los días, cuando Angelina dormía, él iba al sótano y tomaba de la misma cuba. Entonces ella se despertaba y decía:

—Siento olor a vino.

Y se iba al sótano y allí lo corría, y él dejaba la cuba destapada, y como nadie la tapaba, venía la cabra a lamer todo. Entonces Pipotto corría dando grandes gritos:

—¡Mi vino! ¡Mi más querido vino!

Cuando la cabra se emborrachaba, Angelina le pegaba, para que así aprendiera, y si su marido Pipotto estaba borracho, también le pegaba a él, pero si él no estaba borracho, él se indignaba contra la cabra y los dos empezaban a pegarle y después la ponían en el establo.

Cuando llegaba el tiempo de emparvar, Angelina limpiaba la horquilla y la preparaba desde mucho tiempo antes, y a veces emparvaba desde que salía el sol hasta la noche, y una vez tuvo que quemar todo el pasto porque había encontrado una lagartija colorada y las lagartijas coloradas traen fiebre y el dolor de muelas. Entonces Pipotto lloraba y decía:

—Es demasiado pasto; el pasto mejor que he tenido en mi vida.

Y sollozaba.

Angelina, mientras, iba poniendo teas encendidas y lo miró con una tea en la mano y Pipotto dijo:

—La fiebre es muy mala.

Y se puso a quemar él también, pero no quiso quemar a la lagartija, ni tampoco quiso verla viva, aunque fue a verla cuando su mujer la echó al río y dijo:

—Cubierta de agua es distinto.

Y se tumbó para mirarla, y después salió corriendo hasta su casa.

Cuando era domingo, tocaban las campanas y Angelina se ponía un vestido violeta. Era muy flaca y el vestido le quedaba grande. Pipotto se ponía el reloj nuevo y se iban en carro a la iglesia, donde estaba el predicador. Desde que cantaban los gallos Pipotto tomaba vino, pero estaba permitido porque era domingo. Él manejaba el carro, y a veces cantaba despacio y Angelina miraba un libro de oraciones que decía:

con flores a porfía
que madre nuestra es

Y entonces le decía a su marido:

—Deberías cantar «Porfía» y no esas cosas inmorales, porque estamos a dos cuadras de la iglesia.

Y señalaba con los dedos las dos cuadras, pero Pipotto no se acordaba de Porfía y ya no cantó ningún canto.

En la iglesia el predicador decía cuando entraron:

—No se debe incendiar los campos, y tampoco se puede tomar mucho vino, porque el que toma mucho vino después incendia los campos. Yo no lo digo por nadie en particular y lo digo por todos en general, y ahora vamos a cantar este canto.

Y todos cantaron:

Con flores a porfía
que madre nuestra es

Una vez vino un forastero que dijo que era conocido de ellos porque conocía a unos parientes que vivían en Aquitania. Y ese conocido quería comprar una parcela de campo y Pipotto se acordaba de Aquitania y decía:

—¡Qué vacas había!

Y el otro decía:

—¡Qué vacas!

—Había un río azul del todo, no tenía nada de sucio.

—Es cierto.

—Y no era sólo un río, era un río con puente; y no era puente de madera, porque era puente de hierro.

—Sí —dijo el otro con modestia—. Era un puente de hierro.

Y mientras, Angelina los miraba y se ponía los anteojos y enarcaba las cejas y vio que el conocido tenía el pelo colorado y por si acaso, se hizo el nombre del padre.

Y Pipotto decía:

—Allá vivía Cola de Mula.

—Se murió Cola de Mula.

Y Pipotto lo miró fijo y dijo:

—Entonces no es lo mismo.

Pero el otro sonrió y dijo rápido:

—Ah, pero hay muchas cosas más, hay faroles de carnaval y para la fiesta de San Juan, hay un negocio donde venden nueces y billetes de lotería.

Entonces Pipotto golpeó el suelo con el pie y dijo:

—Sin Cola de Mula no es lo mismo.

Y se empezó a emborrachar.

El otro decía:

—Cierto, no es lo mismo.

Y el forastero no se emborrachaba y decía:

—Usted tiene mucho campo. Es demasiado campo para una casa sola.

Angelina observó otra vez que era pelirrojo y entonces dijo:

—Son 887 pesos.

Pero el conocido no quería discutir con ella, quería discutir con Pipotto, porque Pipotto decía:

—¿Para qué sirve el campo? El campo no sirve para nada.

Entonces Angelina le echó un balde de agua a su marido y el hombre pelirrojo agarró el paraguas y los guantes y dijo:

—Muy buenas noches, que lo pasen bien, se me ha hecho muy tarde.

Y desapareció.

Una vez Pipotto estaba muy enfermo y no quería prepararse para la buena muerte. Angelina buscó un libro de oraciones que había sido de su abuela, y estaba en el baúl en un rincón, bajo unas ramas secas de olivo.

Angelina se sentaba al borde de la cama y decía:

—Hay que repetir así: «Desdigo lo que dije, desoigo lo que escuché y deshago lo que hice».

Y Pipotto se tapaba la cabeza con la almohada y miraba si venía el alba. Si todavía era de noche, él repetía lo del libro de oraciones, pero si oía cantar el gallo, se sentaba rápido en la cama y decía:

—Hay luz. Ahora ya hay luz.

Y así todas las noches. Entonces Angelina decía:

—Es Satanás que se encarnó y lo tengo que sacar.

Y ella iba con un tacho lleno de agua y esparcía agua por todos lados y también sobre Pipotto, que no se daba cuenta y decía:

—Desdigo lo que dije —y de repente espiaba la ventana y veía luz y decía:

—Ya hay luz. Ya cantó el gallo.

Un día a la mañana, vino el recaudador del gobierno que tenía un sombrero blanco de paja, y ellos no lo conocían pero lo hicieron entrar. Ellos no votaban porque eran muy viejos y tampoco sabían qué gobierno había, y se creían que ese recaudador era el del rey Víctor Manuel. Entonces el recaudador dijo:

—Después de Víctor Manuel hubo ocho reyes primeros y tres reyes segundos y un rey tercero que duró dos días y lo sacó la revolución. Ahora gobierna el rey Evaristo.

Entonces los dos viejos se miraron, se encogieron de hombros y Angelina preguntó:

—¿Y ese rey qué quiere? ¿Chanchos, cabras o queso? Queso no tengo, pero sí una cabra y tres chanchos.

Entonces el recaudador se fue al establo para mirar los animales y a cada rato se tocaba el sombrero blanco y fruncía las cejas. Después anotó dos chanchos y Angelina miraba un poco lo que escribía y otro poco el sombrero blanco, y después lo acompañó hasta la puerta. Cuando se fue, el recaudador hizo bocina con la mano y dijo, con mucha dignidad:

—Recuerden, es el rey Evaristo.

Y ellos se fueron a freír un pedazo de tocino.

Un día Pipotto sacó el dinero del colchón porque lo habían abierto para cambiarle la lana, y después no se acordaba dónde lo había guardado. Pipotto no le decía a su mujer que no se acordaba, porque tenía miedo, pero un día empezó a buscar en distintos tachos y Angelina, que estaba lavando, le preguntó:

—¿Qué es lo que estás buscando?

—Nada —dijo Pipotto.

—Es el dinero —dijo Angelina—. Hace tiempo que falta. Si lo gastaste quiero otro dinero igual a ése enseguida.

Y entonces los dos se pusieron a buscar y era de noche, y estaban sin linterna ni nada, y de pronto Angelina vio un pedazo de tierra removida y empezó a sacar tierra con la pala y dijo:

—Acá está. Lo pusiste aquí.

Y sacaron las monedas y se pusieron a limpiarlas muy despacio, hasta que tuvieron brillo y las guardaron en el colchón que había sido cardado nuevo hacía poco.

Angelina había hecho tocino frito y lo llamó a Pipotto a comer. Lo llamó varias veces y también hizo ruido con una lata. Lo buscó por dentro de la casa y no estaba; salió afuera y en los establos tampoco estaba; fue a mirar a las parvas y estaba detrás de una parva apoyado y sentado, y parecía dormido pero ella se dio cuenta de que estaba muerto. Entonces fue a avisar a los coches fúnebres y preguntó:

—¿Cuál es el mejor entierro? Quiero tres coches, todos llenos de flores.

Y había llevado las monedas que ellos habían limpiado. El de los coches la miró, miró sus zapatos y dijo:

—Con un coche basta.

Y ella dijo:

—No basta nada. Quiero tres coches llenos de flores y no flores cualquiera, quiero claveles blancos.

El hombre anotó, y Angelina avisó al predicador y todos los vecinos supieron y fueron a su casa. Pipotto estaba tendido en una cama y ellos decían:

—Era bueno.

—Era buen vecino.

—Sí, de los mejores vecinos que hay.

Angelina hablaba como para sí y decía:

—Yo le dije. No te tomes ese vino. Tu barriga ya está demasiado llena de vino y eso hincha las venas.

Los miró y dijo en voz alta:

—Tomaba demasiado vino.

Entonces todos se quedaron callados y una que tenía un pañuelo en la cabeza dijo:

—Sí, pero era muy alegre y cantaba siempre, ¡pobre!

—Era fundador. Era un vecino fundador.

De repente oyeron a la cabra que gritaba, y otros dos vecinos fueron a mirar; la cabra estaba borracha porque la cuba había quedado destapada. Angelina echó la cabra fuera y cerró la cuba, y todos fueron otra vez donde estaba Pipotto y después rezaron oraciones y el predicador les puso agua bendita y habló de la vida eterna. Cuando eran las cinco de la tarde, todos fueron a pie al cementerio y los que llevaban el cajón sudaban porque era un cajón muy pesado. Lo enterraron en un lugar apartado y una vecina dijo:

—Ése no es el lugar de un fundador.

Después volvieron a sus casas, y la besaron a Angelina en los dos cachetes y se despidieron.

Ella se volvió y vio que el tocino estaba del todo helado, era un tocino que no se podía comer. Y ahora bajaba el sol y buscó a la cabra para darle el tocino. La cabra estaba muy borracha. La miró un rato y agarró la horquilla para pegarle, pero después muy despacio la dejó en su lugar. Y como bajaba el sol, se sentó cerca del último sol que había, y se quedó mirando sin distraerse cómo la cabra mordía el tocino y lo tiraba. Cuando bajó el sol, dijo:

—Esta cabra está un poco enferma y hace frío.

Entonces le hizo un nido de pasto en la cocina, y ella se durmió en la pieza, y a la noche se levantó dos veces para darle agua.

Leonor

Cuando Leonor era chica, su mamá hacía albóndigas de harina de mandioca. Las albóndigas de harina de mandioca son duras como si tuvieran plomo, secas como si fueran de arena y malignamente compactas. Si uno las come estando triste, hace de cuenta que come un páramo; si uno está contento, esa bola marrón, sin nada aceitoso, es un alimento merecido y vivificante.

Leonor creció y llegó a los dieciocho años. Su mamá le dijo:

—Hija, usted debe casarse. Cuando una se casa le dan una libreta, el hombre trae pan blanco y zapatos taco alto. Después que se casa con ese polaco, le trae unos aros a la mamita.

Leonor dijo:

—Sí, mamita, pero el polaco muy grande es.

El polaco medía casi dos metros; todo el día arrancaba yuyos y los domingos no iba al baile, trabajaba.

—¿Qué importa? —dijo la madre.

—Sí, mamita —dijo Leonor—. Yo me caso, pero me da vergüenza hablar delante de él.

La madre le dijo:

—La vergüenza después se va y él total no habla. Usted le dice: «¿Querría un plato de porotos?». Y un día comen porotos, otro día pan de harina blanca y él se pone contento porque mi hijita es muy buena. Usted siempre sonriente, no le lleva la contraria y él se va a amansar y va a hablar. Eso sí, nunca lo provoque, que él maneja muy mucho la azada y la pala.

La fiesta de casamiento fue hermosa. Él le regaló a Leonor un par de zapatos de taco alto y un vestido colorado. Leonor no caminaba muy bien

con esos zapatos, y él notó vagamente que ella no estaba cómoda y la acompañó a sentarse. Sentados miraron toda la fiesta y la gente los venía a saludar; aunque en realidad, los protagonistas de esa fiesta tan alegre eran los músicos. Alguien había invitado músicos de otro pueblo; no eran personas de la zona. Por momentos Leonor pensaba: «Toda esta fiesta es por el casamiento, porque es un día importante». Por momentos se olvidaba, escuchaba la música y veía bailar como si fuera visita.

La madre en la fiesta estaba tranquila y sosegada: descansaba. Después de que se casó, Leonor fue a visitar a su mamá, le llevó los aros y un poco de pan blanco. Cuando estaba por irse, vaciló y dijo:

—Mamá…

—¿Qué, hijita?

—El polaquito es muy bueno, pero yo tengo miedo de él.

—¿Te ha faltado, te ha levantado la mano, m'hijita?

—No, mamá, pero habla un idioma extraño cuando está entre las plantas y si yo le pregunto alguna cosa cuando él está hablando así, me mira con furia. A veces entonces no sé cuándo hablarle.

La madre pensó y pensó y después dijo:

—A lo mejor se adueñó un mal espíritu de él. Vamos a ir de Isolina.

Isolina preguntó:

—¿Al lado de qué plantas habla?

Leonor, turbada por la pregunta, hecha en tono imperioso, no supo responder bien a lo que le preguntaban.

Isolina dijo que de todos modos, no era un espíritu malísimo ni peligroso, era un espíritu reacio. Había que tener paciencia hasta que se fuera; ella podía mandar un espíritu opuesto para neutralizarlo; pero existía el peligro de que el espíritu reacio se pasmara y eso sería grave. Aconsejaba prudencia y esperar, para ver mejor cómo se manifestaba.

Pero Leonor salió descontenta porque no podía hablar bien, no se había expresado bien, le faltaban las palabras. Le pasaban muchas cosas que no podía contar a su mamá; desde su casa, todos los sábados, se oía la música de un baile y ella sentía que los pies se le iban para allá y, después que hacía sus trabajos y que limpiaba todo, se acercaba caminando un poquito para oír esa música y para ver de lejos a la gente.

Cuando tuvo los chicos se olvidó del marido y hasta de la mamita. A ella los chicos le gustaban mucho; le gustaba mirar cómo caminaban, ver qué pies chiquitos tenían y nunca les pegó.

Cuando pasaban unos días en los que no iba a ver a la madre, ésta decía:

—Hijita, no des tanta maña a los chicos.

—Está bien, mamá —decía Leonor.

Pero pensaba: «La mamá está un poco celosa, a lo mejor».

Cuando Hugo tuvo cinco años, la acompañaba a buscar leña y él le decía:

—No pise por ahí, mamita.

Y quería llevar él solo un montón de leña. Cuando se dormían los más chiquitos, ella le decía a Hugo:

—¿Vamos hasta el camino, Hugo?

Y Hugo la acompañaba hasta el camino; cerca del camino pasaba algún auto y a veces, algún conocido. Se quedaban un rato y Hugo decía:

—Volvemos, mamita, hace frío.

—Sí, hijo —decía ella.

Cuando Hugo tuvo ocho años y María seis, Leonor los quiso mandar a la escuela. Antes no se podía porque mandar a Hugo solamente no era redituable; Hugo trabajaba con el padre, mientras María no hacía nada. Pero si Hugo y María iban juntos se cumplían dos funciones: Hugo aprendía y acompañaba a su hermana. Pero el padre tenía otra teoría: esperar un poco más, hasta que fuera la tercera. Cuando expuso su teoría, Leonor levantó la voz, lo miró con furia y dijo:

—¡La escuela es instrucción!

Hugo dijo:

—Quiero ir a la escuela.

El padre se puso muy nervioso, le brillaban los ojos y fue a buscar la azada farfullando cosas incomprensibles; dio afuera unos cuantos golpes con la azada y cuando volvió, se puso a tomar vino. Desde entonces, a la noche, después de trabajar, tomaba unos vasos de vino. Hugo dibujaba una vaca en su cuaderno y se esmeraba para que se pareciera a la vaca verdadera. Leonor la miraba y le decía:

—Bastante bien te ha salido.

Pero lo que le encantaba eran los versos que le enseñaban a María. A la noche, cuando terminaban de comer, María recitaba:

La casita del hornero
tiene sala y tiene alcoba,
limpia está con todo esmero
aunque en ella no hay escoba.

Y mandó pronto a la escuela a la tercera, porque a ella la instrucción le encantaba.

El padre se fue apartando cada vez más, como si no le importara nada. Venía a la hora de comer solamente.

Cuando Hugo tuvo quince años, le dijo a Leonor:

—Mamita, quiero ir a trabajar a Buenos Aires, aquí no hay trabajo.

—Bueno, hijito, si es por tu bien y por el bien de nosotros, está bien.

El padre no dijo nada de la ida de Hugo. La abuela se asustó un poco de que se fuera y le dijo a Leonor:

—Mucha maña a ese chico, hija.

Leonor se impacientó y respondió:

—No es mucha maña, mamita, el Hugo va a trabajar allá; él es serio.

Y antes de que se fuera, Leonor le lavó y le planchó bien la ropa que tenía, consiguió una valija prestada y le regalaron un pañuelito rojo para que Hugo se abrigara el cuello. Después le dijo:

—Hijito, usted se va por su bien y por nosotros. No ande con malas juntas, usted siempre trabajando y de buenas maneras, sin pordelantear a nadie. ¿Me entendió, hijo?

—Ya lo sé, mamita —dijo Hugo.

Como un hombre agarró su valija y no quiso que nadie lo acompañara a la estación. Nadie lloró porque él se iba; seguramente iba a volver o ellos iban a ir donde él estuviera. Hugo pensó que mejor que no hubiera ido nadie a despedirlo; quién sabe si no hubiera llorado.

Los primeros días que llegó a la ciudad estaba siempre mareado, pero se dijo: «Tengo que aguantar unos seis meses y me voy a acostumbrar».

Un compañero del trabajo le enseñó el portero eléctrico; una señora, el ascensor. Un sábado a la noche salió con otro muchacho y viajaron en subte por primera vez, por lo oscuro. Era terrible pero emocionante al mismo tiempo.

Unos días después que Hugo se fue, pasó por lo de Leonor un turco con una valija vendiendo pañuelos, peines, cajitas y estatuitas. Ese turco no iba a pie, iba en auto y del auto iba sacando todo y mostrando: tazas, vasitos, floreros, servilletas. Había unas tacitas floreadas, muy lindas.

—Éstas son de Japón —dijo el turco.

—¿De dónde? —dijo Leonor.

—De Japón —dijo el turco con naturalidad—. Traídas de allí.

—Claro, de Japón, mamá —dijo María, irritada porque su madre no sabía de dónde eran.

Y Leonor se enloqueció y compró tacitas, pañuelos y todo lo que le gustó.

—No compre tanto, mamita, que papá se va a enojar.

—No le decimos nada —dijo Leonor, que estaba feliz.

María en ese momento le tomó fastidio a su madre; era difuso el motivo o los motivos, pero había varios; el turco sabía más que Leonor; era como más sabio y respetable; ella compraba precipitadamente, sin detenerse a pensar todo lo que el turco le quería vender y finalmente, gran parte del fastidio se debía a que la vio feliz, contenta de modo insoportable para su gusto. Entonces le contó al padre lo que había comprado Leonor; el padre empezó a mirar con cara amenazante. Leonor, que no se dio cuenta de nada, lo miró y pensó:

—¡Bah!

Y él se tomó unos cuantos vasos de vino y se fue a dormir.

Esa semana estuvieron de novedades: vino el turco y vino carta de Hugo. Él siempre supo escribir bien. La carta decía así:

Querida madre y hermanos:

Espero que estén bien para allá, yo estoy bien en Buenos Aires. Mamita, le diré una cosa, dele la frazada marrón a la abuela porque ya hay otra que la mando para allá, otra cosa diré, mando también un

vestido, para la Pili, que lo use para ir al centro, después de la María no sé acertar las medidas, ya veré. Que escriba María si el nene va a la escuela y que lo tenga corto. Yo voy a ir para diciembre pero quiero estar enterado de las cosas de allá. Un saludo para papá.

Hugo Bilik

La abuela no entendía más nada. Nadie la consultaba; en esa casa había movimientos y hechos que no comprendía, en esa casa las cosas no eran como deben ser. No, no se debe dar a los hijos más instrucción que la que uno recibió; después los hijos la pordelantean a una. Sin ir más allá, el hijo de Isolina compra el diario y lo lee delante de su propia madre. Y las niñas, peor. Las niñas, con toda esa instrucción, se acostumbran a mirar a los varones cara a cara, se acostumbran a hablar con ellos, así nomás, y después dicen cosas que no son de niña, se oye cada cosa en boca de una niña ahora que antes no se sabía qué era.

Leonor empezó a criar pollos para vender en el camino; el más chico la acompañaba. Por el camino ahora pasaban más personas y más coches; ella se acostumbró a tratar con esa gente de los coches y a veces le pagaban bien.

Cuando juntó un poco de dinero, le dijo al marido:

—Me voy unos días a Buenos Aires donde el Hugo; vuelvo pronto.

Él dijo:

—Haga lo que quiera. Yo me quedo acá.

Lo vio tan amargado, tan triste, tan cerrado que le dijo:

—Pero voy y vuelvo nomás.

—Haga lo que quiera —dijo él.

Y no dijo más nada.

El más chico quedó con la abuela; María y la Pili tenían zapatillas flamantes para el viaje. Llevaron algunos platos, alguna ropa y mucha comida para comer en el tren.

Si a Leonor la instrucción le encantaba, el viaje le encantó aún más: todo el tren era una fiesta; uno tocaba el acordeón; en otro asiento, varios

tomaban mate y contaban chistes. Más allá unos hombres jugaban a las cartas sobre una valija.

Cuando llegó la noche empezó a sentir frío, hacía mucho frío en ese tren. La señora que estaba sentada frente a ellas, que las había convidado con mate, le dijo:

—¿Usted no trajo frazadas?

—No, señora, ¿por qué? —dijo Leonor.

—Porque en el tren hace frío y hay que abrigarse.

—Ah… —dijo Leonor desconcertada.

—Espere un momento, señora —dijo. Abrió la valija y le dio un pulóver a cada chica y para ella una especie de frazada tejida, muy abrigada, de color violeta. Pili se durmió enseguida; María miraba a Leonor y a la señora con cara de estar empacada. Finalmente, las dos chicas se durmieron profundamente, una recostada en la otra. Después de ese primer sueño profundo quedaron entredormidas. Entonces pasó un hombre que andaba caminando de noche por el tren mientras los otros dormían o charlaban bajito, y la tocó a Pili. Pili se sobresaltó; le pareció que era un hombre, pero no sabía si había estado soñando, si era un gato o ella misma que se apoyaba contra el asiento; se asustó un poco y se fue a dormir en la falda de Leonor.

A la mañana temprano cuando empezaba a aclarar, muchos se habían despertado y estaban preparando el mate; dentro del tren parecía una casa, pero fuera, la luz no era como en el Chaco. Allá el sol salía e inmediatamente se llenaba todo de sus reflejos; aquí, desde la ventanilla se veía un sol grande en el horizonte, que prudentemente iba iluminando la llanura.

Cuando fue aclarando, aunque todo fuera campo todavía, había señales de algo distinto: puentes por todos lados, grandes aparatos de hierro, autos que se cruzaban ignorándose, enormes carteles de propaganda de cigarrillos y cerveza.

Cuando se hizo totalmente de día, casi todos estaban ocupados. Cambiaban cosas de las valijas, bajaban bolsos, todos entraron en movimiento. Leonor no sabía a quién preguntarle cómo podía llegar donde vivía Hugo, «El Zorzal y Jorge Newbery, Paso del Rey». El único que

caminaba por todo el tren era el hombre que había tocado a Pili; él parecía no tener para arreglar ninguna valija. Leonor le preguntó; no sabía, pero caminó por todo el tren, preguntó y le explicó. Llegó después de preguntar unas diez veces.

Cuando Hugo vio venir a Leonor y a las dos hermanas, las dos grandulonas en zapatillas, no se asombró. Sintió pena y vergüenza, qué iban a decir los vecinos que las vieran; también estaba avergonzado de su propia vergüenza. Las encontró en la calle, medio perdidas, y Leonor se abalanzó sobre él como si hubiera encontrado el cielo. Él dijo, con voz neutra:

—Hola, mamá, ¿recién llegaron?

—Sí, hijo —dijo Leonor desconcertada, porque pensó que estaba raro Hugo. Éste volvió a preguntar:

—¿Y con esa valijita, nomás?

—Vinimos para verte, nomás, hijo. —Echó una mirada alrededor y sonrió—. Y para ver Buenos Aires, que es tan lindo.

Donde estaba Hugo no era exactamente Buenos Aires; era un lugar de casitas bajas con baldíos, por aquí una huerta, más allá un carro con su caballo y con una ruta llena de autos y de grandes camiones que decían: Transporte «Goya», Ómnibus «Expreso Goya Buenos Aires», «Transporte de Sustancias Alimenticias».

Cuando entraron a la pieza, Hugo cambió. Se puso más cariñoso, más simpático, el Hugo de siempre. Las chicas estaban torpes, quietas con sus zapatillas nuevas; no atinaban a sentarse. Ahí estaba su madre, con apenas una valija, sin plata seguramente y las chicas como dos gorriones esperando que les den de comer. Se quedó callado. No sabía si retarla a la madre, decirle por qué había llegado así, abrazarla, besarla. Leonor dijo enseguida, mirando por la ventana un terreno con palos y tubos sueltos amontonados:

—¿Este terreno es de la casa, hijo?

—No, mamá. Yo alquilo solamente esta pieza.

Leonor quiso cocinar enseguida. Había traído un calentador, pero Hugo le dijo:

—No, mamá, acá está la cocina.

Uno prendía un fósforo en esa cocina y la cocina se encendía. Era una maravilla esa casa del Hugo. Había esponja, polvo jabonoso, camas marineras en las que uno estaba arriba de otro y se sube por una escalerita, y una linterna y una bicicleta.

—¡Ay, hijo, qué lindo! —dijo Leonor.

—Sí, mamá —dijo Hugo pero no muy efusivo.

Las chicas estaban como en la casa de un pashá. Hugo salió; otra vez parecía preocupado. Volvió con un muchacho y lo presentó; se llamaba Antonio. Leonor notó que Antonio tenía una voz un poco raspada y un acento raro. Dijo:

—Encantado, señora, encantado, piba.

Pero cuando terminaba la palabra «señora», la frase no se cerraba, como si esperara algo. Hugo, con voz aparentemente tranquila pero de ira contenida, le dijo:

—¿Me podrías prestar un colchón?

—Pero por favor, pibe —dijo Antonio—. ¡Faltaba más!

En tono de reproche melodramático, con esa voz raspada.

—Gracias —dijo Hugo. Sonrió un poquito, se repuso, hizo chistes con Antonio mientras traía el colchón.

Leonor estaba admirada ante Antonio. ¡Qué bien hablaba el porteño! ¿Sería porteño?

—Hugo, ¿tu amigo es porteño?

—No —dijo Hugo—. Pero vino de muy chico.

—¡Con razón habla tan bien el porteño! —dijo Leonor.

Buenos Aires era fascinante.

Un día estaba Leonor con las dos chicas y les dijo:

—Hijitas, tienen que casarse.

—Sí, mamá —protestó Pili—, pero los muchachos de acá no son como los del Chaco. A mí me parece que acá dicen una cosa y piensan otra. Allá una los miraba y sabía qué pensaban.

A Leonor le dio mucha risa lo que ella dijo y se la sentó encima, a esa grandota.

María dijo:

—Son iguales acá y allá y en todos lados. Claro —añadió con sorna—, vos te acordás del Roque…

Pili no dijo nada. Leonor, con ella sentada en la falda, le preguntó:

—¿Y Antonio no te gusta?

Pili dijo:

—Sí, mamá, pero…

Entonces Leonor la peinó con los dedos, le fue tirando el pelo para atrás y le dijo:

—Es bueno Antonio, yo te digo que es bueno.

Entonces Pili se quedó quieta y callada un ratito y salió como tranquila y descansada.

María volvió a decir:

—Son iguales en todos lados.

María se puso de novia, pero en forma extraña. Ese muchacho empezó a cortejarla así:

—Está gorda. El saco no le entra.

Y ella respondió:

—¿Y usted por qué no se mira el pelo que parece un cepillo de alambre?

Cada vez que él decía algo, María respondía:

—Sí, sí, porque vos lo digas.

De vez en cuando él decía:

—No hinchés tanto que el día menos pensado te largo y…

Y ella contestaba:

—Sí, hablá, hablá nomás, que te va a costar caro.

Al principio cuando los veían pelear así, todos creían que estaban embrujados; después les daba risa y por último se acostumbraron a eso como a algo perfectamente natural. Eran una pareja indestructible.

Leonor salió a comprar un vestido en uno de esos días en que los astros son favorables para comprar ropa. En esos días, uno mira la vidriera y dice:

—Esto es para mí.

Y uno sabe que le va a quedar bien; más todavía, sabe que fue hecho pensando en uno y presiente que a ese vestido lo va a querer. Cuando los

astros nos mandan vacilaciones, comparamos la textura, el color, la forma y miramos todo de reojo.

Volvió con el vestido puesto a la casa. Comparado con el nuevo, el vestido viejo, mustio y triste parecía decir: «Nunca más me vas a querer».

Era sábado a la noche. María se había ido al Chaco por unos días. Hugo estaba peinado, cambiado, afeitado.

—Voy a bailar un poco, mamá —dijo seriamente Hugo.

—Ah… —dijo Leonor.

Estaba sola. Pili se había ido a bailar con Antonio a otro lado. Ella se iba a casar con él.

—Está bien, claro —dijo Leonor—, te vas a bailar.

Pero era triste quedarse con el vestido nuevo en casa. Hugo, en un ataque de decisión y ejecutividad, le dijo:

—Bueno, vamos al baile, ya, ya.

Y ella se puso contenta y fue al baile. Primero bailó una cumbia con Hugo. Después pensó: «Ahora voy a mirar». Cuando estaba mirando todo, encantada, se acercó un rubio, de ojos celestes, más joven que ella, tendría unos treinta y cuatro años. ¿Por qué la habría sacado a bailar? Hacía mucho tiempo que ella no bailaba.

Él le preguntó:

—¿Bailás con los muchachitos?

—No —dijo Leonor sonriendo, orgullosa—, es mi hijo.

Él parecía porteño, pero con una voz más tersa, no raspada como la de Antonio. Le contó que era hijo de franceses. Leonor pensaba que los franceses tienen mucho dinero.

No era porteño, era de Neuquén, pero realmente hablaba muy bien el porteño. Se veía que era un muchacho prudente, no era de pordelantear a nadie; era gastronómico. Cuando le preguntó si bailaba con muchachitos, lo hizo con cierta sorna prudente, como si se tratara de algo levemente gracioso, pero también como si fuera factible, sin demasiado asombro pero a la vez como si tuviera algún derecho sobre ella. Un derecho prudente, digamos.

Él le contó que su familia era rica y poderosa; claro, pensó Leonor, tratándose de franceses, no cabía otra cosa. Pero él se había enemistado

con ellos, algún día iría al sur, a reclamar la parte de la herencia. Mientras tanto, era gastronómico. Leonor preguntó:

—¿Qué es gastronómico?

—Gremio de restaurante, pizzería y todo así.

Era realmente importante. Y bailó toda la noche con él. No podía decir «no» a esa voz que sin gritarle, ejercía algún dominio sobre ella. No era como la voz del Hugo, que ella escuchaba como si fuera parte de sí misma; era algo que venía de afuera. Al principio pensó en por qué la eligió, pero cuando se puso a bailar con él, todo era natural.

Hugo se acercó a la mesa con una chica que no era del barrio y le dijo:

—Mamá, hoy no voy a casa yo porque de acá vamos a otro baile. ¿Querés que te acompañe a casa?

—No, hijo, está bien, andá nomás.

Si total todo lo que hacía Hugo estaba bien.

Cuando lo vio caminar unos cuantos pasos, recién se dio cuenta de que estaba con una chica desconocida y que los dos iban con aire muy decidido, pero tuvo un registro remoto de todo eso y le dijo, con voz rara, medio destemplada, que ella habitualmente no tenía:

—Abrigate.

Hugo se dio vuelta, desconcertado primero, como si no se dirigiera a él, y cuando captó el mensaje, se fue sonriendo. El rubio miraba todo esto, tranquilo. Cuando terminó el baile, Leonor lo llevó a la casa. Y así se fue quedando; vivía un poco ahí y otro poco en su casa.

Los domingos, cuando ella dormía, la buscaba y la llamaba. Le decía:

—¡Loli!

Porque él la llamaba así; después él cocinaba y preparaba cocteles porque era gastronómico.

Un día le dijo, por María:

—¡Qué mala es tu hija mayor!

Y Leonor no le dijo nada. Quién sabe por qué lo diría.

Él tomaba un poco de vino pero no hacía mal a nadie. Un día María dijo a Leonor:

—Toma vino y es muy joven para vos.

Con el Hugo se llevaba bien. Hugo se había casado. Con él hacían chistes, y hacía de cuenta que tenía otro hijo en la casa. Una vez María lo encaró al rubio y le dijo:

—Andate. No podés estar molestando a mi mamá.

Él no le dijo nada. Volvió a decirle a Leonor:

—¡Qué mala es tu hija mayor!

Leonor pensó, sin hacer caso: «quién sabe por qué le parecerá que es mala».

Y no daba importancia a lo que él decía. Ella estaba contenta y todo le parecía normal. Con él tuvo una nena, que salió criolla rubia, con la piel color aserrín. Todos los grandes se habían casado, y a ella la mimaron mucho.

Cuando estaba el novio de Leonor, todo era chistes y alegría. Él preparaba comidas ricas, hacía cocteles y cuando todos se reunían, los domingos, eso era una fiesta. Pero cuando los hijos se iban, los domingos por la mañana estaban solos; Leonor se quedaba en la cama y él le iba a hacer las compras. Ella se dormía, confiadamente y cuando se empezaba a despertar, él había traído todo y se ponía a cocinar. Le hablaba desde la cocina y ella seguía un buen rato en la cama.

Un sábado le dijo él:

—Mañana no vengo porque voy al fútbol.

Leonor dijo, asombrada:

—Si no ibas al fútbol antes.

—Bueno —dijo—, pero ahora tengo que ir al fútbol. Voy a ver a Perfumo. ¿Ves? Es éste —dijo. Y se lo mostró—. Perfumo shotea de penal y siempre va al gol.

—¡Ah! —dijo Leonor.

Después empezó a ir al fútbol todos los sábados y ella le dijo, en broma y riéndose:

—¡Siempre vas al fútbol y no venís a verme!

Él abrió el diario y le mostró:

—Mirá cuánta gente va al fútbol.

Era cierto. Había una cantidad impresionante de gente que iba al fútbol. Si iba tanta gente, cómo no iba a ir él. La semana siguiente dijo:

—Este fin de semana me voy a Rosario, porque juega Perfumo.

Ella escuchó el partido que se transmitió desde Rosario, por radio, y pensaba: «Allá está él».

Cuando volvió de Rosario, se lo pasó una tarde hablando con Hugo de penales, wing izquierdo y shoteo.

Un día, en que estaban bromeando como siempre, él de repente dijo:

—Por si me voy.

Y Leonor dijo:

—Qué te vas a ir —siguiéndole el tren, como si fuese una broma.

Pero sintió un sobresalto, como un sentimiento de anticipación; no hizo caso de eso. Al día siguiente él no vino; al otro, tampoco. Ella lo buscaba por la casa y no estaba. Cuando venía María la miraba como si ella supiese algo; María tenía una cara impecable, de no tener nada que ver. Ahora la peleaba un poco a María sin saber por qué y María no ofrecía ningún frente, aguantaba, tranquila, paciente.

Leonor siempre pensaba: «Esta noche va a venir». Y lo esperaba. Ella no lloró porque él se fue, pero lo buscaba por la casa todo el día; lo buscaba en el baño y a la noche lo buscaba en la cama. A veces le parecía que venía; pero no, no era él. A veces decía:

—Alguna vez ha de volver.

También le parecía que si pensaba mucho en él, él iba a volver. Pero él no volvía. Cuando pasaron tres años desde que él se fue, ella dijo:

—Yo me tengo que olvidar, aunque sea a la fuerza.

Entonces se empleó para hacer trabajos domésticos en muchas casas; trabajaba desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, sin parar. Eso le venía bien porque así se cansaba bien y a la noche se quedaba dormida enseguida, sin tener en qué pensar. Quedaba tan cansada que no pensaba en nada. A una señora que le limpiaba la casa le contó la historia y la señora le dijo:

—Pero si su hija no lo quería, usted lo tendría que haber tenido por separado, en otro lugar.

—Ah… —dijo Leonor.

Pero no comprendió bien cómo podría haber hecho eso. Después la señora le dijo:

—¿No tenía la dirección de él?

—No —dijo Leonor—. Él debe haber ido a Neuquén, a reclamar su parte de la casa, quién sabe dónde andará.

No, ya no iba a volver. Ella lo tiene presente igual, pero trabajando se siente mejor que sin hacer nada. Ahora tiene cinco nietos y la nena menor. La nena, que es criolla rubia, es absolutamente mimada. Un fotógrafo ambulante le sacó diez fotos en color al lado de la casa nueva, de material, que Leonor está construyendo. Sandra, que así se llama, es loca por el baile; quiere llegar a ser una gran bailarina, como Rafaela Carrá. Un día Sandra le preguntó a su mamá si no había una escuela donde se estudiara para ser artista, para ser como Rafaela Carrá. Leonor le preguntó a esa señora con quien tiene confianza y la señora le dijo:

—Pero para ser *vedette* también tiene que ser instruida, debe hacer el colegio secundario y estudiar idiomas.

Entonces Leonor le compró un manual nuevo, para que se instruya; pero también las botas para bailar a lo Rafaela Carrá. Porque esta cantante es italiana, baila con botas y canta: «Fiesta, qué fantástica, fantástica la fiesta», con una energía rayana en la ferocidad.

Sandra sabe imitar perfectamente todos los movimientos de Rafaela Carrá; pero al no tener su energía sus movimientos se rarifican y lentifican; todo el baile de Sandra se vuelve un capricho curioso, sin destinatario. Canta, también. Cuando canta «fiesta, qué fantástica es la fiesta» lo hace con una voz agradable pero sin matices, preocupándose por conciliar su canto con su baile. Aparte de eso, su vocecita suena mortecina, como si no creyera en los signos de exclamación, ni en los procesos, que implican comienzo, medio y fin.

Leonor la mira enternecida, mira las hermosas botas que tiene, que gracias a Dios ella le pudo comprar, el bonito pulóver y el pelo rubio que Sandra aprendió a cuidarse.

Ya tiene once años y dentro de poco no le va a bastar que Leonor la mire enternecida; va a querer que su baile sea para otros. Tal vez a ella le falta convicción para abrigar sus propios sueños; porque los sueños, como la expresión lo indica, necesitan de alguien que los abrigue, que los cuide. Y ojalá Sandra encuentre quien le ayude a hacerlo.

Paso del Rey

En lo de su tía Elisa decían:

—El azul es un color que hace muy fino. Los cuadros en *beige* hacen más delgada que en rojo.

En esa casa se comía melón con jamón, y su tía Elisa una vez se pinchó un ojo con la espina de una planta. Era absolutamente misterioso que una planta se hubiera atrevido a pincharle un ojo a su tía Elisa. Porque ella viajaba a Buenos Aires con guantes y tenía una cartera con compartimentos donde no había nada innecesario. Pero igual, con todos sus encantos, la casa de la tía Elisa no era como la de su tía María. La abuela había vivido mucho tiempo con la tía María, pero algún hecho terrible le impidió después vivir ahí; ella vivía en la casa de al lado, con su hijo Esteban. La cara de la abuela no exhibía ningún cambio por vivir en otra casa: a ella todas las casas le daban lo mismo; en todas mataba gallinas, las hervía hasta hacer caldo y cuando estaban bien cocidas las rellenaba con una pasta verde muy picada que parecía el pasto digerido por la propia gallina. Pero en la casa de la tía María no se cocinaba como en las otras. Ella se alimentaba de la comida que le llevaba Esteban o si no, fabricaba buñuelos. Ella no cocinaba por necesidad, sino cuando estaba en vena. Los buñuelos, que en la casa de Luisa eran una especie de concesión despreciativa a los chicos, algo que ponía contentos a los chicos pero no a los adultos, eso era lo que ella cocinaba cada vez que se le daba la gana. Eran chatos y anchos como los camalotes y su tía no se concentraba en esa tarea; decía mientras un montón de cosas incomprensibles; su sabiduría de hacer buñuelos le venía seguramente de una época anterior a ésa.

Una vez que Luisa comía los buñuelos, sin que nadie se fijara en si se le había caído una media o en si arrastraba el saco, se iba a revisar los

pollos. Los pollos estaban encerrados con llave en un cuartito húmedo, donde su tía los bañaba. No bien nacían, les daba un buen baño y a veces sobrevivía alguno.

Todos los otros tíos y su misma madre opinaban con desprecio sobre esa costumbre. Decían:

—Se mueren.

No manifestaban dolor por los pollos muertos sino que constataban una ineficacia y mostraban una sabiduría que quién sabe de dónde les venía; por eso Luisa quería ver el cuarto de los pollos, a lo mejor su tía desarrollaba allí un proceso de experimentación distinto; de hecho, algunos vivían. Y como cerraba la puerta con llave, se oía piar desde adentro; Luisa le imploraba que la dejase entrar para ver. Como sólo en ocasiones excepcionales María abría la puerta, cuando veían gente los pollos se asustaban y revoloteaban; piaban más fuerte que nunca y la tía María le reprochaba porque había alborotado a los pollos y le gritaba:

—¡Embrollona!

Luisa salía corriendo y María decía:

—¿Adónde vas ahora? ¡Embrollona! ¡Embustera! ¡Alcahueta! ¡Venga enseguida para acá!

Luisa iba corriendo a contarle a su tío Esteban que María tenía los pollos encerrados, piando. Su tío Esteban le decía:

—¡Ponete un sombrero para ir al sol, que está fuerte!

Luisa corría y se iba al parque de las hamacas. Entre la casa de María y el parque de las hamacas estaba el almacén de su tío Esteban, que era un vigilante que había que sortear. Pero era un vigilante lejano. Él gritaba:

—¡No vayas al sol! ¡No corras mucho que después traspirás!

Pero desde lejos. Él barría un gran patio de tierra y lajas, donde había unas mesitas de cemento pegadas al suelo y sillitas de lata. Estaba un poco agobiado, nunca erguía la cabeza; barría con furia y con los labios apretados. Si era sábado o domingo, venía su tío Ernesto de la capital para ayudarlo; él no barría; despachaba bebidas a los parroquianos y hacía cambios de líquido en las botellas con un embudo. Su tío Ernesto, muy cariñosa y distraídamente, como si todas las nenitas fueran algo agradable, le decía:

—Qué dice mi nenita.

Él decía eso sin mirarla y seguía caminando con una cerveza para un parroquiano.

Más allá estaba el parque de las hamacas. Había subibaja, hamacas y una barra para hacer gimnasia. Luisa empezó a elegir como propia a una hamaca que estaba atada a las ramas de dos árboles gruesos, con cadenas; estas cadenas eran oblicuas y no daban la amplitud necesaria para ir muy alto, pero permitían toda clase de movimientos sin caerse nunca; si uno se recostaba, la hamaca era como un bote, hacía un balanceo en redondo. A veces Luisa pensaba que esa hamaca no era como debe ser, pareja; pero era tan sólida, sus cadenas eran tan gruesas que permitía ser aporreada y pateada sin que le pasara nada. Después de sentarse en ella como si estuviera en un barco, de pararse de un extremo para desequilibrarla, se aburría y la dejaba; la hamaca hacía un vaivén chueco sobre sí misma. Luisa entonces se iba a la verja del parque, a mirar los autos que pasaban por la ruta. Uno tras otro pasaban; deseaba que alguno se detuviera y la llevara a otra parte, a otra casa.

El recreo comprendía el parque de las hamacas, la sede de los parroquianos, que estaba junto al almacén y otro sector difuso, donde había una higuera y mezcla de pasto con muchos caminos cruzados; esta región lindaba con un gran gallinero.

Como no estaba bien delimitado, los pollos pasaban constantemente a la zona de la higuera, que estaba junto a los baños y los veraneantes también merodeaban alrededor de la higuera. Todo el recreo se ponía hermoso cuando venían veraneantes. Los veraneantes eran personas que no estaban acostumbradas a vivir en la naturaleza. La naturaleza les producía inquietud, ganas de gozar inmediatamente de todo lo que hubiera. Los chicos de los veraneantes perseguían a los pollos, con un palo removían a la gallina clueca que estaba tranquila en el nido y después iban corriendo a tomar Naranjín. Cuando el tío Esteban los veía, los amenazaba desde lejos; ellos corrían y no se sabe cómo encontraban a su familia; ahí las familias se perdían en el parque.

Los hombres veraneantes decían que si ese terreno fuera de ellos, sembrarían papas, tomate y zapallo y podrían vivir de los huevos de las gallinas. Decían que de vez en cuando matarían alguna gallina. Cerdos, no, no criarían porque son sucios. A otros hombres la naturaleza les despertaba el deseo de instalar industrias, de poner criaderos de pollos, negocio de florería de flores silvestres, ya que había mucho aromo desperdiciado.

Pero después llegaban a la conclusión de que a la gallina le agarra el piojillo, y como los chicos venían a decir que un hombre los había retado simplemente por jugar con los pollos, les decían:

—No te metas con la gallina, que es un bicho sucio.

Y los padres veraneantes se iban a dar una vuelta carnero a la barra.

Los veraneantes producían en su tío Esteban ataques de odio y en su tío Ernesto, ataques de cordialidad. Venía uno, por ejemplo, y decía:

—Don Esteban, ¿me puede calentar esta pavita?

—No, no se puede.

Entonces le preguntaban a Ernesto:

—Don Ernesto, ¿me puede calentar esto?

—Sí, cómo no, venga para acá.

Lo mismo para calentar mamaderas y enfriar cervezas. Después Esteban peleaba a su hermano porque había aceptado, pero eran peleas que se desarrollaban siempre mientras los dos caminaban. Esteban empezó a fabricar empanadas y matambre, ya de viejo; su madre le enseñó y le salían muy bien; eran para vender. Entonces venían los veraneantes y decían:

—Don Esteban, ¿me vende un poco de matambre?

Y si estaba de mal humor, o a veces no le gustaba la cara del comprador, decía:

—No, no hay.

Rápido como una ardilla, el tío Ernesto hacía una seña desde su puesto de acción y vendía todo.

Los veraneantes que invadían el parque eran tantos, estaban tan desatados, estaban siempre calentando tantas pavitas y enfriando tantas cervezas, que Luisa no se metía en el parque. Pero los domingos al

atardecer, el recreo era distinto; en las mesitas con sus sillas no estaban los parroquianos de todos los días ni los veraneantes; el lugar se ocupaba con personas tranquilas que tomaban lentamente una cerveza. El domingo a la tarde venían los nonos Shuet. Eran el nono propiamente dicho y la nona Shuet, que podría ser su hermana o cuñada, o tal vez fuesen todos hermanos o primos. Eran muy viejos; pero lo menos parecido a una ruina humana. La otra señora era una vieja un poco menor, y se mostraba alegre como si fuese liberal en lengua y en sus caprichos. Los tres conversaban entre sí con una alegría, una bondad y un agradecimiento, como si fuese el último domingo que fuesen a vivir. Olían el jazmín, aspiraban el aire puro, porque venían de la capital, y se iban temprano, antes del anochecer, por los peligros de la ruta. El nono manejaba. Cuando Luisa los veía se alegraba. Se acercaba, saludaba, charlaba un buen rato con ellos y le daban palmaditas y sonrisas.

La abuela, en el fondo, muy en el fondo, sabía también lo que era bueno. Se sacaba el delantal, se peinaba y se iba a saludar a los nonos. Ellos la saludaban con gran cariño y deferencia y la abuela mostraba con ellos una simpatía y una cortesía que Luisa nunca la vio usar entrecasa.

Luisa empezó a viajar sola en colectivo a Paso del Rey. Iba a visitar a su tía María y le llevaba lo que le había encargado; polvo Rachel, horquillas para el cabello, hilo de coser. Pasaba primero por lo de su tío Esteban y pedía dos chocolatines; uno para ella y otro para María. Él decía:

—Los chocolatines son porquerías.

Miraba los alimentos y bebidas del almacén como si todo fuese una porquería; tampoco pensaba bien de los parroquianos, porque tomaban el vino que él servía y comían grandes sándwiches de salame, que como se sabe, no es un alimento digno. También eran despreciables las conversaciones que escuchaba: don Juan Ventura decía que todos los gobiernos son una basura, que habría que colgar a todos los presidentes de la tierra para que se pudran para siempre en el infierno. Don Juan Ventura llegó a decir un día que el sol es Dios y el padre de todos porque nos alumbra. Don Servini decía que el Duce hasta la batalla de Abisinia tuvo razón; también que Arpegio, hijo de Parejero y Rosalinda, fue siempre

mejor caballo que Yatasto, pero nunca lo dejaron actuar en forma por los intereses creados.

Luisa insistía y conseguía los chocolatines y a veces un cuaderno para dibujar. El tío Esteban sentía también desprecio por el futuro de ese cuaderno; Luisa lo repartía entre ella y la tía María, arrancándole las hojas; en sus hojas la tía María dibujaba unas señoritas todas llenas de rulos, con sombrero, vestido largo y cartera. La tía María, mientras iba dibujando, decía: «Ésta es la señorita de *sport* y volante, ¡qué preciosa!». Dibujaba otra igual y decía: «Ésta es la señorita de *sport* y playa». Había otra a la que llamaba la señorita de bidet e inodoro; pero eran todas iguales, rulientas y con cara de mosca muerta.

Por ese tiempo, no se sabe de dónde ni cómo, en la casa de María apareció un chajá. Es un pájaro que tiene pinches en las alas; éstos se notan sólo si se las agita. El chajá, por su cuenta, se mantenía lejos de la casa. Pero como a esa casa no entraba nadie, cuando Luisa entró por primera vez, el chajá se sobresaltó; Luisa le vio mostrar sus pinches y acercarse y le latió el corazón.

No le dijo nada a su tía María, ella no tenía la menor respuesta a algo vinculado con el chajá. Luisa le llevaba el polvo a su tía y ella le decía:

—No es Rachel.

—Te digo que es Rachel —decía Luisa—. ¿Qué dice acá? ¿Leés acá?

—¡Falsos, embrollones, embusteros! —decía María.

Ese día no dibujaba señoritas de *sport* y volante ni fabricaba buñuelos; gritaba contra todos los asquerosos y embrollones.

Luisa corría hasta el parque; le decía al tío Esteban:

—Voy al parque.

Se hamacaba un poquito, sin ganas y más bien se quedaba sentada; se aburría.

Pasaría a saludar a María antes de irse a su casa, pero estaba el chajá; sin embargo, sentía cierto placer en desafiarlo; no la iba a asustar. Ella iba a entrar como quien no quiere la cosa, tratando de ser invisible. Entró y el chajá se hizo el tonto; Luisa le dijo a su tía:

—Me voy.

María escuchó y siguió con más fuerza:

—¡No son leales, no son gente leal, esa raza traicionera, chupasangre!…

Y Luisa se imaginaba una raza terrible de traicioneros y chupasangres; pero empezaba a darse cuenta de que algunas cosas estaban dirigidas a ella, por ejemplo «embrollona». Entonces Luisa se sentía un poco embrollona.

Esa vez, cuando se iba, tuvo una sorpresa agradable: no era sábado y sin embargo, estaba Lili. Lili veraneaba en una casa cercana y tenía una historia romántica: sus padres eran pobres y ella había sido adoptada por una familia acomodada, que eran los que veraneaban. Ella conocía a sus padres y a sus hermanos pobres y daba la sensación de que levemente, jodía a su familia pobre y también a sus padres adoptivos ricos.

Éstos querían que ella fuera concertista de piano y Lili se ejercitaba cuatro horas por día, pero cuando iba al parque, triscaba. Luisa quería mucho a Lili, pero imaginaba que una concertista de piano, aunque tuviera once años, debía ser alguien más coherente que Lili. Porque ella, sentadas en la hamaca, le contó una reverenda mentira. Contó que a un aviador le andaba mal el avión; el aviador se largó, desde el cielo, hizo un pozo como de dos metros en la tierra y luego, sano y salvo, salió caminando. Luisa sabía que eso no podía ser y le dijo:

—No puede ser.

—Te lo juro que me caiga muerta —dijo Lili cruzando los dedos.

A Luisa le pareció inoperante seguir argumentando en contra.

Hizo como que creía que el piloto había salido sano y salvo, pero ante ese cuento se sintió sola y pensativa. Pensó que no valía la pena perder la amistad entre ellas por la discusión sobre un hipotético piloto. Pensó además que Lili era admirable y despreciable; despreciable, porque semejante fantasía no era digna de una aspirante a concertista de piano; o tal vez, pensó Luisa, el piano para ella era como una actividad mecánica en la que se ejercitaba y progresaba sin darse cuenta, como un talento que tuviera a pesar de ella, como si fuera una acróbata. Y admirable, porque esa fantasía tan peregrina, unido a que era hija adoptiva, la hacía pensar a Luisa que Lili era una especie de gitana.

La casa donde vivía María era del tío José.

Tenía un porch delantero con mosaicos pintados de sota de bastos y flor de lis. El terreno que rodeaba a la casa había sido un parque, con su césped; ahora crecía yuyo alto porque la tía María odiaba al cortador de pasto y sobre todo, a su guadaña. Había plantas de rosas mosquetas, un jazmín, un manzano, una planta de caquis, naranjos y limoneros. Desde la cocina, antes, cuando el cerco era fino, se veía pasar el tren. La cocina era enorme y estaba junto al cuarto de los pollos.

Después tenía un gran comedor y tres hermosas habitaciones. El tío José había dejado esa casa de Paso del Rey como contribución, para que viviera ahí la tía María; pero cada vez que venía de Buenos Aires tartamudeaba de ira. Como hacía tiempo que no se cortaba el cerco, se había convertido en un grupo compacto de árboles gruesos y altísimos; no se veía más el tren a través de él. Con José, María tenía un trato amistoso, como de hermano visitante digamos, y no de hermano residente, como con Esteban y Ernesto.

A José lo dejaba entrar en la cocina.

—Hola, José, querido —le decía—. ¿De dónde venís?

—De Buenos Aires vengo.

—¡Qué vas a venir de Buenos Aires! —decía María—. ¡Qué chistoso!

José se ponía tartamudo y mostraba el boleto.

—Te, te digo que vengo de Buenos Aires.

José era activo, pero para el progreso. No se quedaba ni dos minutos a conversar con María; miraba el cerco y se empezaba a poner colorado. Cada vez se iba poniendo más colorado; no paraba de dar vueltas, había hormigas coloradas, el rosal grande estaba destruido, el chajá se paseaba orondo como un bicharraco absurdo. El cuartito de los pollos estaba lleno de humedad; los pollos, para comer, picaban la cal de la pared; María se olvidaba de darles comida, sobre todo cuando le venía la inspiración profética. El bidet estaba negro y donde vivían Esteban y la madre no había estufa. El tío Esteban tenía sabañones; no eran de los comunes; le deformaban totalmente las manos y él no se los curaba. El tío José, mientras ponía hormiguicida, hablaba de la dejadez, del atraso, de la

miseria moral. Destapaba las cañerías tapadas, encontraba inmediatamente los nidos de hormigas; cuando llegaba José, no se sabía de dónde, aparecían plaguicidas, hormiguicidas, se perseguía a los piojos de las gallinas y si estaba a tiro la comadreja, la mataba. José sufría por su casa, pero sobre todo pensaba en qué le diría a su mujer, que era tan pulcra y cuidadosa. Ella sabía hacer paquetes como las vendedoras de tienda, pintaba biombos y antes tocaba el piano. Después no tocó más porque creía que se había olvidado, por temor a equivocarse; ella en todo lo que hacía, no se equivocaba nunca.

Los veraneantes de los sábados a la tarde daban mucho trabajo, había que estar siempre enfriando mamaderas, calentando pavitas. Venían cada vez en mayor número, hasta en camiones y eran como pueblos nómades que se instalaban en el parque. Ahora pedían también hablar por teléfono y querían ir al río. El río quedaba a tres cuadras y a Luisa nunca la dejaron bañarse en él; era un río peligroso y sucio; sólo alguna vez, con Lili y alguna persona grande, se podía caminar por la orilla. Los veraneantes iban y se bañaban en el río, volvían muy contentos, pidiendo más cerveza. El tío Esteban los miraba como si fuesen una horda, una casta inferior que se merecía ese río. Además invadían la zona de los parroquianos. Un día, don Servini, que era como de la casa, después de tomarse su segundo vino no habló de la yegua Rosalinda ni de si el rey Humberto I tuvo razón o no. Se levantó de su sillita de lata, caminó detrás de Ernesto y dijo:

—Pero esto es una pista de baile, Ernesto —dijo—. Esto es una pista de baile.

Ernesto, que estaba poniéndole un poco de agua al vino de don Servini, dijo:

—Ya voy, ya estoy con usted.

Don Servini se acercó y miró bien; había un quincho y una pista pareja, de color rosado.

—Ernesto, el quincho es para la orquesta. ¡Justo! ¡Justo! A ver, pero está roto acá. Mañana mando a un hombre para arreglar ese quincho.

—Está bien, don Servini.

El tío Ernesto era capaz de hacer sus filtraciones de vino y agua, o traspaso de bebidas de distintas botellas, delante mismo de los parroquianos; los parroquianos ya lo sabían y todo eso era motivo de bromas y chistes.

En cierto modo, don Servini tenía poder de decisión; venía todos los días, no le gustaban mucho los veraneantes de los sábados. Un baile es algo mucho más controlado, como decía don Servini; uno en la puerta cobra las entradas y se pone un cartel que diga: «Este establecimiento se reserva el derecho de admisión».

El tío Esteban empezó a barrer con fuerza. Si los veraneantes del sábado, los parroquianos y el río le producían desprecio, la idea de hacer bailes le producía odio.

—Baile —dijo con sarcasmo—, propiamente baile.

Don Servini sabía que con Esteban no podría hablar de ese tema; así que caminó detrás de Ernesto; mientras éste hacía sus tareas de alambique, lo siguió hasta el teléfono, donde él llamó a su familia en Buenos Aires. Ernesto, sin mayor interés, escuchó los proyectos. Mejor dicho, hizo como que escuchaba, porque Ernesto estaba siempre en asuntos privados, pero nunca decía que no.

Discos había, andaban tirados en un rincón desde hacía unos años atrás. Luisa los había escuchado allí cuando tenía unos seis años. Había uno que era:

Los gitanitos tenemos todos
el alma alegre y el cuerpo loco

Cuando Luisa lo escuchó por primera vez, se enloqueció. Ese disco le producía inmediatamente ganas de bailar. Después había otro, de letra curiosa:

Ven a ver la ola marina,
ven a ver la vuelta que da
tiene un motor que camina p'alante,
tiene un motor que camina p'atrás

Y éste le pareció el súmmum del espíritu de investigación.

El problema de la admisión al baile no era fácil: ¿iba a ser un baile selecto? ¿Podría venir Antonio, que traía la verdura todos los días en zapatillas, que recibía constantemente cargadas de los parroquianos por su familia y sobre todo por su hermano? Antonio tenía un hermano que cuidaba vacas; no sabía hablar. Luisa y Lili lo miraban pasar a veces, detrás de dos o tres vacas; era mitad hombre y mitad mono; tenía todo el cuerpo lleno de vello grueso, una boca carnosa y desdentada y sólo sabía dar unos gritos para empujar a las vacas. Lili decía que él era así porque su madre debió tener relaciones sexuales con un mono, pero Luisa no lo creía. No, él ni se iba a enterar del baile. Antonio sí vino, con traje, una corbata que no le conocían y una chica morochita. Los parroquianos guardaron un silencio expectante. No, no cabía mencionar al hermanito. Antonio y la morochita enfilaron para el almacén y los parroquianos, en el patio, se pusieron a jugar a las cartas, tenían cosas más importantes para hacer que mirar lo que hacía Antonio. Pero Luisa los siguió al almacén. Ella lo quería a Antonio, que siempre sonreía y la trataba bien. Para sorpresa de Luisa, la morochita se acercó ávidamente al frasco de los caramelos. El tío Esteban nunca le quiso dar esos caramelos, porque decía que eran viejos. Esos caramelos que ahora por su cuenta Luisa no comería, porque compraba mucho mejores y más grandes en Moreno, provocaban la fascinación de la morochita, que tenía unos dieciocho años.

Antonio sonreía, porque podían complacerla y la instaba a que comprara más. Ella compró más y la convidó a Luisa; Luisa comió y se dio cuenta de que Antonio y la morochita la trataban como si ella fuera una persona grande o respetable. Entonces Luisa le preguntó:

—¿Cómo te llamás?

—Aurora.

—¿Aurora qué?

—Aurora Lipzchi.

—Escribí tu nombre acá.

Ella sonrió y no dijo nada. Antonio la tomó por el brazo y dijo:

—Ella no sabe leer. Es brutita.

Se lo dijo sonriendo y mirándola a los ojos. Ella dijo, apacible:

—Mi mamita no me pudo mandar al colegio.

Y él del brazo se la llevó para el baile, comiendo caramelos.

Luisa se rompía la cabeza con este problema. ¿Cómo puede ser que una chica tan grande, de dieciocho años, quede tan fascinada delante de un frasco de caramelos?

Le contó el hecho a su mamá, que leía el diario. Le dijo:

—Son chicas de campo. No conocen nada.

Luisa no se imaginó cómo sería no conocer nada y cómo sabían los adultos lo que sabían sin moverse de la silla ni levantar la vista del diario. Le pareció que la morocha, aunque fuese mucho mayor que ella, era como si fuese más chica.

En la pista de baile pusieron guirnaldas de colores y también en el patio de los parroquianos; ellos veían perfectamente el baile. Luisa no sabía dónde colocarse; no podía bailar; con los grandes no tenía ganas de estar. Cuando escuchó esa canción que le encantaba:

Los gitanitos tenemos todos
el alma alegre y el cuerpo loco

le agarró un sentimiento de cierta tristeza y a la vez miedo a lo desconocido. Entonces se iba a lo oscuro, donde estaba la higuera, y desde ahí miraba el baile. Hubiera deseado acercarse y mirar de cerca, pero sólo si fuera invisible; si estuviera Lili, mirarían las dos de lejos, pero no estaba.

Era como vergüenza de sí misma por tener ganas de bailar y no poder; no, ella ahora no podía bailar delante de todo el mundo como cuando tenía siete años y bailaba «Los gitanitos».

Se olvidó de sí misma porque ocurría algo insólito: su tía María se había acercado a la casa de la abuela y en el comedor abierto desde donde se la podía ver desde el patio de los parroquianos, desde la pista de baile y desde Marte, bailaba sola. Tenía las manos puestas sobre la cabeza y avanzaba a pequeños pasos, arrastrando un poco los pies, un poquito para adelante y otro poco para atrás, como la ola marina.

El tío Estaban estaba fuera de sí. Le dijo:

—¡Bueno, basta!

Pero era evidente que ese baile no podía parar, ella estaba posesionada de su papel de bailarina, se agarraba la pollera y era una mujer gorda de más de cincuenta años. No hay en rigor ningún inconveniente en que una mujer gorda de más de cincuenta años se agarre la pollera, pero no del modo en que lo hacía la tía María. Cuando se ponía a intervalos regulares las manos sobre la cabeza, avanzaba con una decisión y una prescindencia de los demás, que daba miedo de que fuera a aparecer en la mismísima pista de baile; pero se dieron cuenta de que no pensaba avanzar más; se mantenía como en un cuadrado mágico.

Luisa primero se rió de ese baile; ante su persistencia, sintió irritación, vergüenza y pena. Ella trasgredía un orden respetado por todos los bailarines, en ese mundo apacible y encantador de la pista; a ella la podían ver y no le importaba en absoluto que la vieran; ella no mostraba ninguna esperanza ni deseo de bailar con nadie.

Luisa se iba a lo oscuro, cerca de la higuera, a mirar de lejos el baile de la pista; sabía también que su tía estaba bailando con las manos en la cabeza, y no podía apartar ese pensamiento.

Por un momento tuvo un fuerte sentimiento de rechazo por el baile de su tía, pero le hacía mal ese rechazo, la tía María tendría que aprender a bailar como corresponde, un baile más normal, digamos; parecía presa de algún encantamiento; a lo mejor en adelante su tía se convertía en una mujer prudente y discreta; no, no podía ser ese baile siempre así.

Entonces Luisa, provisoriamente, lo aceptó. Pensó: al final, en este lugar, a los únicos que nos gusta el baile es a los bailarines, a mí y a la tía María.

Un día Luisa estaba con su tía María frente a la puerta de calle; por la vereda pasó un hombre. Entonces María gritó:

—¡Pase por la vereda de enfrente, ladrón! ¡La vereda es mía, la calle es mía, todo esto es de nosotros!

El hombre se fue, caminando ligero, como avergonzado.

Luisa se avergonzó. ¿Cómo alguien puede decir con derecho que la vereda es de uno?

—¿Por qué decís que la vereda es tuya? —le preguntó.

Entonces María, más furiosa todavía, dijo:

—¡Es mía! ¡Son todos ladrones, asesinos, bragueteros putos!

Nadie sabía de dónde María había sacado esas palabras. Después de gritar, ella misma se decía, como si fuera un rezo, murmurando: «tengo razón». «Tengo razón».

Luisa pensaba que a lo mejor esos reclamos sobre la calle, el terreno tenían algún asidero. De lo contrario, ¿quién iba a reclamar con tanta vehemencia lo que no fuera suyo?

Ahora, eso de ser dueña de la vereda, francamente… por otra parte, la maldición de María enturbiaba la calle. Entristecía el chalet de enfrente, chiquito y cuidado, ocupado por ancianos simpáticos; llenaba toda la calle que ahora era asfaltada, ancha y lisa, de una especie de inquietud. Además ahora María se atrevía a ir al recreo de Esteban, y gritaba cerca del lugar de los parroquianos; iba a reclamar a su madre, quería que su madre viviera con ella, y no con los bragueteros putos, como ella decía. La abuela, sentada en la cama, donde ahora pasaba la mayor parte del tiempo, rezaba. Rezaba por los de Italia y por los de acá; los de Italia le daban más trabajo porque debía recordar sus caras, sus nombres y no debía olvidar a nadie.

La tía María venía a gritar y a interrumpir el rezo; la abuela por momentos, lograba concentrarse y formaba toda la cadena de personas: Joaquín, Carolina, la propia madre de ella que estaba en el cielo; cuando se desconcentró, gritó:

—¡Cállese la boca!

Pero entonces María siguió gritando más fuerte, diciendo cada vez más malas palabras que ofendían a Dios y a todos los pacíficos habitantes del cielo. Estas palabras no agradaban a los habitantes del cielo. Joaquín se iba de la mente de la abuela, la propia madre de la abuela se volvía borrosa. Con todo el trabajo que le costaba a la abuela recordarlos, después de tantos años. Entonces, le gritó a María desde la cama:

—¡Loca! ¡Loca de mierda!

Ahora María gritaba y lloraba y cuando la abuela sintió que María lloraba con un llanto raro, que no era de alivio, era agrio, como de persona desdichada; un llanto que no persuade ni compadece a nadie, más bien fastidia, entonces la abuela también lloró, agarrándose la cara con las manos, pero cuidando bien que no la viera nadie, para que no vinieran a consolarla.

El tío Esteban quería agarrar a María de un brazo y empujarla para su casa, pero ella se soltó; Esteban la amenazó con la mano, haciendo el gesto de pegarle y ella se fue yendo a su casa, pero dándose vuelta a cada paso y gritando algo, como quien se va con dignidad, como si expusiera una razón, para no irse echada. Los parroquianos miraron todo. Don Servini dijo que él le daría una buena tunda para que terminara de hablar de una vez por todas y don Juan Ventura dijo que él le ataría una soga al cuello y la echaría para que se hundiera en el fondo del mar.

Después de un rato, la abuela mandó al tío Esteban para que espiara cómo estaba María. Esto era una especie de misión diplomática que debía ser realizada con cuidado, porque Esteban nunca entraba a la casa de María; espiaba desde la verja, donde estaba el chajá. En lo posible, no debía ser visto para no aumentar la ira de ella; esto era posible porque había muchos árboles y el cerco grueso.

Si se oían gritos y puñetazos sobre la mesa, o ruido de grandes baldazos de agua tirados por toda la casa, en especial los baldazos, era signo de que todo estaba en orden. Ni el tío Ernesto ni el tío Esteban entraban a la casa de ella; entraba José, para revisar los rosales y la planta de caquis.

Pero el tío José no conocía el estado real de su casa, ya que no pasaba de la cocina; su hermana no se lo permitía y a la cocina entraba cuando ella estaba de buen humor.

José llegó unos días después de este episodio y ya venía nervioso. Cuando estaba nervioso la sangre le subía a la cabeza, tartamudeaba y se ponía y se sacaba las manos de los bolsillos. Cuando llegó, la encontró de buen humor y entró a la cocina; quiso tomar un vaso de agua de la canilla; no había agua; por alguna intuición, prendió la luz; no había luz; cada vez se iba poniendo más colorado.

María se puso inquieta:

—¿Qué revolvés? ¿Qué andás revolviendo?

El tío José entró al baño y ella lo siguió; empezó a ponerse colorada de bronca; no permitía entrar hombres al baño de su casa, ni siquiera a sus hermanos. Pero José ya sabía eso; no osaba usar su baño; estaba revisando el agua y la luz del baño; no, no había. Había algo en la furia de él, que era reconcentrada, había algo imparable. Entonces María, para demostrar su eficacia y buena voluntad, dijo:

—Yo de vez en cuando abro la llave de la luz, para ver si viene, pero viene.

Lo dijo dubitativa, como si la luz fuera un misterio de la naturaleza. Ese tono lo puso más furioso y entró a las piezas; estaba todo húmedo porque María echaba baldazos de agua a las paredes. Brotaba de adentro de la casa un olor a encierro, pero no el habitual de tabaco o cierta suciedad; era un olor muy limpio, como a cal húmeda, como si brotara frío de las paredes; entonces el tío José salió furioso para la casa del tío Esteban y ella dijo:

—¿Adónde vas? Esa raza alcahueta, braguetera y astera, eso, astera.

Y él, como hacía siempre, en dos minutos volvió cambiado y con una tijera de podar que no se sabía de dónde la había sacado, resuelto, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida, se puso a cortar el cerco. Las ramas se habían convertido en troncos y allá estaba José, perdido y chiquito podando ese bosque. Ella se empezó a poner furiosa y todo el tiempo que él podaba, le gritó:

—¡Astero! ¡Raza ladrona y pendenciera! ¡Esa raza traicionera y braguetera!

Y después que podó todo ese cerco sin siquiera mirarla, se fue con la tijera de podar a la casa de la abuela y se cambió.

Y débilmente, con una voz enojada pero conciliadora dijo que cómo era posible todo eso, y con los dedos fue enumerando las lacras: la luz, el agua, el cerco, los piojos de las gallinas, los rosales apestados, el chajá. Y José se empezó a pasear y dar vueltas, mientras decía:

—Y suma y sigue, y suma y sigue.

Entonces el tío José dijo, con todo cuidado, que según su modesta opinión, era sólo una sugerencia, teniendo en cuenta todo, él pensaba que a la tía María había que internarla, aunque fuera por un tiempo; después, se vería. Eso lo decía sin mirar a nadie, pero le hablaba a la abuela. Esteban no dijo nada; el tío Ernesto nunca decía que no; para él todo estaba bien. La abuela preguntó, cautelosamente, si no había salido ningún producto curativo nuevo. Si a ella la penicilina le había salvado la vida, se podía intentar algún remedio para María, algo equivalente al té de tilo, pero mucho más fuerte. No estaba muy convencida la abuela de que existiera algún producto curativo, pero se podía intentarlo antes de internarla. Porque ella había rezado tanto para que Dios se la llevara, para tener ella la felicidad de verla morir cerca, no en manos extrañas.

Pero se ve que Dios no quería llevársela y la voluntad de Dios era que viviera.

Entonces iban a intentar primero hacer alguna cosa y si no daba resultado, la internarían, aunque no estaba muy segura la abuela de que eso correspondiera a la voluntad de Dios.

El tío y la sobrina

Tenía unos tíos que vivían bastante lejos, en Casilda. En casa hablaban siempre de ellos y pronto los iba a visitar. Y decían que mi tía tuvo muchos sufrimientos con su primer marido y ahora estaba casada con mi tío, que era su segundo marido, pero eso no había que mencionarlo delante de ellos. También decían que mi tío había envejecido mucho últimamente y que prácticamente era una sombra y que mi tía, a pesar de los grandes sufrimientos que había padecido, estaba el doble de gorda, y era una persona abnegada porque le hacía todas las fricciones necesarias a mi tío y se quedaba despierta hasta tarde de noche porque él estaba enfermo de los pulmones. Y también había oído decir, una tarde de verano a la hora de la siesta: «¿Antes en esa casa? Uno entraba a las habitaciones y el sombrero en el perchero, la servilleta en las rodillas y ni una mosca. Ahora, en cambio…».

Tardé en darme cuenta de cómo sería todo: el sombrero en las rodillas… no; lo sabía perfectamente; el sombrero en el perchero y ni una mosca; estaba simplemente retardando el «ahora» porque me oprimía. ¿Qué había ahora? ¿Qué harían ahí todas las moscas, montones de moscas sobre la mesa y por el aire? ¿Y no estaría cansada mi tía, a pesar de ser tan abnegada, y se habría quedado acostada y como era demasiado gorda no se podía levantar? Y pronto yo iba a ir allí y mi madre me decía:

—Si preguntan cómo estamos de finanzas, decí que estamos bien.

—Sí —le dije.

—Y no pidas ni un peso. Ni aceptes aunque te los den.

—Bueno —dije.

Era un consejo de práctica, ya lo había oído muchas veces; pero lo dijo con cara demasiado rara. ¿Por qué no me van a dar plata? ¿La tendrán que

gastar en inyecciones? ¿Y si me la dan, por qué no la voy a aceptar? Porque se podrían ofender, pensando que yo no la tomo porque pienso que son pobres. Y me dijo que dijera que andábamos bien de finanzas. ¿Para qué? ¿Si somos más ricos que ellos, eso era indudablemente jactancia y si somos más pobres, por qué habría peligro de que ellos nos den y nosotros somos orgullosos? No le pregunté a mi madre a pesar de que siempre quería saber si éramos pobres o ricos, pero nunca recibí una respuesta precisa y me di cuenta de que tampoco esa vez iba a conseguir nada. Los dos días antes de irme estuve pensando en todo lo que se vinculaba con ellos. No me habían recomendado que tuviera cuidado al comer y que no comiera ligero. ¿Por qué eso no? ¿Por qué tampoco que llevara para mostrar las notas altas que me había sacado? Pero eso lo iba a llevar yo por mi cuenta; iba a juntar todas las pruebas con las notas más altas y se las iba a mostrar alguna tarde. Pero lo raro era que no me lo hubieran sugerido.

—¿No llevo nada para salir?

—Es raro que vayas a salir.

—Llevo una pelota para jugar.

—Sí, sí.

No tanto sí, me dije, que aquella vez no me la dejaste llevar. Además me dijo que sí, como si no importara nada que la llevara o no, es decir, se me daba la libertad de llevarla pero tenía su precio: me la dejaban llevar del mismo modo que no me pegarían si me manchara, por ejemplo, porque había asuntos más importantes que tratar. Era la primera vez que salía así, con valija, lejos, y yo misma me la hice. Pregunté:

—¿Llevo perfume?

Y me contestó distraídamente.

—¿Perfume? No.

—Bueno, entonces la cierro —dije.

—¿Cómo la vas a cerrar, si te faltan las medias, la bufanda, la capa, etc.?

—Si no llevo perfume yo la cierro —dije.

Yo misma sabía que había alguna secreta injusticia en cerrar la valija sin medias, pero la cerré igual. «No llevo perfume», pensaba a la tarde, «y

así es mejor». Y a la noche no me dormí hasta tarde, y me levanté para ver si la valija estaba ahí.

Lo primero que vi al entrar fue una mujer que me pareció una vecina. Estaba de espaldas, tomando mate y hablando con alguien que debía ser mi tío. «¿Y qué tiene de distinto?» me pregunté. Mi tío era un hombre flaco, no se podía negar, pero comparado con el tipo del circo, era gordísimo y yo a mi tío lo había visto antes cuando era muy chica, de modo que no notaba cambio alguno. Después de charlar un ratito —no me preguntó qué tal andábamos de finanzas— vino mi tía, bastante gorda pero sin llamar la atención. Llegaba de comprar salame en el almacén. Y estaba sonriente con aros. «Muy sacrificada no es», pensé, «desde el momento que va a comprar salame y todo…». Yo siempre imaginaba una persona sacrificada como alguien que está encerrada en un espacio reducido, sin ventanas. Ella me puso la mano en la cabeza y me sujetó algo que se me caía, una hebilla, creo. Entonces fue cuando la vecina salió y mi tío tosió. Tosía muchas veces, sin parar, y mi tía le dijo con una voz agradable, voz de mañana temprano, antes del desayuno:

—¿Te preparo eso?

—No, ahora no, más tarde.

Como cuando a uno le preguntan si va a tomar el desayuno y dice: «más tarde». Así respondió mi tío. Y añadió enseguida, cuando ella volvía con un vaso de agua y una pastillita:

—¿Y el dije nuevo de la pulsera?

—Lo perdí, no sé dónde lo pude haber puesto.

—Hay que buscarlo —dijo mi tío, mientras revolvía la pastillita en el vaso—, era el más lindo de todos.

Y mientras yo arreglaba las cosas en el ropero, él buscó por todas partes y mi tía tarareaba algo. Como era tarde me dormí enseguida y pensé: «Mañana vamos a ver», y no sabía qué iba a ver mañana.

A la mañana siguiente mi tía me dijo:

—Luisa, ¿querés jugar a las damas con tu tío?

—Bueno —dije—. No sé muy bien.

Supuse que no importaría que jugara bien o no, que lo que había que hacer era simplemente pasar la mañana. Jugué distraídamente y mi tío me ganó todos los partidos, incluso dándome ventaja, y después me miró y sonrió. Entonces pensé que mejor hubiera sido haber jugado bien, y me di cuenta de que me había ganado a propósito. Le dije:

—Ahora el último, el último de todos.

—No juego más —dijo—, mañana o pasado.

Mi tía me dijo que fuera a comprar huevos para hacer mayonesa.

—¿Y él puede comer mayonesa?

—Él puede comer de todo —dijo mi tía con aire extrañamente reservado.

Elegí los huevos de color ocre, y le pedí al almacenero que me sacara uno blanco porque no me gustaba. Después ayudé a hacer la mayonesa; la cocina tenía cortinas a cuadros y los almohadones eran también a cuadros; había una ventana grande por donde entraba el sol y se veía pasar la gente bastante cerca.

—¿Y él? —pregunté.

—Está arreglando el gallinero.

—¿Después puedo ir?

—¿Primero terminamos esto?

—Bueno.

Terminamos eso, y al salir de la cocina noté que había algunas moscas. «Y en casa a veces también hay» —dije—. «Lo que pasa es que alguien dejó la puerta abierta». Y el pasto no estaba crecido, estaba parejo «más que en casa», pensé, mientras iba al gallinero. Mi tío se había sentado y estaba descansando sobre un tronco.

—Estás cansado —le dije.

—Algo.

—También —dije conciliadoramente—, trabajaste toda la mañana.

—Ni mucho menos —dijo—. Son las once.

—Pero vos sos jubilado —insistí—. Vos trabajaste toda la vida.

Y no me dijo nada, hizo ademán de empezar a trabajar otra vez y descubrí algo que antes nunca había notado en nadie: caminó por el gallinero, tocaba las maderas, iba con intención de trabajar, y vaya a saber

por qué, no hizo más que inspeccionar todo y después se volvió a sentar y se quedó mirando algo que estaba sembrado.

Pensé que indudablemente su primer impulso había sido trabajar. Pensé preguntarle si quería que le ayudara y después me pareció fuera de lugar. En cambio pregunté:

—¿Querés que juguemos a las damas?

—Traé el tablero —dijo.

Y no le pude ganar ni una sola vez, pero no perdí de modo tan escandaloso como la vez anterior.

A la noche, desde mi pieza, oí que hablaban. Mi tía decía:

—No lo tomaste.

—Bueno, no lo tomé.

—¿Cómo, «bueno no lo tomé»? ¿Te das cuenta?

—¿Y para qué lo iba a tomar…? Perdón.

Cuando oí lo último me sobresalté. ¿Por qué había dicho perdón? ¿Quizá porque había contestado con brusquedad? Yo no oía bien, pero estaba segura de que no lo había dicho con brusquedad y me quedé pensando en eso. Después oí que ella insistía, pero lo anterior me parecía incomprensible. Pensé que a la mañana siguiente me iba a dar vergüenza porque ellos no sabían que yo sabía. ¿«Eso…»? ¿Y qué era «eso»? Repensé el diálogo. «Al fin y al cabo», me dije, «era una cosa que tenía que tomar y no tomó. Parece que porque no se le daba la gana, y después pidió perdón no sé por qué. ¿A qué tanto lío?». Pero a la mañana siguiente mi tío me pareció distinto, más lejano, y no me atreví a invitarlo a jugar a las damas. Después de desayunar mi tía me dijo:

—Al lado hay un chico, solía venir muy a menudo aquí. Andá con el tablero.

—No lo conozco, no sé quién es.

—Decile que te viniste a quedar unos días y que querés jugar. O mejor, yo le digo.

Y mi tía suspendió una cosa importante que estaba haciendo para decirle a la vecina que yo había venido a pasar unos días. Los de al lado me recibieron muy sonrientes. A todo esto yo no había visto a mi tío y mi

tía me dijo que no se había levantado. La vecina preguntó qué tal andaba mi tío y ella no contestó. «Podría haber dicho más o menos», pensé, «yo hubiera dicho más o menos». Enseguida dictaminé que la cara del chico de al lado era de candado desde un punto de vista y de toronja, desde otro.

—Tu tío está enfermo —me dijo.

—Ya sé.

—Y se va a morir.

—Es mentira —dije—. ¿Porque vos lo digas se va a morir?

—No porque yo lo diga —y ahora su cara era de toronja—, porque lo dice el médico.

—Es mentira —dije.

—Como quieras —dijo el chico y sacó el tablero.

Entonces pensé que me iba a dejar ganar a propósito y a propósito lo iba a dejar pensar que yo era completamente idiota y así me dejaría en paz. Por la mitad del partido dijo:

—La vez pasada vino una ambulancia.

Quise decir que era mentira, pero me amilanó el pensamiento de que él, con esa cara, sólo porque vivía al lado de la casa de mi tío, y sin ser pariente ni nada, sabía más que yo que era sobrina, y le dije:

—Eso ya lo sabía.

—¿Sabés cuántas veces vino?

—¡Qué importa cuántas veces vino! Sé que viene la ambulancia y basta.

—Vino siete veces —dijo.

Y me ganó. «Es flaco», pensé. «Es flaco y también rencoroso». Y eran las doce y nadie me venía a llamar; y después fueron las doce y media y seguía sin venir nadie. A esa hora dije:

—Me voy a comer.

Y la vecina dijo:

—No, quedate a comer acá, con Leopoldo.

—¿Mi tía sabe?

—Sí, sí.

Y no me acuerdo qué comí, sé sólo que era algo pastoso. A las dos me vino a buscar mi tía, tenía otra blusa y se había puesto zapatos. Estaba más

peinada, como si hubiera recibido visitas, y la vecina le apretó la mano.

—¿Y el tío? —pregunté.

—Lo llevaron —dijo—. Lo llevaron a curar.

Y Leopoldo miraba con una ceja levantada, sentado en un rincón. Vi que la vecina tomaba del brazo a mi tía y le daba no sé qué consejos. «La vecina tiene cara de conejo», pensé, y le dije a mi tía tímidamente:

—¿Vamos?

—Sí —dijo ella—, es mejor.

Llegamos a la cocina, de cortinas a cuadros; era un día hermoso, de sol. Y me puse a recorrer la casa como si me faltara algo. Había ropas tiradas por ahí y el ropero no estaba en su lugar. «Ya sé de qué me olvidé», me dije con cierto entusiasmo. «Me olvidé el tablero en lo de Leopoldo. Lo voy a buscar».

—¿Leopoldo, me das el tablero?

—El tablero era mío, yo se lo prestaba.

—Bueno, no sabía —dije.

«Y era eso», pensaba, «era el tablero que me faltaba». Pensé preguntarle a mi tía si Leopoldo mentía. Para qué, me dije, si Leopoldo no mentía. A la tarde, después de pensarlo mucho, dije:

—Tía, yo me voy.

—¿No te quedarías hasta mañana?

—Bueno —dije— pero hago la valija.

Por un momento tuve ganas de preguntarle si tenía perfume, pero me pareció fuera de lugar. «No tengo perfume», me dije, «y no solamente no tengo perfume: tampoco tengo medias, ni bufanda, ni capa y además voy a dejar un saco, y algo también voy a tirar por la calle cuando nadie me vea, pero no llevar esta valija tan pesada». En ese pensamiento me entretuve toda la tarde. Y a la mañana siguiente (dejé en la casa de mi tía la pelota y el saco), cuando tiré a la calle una pollera, me estremecí y me latió el corazón.

El recital de piano

—Y va a tocar la mazurca N.º 2 de Chopin —dijo su madre a la vecina, mirando el programa.

—¡Qué bien! —dijo la vecina con cierta obsecuencia, como para agradarla, pero como si la que tocara el piano fuera su madre.

—Y ya, ya, tendría que estar en el piano porque no llega. Yo no digo que no sea capaz, ¡pero es tan dejada!

Hebe no ponía en duda lo que decía su madre, pero le quedaba una sensación difusa, de que algo no estaba bien.

Además con lo de dejada sabía a qué se refería: dejar la ropa tirada, no bañarse a menudo y poner los pies en los sillones; en cuanto a la capacidad, no sabía en qué la podría aplicar. Si su madre decía que no llegaba, no iba a llegar a tiempo para prepararse; ella adivinaba todo: hace poco había adivinado que el viejito de al lado se iba a morir en dos o tres días, y dicho y hecho; el viejito se murió.

Por lo tanto, ahora iba a ir al piano, silenciosamente, sin decir nada. Ella no podía decir:

—Mamá, no voy a tocar el piano.

Porque la madre le decía:

—Que yo sepa, trombón no hay en esta casa.

En esa casa había piano y lo había comprado su madre en un remate. Lo había comprado porque era un piano viejo de teclas amarillas, igual que el que tenía el tío Abel.

El tío Abel tocaba el piano y muchas veces la policía lo perseguía por los techos. Cuando fue a comprar el piano en el remate, su madre discutió tanto que ella pensaba que su madre era como una gitana y le dio vergüenza.

Otras veces pensaba que era una gitana gorda, que la había robado, pero no se sabía muy bien para qué. Hacía unos años, había pensado que su madre era otra y que ésta, por ser una gitana, no era tan mala.

Algunas veces la gitana lloraba y a ella le daba un poco de pena pero no podía acercarse para consolarla o para decirle algo cariñoso, siempre que lloraba salía enseguida con un domingo siete que revelaba que mientras lloraba estaba pensando en otra cosa. Interrumpía de llorar para preguntar, por ejemplo:

—¿Le diste de comer al gato?

Entonces ya no le parecía más una gitana. Le parecía que era un ser débil y omnipotente al mismo tiempo. Pensaba en cómo un emperador romano puede tener momentos de debilidad. Como emperador romano era imponente. Su cuerpo gordo estaba en una silla —su silla— cerca de la luz para leer el diario. Levantaba el diario bien alto, un poco lejos, como para examinar algo absolutamente objetable, iba examinando las noticias con espíritu crítico, selectivo y pasaba con rapidez de una hoja a otra para leer lo que le interesaba. Donde ponía el ojo, ponía el entendimiento.

Cuando leía el diario Hebe hacía un gran rodeo alrededor de la silla, era como una zona erizada.

Pero también era una dama de gran presencia de ánimo.

Presencia de ánimo quería decir que uno debía estar a la altura de cualquier circunstancia: sea para comprar un par de zapatos, ante una enfermedad, uno debía salir airoso siempre.

Quizá más que la gitana o el emperador romano, la dama de gran presencia de ánimo es lo que más la intimidaba a Hebe. Cuando era gitana, era una extraña, ella podía descansar de algún modo, como emperador romano era terrible pero era cuestión de no ponerse a tiro. La presencia de ánimo era incomprensible para Hebe. ¿De dónde surgían esas respuestas oportunas, esa facilidad para poner el dedo en la llaga?

La presencia de ánimo era misteriosa porque parecía que ella tuviera un plan de acción, una estrategia con las personas. En cuanto al plan que tuviera respecto de ella, lo ignoraba.

Ahora ella necesitaba un vestido nuevo para el festival. Los vestidos que tenía eran para cubrirse pero no para resplandecer o impactar. Y todas

se iban a hacer vestidos para resplandecer. Cuando le dijo a su mamá que precisaba un vestido, ella estaba evocando su infancia en el campo. Antes todo era más nítido, parece. Los inviernos eran como deben ser, bien crudos, y en el verano el sol rajaba la tierra, como es lógico. Las bestias eran más feroces, la escarcha como nunca se volvió a ver igual. Ella tenía en ese tiempo, si fuera posible, más presencia de ánimo aún que ahora, porque era una época de gente fuerte, que luchaba, no pensaba en pavadas. Además antes la gente no cambiaba de vestido siempre, uno en el campo identificaba de lejos a una persona por la ropa, y eso era una ventaja, nunca se podía equivocar uno. Por eso en su casa no se hablaba de la ropa, se hablaba de la segunda guerra mundial, que ya había pasado y de la línea Maginot.

Cuando le volvió a repetir que precisaba un vestido, su madre dijo:

—Sí, ya le hablé a Carmen.

Carmen era su prima y ella heredaba los vestidos de Carmen. Le quedaban grandes de hombros y chicos de cadera. Hebe no dijo nada. Sabía que no habría vestido nuevo y pensó: «Ya van a ver».

Cuando se decía «ya van a ver» no aparecía nadie concretamente. Eran multitudes. Cuando decía «ya van a ver» inmediatamente después pensaba en su propio velorio. Porque lo anterior era una amenaza enorme pero sin contenido, el sentimiento la ahogaba y no sabía ni ella misma qué es lo que iban a ver. Pero su velorio sí era concreto. Estaba ella en el cajón, muerta, y al lado la madre y a veces la vecina. La madre decía qué arrepentida que estaba por haberla tratado así, cómo había tratado así a una chica tan buena como Hebe, qué equivocada estaba y le pedía perdón. Hebe muerta la perdonaba y después venía como una especie de paz. Se iba a poner el vestido de su prima, cómo no.

Se rió sola y la invadió un placer nuevo y amargo, sentía una sorda obstinación. Ella estaba en la sombra más sombría, no tenía un lugar al sol, pero tenía una gran obstinación.

El vestido de Carmen no era fresco ni agradable al cuerpo; era de una tela muy costosa pero que se apelotonaba toda en puntitos muy chicos. Era una seda compacta, cubierta de pequeñas pelotitas brillosas, como para cubrir

una gran superficie. Era como para una señora grande y sabia que supiera combinar el casi imperceptible olor que emanaba de esa tela con algún perfume adecuado y difuso, como si dijera: Aquí estoy yo, bien plantada, un poco gorda y con alguna melancolía, cómo no.

Pero Hebe era una chica y el brillo de esas pelotitas la hacía parecer apurada y enojada.

Su madre para ir al concierto se puso la plaqueta. La plaqueta era un rectangulito de tamaño un poco mayor que una hoja de afeitar cubierto con falsos brillantitos que se llevaba en el pecho. La plaqueta era muy chiquita para ese pecho tan grande; pero igual se destacaba porque ella la llevaba como un escudo; como si hubiera dicho: llevar el escudo es incómodo, hace calor, pero por lo menos saben que tengo escudo y saben a qué atenerse.

Cuando entró al escenario, Hebe pensó que iba a hacer una breve inclinación de cabeza, muy digna, a modo de saludo; pero antes de entrar al escenario, antes de que la vieran, tropezó con una viga que estaba entre bastidores y eso la descorazonó como para no hacer ningún saludo.

Avanzó derecho al piano y se sentó. Sabía aunque no las veía, que estaban su madre, la prima Carmen y la vecina.

Y no empezó a amansar el piano como en su casa, a tantearlo. Empezó a tocar azorada como si ella fuese dos personas; una aterrorizada que mira a la otra parte, un animal domesticado pero imprevisible que tocaba por su cuenta.

Después de la primera pieza —absurdamente, pensó ella—, vinieron aplausos. Entonces no se dan cuenta de nada —pensó—. Por lo tanto podía tocar más tranquila. Ya más tranquila, pudo simular que se conectaba con Chopin, como lo hacía de veras en su casa y vinieron aplausos mayores. Esos aplausos le permitieron echar una rapidísima mirada a la platea, de reojo: lo primero que vio, en el primer asiento, era el brillo de la plaqueta; eran los brillantitos que brillaban.

Ella odiaba esa plaqueta, nunca le gustó; ese brillo le produjo una sorda bronca y pensó «ya van a ver».

Empezó a tocar con toda precisión y maldad y cuando ya sabía ella que había tocado bien, al final de la pieza, aporreó el piano dos o tres veces

con las manos abiertas, produciendo el desastre. Se levantó y salió sin saludar. No le dieron ningún premio, pero pudo pensar tranquila en la idea de su velorio, que era la que más paz le producía, la que más la reconciliaba con el género humano.

El amigo de Luisa

En la casa de Luisa los pollos estaban en un rincón oscuro y nadie los miraba. Lo único bueno de la casa eran las plantas de mandarinas. Luisa comía mandarinas cuando todavía estaban verdes, sentada entre las plantas. También había una manguera, pero con ella no se podía regar las veredas, ni tampoco jugar al carnaval.

En cambio, en la casa de la abuela se podía correr a los pollos, que estaban en un gallinero grande y hermoso, y también estaba la pata con todos los hijos detrás. Se podía tirar cáscaras de mandarinas en el gallinero y espiar las casas vecinas para mirar si había chicos.

Y ahora la gente de la casa de al lado se había ido y había venido gente nueva, y Luisa vigiló mucho tiempo para ver quiénes eran, pero después vio que sólo había una señora gorda que tiraba maíz.

En la casa de la abuela se podía tirar la pelota al techo, y el techo la devolvía. Luisa, una vez, estaba jugando a la pelota y se le fue al techo, pero esta vez no la devolvía. El techo era bajo y Luisa sintió una voz detrás:

—A lo mejor la podrías bajar con un palo largo.

Y Luisa dijo sin darse vuelta:

—Yo no tengo ningún palo largo y mi abuela tampoco.

—A lo mejor te podría prestar una escoba.

Entonces Luisa se dio vuelta y vio a un muchacho que estaba acostado en una cosa parecida a la camilla del médico, pero con la cabeza levantada, como si estuviera acostado de la cintura a los pies, y sentado de la cintura a la cabeza. Era un muchacho muy grande, más grande que su primo Ernesto, que tenía dieciséis años, y a él seguro que no lo mandaba nadie. Luisa le dijo:

—Entonces andá a buscar la escoba.

—No puedo ir porque estoy acostado.

—Bah, yo también si quiero me acuesto y después digo: «No puedo ir porque estoy acostada».

Y Luisa se acostó en el suelo y se levantó muy rápido, y el muchacho la miró con tristeza. Cuando se había levantado Luisa se dio cuenta de que él no podía ir a buscar la escoba, y fue a pedirle una escoba a su abuela. Su abuela no se la quiso dar porque la tenía ocupada, y entonces Luisa dijo:

—Bueno, no puedo jugar más a la pelota y entonces voy a charlar con vos.

Él estaba leyendo en un libro algo amarillo que tenía calaveras dibujadas y también piernas. Luisa no sabía leer bien, porque tenía seis años, y le preguntó:

—¿Qué aprendés?

—Medicina.

—¡Ah, ya sé! Eso es para curar la difteria y otras cosas. Yo tengo un tío que aprendió eso y ahora cura la difteria. Estudió veinte años porque se tenía que casar con mi tía, y mi tía le dijo que si no aprendía todos esos libros no se casaba con él, y él los aprendió.

Después Luisa le preguntó:

—¿Cómo te llamás? ¿Cuántos años tenés? ¿Estás solo? ¿Quién es la que tira maíz?

Y él respondió a todo y dijo que se llamaba Pedro. Y Luisa dijo que su papá también se llamaba Pedro, pero a su papá le decía por lo común papá, y en cambio a él lo iba a llamar Pedro. Pedro dijo que tenía veintidós años y que vivía con su tía, que era esa señora que les daba maíz a las gallinas.

Después Luisa rodeó la camilla y vio que se manejaba con resortes y lo hizo sentar y acostar muchas veces para ver cómo se bajaba y se subía. Después la llamaron porque la tenían que bañar, pero prometió volver cuando estuviera bañada.

Cuando Luisa estaba en su casa, la bañaba su madre y le pasaban piedra pómez por las manos, las rodillas y los codos, le lavaba la cabeza y decía que el jabón en los ojos no deja ciego a nadie. Entonces le dijo a la abuela

que en su casa ella se bañaba sola y su abuela se admiró por todas las cosas que sabía hacer y la mandó a bañar. Luisa se bañó muy contenta porque después iba a ver a su amigo, y estuvo pensando todo el tiempo en la camilla, en los resortes y en el libro con la calavera y las piernas.

Era un día de verano a las siete de la tarde. Luisa se puso los zapatos blancos y un vestido celeste, pero no se peinó, porque tenía las trenzas de la noche anterior, y nadie hacía las trenzas tan durables como su madre. Eran unas trenzas fuertes y se podía correr moviéndolas y tirarse de los moños, y no se le iban a deshacer. Luisa se fue a visitar a su amigo, que la encontró linda, y Luisa dijo que no estaba todo lo bien que podía, porque los vestidos más lindos los había dejado en su casa. Después le preguntó:

—¿Cuándo te enfermaste?

—Hace dos años.

—¿Entonces tenías veinte años?

—Sí.

—¿Y qué hacés todo el día sentado?

—Estudio, leo, miro.

—¿Y nunca te aburrís?

—A veces, pero siempre tengo que estudiar.

—Mañana vamos a jugar a la pelota. Yo la voy a bajar del techo y te la voy a tirar tan bien que nunca se te va a caer al suelo, pero ahora quiero que me cuentes un cuento, porque vos sabés cuentos.

Él empezó a contar un cuento, pero por la mitad no se acordaba y entonces Luisa lo terminó y le contó un montón de cuentos a él, y así estuvieron mucho tiempo y se les vino la noche sin darse cuenta. Y Luisa dijo:

—Uy, ya salieron las estrellas; ahora me tengo que dormir.

Y después Luisa se fue.

Un día Pedro había llevado una radio y la había puesto en el pasto. Tocaban un vals muy hermoso. Era de mañana y estaba todo lleno de sol, y cuando Luisa oyó la música vino a visitarlo y vio que estaba pensativo. Luisa le dijo:

—¿En qué estás pensando?

—En nada. ¿Trajiste la pelota?

—Estás pensando en cosas que no me querés decir. Entonces uno tiene que decir: «No puedo decir en qué estoy pensando».

Él se sonrió y otra vez volvió a quedarse pensativo. La radio tocaba música y Luisa tenía ganas de bailar en el pasto y se puso a bailar. Luisa pensaba que quería tener un traje de bailarina o, por lo menos, de dama antigua, pero tenía un delantal rayado y trenzas. Pero Luisa bailaba igual, y él se dio cuenta y le causó risa ver a Luisa bailando, agarrando la pollera, que era tan corta y saltando para los costados como una cabra chica y rematando cada final con saltos, como si saltara a la soga. Ella se dio vuelta y dijo:

—Te estás riendo de mí y no voy a bailar más.

Estaba tan cansada que se sentó al lado de la camilla. Como estaba cansada, no vio que él estaba pensativo otra vez. Y de golpe apagó la radio y se acabó la música.

—¿Por qué acabaste la música? Era linda —dijo Luisa muy cansada. Él no contestó nada y Luisa se fue a comer.

Estaban los dos en el jardín y oscurecía. Por la calle no pasaba nadie y ellos estaban callados. Luisa dijo:

—¿Eras lindo cuando eras sano?

—Sí, era lindo.

—¿También eras alto?

—También.

—¿Tenías las piernas largas como ese hombre que pasó ayer por la calle?

—Más largas.

—¿Y te vas a curar?

—Sí, a lo mejor alguna vez me voy a curar.

—Cuando te cures te vas a ir, ¿no?

—Sí, me voy a ir a estudiar.

—Sí, y no vas a charlar más conmigo.

Él se sonrió y estaba pensativo. Luisa lo había visto siempre con las piernas tapadas y quería ver cómo eran. Se imaginaba que tenía dos piernas de metal, como si fuera un muñeco mecánico que estuviera vivo de la cintura para arriba; y abajo, de lata o de hierro. Y tenía mucha curiosidad por ver sus pies, pero él no quería. A veces ella llevaba el cuaderno y el libro de lectura y escribían y hacían dibujos, y su amigo sabía hacer dibujos muy hermosos: sabía hacer naranjas en las que se vieran los gajos. Luisa también sabía hacer naranjas pero no enteras, y no podía conseguir que se vieran los gajos.

A Luisa le gustaba ver libros de figuras, pero él no tenía, y a veces le mostraba las figuras del libro de medicina. Eso cuando Luisa se había portado muy bien y cuando no preguntaba tanto.

En la casa de la abuela iban a festejar el cumpleaños del hermano de Luisa. Iban a venir los primos y también los tíos, iban a traer regalos y Luisa se iba a poner un vestido nuevo. Iba a venir mucha gente porque hervía el chocolate en una olla y la madre lo revolvía. La madre se fue adentro y le dijo a Luisa que le avisara si el chocolate se volcaba. Luisa estaba mirando el chocolate subida a una silla y sintió que alguien le tapaba los ojos. Era su tía Catalina, que venía trayendo un paquete de regalo. Luisa protestó y lo quiso abrir, pero la tía Catalina se lo llevó. Eran las siete y estaba anocheciendo, y pronto iban a tomar chocolate con torta. Después vinieron los primos y Luisa no supo cómo, y los encontró sentados en el carro de su hermano. Jugaron al carro hasta que llegaron las ocho y recorrieron toda la manzana en carro, y alrededor estaba el campo y no había casi casas. A las ocho iban a tomar chocolate y Luisa preguntó si habían invitado a su amigo. Su amigo llegó a las nueve y tenía las piernas cubiertas con una manta; estaba en la camilla, sentado. Se quedó un rato en un rincón y después se fue, y Luisa no se dio cuenta de que se había ido, y cuando fue a ver, ya no estaban ni él, ni la camilla. Y Luisa pensó qué iba a ser de la fiesta ahora que su amigo se había ido, pero después siguieron jugando en carro hasta las nueve y media y se acostaron muy cansados. Esa noche su hermano vomitó en el colchón.

Ahora su amigo no estaba más en la camilla, estaba en un sillón de ruedas y él lo manejaba. A Luisa le resultaba muy extraño verlo mover el sillón y quería empujarlo, pero no siempre él se dejaba empujar, y Luisa tenía miedo de que se enojara. Luisa decía:

—¿Después del sillón en qué te van a poner?

—Después del sillón, muletas, y después bastón y después voy a caminar.

—¿Como yo?

—Claro.

Luisa entonces se quedó pensando y le dijo:

—¿Y vas a estudiar en ese libro del cuerpo humano?

—Sí.

—¿También vas a comer levantado?

—Quién sabe.

—¿A quién le vas a regalar ese sillón? ¿A mí o a ese hombre de bigotes que te invita con cigarrillos? ¿Por qué no fumás ahora? Ahora quiero que eches humo por el costado. Le dije a mi papá que echara humo por el costado, pero no lo hizo.

—Bueno, ahora vamos a leer —dijo Pedro.

—Sí.

Y Luisa leía en su libro y él en su libro del cuerpo humano, y así pasaba casi una hora, y después se cansaban y volvían a charlar.

Luisa tuvo que volverse a su casa porque empezaba la escuela. La madre le fregaba las rodillas y los codos con piedra pómez y siempre le cortaba las uñas. Tenía una sola amiga que iba a jugar a su casa, pero ella la odiaba.

Una vez, en su casa, la madre le dijo al padre:

—Parece que Pedro se cura. Fue otra vez a esa institución.

Pedro no le había contado nunca a Luisa que iba a la institución, y a lo mejor todavía ahora algunas veces estaba en el jardín leyendo su libro y con las piernas tapadas con una manta.

Luisa pasó tres largos meses hasta las vacaciones de invierno. Todo ese tiempo venía la chica a su casa, y Luisa la odiaba porque agarraba las

tortas de a dos, se las ponía en el bolsillo y después las comía tan despacio que nunca acababa, y esa chica no se iba nunca, ni a la noche.

En las vacaciones de invierno Luisa fue a la casa de la abuela. La besó rápido y fue a espiar a su amigo por el cerco. No estaba en el jardín y la casa parecía cerrada. Luisa le preguntó a la abuela y la abuela le dijo:

—Se fueron hace un mes y te dejó un abrazo grande.

Luisa miró el jardín y estaba vacío. Quiso bajar la pelota del techo, ésa con la que quisieron jugar antes, pero nunca la usaron porque jugaban con otra, y la bajó, pero estaba ardida y resquebrajada por el sol. Luisa se puso a llorar porque su pelota no servía más. Tiró montones de cáscaras de mandarina al gallinero y corrió a los pollos por todos lados.

A la mañana se despertó y fue a espiar la casa de al lado y no había nadie.

Al mediodía le dijo a la abuela:

—Abuela, me voy a mi casa.

Y la abuela quiso que se quedara, pero Luisa igual se fue.

Cuando llegó, en su casa estaba tomando la leche esa chica, y se guardaba las tortas de a dos y después las comía muy despacio. Luisa la miró y dijo:

—Ahora vamos a jugar a la escondida.

Y cuando la chica terminó de comer las dos tortas que tenía en el bolsillo, Luisa fue con ella a jugar a la escondida.

Una se va quedando

Justo a mí me tenía que tocar, porque me pasan todas. Volvía de una reunión en el pueblo donde remueven los perendengues de abajo para arriba, que las actas volantes, que el registro anual de matrícula… Si yo tengo veinte alumnos y los veo venir desde una legua. Y después ellas me miran desde los pies hasta el turbante, no soy turca ni hice voto de llevarlo: mi pelo es de paja y no pude calentar agua para lavarlo porque el Negro se olvidó de bombear. Y Cucú se me había ido no sé dónde: cuando se va, no vuelve hasta que anochece. Quise ir igual a la reunión del pueblo; yo sabía que no estaba en las mejores condiciones, pero necesito ir al pueblo de vez en cuando: en el campo una se va quedando. También quería llevar al médico a Chinchín, pero el médico no estaba.

En Moreno se me hicieron las doce, la hora del puchero, así que lo arrastré de vuelta, pobre viejo, pero por lo menos recorrió toda la Escuela Número Uno hasta los techos. Le dije:

—Ésta es la escuela Número Uno, es la principal del pueblo. Aquí estudió tu mamá.

No terminé de hablar que Chinchín ya galopaba por los patios y yo pensaba: «Que se familiarice con una cosa distinta de vez en cuando».

Volvía de esa reunión, digo, con las planillas cuatrimestrales, las anuales y las complementarias y veo en la puertita de entrada de mi escuela una figura grande, con traje gris de elefante, anteojos y un portafolios. A mí me tenía que pasar, era la de Artacho, la inspectora. Chinchín se había sacado los zapatos y venía descalzo; yo se los llevaba en la bolsa, con las planillas y el pan que habíamos comprado en «La Aurora» de Moreno. Ella me dijo:

—Soy la señora de Artacho.

No dijo «Artacho», decía «Artasho».

—Mucho gusto, señora, la conozco de vista —le dije.

Le dije y para qué te cuento: el caballo estaba adelante para comerse el pasto, que estaba muy crecido, el caballo deja todo liso, hecho una pintura; pero me pareció que la de Artacho le tenía miedo. Chinchín es muy chico para atar al caballo y Cucú no volvía; por otro lado, mejor, pensé, porque vuelve más negro que el padre; tras que sale al padre, vuelve con nidos, ramas y por un rato no hay quién lo calme. También al lado de la puerta de entrada estaba la víbora muerta, pero por suerte no la vio: era una broma que le hicimos al jesuita jovencito. Él viene todos los jueves en bicicleta para dar religión; lo quieren mucho, pero a mí ya me venía cansando con esa cara de sol todos los jueves, así que les dije a los de quinto:

—¿Vamos a hacerle una broma al curita?

Y ellos pusieron la víbora muerta en la puerta de entrada. Venía embalado, porque viene siempre con entusiasmo, pero esta vez vaciló, se bajó de la bicicleta, miró para todos lados. Nosotros lo espiábamos desde la ventana de la cocina: Cucú, Chinchín, los de quinto y yo. Dio un rodeo y por fin le vimos alguna vez cara de otra cosa que no de perpetuo entusiasmo, y en vez de entrar en bicicleta sin mano haciéndose el canchero, entró a pie, arrastrando la bicicleta.

Bueno, la de Artacho entró con un portafolios grueso, con todos los folios, segura, y los infolios adentro; parecía un elefante con polleras. La de Artacho avanzaba hacia la escuela con el aire del que no tiene más remedio, ni miró los frutales. Chinchín me miraba a mí como diciendo «¿qué pasa, mamá?».

—Vaya con su padre —le dije.

Y entendió enseguida, porque se fue, descalzo, a la cocina.

Ella dijo:

—Quiero ir a la Dirección.

La Dirección es más chica que el baño y en el cesto de los papeles duerme el perro. Cuando lo vio, me dijo:

—Saque eso de ahí.

Saqué a Puchi y lo llevé a la cocina, con el Negro y Chinchín. Cuando se sentó en la silla de paja que está al lado del escritorio, me pidió:

—Muéstreme el archivo.

No decía «archivo», decía «arshivo» y ahí entré a temblar.

—No sé si lo podré abrir —dije.

En el archivo o arshivo puse una clueca con pollitos y ahora requería la ayuda del Negro.

—Negro —le dije—. Hacé de cuenta que me ayudás a abrir el cajón de la clueca pero no lo abras.

El Negro en caso de apuros, responde.

Camino del archivo, la de Artacho miró algo y dijo:

—Aquí hay chenches.

No decía «chinches», decía «chenches». Y seguía mirando alrededor. Decía:

—¡Qué sucio! ¡Pero qué sucio!

Con admiración, como si fuera una curiosidad.

Vino el Negro y no estaba muy presentable, una pena, con lo bien que queda mi Negro bien vestido y bien bañado. Cuando lo vio, ni lo saludó; se dirigió a mí y me dijo:

—Voy a hacer un informe.

Se sentó en la Dirección. Le pregunté si quería un vaso de agua. No quiso, me advirtió:

—Es necesario que abra el arshivo.

Menos mal que el armario no estaba dentro de la Dirección y por suerte ella no me preguntó por qué. Le dije:

—Un momentito, señora.

Fui a la cocina y le dije al Negro que arreglara un poco, por si a ese elefante se le ocurría entrar en la cocina; el Negro dijo que ésa era su casa, que la casa es un lugar de hospitalidad, el que entra tiene que sentirse contento con lo que ve, si es que entra con bondad. Yo lo hubiese matado, pero no quise discutir porque las cosas no andaban muy bien con él. Le sugerí que fuera con Chinchín a lo de don Salvador y me dijo que no tenía por qué irse de su casa. Pero era la casa-habitación del director de la escuela, que venía a ser yo, y la da el Ministerio; así que muy bien la de Artacho podía revisar la casa si quisiera.

Me volví a la Dirección y ella escribía y escribía. Mientras esa mole escribía sin hablarme, yo no sabía qué hacer: si debía sentarme a su lado o desaparecer, caminaba cerca de ella y pensaba: «Soy maestra, portera y directora, todo junto. Directora de mi culo y a veces». Cuando terminó de escribir me dijo:

—Haga tres copias manuscritas y elévelas a la brevedad. Lo lamento, pero debo hacerle un sumario. Me retiro. —Y me dio una mano blanda y fría como una lagartija.

La tuve que acompañar hasta el portoncito, no fuera a ser que el elefante pisara un hormiguero y entonces la tendría de huésped obligada. Antes de irse me dijo, como si yo tuviera la culpa:

—¡Ay, cuándo pondrán el asfalto!

—No sé, señora —le dije. Y pensé: «Ojalá que el barro nos cubra hasta las orejas, así no te veo nunca más».

Porque cuando hay barro los inspectores no vienen. Caen cuando hay sol, cuando todo se empieza a secar y una salió del encierro de la lluvia, ahí caen.

Volví para ver qué había escrito:

«En el día de la fecha visito la Escuela Rural Número 42 correspondiente al Distrito Número 2, haciéndose presente la Directora y Maestra de la misma. Encuentro el edificio en notable estado de abandono. Me veo en la imposibilidad de refrendar las actas volantes, las planillas cuatrimestrales, las anuales de estadística y los partes semanales, así como también los registros de asistencia, las planillas de calificaciones y las de perfil bio-socio-psicológico por ausencia de archivo, lo que constituye una falta grave».

Al día siguiente me puse a copiar el informe por triplicado y me equivocaba. El Puchi estaba en el cajón de los papeles, tan tranquilo, como si nada hubiera pasado, yo tiraba al cajón pelotas y pelotas de papeles mal pasados, y como vi al perro tan tranquilo y que no me ayudaba en nada, le encajé una paliza de padre y señor mío, al Puchi, que es mi adoración.

Pobre viejo, no se ofendió y eso me dio más pena todavía. Sí, lloro, ni sé ya por qué lloro. Pensar que me eduqué en María Auxiliadora, llevaba cuello, collarino, sobrecuello; y de todas esas chenches, ni me acuerdo.

Impresiones de una directora de escuela

Yo soy directora de una escuela de un barrio apartado. Por el barrio pasa el frutero y anuncia la mercadería con una corneta. Como es casi campo, se oye de lejos una voz que anuncia algo que parece emocionante: una fiesta, un baile. Se va acercando y se oye: «Papa, 4000 pesos, zapallitos, 5000 pesos». Todo dicho con entonación emocionada. En la escuela hicimos un festival y el frutero lo anunció; una señora nos dio la idea, porque como decía ella, el frutero tenía todo el equipo para anunciar. Al fondo de todo, cerca del campo, viven los japoneses que cultivan flores. Pasan en auto por la ruta siempre en auto y por la escuela jamás vi pasar ninguno.

Del otro lado está el campito para ir a retozar, que tiene una laguna que nosotros usamos para estudiar una cosa moderna, el ecosistema. El ecosistema es cómo se relacionan los seres vivos entre sí, cómo se comen unos a otros, por qué son útiles las arañas aunque parezcan inútiles, etc.

Las maestras me dicen:

—Vamos a la laguna para investigar los animalitos que hay dentro de ella.

Yo sé que en realidad van a retozar al campito que está al lado, pero van muy contentos. Además a los seres vivos que hay adentro de la laguna los conocen como si los hubiesen parido; son ranas, lombrices y cuando llueve más, pescaditos chicos. Cuando vuelven, colorados por haber corrido, les pregunto:

—¿Estudiaron el ecosistema?

—Sí —dicen entusiasmados—. Aquí trajimos la lumbrí.

—La lombriz —dice la maestra—. Cómo vas a decir la lumbrí.

Yo he notado que cuando la maestra corrige a ninguno le gusta repetir correctamente: hacen silencio. Y si la maestra les dice:

—A ver, decí «lombriz».

Dicen «lombriz» con voz mortecina y triste. A mí también me gusta más «lumbrí» que lombriz; es como más humilde, umbrío, íntimo; lombriz es algo más seco.

Los chicos de primero, segundo y tercero, dicen:

—¿Atraso la raya, doña?

La maestra corrige:

—¿Trazo la línea, señorita?

La verdad es que igual se entiende lo que quieren preguntar. La expresión «Trazar la raya» también me parece más adecuada para esa edad. Más tarde solos aprenden a decir línea cuando saben lo que significa línea en un sentido amplio: como si aprendieran a no salirse de la línea, como si hubieran aprendido la adaptación a la escuela. Antes de cierta edad, para los chicos, una línea es una rayita. Ahora, eso de doña…

Ellos leen el libro *Platero* y después hacen oraciones.

Un chico escribió: «Platero ole las flores».

Ellos siempre les tiran piedras a los perros, porque hay muchos que pueden estar rabiosos y no quieren que se les acerquen y además como deporte. No hay canchas de deporte.

También vi oraciones con las palabras «construir» y «destruir».

Un chico escribió: «Mi tía construyó un departamento».

«Mi padrino destruyó un departamento».

La maestra, por supuesto, le puso muy bien. Hay una maestra que los quiere mucho, que es parecida a Blancanieves. Ella estudia arquitectura, y cuando falta, les pregunto a los chicos:

—¿Les dijo la señorita si faltaba hoy?

Ellos me dicen:

—Hoy falta porque tuvo que rendir examen.

Y lo dicen bien a examen. «Examen» para ellos es una palabra vinculada a Blancanieves, a quien quieren mucho. Ellos calculan que van a rendir pocos exámenes escolares en la vida, pero Blancanieves seguramente les contó que ella estudiaba, que en la facultad se daban exámenes y estoy segura de que muchos de ellos desean que le vaya bien en el examen.

La señora Betty vive enfrente de la escuela y tiene un ojo de vidrio. Su perro se llama Topo y entraba a la Dirección, revisaba el cesto de los papeles para ver si había restos de comida. A mí no me molestaba: si no encontraba nada, se echaba ahí quieto y ni me daba cuenta de que estaba. La señora Betty me quería mucho, me atendía con tanta bondad que yo, que tengo una mirada deplorablemente obsesiva, me había olvidado completamente que tenía un ojo de vidrio. Pero Topo se comió una vez veinte sándwiches de salame; comió los de salame y dejó los de queso. A lo mejor si hubiera comido los de queso la maestra lo hubiera perdonado; pero lo echó violentamente corriéndolo hasta la puerta.

Cuando pasó eso, yo apelé a la lógica, a mi sentido común, a mis sentimientos adultos y dije:

—¡Qué barbaridad!

Por otra parte pensaba que era divertido.

La maestra me dijo enojada:

—¡No puede ser que entre todos los días como Pedro por su casa y se lleve algo!

Una voz me decía: «A mí no me importa». Pero primó la voz de la cordura y le dije:

—Sí, no puede ser. No lo vamos a dejar entrar.

Desde entonces la señora Betty no lo manda más, como a esos chicos que van a jugar a casa de otros y les hacen algún desprecio y después los padres no los mandan más.

Betty sigue siendo cordial y amable, pero más retraída. Ha habido un cambio. Antes cuando me hablaba siempre sonreía feliz y también sonreía el ojo sano; ahora pasa a veces un relámpago de bronca por el ojo sano cuando me habla. Ella dice ahora «Claro, claro» en tono reticente cuando habla. Ahora siempre que la veo, pienso que tiene un ojo de vidrio. No sé cómo arreglarlo. No le puedo decir «Mándelo a Topo nomás, lo extrañamos tanto…», no sería natural y además, muchas maestras no quieren que el perro esté.

El alumno Monzón

—¿Ese lapi es pa' mi hermano?

—No, no tengo lápiz hoy.

Pero no se va. Es Monzón.

—Andá al salón.

—No, me mandó acá.

La maestra lo mandó porque no lo aguantaba más. Él entra a la una, pero a veces desde las diez está espiando por la ventana al turno de la mañana. Entonces la maestra de la mañana lo ve y lo manda a hacer un mandado fácil; después entra en su grado pero en otro turno que el de él y le dice a la maestra:

—¿Me quedo?

—Bueno —dice ella— pero mudo.

Entonces se queda un rato en el turno de la mañana hasta que la maestra se cansa y lo echa. A la una, cuando sus compañeros están en clase, él espía por la ventana. La maestra hace como que no ve.

Los chicos dicen:

—¡Señorita, Monzón está en la ventana y no vino!

La maestra abre la ventana y le dice:

—¿Por qué no vino hoy?

—Porque no tengo zapato.

—¿Y ésos que tenés puestos, qué son, me querés decir?

—Son de mi hermano. ¿No tiene zapato?

—No, no tengo y tenés que entrar.

La maestra ya lo dice débilmente, como de compromiso, porque él entra y sale.

—Bueno —dice Monzón— voy a mi casa y vuelvo.

A la media hora está en la Dirección porque ya la maestra no lo aguantó. No parece preocupado porque le hubiese pasado nada, no puedo retarlo porque no está enojado ni asustado ni tiene ningún rencor.

Escribo y hago de cuenta que no está. Insiste:

—¿Tiene lapi pa' mi hermano?

—Ya te dije que no. ¿Qué hiciste con el lápiz que te di ayer?

—Pa' mi hermano era.

No lo puedo retar. Voy a hablarle un poco amablemente.

—A ver, escribí las vocales.

—¿Cuál, la «a»?

Hace la «a» contento, triunfante.

—Ahora la «e».

La confunde con la «i». Después me dice:

—¿El rulo?

—Sí, el rulo.

Hace un rulo.

—Ahora la «o».

No se acuerda y me pregunta:

—¿Tiene hoja pa' escribí?

—Sí. —Le busco hojas.

—Decime —le digo—, ¿qué vendías el otro día, que te vi vendiendo?

—Vendo peines. Acá tengo, ¿me compra uno pa' mi hermano? Para el chiquito.

—Si no tiene pelo.

—¡Sí, sí, tiene mucho pelo!

—No, no te compro. Tenés que vender otra cosa, a eso no lo vas a vender.

—¿Voy a mi casa y vuelvo?

—Bueno —le digo.

Creí que no volvía. A los diez minutos estaba de vuelta y traía chicles para vender. Los vendió a todos y sacó 5000 pesos.

—¿Me cuida la plata?

—Bueno.

A los dos minutos.

—¿Me da la plata para comprar un helado?

—Bueno.

Comió el helado, dio unas vueltas por el patio y como la maestra no lo quería tener más, él solo se fue a su casa. Después volvió para mirar desde la puerta la salida de los chicos. Yo la llamé a la mamá, que es una señora inteligente y despierta y le dije por qué no lo mandaba a otra escuela para que aprendiera más despacio. Ella me miró con cara de lástima, como diciendo «Se ve que no conocés lo que pasa» y me explicó:

—No, señorita, ¿sabe lo que pasa? Es de familia. Mi hermano ahora es ejecutivo de una empresa. Tiene casa, coche y vive muy bien. Cuando era chico ¡tardó tanto en aprender la escuela! Y mi primo el pianista también, tardó mucho en aprender la escuela.

Yo, no sé por qué le creía. Ponía tanta convicción en lo que decía, ella parecía saber tan bien lo que pasaba… además pensé ¿por qué no? Cuando me dijo eso, me quedé más contenta.

Están las maestras reunidas en el patio y les cuento lo que me dijo la señora de Monzón respecto del nene. Lo cuento de modo neutro. Ni aprobando ni desaprobando, para ver qué dicen.

Alicia, la gorda, dice algo fastidiada:

—Pero no, si le tomaron un test y dio no sé qué cociente.

Otra maestra me mira con cara difícil, con cara de incomprensión.

—Andá a saber —digo yo y me voy a otro lado.

A veces me resulta difícil apelar a la lógica y al sentido común; a veces me abandonan. Y a un director no lo deben abandonar jamás la lógica y el sentido común. Es el peor pecado para un director. Yo tengo que demostrar a cada momento que sé muchas cosas y sobre todo, que uso la lógica. A veces tengo ganas de trabajar y con astucia salgo del paso. A veces no tengo ganas y si me dicen:

—Se tapó el pozo del baño.

Yo no tengo ninguna respuesta. Me dan ganas de decirle ¿y a mí me lo decís? ¡A mí qué me importa! Yo no pienso destaparlo.

O si no:

—Me parece que Lima tiene sarna. Qué hago, ¿lo mando a su casa?

Y no sé qué hacer. Además no creo que la sarna se contagie, no creo que el pozo se tape salvo que la merda llegue a ser visible y esté ya afuera;

no veo al bicho de la sarna pasando de una mano a otra.

Pero como la presión para que lo mande es grande, digo:

—Sí, mandalo.

Y Lima se va muy triste y sarnoso a su casa.

A veces atiendo los grados y tampoco tengo respuestas. Por ejemplo, la vez pasada estuve en primer grado y un chico me dijo:

—Se me perdió el lápiz.

De repente a mí también me pareció que era una pérdida tan definitiva que no se podía remediar.

O si no:

—Me robaron la goma.

Nunca puedo descubrir quién roba las cosas.

Pero pregunto:

—A ver, ¿quién le robó la goma?

—Él —dice el damnificado.

—Pero él me sacó las pinturitas —dice el otro.

Puede seguir media hora esta historia que no descubro nada. Lo mismo cuando dos chicos se pelean, pregunto:

—¿Quién empezó a pelear?

—Él —dice el pegado.

—Pero él empezó a cargar y ayer le pegó a mi hermano.

Muy rara vez he descubierto a un verdadero culpable, tal vez porque tontamente piense que un culpable debe tener cara de tal, o alguna señal especial. Lo mismo cuando pasan por arriba de los bancos, a veces los dejo y a veces me parece que no está bien. Entonces les digo, con voz neutra, ligeramente imperiosa:

—No pasen arriba de los bancos.

Un maestro que se precia, debe saber fingir enojo y asombro. Diría así:

—¡Cómo! ¿Pasando por encima de los bancos?

Pero el enojo debe ser de algún modo genuino, porque los chicos siempre detectan lo que el maestro quiere y si el enojo no es real, pasan igual por arriba de los bancos.

Lo mismo cuando una maestra me dice:

—Ayer no vine, porque la verdad es que me quedé dormida.

¿No es buena, después de todo, la sinceridad? ¿Cómo se le enseña a no quedarse dormido al que tiene mucho sueño?

El regalo para el día de la madre

Para el día de la madre los chicos preparan regalos, voy a mirar qué prepararon. En un grado les sacaron el papel a latas que se usan para envasar (son latas que los chicos también usan para guardar la «lumbrí») y rodearon la lata con vueltas de lana. «Bien pareja la lana para que no se vea la lata», me dice la maestra. «Es como una cajita para guardar alguna cosa».

—¿Qué cosa? —le pregunto.

—Y qué sé yo —me dice— lo que uno quiere.

El detalle paquete es un moño en la mitad de la lata. La lata parece una vieja gorda y loca que tuviera un vestido de lana y se hubiera puesto un moño de nena en la cintura.

—Está bien —le digo yo.

En otro grado hicieron la fosforera. La fosforera son cuatro cajas de fósforos vacías (los fósforos son caros) pegados con goma. Cada cajita tiene una chinche en el medio, simulando ser un cajoncito que tiene una manijita. Trato de pensar que es un cajoncito en miniatura, me digo «qué bonito». Pero es una chinche.

—Muy bien —le digo.

Me entró un gran desánimo y tristeza. Ellos estaban contentos fabricando esos regalos y las maestras también. Una maestra decía con toda paciencia:

—Ahora, chicos, le ponemos una chinchecita…

Estaban todos entusiasmados, fabricando cosas. Yo no podía contagiarme ese entusiasmo. Era un día de lluvia y estaba todo inundado. Yo tenía la sensación de que la vida era triste, pero no tenía derecho de entristecer a nadie.

En el recreo los retaron mucho porque se mojaron. Hacía tiempo que yo descuidaba los recreos y no andaba por los patios. Hacía un tiempo que estaba descuidando todo. Sentía solamente cómo les gritaban y era como si me gritaran a mí, pero yo no podía tomar ninguna decisión; para que deje de gritar la que más gritaba, tendría que haberle gritado a ella. Últimamente muchas maestras tomaron por costumbre gritarles, avergonzarlos por sus ropas o por su pelo. Cuando pasa eso, yo me meto en la Dirección y no salgo. Pero es como si me gritaran a mí, me quedo quieta y hasta que no se callan, no puedo ponerme a hacer nada.

El otro día Alicia, la maestra gorda, que es la que más grita, no paraba. Yo quería pensar en otra cosa y no podía. De repente me di cuenta de que lo único que yo quería era comer una galletita. Si no comía esa galletita me moría.

Empecé a comer, mejor dicho a roer la galletita. Los gritos de afuera eran cada vez más fuertes. Yo cerré la puerta de la Dirección pero igual se oía. Mientras roía, me asusté de mi propio ruido. Entonces mastiqué despacio, tratando de no hacer ruido.

Estaba absolutamente sola en ese lugar.

Danielito y los filósofos

La señora que entregaba los cheques tenía muy buenos modales, era correcta y hasta personal en su trato. A pesar de los buenos modales y de la cortesía, parecía ofendida por algo, llevaba una ofensa muy atrasada y estaba dispuesta a vengarse secamente sin que ella ni su víctima supieran de qué se estaba vengando. Cuando vio al profesor de filosofía dijo con aire de estar muy cansada pero generosamente dispuesta a beneficiar una vez más a la humanidad.

—¿Usted era 32 586, verdad?

—32 584 —dijo el profesor.

Ella buscó maquinalmente el cheque y dijo:

—¡Qué barbaridad!

Pero no se refería al cheque; mientras decía eso, no parecía indignada, sino reconfortada. Producía también un efecto reconfortante. Como si supiera de qué se trataba o como si hubieran hablado antes, el profesor de filosofía dijo:

—¡Qué le parece!

En un tono de leve sufrimiento y alegre indignación.

La señora dijo:

—Cada vez lo atropellan más a uno, la gente no repara en nada…

—Si lo sabré yo —dijo el profesor—. Yo tomo «eso» como algo natural y si ocurre algo nuevo, algo que no es «eso», lo tomo como un milagro del cielo.

—Hay que creer o reventar —dijo la señora, como si todos tuvieran la culpa de que ella hubiera llegado a esa conclusión. El profesor meneó la cabeza y recibió su cheque, se podía ir; no había alumnos para examinar. Podía estar contento, ya que estaba libre, pero no lo estaba; hubiera

preferido tomar examen. Cuando estaba en la puerta, lo corrió la profesora Lene.

—Profesor, venga que hay un alumno. ¡Qué suerte que lo pesqué!

—Qué se le va a hacer —dijo con aire resignado, pero la acompañó con movimientos vivaces.

La profesora Lene dijo:

—Yo me clavé. Quiero irme a las nueve y cuarto, así que hacemos ligero.

Ella estaba apurada, porque era filósofa y madre. Repitió con aire entusiasta.

—¡Cómo me clavé!

El alumno, Daniel Eppelbaum, para la profesora Lene se llamaba «ése». Venía a rendir filosofía por tercera vez. Cuando lo vio, dijo:

—¡Ay, ése!

El profesor respetaba mucho a la profesora Lene, ella era una persona de gran olfato. Distinguía perfectamente y al instante no sólo si una prueba de la existencia de Dios era *a priori* o *a posteriori*, sino también si a una torta le faltaba una cucharada más de limón para quedar mejor.

La profesora Lene tenía un vestido con ravioles estampados. Sobre un fondo *beige* aparecían los ravioles blancos. Llevaba un saquito rojo, de un rojo tomate y las uñas y labios pintados al tono. Todo era de un rojo casi comestible, pero seguramente nadie se hubiera atrevido a comerle el saquito a la profesora. Cuando no llevaba el de ravioles, tenía otro con flores de lis.

Daniel sacó su bolilla con calma y se puso a escribir. La profesora Lene le advirtió:

—Y no escriba ningún disparate.

Danielito no escribía con el brío emprendedor del que ha estudiado mucho, tampoco parecía asustado. Su cara parecía decir: esto tiene una vuelta y se la voy a encontrar.

Su cara era como la de alguien que hace Palabras Cruzadas y encuentra «Ciudad de Caldea» y se pone contento, porque ya lo vio muchas veces, pero había algunos claros.

Mientras Daniel escribía, el profesor dijo a la profesora Lene:

—¿Dónde pasó las vacaciones, profesora?

—Fui a Estados Unidos —dijo ella—. Pero la realidad no coincidió con la idea que me había hecho. No vi suciedad por ninguna parte, ni *hippies*.

—Será por la estación del año, profesora, no nos olvidemos que allá es invierno, tal vez en verano…

—Puede ser. Fuimos a Harlem, vimos unos negros con caras de pendencieros, el guía nos dijo «Mejor no bajar». No bajamos. Pero ellos no nos hicieron nada. Yo, no puedo decir que me hayan hecho algo.

—Yo estuve en Europa —dijo el profesor—. Ay, lo que es Amsterdam. —Y movió la cabeza reprobando Amsterdam, en tono leve y triste.

—Sí —dijo ella—, parece que Amsterdam es el colmo de todo eso.

Al profesor los colmos lo invadían, asustaban y conmovían. En el caso de ella era distinto: si le hubieran dado poder, hubiera exterminado a punterazos todo colmo y caos que encontrara a su paso; como no podía y tenía una mente clara, ella acá y los colmos allá.

Miraron el examen escrito, mejor dicho lo examinó la profesora poniéndolo a prudente distancia de sus ojos, mientras el profesor atisbaba.

Vio algo que no le gustó. Hizo:

—Mm…

El profesor, solidario, también meneó la cabeza, pero había meneado la cabeza a destiempo, por un error distinto y la profesora Lene lo advirtió.

Le dijo:

—No, vea esto.

El profesor meneó la cabeza con efusión. Con eso no encontró complicidad en la profesora Lene; no era persona para deshacerse en lamentos sobre lo poco que saben los chicos.

—Decime —le dijo la profesora Lene a Danielito—, ¿qué quiere decir la palabra filósofo?

Todo lo que decía ella se convertía en un hecho histórico. Lo mismo ocurría en su casa, cuando decía por ejemplo «hay olor a pescado» era a pescado y a ninguna otra cosa. Si los demás no sentían o no sabían

claramente qué olor había, en ese momento se daban cuenta de que efectivamente había olor a pescado y además de que debían obrar o hacer algo en consecuencia. Danielito respondió:

—Que busca la sabiduría.

Respondió de modo rápido y dinámico por tratarse de él. Esa voz y esa facilidad en la respuesta, ese lugar común, puso furiosa a la profesora Lene. Pensó que Danielito estaba muy lejos de saber lo que era la sabiduría. Y es que con la filosofía ocurre eso; si uno no ensambla un razonamiento con otro, y presenta un argumento suelto, ocurre como en la música, un acorde suelto, una frase musical, no dice nada, suena como un rasguido de violín desafinado.

—¿Y qué es la sabiduría? —dijo la profesora Lene.

El profesor suspiraba.

—La sabiduría —dijo Danielito— era que los filósofos se preocupaban por los fundamentos de las cosas, que había un mundo de las apariencias…

Ahí la cortó.

—¿Y qué entiende por fundamento de las cosas?

—Y bueno, cada filósofo pensaba que era distinto, por ejemplo para Tales era el agua, para Heráclito el fuego…

El profesor apoyaba, asintiendo. Todo estaba en orden, el agua, el fuego…

—Dejemos eso —dijo ella.

Señaló el programa con la uña roja:

—El problema del conocimiento de Descartes.

Danielito dijo:

—Descartes, sentado junto a la estufa.

—Deje la estufa en paz —dijo impaciente—. Lo único que recuerdan es lo de la estufa. Vamos a lo medular.

—Tiene que usar la cabeza —dijo el profesor, tratando de ser severo. En tono más suave dijo—: ¿Qué carrera va a seguir usted?

—Ingeniería —dijo Danielito sonriendo.

—Para ser ingeniero tiene que usar la cabeza. Yo tendría miedo de pasar por un puente que usted construya. ¿Mire si el puente se cae y se viene abajo porque usted no usó la cabeza?

Danielito no contestó nada.

Para comprender la pregunta siguiente hay que explicar algo.

El filósofo Leibniz dijo: «Dios hizo el mejor de los mundos posibles. Antes de crear, Dios contempló todas las posibilidades y las comparó desde el punto de vista del sumo bien, que es su objetivo soberano.

»Colocado ante la infinidad de posibles y antes de hacer elección de ellos, Dios no podría dejar de atenerse al mejor».

En una escala más humilde, todos tenemos experiencia de esto. Cuando uno dice por ejemplo, tengo 500 pesos, debo comprar una botella de aceite que vale 250 pesos, pero además quisiera salir a pasear un poco; si salgo, con lo que me queda no puedo comprar nada. El paseo hará bien a mi espíritu; el aceite es necesario para mi subsistencia. Tener aceite me produce tranquilidad, pero mi espíritu está triste. De repente mi espíritu se puede llegar a morir si no va a pasear y generalmente uno ¿cómo elige? De cualquier manera. Cuando no aguanta más, siente que las piernas lo llevan y dice: salgo (para bien o para mal). Dios no haría así, según Leibniz. Como para él no existe el tiempo, todo lo ve de un golpe de vista. Dios vería inmediatamente las consecuencias nefastas de no tener aceite, cosa que uno ve a los tres o cuatro días; también Dios vería inmediatamente las consecuencias de ir a pasear y elegiría, dentro de lo posible, lo mejor. Un comentarista de Leibniz, que aclara su pensamiento, dice que Leibniz quiso decir que si Dios no ha hecho mejor el mundo, es que no ha podido hacerlo mejor. Esto nada tiene que ver con la frase habitual entre nosotros: «Hice lo que pude».

Porque todo lo que se diga referente a nosotros, los hombres, está impregnado de nuestra miseria humana. Cuando alguien dice «Hice lo que pude», se trate de un pobre de espíritu, de un hipócrita o de alguien que terminó de trabajar y le llegó la hora de tomar un Cinzano, eso nada tiene que ver con la frase referida a Dios cuando se dice de él: «Hizo lo que pudo». Siendo el sujeto del que se habla de otra magnitud, «Hizo lo que pudo» quiere decir otra cosa.

La profesora Lene le preguntó a Danielito:

—¿Cuando Leibniz dice que Dios hizo el mejor de los mundos posibles, quiso decir que se trataba de un mundo donde no había injusticia,

ni dolor, ni pena, ni males?

Por la voz de la profesora, por un pálpito que le decía que debía contestar que no y porque en filosofía cada vez que a él le parecía que había que contestar que sí, la respuesta era «No», dijo, no muy convencido:

—No.

—Entonces —dijo ella—, ¿qué quería decir Leibniz?

Ya lo habían aplazado tres veces en filosofía, sabía que no hay que apurarse a decir lo que pensaban los filósofos, porque con ellos nunca se sabe. Optó por quedarse callado, con su mejor cara de muchacho angelical. Entonces el profesor lo miró y le dijo:

—Yo sé, porque soy medio brujito —y sonrió—, que a usted, en algún momento de su vida le va a gustar la filosofía. Más aún, la va a amar. Mire que yo soy medio brujito, eh.

Y lo miró con ojos de picardía.

—Buen —dijo la profesora Lene—. No te voy a meter en honduras porque no sos para eso. Estás aprobado.

Lo dijo con voz del más profundo desprecio.

Habitualmente, cuando se le dice a un chico que está aprobado, va corriendo a comunicarlo a su comité de apoyo que lo espera afuera. Cosa curiosa, Danielito no se movía de ahí, estaba quieto, parado, mirando a uno y a otro.

La profesora Lene dijo:

—Pero ahora que está aprobado, ¿cree en algún principio básico que rige el universo, en una existencia superior?

—Bueno —dijo él (dudó)—, de alguna forma…

Y el profesor preguntó:

—¿Conoce las virtudes teologales?

Danielito, en un tono levemente interesado, como si le hubieran preguntado si conoce la heladería nueva que se inauguró en la otra cuadra, dijo:

—No.

—Fe, esperanza y caridad —dijo el profesor—. Yo sé —repitió— que la filosofía te va a gustar.

Danielito dijo entonces algo inesperado, siempre con su voz monocorde:

—La verdad es que yo a los filósofos no los comprendo. Yo entiendo las cosas como a mí me parece, como yo pienso, de otra manera.

La profesora Lene no registró el pensamiento de Danielito porque estaba haciendo la planilla resumen. Sin escuchar, le dijo:

—Vaya, vaya a su casa. Su madre lo debe estar esperando atormentada. Hay que ver lo que es la angustia de una madre cuando su hijo da examen. Lo apruebo por su madre.

Danielito seguía parado y no se iba.

La profesora Lene le dijo:

—¿Qué se dice?

Él la miró desconcertado.

Ella volvió a repetir:

—¿Qué se dice?

Él se dio cuenta y dijo:

—Ah, gracias.

Y recién entonces salió. Afuera, el comité de apoyo en pleno lo agarró del saco al grito de:

—¿Qué preguntan, qué preguntan?

—Nada, pavadas —dijo Danielito con suficiencia.

La que más lo acosaba era una petisita, que tenía unos zapatos grandes afelpados y abotinados.

—¿Te preguntó Kant? ¿Qué te preguntó de Kant?

—De eso, nada —dijo Daniel.

Eso era lo que ella le había enseñado en el café de la esquina. Quedó callada, un poquito desilusionada un momento. Después lo miró y se dio cuenta de que, con sólo mirarlo, era feliz.

¿Ablativo en «e» o en «i»?

El profesor Bosset estaba cansado de enseñar latín. No estaba cansado del idioma en sí; había ido a España últimamente y había visto el «alta fagus» mencionado por Propercio, pero tenía setenta años y hacía cuarenta que enseñaba latín. Había un rigor, una contracción al estudio que los estudiantes iban perdiendo progresivamente; pero sobre todo, en los diez últimos años, habían ocurrido fenómenos nuevos en cuanto al aprendizaje; no sólo los alumnos tenían dificultades en el aprendizaje del idioma; eso había sucedido siempre; ahora sucedía que los alumnos creían que un texto latino podía traer cualquier cosa; eso significaba que los alumnos no tenían la menor conciencia histórica y tampoco astucia y sensatez para darse cuenta de qué oraciones puede elegir un autor de textos para uso escolar.

Las frases que debían traducir, al comienzo de los estudios, eran de este tipo:

«Las hijas de los marineros les dan una corona de flores a los hijos de los agricultores».

«Oh, sierva diligente, prepara la comida para la buena señora».

«Oh, agricultor, no mates esa paloma con tu flecha».

En general, hasta aquí, el aprendizaje no presentaba dificultades. La verdad es que comentarios, tampoco. Nadie comentaba nada de las siervas, de los marineros ni de las hijas de los agricultores. ¡Quién sabe dónde estarían!

Pero en segundo año había lecturas más amenas.

Una de ellas contaba cómo Flavio emprendió un viaje a la ciudad de Roma y vio todos los hermosos monumentos y las construcciones notables que en ella había. La lectura termina así: «Flavio quedó impresionado por

la belleza de la ciudad». Una alumna, en un examen, tradujo así: «Toda la ciudad quedó impresionada por la belleza de Flavio», y en vez de traducir «Flavio miraba todo» ella tradujo: «Todos lo miraban».

El error más grave de esa alumna no consistía en la equivocación al traducir: consistía en que no tenía la menor noción de lo que puede ir en un libro de latín. Al profesor Bosset le pareció curiosa la traducción y cuando leyó eso dijo en tono histriónico:

—¡Qué curioso! ¡Qué curioso!

Pero a la señorita Danton no le pareció curioso; le pareció abominable. La señorita Danton formaba mesa de examen con el profesor Bosset y con su amiga y colega más calificada aún que ella, la señorita Suárez.

La señorita Danton le gritó a la chica y la mandó a sentar; le dijo que no abriera más la boca.

La chica, ahí sentada, parecía que no iba a abrir la boca en su vida.

En cuanto al profesor Bosset, las dos profesoras pensaban que era un hombre abandonado, una especie de excéntrico que echaba por tierra todos los esfuerzos que ellas emprendían en pos de la enseñanza del latín. El profesor Bosset era director del departamento; él debía convocar reuniones para el mejoramiento de la enseñanza, pero siempre las postergaba. Durante una semana, la señorita Danton lo corrió por los larguísimos pasillos del colegio para obtener siquiera una reunión, aunque fuera breve, para plantear algunos problemas. El profesor Bosset decía:

—Mañana.

Siempre cordial, amable, decía: «Mañana, mi estimada señorita». Él le preguntaba a la señorita Danton cómo le había ido de vacaciones y qué tal andaban esos alumnos, como si fueran pícaros que la hacían renegar y a ella ese tono de voz le daba tanta rabia que la dejaba inmovilizada. Sólo podía decir: «Quisiera una reunión para…». «¡Ah!», decía el profesor Bosset con entusiasmo renovado, como si lo hubiera tenido en cuenta pero motivos misteriosos le impidieran hacerlo. Con una sonrisa le decía:

—Mañana.

La señorita Danton iba llena de furia a comentarle a su colega, la profesora Suárez, que el profesor Bosset era un cretino; la señorita Suárez

no quería que le comentaran cosas obvias, ella jamás iba a pedirle una reunión al profesor Bosset.

La señorita Danton, llena de ira, anotaba en un cuaderno todas las promesas incumplidas del profesor Bosset y también otros incumplimientos, como por ejemplo la vez que el profesor no tenía llave del salón de los mapas. Y la vez que hizo lo incalificable: el profesor Bosset arrancó dos hojas del libro de actas foliado y rubricado y pasó el contenido de esas hojas a otras. Eso fue tan terrible que la señorita Danton no creyó oportuno decirle nada, ni que hizo mal, ni nada. El concepto de las dos respecto del profesor se podía medir por este episodio: antes del hecho sucedido con el libro de actas y después. Este hecho fue tan incalificable que motivó el distanciamiento total de las dos. La señorita Danton decía:

—De él se puede esperar cualquier cosa.

La señorita Danton era alta y flaca; hubiera sido un caballero buen mozo del siglo XVIII. Recogía su pelo medio canoso con una hebilla y sus facciones eran prominentes y esfumadas a la vez; tenía algo de cabra, algo de ave, sobre todo los ojos que eran brillantes como los de los pajaritos. Pero el pelo semicanoso esfumaba esa nariz y todos los rasgos. La señorita Danton empezó a comentar con otros profesores de latín el colmo que era el profesor Bosset; pero no podía emprender una acción conjunta con ellos porque ellos no eran personas muy consagradas al latín. Algo enseñarían, sí, pero vaya a saber qué nebulosas enseñaban.

De modo que la única colega a la que le tenía confianza era a la señorita Suárez, su amiga. Pero la señorita Suárez era una persona que había aprendido a no pedir peras al olmo; además sabía actuar sola en el momento preciso. Cuando la señorita Danton habló pestes del profesor Bosset delante de los otros profesorcitos de latín, uno de ellos dijo:

—Una vez que tomé examen con él, le dijo a un alumno:

Un ablativo en «e» o en «i»
después de veinte años
no nos importa ni a ti ni a mí

—¡Qué increíble! —dijo la señorita Danton.

Y ella tenía ganas de hacer un petitorio a las autoridades; porque se empieza confundiendo un ablativo, después se sigue con el mal uso del acusativo, ni qué hablar de la confusión que se puede armar con los falsos imparisílabos. Nunca se atrevió «él» a decir semejante cosa delante de «ellas».

Ya se acercaba la fecha de exámenes. La señorita Danton y la señorita Suárez debían formar mesa examinadora con el profesor Bosset. Debían ser cuidadosas en el trato con él porque iban a presentar una queja a las autoridades. Era un día de otoño, de vientito fresco, de esos que predisponen a buenos pensamientos e intenciones. Después de hablar largamente sobre el profesor Bosset, la señorita Danton, con voz de duda y como quien no quiere la cosa, le dijo a la señorita Suárez:

—¿No tendrá problemas en su casa?

La señorita Suárez sonrió sin decir nada. Esa sonrisa quería decir «no seas ingenua».

Había en general dos teorías respecto de los problemas en la casa: una, que los problemas de la casa no se trasladan a la escuela, y otra, que el hombre es un contínuum, una totalidad y por lo tanto no puede ser dividido en compartimentos estancos. Y por último estaban los súcubos e íncubos que no tenían casa o si la tenían, a eso no se le podía llamar casa, o tampoco tenían familia y si la tenían, a eso no se le podía llamar familia.

Y esta vez sólo había tres alumnos para examinar.

—¡Tres nada más! ¡Han mandado tres nada más! —dijo la señorita Danton—. ¿Vos no mandaste?

—Sí —dijo la señorita Suárez—. Mandé estos tres. Fue una división muy capaz.

—Entonces —dijo la señorita Danton—, «él» no mandó a nadie.

Justo apareció «él».

—Buen día, queridas señoritas. ¿Cómo han pasado las vacaciones?

—Buen día, profesor. ¿No hay ningún alumno suyo, verdad?

—No, señorita, este año han trabajado maravillosamente, si usted viera…

—Perfecto —dijo la señorita Suárez—. Eso queríamos saber.

Y se pusieron a hacer las planillas.

—Fui a España —dijo el profesor Bosset—. Y vi la «alta fagus».

Y recitó:

Alta fagumque descendit submare trans oris
cuspide nuda, albis capellis

La señorita Danton se concentró en su planilla y enrojeció; no levantó la vista. La señorita Suárez le dijo:

—¡Qué bien! Siéntese, profesor.

Él se sentó, siempre animoso y pasó el primer alumno a examinar. Era una alumna, Marisa Gamora. Marisa parecía despierta, sin pasarse de viva y parecía eficaz. Era una chica a la que uno instintivamente hubiera enviado a buscar un mapa entre muchos, y seguro lo traía. Además había algo de neto, limpio, en su aspecto y persona: no despertaba ningún sentimiento profundo ni conflictivo; ni protección, ni bronca, ni pena. Era una alumna confortable. Marisa empezó a declinar correctamente, dijo los verbos con modosura, equivocándose por supuesto muy de vez en cuando en el acento de alguno y rectificando diligentemente ella misma cuando la profesora la corregía. Su traducción no era brillante, pero no había puesto ningún disparate.

La señorita Danton le dijo:

—¿Y por qué te fuiste a examen? En primer año eras muy buena alumna.

Marisa esbozó una sonrisita de circunstancia, agradable, como que ella no sabía y se mantuvo reticente y amable. El profesor Bosset había adquirido una nueva costumbre: cuando Marisa decía un tiempo de verbo, al terminar, él decía:

—¡Pero muy bien! ¡Pero muy bien!

Y cuando Marisa declinó «El buen cónsul» en singular y plural, el profesor Bosset volvió a repetir:

—¡Pero vean qué bien!

Como si se tratara de algo asombroso.

La señorita Danton le echó una mirada terrible y él salió a ver si encontraba en otra aula de examen a un viejo colega que había estado enfermo. Cuando él se fue, la señorita Danton le dijo a la señorita Suárez:

—Marisa tuvo problemas en la casa. La madre es una loca.

Por el tono de voz con que había dicho «loca» la señorita Suárez sabía de qué locura se trataba. No era loca de la cabeza, sino de otro lado.

El segundo alumno era Martín Pertierra. De aspecto tranquilo, muy lindo chico, un poquito sobrealimentado. Era demasiado lindo; iba a tener que demostrar que había prestado tanta atención al latín como al jopo, por lo menos. Él tradujo bien la fábula «La mosca vanidosa». La mosca vanidosa se posaba en todos lados; ora en la cabeza de un pelado, ora en el altar de los dioses, ora en la mesa de los grandes festines. Se sentía dueña de todo y se lucía delante de la hormiga y la hormiga le dijo: «Yo soy dueña de lo mío, en cambio tú eres sierva porque te echan a servilletazos». Entonces la mosca vanidosa se mareó de tristeza y fue a caer a una vasija llena de merda. Martín tradujo todo bien, pero erró en el lugar donde cayó la mosca. Erró porque pensó que eso no correspondía a una versión latina. Entonces puso que la mosca cayó en una vasija de cobre. Por suerte y con ayuda de la señorita Suárez, se dio cuenta de dónde cayó la mosca, Dios lo ayudó, porque ya le estaban preguntando cómo buscaba él en el diccionario; y a cierta altura, la señorita Danton empezó a pensar que el pelo de Martín estaba demasiado bien lavado y tenía unos reflejos dorados dentro del rubio, buen, podría ser del sol o de la playa. Cuando volvió el profesor Bosset de su visita, la señorita Danton le dijo:

—Profesor, tradujo bien «La mosca vanidosa» y declinó «La abeja diligente». Lo aprobamos.

—Señoritas —dijo—, no tengo nada que decir. Todo está en buenas manos.

El profesor Bosset se sentó; vino el cafetero y trajo café para todos.

Y después del café vino el tercer alumno, Serafín Piana.

—Acá estás mal anotado —dijo la señorita Danton cotejando la lista con el documento, como si Serafín hubiera hecho la lista.

—Acá dice Plana.

—Es Piana —dijo Serafín con una voz que estaba cambiando.

Todos sabemos lo que es un cambio de voz en los adolescentes, pero esta voz estaba en carne viva. Cuando dijo Piana, sonrió con una risa abierta, confiada en la bondad humana y como era muy flaquito, los dientes parecían grandes y un poquito salidos. Tenía un tórax muy estrecho y el pecho poco desarrollado, y una actitud tan tensa y expectante, que parecía que el desarrollo de su pecho dependía de él. Había tratado de dar la mejor impresión posible, y eso se veía en su pelo y en su saco. Se había cortado muy corto el pelo, según las normas del colegio, pero como era un cabello de rulitos tomados, tenía zonas de la cabeza que recordaban un monte devastado. El saco azul estaba recientemente lavado, pero tan lavado que había virado a un violeta-lila. Uno se imaginaba, al ver ese saco de ese color y esa sonrisa tan confiada, dos cosas: o que Serafín había estado bajo la lluvia dos días seguidos, o que se había arrojado alegremente dentro de una gran fuente de ensalada de fruta, por ejemplo, para después tomarse el trabajo de limpiar el saco, posiblemente él, pero contento, porque su placer se lo dio, con los resultados a la vista.

Parado frente a la mesa, miraba confiadamente, mientras se retorcía las manos apoyándolas sobre el escritorio.

—Deje las manos en paz —dijo la señorita Danton.

Apoyó entonces sus largas manos huesudas entrelazándolas y miró mansamente, esperando.

—Decline «La cigüeña veloz».

—¿Cómo se dice «cigüeña», por favor? Yo falté el día que enseñaron eso.

«Faltó», pensó la señorita Danton. «Seguro que para hacer alguna incoherencia o estupidez».

Empezó a declinar bien, porque había estudiado mucho. El profesor Bosset, siguiendo la moda que había adquirido últimamente, le decía:

—¡Pero, querido amigo, muy bien, muy bien!

Como si esos conocimientos fueran asombrosos, Serafín apoyaba sus ojos en los del profesor. Cuando llegó al ablativo, se equivocó. Acá es preciso hacer una digresión. Acertar con un ablativo o acentuar debidamente una palabra, en latín, tiene que ver con los conocimientos teóricos, pero además con los buenos y sensatos pálpitos. Y los pálpitos

sensatos conducen en la vida a soluciones correctas y ponderadas de los problemas. Serafín seguía mirando con sus ojos bondadosos; lo miró al viejo profesor y éste dijo:

—Querido amiguito:
Un ablativo en «e» o en «i»
después de veinte años no nos importa
ni a ti ni a mí.

¡Para qué lo habrá dicho! Serafín se rió, pero su risa era un poco descontrolada, sus ojos reían y miraba al viejo con alegría de carenciado. La señorita Danton se puso roja; no podía hablar. Entonces empezó a preguntar con toda calma la señorita Suárez.

La señorita Suárez empezó a meterlo en honduras. Cuando el profesor Bosset vio que le preguntaban el verbo fero, fes, ferre, tuli, latum, dijo:

—Disculpen, señoritas, debo ir a secretaría.

Se fue a tomar un poco de aire porque hacía mucho calor. Cuando Serafín vio que el viejo profesor se iba, lo siguió con la mirada hasta la puerta y se desconcentró de su objetivo: el verbo fero, fes, ferre, tuli, latum. Ese verbo es absolutamente caprichoso e irregular, pero de un modo singular; dentro de lo caprichoso, tiene una perfecta coherencia. Serafín recordó que era irregular y sonrió con alivio, como si ya estuviera todo dicho; dijo:

—Es irregular.

Él pensaba que ese verbo, con ese enunciado tan volandero, era una curiosidad lingüística, algo absolutamente incontrolable.

—Conjúgalo —dijo la señorita Suárez en tono suave y alentador.

Él no dijo nada. Se quedó quieto, callado y los ojos se le humedecieron apenas. Ejércitos de personas sabían conjugar el verbo fero, él no. Volvió el profesor Bosset y Serafín lo miró con una última esperanza. Pero la señorita Danton comunicó:

—No sabe los verbos irregulares. No podemos permitir que pasen sin saber los verbos irregulares.

El profesor Bosset dijo rápidamente:

—Ah, no, no, no, estoy de acuerdo con usted, señorita, no, no, no, no.

Esto lo dijo en ese tono histriónico que últimamente solía usar. Entonces Serafín aprendió, además de que el verbo fero se conjuga pese a ser irregular; aprendió que él era un desdichado, una especie de hoja en la tormenta. Lo aplazaron. El profesor Bosset se jubiló y lee a Horacio debajo de la parra mientras mira de tanto en tanto el hormiguero. En cuanto a las señoritas, siguen enseñando latín.

Las abejas son rendidoras

Soy de una familia de doce hermanos, me río porque yo solo me entiendo. Cuando tenía siete años, entré como criadito en la casa de dos señoras viejas muy finas, en el pueblo de 25 de Mayo. Ellas eran muy buenas, pero en esa casa se comía sólo cosas de copetín, masitas, sándwiches y cosas saladas. Comían cuando iban a una fiesta y traían un poco. Yo ya estaba cansado de esa comida y le dije a mi mamá; ella me cambió y me puso a trabajar en un hotel para hacer la limpieza de las piezas y los mandados, también en 25 de Mayo. Los dueños, que eran dos hermanos, se peleaban todo el tiempo; gritaban; cuando uno me mandaba a barrer, el otro me gritaba que qué estaba haciendo. Yo había aprendido a decir que barría por mi cuenta, como si nadie me hubiera mandado, para ver si paraba la pelea; pero no; igual a la noche seguían peleando y vociferando. Yo de noche no podía dormir; pero no podía decirle a mi mamá que me quería ir de allí y pensaba en cómo haría. Justamente, lo que son las casualidades, en esos días vi en la plaza a un cura viejito, bajito, montado en un caballo viejo y chiquito. Me acerqué. Me puso la mano sobre la cabeza, me dio una estampita y me preguntó si no quería ser sacerdote.

Yo le dije:

—¿Cómo sería eso?

—Para apaciguar las almas —me dijo.

Me pareció que era una cosa buena y necesaria, le dije que lo iba a pensar, que cuando él volviera, en una semana, yo le iba a contestar. Porque el viejito se fue yendo para el campo, a buscar vocaciones. Me dijo que estaba muy cansado y que su caballo estaba muy viejo. A mí me produjo una gran impresión esa frase «Para apaciguar las almas» y también el cura viejito con su caballo. Estaba dudoso, tenía once años,

pero era como si no le pudiera fallar, necesitaba un ayudante. Me puse a pensar. ¿Y ahora cómo le digo a mamá? Me tomé una caña en el almacén de la esquina para darme valor, y le dije, con mucho miedo:

—Mamá, quiero ser cura.

Mi mamá es muy brava y levantisca, de mucho carácter. Le conté la historia y contra lo que yo pensaba, me dijo:

—Si estás decidido, hijo, andá.

Mi mamá lloró. Yo no la había visto llorar antes; ahora la veía de un modo nuevo. Le dije que sí al cura y me fui a un seminario chico, en el campo; éramos cuatro seminaristas; uno se fue y después quedamos tres. Ahora yo le voy a confesar una cosa que me llena de vergüenza, no sé si decírselo, me da tanta vergüenza… porque ¿sabe? Yo… yo soy cura, bah, me río porque yo me entiendo. ¿Sabe una cosa? Yo soy cura y no sé latín. Porque como éramos tan pocos en el seminario, cuando estaban enseñando latín, a mí me mandaban a cuidar a los conejos. ¿Y si no quién los cuidaba? Yo, como era chico y no comprendía, prefería cuidar los conejos. Pero ahora, cuando rezo el breviario, siento una especie de desazón; lo que entiendo me encanta y lo que no entiendo, es como si tuviera una culpa. Cuando lo veo leer al padre Frers que es latinista, siento una admiración… Más le voy a confesar: cuando rezo el breviario y hay partes que no entiendo, me entra una sensación rara, como un miedo, no sé cómo decirle. Un miedo físico, le diría yo; no sé si me puede entender.

Como le decía, éramos tres seminaristas y un verano quedamos dos solos; Julio y yo. El otro muchacho se había ido de vacaciones. Julio le dijo a nuestro superior que quería aprender hebreo. La única que sabía hebreo en el pueblo era la hija del farmacéutico; Julio fue a aprender con ella, se enamoró, dejó el seminario y se casó con ella. Allí empecé a pensar mucho y finalmente me enfermé. Pensaba «¿Por qué me siento mal? ¿Acaso quisiera hacer lo mismo, casarme?». No. «¿Lo extraño a Julio porque se fue?». No. «¿Me siento solo?». Sí, tal vez me sienta un poco solo, pero no era eso. Empecé a entender que la voluntad de Dios es incomprensible y aprendí que la voluntad de Dios no la lee uno antes, sino después de mucho tiempo que se dieron los hechos.

Pero como era muy joven todavía, la voluntad de Dios me parecía terrible a veces e incomprensible. Entonces pensé: «Todo lo que pueda lo voy a analizar por mi cuenta, a mi manera; todo lo que esté dentro de lo humano, de mi alcance, lo voy a mirar por todos lados; lo que no pueda, lo que no esté a mi alcance, se lo dejo a Dios». Eso es fácil de decir, pero difícil de llevar a la práctica. Me ordené solo y llegó el baile cuando empecé a confesar. Yo no conocía nada de la vida, de la gente, nada de nada. Y se me apareció la gente totalmente distinta de como la veía antes. Además siempre la gente era culpable de otro pecado distinto del que venía a confesar. Venía alguien y me decía:

—Padre, tengo pecado de envidia.

Y yo ahondando un poco me daba cuenta de que no era envidia, era desesperanza.

Por ese tiempo empecé a soñar con mi padrino de sacerdocio; el que me reclutó y me dijo que ser sacerdote era apaciguar las almas. En un momento de amargura pensé que las almas no querían ser apaciguadas, sino momentáneamente calmadas, para después volver a empezar la lucha terrible de siempre. Entonces pensé que a la gente había que consolarla, protegerla, tratarlos a todos como a niños que en el fondo eran, darles alegría. Conseguí formar muchos grupos de *boy scouts*, de padres de familia. Iba a muchas casas y no podía salir sin comer un poco de torta o tomar un vaso de vino. Yo decía firmemente que no, que ya había comido, pero no había caso; probaba la torta que había hecho la nena, empezaba el vino que estaba reservado. En esa época en que iba tanto a las casas, de repente yo pensaba si no me estaría desequilibrando. Sentado delante de un montón de tortas, a veces tenía ganas casi irreprimibles de soltarme a reír; entonces disimulaba eso con un chiste.

Un día, una señora que yo visitaba, me dijo:

—Padre, ¿no me da una estampita?

Yo no llevaba estampas y entre los sacerdotes más evolucionados a veces hacíamos chistes a costa de los curas que las llevaban.

—No llevo estampitas —dije condescendiente.

—Pero me tiene que conseguir, ¿eh? —dijo.

—Bueno, bueno, le voy a traer.

Y cada vez que me preguntaba le decía que no tenía, que me había olvidado, fingiendo un olvido desmedido. No quería llevar estampas. Empecé a pensar en qué curiosa es la gente. Esta señora por ejemplo, de gran carácter, capaz de pelearse con cinco camioneros juntos, imparable, ingobernable, quería a toda costa una estampita. Perdóneme que me ría, me da risa el contraste entre ella y la estampita.

Después consideré el asunto de otra manera: ellos me quieren dar algo, torta o vino y exigen que yo les dé algo, aunque sea una estampita, de recuerdo mío. Evidentemente yo no podía recibir de ellos nada más que las tortas que tanto alababa o el vino. Y ellos querían algo. ¿Por qué en ese momento no podía recibir otras cosas de la gente? Evitaba el centro de los problemas; cuando yo, tanteando, trataba de llegar al centro de un problema personal, se defendían con uñas y dientes y yo pensaba: «Debe ser que lo necesitan». «Debe ser que no es el momento adecuado».

Cada día estaba más gordo y pesado, y ya me había acostumbrado a llevar estampitas. De ese achanchamiento me vino a sacar un hecho insólito. Entre las casas que visitaba, estaba la de un matrimonio, jóvenes todavía, tirando a medianos, que estaban en confesión; ellos eran de las pocas personas con las que yo podía charlar a mis anchas, en confianza y con cierta intimidad. Tenían hijos preciosos, lindos ellos mismos, bien abastecidos sin ser ricos. Su casa era acogedora; habían hecho de la cocina un lugar cálido y muchas noches nos reuníamos a charlar; ellos mismos, cuando tenían ganas, me llamaban para que fuera a cenar. Me sentía cómodo con ellos porque eran prácticamente los únicos que me decían lo que pensaban de mí, que me estaba quedando un poco.

Yo no sé qué es lo que me gustaba más de esa casa, si esa confianza, esa posibilidad de ir cuando yo quería, yo creo que todo; los chicos, el perro, todo me hacía bien allí. Yo a mi vez limaba cierta intransigencia, cierta tozudez de ellos en asuntos religiosos y políticos, que me parecía una frivolidad propia de personas bien abastecidas, que no han soportado una niñez como la mía. Sus teorías sobre los cultivadores de papas diferían mucho de la realidad, toda mi familia había sido cultivadora de papas, de modo que yo podía aportarles bastante con mi experiencia. Pero siempre tuve dificultades para expresarme: sé cómo son las cosas, las siento y tal

vez desisto de explicarlas porque me da trabajo. Por eso admiro al padre Frers, que habla en latín y que se expresa de modo perfecto en castellano, el don de lenguas, que es un don del Espíritu Santo. Un día, siguiendo con lo otro, me viene a buscar Pablo, el chico mayor de ellos y me dice:

—José, venga pronto a casa, papá, papá… quiere matar a mamá.

En ese momento no atiné a ir inmediatamente. Quedé petrificado como por un ramalazo que me sacudía todo el cuerpo; transpiraba, tomé un vaso de agua y fui caminando como podía. Pablo me decía:

—Vamos, vamos.

Ellos viven casi al lado de la parroquia. Pasé el jardincito medio descuidado y encantador y ahora me pareció siniestro. Entré y él estaba con un revólver en la mano y ella sentada en el suelo con las piernas abiertas, alelada. Me vio venir y me dijo:

—Ojo al fierro, que es de plata.

Le pedí al Espíritu Santo que me iluminara rápidamente sobre lo que tenía que hacer. No tenía tiempo de pensar. Entonces el Espíritu Santo me iluminó para que le hablara así:

—Boludo, pelotudo, qué lindo revólver que tenés. Te gustan los fierros, ¿eh? Qué machito que sos.

Todo dicho en un tono de violencia contenida, era un tono, cómo le puedo decir… como el de un canalla, que después yo me sorprendí de haber hablado así. Logré asombrarlo, nunca se imaginó que yo hablaría así, bajó el revólver y empezó a caminar. Pablo miraba todo con suma atención. Ella se levantó y eso indicaba que todo había pasado.

A él le dije:

—Mirale la cara a tu hijo.

Él lo abrazó y lloró, se pegotearon los tres, se abrazaron y lloraron todos juntos. Menos mal que el más chico no estaba. Después ella se fue a acostar a Pablo a la cama. Yo me quedé con él, charlando en la cocina. Yo usé un coraje que me dio el Espíritu Santo, que no era mío. Me sentía mal físicamente, pero debía sobreponerme, porque él precisaba ayuda en ese momento. Usé un coraje que no tenía y me hizo mal, porque me enfermé. Yo pienso que me hizo mal y me hizo bien. Me hizo mal por un lado, por el cuerpo, me hizo bien para el alma. No sé si usted puede entender esto.

Mi cuerpo se enfermó, pero después que sucedió todo esto, yo sentí como un alivio y una necesidad de irme de allí, de ese lugar. Este hecho me hizo ver que hacía rato yo quería irme de ese lugar. Pasaban muchas cosas por mi cabeza. Si bien el Espíritu había hablado por mí en ese tono canallesco para aplacarlo, yo, cada vez que lo veía a él, no podía evitar pensar lo mismo que le había dicho y en ese tono. Era como si me hubiera pegado ese espíritu. Por otro lado, veía las casitas con su pasto bien cortado, los chalets con sus farolitos y pensaba: «¡Qué desastres no estarán sucediendo allí dentro!». Las casas habían perdido esa sensación de paz que antes me daban y a pesar de esa sensación que me perseguía, sentía que mi alma revivía; a medida que mi alma revivía volvía a encontrar el alma a las otras personas, porque se me habían perdido. Y aunque estuviera urgido por irme y lo estaba, aunque se me aparecieran toda una serie de fantasías siniestras, sentía una especie de agradecimiento. La idea de irme de ahí me alegraba; le dije a mi superior que quería trasladarme, y mi superior me trasladó al colegio, donde usted me ve ahora. La verdad, le voy a ser sincero, yo no sirvo para colegio.

Toca el timbre de entrada, izamos la bandera y cuando van a los salones, pienso: «Ya está la hacienda en su jaula».

Me tengo que cuidar mucho de no decir eso en voz alta; algunos profesores se horrorizarían. Ellos vienen y me dicen:

—Padre, compramos un microscopio.

Y yo digo:

—¡Pero qué bien! ¡Cuánto me alegra que hayan comprado algo tan útil, tan hermoso!

—Venga, padre, a mirar cómo es.

Voy, lo miro y miro un poco por el microscopio. Digo:

—¡Qué extraordinario!

Pero no sé qué es, no me doy cuenta. La verdad es que estoy pensando en otra cosa. Desde que estoy en el colegio estoy pensando en otra cosa y eso me ayuda a sobrellevar todo lo más bien; me dicen que compraron el telescopio, que la profesora de Castellano se peleó con el de Historia, y atiendo a las madres. La señora de Luchesi me buscó cinco veces hasta que me encontró: era para saber por qué le habían puesto 9 al hijo en vez de

10; vino a pelear y terminamos amigos. Y tengo paciencia, y estoy de buen humor porque pienso que en cuanto pueda, me voy a ir al campo a criar abejas. Las abejas, ¿sabe lo rendidoras que son?

Guiando la hiedra

Aquí estoy acomodando las plantas, para que no se estorben unas a otras, ni tengan partes muertas, ni hormigas. Me produce placer observar cómo crecen con tan poco; son sensatas y se acomodan a sus recipientes; si éstos son chicos, se achican, si tienen espacio, crecen más. Son diferentes de las personas: algunas personas, con una base mezquina, adquieren unas frondosidades que impiden percibir su real tamaño; otras, de gran corazón y capacidad, quedan aplastadas y confundidas por el peso de la vida. En eso pienso cuando riego y trasplanto y en las distintas formas de ser de las plantas: tengo una que es resistente al sol, dura, como del desierto, que tomó para sí sólo el verde necesario para sobrevivir; después una hiedra grande, bonita, intrascendente, que no tiene la menor pretensión de originalidad porque se parece a cualquier hiedra que se puede comprar en todos lados, con su verde tornasolado. Pero tengo otra hiedra, de color verde uniforme, que se volvió chica; ella parece decir: «Los tornasoles no son para mí»; ella responde creciendo muy lentamente, umbría y segura en su cautela. Es la planta que más quiero; de vez en cuando la guío, yo comprendo para dónde quiere ir y ella entiende para dónde yo la quiero guiar. A la hiedra tornasolada a veces le digo «estúpida» porque hace unos arabescos al pedo; a la planta del desierto la respeto por su resistencia, pero a veces me parece fea. Pero me parece fea cuando la veo con la mirada de otras personas, cuando viene visita: a mí en general me gustan todas. Por ejemplo hay una especie de margarita chica, silvestre, que la llaman flor de bicho colorado; no sé con qué criterio se la distingue de la margarita. A veces miro mi jardín como si fuera de otro y descubro dos defectos: uno, que pocas plantas caen graciosamente, con cierta frondosidad y movimientos sinuosos: mis plantas son como quietitas,

cortitas, metidas en su maceta. El segundo defecto es que tengo una gran cantidad de macetitas chicas, de todos los tamaños, en vez de grandes macizos estructurados, bien pensados; porque fui demorando mucho esa tarea de tirar lastre, digamos y la misma expresión, tirar lastre, o sanear, referida a mis plantas, tiene algo de maligno. Fui demorando todo lo posible el uso de la malignidad necesaria para sobrevivir, ignorándola en mí y en otros. Vinculo la malignidad a la mundanidad, a la capacidad de discernir inmediatamente si una planta es flor de bicho colorado o margarita, si una piedra es preciosa o despreciable. Vinculo o vinculaba malignidad a desprecio electivo en función de algunos objetivos que ahora no me son extraños: el trato con gente, con mucha gente, los rencores, la reiteración de personas y situaciones; en fin, el reemplazo del asombro por el espíritu detectivesco me contaminó a mí también de maldad. Pero me siguen asombrando algunas cosas. Yo hace cuatro o cinco años había rogado a dios o a los dioses que no me volviera drástica, despreciativa. Yo decía: «Dios mío, que no me vuelva como la madre de "Las de Barranco"». La vida de esa madre era un perpetuo aquelarre; invadía los asuntos de los que la rodeaban, vivía su vida a través de ellos, de modo que no se sabía cuáles eran sus verdaderos deseos; no tenía otro placer que no fuera la astucia. Yo, antes de ser un poco como la de Barranco, miraba a ese modelo como algo espantoso y una vez incorporado, me sentí más cómoda: la comodidad de dejar lastre y olvidar, cuando hay tanto para recordar que no se quiere volver atrás. Ahora a la mañana pienso una cosa, a la tarde, otra. Mis decisiones no duran más allá de una hora y están exentas del sentimiento de ebriedad que las solía acompañar antes; ahora decido por necesidad, cuando no tengo más remedio. Por eso otorgo escaso valor a mis pensamientos y decisiones; antes mis pensamientos me enamoraban; yo quería lo que pensaba; ahora pienso lo que quiero. Pero lo que quiero se me confunde con lo que debo y perdí la capacidad de llorar; debo distraerme mucho de lo que quiero y debo, o simplemente estoy en una especie de limbo donde se sufre un poco: algunas contrariedades (cuyo efecto puede ser previsto), pequeñas frustraciones (susceptibles de ser analizadas y compensadas). Descubrí la parte de invento que tienen las necesidades y los deberes: pero los respeto en seco, sin gran adhesión,

porque organizan la vida. Si lloro, es más bien sin mi consentimiento, debo distraerme de lo que quiero y debo; sólo permito que aflore un poquito de agua. Los sentimientos hacia las personas también han cambiado; lo que antes era odio, a veces por motivos ideológicos muy elaborados, ahora es sólo dolor de barriga, un aburrimiento se traduce en dolor de cabeza. Perdí la inmediatez que facilita el trato con los chicos y aunque sé que se recupera con tres carreritas y dos morisquetas, no tengo ganas de hacerlas, porque envidio todo lo que hacen ellos: correr, nadar, jugar, desear mucho y pedir hasta el infinito. Últimamente me he pasado gran parte del tiempo criticando la educación de los chicos porteños con quien fuese, y sobre todo con los taximetreros. En general nos ponemos de acuerdo; sí, los chicos porteños son muy mal educados. Pero es un acuerdo tan triste, que a partir de ese tema no cunde ninguna conversación.

Pienso ahora que el motivo de la quema de brujas no fue ni andar por el aire con la escoba, ni las asambleas que hacían; era más bien el que picaran huesos, picaran sesos hasta dejarlos bien molidos. También dejaban orejas de cerdo en remojo y usaban el caldo para dar brillo a los pisos; de paso, podía ser que alguien patinara y se cayera, esto como un beneficio muy ulterior; ellas no le atribuían demasiada importancia. Las brujas mataban así tres pájaros de un tiro y ése era su poder. Rumiando reconstituían los pensamientos, los cocinaban y también cocinaban el tiempo para obtener el mismo producto bajo diferentes formas. Por ejemplo, el gato; la bruja no tiene antepasados, ni marido, ni hijos; el gato representa todo eso para ella, con el gato anula la muerte. La bruja trabaja como los jíbaros, para reconstituir un orden de lo semivivo; por eso remoja, hierve y mezcla perfumes con sustancias asquerosas: es para rescatar del olvido a las sustancias asquerosas; se las recuerda a los que quieren olvidarlas en nombre del encanto, de la estética y de la vida viva. No, no es por franquear las distancias por lo que fueron castigadas; fue por la trama secreta de la experimentación que podía alterar la inmediatez de los sentimientos, de las decisiones, de los seres, que la vida sostiene con las reglas que le son propias. Y no retrocede ante la cruz, como se dice, porque es un objeto inanimado; retrocede ante el cordero pascual.

Ahora, que soy un poco bruja, me observo una veta grosera. Como directamente de la cacerola, muy rápido, o hago lo contrario, voy a un restaurante donde todos mastican reglamentariamente seis veces cada bocado, para la salud y me produce placer masticar —así como si fuéramos caballos, me enamoro de las chancletas viejas, tiro demasiada agua a las plantas después de lavar el balcón para que caiga barro y ensucie lo lavado (anulo el tiempo, ya que vuelvo a limpiar), cocino mucho, porque encuentro placer en que lo crudo se vuelva cocido y desestimo totalmente los argumentos ecologistas; si el planeta se destruye dentro de doscientos años, me gustaría resucitar para ver el espectáculo. Cambio impresiones con algunas brujas amigas y nuestra conversación se reduce a fugaces comunicados, historias de obstinaciones diversas, controles mutuos de brujerías, para perfeccionarlas, por ejemplo, aprender a matar tres pájaros de un tiro, no necesariamente para hacer maldades, pero igual para ganarle al tiempo, para no gastar pólvora en chimango, para no dar por el pito más de lo que el pito vale, cuando en realidad un pito es algo muy difícil de evaluar.

Pero no siempre fue así, no fue así. Antes de que yo pensara en tirar lastre y en matar dos pájaros de un tiro, sufrí en dos años como nunca había sufrido en mi vida, una mañana lloré con igual intensidad por dos motivos distintos.

Entendí qué pasa con los que se mueren y con los que se van; vuelven en sueños y dicen: «Estoy, pero no estoy; estoy, pero me voy» y yo les digo: «Quedate otro ratito» y no dan ninguna explicación. Si se quedan lo hacen como ajenos, en otra cosa, y me miran como visitas lejanas. En esa región del olvido adonde han ido tienen otras profesiones y han adquirido otro modo de ser. Y todo lo que hemos peleado, hablado, comido y reído pasa al olvido y no quiero yo conocer personas nuevas ni ver a mis amigos; en cuanto empiezo a hablar con alguien, ya lo mando yo misma a la región del olvido, antes de que le llegue el turno de irse o de morirse.

Me despierto y percibo que estoy viva, amanece. No viene ninguna idea a mi cabeza; nada para hacer, nada para pensar. No pienso seguir fumando

en la cama sin ninguna idea en la cabeza. De repente me agarran muy buenos propósitos pero sin relación a nada concreto: me lavo, me peino, caliento agua; me voy entonando y los buenos propósitos aumentan. Es un día de marzo y la luz va viniendo pareja, los pajaritos trabajan, van de acá para allá. Yo también voy a trabajar. Ya sé lo que voy a hacer: voy a guiar la hiedra, pero no con un hilo grosero, la voy a atar con un hilo vegetal. Ella está ahí, firme contra la pared: le saco las hojas muertas a la hiedra y a todo lo que veo. Podría decir que tengo un ataque de sacar hojas muertas pero no es adecuada la expresión porque es un ataque tranquilo, pero no pienso terminar hasta que no haya sacado la última hormiga y la última hoja que no sirve. Amontono todas esas macetas chicas, van a ir a otras casas, tal vez con otras plantas. Pasa un avión muy alto y de repente me agarran una felicidad y una paz tan grandes al hacer este trabajo que lo hago más despacio para que no termine. Me gustaría que viniera alguien para que me encontrara así, a la mañana. Pero todos están haciendo otros trabajos distintos, tal vez sufran o renieguen o se engripen; no importa, eso pasa y en algún momento tendrán alguna felicidad como ésta mía. Me siento tan humilde y tan gentil al mismo tiempo que agradecería a alguien, pero no sé a quién. Reviso mi jardín y tengo hambre, me merezco un durazno. Enciendo la radio y oigo que hablan de la onza troy: no sé qué es, ni me importa: arre, hermosa vida.

Querida mamá

Querida mamá:

Va la tercera vez que te escribo esta carta; la primera carta no me gustó y perdí la segunda. Ahora cuando no quiero una cosa, no la tiro, se me pierde, aunque después me vuelve a interesar de nuevo y sé que en algún momento va a volver. Ahora trato de hacer siempre dos cosas al mismo tiempo, por ejemplo mientras limpio los estantes encuentro algo que necesitaba y cuando barro escucho la radio; si tomo sol, arreglo las plantas. Tanta bronca que me daba cuando vos me decías: «De paso, hacé tal cosa» y yo no quería hacer nada de paso para no perder la idea de la actividad fundamental. Ahora no sé si la actividad fundamental es barrer o escuchar la radio. Y entiendo cuando vos te decías a vos misma «sí, sí, sí…» como si algo se fuera animando, como si la vida se pusiera en marcha en uno con prescindencia de los propios designios.

Aunque también no creas, trato de tirar todo lo que me sobra, junto tantos papeles y pruebas de los alumnos, porque ahora desde que estamos en democracia trabajo en la Universidad. Pero vos te fuiste antes de la democracia y fue así: los militares pelearon contra Inglaterra, ocuparon las Malvinas y se vino toda la flota inglesa contra nosotros. Perdimos la guerra, los militares quedaron desprestigiados y se tuvieron que ir del poder. Después gobernó Alfonsín, que se tuvo que ir antes de tiempo por la situación económica: a la mañana las cosas tenían un precio y a la tarde, otro. Ahora gobierna Menem, no sé si lo tenés presente. Parecemos meados por los elefantes marinos. La situación económica es mala, pero yo me arreglo, no vivo más en el departamento de Gascón, me mudé a uno con un gran balcón, puse muchas plantas y tengo una enramada que yo

llamo la parra, bueno, eso te quería contar. Me olvidé de barrer las hojas del balcón, se tapó la rejilla y se me inundó toda la casa. Puse un montón de pruebas viejas de los alumnos y cartones para parar el agua, pero es de lo más solapado e incontenible: llegó hasta el ascensor. Ahora no me sucede más eso ni tengo una sola cucaracha porque me he vuelto muy limpia, a veces lavo ropa para no fumar tanto y también corrijo pruebas porque mientras se corrige, no se gasta plata. Cuando llega fin de mes, empiezo a buscar automáticamente una plata que escondí en un libro y que jamás encontré. Pero eso pasa sólo dos o tres días. Hubo tiempos peores con los militares; una vez éramos siete para comer y entre todos sólo teníamos plata para comprar harina y una lata de tomate: Luis, el marido de Lea, el artesano, amasó tallarines por primera vez en su vida, organizó el corte de esos fideos, trabajamos en serie y comimos lo más bien. Mamá, tengo un gato que se llama Andrés, Marabú, Misho y Catito. Es precioso, blanco, gris y dorado. Le doy pescado para el brillo del pelo, araña una alfombra que no conocés, me araña los vaqueros y de tarde en tarde un poco a mí, cuando está muy frustrado. Duerme a mis pies y no digas «Santa Madonna», porque no tiene pulgas y si las tiene no me las pasa y si me las pasa, no me pican. Como en los platos de porcelana que vos me dejaste y que cuidabas para las grandes ocasiones pero a mí me parece bien y sólo veo al asunto un poco raro cuando alguien me lo señala y para que no crean que estoy un poco loca, me prometo comprar un plato de gato pero después me olvido. Todavía guardo copitas de cristal pero se me fueron rompiendo en diversos festejos y porque sí nomás. De los juegos de té no quedan restos; el chino tuve que venderlo un verano para pagar impuestos. Una vez le vendí un plato de porcelana a un gitano. Los manteles de hilo se los regalé a las primas, tenías razón, yo no soy para manteles de hilo y aparte ahora vienen unos lavables de tela sintética, todos de colores, baratos, se tiran y así se cambia un poco. Tenías razón en muchas cosas que ahora yo recién me doy cuenta, por ejemplo cuando yo iba a tomar sol en verano inmediatamente después de comer y vos me decías: «¡Cómo se te ocurre con este calor!». Yo también pienso ahora en cómo se me ocurría porque ahora después de comer, cuando puedo, duermo la siesta. Tenías razón en que la siesta es algo hermoso. Y también

tenías razón cuando yo te pedía que echaras a esa señora que en vez de limpiar la casa la ensuciaba y vos no querías y decías: «Dejala que se quede acá, la de patadas que va a recibir si sale a la calle». Yo ahora tengo una señora boliviana recién llegada, le tuve que enseñar a manejar el ascensor y todavía dos por tres se queda atrapada no sé cómo. Si encuentra la tapa de un envase que ya no existe, ella se la pone como sombrerito a otro envase y arma como un adorno al pedo; me da un poco de rabia, pero por otra parte me encanta ver la mano de otro en la casa, innovaciones, formas de orden distintas. Cómo me gustaría, mamá, que te vinieras a sentar debajo de la parra con tu bastón. Jamás te pelearía por nada, como cuando vos cobrabas y te comprabas un oporto y un paquete de caramelos. Yo te acompañaba impaciente y con fastidio. Te decía: «¿Para qué los querés si no los comés?». Y vos me decías vacilante: «Para tener, por si viene alguien». Mamá, tanto que hemos peleado y nos hemos querido, que después que te fuiste yo pensaba. ¿Cómo puede ser que todo eso que existió no exista más y que ahora ella ignore todo lo que me pasa, que dé lo mismo blanco que negro? Yo creo que me da trabajo esta carta porque no quiero llorar. No sé por qué no quiero llorar, que hace tanto que no lloro y me vendría bien, tal vez con alguna película. Lloré tanto, mamá, cuando vos te fuiste y después por ese novio que sólo alcanzaste a conocer por teléfono que un día a la mañana lloraba pensando en vos y al rato por ese novio. Ahora vivo sola y me parece que no quiero novio, pero tal vez las ganas sean una costumbre como cualquier otra. Y hablando de ganas —porque a mí se me dispersan, las postergo y las dejo pasar— te quería pedir una cosa. Yo sospecho alguna pequeña gracia para mí, algún don, pero puede perturbarlo el que yo ya tengo bastantes recuerdos y son un peso grande. Te pediría que vos, que eras creyente, encomiendes a Dios tus recuerdos, así yo me hago cargo sólo de los míos. Así más liviana podré recibir esa gracia.

Tu hija que tanto trabajo te ha dado, pero que también te ha querido mucho.

El viejo

«No es que no dé el asiento porque sea egoísta», me dije. «Dar el asiento implica un gran cambio de posición: estoy sentado, de repente me paro, vuelvo a acomodar mi diario otra vez, o acomodarme al diario nuevamente. Mientras tanto todos me van a mirar. Voy a seguir sentado».

El que esperaba asiento era un viejo con un sombrero negro redondo, de ésos que ya no se usan. Llevaba un zapato y una zapatilla, lo que no parecía incomodarlo. Cuando vi el zapato y la zapatilla pensé que realmente le dolerían los pies y le di el asiento; tuve tentación de correrme al pasillo para alejarme un poco del viejo, por si era demasiado agradecido; pero no había tal cosa y se sentó con un pequeño suspiro. Además no era sólo por si el viejo era demasiado agradecido: quería mirarlo y no acababa de entender por qué llevaba un zapato y una zapatilla; pensaba que alguien que fuese vestido de ese modo tendría constantemente presente su oprobio, pero no pasaba nada de eso; miraba las casas que se veían por la ventana del tren y una vez miró con cierta atención una obra en construcción, con aire de miope. Cuando se encendieron las luces del tren para atravesar el túnel, todos se levantaron para bajar y el viejo seguía sentado y yo de pie a su lado. Como vi que no se levantaba, le di un golpecito suave en el hombro y le dije:

—Llegamos.

—Ah, sí —dijo moviendo visiblemente la cabeza al responder, como si llegar no significara nada. Se dispuso a levantarse y vi que no podía: lo hacía con mucha dificultad. Se apoyó en mi brazo, pero aferrándome por el codo; mejor dicho, me tiraba de la manga; la verdad es que no me gustó que me tirara de la manga y lo llevé yo del brazo agarrándolo con fuerza. Caminaba a pasitos cortísimos y me dije: «Lo dejo en el subterráneo y

después me voy». Pero yo también tenía que ir al subterráneo y le pregunté:

—¿Sufre de los pies?

—Del corazón.

Me lo dijo sin mirarme, con la cabeza medio agachada. Entonces me puse a considerar si el viejo tenía algo de hermoso, si llevaba un hermoso sombrero, por ejemplo, o tan siquiera si la mañana, por ser lunes, era hermosa. Y me pregunté por qué tendría que ser así. Sería porque todo lo que me sucede a mí debe tener cierto viso de hermosura. Miré al viejo y algo me dijo que lo que se me ocurría era tonto y sin sentido y entonces pensé al mismo tiempo dos cosas: en lo triste de la vida y del sistema social, que permiten que un pobre viejo enfermo del corazón tenga un zapato y una zapatilla, y también pensé con disgusto: «¿Por qué me tiró de la manga? Además tiene el cuello todo transpirado y con esas rayas finitas que se le forman a los pelados en el cuello, de donde parece que viniera mal olor». Cuando bajamos del subterráneo quise encomendárselo a alguien y le pregunté adónde iba.

—Al ministerio —dijo.

Le pregunté cuál ministerio y no sabía decirme: señalaba insistentemente con un dedo temblón un lugar vago. Antes de bajar una escalera que me pareció que iba a dar muchísimo trabajo hacerle bajar, le dije:

—Espéreme aquí, que voy a preguntar dónde queda el ministerio.

Yo iba con aire solícito, con aire de transeúnte compasivo, y vi cómo me observaba como si lo fuera. Me sentí muy activo cuando atravesaba la escalera, pero al llegar abajo me dije: «¿Cómo pregunto dónde queda el ministerio? Me van a hacer precisar cuál, no puedo señalar con el dedo como el viejo». Me asusté pero traté de ser otra vez un transeúnte solícito y le pregunté al empleado, con aire de complicidad y señalando al viejo que estaba solo en lo alto de la escalera y no trataba de bajarla:

—Perdón, el «señor» debe ir al ministerio y no sabe a cuál, podría…

—Ah, sí —dijo el hombre, y me dio la dirección.

¿Cómo sabía el empleado a qué ministerio iba? Ni siquiera dudó ni se asombró. Yo sí, y me puse a pensar en eso, porque otras veces me había

pasado: la gente sabía cosas que parecía imposible que supiera, como ahora, la relación que había entre un ministerio y ese viejo. Pero no seguí considerando ese asunto porque lo vi al viejo arriba; me apresuré a ir a su encuentro, otra vez solícito y pensé: «No sea que alguno…». ¿Que alguno qué? ¿Que alguno se ofreciera a acompañarlo? ¿Y entonces? ¿Acaso tenía yo la primacía? Pero no se acercó nadie y bajamos muy despacio la escalera. En una de ésas le dije:

—Hace mucho calor.

—Ah, sí —dijo.

Pero parecía que el calor no lo importunaba. Antes de terminar nosotros de bajar la escalera, montones de gente la habían recorrido de ida y vuelta; salimos a una plaza muy grande, con un estanque en el medio. Otra vez el viejo me tomó por el codo y sin decirme nada me llevó hasta un banco. Supuse que estaría cansado, aunque podría haberlo dicho. Le pregunté:

—¿No íbamos al ministerio?

—Ah, sí —dijo.

No habló más. La gente que pasaba nos miraba y yo me decía: «¿Se pensarán que es mi pariente?». Y descubrí que no quería que pensaran que era pariente mío; por otra parte creo que no había problema, yo lo miraba con cara de transeúnte solícito y con demasiada consideración para que pudiera ser pariente. «Además», me dije, «no tiene cara de ser pariente de nadie; por lo menos yo nunca vi uno así». Eso me consoló y le pregunté con amabilidad:

—¿Usted es jubilado?

Entonces la cara se le iluminó y dijo:

—Sí, sí, jubilado.

Yo sospeché, porque me pareció que mi pregunta le proporcionaba una respuesta que lo justificaba y pensé que no era jubilado; que a lo mejor cuando joven había sido haragán; pero eso en realidad no podía habérselo preguntado, aunque algo me decía que de haberlo hecho, hubiera gozado de toda impunidad; seguramente el viejo no hubiera hecho caso de la pregunta.

—Bueno —le dije—, ahora tenemos que ir. El ministerio está muy cerca.

—Sí —dijo, y se levantó. Entonces me di cuenta por qué cualquier cosa que le hubiera dicho hubiera gozado de impunidad: desconfiaba tanto de todo, que se confiaba en cualquiera y por eso tiraba de la manga. Sentí su mano en la manga como una corroboración de lo que había pensado y nos fuimos camino del ministerio.

Allí, delante de nosotros, estaba el ministerio; enseguida se me hizo presente por dentro: todo renovado, las paredes con mármol brillante, los bancos para esperar y los empleados con sus corbatas tan elegantes. ¿Qué íbamos a hacer nosotros al ministerio? Yo no lo sabía y pensé que era mejor preguntárselo, porque él no iba a saber qué decir. No es que el tipo de cosa que se dice en el ministerio fuera mi fuerte, pero podría decirlo mejor que él, que tenía las manos un poco temblonas. Le pregunté:

—¿Qué vamos a hacer al ministerio?

No contestó y siempre con las manos un poco temblonas sacó un papel viejo y muy plegado, pero se veía que lo consideraba valioso: no lo había arrugado para nada. Leí y vi que decía: «Viuda de Laguna», y algo más, de lo que no entendí absolutamente nada. ¿Qué se podría hacer con eso y para qué serviría? Me rompía la cabeza pensando qué seguiría a continuación. Al final, harto, me puse a pensar tonterías: «La viuda de Laguna se cayó de la cuna». Me reí pero después pensé si no será improcedente. Entramos al ministerio y ahí el viejo empezó a caminar más ligero, como si hubiera recibido fuerzas nuevas; tocó a uno de esos empleados de corbata elegante y le dijo:

—Toranzelli.

—No está más ese abogado —dijo el empleado—. Ahora está el abogado Rodríguez.

Me admiré de que a pesar de su corbata elegante, lo tratara al viejo con cierta deferencia; entonces me reproché no haber querido ser pariente del viejo y pensé que yo también podría tratarlo con consideración.

—Debe volver el martes —le dijo.

El viejo hizo pantalla con la mano para oír mejor y el empleado le repitió:

—El martes.

Yo pensé, entonces: «Bueno, ahora me voy. Ahora llamo una ambulancia, que lo lleve y me vuelvo». «Eso es ecuanimidad», me dije. «Sí, eso es».

No bien salí a la calle, dejando al viejo sentado en un banco (por otra parte no lo inmutaba en lo más mínimo que yo me fuera o me quedara), lo primero que vi en la calle fue la ambulancia. «¿Será posible? ¿Tendrá que ver esta ambulancia con la que yo busco?», me pregunté. «¿No será que el empleado, como a veces sabe cosas tan misteriosas, la mandó llamar para el viejo y no me dijo nada?». Era una idea bastante estúpida. Saqué al viejo a la calle y nos acercamos tímidamente a la ambulancia; había un hombre y una muchacha, y el hombre bromeaba con la muchacha y ella coqueteaba. Dijo:

—Debemos cargar nafta.

Y se fueron a toda velocidad; el viejo no se dio cuenta de nada y en silencio, me dispuse a acompañarlo.

Era muy tarde cuando volvíamos; no pasaban casi colectivos; yo estaba distraído a su lado mirándolo todo, cuando noté vagamente que se llevaba la mano al pecho. Lo vi pero no hice caso; como dije, estaba medio abstraído y no me pareció que significara nada, pero se llevó otra vez la mano al pecho y entonces me sobresalté. Era una particularidad mía no saber cuándo a alguien le duele algo y podía pasar dos días al lado de otro que tuviera cara de dolor de cualquier cosa y de cualquier clase y no me daba cuenta, pero si me lo decían, enseguida me hacía cargo; sólo pedía, en realidad, que me lo dijeran. Pero mi madre hacía notar secamente:

—No es necesario decirlo.

Le pregunté:

—¿Le duele algo?

Se señaló otra vez el pecho y vi que respiraba con dificultad; tomamos un auto y lo llevé hasta su casa. En todo el camino no habló nada, sólo me dijo la dirección. Cuando bajamos le pregunté:

—¿Cómo se siente?

Y me hizo un gesto con la mano como cuando uno espanta las gallinas o aparta algún curioso; el gesto fue bastante impaciente. Noté, sin

embargo, que al acercarse a su casa y sobre todo al abrir la puerta (él solo la abrió) su paso se hacía más rápido y más seguro, no caminaba tan encorvado. Eso, por otra parte, ya lo había observado en el ministerio cuando preguntó por su abogado. Me pidió que le pusiera a calentar agua y así lo hice; no le pregunté para qué. Le dije:

—Le voy a hacer una friega.

En rigor, yo dudaba de la eficacia de las friegas; las había visto hacer y una vez, cuando era muy chico, observé con asombro que la carne y la piel seguían exactamente igual después de la friega y no tenían ni otro color ni otro vigor; a pesar de lo cual, los grandes decían: «Ahora se va a sentir mucho mejor». Pero era el único remedio que sabía hacer. Le saqué el sombrero negro, que tenía olor a antiguo, y empecé a fregar. A cada ratito le preguntaba:

—¿Mejora?

Y movía algo la cabeza por lo que supongo quería decir que sí. Cuando hacía más o menos diez minutos que lo fregaba, hizo un gesto de fastidio con la mano como diciendo: «¡A qué tanta friega!». Por lo cual lo dejé y me dispuse a irme. Cuando me iba, me llamó y me dijo una frase completa por primera vez desde que lo conocía:

—No tengo vecinos. No puedo llamar al médico. Quédese.

En realidad, yo vivía solo, no tenía nadie a quien avisar y por ese lado no era molestia quedarme, pero sin embargo sentía cierta inquietud y no sabía por qué; a cada rato iba a mirar por la ventana, miraba los árboles, el cielo y las casas. En una de ésas me di vuelta y vi lo siguiente: se había preparado agua para hacerse un baño de pies y le ponía mucha mostaza. Yo pensé, malignamente: «Sufre de los pies, como ya me parecía y no me lo dijo». Entonces le pregunté:

—¿Sufre de los pies?

—Del corazón.

—¿No será del corazón y también de los pies?

No me respondió. Estaba pensativo, haciéndose el baño de pies y la agitación se le había pasado. Ya amanecía, y me preparé para irme; me tomó por la manga del saco y me dijo:

—El martes.

—¿El martes qué?

—El ministerio.

Y me dio el papel sucio en que decía «Viuda de Laguna» para que fuera.

—Con esto no voy —dije.

En mi vida había hecho una cosa así, ir a un lugar como el ministerio con un papel de esa clase. Con ese papel no iba a ir por nada. Le dije que me explicara el asunto y yo se lo transmitiría al abogado. No me dijo nada y me puso el papel en el bolsillo. Me fui enojado y le dije a propósito con un poco de voz de enojo:

—Buenas noches.

Levantó la mano en señal de saludo y mientras chapoteaba los pies en el agua.

Anduve con ese asqueroso papel de la viuda de Laguna toda la mañana. De repente, iba caminando lo más tranquilo, cuando me acordaba de algo: tocaba el papel y sacaba ligero la mano como si hubiera tocado un sapo. Por un momento pensé: «Lo voy a tirar, lo voy a romper en ochenta pedazos». Enseguida comprendí que no podía tirarlo, no era un papel mío; y a pesar de haber dicho que no iba, a la tarde fui al ministerio, me senté en el último rincón, humillado, encogido, y cuando pasó el empleado de la corbata elegante le pregunté si estaba el abogado. El abogado para sorpresa mía estaba y me hicieron pasar bastante ligero. Traté de asumir el aire más impersonal posible y me recordaba a mí mismo que era culto, que era universitario. Pero pensé tristemente que por más universitario que fuera, con ese papel sucio… El momento de sacar el papel resultó del todo imprevisto: lo saqué sin darme cuenta, pero me puse colorado cuando se lo entregué. Lo miró con naturalidad, me lo devolvió y dijo:

—Esto es posible que demore un poco.

Yo le agradecí aunque demorara un año, porque secretamente esperaba que me dijera: «¿De dónde sacó ese ridículo papel?» y que me empezara a examinar. Pero no añadió más nada; me saludó con cierta amabilidad y salí de ahí ligero, porque precisaba tomar aire. Me senté una hora en un banco de plaza; realmente precisaba aire; miré alrededor y todo lo que vi me

pareció muy hermoso, pero demasiado ajeno, y tuve tentación de acostarme en ese banco y quedarme acostado mucho tiempo sin pensar en nada; pero no lo hice; ahora pienso que posiblemente debería haberlo hecho. En cambio, me dije: «Creí que todo iba a ser más complicado; en realidad fue bastante simple; tan simple que casi no me di cuenta cuando le mostré el papel». Luego pensé: «Ahora debo ir a informarle», y me dio mal humor, aunque no era precisamente mal humor, eran unas ganas tranquilas de maldecir. Empezaba a decir «Maldito sea…» y después no continuaba, esperaba que alguien me viniera a decir quién era el maldito. Y decía otra vez «Maldito sea…» y ahí me callaba. Empecé a mirar todo y dije: «Maldito sea el cielo». Pero después me pareció mal y me apuré a decir: «Era sólo un juego». Entonces me iluminé y dije varias veces: «Maldito sea ese papel». Eso me puso contento, pero después pensé: «¿Si maldigo el papel, cómo voy a hacer los trámites? ¿En realidad deseo que se hagan los trámites?». No quise contestarme esa pregunta y procuré distraerme, mirando otra vez todo, pero no me interesaba nada y entonces sí que me sentí mal; me sentí como cuando uno se desayuna y sabe que nada más hay después del desayuno que valga la pena, y que para eso es necesario demorarse, comer muchas cosas y leer el diario. Yo no podía buscar ahora ninguna escapatoria, como cuando me desayunaba, pero de pronto pensé tristemente: «Voy a comprar una torta. Voy a comprar una torta y la vamos a comer juntos. Así vamos a olvidarnos de ese asqueroso papel». Dije «vamos a olvidarnos» sin pensar que el viejo no tenía nada que olvidar: el papel le parecía perfectamente en regla. Traté de ponerme alegre cuando la fui a comprar y elegí una con mucha crema y mucho chocolate, y si el viejo tenía vino (también malignamente estaba seguro de que el viejo tendría vino) podríamos comerla juntos. Tardé bastante en informarme de las gestiones y dejé la torta dos días en mi casa antes de llevarla; hasta que una tarde, abriendo el armario me encontré con la torta (no precisaba abrir el armario, sabía que estaba allí) y dije: «Esta torta se va a poner muy vieja» y entonces la llevé. Lo informé de las gestiones y desenvolví la torta; el viejo estaba contento, sacó un cuchillo grande y cortaba porciones muy grandes; cortó la mitad y la otra mitad la guardó en el armario. Se puso a comer muy ligero y yo no tenía nada de ganas de

comer y no podía evitar pensar: «Sí, sí, está enfermo del corazón pero el pastel se lo come». Repetía yo así una reflexión que siempre me había parecido indignante y que hacía mi madre cuando era chico, cuando me sentía enfermo y no podía afrontar una cosa determinada:

—Sí, para eso estás enfermo, pero…

Entonces ni siquiera el pastel me bastó; ni un diario me hubiera bastado, y tuve la necesidad imperiosa de dejar de mirar al viejo que comía su pastel. Me quedé sentado unos cinco minutos, sin mirar a ninguna parte, y de repente me levanté y me fui. Cuando salí a la calle y metí sin querer la mano en el bolsillo, noté que me había olvidado de darle el papel de la viuda de Laguna.

Ahora todas las noches le iba a informar de los trámites que hacía durante el día en el ministerio; le repetía las cosas varias veces, porque con frecuencia no entendía; cuando entendía solía enojarse; quería que todo marchara rápido y no se daba cuenta de los inconvenientes que hay en todo trámite. Mientras yo estaba, todas las noches se daba un baño de pies con mostaza y había empezado a tutearme; es decir, me había tuteado dos o tres veces, en que se dirigió a mí, aunque nunca me llamó por mi nombre; es más, creo que nunca me lo preguntó. Una noche, en la que yo había tardado más que de costumbre, me esperó sentado afuera; sus ojos celestes me miraron bien fijo, cosa que rara vez pasaba. Estaba evidentemente enojado; más que enojado, indignado. Me dijo:

—¿Por qué tan tarde? Me vas a hacer morir de un ataque al corazón.

Lo miré consternado y me senté a pensar. Indudablemente precisaba pensar y me dije: «Esto puedo tomarlo de dos maneras: o asumo la posibilidad de mi culpa ante su ataque al corazón y eso significa una gran responsabilidad (aunque no me sentía nada culpable) o lo tomo irónicamente». Digo: «Sí, sí, vos decís que te vas a morir del corazón pero…». «Queda el término medio», me dije casi sin aliento y noté que me saltaban las lágrimas sin que yo lo quisiera. «Queda el término medio. Puedo pensar que estás ofuscado, que dentro de dos días se te va a pasar; que te puede dar, sí, una ligera molestia al corazón pero no un ataque». Sin embargo, la simple palabra ataque me llenaba de terror. No le dije nada.

Aparté la cara para que no me viera llorar y me fui al fondo. No podía quedarme más tiempo adentro.

No me fui de su casa; obstinado, me quedé en un rincón y me decía: «Me voy a poner a espiar. Me voy a poner a acechar». Qué cosa iba a acechar no sé; pero ahí sentado en un rincón, descubrí que el viejo era amigo de unos vecinos que estaban en el fondo, detrás del gallinero, y por eso yo no los había visto. Era amigo de uno de esos hombres que vivían en una casa de madera; con él se pasaban el diario y cuando hacía buen tiempo se iba al almacén de la esquina y se quedaban charlando en la puerta. No recuerdo qué comí en todo ese tiempo; recuerdo sólo eso que conté y que una vez que el viejo parecía sorprendido al ver que yo estaba sentado y muy quieto, me dijo una cosa rarísima, completamente desusada en él:

—¿No vas a tomar un poco de aire?

Yo no le contesté. Y seguí sin moverme de allí por tres o cuatro días más. Pensaba casi todo el tiempo en eso de los vecinos. Una tarde que el viejo se estaba dando un baño de pies y yo estaba sentado silencioso enfrente, le dije:

—Bueno, me voy.

—Bueno —dijo el viejo—, volvé pronto.

Y así fue. Voy a visitarlo siempre, casi todos los días; a veces le llevo alguna cosa. El otro día, me enteré de que le dijo al vecino, ése con el que charla en la puerta del almacén:

—Mi hijo me viene a visitar muy a menudo. Hay que ver lo instruido que es.

El ser humano está radicalmente solo

En la casa de Franco todos estaban concentrados en alguna tarea, menos él; daba vueltas, ofrecía ayuda, pero era rechazada. Si había que sostener una tabla se aburría y la dejaba medio ladeada. Entonces le decían:

—¡Andá a jugar afuera!

Y él iba. Salía medio desorientado, pensando en quién habría para jugar. Los que jugaban también parecían concentrados en algo: en poner un bote en el agua, en hacer correr un trencito. Él no sabía bien cómo se hacía para cortar esa concentración. Entonces volvía a su casa, y si los padres habían terminado la tarea y estaban tranquilos, le decían:

—¡Qué chico más lindo!

Era realmente un chico muy lindo. El padre y la madre eran feos, con un poquito de joroba; él era alto, de lindo cuerpo, pelo y piernas.

En la escuela gozó de un prestigio corto porque aprendió antes que nadie la palabra «guión». Los demás le decían:

—¿Qué es «guión»?

Y Franco, con una voz un poco más gruesa que sus compañeros, decía:

—Guión es una raya corta que se pone cuando habla alguien, o cuando se separa algo.

Lo miraron entre desconfiados y fascinados. Estaban muy contentos con el descubrimiento del guión. Entonces le dijo a la maestra:

—¿Trazo raya o guión?

La maestra estaba concentrada en unos papeles. Entonces le dijo, irritada:

—¡Poné lo que quieras!

Se fue muy mortificado a su banco y pensó que era una injusticia. Mejor dicho, descubrió lo que era una injusticia; a él se le mezclaba con

humillación, orgullo herido y vergüenza. Sentía la injusticia como algo físico; pero no para cambiar ni corregir nada. Eso sí; había que decirlo. Cuando había algo que no andaba bien, Franco decía:

—Eso es una injusticia.

Nadie lo escuchaba. No les importaba ni distinguir los guiones ni las injusticias.

Cuando llegó a los dieciocho años se puso realmente hermoso. Era tan lindo que la gente lo miraba por la calle; entonces empezó a buscar qué ropa le quedaba mejor y optó por vestir habitualmente de negro, color que lo hacía parecer un muchacho muy interesante.

Ese año caminó por la calle prácticamente durante todo el día; sí, lo miraban todos. Buscaba la mirada de la gente para ver si lo miraban a él. Saber que era mirado le daba un aire altivo, de triunfo, que le sentaba muy bien. Había leído una poesía que empezaba así:

Hormigueros humanos, que pasan…

Y mientras hacía su recorrida de la tarde, pensaba en eso de los hormigueros humanos, mientras miraba atentamente a cada hormiga. Al atardecer ya se cansaba y se aburría un poco. A veces tropezaba con alguien, como una vez le pasó con una señora vieja, que lo golpeó con fuerza.

Él, con su mejor tono cordial, le dijo:

—Disculpe, señora.

Pero ella protestó:

—¿Usted no mira donde camina? ¡Hay que ver la gente de ahora qué desconsiderada es, groseros, no miran!

Y se fue gritando y farfullando. Ahora a él ese tipo de cosa le producía un desencanto y un desconcierto que podían llegar a arruinarle el paseo. Eso era una injusticia. Su cara cambiaba; por una hora, más o menos, nadie lo miraba; sus ojos se volvían desconcertados, su expresión se hacía humilde y aunque tratara de poner una cara más allá del bien y del mal, que era la que más le sentaba, la cara no salía. Porque estaba preocupado por pensamientos muy pedestres pero acuciantes. ¿Cómo fue que

chocaron? A ver, él iba cerca de la pared, como siempre, y de pronto la señora, que tal vez tenía la cartera mal colocada… Pero no había caso, no avanzaba. Entonces entraba a un café, se refrescaba la cara y se miraba en el espejo.

El espejo le decía: «Sí, sos lindo». Y después seguía caminando otro poco. Una vez que había entrado a refrescarse encontró un café distinto. Unos estudiaban, otros debatían acaloradamente algo, un viejo tomaba una copita tranquilo. Ahí cada uno hacía lo suyo y sin embargo parecía que estuvieran conectados por algo. Qué pasaba; no sabía y se sentó para averiguarlo y porque le gustaba el lugar. Uno se sentía cómodo allí. Enfrente había un muchacho rubio, más o menos de su edad, todo vestido de marrón. Estaba estudiando algo que parecía muy apasionante. Le preguntó la hora a Franco y éste respondió:

—No sé la hora. No me preocupo por la hora.

El otro sonrió y le preguntó:

—¿Vos qué hacés?

Franco dijo:

—Pienso, leo, vago.

Hablando brevemente su voz era sugestiva; era una voz rica, un poco engolada pero de todos modos interesante.

—¿Qué estás leyendo? —dijo el rubio.

Franco le contó que estaba leyendo el libro de poesía sobre el hormiguero. El rubio se puso de acuerdo con Franco: la incomprensión del hormiguero, su falta de lucidez, de sentido de la libertad y de pasión era impresionante. Cada uno fue aportando datos sobre la incomprensión del hormiguero y coincidían en todo.

La incomprensión es un tema apasionante, pero después que uno se pone totalmente de acuerdo respecto de todo tipo de incomprensiones, se produce un silencio, como un descanso embarazoso desde donde no se puede iniciar una nueva conversación. No se puede arrancar para ningún lado. Finalmente el rubio dijo:

—¿Querés estudiar conmigo? Estoy leyendo «Esencia y existencia».

—Sí —dijo Franco.

No sabía si quería estudiar. Por ahí era algo lindo.

Empezó a leer «Esencia y existencia» con el rubio, todas las tardes, unas dos horas. Franco llegaba siempre primero, después de haber caminado un poco; antes de que su nuevo amigo llegara, pensaba: «¿Quién entrará ahora por la puerta?». A lo mejor una reina y un rey. La reina y el rey se acercarían a la mesa donde él estaba sentado; el rey diría:

—Hijo, cuida de la reina mientras yo me ausento.

Él cuidaría de la reina, después vendría el rey.

Él iría donde ellos lo llevaran. Cada vez que se sentaba en el café, su alegría mayor era pensar que venía alguien hermoso, poderoso, encantador; se dirigía a él, le regalaba hermosas ropas y un lugar alfombrado para vivir. Cuando llegaba el rubio, se ponía a leer «Esencia y existencia» y él escuchaba. El rubio comprendía algo y decía «claro, claro» como para sí mismo. Franco cuando no entendía no decía nada y así se le fueron acumulando zonas de neblina en sus conocimientos filosóficos, que lo llevaron a una indiferencia total. Pero no le podía decir al rubio, que estaba tan entusiasmado porque había descubierto toda la cadena entre la esencia y la existencia, que él se había perdido. Y entonces, mientras estudiaba, tenía ganas de ir un poco a la calle para ver si la gente lo miraba.

El rubio finalmente notó que estaba distraído y le dijo:

—Franco, no puedo estudiar con vos. Te dispersás.

A Franco, que lo liberara de esa obligación le causó un profundo alivio. El filósofo, vacilante, añadió:

—Podríamos encontrarnos para charlar…

—Claro —dijo Franco.

Ahora ya saludaba a gente de las mesas vecinas; al lado había un director de teatro. La obra era sobre la incomunicación; cada personaje decía lo suyo y eso no tenía nada que ver con lo que decía el vecino. Era sobre la incomunicación y el deterioro; todos los muebles era ruinosos, pero conservaban restos de grandeza pasada; había alimentos petrificados y una gran tela de araña que simbolizaba el atrapamiento general que producía incomunicación y deterioro. Cuando una mujer, uno de los personajes, decía «Vino Charles», ya todo el público se daba cuenta de que Charles no era una persona que venía de visita; era un fantasma, o en todo

caso, una visita tan privada que sólo ella la veía. Ahora ese director tenía un problema, estaba por estrenar la obra y todos los actores estaban peleados entre sí; uno, que hacía un pequeño papel, se había ido enojado y juró que nunca más los vería. Ese director se había desengañado de los actores; pensaba que eran personas retorcidas, con problemas; a él últimamente no le importaba tanto el talento; lo que quería era dirigir a buenas personas, personas que dicen que vienen a las 17 horas y cumplen, que no caen una hora después, personas que saben convivir con los demás, que tienen sentido de justicia. Estaba desesperado pensando en cómo reemplazaba al que se había ido, cuando lo vio a Franco; hermosa cara, hermoso cuerpo, aspecto apacible. Entonces lo llamó:

—Franco.

—Sí —dijo éste comedidamente.

—Me falta un actor. Te quisiera probar para un pequeño papel. ¿Te animás?

Franco estaba contentísimo, dijo que sí, creía que sí.

—A ver —dijo el director—. Decí: «Estas tardecitas de otoño me hacen soñar».

Franco dijo, un poco precipitadamente eso.

—Bueno —dijo el director—. No está mal. Hay que tener en cuenta la nerviosidad, porque sos nuevo. Además la voz es buena. Y un poco de nerviosidad, en un actor nuevo, es natural, es natural. Hasta diría de buen pronóstico.

Así fue como Franco, día tras día, después de su caminata, iba a ensayar. Debía esperar una hora para decir «Estas tardecitas de otoño me hacen soñar». Y paradójicamente, aunque decía sólo eso, todo el tiempo estaba pensando en el momento en que entrara y dijera eso. Él mismo, a través de las recomendaciones del director había aprendido a controlarse, a decirlo de cierta manera; sin embargo él sentía cierta curiosidad por saber cómo lo diría, como si se estuviera espiando a sí mismo; pensaba en qué tono, velocidad, etc. diría «Estas tardecitas de otoño me hacen soñar». Ya se había corrido la voz por todo el café: Franco es actor. Ahora no pensaba más en el rey y la reina, desde que era actor se había vuelto más dinámico,

visitaba distintas mesas; se sentía con alas en los pies; casi se diría que no tenía miedo de interrumpir a nadie.

Un día, un muchacho del café le preguntó:

—Franco, ¿vos sos actor?

—Sí —dijo Franco con cierta dignidad.

—¿Y por qué no nos invitás para que veamos la obra?

No sabía por qué, pero no quería invitarlo a él a ver la obra.

—Ya baja —decía Franco.

—Precisamente, por eso, porque baja —dijo el muchacho.

—Bueno, no sé si habrá entradas disponibles…

—Pero queremos ir —dijo el muchacho, haciéndose vocero del grupo.

No los invitó pero ellos aparecieron. Cuando los vio, se puso más nervioso que de costumbre; en vez de pasar meditativo por el escenario, pasó rápido diciendo «Estas tardecitas de otoño me hacen soñar» y como su voz era monocorde y gruesa, salió mal.

Al día siguiente, se sentó en la mesa de ese muchacho que lo ponía nervioso. Se llama Guillermo. Esperaba algún comentario, bueno o adverso, y entró con la idea de encontrar la mesa y las caras cambiadas, como si las caras, la mesa y los pocillos tuvieran que cambiar, dado que él había actuado y lo habían visto; pero no.

Guillermo, con cara neutra, con la misma expresión de siempre, le dijo:

—Che, Franco, esas tardecitas de otoño me invitan a soñar.

Franco no sabía cómo tomar eso y sonrió, desorientado. Guillermo tomaba vino y él últimamente tomaba un poco, aunque lo evitaba porque le afectaba la voz. Pero esa vez tomó dos vasos y se animó a preguntarle qué le parecía la obra. Guillermo, en tono de burla, imitando la voz gruesa de Franco, dijo: «Estas tardecitas de otoño me hacen soñar».

Franco percibió lo dicho como una injusticia cometida contra él pero de modo nuevo; a la percepción de la maldad, a la vergüenza, a la violenta sensación corporal de incomodidad se unía algo nuevo: una gran amargura y desazón. Y usando su vergüenza, su amargura y su desazón, él que nunca golpeaba a nadie, agarró una silla y se la partió por la cabeza. En el café se comentó mucho esa pelea. Alguien dijo: «No hay nada peor que la

violencia de alguien que es novato. Cuando un inexperto pega, pega con todo y es capaz de todo». Esta frase fue suscripta por todos, como por arte de magia, menos por el señor viejo que tomaba su vino solo, porque no se había enterado de nada. Esa pelea le dio una fama confusa; por una parte, se reían del arranque; por otra, tenían cierto temor.

Cuando Franco salió del café se sintió bien. Tan bien que por un rato no miró a nadie en la calle, como solía hacer. Se sentía a la vez muy denso, muy cargado y muy tranquilo. Empezó a pensar: «No, no vuelvo más a ese lugar. No piso más». La obra había bajado y se dijo: «Debo trabajar». Después de rumiar lo del trabajo, miró alrededor, vio a una mujer de unos treinta años. Ella le devolvió una mirada que no era de admiración total. Esa mirada parecía decir: «Sí, es posible».

Entonces reafirmó su propósito de trabajar. Entró en una oficina. Una muchacha le explicó el trabajo y lo ayudaba en ese primer tiempo; a veces ella lo veía con esa cara entre desolada y consternada, más allá del bien y del mal y le decía cariñosamente:

—¿Qué te pasa?

—Nada. Pienso.

—¿En qué pensás?

—En nada, en nada. Mejor lo dejamos ahí.

Ella empezó a tener curiosidad por lo que él pensara. ¿Qué pensará? Y les contaba a las amigas que en la oficina había un hombre de expresión misteriosa, con cara de tener pensamientos complejos y elevados.

También sospechó que tuviera un gran dolor, o tal vez un secreto que debiera llevar a cuestas y le pesaba. Se empezó a preocupar por él, a cuidarlo. Él se acostumbró a esos cuidados. De vez en cuanto decía «¡Ah!» con aire desencantado. Ese misterio la torturaba a ella; se hicieron más íntimos y él pensó que tal vez podría vivir o casarse con ella. Pero cuando ella empezaba a hablar de la casa en que vivirían, de los muebles que pondrían, a él le daba una especie de extrañamiento. Pensaba «¿Casa?», «¿Muebles?», como si fuera todo irreal, imposible. Él pensaba: «¿No será propio de mediocres tener casa y muebles?». Además tendrían una casa chiquita, seguramente.

Ahora no decía más «el hormiguero»; decía «personas mediocres». Pero él no podía decirle que no tenía ganas de casarse, porque no podía interrumpir esa concentración de ella en los muebles, en las cacerolas. A ella le pasaba algo extraño; por la tarde, cuando le veía esa cara indiferente se descorazonaba; pero a la mañana siguiente, se olvidaba de la expresión de él y entraba en el ritmo de las compras y elecciones, que era muy agradable. Finalmente, cuando ya no pudo ignorar más que él estaba ajeno a todo ese proyecto, le dijo:

—¿Pero qué te pasa?

Y Franco contestó:

—El ser humano está radicalmente solo.

Ella, pensando en todas las cacerolas que había comprado, le dijo:

—Sos una mierda.

Y él se fue, para no entrar en discusiones mediocres.

«El hombre está radicalmente solo», se repetía Franco. Este pensamiento, aparentemente tan desconsolador, lo consolaba y estimulaba: «Ah, la soledad entre las muchedumbres, entre los que no comprenden». Y ya que estaba radicalmente solo. ¿Por qué no podía ir un poco al café? ¿A quién encontraría? ¿Volverían a estar después de un año?

Con todos esos reproches mutuos y ruptura, hacía dos días que no se bañaba. Cuando se bañó, pensó: «¡Cómo refresca un baño!». Ya estaba en la calle y seguía admirado: «Pensar cómo cambia uno después de un baño». No, ese pensamiento no lo favorecía; nadie le echaba la más mínima mirada. Trató de concentrarse. A ver, «El hombre está radicalmente solo». «El hombre no era sólo el hombre, también su circunstancia». «El hombre y su coyuntura». «El hombre y su hábitat».

El «hábitat» del café estaba exactamente igual, sólo que el viejo que bebía su copa no estaba más.

Lo vio entrar Guillermo, el que lo había peleado.

—¡Franco! —gritó—, ¿qué hacés? ¿Dónde te habías escondido?

—No me había escondido —dijo medio irritado Franco, y añadió—: Estoy en lo de siempre.

—¡Ah!… —dijo Guillermo—. Bueno, ya me iba, pero espero verte.

—Cómo no, cómo no —decía Franco.

—Te presento a un amigo, Gustavo.

Gustavo se vestía todo de gris, era gordo y sobre el gris, como para tener una nota de color, llevaba una bufanda escocesa chiquita.

—Bueno, me voy, che —dijo Guillermo a Gustavo—. La seguimos otro día.

Franco dijo:

—¿Interrumpo una conversación?

—No, no —dijo Gustavo.

Haciendo referencia a algo anterior, Gustavo dijo al muchacho bajito:

—Para mí eso es alienación simple.

—Para mí es una alienación de segundo grado —dijo el muchacho bajito del portafolio. Este muchacho no tomaba nada y mantenía sus manos apoyadas en el portafolio. «Qué interesante lo que dicen», pensó Franco. «Es realmente interesante». ¿Pero quién más está en el café? Allá está Rolando, con sus aires de gran señor. Está más viejo, pero igual con aires de gran señor.

Cuando se disponía a saludarlo, vino una muchacha que se paró al lado del de portafolio. Él la presentó:

—Mi compañera.

La compañera le echó a Franco una mirada implacable. Franco aprovechó y fue a la mesa de Rolando. Rolando, cortésmente, como si en la vida no hubiera pasado, presente y futuro, o más bien como si se encontraran en otra vida que no era ésta, o como si lo hubiera visto hace dos días, le preguntó:

—¿Cómo estás, Franco, qué es de tu vida?

—Bien, bien —dijo Franco medio desconcertado, sin saber a qué se debía su desconcierto. Pero Rolando le produjo la admiración de siempre. Esa falta de énfasis, ese tino, ni una palabra de más…

—¿Y tus cosas? —preguntó Franco.

No recordaba bien a qué se dedicaba.

—Ahí andan, che —dijo Rolando con una displicencia encantadora—. ¿Vos en un tiempo hacías teatro o me confundo?

—Hice un tiempo —dijo Franco con reticencia.

—Una obra que se llamaba, ¿no era «Sólo algunas concomitancias»?

—No, era «Sólo algunas resonancias».

—Ah, ya. «Sólo algunas resonancias».

A dos mesas de distancia se sentó una mujer de unos treinta y cinco años, altiva y aparentemente muy segura de sí misma. Franco la miró y miró su tapado; no se sabía qué era más estupendo: si ella o su tapado. Franco empezó a pensar: «Ella me llevaría a su casa, yo también tendría un sobretodo hermoso. Tomaríamos té en un jardín». La miró, pero ella no se daba por aludida. Rolando le dijo:

—¿Te interesa conocerla?

¡Rolando la conocía! Y claro, cómo no la iba a conocer Rolando. Eran un rey y una reina. Rolando, moviendo las manos en dirección a ella como en un saludo picarón, la llamó.

—¡Mónica!

Mónica se levantó, agradablemente sobresaltada, se acercó y le dijo a Rolando:

—¡Qué hacés, mi amor!

Rolando dijo:

—Cómo andás, tesoro.

Decían tesoro y mi amor como si fueran nombres propios, por ejemplo Florencio y Susana. Ella a Franco lo miró de reojo. Rolando con ese buen tono, con ese tino para preguntar sobre los asuntos ajenos, le dijo:

—¿Cómo van tus cosas?

—Ahí andan —dijo ella.

Era como si las cosas caminaran solas, con rumbo resbaladizo.

—Bueno, querido —dijo ella—. Me voy porque estoy apuradísima.

Dijo querido como si hubiera dicho Antonio.

—Hacé tus cosas, hacé tus cosas —dijo Rolando.

Qué hombre prudente y respetuoso de los asuntos de los demás.

—¿De qué se ocupa ella? —dijo Franco.

—Creo que es algo que tiene que ver con la venta. Si me decís qué, no recuerdo.

Franco echó una mirada a la mesa donde estaba sentado antes. El muchacho del portafolio seguía con las manos puestas en él. Gustavo hablaba constantemente. La compañera no hablaba pero participaba con

los ojos y escuchaba con el cuerpo inclinado hacia adelante. Tuvo ganas de volver allá otro rato; claro que, tenía miedo de interrumpir; pero ¡parecían tan animados!

A Rolando no había que explicarle nada porque él comprendía todo: hoy estamos en una mesa, mañana en otra; hoy estamos, mañana no estamos y suma y sigue. Pero Rolando advirtió que Franco se iba a ir a otro lado y cuando Franco se estaba por despedir, momentáneamente se distrajo, como si se hubiera ensimismado en sus cosas. Franco dijo:

—Hasta otro día, Rolando.

Rolando, aparentemente sobresaltado, le dijo con cierto calor, claro que sin perder su tino habitual:

—Hasta siempre, hasta siempre.

Y volvió a la mesa de Gustavo. La reina no le había echado ni una mirada. Ahora Franco no sabía si ella estaba o no en el café; otra gente tapaba la mesa donde estaba sentada. Qué divertido no saber si estaba o no estaba; bah, le faltaba un diente. A ella le faltaba un diente. La mesa de Gustavo era como un cine continuado; uno podía entrar en cualquier momento y siempre estaba encendido el fuego sagrado de la conversación.

El tema era la alienación, con todas sus implicancias. La alienación era como uno de esos bichos marinos que tienen tentáculos; todos relacionados entre sí, puesto que era un organismo viviente; por ejemplo uno tocaba el tentáculo de la sociedad de consumo y, momentáneamente, si uno conseguía expresarse con lucidez y elocuencia respecto de eso, el tentáculo se retraía, una momentánea sensación de triunfo acometía a los presentes, por haber agarrado el toro por las astas en el caso de la sociedad de consumo. Se producía un silencio y emergía otro tentáculo del monstruo: los medios masivos de comunicación y su perniciosa influencia en la educación de los niños.

Sí, Gustavo, el petisito del portafolio y su compañera tenían razón. Cuando todos juntos pisaran y vencieran al monstruo de mil cabezas, el ser humano se liberaría de toda una serie de imposiciones absurdas, todos juntos inaugurarían una vida más humana, más natural. ¿Para qué tomar Coca-Cola y naranja Crush si el agua es mejor y más natural? ¿Qué necesidad hay de usar polvo jabonoso si hasta inclusive uno puede fabricar

jabón en su casa? Entonces, ¿la gente no podría tener nada en la casa? Puede tener libros, discos, conciertos grabados. El muchacho del portafolio tenía un amigo que había recorrido la Puna. Se le ocurrió quedarse en un pequeño pueblo de pastores de cabras, analfabetos. En medio del silencio impresionante de ese desierto, charlando con un viejo lugareño, sacó su grabador portátil y puso la sinfonía N.º 2 de Beethoven. El viejo quedó embelesado porque era puro; sus oídos eran puros. El desierto que corría era puro y el río que corría por él también; nosotros, si no tomamos medidas urgentes, moriremos ahogados por la basura. ¿Cuál es la sinfonía N.º 2 de Beethoven? ¿La que empieza así, taratatá? No, animal, ésa es la N.º 4.

Entusiasmado con la conversación, Franco quiso intervenir y dijo:

—En la revista *Gente* leí que…

La compañera lo miró con profundo desprecio.

—¿Y vos leés la revista *Gente*?

—En la peluquería —dijo tímidamente Franco—, por supuesto que no la voy a comprar. ¿Vos creíste que yo la compré? Pero, por favor…

—Ni en el baño —dijo la compañera.

La revista *Gente* era para los frívolos; por lo tanto, él era una persona frívola. La compañera lo miraba cada vez peor; jamás escuchaba lo que él decía, él terminó por no decir nada. Como nunca decía nada, ni se daban cuenta de que existía, un día estaba cansado y dijo:

—Bueno, me voy a ir…

Y nadie le preguntó si tenía algo por hacer, ni por qué se iba. Salió y se dijo: «No debería volver, quizá». No decía ya «No vuelvo más» porque sabía que a veces decía eso y después volvía. Mientras pensaba eso, le agarró una especie de congoja, ganas de llorar pero no desesperadamente; era como un agua que le venía a los ojos. No sentía nada intenso, era como una pequeña llovizna que aparecía sin su consentimiento, persistente y agazapada. Si él se distraía y pensaba en otra cosa, de repente esa llovizna volvía. Era tan persistente que llegó a causarle fastidio a él mismo. Se miró en el espejo para ver cómo era ese que lloraba; la cara estaba mustia, tenía canas que ni siquiera eran definitivas o rotundas; la cara estaba apagada.

—Bueno —dijo Franco—. El pelo ya no es copetón. Entonces tampoco puedo usar zapatos copetones. Si el pelo es chato, debo usar zapatos chatos.

Compró zapatos sobrios, de caballero. Además, esos pulóveres de cuello alto quedan bien cuando uno tiene buen color; cuando uno está pálido, un poco marchito, digamos, ese cuello alto lo absorbe a uno, parece que uno quisiera esconder la cara con el cuello. ¿Qué tal un cuellito blanco, sobrio, liso, que apenas se vea, con un pulóver de color discreto, no gris, para no parecer un sacerdote? Sí, eso está bien. La verdad es que eso le quedaba muy bien. No se iba a quedar en su casa tan bien vestido. Hacía tiempo que no iba al café. ¿Estaría Guillermo? A Guillermo no lo vio nunca más nadie. ¿Rolando? Rolando ahora paraba en otro café; iba con otra gente. Se sentó y se acordó de cómo Rolando llamaba al mozo: «Moozo», decía, acentuando la primera sílaba y haciendo un esbozo de canto al final, sin humildad ni altanería. El mozo acudió corriendo, él era un caballero. Como caballero que era, se podía hacer lustrar los zapatos y mientras el hombre lustraba, puso su cara de más allá del bien y del mal. Pero pensaba «Guillermo no está, Rolando no está y no hay nadie conocido. Si tan siquiera pasara Corrales…». Antes Corrales pasaba siempre, ida y vuelta, ida y vuelta, asomando la cabeza por la puerta. Algunas veces alguien lo dejaba sentar en su mesa. Se lo consideraba una persona mediocre… sin embargo sabía mucho de numismática, quién sabe…

Corrales tampoco pasaba, se ve que tenía algo mejor que hacer que ir ahí. ¿Sería posible que no hubiera ningún conocido en las mesas, en la calle ni siquiera de vista? Era como si el mundo tuviera otra órbita, otro eje, otros designios. Pidió un *whisky*, al empezar a tomarlo se dio cuenta de que sus pensamientos y toda la órbita iban a estar exactamente igual una vez que lo hubiera tomado. Lo mismo daba que hubiera pedido un canguro asado. De repente, alguien lo sacó de esa sensación; vio un conocido, conocido de mucho tiempo atrás. Era el vendedor de Biblias; nadie supo nunca cómo se llamaba, nadie le preguntaba tampoco. Ya hace años era un hombre viejo, pero ahora no estaba mucho más viejo. Iba

vestido igual en invierno y en verano; en invierno no llevaba medias. Seguía entusiasta, sin ponerse medias, recorriendo las mesas. En una de cada diez mesas que recorría alguien mantenía una breve conversación con él; él no se inmutaba; le daba lo mismo que lo aceptaran o que lo rechazaran, porque él cumplía una misión, propagar la palabra de Dios. No bien Franco lo miró se acercó a grandes pasos, y Franco, que siempre lo había considerado un mediocre, le dijo:

—Siéntese. ¿Quiere un café, algo?

—Gracias —dijo el vendedor de Biblias.

Nunca tomaba nada. Sacó la Biblia, la abrió en el libro de las profecías y empezó a leer todas las calamidades que vaticinaba el profeta Ezequiel porque había muchos réprobos. Era imposible interrumpir al vendedor de Biblias; ni Franco ni una persona mucho más avezada lo podría haber hecho. ¿Por qué lo habría de echar de la mesa? Pidió otro *whisky* y se sintió confortado; estaba vivo, podía gastar un poquito, había una linda temperatura. Se había desconectado totalmente de lo que decía el vendedor de Biblias; de vez en cuando oía algo así como «pero Jonás, entonces» o si no: «Nunca debes decir». En un momento el vendedor levantó el dedo y dijo: «La senda es estrecha». Franco lo miraba como si lo escuchara; de vez en cuando le llegaba alguna cosa suelta; no importaba. Una nueva y alegre sensación lo invadió. Estaba vivo y tenía una especie de esperanza; no sabía de qué, pero no importaba.

El budín esponjoso

Yo quería hacer un budín esponjoso. No quería hacer galletitas porque les falta la tercera dimensión. Uno come galletitas y parece que les faltara alguna cosa; por eso se comen sin parar. Las galletitas parecen hechas con pan rallado o reconstituido. Los únicos que saben comer galletitas como corresponde son los perros: las cazan en el aire, las destrozan con un ruido fuerte y ya las tragaron en un suspiro, levantando un poco la cabeza.

Tampoco quería hacer un flan, porque el flan es un protoalimento y se parece a las aguas vivas. Ni un bizcochuelo borracho, que es una torta ladina. Es una masa a la que se le pone vino; uno va confiado, esperando sabor a torta y resulta que tiene otro; un gusto fuerte y rancio.

El bizcochuelo esponjoso que yo quería hacer era como una torta que comí una vez, que venía hermosamente envasada en una cajita: se llamaba torta Paradiso. En la caja había una figura de una mujer, con un vestido largo: no recuerdo bien si era una mujer y un hombre o una mujer solamente; pero si era una mujer solamente, estaba esperando a un hombre.

La torta Paradiso era tan esponjosa como nunca volví a comer nada igual; no es que se deshiciera en la boca; apenas se masticaba suavemente y uno sentía que todos los procesos de masticación, deglución, etc., eran perfectos. Además no era como las galletitas, que son para comer cuando uno está aburrido; era para pensar en la torta Paradiso alguna tarde y comerla, alguna tarde de lindos pensamientos. Cuando vi la receta «Budín esponjoso», dije: con esto, voy a hacer una cosa semejante. Le pedí a mi mamá que me dejara usar la cocina económica para hacerla.

—Ni en sueños —me dijo.

La cocina económica nunca se encendía; era un artefacto negro y grande que tenía una tapa también negra. Nunca supe cómo era por dentro ni cómo funcionaba. No se usaba porque parece que era fastidiosa. Estaba todos los días en la cocina como un fastidio desconocido. Era como el horno para hacer pan; en el fondo había un horno para hacer pan pero yo no vi nunca hacer pan allí ni asar nada. Éste era considerado otro fastidio, pero al aire libre. Pero para mí eran diferentes; de la existencia de la cocina económica yo rara vez me acordaba porque era como un mueble. Del horno sí, porque cada vez que me iba a jugar, iba a saltar desde la base del horno (previa mirada adentro, a lo oscuro, ya que estaba lleno de ceniza vieja, de mucho tiempo atrás) hasta el suelo. Parecía un palomar el horno y si alguna vez habían hecho pan ahí, nadie recordaba y parecía que no quisieran recordar, como si ese horno trajera malos o despreciativos recuerdos. En la cocina económica no era posible que yo hiciera mi budín esponjoso, en la cocina común, tampoco. Entonces pregunté:

—¿Puedo hacerla en el galpón?

—Sí —me dijo mi mamá.

Podía hacerlo en el galpón con un calentador.

En la cocina no, porque los chicos enchastran la cocina. En el galpón mi mamá iba a prender un calentador (es peligroso, los chicos no deben manejarlo).

Hice el budín en una cacerolita que por su tamaño no era apta para hacer sopa ni nada. Yo no conocía esa cacerolita verde, sería de algún juego anterior cuando yo no había nacido.

Si el calentador era tan peligroso, como decían, yo no sé cómo mi mamá se arriesgaba a darle fuelle con ese inflador: a cada bombeada mi mamá se arriesgaba a ser quemada por un estallido; puede ser que la muerte no le importara.

Como ese budín tenía que dorarse arriba, sobre la cacerolita verde había unas brasas peligrosas. Para esta empresa yo quería que me ayudara mi amiga que vivía enfrente. Desde el día anterior le dije que tenía permiso para hacer el budín esponjoso y quedó en venir. Vino con cara de haber venido por no tener otra cosa mejor que hacer y participó en calidad de observadora reticente. Ella tampoco tenía miedo de la muerte por

estallido de calentador y cuando se bajaban las llamas, bombeaba dándose el lujo de dar una última bombeada fuerte, como diciendo «Lista esta merda». Pero yo advertí que no bombeaba como contribución al budín, sino por el ejercicio en sí, por hacer algo, porque ella estaba acostumbrada a manejar ese artefacto y le resultaba una cretinada que se apagara, por el hecho en sí.

Ya la cacerolita estaba al fuego con el budín esponjoso adentro; pero yo quería ver si ya estaba cocinado; mejor dicho, quería ver cómo se iba cocinando. Igual que un japonés que tenía un vivero y se levantaba de noche para ver cómo crecían las plantas.

Pero no podía levantar esa tapa que estaba llena de brasas; le pregunté a mi amiga y se encogió de hombros.

«Ah, ya sé», pensé. «Con un palo largo».

Agarré un palo largo de escoba y traté de pasarlo por la manija de la tapa; mi amiga me ayudaba, con reticencias. Cuando intentábamos abrirla, vino mi mamá y mi amiga puso cara y aspecto general (lo que además era cierto) de que no tenía nada que ver con esa idea luminosa del palo. Mi mamá supo enseguida que esa idea era mía.

—¡Qué manía! —dijo—. ¡De mirar las cosas crudas, antes de que se hagan! A eso le falta mucho.

Cuando ella se fue, pude levantar la tapa con un palo más fino y pude espiar apenas un momento el pastel. Tuve una idea vaga, pero todavía parecía un panqueque, no tenía la tercera dimensión.

—A lo mejor todavía sube —me dijo mi amiga y me propuso hacer otra cosa mientras. Pero yo no me iba a mover hasta ver qué pasaba.

Al rato lo abrí, ya definitivamente, porque no se podían sacar y poner las brasas a cada momento: el pastel se había puesto de color marrón subido, se había replegado en sí mismo en todas direcciones: a lo largo y a lo ancho. Quedó como una factura marrón, de ésas que llaman vigilantes.

Mi mamá dijo:

—Es lógico, yo ya suponía.

Yo pensé que para los grandes la confección de soretes era una cosa lógica e inevitable.

Pero yo no lo comí ni nadie lo comió. Usted tampoco hubiera podido comer eso.

Un posible marido viejo

Hace poco tiempo, se me ocurrió que me tenía que casar con un viejo. Fue por unos días no más. Yo me imaginaba un viejo redondo, sólido, de más de sesenta años, no un hombre medio viejo. El viejo tendría lo que se llama experiencia de la vida y yo haría lo que se me antojara. Él me querría, me protegería, me acompañaría cuando yo lo precisara y se iría enseguida cuando viera que importunaba.

Y en los momentos en que no supiera qué hacer, recurriría a la experiencia del viejo para que me distrajera, para que inventara en qué pasar el tiempo, etc. Es decir, en la experiencia de la vida nunca creí demasiado, más bien esperaba del viejo la falta de ansiedad y la eficacia. No se me ocurría ni por un momento que yo podría ser malísima con él y rencorosa, tan mala como para hacerlo enfermar o morir; o que el viejo fuera maniático y yo tuviera que decirle siempre qué hora era o si hacía buen o mal tiempo.

Ya casi me había olvidado de todo eso cuando una tarde, en un bar, nos encontrábamos un grupo de gente conocida. Ya hacía mucho tiempo que estábamos allí, medio cansados, sin decirnos nada, pero una vaga esperanza flotaba sobre la mesa. Apareció entonces un viejo de unos sesenta años. Aunque yo no lo conocía, era conocido de la gente de la mesa.

Empecé a alegrarme y a examinarlo. No era en realidad el viejo que yo imaginaba; éste era un viejo pintor, con corbata negra de moño y el pelo bastante largo y ondeado a lo poeta. Noté que el viejo se encontraba lúcido, lo cual era conveniente. Yo le dije:

—Siéntese.

El pintor se sentó a mi lado y con eficacia y falta de ansiedad me preguntó:

—¿Cómo te llamás?

—Catalina —dije yo, y era mentira.

Un hombre joven hubiera puesto reserva, ironía o timidez en la pregunta; él preguntaba como un viejo maestro que ha tenido muchísimos alumnos y que, con cansancio y renovado interés aprende el nombre de un alumno más. Su voz era agauchada y buscó en Catalina un antecedente mitológico o de santoral, no me acuerdo, porque me estaba divirtiendo con el equívoco del nombre.

Era curiosa esa mezcla de Martín Fierro e historias de Juana de Arco. Como yo me sonreía, suspendió sus disquisiciones y me preguntó:

—¿Pero en serio te llamás Catalina, che?

—Sí —dije yo. Y era mentira.

—Entonces ni que hablar: Catalina —dijo el viejo, y ya se aferraba a esa realidad y estaba dispuesto a utilizarla. Los de la mesa miraban, medio curiosos, medio fatigados. El viejo seguía hablando y yo me aburría un poco. Ya casi me contagiaba del cansancio de los demás, cuando él empezó a escribir cosas en un papel y me las mostraba; yo escribía otras y se las mostraba; eran pavadas sin ningún sentido y no pude adivinar si el viejo pretendía atribuirles alguno más allá de lo escrito.

Escribía con prolijidad y aclaraba las letras para que se entendieran bien.

Después de pasarnos tres o cuatro papeles con pavadas, la gente se tenía que ir y él me dijo:

—Vení, vamos a tomar un café a otro lado.

Fuimos a tomar un café cerca, nada parecido a ese café antiguo donde habíamos estado. Era una especie de bar americano con mesitas de colores y tacitas también de colores.

Se ve que él conocía a los mozos del lugar y los llamaba por el nombre. «Está bien», me dije, «eso corre por cuenta de la eficacia».

Pero me asombró que tomara café en su tacita de plástico colorado. «Y bueno», pensé, «debe ser normal». Si no la gente vieja no aprendería a decir «plastiloza» ni «nylon», que es como yo hubiera preferido.

Empezamos a hablar del mundo y de la vida. Yo hablé sobre todo de la Biblia. A mí me gusta hablar de la Biblia, sobre todo del Libro de Job, y no sabía si no le estaría echando margaritas a los chanchos, porque el viejo tenía una gran capacidad de adaptación a las circunstancias, y yo principios definidos. Cuando le decía que algo no era así, él decía:

—Yo no digo así, sino aproximadamente así, lo que es muy «distinto» —subrayando el «distinto» con prescindencia de mí y volviéndose rápidamente al mozo para que le trajera otro café en la plastiloza.

Descubrí entonces que hablar de la Biblia en ese momento era una muestra de mi capacidad de histrionismo. Yo quería ver a dónde iba a llegar y noté que mi voz se ponía tozuda e infantil, y el viejo sonreía. «Ahí está la falta de ansiedad», pensaba yo. Y entonces lo miré bien a los ojos, pero desvié enseguida la mirada.

Hablando de la Biblia, el viejo empezó a contarme la muerte de su padre, que, según yo imaginaba, debía haber sucedido como cuarenta años atrás, pero había sucedido hacía sólo dos años, y él me dijo:

—No te imaginás cómo me quebrantó, che.

Yo pensé: «El padre debía tener noventa y ocho años». Y me contó cómo le quería prolongar la vida a toda costa. Me contó que el padre se quería morir porque sufría mucho y él le prolongaba la vida con inyecciones, con consejos, etc. Y el padre le decía:

—Dejame morir, por favor.

Además el padre quería recibir los sacramentos antes de morir, y él entre los consejos que le daba para vivir, le decía a ese reviejo postrado que recibir los sacramentos era una cobardía en ese momento y una serie de cosas por el estilo. La conducta del pintor me pareció poco eficaz y llena de ansiedad, lo que me preocupó y me hizo cavilar.

Yo había pensado que el viejo estaba de vuelta de todo, como se sentaba conmigo y tomaba café. Pero yo no le dije nada de eso y ahora él quería invitarme a cenar. Me dijo:

—Vamos a cenar, Catalina.

—No tengo ganas de cenar —le dije.

Insistió varias veces y yo no quise. Cuando ya era tarde y los bares estaban desolados o cerrados, dije:

—Bueno, me voy.

—Te acompaño —dijo el viejo—. ¿Adónde vas?

—A mi casa —dije.

Pero antes pasamos por los bares, caminando silenciosos, y le dije:

—Voy a mirar por los bares a ver si está la gente.

—¿Qué gente? —preguntó el viejo, y noté por el tono que se consideraba excluido, pero la posibilidad de quedar excluido no lo anonadaba ni lo convertía en un trapo; era natural que quedara excluido porque era un conocido reciente. Yo caminando por la calle y buscando a la gente, que con seguridad a esa hora ya se habría ido, y el viejo, estábamos los dos, por distintas razones, tan desolados y ansiosos como los chicos.

Yo porque buscaba a la gente que no estaba —y miré bien en varios cafés vacíos—, él porque me acompañaba a mí, buscando a una gente que no conocía, con su corbata de moño y su pelo a lo poeta.

—No busques a la gente —dijo con su capacidad de rápida adaptación —. ¿No ves que la gente no está?

—No está —dije yo, y me puse triste y casi no dije más nada.

El viejo lo observó y me dijo:

—Estás triste, Catalina. Estás triste por algo —y en un tono que era más mundano y agauchado—: ¿Y Cupido? ¿Cómo te trata Cupido, che?

«Faltaba eso», pensé. «Lo único que faltaba era que el viejo me preguntara eso», pero me sorprendí contestándole sin ninguna ironía, con una sonrisa triste:

—Más o menos.

Entonces él con vacilación me dijo:

—Un día de estos podés venir a ver mis cuadros. Queda al tanto y tanto.

Me di cuenta que era un modo que pretendía ser eficaz para encubrir un fracaso, que tenía ganas y esperanzas de que fuera y que también sabía con un costado que yo no iba a ir, pero su índole le llevaba a pensar que a lo mejor quién sabe. Que yo fuera o no fuera no alteraba demasiado sus planes.

Pero alguna tarde, cuando pensara en lo bien que había hecho en no darle los sacramentos a su padre, se acordaría de alguien que se llamaba Catalina, muy vagamente, y después pintaría un cuadro, seguramente informalista y abstracto.

Yo sabía con seguridad que no iba a ir, por eso le dije:

—Sí, una tarde de estas voy a ir.

Nos dimos un apretón muy fuerte de manos. Yo no quería que él se fuera triste porque era muy tarde y hacía frío. No quería que se fuera a acostar con una bolsa de agua caliente.

Quería que siguiera caminando por las calles de Buenos Aires y que la gente al verlo dijera:

—Ése debe ser un gran pintor.

Y que él se reconociera en la mirada de la gente y que, al fin, entrara en alguna fiesta donde hubiera buen *jazz*, por ejemplo, y donde él llamara por los nombres a su gente amiga o enemiga.

Creo además que no quería que estuviera triste porque, egoístamente, quería reservarme toda la tristeza para mí. Lo dejé sin mirarlo y emprendí una búsqueda desesperada de la gente por todos los bares de Buenos Aires.

No la encontré.

Mi nuevo amor

Tengo un amor nuevo y con él aprendí muchas cosas. Por ejemplo, los límites. Tantos años de ir a lo del psicoanalista para escucharlo repetir siempre: «Pero usted se tira a la pileta sin agua». A mí esa frase me producía consternación, porque una pileta sin agua es de lo más triste que hay. O si no, me decía: «Hágase valer, usted tiene una imagen muy deteriorada de sí misma, usted es inteligente, es creativa». Eso a mí me daba como un destello de valor por un momento y después me sonaba a consuelo, como cuando alguien presenta a otra persona a un tipo o una tipa impresentables y para arreglarlo dicen: «es historiador» o «viajó a Tánger», y como yo creo que lo que siento es verdadero amor, no necesito ni ser linda ni ser creativa ni viajar a Tánger: él me quiere por lo que soy. Y no le importa si soy un poco vieja, porque es como que no registrara esas cosas: para mi asombro me quiere sin condiciones. Con él aprendí la expresión de la mirada, que vale por mil palabras: no me asusta si en sus ojos veo una pizca de odio; sé que no es hacia mí como yo suponía antes, o tal vez el análisis anterior haya hecho efecto *a posteriori*; de pronto uno puede tener una pizca de odio en los ojos por cosas que recuerda, motivos privados. Yo sé con él cuándo debo acercarme porque no es violento para el rechazo y así —y a eso siempre lo consideré una prueba de convivencia que alabaría el analista— podemos estar cada uno en su habitación, pensando en nuestras respectivas cosas sin necesidad de perturbar preguntando «¿qué estás haciendo?» para joderse las paciencias mutuamente. Con él me ha surgido una femineidad insospechada, porque ante su sencillez —es de hábitos regulares y desea cosas simples— he depuesto toda rivalidad o competencia. Compartimos esa cualidad neutra que posee el tiempo después de cierta edad, en que no hay días terribles ni

fiestas luminosas, porque los días se enlazan en el comer, dormir, trabajar y ver un poco de televisión.

Eso sí, él televisión no mira. A la noche, para separar un día de otro, nos frotamos la frente. Los únicos problemas vendrían a ser la dieta y una sola costumbre que no me gusta, porque es muy delicado en general: sólo come carne picada y se rasca las pulgas delante de la gente.

Él

Ese verano estaba por entrar a la facultad. El año anterior tenía los omóplatos sobresalientes como un ángel, obtenidos con una dieta de bife y tomate partido en dos (una vez me desmayé en la bañadera). Ahora tenía un ligero sobrepeso y controlaba todas las noches en una libretita la cantidad de calorías ingeridas: zanahoria, ochenta calorías; lechuga, cuarenta y cinco. Nabiza, leí en una revista, ochenta y cuatro. No quería ampliar mi dieta con nabizas, que debían ser una porquería como casi todo lo que llegaba a ochenta calorías. Mis pensamientos también habían cambiado: de indagar en unos libros que tenía si Jesucristo era hijo de Dios o un hombre cualquiera, pasé a un ensayo sobre verdades de fe y verdades de razón. El autor trataba de conciliarlas así: «Cuando se objeta el relato bíblico por la atribución de novecientos años a Noé, debemos tener en cuenta que se trata de la medición del tiempo para Dios… que es muy distinta de la nuestra». Me parecía que no había ninguna tabla de conversión posible del tiempo de Dios al nuestro y este hiato entre las verdades de la fe y las de la razón me producía el efecto de un remiendo. De todos modos, no estaba en ese momento dispuesta a seguir esas tesis hasta las últimas consecuencias; curioseaba. Pasado ese año en que sí me había preguntado de manera vital si Jesucristo era hijo de Dios o un hombre cualquiera, que coincidía con comer bife con tomate partido en dos, había vuelto a mi tesitura de los once años. A los once años, una amiga me había dicho: «El infierno está en esta vida». Yo había encontrado a esa afirmación muy interesante; nunca la había oído. Me parecía posible pero incomprobable; la afirmación tenía para mí menos sentido en sí misma que en relación a cómo se me aparecía mi amiga después de haber pensado eso: era como una persona misteriosa que quién

sabe por qué caminos extraños había llegado a decir «El infierno está en esta vida».

Pero a los diecisiete años bailaba sola y acompañada. Sola bailaba, con grandes movimientos y vueltas hasta quedar mareada: «Luna de miel de los monos». La luna de miel de los monos me parecía más fascinante que la de los humanos. También escuchaba a un cantante llamado Frankie Lane: yo sentía que la vida era una dulce perversidad y eso estaba solamente dispuesta a compartirlo con Frankie Lane: él cantaba para mí. Cuando escuchaba a Frankie Lane, que venía a ser todos los días, yo adquiría para mí misma un gran encanto: el de una muchacha desencantada de la vida. Ese desencanto era transitorio; si era sábado y había baile en el club o en una casa, yo me bañaba mucho más tarde; ponía mi vestido en una silla en el baño y no había que soportar la cena; comía cualquier cosa, de paso. En vez de cenar bailaba «Skokian»; era una música muy dinámica, era el aperitivo del baile y quedaba todo impregnado de Skokian, hasta el rengo que veía pasar por la calle todos los días a las ocho de la noche. ¿Por qué no? Ser rengo podía ser una cosa encantadora. En el baile me sacaba a bailar un obrerito precioso que me apoyaba. Me gustaba mucho bailar con él, pero en cuanto me iba lo olvidaba. Una vez bailé con Guillermo Echecopar, pelo como cepillo, hombros estrechos y cuerpo frágil; allí escuché por primera vez que la historia debía ser revisada. Su fragilidad me produjo desconcierto y ganas de pasarle la mano por el pelo cepillo, pero no podía conciliar el tema de la revisión de la historia con los susodichos sentimientos; andaban separados como las verdades de la fe y las de la razón. Bailé toda la noche con él y no lo vi más porque era de Mendoza.

Sí, iba a entrar en Filosofía; cuando me preguntaban por qué, decía: «Por descarte». Me volvían a preguntar: «¿Por Descartes?». «Oh, no, por descarte de las otras carreras», decía yo con aparente cansancio y con cierto sentimiento de superioridad respecto de esa humanidad tan reiterativa. Eso mismo le había dicho a un visitante, Ernesto, que pretendía la amistad de mi hermano; cada vez que él venía, mi hermano se hacía

negar. Como él no lo recibía, lo escuchaba yo. Era gordo y pesado; quería estudiar Filosofía aunque ya había empezado Medicina. Yo me copié de mi hermano y tampoco quería recibirlo, entonces lo escuchaba mi mamá; ella lo apreciaba mucho porque él había contado que en su casa enceraba los pisos. Parecía que se habría conformado si mi hermano o yo lo hubiéramos recibido, cualquiera de los dos y yo finalmente le daba un poco de charla porque mi mamá me había dicho: «¡Pero qué antipáticos y groseros! Un muchacho que vale oro…». Un día me dijo que había comprado todos los apuntes para el año entrante; me invitaba a estudiar a su casa, que quedaba en un pueblo cercano. Su casa era el doble de la mía, pero yo no alcanzaba a admirarla. Los padres no estaban y una tarde puso «Skokian» y acompañó el disco con unas onomatopeyas espantosas en inglés, unas onomatopeyas babosas y repugnantes; empecé en ese tiempo a elaborar la convicción de que se conoce mucho más íntimamente a las personas por las onomatopeyas o por el modo de estornudar que por las más variadas ideas que puedan sustentar. Cuando acabó el disco me dijo que en el piso de arriba había una pieza aislada; en la pieza una cama y que en la cama se había acostado con una novia que había tenido. Dijo que la cama crujía. Yo pensé que la cama crujiría con unos ruidos similares a las onomatopeyas con que acompañaba «Skokian» y cambié de conversación; al rato me fui y no quise volver más a esa casa para estudiar Filosofía. Ernesto seguía yendo a mi casa todas las semanas, lo recibía mi mamá y habían avanzado en sus conversaciones sobre la calidad y la aplicación de la cera.

El año anterior a mi ingreso a Filosofía había examinado mi cuerpo de frente, de perfil y la parte trasera, con un espejo. Estaba totalmente disconforme, no me gustaban mis pies ni mi tórax, que me parecían grandes, ni mi pelo ondulado; aunque era relativamente alta, quería ser más alta, rubia y de pelo lacio. Pero además me reprochaba a mí misma el ser tibia, tanto exterior como interiormente. Tal vez hubiese preferido ser de una fealdad de esas que asustan. Y como a los tibios el Espíritu Santo los vomita, me vestía de negro, para cubrir mi terrible fealdad interior y mi nada exterior. Me cubría para no ofender al prójimo; pero cuando bailaba con el obrerito y con Guillermo Echecopar, me ponía vestidos más

lindos, me pintaba los labios y llegué a considerarme aceptable; sin embargo algo me faltaba. Ese año fui a una enorme fiesta; en el centro una rubia de cuerpo perfecto bailaba sin parar y tenía, a su alrededor, a los cuatro varones más interesantes de la fiesta. Había que reconocer que ella era mayor, tendría veintitrés años; pero no sólo era elegida por ser rubia y hermosa: era graciosa, inteligente, coqueta, ensimismada y sonriente. Sus triunfos no la llevaban a cometer ningún exabrupto, como por ejemplo salir galopando por toda la pista de baile, algo que hubiera hecho yo de tener semejante éxito. Primero tuve una sensación dolorosa, «nunca iba a ser como ella», pero después cuando todo el mundo se sentó a mirarla para ver cómo bailaba, formé parte de todo el mundo y era como si yo bailara con esos muchachos. La otra chica que bailaba mucho no era linda y sin embargo tenía casi tanto éxito como la rubia: pero tenía *savoir faire* desde los nueve años. A los nueve años todas queríamos ir con Mirta y ser amiga de ella era una especie de consagración; ella era amiga de todas y de nadie; era amiga del grupo. Una vez me invitó a su casa para jugar; éramos muchas. La coherencia del grupo pareció tan grande, tan compacta y perfecta, con códigos tan sofisticados y fuera de mi alcance, que no podía entender lo que decían; estaban discutiendo. A mí me producía mucha turbación intervenir o discutir; me fui con una paleta a jugar sola. De un pelotazo desparramé un poco de tierra de una maceta y ella, con tono duro, me dijo:

—Tenés que barrer.

Barrí sin decir nada y me fui llorando a mi casa, sin despedirme, para que no me vieran llorar; nunca más iba a volver a la casa de ella. Allá en casa de ella estaba el grupo, triunfante y glorioso y yo me había quedado sola y me había mandado barrer; nunca se lo iba a perdonar.

Pero ahora, a los diecisiete años, se había producido una especie de *statu quo* entre las dos; éramos grandes y yo había aprendido ya el arte de hablar de una cosa y pensar en otra y el de hablar sin decir nada que me importara. Cada vez que la veía y cambiábamos unas palabras, pensaba mientras: «¿Te acordás cuando me mandaste que barriera?».

La encontré un día de septiembre; íbamos en bicicleta y me propuso dar una vuelta por las afueras del pueblo, donde los chalecitos se espaciaban, había troncos de árbol sueltos que parecían asientos naturales, aromos florecidos y cerca, el río. Cuando habíamos avanzado un poco, yo contenta porque ella me había dado bolilla y porque me mantenía muy bien en esa nueva tesitura adulta y ella contenta porque creía que no merecía otra cosa en la vida, me dijo:

—Vamos a saludar a un amigo que vive allá.

Nos detuvimos en un chalet más viejo que los otros, con los yuyos crecidos en el jardín delantero; parecía deshabitado, si sus dueños lo habitaban les daría lo mismo vivir ahí, en la intemperie o en la ciudad. Ella tocó timbre como una persona acostumbrada a ir a esa casa y salió, somnoliento, el hombre más hermoso que yo había visto en mi vida; era un hombre, no era un muchacho como los que bailaban conmigo; tendría veintisiete años. Tenía la barba un poco crecida, como de dos días; debía de ser alguien al que esas nimiedades como afeitarse, no le interesaban. Su cuerpo y su cabeza eran perfectos; los labios muy grandes y sensuales y la mirada burlona. Ella le dijo:

—¿Cómo te va? —¡Mirta lo trataba de vos, de igual a igual a ese muchacho tan grande!

Yo había quedado muda por el impacto de su presencia y él lo advirtió: se volvió más negligente, bostezaba, hablaba como alguien que recién se levanta de la cama. Mi fascinación aumentaba. Dijo:

—¿Quieren pasar?

—No, no, otro día —dijo Mirta como si estuviera acostumbrada a entrar en la casa de él y ahora no lo hacía porque asuntos más importantes la requerían. Yo estaba tan impactada por la presencia de él como por el hecho de que a ella no le produjera ningún impacto. Cuando nos fuimos (yo casi me caigo de la bicicleta pero por suerte Dios me ayudó) le dije a Mirta:

—¿Hace mucho que lo conocés?

—Sí, como dos años. Lo conocí en una fiesta.

Ella hacía como dos años que tenía el privilegio de tratar con un ser así; lo dijo como algo natural. Agregó:

—No vive acá todo el año, está de paso. Vive en Buenos Aires.

—Es claro —pensé—. No podría ser de otra manera; tendría una casa hirsuta cuando quería llevar la barba hirsuta; allí iría para esconderse, pero tendría otra casa espléndida en Buenos Aires en la que haría cosas espléndidas.

Mirta me dijo:

—Come mandarinas en la cama y tira las cáscaras en las sábanas.

Eso era el súmmum de lo que yo podía llegar a escuchar. Evidentemente era un ser totalmente libre, podía ser civilizado o salvaje según sus deseos…

—Es muy pata —dijo ella—. La vez pasada lo vi por el río con una rubia flaca, alta.

¿Cómo un príncipe podía ser pata? Era un misterio que no estaba dispuesta a preguntarle, no le dije nada. Oculté la impresión que él me produjo y la traduje en una superficial.

—Es muy lindo —dije.

Ella cambió de tema y llegamos al centro.

Desde entonces, no pude dejar de pensar en él: «Iba con una rubia, flaca, alta». Claro, con quién iba a ir, no iba a ir con una ovejita de pelo ondulado como yo. Él cambiaría de mujeres constantemente pero debería preferir a la rubia, flaca y alta porque formaban una pareja totalmente distinta de las demás. Las uñas de ella seguramente eran muy largas; era hermosa, un poco mayor que él y con esas uñas de bruja sacaría las cáscaras de mandarina de la cama, sin mencionar el tema; jamás un reproche. A veces a la noche, antes de dormirme, lo imaginaba solo. Veía su cara como si lo estuviese viendo en realidad, imaginaba que vivía conmigo en las siguientes condiciones: él me ponía en una especie de cucha de perro que tenía en el fondo de su casa y me tenía atada ahí todo el día. Él salía durante todo el día y cuando volvía, me desataba; me trataba de usted. Yo preparaba la cena y él me hablaba lo indispensable. Después empecé a imaginármelo también de día y al atardecer mis pasos se encaminaban solos hasta su barrio, no llegaba hasta su casa.

Cuando me acercaba a su casa y pegaba la vuelta era como si me hubiese salvado de algún peligro; miraba detenidamente los troncos caídos, las casitas, los bancos de piedra que estaban junto a las puertas, como si lo único que yo me hubiera propuesto fuera un agradable paseo. Una vez, en mis tantos paseos por ese barrio pasé por una cuadra paralela a la de su casa. Me fui con una bolsa para comprar fruta en una verdulería que había por ahí, para tener una coartada por si lo encontraba, aunque me repugnara ir por esos prados con una bolsa de compras. Al llegar a la altura de la casa de él, tenía la sensación de que estaba escondido en su casa; estaba segura de que no era un hombre que anduviera por el barrio; no era alguien a quien se le encontraba fácilmente por la calle; como corresponde a una persona importante, no daría vueltas sin ton ni son.

Un día dije: «Yo voy a pasar por la puerta de su casa». Me encaminé; iba diciendo «ojalá no esté»; yo sentía que estaba.

Estaba, estaba reparando su verja pero posiblemente fuera un producto de mi imaginación. Me sonrió como si me hubiese visto el día anterior y me dijo:

—¿Qué hacés por acá?

—Nada, pasaba por el barrio…

No sabía qué decir. Me dijo después:

—¿Querés entrar?

—No, gracias —dije yo—. Tengo que irme.

Lo saludé y me fui. Cómo se le podía ocurrir tan naturalmente que yo entrara: a lo mejor entraba y me ataba a la cama o vaya a saber qué en esa casa que debía ser oscura por dentro. Cuando volvía para mi casa, pensé: «De buena me salvé, si entraba ahí, a lo mejor no salía nunca más».

Cuando llegué a mi casa estaba Ernesto conversando con mi mamá; le explicaba el pensamiento de Tales y el de Anaximandro, comparados. A mi mamá no le interesaba la Filosofía; le interesaba la Segunda Guerra Mundial. Nos dijo:

—¡Qué interesante! Los dejo.

Entonces me siguió explicando a mí, yo pensé que todas esas reflexiones de él estaban viciadas de nulidad y no estaba dispuesta a

escucharlo ni a leerlo así escribiera una historia de la Filosofía que refutara todas las anteriores. Mientras Ernesto seguía hablándome, yo lo escuchaba avergonzada: si «él» llegara a saber que yo tenía semejante amigo, no me miraría nunca más; me despreciaría. Antes pensaba que Ernesto me aburría, en ese momento empecé a pensar que Ernesto me contaminaba; si lo escuchaba mucho me iba a contaminar pesadez y gordura.

—Muy interesante —le dije—. Me tengo que ir.

—Te acompaño —dijo.

—No, no, hasta otro día.

A partir de entonces empezó a venir día por medio; se había resignado definitivamente a que mi hermano no saliera, porque no salió nunca más y se ve que mi mamá, por más que lo apreciara, no sabía qué decirle. Ella seguía diciendo que Ernesto era una monada de muchacho, pero después de la conversación de Tales y Anaximandro, cada vez que tocaba el timbre, me decía: Está Ernesto.

Yo lo atendía desde la puerta; invariablemente le decía que tenía que salir, me miraba con cara traspapelada, de perro apaleado y se iba; a mí no me daba ninguna pena.

Yo entré a la facultad de Filosofía y empecé a conocer una serie de personas fascinantes. Cristina, por ejemplo, tenía veinte años y ya tenía una nena de seis años, una nena con lentes gruesos. Ella la presentaba así: «Mi hija. Es un poco menos estrábica que Sartre». También Ester; cuando le pedí que paráramos en un lugar a tomar un café, me dijo: «Yo acá no entro; acá tengo fantasmas». Primero me asusté puerilmente y después comprendí lo que era una imaginación refinada: claro, eran fantasmas privados. Y también Mario, que entablaba largas discusiones con sus amigos, debates que yo no entendía porque ellos eran más grandes y además hablaban en francés y en inglés; cuando alguien lo vencía en la argumentación, Mario hacía un gesto como quien se desarma y decía «Touché».

Me había olvidado de «él» por todas estas novedades. Un día de invierno yo iba a la estación para tomar el tren; en el andén estaba él y lo reconocí desde media cuadra antes. No estaba con la barba crecida; estaba con un hermoso sobretodo. La emoción de verlo era tan grande que tenía que concentrar todo mi esfuerzo para que no se notara, quería parecer indiferente. En la escalera de acceso al andén ensayé cómo iba a afrontar eso: decidí que lo mejor era hacer como que no veía y después desviar la vista, como por casualidad. Pero cuando emergí de la escalera, él me vio, me sonrió y yo me dirigí inmediatamente a donde estaba él.

—Hola —me dijo.

—Hola —dije.

Llegó el tren y preguntó:

—¿Nos sentamos acá?

—Sí —dije yo, que me daba lo mismo sentarme en el suelo o en el techo del tren.

Preguntó dónde nos sentaríamos con cierta vacilación, yo no entendía cómo un dios puede preguntar dónde debe sentarse; pero todo era tan extraterreno que me dije: «Voy a actuar como si todo fuera natural».

Yo había dicho «sí» con voz de grajo. Debía remediar eso, tendría que mostrarme desenvuelta y exigente. Él me vio con gordos libros y me preguntó:

—¿Qué has leído?

—Baudelaire —dije yo.

Baudelaire me pareció una lectura apropiada para contarle a él.

—¿Has leído a Hermann Hesse?

—Sí —dije yo. Tenía que remediar esa voz de grajo.

Dije:

—Leí también a Neruda y a Guillén. Pero no me gusta del todo Guillén.

—¿Por qué? —preguntó levemente irritado, como un maestro severo.

Yo leía los suplementos literarios de los diarios: «El Picasso de la primera época», «El primer Vallejo». Yo no podía distinguir «El primer Guillén» de cualquier otro, pero dije:

—Porque tiene muchas onomatopeyas.

Él se quedó callado y a mí me dio un ataque de desesperación. ¡Que Dios me ayudara en adelante para no hacer nada que no entre en mi plan de comportamiento! Él seguía sin hablar, miré por la ventanilla, pasaban unas cinco gitanas.

—¡Gitanas!… —dije con entusiasmo desmedido, como si el espectáculo me apasionara.

Él sonrió y seguía sin hablar. Entonces le pregunté:

—¿Usted alguna vez soñó en tecnicolor?

—Oh, no tengo ese privilegio —dijo.

Lo dijo como si fuera un privilegio dudoso o poco interesante. Yo advertí la finura de la expresión: tal vez hubiera querido decir: «Eso no me importa», pero lo dijo de una manera elegante. Pensé: «No, no es un dios, es un caballero inglés». Aunque estaba impactada por la respuesta dije:

—Yo sí sueño en colores.

Le conté un sueño con grandes flores tropicales, se las describí.

Lo había soñado a él, pero eso no lo conté; se podría irritar conmigo por semejante abuso. Cuando terminé de contar el sueño, me dijo:

—Llegamos.

Estaba sonriente, se desperezaba en el asiento y me miraba, un poco divertido y otro poco cansado.

—Sí —dije yo.

Era un caballero inglés.

A los tres días de este episodio, mi mamá me dijo:

—Alguien te mandó flores.

Eran rosas rojas, muy lindas, recién llegadas y envueltas en su papel. Yo no podía saber quién las había mandado; pensaba y pensaba. Mi mamá me dijo:

—¿No las vas a poner en agua?

No las iba a poner hasta que no supiera quién las había mandado, a mí las flores no me gustaban mucho, más me hubieran gustado frutas o bombones… salvo que las hubiera mandado él. Sí, fui pensando cada vez con más convicción; me las debe haber mandado él, porque si a mí que no me gustaban las flores, éstas me gustaban tanto, se veían tan hermosas, tan

presentes… Sí, las había mandado él. En todo el día no pensé en otra cosa, las miraba cada vez que entraba y salía de la casa. Las puse en agua y las regué cinco veces ese día para que fueran eternas. Al día siguiente cuando los pimpollos se abrieron y estaban en su esplendor, mi mamá me dijo:

—Vino Ernesto.

—…

—Él te mandó las rosas. Era previsible.

Dijo eso y se fue con el diario a dormir la siesta.

—No puede ser —dije yo.

—Sí —me dijo desde la pieza.

¿Qué era previsible? La odié, como si su previsión formara parte de la estafa.

Es posible que mi mamá les cambiara el agua a esas rosas, porque no toleraba los desperdicios ni las tareas inacabadas; yo no las miré más, por mí, que ardieran todos los jardines y que esas rosas se achicharraran para siempre en el infierno.

Cosas que pegan, cosas que no pegan

Y no, no nací para pobre. ¿Y qué? Preguntale si les gusta a los pobres esperar un colectivo cagados de frío en Villa Caraza, que no les ponen ni un refugio. Por otro lado está bien, porque si los ponen, los rompen. Yo a los ocho años supe que quería estar casada con un hombre que me tuviera bien: nada de ahorrar la luz, ni cuidar los zapatos de salir, ni el fin de mes, ni, ni, punto. A los quince fui a pasar una semana con los parientes del campo y fue la peor semana de mi vida: que la tía Segunda se había quedado tuerta porque la pateó un caballo, que el tío Ramón se había quedado con un terrenito de la tía Lucía y la pejerta ni mu, seguía dándole el desayuno en la cama al zángano como si nada. Yo siempre supe que lo mío es mío, así sea un alfiler y que hagan la prueba de sacármelo. Además en el campo almuerzan a las once de la mañana, una hora que no se puede creer. Yo dormía y la tía Segunda me despertaba diciendo «¡A almorzar!», como si tuviese algo que festejar con ese ojo tuerto. Y a la noche se acostaban y se acostarán —lo que es yo no volví más— a las nueve como los canarios. Después me miraban y me decían a coro: «¡Qué linda ropita!». Ropita, no saben distinguir un *velour* de un *fricassé*, ni el cuero del plástico. Yo miraba esas polleras a media asta que llevaban, con las piernas gordas llenas de várices, que no las curan porque creen que es el destino, y ahí tuve una videncia y pensé: «Y la ropa que voy a tener para no pisar jamás tu casa». Ya no pegaba yo, en ese tiempo con esa casa; mi papá no bien podía me daba plata para pilchas. Y Ramón sentado a la mesa como un cacique pelotudo gritaba «¡Sopa!» y ahí iban ellas en caravana llevando la sal, el pan y la concha de la lora. Y nunca se sabe qué piensan —si es que piensan—. Todo el tiempo hablando pavadas a los gritos. No, no pega estar mirando si llueve o si no llueve cuando el hombre está

llegando a Marte. Llueve y punto. Obvio. Hay que saber las cosas que pegan y las que no: yo siempre lo supe. No me voy a poner lo mismo para una entrevista de la empresa que para un encuentro íntimo. Para la empresa llevo el trajecito de terciopelo celeste grisado —que justamente pega con los sillones que son de terciopelo azul, aunque hay que tener en cuenta si es de día o de noche, porque el terciopelo desluce con la luz, como no pega un vaquero con tacos altos—. Punto. Sí, ella anda siempre de vaqueros, los detesto, uniforman todo para abajo. Los dos andan de vaqueros pero deberían ir de uniforme, parados en la puerta a la tarde como se debe, y no todos de corrillo en verano, con sillas y todo. Ya hablé con la administración para que tomen medidas. Yo a esa administración le voy a hacer un juicio por una cosita que me tengo bien guardada. Y si se puede, le haría un juicio a la del tercero, que puso un toldo horrible, amarillo y negro en vez del reglamentario. ¿Estamos todos locos o qué? Están todos locos o son una manga de mediocres, pero yo no me resigno a la mediocridad general. Soy de Aries con ascendiente en Tauro y los de Aries somos luchadores sin dejar de ser románticos. Por eso yo me veo en el futuro en un departamento en Belgrano —no Cabildo y Juramento que ya hay superpoblación— con una alfombra de piel de tigre a mis pies; amo a los felinos, en mi otra vida debí ser tigre y con unas almohadas con un diseño muy delicadito de tigrecitos azules. Y también en el horóscopo chino soy tigre. Sí, debo haber sido tigre, gato, qué sé yo. Y si me labro un futuro y tengo un departamento, puedo elegir mejor: no es lo mismo jugarla de local que de visitante. Desde el vamos, no soporto que un hombre sea amarrete así sea un dios que bajó a la tierra: porque una cosa es el amor y otra la pavada. Porque no todo es la ropa, también la conversación: a un hombre bien vestido, que sabe hablar un poco de todas las cosas, se lo puede llevar a cualquier lado. Lo de la ropa es más fácil de corregir, porque instintivamente me convierto en madrina de vestuario, ahora en la conversación… he notado que no se dejan corregir. Eso de la conversación es importante, tiene que estar en el punto justo, tampoco quiero un sabelotodo que me deje de cama. Por eso me quiero capitalizar y en su momento alquilo un terreno para plantar. ¿Qué? Lo que sea. Acá hay que esperar la oportunidad: hay que tener en cuenta que el año empieza en

abril, después de Semana Santa. Después vienen las vacaciones de julio que paran todo y yo me quedo bien guardada porque coincide con lo que me dijo la tarotista, julio no es un mes propicio para mí, cuando me va a salir todo mal, desaparezco. Punto. ¿Qué voy a plantar? ¿Soja?, qué sé yo. Todo tiene su momento y a cada chancho le llega su San Martín, como le va a llegar al gerente de Cilsa, que no me quiso dar trabajo. Por suerte se le está cayendo el pelo y yo ya lo dije: si no me va a dar lo que quiero que se quede totalmente pelado. Yo creo que las cosas se cumplen, tarde o temprano. Y si algo está bien programado, tiene que salir. Hijos, puede ser, pero hay que tenerlos bien. Con dinero; eso sí, de noche hay que hablarles. Y con servicio durante el día. Cada cosa a su tiempo. Y si se me pasa el tiempo de tenerlos, yo adopto y punto. Además, ahora, con la clonación, ¿qué problema puede haber? Mucho mejor en el futuro, puedo elegir a mi gusto. He visto un ajuar de bebé que no se puede creer: todo al tono: el coche con los enteritos, las medias, todo pega. Y hay unos chupetes con control remoto que avisan cuando el chico se ahoga o se pone boca abajo.

Florinda

¿Que cuánto hace que estoy en Buenos Aires? Seis, un suponer siete años. No llevo la cuenta, si todo lo de allá lo dejo por perimido. Y lo de acá, cada año una novedá, compramos la heladera, oso de peluche, puse el piso de cemento, ando pagando la televisión, si allá no había televisión. Él tenía la conexión, pero decía que era mucho gasto. Todo era mucho gasto para él y eso que tenía vehículo. Cuando yo me compraba un vestido —que le sacaba a él del bolsillo— él me miraba como si me fuera a ojear y me decía:

—Te compraste un vestido nuevo.

Y yo le inventaba, que me lo dio la Dora, que mi hermana, que tal y cual. Y había sido que se quedaba conforme con eso, nomás. Que cuando me casé yo llevaba taco alto y me dijo:

—Sáquese esos zapatos de compadrear que acá no valen.

Y me dio unos botines patrios para andar en el campo, y yo hacía también el pan de los peones y así me quedaron las manos como dos milanesas. Aunque en la ciudad se fueron achicando y volvieron bastante a su tamaño justo; ahora les meto crema. Me parece que no hace nada pero tiene tan lindo olor. Los pies también se me fueron componiendo, que cuando llegué tenía que usar zapatillas cortadas por adelante. Él se quiso separar, y lo que es el destino, salió para bien porque a mí no se me habría ocurrido. ¡Quién me decía que yo iba a estar en Buenos Aires y que la hija menor me iba a salir tan porteña que es un gusto! Eso sí, él me dio un dinero y yo le dije:

—Como padre de tus hijos siempre te espera un lugar en la casa que yo compre.

Y compré raspando, raspando esta casita chota que era de un viejo así nomás. Pero con el mayor le pintamos y le pusimos muchos adelantos, camitas marineras, cada oveja en su cama, cocina de gas que enciende el fuego en un suspiro, que allá me venía negra del humo porque dale apantallar el fuego, cuantimás en verano, que me venían los mareos. Cuando él vino a la casa la primera vez, entró a gritar: vio a Palomo comer de la taza que yo había traído del campo, porque Elisa me dijo:

—Mamá, esas tazas son de mierda.

Y ahora se las dejamos al perro, que ahora come de la macrobiótica, porque Elisa hace la dieta y también karate. Cuando vio al perro, dijo gritando:

—¡Perro cagonero, perro garronero que ataca al amo y no defiende! ¡Come y caga, nomás!

Y Elisa le dijo:

—Papá, por favor, no vengas acá a gritar.

Y yo volví al Chaco porque vendía un montón de frazadas a los colonos, yo compraba acá en el Once. Los colonos me decían:

—¡Doña Florinda, se sacó diez años de encima!

Y está visto, con la minifalda y el pelo con los canutos, era otra. Qué me van a comparar con esa pollera larga que usaba allá, qué me habría dejado usar minifalda, si él mezquinaba todo.

Y los abogados para hacer las partes me sacaron mucho, pero todo fue para el bien: era el destino. Yo entré a trabajar a tres casas, una de más enseñanza que la otra. Me daban ropa nueva y vieja, la vieja se la vendía a los colonos. También la señora Mirta me dio una alfombrita color canela y las cortinas porque decía que ella quería simplificar la vida, que vendría a ser digamos echar lastre y yo ligué por demás de esa casa. Ella miraba para afuera por el vidrio pelado y me decía:

—Ahora veo con toda claridá.

Y yo le decía:

—La verdá. ¡Qué bien se ve!

Y a embolsar.

La segunda vez que vino él —como padre de los hijos— empezó a gritar porque Jorge tomaba el colectivo por quince cuadras; él se viene

caminando desde la estación, ahí se pone zapatillas hasta la casa, así no gasta zapatos, Elisita le dijo:

—Papá, si vas a gritar así mejor que no vengas.

Y yo no sé de dónde saca ella las palabras justas que siempre tiene para todo. Ella en unos años quiere ser empleada, llevar papeles de un lado para otro, que los papeles son cosas limpias, que yo allá no me podía sacar el olor al horno del pan, que es olor a leña, olor a rancho. Ella a mí me dice «Flor» porque Florinda es muy largo y el loro también me dice «Flor». El loro también suele decir «Me duele la cabeza», y es de ver, todo lo que dice, pega con la oportunidá. Y él fue espaciando de venir, a veces avisa que viene y después quién sabe, pero da igual que venga o se quede, ya está perimido. Y Elisita se está preparando para ser empleada, que hace el curso en la propia gobernación. Los otros días vino un auto de la gobernación con chofer a buscarla, de tanto que le quieren. Y a mí la última vez que fui a vender frazadas, me dijeron en una casa:

—Doña Florinda, ¿no vuelve por acá?

Y les dije:

—Ni lejos, ni nunca.

Muchacho en pensión

El compadre dijo:

—¡Qué vas a mandar el muchacho a Buenos Aires, hay mucho auto, muy sumamente caro y poca religión!

El compadre siempre sabía lo que decía; había estado en Caracas, conocía una gran ciudad. El padre quería mandarlo a Buenos Aires porque le gustaba el tango, sobre todo uno que se llamaba «Vida mía». Una vez fue una cantante rubia a Portofino y cantó «El día que me quieras», «Mi noche triste» y «Vida mía»; pero él recordaba más este último. Además el cambio favorecía para ir a Buenos Aires y si seguía todo igual un año o dos él podría ir con Arturo, que ya sería un hombrecito, a escuchar a esa cantante o a otra muy parecida.

El compadre siguió:

—Pastor mandó a su hijo a Rosario, el hermano de mi cuñadita también; grandes progresos están haciendo allá, ¿y tú quieres dar la nota?; ya serían tres de Portofino en Rosario.

Como siempre, el compadre tenía razón; lo mandaría a Rosario ese mismo año y la semana siguiente irían a Portofino para hacerle dos ternos: uno azul marino y otro gris, que con medias grises quedan tan bien.

Arturo escuchó su destino detrás de la puerta y lo que más le impresionó fue lo de los ternos. ¿Se hallaría él en esos trajes, los harían como corresponde, a su medida, o se vería obligado a llevar unos pantalones muy largos por falta de medida? Él era muy bajito, muy morocho y un día le preguntó al padre Esmeralda, el que recogía el diezmo:

—Padre, ¿por qué no creceré yo?

—Por el vicio solitario —dijo el padre Esmeralda.

El padre Esmeralda venía todos los meses y recogía el diezmo: de zapallos, de tomates y de frutales; Arturo veía desde lejos como su padre acomodaba todo bien en el camión del cura. Su padre que nunca perseguía a nadie por nada, cuando acomodaba las frutas en el camión maltrataba a los chicos que lo ayudaban.

Y aunque ahora él abandonara el vicio solitario por algún tiempo, no surtiría efecto porque sería una cosa de apresuramiento…

La pensión de Rosario estaba lejos del centro, a dos cuadras de la terminal de ómnibus. La terminal de ómnibus, con todo ese ruido era una perdición tan grande como Buenos Aires. Por altoparlante decían: «Ómnibus que sale para Mendoza», «Ómnibus que llega de Córdoba está próximo a arribar a la plataforma 102». ¿Y si uno no hacía a tiempo? ¿Y si el hijo de Pastor, el de Portofino, no lo encontraba? No había nadie a quien preguntarle; nadie sabía que él estaba esperando al hijo de Pastor, de Portofino. El hijo de Pastor lo encontró a Arturo sentado sobre su valija; no llevaba terno, tenía pantalones azules y una campera de cuero. Le gritó con afectuosa reconvención:

—¡Arturo! ¿Qué haces ahí?

—Nada, he llegado.

—Sí, ya veo, pero andando, hombre —dijo y le sacó la valija de la mano.

El hijo de Pastor era alto y morocho, pero más claro que Arturo; llevaba muy erguido la valija como si ésta contuviera un tesoro. Arturo no decía nada; estaba un poco amoscado porque le había sacado su valija, pero no era cuestión de decirlo. El hijo de Pastor le echó una ojeada a Arturo y dijo:

—En mi pensión no hay vacantes, te llevaré a un sitio muy bueno.

Por suerte se iba alejando todo ese ruido de la terminal; entraron a un barrio de casas bajas, distintas de las de Portofino; las de allá eran amarillas y celestes con rebordes azules; acá parecía que a los habitantes no les importaba el color de las casas ni nada, y más se le confirmó esta idea cuando vio a un hombre regando el jardincito: echaba grandes baldazos de agua sin mirar siquiera dónde caía; lo mismo había pasado

con la gente que había sacado su silla a la vereda, no eran como los de Portofino. Los de Portofino saludan a todo el que pasa y si llegara a pasar un desconocido, no lo mirarían de ese modo tan descarado como aquí, sin saludar. Además no estaban sentados con compostura a la puerta; entraban, salían, y los niños que andaban en bicicleta o en patines por la vereda no cedían el paso ni miraban a nadie.

Cuando llegaron a la pensión los atendió una señora de unos cuarenta años y el hijo de Pastor pidió alojamiento para Arturo; detrás de la señora apareció una anciana que hacía gestos y movimientos con la boca, como si quisiera decir algo; los movimientos eran constantes, automáticos, como si tratara de hablar muy ligerito pero sin voz. Tal vez la hija no la dejara hablar. La señora los miró, no demasiado amable y dijo:

—Son mil quinientos pesos por mes.

El hijo de Pastor dijo:

—Es mucho, por mil doscientos se consigue…

—Como quiera —dijo la señora.

La vieja seguía con los ojos todo el proceso, sumamente interesada. Arturo sin mirar a la señora se dirigió a la vieja:

—Yo soy Arturo, señora; soy un mozo decente y traigo mi dinero; yo tomo un cuarto.

La vieja movía la cabeza; Arturo no sabía si asentía, si estaba a favor suyo, pero buscaba en esa cara algún signo positivo.

—Un momentito —dijo la hija y llevó a la vieja adentro para hablar a solas.

El hijo de Pastor lo pellizcó y le dijo:

—Es caro, déjame hacer a mí.

—Me quiero quedar acá, si me admiten —dijo Arturo y fue preparando el documento de identidad, el certificado de estudios cursados, el diploma de egresados con una foto de todos los alumnos y también puso una foto suya con su hermanita y su gato. Cuando el hijo de Pastor vio la foto, dijo:

—Quítale eso, hombre.

Pero se acercaron las dos mujeres y Arturo mostró toda la documentación que quiso; la foto de los chicos con el gato le gustó a la abuela y la hija le dijo:

—Pase, Arturo.

El hijo de Pastor le dijo con fastidio:

—Haz como quieras.

Arturo tomó su valija, el hijo de Pastor miró el cuarto y dijo:

—No está mal. Si me necesitas, acá están mis señas. ¿Cuál es el teléfono, señora?

—El teléfono es para llamar de afuera para adentro, de adentro no se puede llamar.

—Bien —dijo el hijo de Pastor—. Te llamaré cuando te hayas instalado.

Cuando Arturo estuvo solo, se sentó en la cama y se puso a mirar todo: la cama, el colchón y la colcha eran duros, como para gente emprendedora. ¡Tenía una mesita para él solo! La mesita tenía un cajón y ahora mismo iba a poner el diccionario en dos tomos; su padre le había dicho:

—Todas las palabras del idioma están ahí; cuando dudes, recurre al diccionario.

Cuando estaba poniendo el diccionario sobre su mesa, ahora le decía «su mesa», llamaron a la puerta. La señora le dijo:

—¿Precisa una plancha?

—…

—Yo se la dejo.

Y por no decir que no, la aceptó; él no sabía planchar pero no quería decir nada; a lo mejor en Rosario los hombres planchaban. Colgó sus trajes y con la ropa hizo un bulto con una toalla grande que le dio su papá. Cuando miraba por la ventana una vereda ancha, otra vez llamaron a la puerta; esta vez era la abuela. La abuela dijo:

—¿Ya planchó?

Las palabras de la abuela parecían unidas al movimiento de su cabeza y de su boca; él dijo:

—Sí, gracias.

—A ver —dijo la abuela.

Él no sabía qué decirle; finalmente, muy avergonzado dijo:

—No sé planchar, abuela. —Y le mostró el fardo de ropa.

La abuela cazó el fardo y la plancha mientras iba diciendo: «¡Habrase visto, habrase visto, este muchacho!».

Y cuando iba con la plancha y con la ropa la detuvo la hija y le dijo:

—¡Pero, mamá!

Él cerró la puerta pero oía una discusión entre la hija y la abuela; la hija decía «es la última vez».

¿Qué última vez sería? ¿La última vez que vería su ropa? ¿La última vez que la abuela debería planchar en su vida porque a lo mejor el planchado le acentuaba la enfermedad?

En la pensión se comía a las nueve. Menos mal que a Arturo le trajeron su ropa para la comida; vino la señora y dijo:

—Después de las diez no se sirve más comida.

No sabía por qué le habían dicho eso a él; no pensaba infringir ningún horario. A las nueve en punto se sentó a la mesa: los panes estaban puestos, pero no se debe comer pan antes de la comida; a las nueve y diez llegó una muchacha muy blanca, con la cabeza erguida y la nariz levantada; empezó a comer pan de la panera. Arturo tenía hambre, pero no la imitó: tal vez ella tuviera algún fuero especial.

Ella le preguntó:

—¿De dónde sos?

La «s» sonaba taxativa, cerrada.

—Soy de Portofino, mejor dicho, a treinta kilómetros de Portofino.

—¿Y eso dónde queda?

—Queda en el Ecuador, en la región norte, pero…

Ella interrumpió:

—¿Lejos de Quito?

—¡Oh, sí! Es otra región.

Ella pareció desinteresarse cuando él le contó que no vivía cerca de Quito; fue para una pieza y dijo:

—¡Mabel!

Y en vez de Mabel apareció desde la calle un morocho flaquito con una remera amarilla con dibujos rojos. El morocho le preguntó con cierto imperio:

—¿Cómo te llamas?

—Arturo, para servir.

—¡Qué servir ni qué servir, hombre! ¿Eres de mi tierra? Yo soy de Maracaibo que debería ser la capital y no lo es porque vencieron los usurpadores de Caracas.

—¿Por qué vencieron los usurpadores? —dijo la muchacha blanca llamada Ana.

—Es largo ese asunto. Y ahora tengo hambre. En la Argentina no hay frijoles, ni salsa mayonesa ni pollo con papas fritas.

Ana ya había oído varias veces decir lo mismo al venezolano de Maracaibo: la noche anterior le había oído decir que en la Argentina no había melones; agarró un libro y se puso a hojearlo. Arturo pensó que era mala educación leer en la comida; a lo mejor la dueña la reprendía y casi deseaba que la reprendiera, porque esa muchacha tan blanca, con zapatos sin taco era como una norteamericana que él había visto una vez cuando fue a Quito; y como es sabido, las norteamericanas son marcianas.

Cuando la hija de la señora empezó a servir, apareció Mabel. Podría tener treinta o treinta y cinco años. Tenía la piel del color del venezolano de Maracaibo, pero la de ella era lustrosa y sus ojos oscuros también parecían lustrados. Venía en bata, con los labios un poco pintados y sonriendo dijo:

—Buenas noches a todos. —Mirándolo a Arturo dijo—: Bienvenido.

—Muchas gracias, señora —dijo Arturo.

Ana y el venezolano se rieron. ¡Decirle señora a Mabel!

—¿Qué pasa, chicos? —dijo Mabel.

—Es que Arturo es educado, eso es —dijo la hija de la abuela, y la abuela que oyó «educado» dijo moviendo la cabeza:

—Sí, sí, ¿ha visto? La educación es lo principal. En todo, en todo.

La hija se llevó la sopera y acompañó a la madre hacia adentro. El venezolano de Maracaibo, dirigiéndose sobre todo a Mabel dijo:

—Ahora hablando en serio, he notado en Rosario una mala educación impresionante, la gente no cede el paso, no dan la pared a las mujeres…

Mabel, sonriendo, con cara de pensar alguna cosa hermosa reservada para ella sola dijo:

—Son costumbres…

Arturo tomaba la sopa y no decía nada. Esa señora tan linda lo había mirado a él y le había dicho «bienvenido»; se habían reído de él, pero la abuela lo había salvado. Y tal vez, algún día, él se acostumbraría a decirle Mabel a esa señora, que estaba vestida como para irse a dormir. ¿Se pintaba los labios para irse a la cama?

Cuando eran las diez de la noche, hora en que no se servía a nadie, se oyó un timbrazo de una bicicleta que se acercaba y en ella un muchacho con un sombrero de paja puesto compadronamente. Con la bicicleta entró directamente a la cocina, probó la comida del día, de la olla, y se oyó la voz de la dueña de la pensión, gritando con falsa alarma:

—¡Jorge!

Cuando entró Jorge con su bicicleta, la comida se volvió más animada; no, él sopa no quería (Arturo observó que Ana tampoco había querido sopa; cómo pueden despreciar un alimento que de niño ayuda a crecer y de grande a prevalecer). Jorge quería carne en sándwich y después se iba porque tenía reunión en el C. I. R.; iba a pelear la cosa hasta ganarla. Jorge le dijo al venezolano de Maracaibo:

—¿Todo bien, hermano?

—Todo bien.

Jorge era venezolano de Caracas. Él mismo se hizo el sándwich de carne y mientras comía con el sombrero puesto dijo:

—Si ganamos las internas no paramos hasta la regional y esta noche se decide por un votito nomás y no pensamos ceder ni una uña.

Gritó para la cocina:

—¿No es verdad, abuela?

Se ve que la abuela no reparó en las internas ni en la Convención Regional estudiantil, ni en los mecanismos de captación de votos, pero cuando él fue a la cocina y sacó dulce de un lugar que la abuela guardaba escondido en un rincón, gritó:

—¡Muchacho atrevido!

Jorge agarró un pedazo de pan con dulce, su bicicleta y se fue a las convenciones internas. Mabel se miró en un espejito y dijo:

—¡Qué cansada y demacrada estoy! Me voy a dormir.

Ana se fue a leer al patio; si Mabel quería dormir no podía leer en la pieza, tampoco querría charlar. Arturo se quedó con el venezolano de Maracaibo. Le dijo:

—Las mujeres de acá no valen. No sé en tu tierra, pero en la mía llevan el pelo largo hasta la cintura; las blancas tienen un pelo frágil, yo he visto mujeres peladas en Rosario. Y cuando mayores se les forman unas venitas azules en las piernas, se llaman várices, ¿entiendes? Y allá en Maracaibo nunca he visto. ¿Tú has visto?

—No —dijo Arturo.

—Mira a esa chica —dijo refiriéndose a Ana, que estaba en el otro extremo del patio—. Mírale esas piernas blancas, ¿ves?

—Sí —dijo Arturo.

Arturo veía solamente una muchacha leyendo en un rincón.

—Pues esas lindas piernas en diez años están llenas de várices. Ahora vas a ver.

El venezolano de Maracaibo fue al baño y de vuelta le dijo a Ana con voz áspera:

—Siempre leyendo, tú; te vas a arruinar los ojos.

Ana levantó la vista un momento y siguió leyendo sin decir nada.

—¿Has observado? —le dijo a Arturo.

—No, pues —dijo Arturo.

—Le he hablado y no ha contestado.

Ahora Arturo la miró de una manera nueva; esa chica era alguien a quien no se podía hablar: si uno le hablaba, no contestaba.

—Yo me llamo Gualberto —dijo el venezolano—, pero me dicen Fredy; tú puedes llamarme así también.

—Como quieras, Gualberto —dijo Arturo.

Gualberto lo miró de una manera extraña y le dijo:

—Hasta mañana.

¿Por qué, por qué lo habría mirado así? Ahora debía ir a su pieza y él, que antes estaba contento con su mesa, una mesita para él solo, ahora la vio de otra manera; a lo mejor la mesa también se deterioraba como las mujeres por el clima de Rosario, como había dicho ese Gualberto, que parecía un muchacho de pocas pulgas. Allá en Portofino ahora eran las

siete de la mañana, su papá cargaba el camión y le decía: «Ven, hijito, ayúdame un poco». Su hermanita no se quería despertar para ir a la escuela y su papá le decía: «Ve a despertarla, mira que se vista; ordénale sus libros, muchacho». No podía dormir; empezó a pensar en Mabel, le sonreía, sacaba un pecho de la bata y se lo ofrecía; después aparecía irritada porque con qué derecho él se había apropiado de su figura; esto fue un momento solamente, Mabel sonrió nuevamente, sacó su espejito y se puso a mirarse. Dejaba su pecho al aire como diciéndole que a ella no le molestaba nada de lo que él hiciera; cerró la puerta con llave, se entregó al vicio solitario y se durmió inmediatamente.

Jorge, el venezolano de Caracas, hablaba por teléfono en voz baja, precisa y en tono serio. No parecía el que Arturo había visto en bicicleta con su sombrero compadrón. Hacía una llamada tras otra y de repente llamó el teléfono desde fuera. Le dijo a Arturo:

—Para ti, el pastorcito y que sea breve.

Arturo pensó «¿habrá oído Honorio Pastor cómo lo llamó ese lengua larga? ¡Llamar así al hijo del doctor Pastor!».

Honorio le dijo:

—En media hora te paso a buscar. Te voy a guiar por la ciudad.

Arturo se puso el ambo y las medias grises; se lavó bien la cara, su cabeza estaba llena de hermosos presentimientos. ¡Honorio lo iba a guiar! Se miró las medias, estaban bien puestas; su saco estaba cepillado. Se sentó en el sillón de mimbre del patio y vio salir a Mabel apurada para su trabajo; la abuela picaba cebolla y algo verde, mucho tiempo; no lo había visto. La casa estaba silenciosa, no parecía una casa de pensión; la hija de la abuela no estaba. Parecía mentira que el día anterior ese lugar hubiera estado lleno de gente y risas. Honorio apareció con un traje a cuadros con rayas negras, violetas y amarillas; miró el reloj y dijo:

—Vamos, ándale.

Arturo dijo a la vieja:

—Abuela, enseguida vuelvo. Voy con Honorio.

La vieja no sabía si Arturo entraba o salía; lo miró como si hiciera un esfuerzo por reconocerlo y dijo:

—Buen día, muchacho.

—Vamos, ándale, hombre.

La vieja le dijo algo que él no entendió, pero no podría detenerse porque Honorio se disgustaría.

—¿Llevo dinero? —le dijo a Honorio.

—No, vamos ya.

Arturo reconoció la calle, pero no el camino que llevaba a la terminal; él hubiera agarrado para el otro lado. Tomaron un colectivo y Honorio le dijo:

—Para el centro pides boleto de cien; tomas el 30 que dice «Centro» y no lo confundas con otro 30 que dice «Cementerio». Recuérdalo.

¿Y si él no alcanzaba a ver bien y tomaba el 30 que dice «Cementerio»? Ése era un problema que debería resolver, preguntaría una y cien veces; muchos ojos ven más que uno, además las dos palabras empiezan con «C».

En el colectivo Honorio le enseñaba el dinero:

—Este rojo vivo es de cien; éste más verde que tiene el San Martín estampado es de mil pesos.

—¿Quién es San Martín?

—Bueno, éste que está acá. Recuerda esta cara.

Cuando volviera a su cuarto iba a agrupar los marrones y los de San Martín para estudiarlos. Honorio dijo:

—Aquí nos apeamos; ésa es la Bolsa de Cereales, recuérdala para bajar.

Era un edificio gris, con base de mármol negro; muchos edificios eran así, iban por una calle por donde caminaban las personas. Honorio señaló una cortada y dijo:

—Acá está el comedor, si te encuentras en el centro y no quieres volver, comes muy barato acá.

—Lo tendré en cuenta, Honorio; dime: ¿hay mucho moho en Rosario?

—¿Qué clase de moho?

—Uno que echa a perder las mujeres y los objetos.

—¡Quítale, hombre! Vamos a este café.

En el café había un mozo que parecía un príncipe; rubio, de pelo apenas ondulado, llevaba un saco verde con solapas negras. ¿Vendría ese príncipe si uno lo llamaba? Milagrosamente sí; Honorio lo llamó y vino. Honorio dijo:

—Dos cafés. ¿Tú apetecías alguna otra cosa?

—No, Honorio.

—Ahora escucha bien —dijo Honorio haciendo un gran movimiento con el brazo para mirar su reloj—. Te he de dar tres reglas de oro para tu gobierno. La primera, no salgas ni entres de la calle a cada momento; cuando sales, lo haces con tino y acumulas todas las tareas en un viaje; nada de que salgo a buscar un apunte, o salgo al quiosco, o que olvidé un libro y vuelvo por él. Así, a la chita callando, la mañana se va. En segundo lugar —dijo mientras revolvía su café con una cucharita rara, no era como la de Portofino— hazte un ritmo, un horario para el estudio; el mayor rendimiento se obtiene con cincuenta minutos de trabajo y diez de expansión. ¿Lo sabías?

—No, Honorio.

—Ya lo sabes ahora. En tercer lugar, cuando tienes un examen que es cosa seria, te confinas.

—¿Cómo vendría a ser eso, Honorio?

—Te quedas adentro de la casa hasta que logres retener todos los conocimientos en tu cabeza.

—Debe de ser arduo, ¿verdad, Honorio?

—Bastante —dijo Honorio con voz de hombre experimentado y llamó al mozo que esta vez no venía; no, si había sido un milagro que hubiera venido; estaba atendiendo una mesa al lado donde había dos mujeres rubias, lindas y gordas que tenían el pelo salpicado de mechones color rubio claro. Un nene, que sería de alguna de ellas, daba vueltas alrededor de la mesa con una cartuchera y un revólver; una de las rubias le dijo al nene:

—Piantá de acá. Me tenés podrida.

El nene se fue tranquilamente con el revólver a la vereda y Arturo quedó impresionado porque ella había dicho «podrida». Eso es algo espantoso, algo que hiede, que lanza hedor. A lo mejor tenía razón ese

Gualberto o Fredy; en Rosario tal vez había algo relacionado con el moho y la pudrición. Cuando milagrosamente se acercó a cobrar el café el mozo principesco, Honorio le dijo a Arturo:

—Debo marcharme; tú te vuelves todo derecho unas cinco cuadras y volteas una hacia la izquierda para tomar tu micro.

Cuando salió afuera descubrió que en un tramo muy extenso hasta donde alcanzaba la vista, la gente caminaba por la calle. Ésta era muy amplia y de color casi blanco; no bien salió, tropezó con una señora.

Él le dijo:

—Dispense, no fue mi intención.

La señora siguió de largo y no dijo nada; lo miró como si fuera perfectamente natural chocarse. Cuando avanzó unos metros, lo chocó a él un hombre alto y gordo; debía de ser —pensó Arturo— porque él era de muy baja estatura; debía caminar de otra forma y estar más atento. Por lo pronto descubrió que había tres corrientes de gente; una que iba en sentido de la pensión, otra en sentido opuesto y en el centro una masa fluctuante y más rara; él iba a ir con la gente que caminaba en sentido de la pensión, pero en la vereda opuesta vio una librería como nunca había visto en su vida: hasta donde le alcanzaba la vista, había libros. Cruzaría para ver qué era, iba a cruzar despacio para que nadie lo chocara. Miró para todos lados y estaba lleno de gente; cuando estaba por cruzar, se le cruzó un uniformado de azul y le dijo:

—Documentos.

—Pues no los tengo conmigo, señor, están en la pensión. Yo soy Arturo Zaldúmbide, de Portofino. Yo soy un mozo obediente y estudioso y…

—¿Cuánto dinero lleva?

—Pues ahora caigo en la cuenta de que no llevo dinero conmigo, señor; Honorio cargó con él.

—¿Estás jodiendo o qué? —dijo más fuerte. La gente se acercó y apareció otro hombre con uniforme azul.

—Pues llegué del Ecuador para estudiar, señor. Soy un mozo de buenas costumbres y en la pensión está la señora anciana y su hija que pueden…

Se acercó otro uniformado y le dijo al primero:

—Verdolaga.

—Lo llevo si hay dinero escondido —dijo y ahí mismo lo palpó delante de toda la gente.

Arturo estaba a punto de llorar. Mientras lo palpaba, empezó a decirle:

—Soy un mozo de bien, señor. Nunca he hecho mal a nadie.

—¡Cállese! —dijo el de azul. Y el otro uniformado, impaciente y en tono despectivo afirmó:

—¿No te dije, Verdolaga?

El primer uniformado le dijo:

—Salga de mi vista.

Arturo no podía moverse. ¿Cómo podría salir enseguida de su vista si ésta alcanzaba lejos?

—Vamos, rajando —le dijo.

Arturo estaba paralizado; un señor que estaba al lado lo llevó del brazo hacia el otro extremo; parecía bueno, pero ¿dónde lo llevaría? Lo llevó lejos del policía y Arturo le dijo, casi llorando:

—Le juro que soy un mozo de bien, señor, yo no he hecho…

—Está bien —dijo el hombre—, no se preocupe.

—Yo —dijo Arturo— ahora no sé dónde debo tomar mi transporte.

Y ese hombre que debía ser el arcángel San Gabriel que bajó a la tierra cuando vio tamaña injusticia, lo acompañó hasta el micro, lo encomendó al chofer y le dio un billete marrón para el pasaje. El arcángel San Gabriel cuando lo guiaba hasta el micro le dijo:

—No sé quién es usted, ni me importa; pero ese cana es un hijo de mil putas.

Ahora estaba en la cocina, donde la abuela picaba cebollas verdes. Durante esa semana, Jorge, el venezolano de Caracas, había ganado las convenciones internas; Ana había estudiado la diferencia entre el «yo» trascendente y el «yo» trascendental de Kant; el venezolano de Maracaibo había encontrado siete carencias para su lista de lo que le falta a la Argentina, y Mabel había salido con vestido blanco, después rojo, luego verde y nuevamente blanco. Solamente Arturo se quedó en la pensión, sin salir. Iba de su pieza al sillón blanco del patio, se sostenía la cabeza. Dijo:

—Abuela, me duele la cabeza.

—¿Ha visto, ha visto? Eso pasa por tomar mucha cerveza.

Protestando débilmente dijo Arturo:

—No tomé cerveza, abuela.

—La cerveza hincha la panza y se sube a la cabeza —dijo la abuela.

Picaba con energía y se dio vuelta, moviendo su cabeza como ella solía hacerlo, y le dijo:

—Veneno. Eso es lo que es.

Se dio vuelta y siguió picando, bien convencida de lo que hacía. No había nadie en la casa; el gato, libre de los habitantes, estudiaba en los rincones. Arturo, después de estarse quietecito un rato para ver si se le pasaba, le dijo de nuevo:

—Abuela, me duele mucho la cabeza.

Memorias de un pigmeo

Primera parte

Nosotros somos los pigmeos y vivimos en el país de Kivw. Kivw es el corazón de Tanata, donde ya nuestro poder se va dispersando porque somos de la familia del leopardo y los tanatas son de la familia del tigre; más allá está el reino de las arañas y no se puede pasar, las telas de araña invaden todo el espacio: no hay río, ni tierra, ni árboles. En un tiempo nosotros los leopardos fuimos más altos y más fuertes que los hombres grandes que nos rodean, pero no sabemos sembrar porque el primero que sembró, Udo, en vez de plantar la raíz, plantó las hojas. Y así el espíritu nos castigó y nos prohibió sembrar. Nos dijo que cazáramos y así cazamos al elefante de tres maneras. La primera es haciendo una fosa que rellenamos con hojas, cuando el elefante pasa por ahí, pierde pie y cae. El elefante no mira para abajo cuando camina porque su deber es sostener el aire; está atento al aire y de repente, ¡zas!, cae con todo su peso. La segunda forma es cuando el elefante va por el camino del agua: vamos cuarenta de nosotros y lo esperamos escondidos detrás del matorral, nos subimos a lo más alto del árbol, caemos todos juntos sobre él y lo matamos a flechazos. Siempre muere uno de nosotros, pero el leopardo produce más gente de su propia sustancia. La tercera manera de cazar es secreta.

El espíritu de las armas nos prohibió fabricar flechas y cuchillos, porque el primero que los fabricó, Pushu, hizo un cuchillo y lo dejó herrumbrar; después no recordó cómo lo había hecho. Nosotros les damos a los hombres de Tanata, les damos la carne de elefante y ellos nos dan flechas, cuchillos y colmillos de elefante trabajados para poder beber en ellos y para turututear en las ceremonias. Parece que antes nos cazaban y nos comían, pero ahora, por esa misma causa, ellos están mezclados de leopardo, pueden hablar y tratar con nosotros y así estamos en buenas relaciones.

Llegaron hombres y mujeres más altos que los tanatas, del país de las telas de araña. El pelo de uno de ellos es de ese color, pero el de otro es color tortuga. Se envuelven los pies con el cuero de algún animal, que no sé qué es, pero yo ya había visto al jefe tanata, pero él tenía un solo pie envuelto. Hicieron las chozas cerca de nosotros, nosotros vigilamos día y noche y organizamos turnos: hemos visto cosas sobrecogedoras. Duermen adentro de la choza y, como sus piernas son muy largas, salen de las chozas y exhiben los pies hacia el sol poniente; las mujeres buscan hierbas y ramas y los hombres cocinan, algún mal nos vendrá de todo esto. No podemos actuar hasta no saber cuál es su espíritu, o si son capaces de aparecer o desaparecer a gusto, o de meterse en nuestras chozas o en los sueños, como el que tuvo nuestro brujo, pero decidimos que era una videncia equivocada. Nuestros niños se acercaron a ellos y también el hijo de la viuda. A los niños les dieron collares, que fueron examinados por la asamblea, y al hijo de la viuda un tubo largo que echa humo si uno chupa. El hijo de la viuda aprendió a echar humo por el tubo y es una cosa tan portentosa que subió de rango aunque todavía no tiene la edad, con la promesa de enseñar a echar humo a todos.

Yo todos los días me acerco hasta la choza de ellos, porque quiero preguntarles cómo hicieron para venir, de dónde vienen, quiero tocarlos, saber para qué vinieron donde nosotros y cómo es el país de las telas de araña, pero no me animo. Llego cerca, preparo bien las preguntas en mi mente y después me vuelvo.

Por fin me acerqué y me habló una mujer en nuestro idioma, pero suena tan raro en labios de ella que cuando nombra las cosas parecen otras. Me parece tan raro que ellos, que tienen otro espíritu, se puedan apropiar del lenguaje nuestro, ni los hemos comido ni nos han comido; al elefante le dicen *fefante* y a la cebra *celebra*. Después, hablan entre ellos con palabras más o menos así *Hans, tribauss, mackassen*. Ella dijo que apreciaría mucho que los llamáramos padre y madre, pero no sé de quién son hijos, no les pregunté si procrean como nosotros: me da la impresión de que no procrean y que tampoco les importa. Como van todos cubiertos, yo no sé si

tienen sexo o no. Estuve a punto de preguntárselo, pero en ese momento la mujer me mostró una cosa asombrosa: en un espacio del tamaño de una bandeja para cocos chicos, había un hombre que luchaba con una bestia. ¡Ellos pueden reducir las cosas grandes a pequeño y están pero no están ahí! La mujer me dijo que eso no era real, que no tuviera miedo. Si yo no entendí mal, ellos juegan a reducir las cosas grandes a chicas y viceversa, y también a aplanarlas y a abultarlas a voluntad. Me explicó que en ese espacio estaba el espíritu Jorge y la fiera era el dragón, le pregunté si el dragón era el espíritu protector y me dijeron que no, el espíritu Jorge lucha contra el dragón. Pregunté si tenían dos espíritus y me dijeron que de ningún modo, añadieron que el dragón es malo, feo, dañino y traicionero. Lástima —pensé— porque me impresionó como más poderoso y seguro el dragón que el espíritu Jorge, que su cara más bien me hizo acordar a la del elefante cuando le toca sostener el aire. Me dieron fruta y me dijeron que yo era inteligente. No sabía lo que quería decir: ahora sé, es lo que nosotros llamamos experto. Tengo que cuidarme del hijo de la viuda, que los hace reír y ya está ahí con ellos como en su casa, y ellos también se ríen con él y le aprendieron el nombre. A mí el hijo de la viuda no me sonríe. Él ya les juntó un montón de cocos —es el que sube más alto al cocotero—, y ellos le regalaron una bandeja que no es de palma, parece de caparazón de tortuga. A la noche me prometí ir todos los días a la choza de esos padres y madres para ver cosas portentosas y me dormí pensando en esa palabra *inteligente*.

Ellos me regalaron una bandeja que posee unas frutas hermosas, son rojas, pero no son para comer, sólo para mirar y yo la enterré para que no se me rompa o quizá la asamblea decida que es peligroso guardarla. Cuando me regalaron la bandeja me dijeron por qué habían venido: porque su espíritu los había enviado para que nos dieran todo lo que poseían, que iban a vivir un tiempo con nosotros, que iban a seguir durmiendo en las chozas aunque las piernas les salieran para afuera, hacia el sol poniente. Ellos nos van a noticiar de sus espíritus y nosotros de los nuestros. Yo les voy a contar un poco, nomás, no sea que se vayan todos los espíritus al mundo de las telarañas y nos quedemos sin animales acá. Aprendí otra palabra: figura.

Las frutas de la bandeja son una figura, así como el espíritu Jorge y el dragón. Viene a ser que cualquier cosa puede estar encerrada en un cuadrado, grande o chico, no es peligroso porque no se mueve. Ahora el espíritu mayor de ellos no es Jorge, éste está subordinado a un gran espíritu, que no se ve ni se toca. Ellos dicen que ese espíritu nos creó a nosotros, a los tanata y a ellos y que hay muchos otros hombres sobre la tierra, con otros espíritus, pero todos subordinados al dios de las telarañas. Ellos no llaman así a su país. Me parece que cada vez entiendo un poco más de ese lugar. Ellos dicen que el dios es uno y tres a la vez. Yo les dije:

—Por la bruma no pueden distinguir.

—No —dijo el de pelo de telaraña—. Son tres y uno al mismo tiempo y el espíritu santo, cuya figura es una paloma, expresa la armonía entre el padre y el hijo.

Yo pregunté:

—¿Antes peleaban el padre y el hijo?

—Jamás pelearon, ellos existen antes del tiempo y desde entonces, desde siempre, están en armonía.

Como me dijo tantas veces que estaban en armonía siempre, le dije:

—Y si están en armonía siempre, nunca pelearon ni pelearán, lo que por otra parte es natural, ya que un hijo no pelea jamás con el padre, ¿a qué tanto señalarlo?

—Porque es un modelo de la armonía que debería reinar en la tierra, donde prima la desarmonía.

—¿Por qué prima la desarmonía?

—Porque hay guerras, hambre y crueldad. Además, cuando acá es de día, en mi país es de noche, cuando unos están despiertos, otros están durmiendo, hay gente que trabaja de noche y duerme de día. Llámame Joseph.

—Nunca lo había pensado así. ¿Un modelo viene a ser una figura?

Muy contento, Joseph se fue adentro de la choza —el culo se veía desde afuera—. Fue a buscar algo y me trajo una figura. Dijo:

—Acá está el padre, acá el hijo y acá el espíritu santo.

El espíritu santo era un ave muy gorda que él llamó paloma. El padre estaba arriba, como corresponde, con su pelo de telaraña. El hijo le pedía

algo, pero el padre no miraba al hijo, miraba no se sabe dónde. Yo sospecho que Joseph no me contó todo y es natural que así sea, pero yo sospecho que el padre y el hijo pelean, aunque Joseph no me lo haya dicho, no tiene por qué revelarlo. Cuando pelean, la paloma o el espíritu santo va enflaqueciendo; cuando se amigan, engorda y es como la vi en la figura. Después dijo que existe algo llamado «alma».

—¿La tribu tiene alma? —pregunté.

—No —dijo.

—¿La hormiga tiene alma?

—Oh, no —dijo haciendo un gesto parecido al del venado cuando no quiere comer—. Los animales no tienen alma.

—¿Y cómo llevaría su carga la hormiga si no tiene alma?

Yo le expliqué que entre nosotros cada animal tiene un alma proporcional a su tamaño, los animales chicos tienen dioses pequeños que ellos no pueden nombrar, pero es totalmente evidente en sus movimientos. Pero como Joseph viene de una región en la que no hay plantas ni animales, sólo bruma, eso no le interesó. Aunque después fue adentro y buscó como una hoja de palma muy fina y un cilindro como el cigarrillo, pero no echa humo, va produciendo unas figuras muy finas, las produce con una punta como de pata de mosca.

—¿Qué es? —dije.

—Estoy escribiendo.

Me prestó el cilindro con su punta de pata de mosca para que yo probara, pero las figuras no me salieron como a él —yo estaba amoscado.

—Si la tribu no tiene alma y los animales tampoco, ¿quién la tiene?

—Cada persona —dijo.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Las almas luchan unas con otras?

—Oh, no. El alma lucha consigo misma.

—No puede ser, una persona sola no puede luchar y además está llena de apariciones; con quién lucha el alma, ¿con el dragón?

—Con el dragón que está en su corazón. Lucha contra el mal.

—Contra eso que me dijiste, que cuando unos se levantan, otros se acuestan, el alma quiere que se levanten todos a la misma hora, pero es

imposible, porque el lagarto duerme quince horas y la tortuga seis meses por año.

—Ya te explicaré eso más adelante —dijo—. Te voy a contar ahora cosas de mi país.

Entonces me contó que ellos tienen un cuadrado que fabrica nieve, donde los alimentos se conservan eternamente y jamás se pudren, encienden en las casas, que son cuadradas, luces que duran eternamente y cruzan los ríos en barcos más poderosos que los nuestros. Yo de ese dios entendí que no quiere la pudrición: es eterno y ellos también fabrican la nieve eterna y la luz eterna.

Joseph me está enseñando a escribir: me gusta tanto que les hice escribir a todos los míos, ellos todavía no saben, pero recorren el papel con el lápiz y ya hay uno que está haciendo sopa de letras. Nuestro jefe piensa que es muy importante eso de escribir para impresionar a los tanatas, cuando comerciemos, vamos a escribir delante de ellos para impresionarlos. Pero, siendo una actividad tan importante, no cualquiera podrá hacerlo delante de los tanatas: nos designó a mí y al que hace sopa de letras para eso. Dijo que los demás pueden hacerlo, si quieren, pero deben ocultarse. Estoy fascinado y contrariado a la vez, porque no avanzo todo lo que quiero. Joseph me enseñó a escribir *El mono come cocos*, pero eso me produce cierta indignación: el mono no sólo come cocos, come hierbas, fruto colorado y hace mil cosas más que todavía no sé poner. Después quiso enseñarme a escribir *El hijo de la viuda trepa al cocotero*. Me negué de plano, porque no pienso ensalzarlo ni gastar papel para eso. Al principio, cuando Joseph me enseñaba algunas cosas, yo no entendía bien. Me dijo:

—La *a* es la primera letra del alfabeto.

—¿Por qué?

—Porque es la del comienzo.

—¿Desde el principio de los tiempos?

—Sí —dijo.

No entendí bien por qué había elegido la *a* como la primera, pero ahora obedezco a Joseph, a veces pienso que me oculta algo, pero igual obedezco y sigo adelante. Me gusta mucho escribir, porque es como hablar pero en

lenguaje mudo; es hablar sin hablar. Joseph le dijo a mi padre que estoy avanzando mucho y que, si avanzo un poco más en la escritura, sería conveniente que yo fuera a un colegio, que está más allá de los tanatas, en un lugar que se llama Kamala. Digo yo, ¿cómo sabe Joseph, que viene del país de la bruma, dónde está ese colegio que parece próximo a nosotros y nosotros no lo conocemos? Mi padre piensa que puede ser bueno guardar la memoria en un papel, porque él guarda la memoria de todo, para que los tanatas no nos estafen. Le dije a mi madre que si avanzo en la escritura iré a ese colegio y ella me dijo:

—¿Cómo sería eso?

—Dice Joseph que uno debe estar sentado largas horas en un cuadrado duro, de madera.

Ella me dijo:

—Si el banco es muy duro, te voy a fabricar un colchón de hojas con sostén en el culo y un engarzapelotas para que no se te deterioren.

—Sí, madre —le dije.

Pero está nerviosa desde que sabe que voy a ir al colegio y me mira raro, de soslayo. Le conté a Joseph lo que mi madre me quería fabricar y se rió. Dijo:

—No, al colegio vas a ir vestido, cubierto.

—¿Co, como usted?

—Claro —dijo.

Volví y le dije a mi madre.

—Madre, eso que pensaste no va. Al colegio voy a ir vestido.

Mi madre me miró con terror, como si me desconociera. Ahora anda por los rincones y me esquiva. Y yo, esa noche que supe que iba a ir vestido al colegio, no pude dormir. Primero pensaba en el nombre del lugar, Kamala, y después me acordaba de mi madre, que se había equivocado y entré en confusión. Pensaba: «Oh, dioses, mi madre se equivocó». Fue tanta mi confusión que me dormí llorando.

Joseph me compró un pantalón, una camisa y zapatos. Yo ensayo con la ropa para ir al colegio cuando estoy con ellos en sus chozas, no la llevo con los míos porque no sé qué cara pondrá mi madre. La camisa me

molesta en los hombros y se me ha roto muchas veces, pero la madre Ana, la que habla nuestro idioma, me dio algo muy hermoso: hilo y aguja de acero. La aguja de acero ata pero por dentro, y la costura es invisible. A veces rompo un poco la manga para poder coser; enhebro un hilo muy largo y voy viendo cómo se acaba. Lo que más me gusta de la ropa son los zapatos, brillan, y cuando los veo me llaman para caminar, dan fuerza a mis pies. Me duelen, pero no le digo nada a Joseph para que no me los saque. Miro los zapatos y ya inmediatamente me iría caminando más allá del bosque. Con ellos las hormigas se corren a mi paso y Joseph me prometió que en Kamala vamos a comprar un ungüento para frotarlos que les da brillo eterno. A mí me parece que la madre Ana no quiere que yo vaya a la escuela. Discutieron con Joseph y era en relación a mí, porque oía *Udo* en la conversación. Ella pronuncia *Uto*. Después de la discusión, me dijo:

—Uto, ¿tú quieres ir a la escuela?

—Sí, sí.

—¿Sabes que Kamala es muy distinto que acá?

—Sí, sí.

—¿No vas tú a extrañar?

—¿Qué es extrañar?

Ella me dijo que es sentirse extraño, no conocer a nadie, ir donde las gentes comen otras cosas, viven en una casa. Yo le dije:

—¿Cómo sé si voy a extrañar si no voy?

Después de esta charla ella se quedó contrariada —cuando está contrariada se toca la nariz— y volvió a discutir con Joseph; con los dedos iba enumerando cosas en su idioma y yo oía palabras como *Kultur* e *Identitá*.

Ayer llegué a Kamala, yo iba vestido junto a Joseph. No lo puedo creer, me parece que soy otro. Hay luces, calles, autos, vidrios que brillan, personas que dan vuelta en redondo, aparecen y desaparecen. Las personas se cruzan, se miran fugazmente a los ojos y siguen su camino. ¿Adónde irá toda esa gente? ¿De dónde obtiene alimento? ¿Quiénes son sus padres y cuál es su rango? Hay animales que me gustaron mucho, el caballo con su

carro cargado de frutas, el caballo tenía un collar plateado en la cabeza, era de rango. Vi los perros; me parecen tristes y me hubiera agarrado uno, pero Joseph dice que donde voy a vivir no permiten perros. Vi un perro muerto. «Lo ha matado un auto», dijo Joseph. Los autos matan perros y desaparecen. Vi también un puma chico, que es el que más me gustó: se llama gato. Se desliza silenciosamente y mira directamente a los ojos. Fuimos con Joseph a una iglesia donde todos están en silencio pero cada uno hace lo que quiere. Algunos estaban arrodillados, otros sentados o parados. Yo me persigné con agua bendita de un recipiente y otra gente también, todo el lugar quedó purificado con tanta gente que nos persignábamos para espantar a los malos espíritus. Los santos estaban en las paredes y le pregunté a Joseph:

—No está San Jorge, ¿por qué?

—Oh, no todas las iglesias tienen a todos los santos. Es innumerable la cantidad de santos que hay.

—¿Quién es el primero en el rango de los santos?

—No hay primero en eso, son simplemente santos.

—Pero una vez leíste un escrito que decía *Santo entre los santos*.

—Ah, son formas de decir —dijo.

Después Joseph se arrodilló y se puso a orar, tapándose la cara con las manos, se ve que hablaba con Dios eterno e invisible, oraba sin palabras y a mí me impresionó mucho verlo: no miraba nada de lo que tenía alrededor, ni visitaba a todos los santos. Vi a Joseph concentrado en su Dios y me pareció otro. Me pareció que le pedía fuerzas, cuando nunca yo vi que pidiera fuerzas a nadie. No me animé a preguntarle de qué hablaba con Dios, y ese secreto que tiene con Dios lo vuelve a Joseph misterioso para mí. También se vuelve misterioso para mí cuando veo cosas que antes nunca me había contado y no me dice cómo las aprendió ni quién se las enseñó.

La escuela no es como yo la había imaginado. Pensaba que habría una cantidad innumerable de personas que avanzaban con sus papeles, leyendo en voz alta, con un ruido perceptible. La escuela es un edificio cuadrado, como todos los de Kamala, pero oscuro, de piedra con pequeños brillos. En el frente, grabado con algún punzón en la misma piedra, se lee ORA ET

LABORA. Joseph me explicó qué quiere decir. Después se entra a algo que llaman patio, donde no se da clase: el patio tiene unas puertas de donde sale y entra gente por los costados, entran y desaparecen por algún otro lado, salen y no se ve adónde van. Toda gente de gran tamaño, van con niños que son más altos que yo; supe que eran niños porque iban de la mano de sus padres y por lo blando de sus huesos. Después de ese patio cuadrado hay otro más largo, donde había una lámina que decía PROHIBIDO ESCUPIR EN EL SUELO. Le dije a Joseph:

—¿Dónde debo escupir yo?

—En el pañuelo y, si es muy grande, vas al baño.

—En el pañuelo se mezclan las sustancias y no sé dónde queda el baño.

Joseph buscó: tampoco él sabía. Por primera vez lo vi algo perdido y me descorazoné, que no flaquearan sus fuerzas en ese colegio tan grande. Encontramos por fin el baño y traté de hacer todo lo necesario antes de entrar a clase: escupí, hice pis y otras cosas. Joseph me encendió la luz del baño y yo cerré la puerta —la luz no es eterna, se enciende y se apaga—. La encendí y la apagué muchas veces, hice andar el rollo de papel higiénico: ya lo conocía pero no había experimentado con él. Se desliza suavemente, con ruido a plumas; me limpié varias veces para sentir rumor de plumas en el culo y guardé un poco para llevarme. No terminé de estudiar bien el baño, cuando oí del otro lado una voz:

—Vamos, que llegamos tarde.

Era Joseph y parecía apresurado.

Yo me prometí que en cuanto pudiera iba a volver a ese baño para apagar y encender la luz, para hacer rodar el higiénico y para ver cómo sube el agua a la pileta. Joseph estaba impaciente y yo un poco disgustado por la impaciencia de él: íbamos sin hablar y vimos una lámina que decía PROHIBIDO ENTRAR CON LOROS Y MONOS DE MANO. Pregunté:

—Joseph, ¿qué son monos de mano?

—¡Oh! —me dijo—. Son monos muy chicos. Caben en las manos.

«Cómo Joseph si lo sabía no me lo había comunicado antes», pensé y además tuve un fuerte deseo de tener uno de esos monos, pero Joseph no me miraba; habló con un hombre muy alto, que llevaba un bonete en la cabeza, y me dijo:

—Te paso a buscar.

Él se iba a visitar a sus parientes espirituales.

La clase no es como yo había pensado; había pocas personas, unas quince; pero en contra de lo que cree Joseph, yo creo que la clase tiene alma. Eran todos niños, se veía por lo blando de sus huesos. El maestro me dijo:

—Tú, pequeño, vas adelante.

Yo me senté adelante, pero le dije:

—Aunque sea pequeño, soy el primero en ancianidad.

—Justamente, justamente —dijo él.

El maestro tiene cara de león y un cuerpo estrecho que se va desparramando en las piernas. El maestro habló así:

—A mí no me gustan los perezosos, porque la pereza es la madre de todos los vicios; ni los que dicen mentiras, porque la mentira tiene patas cortas; ni los rebeldes, porque son hijos de Lucifer; ni los ambiciosos, porque son pasto de su propia ambición; ni los tibios, porque los vomita el espíritu santo.

Cuando el maestro estaba diciendo estas portentosas palabras y no miraba con ira en sus ojos, ya que no nos miraba a nosotros sino a alguna cosa que estaba atrás de la clase y además él flotaba en un aire suave, sentí una voz detrás mío que me dijo:

—Pelao con trenzas.

El maestro siguió:

—Vamos a emprender un largo año juntos, un año de tristezas y alegrías, de triunfos y fracasos, de días de sol y de lluvia. No debemos ni amilanarnos ante los fracasos ni festejar demasiado nuestros triunfos, nuestros triunfos y fracasos nos los da el que está allá.

Ahí miró el maestro hacia arriba y yo lo seguía con la vista, cuando escuché la misma voz que me decía:

—Pelao con trenzas.

Me di vuelta y era un niño de unos diez años, nada más, a pesar de que su tamaño era grande. Tuve ganas en ese momento de escupir, pero me contuve. A partir de ahí no pude escuchar mucho de lo que dijo el maestro, porque lo único en que pensaba era si lograría llegar al fin de la clase sin

escupir o alguna otra cosa. Ése que estaba atrás mío se puso a hablar con otro en voz audible, intentaba destruir el alma de la clase. En un momento el maestro dibujó un triángulo en una pizarra, pero mucho más grande que la de Joseph, que estaba al frente. No comprendí bien qué relación había entre los triángulos y los perezosos, los rebeldes y los tibios. Cuando el maestro oyó por fin al que hablaba fuerte, le dijo con ira:

—Cállese, cuadrado.

Ahora yo pensé: «¿Por qué le dijo cuadrado con tanta ira, si todo lo que es valioso es cuadrado, las casas, las mesas, la pizarra, las láminas, las ventanas, los libros? ¿Acaso pelean contra el cuadrado, contra ellos mismos?». Tenía razón Joseph entonces cuando decía que el alma pelea contra sí misma, como había dicho, ahora entiendo por qué lo decía. Cuando terminó la clase, fuimos al patio de al lado y le dije a ese niño:

—¿Por qué me dijiste pelao con trenzas?

No dijo nada y señaló mi pelo. Él no tiene surcos en el pelo, y los otros tampoco. Mi pelo tiene franjas rapadas, como debe ser. El pelo todo unido de ellos les da un aspecto torvo, no permite la entrada de lo exterior a la cabeza. Entonces le dije «Peludo» y me fui al otro patio; llegué al borde —se ve que no se podía pasar— y vi el mono de mano. Lo llevaba una niña y ese mono tiene su pelo gris y tupido sobre su cabeza, como si se lo hubieran cortado; saltaba de la mano al hombro de la dueña y seguramente también iría a su cabeza, se deslizaba por su brazo con sus pequeñas patitas; ella lo agarraba por el cuello con dos deditos, y era como agarrar una nada.

El maestro dijo varias veces «Recreo», que es cuando se produce un desbande general. Yo me puse a la sombra de un árbol del patio. Después el maestro dijo:

—Hasta mañana.

Y justamente vino Joseph con elementos nuevos: pomada para dar brillo eterno a los zapatos, cepillo para los dientes y dentífrico.

—Ahora vamos a una pensión —me dijo.

Era un lugar para comer y dormir. En la puerta tenía un cartel que decía MERENDERO MARINA. Antes de entrar, mientras me daba un cuadrado

chiquito y duro, Joseph me dijo:

—Escucha bien esto: éste es tu documento: aquí dice cómo te llamas, acá en Kamala tu nombre es Uto Leopardi. Debes guardarlo con cuidado porque se presenta en la escuela, en la pensión y, cuando te lo piden, lo muestras. Una persona sin documento es un indocumentado, que es lo peor que hay. Ahora lo vamos a mostrar.

Entramos al merendero y estaba la dueña sentada en un banco muy alto; me dijo:

—Mi nombre es Karina Paola, pero acá todos me dicen Karim.

—Sí, señora Karim —dije.

—No me digas señora, solamente Karim.

Tenía un aire de disgusto, como si estuviera ofendida. Me anotó en un libro y le dio a Joseph una llave, colgada de un cuadrado. Dijo:

—Ahora no hay nadie, pero comparte la pieza con tres muchachos. Son gente muy bien.

Joseph le entregó dinero —a mí me parecía una cantidad muy grande de billetes—; ella no se asombró; los contó rápidamente y los guardó en un cajón como si pensara en otra cosa.

—Pieza número 15, por el pasillo —dijo.

Joseph abrió con la llave y me enseñó la llave a mí. Me dijo que no perdiera la llave, que era como el documento de la pieza. Yo aprendí a abrir enseguida y vimos la pieza, con cuatro enormes camas y bolsos desparramados por el piso. Joseph se tiró en una cama —parecía cansado —. Yo pensé que tal vez no debería haber hecho eso, porque si la señora Karim se llegaba a enterar de que él se tiró en la cama siendo pasajero, porque no iba a ser su lugar para vivir, nos echaría inmediatamente.

Mientras él se tiró, fui al baño, miré mi cepillo de dientes y me los cepillé sin la pasta, porque no la podía abrir. Con el cepillo de dientes me cepillé las uñas de las manos y las de los pies, después también un poquito los surcos de mi pelo y con algo brillante y filoso que vi ahí me corté un mechón de pelo para que Joseph le diera a mi madre. En la parte que me corté, me quedó un hueco grande, después miré bien mi cabeza en el espejo y me pareció distinta que antes: me pareció que mis surcos eran muy grandes y traté de acomodar y de estirar el pelo para cubrirlos. Pensé:

«Voy a cubrir los surcos de mi cabeza, porque total en Kamala soy otro». Después abrí la pasta de dientes con ese objeto cortante: salió una cantidad grande de algo sinuoso y de olor vomitivo. Me asusté y lo llamé a Joseph, se había dormido. Cuando vio eso se rió, le restó importancia y me hizo sentar a su lado, en la cama. Se sacó los anteojos para limpiarlos, los puso altos y los miró como si estuvieran muy lejanos. Miré sus ojos cansados: eran dos estrellas apagadas. Me dijo:

—Yo voy a volver en quince días. Confío mucho en ti y te voy a dejar una dirección para que vayas en caso de necesidad. Estoy muy cansado y debo volver a la selva.

—¿Por qué, Joseph?

—La institución me mandó a la selva y la selva me reclama; yo me debo a mi institución. Pregunta algo ahora si quieres; no pelees con nadie y estudia mucho.

—Yo te acompaño, Joseph —dije.

—No, no.

En sus ojos apagados había un brillo de lagarto. Me dio un pellizcón en el cuello y salió: me pareció que le dolían los pies, tal vez le apretaran los zapatos, me pareció que rengueaba, cosa que nunca le había visto antes y que pisaba plano como el elefante. Sin darse vuelta, desapareció por la puerta. Yo esperaba a cada momento que volviera, mas, lo veía aparecer, pero no era él; era su espíritu.

—Él va a volver —pensaba yo—. Pero que su espíritu no me abandone.

Me acosté en esa cama enorme: yo estaba muy cansado, pero no me pude dormir hasta después de un rato largo. Mis pies no llegaban ni a la mitad de la cama, las camas deberían ser adecuadas al tamaño de las personas; para bajarme de esa cama yo tenía que saltar: estaba solo y me asustaba de mi propio ruido al saltar. Miré debajo de la cama, para ver qué había, no había nada, pero que no hubiera nada me resultó más inquietante que si estuviera un cerdo echado. Finalmente me dormí, acompañado de enormes y nuevas imágenes, miraba los bolsos azules y rojos: cerraba los ojos y en el aire que me rodeaba se transformaban en grandes flores que se iban abriendo y agrandando. Me despertó un ruido de llave y un grito.

—¡Uy, uy, uy!

Era un muchacho alto, de unos catorce años tal vez, seguido por otros dos, un poco más bajos pero también altos, de la misma edad.

—Tenemos visita —dijo el alto.

Sin preguntarme cómo me llamaba, se sentaron los tres en una cama y me miraron.

El alto me dijo:

—¿Por qué no estirás un poco las piernas?

Las estiré.

—Qué bien —dijo—. Bárbaro.

Y mientras llevaba su bolso a la cama, como quien no quiere la cosa, les dijo a los otros:

—Andando.

Empezaron a tirarse las almohadas; se daban montones de almohadazos: yo miraba asombrado y sin que yo pudiera preverlo, porque hacían de cuenta que yo no existía, me tiraron un almohadazo sin mirarme. Yo le dije al alto, que parecía el jefe de ellos:

—Yo soy Uto Leopardi, no soy ningún indocumentado.

—No me digas —dijo.

Y empezó a pearse y todos hicieron lo mismo. Después hizo algo prohibido, porque había un cartel en el patio que decía PROHIBIDO ESCUPIR EN EL SUELO. Ese alto escupió.

—Está prohibido —dije—. Y el que escupe en el sueño es un rebelde.

—No me digas, pequeño —dijo.

—Yo soy pequeño pero primero en ancianidad —dije. Y mostré mi documento donde decía *Diecisiete años*.

—Diecisiete años al pedo —dijo.

Yo no sabía qué me quería decir. Después, con voz bondadosa —yo creía que había primado mi edad— me dijo:

—¿Harías una prueba?

—Sí —dije—. Enseguida.

—¿Por qué no vas a ver qué hay en el cajón de abajo del ropero?

Fui y había zapatos. Me dijo:

—¿Te sentarías un poco ahí?

—Claro —dije yo y me senté. Quedé adentro de ese enorme cajón, sólo salían mi cabeza y mis hombros, ellos seguían sentados en la cama y me miraban.

—¡Uy, uy, uy! —dijo ese Carlos. Después me cerró la puerta del ropero.

—Abrile —dijo otro.

—Sí —dijo—, pero antes debes decir «Soy un pigmeo».

—Soy un pigmeo —dije.

Después se rieron mucho de mí y me abrieron.

Me acosté en mi cama y me di vuelta hacia el ropero; ellos se pusieron a hablar entre sí como si yo no existiera; comprendí que despreciaban mi raza y no me pude dormir, me hice el que dormía, pero sentí una pena tan grande, sentí pena por mí, por mi madre, por mi padre, por mis hermanos y hasta por el mismo Joseph: el mismo Joseph no sabía todo, si hubiera sabido todo, no me hubiera puesto en ese lugar. Finalmente ellos también se durmieron, no sin grandes ruidos: en el baño, con los bolsos. Yo no me podía dormir, estaba entre enemigos, eran grandes. Todo el tiempo pensaba en que me abalanzaba sobre ellos o en que ellos se abalanzaban encima mío. Había un silencio inquietante, tenía ganas de comerlos o de que me comieran, de arañarlos o de que me arañaran. Cuando llegó el amanecer, se filtró por la ventana una luz dudosa, que no parecía presagiar nada bueno.

Encontré un gatito de corta edad en la puerta del merendero. Lo alcé y, cuando estaba por llevarlo adentro, la señora Karim me dijo, con voz airada:

—Aquí no se permiten gatos, ni perros, ni loros, ni monos de mano.

—Por favor, ¿no me daría un poco de leche?

Siempre con su cara de ofendida, ella fue a buscar un platito de leche. El gato la tomó toda, con su lengüita. Lo alcé y ella me dijo:

—Si quiere puede tenerlo en el patio del fondo, pero debe pagar.

—Cuando viene Joseph, paga.

—Joseph paga, paga tu madrina —me dijo remendándome y me guió hasta un patio que jamás había visto: ahí había un loro, otras aves, y me

dejó el platito vacío ahí.

—¿Puedo venir acá para darle de comer?

—Sí —dijo—, pero cuando crezca se queda en la casa para cazar ratas.

—Sí, sí —dije yo, no lo podía creer.

Miró al gato con desprecio y dijo:

—Tiene pinta de que no va a cazar ni un sorongo.

No le dije nada, pero pensé «Va a cazar, va a crecer, va a saltar. Además yo soy acá el primero en ancianidad y debo tener un discípulo, debo enseñarle, como Joseph me enseñaba a mí. Podría elegir como discípulo a algún compañero de pieza, pero no los quiero. Son rebeldes y ambiciosos».

Aparte de que el gato se desliza sin ruidos, tiene otras ventajas: no se pea, no escupe en el suelo ni en ningún otro lado. Una vez le oí un suspiro.

Aprendí que la tierra es redonda, que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma del cuadrado de los catetos, el número pi, las isotermas e isobaras, el meridiano de Greenwich. La tierra es redonda pero aplanada en los polos, polo sur y polo norte, donde hay hielo eterno y enorme, y no poco y fundible como el de la heladera, que, cuando se apaga, se cae a pedazos. No puedo creer que la tierra sea redonda. Hemos hecho problemas de canillas que llenan piletas abriéndolas a horas distintas y poniéndoles más o menos chorro de agua. Esos problemas de las canillas no me gustan; tanto desperdicio de agua y tanto abrir y cerrar canillas, pero sí me gustan los problemas de trenes que marchan a velocidades distintas, cuándo se cruzan y cuánto tardan en llegar. Me gustan porque he visto el tren: vi, como efectivamente plantea el problema, pasar uno al lado de otro sin chocarse, parece que se fueran a embestir porque el tren viene con toda la furia, turututeando, y, cuando se cruzan dos, uno cree que van a saltar por el aire porque casi se rozan, pero no pasa absolutamente nada. Después vi un tren que se estaba ejercitando en las vías, su ruta era corta; yo veía perfectamente al conductor y le pedí permiso para que me dejara subir; me dijo que su oficio es el de maquinista y que el tren estaba haciendo maniobras. Le pedí que me dejara subir para ver las maniobras, que, en cuanto volviera Joseph, yo le iba a hacer un regalo. Me dijo que

volviera cuando quisiera: ya fui tres veces y voy a ir en cuanto pueda: el maquinista se llama Faustino.

Aprendí también la vida del padre de la patria. A mí no me gustaría ser padre de la patria, me gustaría ser tío, porque es menos responsabilidad. Se lo dije a esos imbéciles de compañeros de pieza y ahora me llaman «el tío de la patria». No son todos tan imbéciles, hay uno que es un poco mejor, me trata bien a veces y se llama Joaquín. Yo le hago los dibujos, dibujo muy bien y ya el maestro me puso felicitaciones. Cuando mostré en la pieza mis dibujos y las felicitaciones, Carlos me dijo, con voz suave:

—¿Así que tenés un gato? ¿Por qué no me lo mostrás?

—Sí, sí —dije yo.

Yo creía que él había reconocido finalmente mi rango por la edad y por eso se amigaba. Cuando llegó al patio, agarró un palo y empezó a correr a palazos a mi pobre gato, que no sabía dónde meterse. Agarré una piedra grande y le dije:

—La tiro.

Cuando vio que estaba a punto de tirarla, huyó. Es un cobarde tarado y no le voy a hablar nunca más.

Hicimos también problemas de convertir la libra esterlina a rupias y marcos. Yo aprendí bien el valor del dinero. Necesito un poco de dinero para comprar zapatillas y alimentos mejores para el gato.

Aprendí a resolver muy bien los problemas, una vez resolví uno perfectamente, pero en vez de poner «el precio del oro» puse «el precio del loro» y el maestro me corrigió. Aprendí las razas humanas y estuve deseando que apareciera alguien de raza amarilla para ver cómo son; no vino nadie. No vino nadie de raza amarilla, ni cayó un avión para verlo de cerca, ni vino Joseph; pero una tarde llegó la madre Ana, con un paquete que contenía trozos de cerdo, preparado a la usanza nuestra, con miel silvestre. Fue una alegría tan grande para mí, que no sabía dónde meterme; a ratos me latía el corazón por la madre Ana y a ratos por el paquete. Le dije a la señora Karim:

—Ésta es la madre Ana.

A la señora Karim, la madre Ana pareció gustarle más que Joseph: la saludó con respeto. La madre Ana pagó y le preguntó a la señora Karim:

—¿Quierre un trozo de czerdo con miel?

—No, gracias —dijo ella.

Llevé a la madre Ana a la pieza y estaba Joaquín. Vio la pieza y dijo:

—Ah, muy vien, muy vien —y a Joaquín—: ¿Quierres tú czerdo con miel?

—No, gracias —dijo él.

Yo estaba produciendo un profundo impacto con esa visita.

—Vueno, Uto, ¿stas vien?

—Sí, sí. Madre Ana, quisiera manejar yo un poco de dinero.

—Verremos.

Le mostré el cuaderno y la carpeta de dibujo: todo estaba lleno de felicitaciones.

—¡Uto! —dijo y me tiró fuerte del pelo. Estaba emocionada.

Joaquín merodeaba por la pieza, como si él también quisiera recibir elogios, o alguna cosa destinada a él.

—Madre Ana, venga a ver una cosa que tengo.

Aproveché que no había nadie para decirle si era posible que yo tuviera una pieza para mí solo. No me contestó y la llevé al patio del fondo, donde estaba mi gato.

—¡Ay, qué bonito! —dijo. Pero cuando lo fue a levantar, el gato empezó a aullar como si fuera un demonio. Se había parado sobre dos patas, miraba con ojos de demonio, brillantes, y no permitía que nadie lo tocara.

—Madre, parece endemoniado.

—Ay, Uto, falta Kalcio. Vamos donde veterrinario.

—¿Qué es el veterinario, madre Ana?

—Médico de animales.

Y en la misma bolsa que trajo el paquete con el cerdo, llevamos el gato al veterinario.

En la puerta de la veterinaria había una placa cuadrada que decía:

DOCTOR ANÍBAL MARABÚ
Se atienden animales chicos

El letrero estaba hermosamente decorado con pájaros de toda clase, monos pequeños, gatos, perros. Entramos a una sala donde había otra gente esperando: una señora tenía dos gatos mellizos, vestidos; dijo que tenían gripe. Una perrita tenía un cucurucho en una oreja, que le quedaba como un bonete; yo le pregunté al dueño:

—¿Qué le pasó, señor?

—Tuvo un problema en el oído interno que le afectó el hueso —dijo.

Después vino una blanca con un gran perro negro que ocupaba casi todo el centro de la sala. Al lado de esa sala de espera había una camilla donde acostaban a los animales y lo más portentoso que vi en la veterinaria fue una señora que venía soplando algo invisible, pensé que ella respiraba dificultosamente, que estaba enferma de asma como un compañero de escuela, y que se ponía un aparato, pero no era eso. Entró y dijo siempre apretando algo en el puño:

—Pronto, por favor, es urgente.

La señora de los gatos mellizos vestidos dijo:

—Le está haciendo respiración artificial.

En el puño tenía un pajarito y le hacía respiración boca a boca, como nos enseñaron en la escuela eso de primeros auxilios. El veterinario la dejó pasar porque era una urgencia; espié y vi al pajarito acostado en una enorme camilla —cada animal debería tener una cama adecuada a su tamaño—, perdido como un puntito en esa enorme cama. El pajarito tenía dos huevos atrancados y el veterinario se los sacó. Eso contaron y yo pensé con qué herramienta los sacó: con un alfiler, con un broche para el pelo de esos que usan las mujeres, qué sé yo.

A mi gato le pusieron inyecciones de calcio, no quise mirar, pero aullaba y maullaba, la madre Ana lo sostuvo y cuando volvíamos dijo:

—Uto, ese veterrinario no quierre a los animales. A mi vuelta, te enseño a poner inyección. Practikaremos con una naranja.

—Sí, madre Ana —le dije. Pero no pensaba en ponerle inyecciones a nadie, aunque se mueran todos, ni a una naranja, ni al gato, ni a personas de raza blanca o negra. Aunque, bien pensado, le hubiera puesto inyecciones a mis compañeros de pieza, menos a Joaquín. Después ese día

se movió tan rápidamente que, de recordarlo, mi cabeza da vueltas. La madre Ana me dijo:

—Uto, voy a ver al obispo. Calle Kaluba número 34. ¿Conoces?

—Es cerca de donde maniobra Faustino.

—Primero avanzo yo y tú vienes… —miró el reloj y le dio un golpecito—, una y treinta.

Yo llevé a mi gato al patio del fondo, le di una buena porción de leche porque había pagado, y en la bolsa de la madre Ana puse el cerdo y me fui donde Faustino. No estaba haciendo maniobras con el tren; estaba sentado. Comimos el cerdo —a Faustino le gustó mucho y volvió a decirme que fuera cuando quisiera. Le dije:

—Faustino, voy a ver al obispo.

Se le amargó la cara y me dijo en tono raro:

—Gente rica.

Se quedó un momento callado, triste y torvo. Faustino tenía un perro flaco; uno de los ojos del perro parecía de vidrio.

—Faustino —dije—, hay que llevar a ese perro al veterinario.

—Los ricos van al veterinario —dijo.

Algo había pasado, yo no sabía qué era, pero estábamos tristes. Yo no sabía qué decirle y él seguía callado, no hacía maniobras y aparte yo ya me tenía estudiado eso de manejar el tren; un poquito para allá, otro poco para acá, no iba muy lejos. Y yo estaba pensando en eso de ir a ver al obispo.

Como Faustino no hablaba y yo tenía muchas ganas de irme, le dije:

—Vuelvo, Faustino.

Me hizo un gesto con la mano que podía significar «Hasta la vista» o «Por el momento quiero estar solo». En dos minutos llegué al obispado y era una casa como no había visto en Kamala, de tantas plantas que había, el jardín no se lo podía comprender de entrada, era algo para ser estudiado por partes, porque a cada mirada aparecían plantas nuevas, rincones y cosas que yo no había mirado, había zonas de luz y de sombra, como si ese lugar generase luz propia, con independencia de las casas vecinas. Oprimí un timbre y no sentí su ruido ni su resonancia. En las ramas más altas de los árboles había pájaros que se movían silenciosamente, a diferencia de las aves del fondo del patio de la señora Karim, que graznan de modo

desconcertado. Después de un rato me atendió un joven —yo creí que era el obispo—, un joven negro muy alto, que se movía con rapidez. Su vestimenta era sencilla, tan sencilla como la de algunos hombres que iban a comer al merendero de la señora Karim, pero se veía que ese joven venía de una tribu de alto rango. Pensé que habría dado sus primeras vestimentas a los otros, como me contaba Joseph que hizo San Francisco con su capa. Siempre tuve un problema con la capa de San Francisco: o era muy grande y le pesaba; en ese caso, era un alivio dividirla; o, si era común, sólo la podía compartir con personas de tamaño muy pequeño, como yo. Me sentí empequeñecido junto a ese joven alto, a pesar de que sus modales eran cordiales; era tanta su simpatía que por una parte me sentía encantado y a ratos era como si esa simpatía estuviera dirigida a otras personas, no a mí. Me llevó por distintas salas y salitas hasta donde estaban la madre Ana y el obispo. Ellos habían tomado varios cafés y una copa de licor, me extrañó que la madre Ana tomara licor porque nunca la había visto hacerlo y también me extrañó que tratara al obispo con tanta naturalidad y familiaridad; como si antes de ser monja ella hubiera tenido otra vida, por ejemplo la de una joven casadera. Pensé que la madre Ana debió haber tenido un novio antes de ser monja. Porque yo, que la había visto lavar la ropa en el río de mi aldea, cocinar en el piso de tierra, a veces la veía comer con las manos y dormir con los pies rumbo al poniente, ahora la veía cómodamente sentada, parecía menos gorda y trataba con toda naturalidad al obispo, que me pareció un hombre importantísimo. El obispo era blanco, tenía canas en el pelo, pero al verlo pude entender algo que dijo la señora Karim y en su momento no entendí: «Lleva muy bien sus años». Cuando ella lo dijo pensé: «¿Cómo uno puede llevar sus años, si los años son incorpóreos?». Cuando ella lo dijo también pensé que *años* quería decir a lo mejor cualquier otra cosa, por ejemplo *engaños*. Pero ahora, que veía al obispo, que tendría cuarenta o cincuenta años, entendí eso de llevar los años: si bien su edad se notaba, no parecía una edad avanzada. Mirándolo bien, era un poco gordo pero no lo parecía a primera vista, y hacía gestos con las manos que no le había visto hacer a nadie: de pronto las apoyaba una en otra y allí concentraba mucha fuerza, de pronto las desplegaba hacia los costados, moviéndolas muy rápidamente,

haciendo gestos como de «Eso no» y subrayando explicaciones. La madre Ana hablaba de cultura y de identidad. Ahora, pensaba yo, gente como el obispo nunca había visto por la calle, será que la gente de tanta importancia se refugia en las casas, se esconde. Pensé que era propio de la gente importante no aparecer por ahí sin más ni más; la gente importante es como Dios, que está escondido. El obispo me dijo:

—Hola, muchacho.

Después le dio un papel escrito a la madre Ana. No bien llenó el papel, de dos plumazos, llamó al secretario y ya tenía cara de estar pensando en hacer otras cosas, le tomó las dos manos a la madre Ana —estaba a distancia prudencial— y se las apretó con fuerza. A mí me dio una palmada rápida. Yo pensé que era como la confirmación, porque Joseph había olvidado hacerlo.

Cuando salimos, la madre Ana, que no se equivocaba al recorrer todos esos cuartos y encontró enseguida la salida, me dijo:

—Uto, tienes una beca.

—¿Qué es eso, madre Ana?

—Dinero para ti y otro poco de dinero de mano.

—¿Podré comprar zapatillas?

—Oh, sí —dijo ella.

Estaba tan contento que de la alegría le pellizqué un poco el brazo. Después me compré las zapatillas; mi pelo se unió y ya no tuve más surcos; esa noche me tiré el pelo para adelante, para tener un jopo.

Me dieron un cuarto para mí solo, con dos camas. A mí me gusta que tenga dos camas, porque Joaquín viene para que le haga los deberes, a veces le coso la ropa. No sabe coser, no sabe hacer ecuaciones con dos incógnitas, ni siquiera sabe lavarse bien las manos o limpiarse la nariz como corresponde; pero cuando viene, alza mi gatito, que ahora puedo llevar a la pieza si quiero, porque para eso pago bien, lo alza, lo hamaca y lo aprieta contra su cara. A veces me dice:

—Uto, ¿me puedo quedar a dormir acá?

Yo en general le digo que sí; unas pocas veces no lo he dejado: es cuando tengo que pensar en cosas importantes. Él me cuenta que cuando se

queda a dormir en mi pieza, Carlos y el otro lo zarandean y lo maltratan: temo que me pida quedarse a dormir para siempre en mi pieza; no quiero porque su presencia me impediría pensar en cosas importantes, como las de aquella noche. Aquella noche me puse a pensar en el dinero. Desde que tuve dinero, la señora Karim me trató mejor. Pero una vez oí claramente que le decía a alguien con quien hablaba «Ese pimeo (no dijo pigmeo) con su gato y sus merequetengues». Ella llamó despectivamente *merequetengues* al frasco de calcio para el gato y al tónico Bon Appetit, que es para abrir el apetito de los felinos inapetentes. Pensé: «Debo cuidarme de la señora Karim; es un espíritu doble».

Esa noche no podía parar de pensar en distintas personas, por ejemplo en Joseph. Me di cuenta de que si en vez de venir a verme la madre Ana hubiera venido Joseph, yo no hubiera conseguido la beca, además la señora Karim trató mucho mejor a la madre Ana que a Joseph. ¿Por qué sería? La madre Ana parece más joven, más dinámica. ¿Y Joseph? Tuve que reconocer con dolor que parecía un hombre pobre, con sus pies aplastados. ¿Y por qué sufro al pensar que Joseph es pobre si Cristo era pobre? A la señora Karim le gusta demasiado el dinero y a Joseph tal vez le guste demasiado poco. Entonces pensé: «A uno debe gustarle el dinero, pero no demasiado. Pero ¿cuánto es el punto en que se puede decir demasiado?». Después empecé a pensar en Faustino como en un hombre muy pobre. Había ido en esos días a visitarlo y le pregunté: «Faustino, ¿cuántos años tienes?». Y él me dijo: «No lo sé; mi papá sabía la edad de todos nosotros pero murió, y al morir él, como esa memoria era propiedad de él, nosotros no sabemos cuántos años tenemos. Yo calculo que tengo entre cuarenta y sesenta», dijo. Después le conté que fui al obispado y me dijo: «Los ricos les sacan todo a los pobres y se lo comen todo ellos; los ricos se comen a sus hijos, dejan vivos uno o dos, para muestra nomás. Toda la vida después se comen lo que debía haber sido para los hijos, a los hijos los echan a la basura y una sola persona come lo de muchos. Y ese obispo tuyo no dejó ni un hijo para muestra». Yo pensé: «¿Cómo puedo creer yo algo tan fuerte como que los ricos tiran los hijos a la basura, y más viniendo de Faustino, que le daba lo mismo tener cuarenta o sesenta años?». No se lo pregunté para no incomodarlo, pero pensé que Faustino debía ser un

indocumentado. Cuando pensaba en todas esas cosas y no me podía dormir, se echó a llover. Era una lluvia fina y persistente, que me hizo acordar a la lluvia de mi aldea. ¿Llovería en ese momento allá? Pensé que ojalá lloviera en ese mismo momento, como acá. Allá es diferente, otras cosas, otra vida. «Si allá llueve», pensé, «sé lo que están haciendo; están adentro de su choza, despiojándose amorosamente unos a otros». Recordé cómo me tranquilizaba yo cuando mi madre me despiojaba, enseguida me dormía, no como ahora, que no me podía dormir de tanto pensar. De repente empecé a pensar que estaban muertos, todos muertos en mi aldea; me dieron muchas ganas de llorar; agua afuera y dolor en mi corazón. Levanté la vista y vi que el gato se rascaba: le saqué lenta pero imperiosamente todas las pulgas que pude y me quedé dormido.

Segunda parte

Entré al curso preparatorio para ingresar al secundario. ¡Qué diferencia entre el maestro que tenía y este nuevo! El otro ya me tenía cansado con su eterno bonete en la cabeza; nunca pudimos saber qué pelo tenía y además sus eternos insultos, que eran «Cuadrado» cuando estaba irritado, «Zoquete» cuando mandaba salir de la clase y pararse en la puerta, y «Mal parido» cuando mandaba a la dirección. A mí nunca me dijo nada por respeto a mi edad pero igual, soportar tanta monótona grosería ya me estaba dañando. El maestro nuevo va perfectamente limpio y tiene su pelo tan corto y aseado que el sol brilla en su cabeza. En la clase de gramática pidió que pusiéramos ejemplos de oraciones subordinadas finales. Yo dije:

—Me compré anteojos de sol —(lo cual era cierto).

Él dijo:

—¿Anteojos de sol o para sol? El *de* indica procedencia y es sabido que los anteojos no son de materia ígnea; por otra parte podría tratarse de procedencia local, lo cual es imposible, o filiación, que ya es inaudito.

¡Qué distinto modo de corregir! Cuando corregía era como si hablara consigo mismo, como si fuera corrigiendo mientras pensara. Mientras yo lo escuchaba atentamente oí detrás mío una voz rara y gruesa:

—Es igual.

Me di vuelta y el dueño de la voz —tuve que mirarlo porque muchos de mis compañeros son nuevos— era un muchacho de pelambre rara, que hacía unos dibujos con expresión concentrada. Parecía imposible que estuviera escuchando al maestro y, sin embargo, escuchaba. El maestro siguió:

—En las oraciones finales hay una elisión que no percibimos; aun la expresión *anteojos para sol* es incorrecta; debería ser *anteojos para cubrirme del sol*. El uso determina la consensualidad del término elidido, ya que la expresión *anteojos para sol* implicaría una dirección opuesta a lo que se quiere decir.

Otra vez oí la voz gruesa y rara, un poco ronca:

—Ma sí, es igual.

Espié y estaba completando los dibujos: eran hombres con un ano notorio y mujeres con una gran ena.

El maestro siguió:

—Solamente se comprende el significado de algunas subordinadas finales con el agregado de una tácita causal visible, por ejemplo en *Me compré un paraguas para lluvia porque la lluvia moja*.

El dibujante dijo, con voz ronca:

—Para sol, sol, sol.

Volví a espiar y había dibujado una persona de estatura muy pequeña con un falo enorme, me sentí perturbado. Tuve la impresión de que ese muchacho estaba loco, por su persistencia en dibujar, sin atender como los otros pero a la vez escuchando. Cuando terminó la clase, se arremolinaron varios alrededor de los dibujos, que no sé cómo se dieron cuenta del dibujante; a mí me parecía que atendían al maestro. Lo rodearon y él explicó:

—Ésta es una mujer varonenga. (Era una mujer que copulaba con dos varones; uno por la ena y otro por el ano).

—Éste es un hombre mujerengo.

Y aparecía el mismo portento, pero con dos mujeres. Después mostró una mujer con mujeres y dijo:

—Ésta es una mujer mujerenga —y aparecía una mujer rodeada de mujeres que le hacía caricias a una de ellas.

Después había un hombre solo, de pequeña estatura, que yo había visto, pero ahora le había puesto una bufanda, con su falo erguido, el falo estaba rodeado de adornos. Los que lo rodeaban se reían mucho y le dijeron:

—Genial, Arturo.

Arturo no participaba de la alegría general, seguía serio. Explicaba todo como un experto cansado de su oficio, hablaba como farfullando, pronunciaba apenas las palabras, éstas se agolpaban. Lo curioso es que se entendía todo.

Cuando salí de clase traté de pensar en las valiosas explicaciones del profesor, pero no podía: por la calle no veía más que mujeres varonengas y hombres mujerengos. Mi vista no cesaba de atravesar sus vestimentas y las personas tenían para mí el mismo aspecto que las figuras de Arturo, no tenían la cara bien delineada ni resaltaban los ojos, espejos del alma; todos me parecían monos vestidos, además había una especie de equivocación en el hecho de que estuvieran vestidos. Recordé que en la aldea íbamos desnudos pero nos conocíamos perfectamente, el vestido debía ser una precaución en los lugares donde se acumulan muchas personas, que pueden ser mujerengos, varonengas o vaya a saberse qué. En las caras de las personas que veía por la calle, sólo notaba ansias de pearse y cosas similares y los imaginaba hablándose unos a otros con esa voz farfullante de Arturo. Pensé «Me voy a volver loco y voy a terminar mi vida como el viejo del arroyo de Kamala, que se arremanga los pantalones, se sienta al lado del río y se pasa el día hablando solo junto al agua». Cuando llegué a mi pieza examiné mi sexo, que como bien explicó el profesor de botánica, es una flor. Él dijo: «La flor es un sexo y por lo tanto el sexo es una flor». No había pensado yo otra cosa al respecto hasta ese momento: pero toqué mi sexo y se distendió, y lo que antes era un experimento con sensaciones localizadas se volvió un desconcierto total. Me sentía sin ojos; estaba desasosegado, me sentía solo. Traje al gato a dormir a la pieza, pero esta vez con órdenes severas de que se colocara quieto junto a mis pies. Cuando lo vi sentado, dormité un poco, me desperté y no lo vi a mis pies. Pensé «¿Estaría debajo de la cama?». Siempre se ponía ahí y yo muchas veces, cuando me despertaba, me agachaba para ver si estaba debajo de la cama. Esta vez me agaché y pensé «¿No estaré loco al hacer eso? ¿Será normal controlar dónde está el gato? ¿Con qué frecuencia revisa eso la gente normal?». Miré y efectivamente estaba abajo, sin percibir mi cambio de pensamiento. A esa altura ya tenía tanto sueño que me dije: «Si estoy loco, paciencia».

Volvió Joseph. Traía una bolsa vieja, de abuela pobre que va a la feria. La bolsa estaba hinchada. Le pregunté:

—¿Te duelen los pies, Joseph?

—Sí, sí —dijo, como si el hecho no tuviera la menor importancia, mirando a algún lugar lejano con los ojos como de pez muerto. Sus ojos se veían más chicos y él más encorvado.

—¿Vamos a comprar zapatillas?

No dijo ni sí ni no, hablaba del calor y sus consecuencias, noté que pronunciaba mal, como si le costara hablar. Resolví por mi cuenta lo de las zapatillas, le dije:

—Salimos.

Me siguió y quiso ir a toda costa con su bolsa, no pude persuadirlo de que la dejara en la pieza. Cuando entramos a la zapatería, un vendedor alto y bien vestido preguntó:

—¿Qué número?

Joseph no recordaba qué número calzaba.

El vendedor miraba, escrutador, y sin decir nada, aproximó tres pares tentativos. Cuando Joseph se sacó los zapatos, se daba golpes en los talones para empujar mientras decía cosas que no venían al caso. El vendedor tuvo que hacer tanto esfuerzo para sacarle los zapatos, que estaba disgustado. Cuando por fin salieron, aparecieron los pies de Joseph llenos de llagas, cosa que no parecía afectar al dueño; cuando estuvo descalzo, suspiró un poquito y extendió los pies hacia adelante y hacia arriba, esperando las zapatillas. El vendedor dijo:

—También, sin medias. El calzado que usa no es apropiado para su pie.

Lo dijo en tono de desprecio y de mando y a mí me dio vergüenza. Joseph actuaba como si los pies fueran de otro y los reproches también para otro. Yo pagué las zapatillas y antes de irnos de esa zapatería ordenada y bien organizada, Joseph abrió la bolsa —creí que pondría las zapatillas en ella— y sacó una estampita. Se la extendió al vendedor, que le dijo:

—No, gracias.

Me la dio a mí, que la guardé sin mirarla. Quería salir rápido de ahí. Cuando salimos, empezó a dar estampitas a todos los que vio; en general se escabullían. De repente nos rodeó un grupo de chicos: empezaron a sacar estampas de la bolsa, las revoleaban por el aire, y vi a uno más

grande que merodeaba, estaba a punto de sacarle la bolsa a Joseph. Él parecía feliz con todo ese revuelo, pero yo estaba disgustado. Le dije:

—Vamos a mi cuarto.

Le ordené la bolsa, puse las estampas dentro de una caja y le ventilé unos calzoncillos agujereados que parecían atravesados a balazos; separé una torta de mandioca que había traído para el viaje y no comió, estaba deshecha. Se había recostado y miraba al gato. De repente, moviendo un solo dedo, le dijo:

—Pi, pi, pi.

El gato primero miró; la segunda vez que Joseph repitió la gracia, miró para otro lado, como si tuviera otra cosa para hacer. Yo tenía muchas ganas de hablar de cosas importantes con Joseph, como hablábamos antes. Dudaba en preguntar, finalmente le dije:

—Según tu opinión, ¿el sexo es cosa de Dios o del demonio?

—Depende —dijo.

—¿Depende de qué?

—Pa' buenos fines, bueno. P'al matrimonio, pa' la procreación, bueno; pa' la lascivia, malo.

—¿Y si hay lascivia en el momento de la procreación?

—Entón no se llama lascivia porque está santificado po' lo' fines. Se llama justo deseo.

Pronunciaba mal.

—¿Y no puede haber justo deseo fuera del matrimonio?

—Eso se llama extravío —dijo—. ¿Hay café?

Le traje un café y lo tomó contento, como si fuera una golosina; no parecía interesado en el tema del sexo. Le dije:

—Joseph, me quiero confesar.

—Venga —dijo.

—Tuve malos pensamientos.

—¿Con chicos o con chicas?

—Con todas las personas que vi por la calle.

—Entón reza tre padre nuestro y tre ave maría a la virgen.

Todo esto dicho de modo rápido y farfullando. Después preguntó.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Me duermo un poquito —dijo. Y ahí terminó mi confesión. ¿Era posible que un asunto que a mí me había atormentado tanto se resolviera de manera tan simple, que fuera tan fácil y que él no le otorgara ninguna importancia? Tuve la sensación de que tal vez él no me había escuchado bien, quizá estuviese un poco sordo. Me pareció una equivocación haberme confesado con él. Cuando despertó de dormitar, le dije:

—Debes ir a ver a un médico.

—¡No, médico, no! Yo me entiendo, yo me entiendo.

A la noche se durmió temprano, mientras yo estaba despierto pensando en muchas cosas: Joseph ya no era el de antes y esa indiferencia de él, que no era realmente indiferencia, sino que era como si hubiese entrado en una región de niebla, donde tal vez viera cosas que no quería o no sabía contarme, me llenaba de irritación, de angustia y de compasión. Cuando miraba sus calzoncillos agujereados, su bolsa vieja, primaba la irritación. Cuando recordaba la confesión que había hecho, me desconcertaba y me angustiaba; hubiera deseado que me diera más penitencia; eso que me dio era muy poco. Cuando lo vi dormido, sin saber todo lo que yo estaba pensando —dormía de costado mirando para donde estaba yo, con un brazo apoyado en la almohada—, sentí pena. Me dormí tarde y me despertaron unas vueltas de Joseph por toda la pieza.

—¿Qué pasa? —dije.

—Me tengo que ir. Ya me tengo que ir —decía.

—Es temprano —le dije—. Faltan tres horas para tu vapor.

—Quiero estar temprano —dijo.

—¿Tienes un reloj?

—No, no, reloj, no.

Me acordé en ese momento de un hombre de mi aldea, Umiro, que tendría la misma edad de Joseph, también quería levantarse temprano; toda vez que lo lograba, empezaba a alborotar mucho más fuerte que Joseph; lo corrían, lo ataban y seguían durmiendo. Le decían «Urraca». Tenía ganas de hacer lo mismo con Joseph: iba a llegar a la aldea en hora de descanso; no había nada para hacer. Le pregunté:

—¿Qué necesidad de ir temprano?

—Me acueto temprano.

—Bueno, entonces vamos a pasear un poco.

Cuando se lavó la cara se dio fuertes golpes como para espabilarse y salimos. Miró con atención un negocio de venta de caramelos y de repente se paró extasiado ante la vidriera de la relojería: eran las nueve de la mañana y todos los relojes, grandes y chicos, estaban dando la hora; unos eran despertadores, otro grande daba campanadas y un tercero, de todos colores, tenía un pájaro cucú que salía y entraba.

—¿Te gustaría un reloj, Joseph?

No me dijo nada; sonrió de oreja a oreja y entramos. Le compré un reloj pulsera barato y chico; se lo puso enseguida; a cambio del reloj, abrió la bolsa para regalarme otra estampita y le dije:

—Ya tengo una.

Insistió tanto, casi ofendido, que la guardé sin mirarla. Era temprano todavía para su partida, pero yo debía ir a clase. El vapor ya estaba preparado y quieto desde hacía rato. Lo encomendé al conductor y Joseph me dio un beso en cada mejilla; quedó lo más contento en el vapor. Me volví sin mirar y cuando hice una cuadra de camino, involuntariamente, me di vuelta para mirar al vapor; Joseph estaba haciéndome grandes señales con un pañuelo del tamaño de un repasador, movía el pañuelo como un señalero que despacha al tren, como si hiciera cruces con él: lo saludé con la mano en alto y ya entré en la ciudad. Puse mi mano en el bolsillo del pantalón y noté algo que no recordaba qué pudiera ser. De repente me sonreí, ya sabía qué era: las estampitas.

Por suerte la profesora de geografía se accidentó y debe estar en cama tres meses, agarraba un puntero grueso como un garrote y asestaba garrotazos en el mapa a todos los puntos del planeta. Además nos amenazaba con el agujero de ozono y con la cantidad de chinos que hay en China: decía que si todos los chinos llegaran a saltar al mismo tiempo, cada uno en su casa, la tierra entera se resquebrajaría. Yo rezaba a la noche para evitar que esa idea se les llegara a cruzar por la cabeza a los chinos. La nueva profesora se llama Gabriela, es más joven; medirá un metro con ochenta centímetros; es sumamente alta y sus cabellos rubios caen pudorosamente

sueltos sobre sus hombros, que cubre con vestidos sencillos; sus ropas y sus zapatos pasan inadvertidos. A veces recoge su cabello con una hebilla y se ve que lo hace cuando lo tiene un poco alborotado y me da la impresión de que hubiera dormido en una cama de pasto. Sus largas piernas son derechas, con las rodillas un poco gordas, sus piernas irradian bondad y los movimientos de sus manos, sensatez. Ella no sólo nos habla de geografía, del intercambio comercial entre distintos países —nos explica cómo unos países explotan a otros—, también nos da consejos útiles para la vida, para cuando nos casemos; por ejemplo dijo que en relación a los hijos no es importante la cantidad de tiempo que se está con ellos, sino la calidad; yo apliqué ese consejo con mi gato: cuando estoy con él lo hago ejercitar en salto en alto, lo reviso cuidadosamente y le doy normas, para que perciba la diferencia entre que yo esté y no esté. A ella le preguntaron si era señora o señorita y dijo «Llámenme simplemente Gabriela». Se preocupa por lo que piensa cada alumno y por la vida cotidiana. En una oportunidad, Arturo, el que se sienta detrás mío y hace dibujos inconvenientes, mientras ella hablaba de que no hay culturas superiores e inferiores, sino simplemente diferentes, y nos explicaba por qué debemos respetar lo diferente, él lanzó una especie de gemido:

—¡Ay!

Ella le preguntó, preocupada:

—¿Te sucede algo, Arturo?

—Nada, nada —dijo él.

Ella, solícita y dulce, dijo:

—Pensé que te sentías mal.

Y siguió hablando de la negritud, de la africanidad, de la belleza de la raza negra y de cómo los negros de Estados Unidos llevan un matorral muy grande y alto de pelo para reafirmar la fuerza y la belleza del pelo ondulado, propias de nuestra raza. Yo voy muy bien en geografía porque la materia me gusta mucho, busco en el diccionario los nombres de los productos que los países se venden entre sí; yo no sabía lo que era el basalto, el propetileno y el feldespato. Para estudiar mejor la materia me fui a la biblioteca escolar que funciona en un patio al aire libre. No me gustó esa biblioteca porque las mesas de lectura están llenas de mosquitos

zancudos y de moscas del tamaño de una abeja; me fui a la biblioteca municipal, que tiene aire acondicionado, mejores libros y más silencio. Yo le preparé clases especiales a ella, ella se apoya en mí buscándome con la vista en la clase, y cuando pregunta algo difícil que nadie sabe me mira a mí; como yo contesto concretamente, ella dice:

—Como siempre, Uto, muy bien.

Percibí los otros días que Gabriela estaba enojada o, por lo menos, contrariada. De ningún modo su contrariedad se manifestaba como la de nuestro maestro de la escuela elemental, que daba puñetazos sobre la mesa mientras decía: «Y te lo aprendes y te lo estudias». Tampoco su contrariedad era como la de la profesora de geografía anterior; ésta, cuando se enojaba, hablaba de la falta de recursos en el planeta por la cantidad de gente que nacía continuamente y decía: «Mucha superpoblación, mucha superpoblación», y al rato decía: «En esta clase hace falta aire, abran las ventanas». Gabriela no: percibí que estaba contrariada por el tono de voz. Nos dijo amablemente que dialoguemos, como siempre, pero parecía que su mente estuviera en otro lado, me daba la sensación de que nos iba a abandonar. Se le cayeron al suelo las hojas y la lapicera —varios corrimos a recogérselas y yo no pude llegar primero para hacerlo—. Su cara estaba opaca y su pelo sin brillo, pero aun estando fea era linda. Al verla así recordé lo que Joseph me decía del alma, que combate consigo misma: ella estaba llevando a cabo un combate con su alma y con sus pensamientos y se retraía en función de esa tarea. Ahora, qué problemas podría tener una mente tan clara como la de ella, no lo pude saber. Hubiera deseado decirle algo pero no encontraba palabras posibles, regalarle alguna cosa, pero no guardaba en mi bolsillo más que una de las estampitas de Joseph y el regalo me pareció inapropiado. Me puse a pensar en Joseph, en cómo se había ido; quizá allá estuviera enfermo y a lo mejor él no le atribuía ninguna importancia y los demás tampoco. Pensé en cómo se apodera de nosotros la tristeza o la sensación de ser muy pequeños —yo creía que eso me pasaba sólo a mí, debido a mi tamaño—. Pero Gabriela, tan alta y grande, parecía justamente empequeñecida. Cuando salimos de la clase miré a mis compañeros, incluso a Arturo, que no hacía más que

chistes y dibujos inconvenientes y percibí que cada persona está asentada sobre un tembladeral. Cuando llegué a mi pieza, estaba Joaquín tirado en una cama, tranquilo, sin nada para coser ni para aprender ni para decir. Estaba tan tranquilo, pasivo y confiado, que su presencia no condecía con los pensamientos que yo tenía en ese momento. No sé cómo, le dije:

—Joaquín, quiero estar solo.

—¡Uto! —dijo con voz protestona de chico.

Tenía que estar solo para pensar.

Ese espíritu de pensar me duró varios días, no hablé con Joaquín, ni en la escuela, ni con nadie. En la clase de Gabriela no respondía ni me adelantaba para contestar, me aferraba a mis apuntes. Cuando volvió Gabriela después de esos dos o tres días en que anduvo como traspapelada, apareció —cosa insólita en ella— un poco pintada y con el pelo arreglado por manos expertas; yo le guardé rencor. No podía entender qué me pasaba, si justamente lo lindo agrada; esa clase en que vino pintada se lo pasó todo el tiempo hablando de la construcción de un camino de Kamala a Buru con tanto entusiasmo y además, cosa rara en ella, con términos técnicos, como si hubiera estado hablando con algún entendido y además como si ella misma fuera a construir el camino. Contó lo que costaba, la cantidad de operarios, las ventajas de la ruta y yo me preguntaba con cierto fastidio si valía la pena perder una hora en un tema tan específico, cuando siempre habíamos hablado de los centros de producción, del consumo, de cultura y de identidad. Cuando estaba por terminar la clase y yo había hecho rayas en mi hoja porque no encontraba qué anotar y ella explicaba con pasión inaudita por qué iban a hacer el camino de piedras y no de asfalto, Arturo hizo algo espantoso. Sin que nadie ni yo nos diéramos cuenta, agarró mi libro de geografía y se lo estaba mostrando a dos o tres, y cuando ella salió, le puso el libro a la altura de sus ojos. Estaba abierto en una hoja que recuerdo muy bien, porque había estudiado arduamente: trataba de los ríos de Rusia: Obi, Yenisei, Indiqirka y Kolima. Al lado del nombre de los ríos, yo había anotado su nombre: *Gabriela*. No sé si ella alcanzó a ver lo que yo había escrito en el libro, pero la sola sospecha me producía odio hacia ella. Cuando ella se fue y empezó el recreo, me subí sobre las piernas de Arturo, del mismo modo como nos

subíamos al elefante para cazarlo, y le mordí el sexo. Se quedó pálido, haciéndose el que no pasaba nada y después hizo una mueca como de risa. Todos enmudecieron porque le di su merecido. Me fui antes de que terminaran las clases, solo, lleno de indignación y de humillación y para colmo cuando llegué a mi casa la señora Karim, que es un espíritu doble, y entonces pensé «Como todas las mujeres», me dijo:

—Uto, ese animal suyo está sin comer —y después añadió con sorna, con falsa preocupación—. ¿No se me estará enamorando?

No le contesté nada, me fui a mi pieza y le di un plato de leche al gato, volqué la mitad en el suelo. Primero el gato no la tomó porque creyó que le había tirado el plato a él, pero cuando la leche se estabilizó empezó a tomarla con tanta avidez que me dio más rabia; junté toda la ropa que yo mismo había lavado, la tiré al suelo y empecé a pisotearla y a saltar sobre ella; no podía parar de saltar. Quedó un bollo de ropa pisoteada; le di fuertes patadas y lo mandé a un rincón. Estuve a punto de romper una cajita que había comprado, me contuve, me tiré en la cama y me puse a respirar profundamente porque me faltaba el aire; era como si no pudiera absorber normalmente el aire de afuera y, si no lo hacía, iba a enloquecer para siempre o iba a morir. El gato me miraba refugiado en un rincón, muy asustado pero también con deseos de no perderse el espectáculo, no paraba de mirarme, y la furia quería volverme otra vez. Entonces le dije:

—¡Mire para otro lado, carajo!

Entonces maulló y se metió debajo de la otra cama.

¿A quién iba a contar yo lo que me pasaba? No hacía más que caminar y caminar y el espíritu de Gabriela me acompañaba constantemente, a veces como una forma luminosa, otras diciendo algunas enseñanzas, como si estuviera dando clase, o en silencio, sentada. Se me aparecía en los momentos más inesperados, por ejemplo en la clase de solfeo, o cuando agarraba al gato para alisarle el pelo, el gato percibía que mi mente estaba en otro lado y bajaba dando un respingo.

En la calle principal hay un negocio que vende botones y cosas pequeñas, tiene un cartel que dice GABRIELA. Cuando pasaba por ahí, aunque estuviera pensando en otra cosa, el cartel atraía mi mirada. Sin

haberme percatado, de repente aparecía el letrero, me latía fuerte el corazón y me daba no sé qué esperanza o presagio. Caminando y caminando, mis pies me llevaron donde estaba Faustino. Mis pies, porque no era mi intención ir a verlo. Faustino estaba sentado en un escalón que da a la vía, fumando. Tenía el aspecto de estar ahí desde hacía tiempo y no parecía dispuesto a hacer cambios con el tren; si uno no le conociera el oficio, hubiera creído que se había refugiado junto al tren para siempre.

Me miró y dijo:

—¡Cómo has pelechao, Uto!

—No sé…

Tocó mi pantalón con admiración y entendí que hablaba de la ropa.

—Te tiene bien ese bispo tuyo.

—Faustino…

—Buenas tardes, primero.

—Sí, buenas tardes, Faustino. Te quiero contar una cosa.

—Venga.

—Faustino, yo me enamoré.

—Te han puesto un yuyo.

—No, no, es mi profesora de geografía.

—¡Ah! —dijo medio desconcertado—. Y ella es de… de tu…

Dijo haciendo un gesto para señalar mi tamaño.

—No, no, ella es muy alta.

—Uto, eso del amor no esiste, esiste pa' los ricos y es cosa de películas, como una vez que fui al cine y se namoran, que es que van p'acá , vienen p'allá, se encuentran y dispués se pierden, como juego de escondidas. Yo soy hombre pobre y no sé de esas cosas. Supe tener una mujé, yo la pedí a la madre pa' casarme. Le dije:

»—¿Ella cómo se llama?

»—Pastora —me dijo la madre.

»—¿Pastora sabe cosé?

»—Sí —dijo la madre.

»—¿Sabe cociná?

»—Sí, sí.

»—¿Sabe lavá?

»—También.

»—¿Come mucho?

»—No —dijo ella—, qué va comé mucho. Es un pajarito.

»La vi a la Pastora y no parecía pajarito. Yo confié en la palabra —siempre confío en la palabra— y le dije:

»—La llevo.

»La madre le dijo:

»—Portate bien con el señó Faustino.

»Como estaba asustada, al comienzo todo venía bien. Dispués entró a levantarse de noche, abría la heladera —en esos tiempos yo tenía heladera — y comía todo lo que estaba adentro. Cuando escubrí yo le dije: "Usté no es una mujé, es un chancho".

»La devolví y no supe tener más mujé. Todas comen mucho.

Yo sabía que no tenía que ir allí. Mis pies me llevaron, mi cabeza me decía que no fuera. En ese tiempo mis pies y mi cabeza no se ponían de acuerdo. ¿Cómo me iba a entender Faustino, que seguramente estaba indocumentado, que no sabía si tenía cuarenta o sesenta años, que en vez de *mujer* decía *mujé*, y ni siquiera eso se le entendía bien, cómo iba a entender algo tan difícil como lo que me pasaba a mí?

Me puse a caminar junto al río y empecé a pensar. A Gabriela nunca la había visto por la calle y al obispo tampoco. Sí, era como yo pensaba, las personas importantes no aparecían sin ton ni son, no daban vueltas por ahí o quedaban fijas en un lugar como zapallo sentado. Como ahora lo estaba el loco junto al río. Yo siempre cuando iba al río pasaba lejos de él, como si el río de algún modo fuese de su propiedad, pero esta vez me acerqué para ver qué hacía. Había lavado su camisa y la había tendido en el pasto, quién sabe en qué momento porque parecía estar sentado desde hacía mucho tiempo, me vio pero no me miró, como si no quisiera verme pero sin desviar la vista para evitarlo. Decía algo que no estaba dirigido a mí. Me di cuenta de que, aunque estuviera siempre, siempre sentado al lado del río, igual estaba tan oculto como las personas importantes. No se sabía cuándo comía o cuándo lavaba, pero lo hacía, se desperezaba como si tuviera algo para hacer que no se sabía qué era. A lo mejor tenía algo para

pensar, como yo. Cuando pensé en todo eso, las personas importantes, como Gabriela y el obispo, se me aparecían como obedeciendo a leyes diferentes, desconocidas para mí, que nunca iba a comprender ni falta que me hacía. Yo, en adelante, iba a hacer como el loco del río: iba a estar y a no estar. Cuando decidí eso se apoderó de mí como una lástima, como si estuviera cometiendo un error, como si fuera a sufrir un castigo por ese propósito, pero no lo podía evitar. Recordaba algo que habíamos leído en clase, una lectura que hablaba de un chico, *Está presente, pero está ausente*, siempre me había llamado la atención como acertijo. Ahora lo entendía de otra manera y lo iba a aplicar. Así las cosas, yo podía entrar a cualquier lado que quisiera, a lo primero que viera, y, como lo primero que vi era una taberna, allí entré. Entré sin mirar a nadie y me senté. Vino el mozo, un hombre alto, con una bandeja, y me dijo:

—¿Qué se sirve?

Miré qué estaban tomando en una mesa lejana. Dije:

—Un vaso chico de vino.

Al mozo le pareció perfectamente normal mi pedido, no sabía que yo no había entrado nunca a una taberna. Miré al mostrador y había un grupo de hombres altos discutiendo acaloradamente. Yo estaba en una mesa retirada y al principio no me vieron porque estaban en lo suyo: las personas extrañas no contaban para ellos y se notaba que pasaban mucho tiempo en la taberna, se servían agua y vino ellos mismos y el cantinero lo permitía. Yo estaba tranquilo: era visible pero a la vez invisible. De los hombres del mostrador, uno estaba vestido como un obrero, el que estaba a su lado estaba bien vestido y se podría decir que era elegante, había otro muy callado y mayor con aspecto de persona sufrida y decente, y otro, gordo, con una gran panza y un traje a cuadros de todos colores, parecía un payaso hecho y derecho… Yo pensaba «¿Qué relación hay entre ellos, qué pegamento los une?». No me pude dar cuenta y cuando el mozo me trajo el vino me dediqué a celebrar la primera vez que tomaba vino en la taberna. Yo había tomado un poco, con las comidas, en la casa de la señora Karim, pero nunca solo, en una taberna y sin comer. Tomaba tragos muy chicos, para que no se me gastara pronto y a cada traguito esperaba que sucediera algo extraordinario. Y sucedía. Me dejé de interesar por los hombres del

mostrador y me empecé a sentir importante, dueño de mi vida y de mis actos. Pensé que, si quería, podía hacer cualquier cosa: acercarme a los hombres del mostrador, o tal vez tomarme todo el vino de esas botellas que estaban cuidadosamente apiladas en los estantes, o quedarme tranquilamente solo pensando en lo que me diera la gana. Mis pensamientos se iban haciendo cada vez más poderosos y yo iba adquiriendo una fuerza maligna, podía pensar públicamente en lo que quisiera, nadie se enteraría. Podía pensar en Gabriela si quería, pero ese pensamiento no se me imponía como en la calle o en la pieza, acá en la taberna yo lo elegía, podía también pensar en alguna otra cosa, yo era el dueño de mis pensamientos. ¿Cómo no había descubierto antes algo tan portentoso? Antes había estudiado tanto y con tanto entusiasmo para tener pensamientos y ahora veía que en un momento se me formaban pensamientos maravillosos con sólo tomar un vaso de vino. Sí, eso era mejor que el estudio. Lo llamé al mozo y dije:

—Otro vino.

El mozo me miró y un hombre del mostrador me miró también. Entonces le dije:

—¿Puede ser un poco más chico?

Me trajo un vasito muy chico, lo que me alegró, de esos vasitos podría tomarme dos. En adelante iba a tomar siempre en esos vasitos chicos, que eran como para bebedero de palomas: yo era una paloma que precisaba vino. Cuando tomé el primer vasito recordé una tarde en que no había hecho otra cosa que estudiar el régimen de lluvias y los afluentes del río Kamasha. Y ahora ese estudio me parecía tan lejano, como si lo hubiera hecho en otra vida.

Me tomé otro vasito y vi que todas las cosas centelleaban y titilaban, pasé atravesando la región de los hombres altos del mostrador —me pareció que tardaba mucho tiempo en llegar hasta allá—, le pagué al mozo en el mostrador, y miré a esos hombres como si fueran inexistentes, y me fui.

Cuando iba para la escuela al día siguiente, mis pies me querían llevar a algún otro lado. Como no se me ocurría dónde ir, entré de mala gana a la

escuela, me senté en un patio donde no iba nadie y empecé a revisar conocimientos pasados. Me había olvidado de la mitad de las cosas que tan arduamente había aprendido. Recordaba una tarde en que había estudiado con tanto esmero la ley de Boyle Mariot. ¿Qué era? No me acordaba. Me acordaba solamente de que esa tarde yo había comido dos manzanas. También me acordaba de otra tarde en que estudiaba paseándome por la pieza la clasificación de las hojas por su forma. Pero ¿qué era una hoja lanceolada? No me acordaba. Finalmente era tanto lo que había olvidado, que me dije: «Ni soy sabio ni quiero serlo». Cuando llegó la clase de Gabriela, yo estaba distraído: ni atendía lo que ella decía, como hacía antes, ni siquiera la miraba a ella. Total, todo lo que me fuera a enseñar lo iba a olvidar y ese pensamiento me produjo irritación contra ella. Cuando preguntó como siempre, como si se asegurara:

—¿No es verdad, Uto?

—No sé —dije.

Me miró preocupada y dijo:

—¿Estás atendiendo, Uto?

—No —dije tranquilamente.

—A la salida hablamos —dijo.

Cuando dije que no estaba atendiendo se produjo un silencio completo en la clase y al ratito Arturo me dijo, admirativamente:

—¡Uto viejo y peludo nomás!

Yo a eso no le di la menor importancia, como de quien venía. Cuando salimos ella me llamó aparte y dijo:

—¿Qué te pasa, Uto?

—Nada —dije.

—¿Cómo nada? ¡Nunca has estado así!

—No —dije.

—¡Tanto interés que ponías en mi clase! Recordá que sos dueño de una beca, es un honor.

—Puede ser —dije.

—Además hablé con la madre Ana que viene a renovarte la beca.

Eso que me dijo me llenó de asombro y de furia. ¿Cuándo había hablado ella con la madre Ana si no vino? ¿O acaso venía al pueblo y

hablaba con otras personas a mis espaldas, precisamente de mí, sin visitarme y sin decírmelo? Pregunté como quien no quiere la cosa:

—¿Vino hace poco la madre Ana?

—Sí —dijo ella tranquilamente—. Estuvo la semana pasada y viene el lunes.

—No quiero la beca —dije.

Ella tuvo un asombro tan grande por lo que dije, que se le cayeron los libros y las hojas, me miró como si yo hubiera perdido la cabeza o fuera una aparición. Yo estaba asustado por el efecto que habían producido mis palabras, como si se tratara de un cataclismo, pero a la vez estaba intrigado por saber cómo seguiría eso. Entonces ella empezó a darme una serie de consejos sobre el estudio, la vida y otras cosas; sólo me llegaban palabras sueltas ya que apenas escuché, seguía intrigado por lo que yo había dicho y en vez de escuchar lo que ella me decía, percibía que ahora ella había cambiado de expresión, estaba tranquila como siempre y pensé que se le habían caído las hojas porque era atolondrada. Además era uno de esos días en que no estaba linda y no la vi como antes, que cuando estaba fea me gustaba igual. Pensé que estaría con el período menstrual o algo así, en que parece que a las mujeres se le caen las cosas porque la afluencia de sangre las marea y las pone en babia. Después que habló otro rato no sé de qué, me dijo:

—Debes pensar bien.

—Sí —dije.

Y me dije a mí: «Ya lo tengo pensado». Otra vez tuve sentimientos malignos muy fuertes que no se disiparon en la calle. Cuando llegué a mi pieza estaba Joaquín y le dije:

—Aire.

Se fue como un cordero asustado y no tuve la menor piedad de él.

Cuando estuve solo, mi cabeza era un torbellino, mi alma peleaba consigo misma. Todavía resonaba en mi cabeza la voz de Gabriela que decía «Uto» espantada, recordaba todas las hojas que se le habían caído, pero eso no alcanzó para detenerme: la voz de Gabriela me prefiguraba lo que haría después. Agarré todos los libros y los cuadernos; el de biología con sus hermosos dibujos; el de geografía, con sus mapas donde estaban

en letras gruesas las localidades grandes y en letra más fina las pequeñas —yo había buscado Kamala varias veces para ver si estaba pero no la encontré— y el libro de lectura, donde había aprendido tantas cosas que me habían parecido portentosas, los tiré a todos al centro de la pieza para pisotearlos, pero empecé a patearlos hacia todos los rincones. El gato se subió rápidamente encima de la cama y estuve a punto de pegarle. Lo vi sentado sobre su culo, quieto, inerme, sin ninguna capacidad de ayuda o desaliento para lo que estaba haciendo y le dije «Imbécil». Me produjo un desprecio tan grande esa pobre cosa que dependía de que yo lo alimentara, que abrí la puerta y lo eché al patio, para no pegarle. Puse los libros en una bolsa, me fui al patio del fondo y los tiré todos al suelo. Le pedí una caja de fósforos a un hombrote de otra pieza con el que nunca había hablado y rápidamente prendí fuego a los libros, pero se quemaban de modo desparejo. Alcancé a mirar la hoja sin quemar de los mares de Asia, en un rincón estaba escrito *Gabriela*. Me puse a llorar tan fuerte que se me caían las lágrimas y los mocos sin importarme de nada ni de nadie. Me distrajo la voz de la señora Karim, que dijo:

—¿Qué está haciendo, Uto?

Pero la vi borrosa, como si estuviera lejana y no le contesté ni me levanté de donde estaba. Después escuché que le decía a alguien:

—Ese pimeo está loco.

Pero era como si no me correspondiera a mí. Y sentí un revuelo de gente alrededor mío, como si no tuviera que ver conmigo; me miraban y hablaban, me parecían sombras. De las sombras salieron la señora Karim y un hombre y empezaron a tirar baldes de agua. Yo tenía la sensación de estar soñando: en vez de darme cuenta de lo que había hecho, o pedir disculpas, decir algo, me había quedado fascinado primero con el fuego y después con los chorros de agua; a ese hombre que tiraba agua no lo conocía pero lo curioso es que tampoco reconocía del todo a la señora Karim. Ella era y no era reconocida por mí y, cuando desvié la atención del chorro de agua a la cara de ella, un vértigo grande me agarró; sentí que el piso se me abría, porque yo sabía que a esa persona la conocía mucho pero no sabía quién era, como si la hubiera conocido en otra vida y ahora tuviera que recordar penosamente quién era. Posiblemente la tierra me

tragara; sí pensé que eso ocurriría en ese momento. La señora Karim empezó a gritar así:

—¿Usté cree que acá puede hacer cualquié cosa? ¡Habrase visto tanta insolencia en mi casa!

Y lentamente, muy arduamente, por la voz —sólo percibía palabras sueltas—, entendí que su enojo era conmigo y me dije: «Aunque no lo perciba bien, así hablaba la señora Karim» y después pensé «Todos mis dioses, ayúdenme para salir de esto». Le dije:

—Estoy mal.

Las palabras me salieron con dificultad, no podía pronunciarlas, como si el decir que estaba mal me fuera a acarrear otros males, pero, si no las decía, me quedaría mudo para siempre.

—Sí, ya veo que está mal —dijo con voz de enojo—. Y ahora se me va a la cama.

Obedecía como si fuera el gato —el gato estuvo mirando todo el incendio— y ella me acompañó y me dijo, con voz de mando:

—Y ahora va a comé una sopa.

Me trajo una sopa y no la podía tragar, la tomé igual con la sensación de estar en un desierto y de comer de una planta que no sabía si era venenosa o no, pero que por algún motivo debía hacerlo. Algo le puso a la sopa porque me quedé dormido y al día siguiente estuve en la cama todo el día, cosa que no había hecho en mi vida.

La madre Ana vino al día siguiente, no sé si por casualidad o porque la llamaron. Eso es una intriga que tengo ahora, en ese momento hubiera deseado que toda la humanidad viniera para persuadirme con el fin de que yo abandonase la pieza, los hubiera hecho salir a todos. Yo no quería salir, un poco por obstinación y, por otra parte, tenía miedo de volver a hacer algo como lo que había hecho. La señora Karim vino ese día tentativa, con voz conciliadora, y me dijo:

—¿Está mejó?

—Sí, sí —decía yo deseando que se fuera. No agradecía que me cuidara porque ya era tarde. Todo el tiempo anterior en que estuve en esa pensión no me miró o me miró con mala cara, y ahora con todas las cosas

que tenía yo para pensar me daba ella un trabajo extra, que era cambiar la idea que yo me había hecho de ella. Decidí que era la misma bruja de siempre disfrazada de mujer preocupada y no le di ninguna explicación.

Cuando llegó la madre Ana, me miró con asombro y dijo:

—¡Uto! ¿Qué pasó?

—¿Por qué?

—¡Oj! ¡Cómo por qué!

La miré de un modo con que nunca la había percibido así antes. Yo hasta ese momento la había querido mucho, porque me daba seguridad, sensación de dinamismo y me transmitía la idea de que la vida era una cosa hermosa. Esta vez la miré con su pelo tan sencillamente peinado y sus manos cortas y prácticas y pensé «Tiene cara de amarretismo nórdico» y se me hizo claro algo que había observado en algunos norteamericanos que vivían en Kamala, que de repente les aparecía una fealdad del alma distinta de la de nosotros: una palidez que los vuelve estúpidos, a veces algo mezquino o sórdido en la voz. No sabía qué decirle a ella y le pregunté:

—¿Y Joseph?

—Sta enferrmo.

Eso era: ella atravesaba el hecho de que Joseph estuviera enfermo como si fuera algo natural, como si lo más importante fuera su propia misión en la vida; si él estaba enfermo, seguramente lo cuidaría con eficiencia y después lo enterraría con sus propias manos, con una pala.

—¿Qué tiene? —dije.

—Oh, muy enferrmo —dijo.

«Pobre infeliz», pensé. «Ni siquiera acertó a irse a su tierra para morir, para descansar en paz, y ahora esa muerte va a ser una incomodidad». Me dio pena pero no quise entregarme a ella.

Pregunté:

—¿Y mi madre y mi padre?

—Vien, vien. ¿Quieres venir conmigo?

—No, madre Ana, no.

—Uto, Uto —dijo con voz de que las cosas marchaban mal. Era una voz de aviso, se veía que estaba contrariada pero buscaba el tono justo

para hablarme. Después dijo, pensativa—: Vine renovar beca.

—No la quiero, madre Ana.

—¿Qué vas a hacer? —dijo y sonaba «Adónde vas a parar».

—No sé —dije.

—¿Vienes conmigo? ¿Vamos? —dijo.

—No, madre Ana.

—Entonces debes trrabajar —dijo, se levantó y empezó a moverse por la pieza—. Voy donde obispo pra conseguir empleo.

—No se preocupe por mí, madre Ana. Yo solo lo voy a buscar.

Cuando le dije que no se preocupara, se quedó confundida y callada. Agarró un trapo y empezó a limpiarme la mesa; entró y salió varias veces, pidió un desayuno y lo trajo; tomamos el desayuno y hablamos de cualquier cosa, un poco cortados.

Y aquí estoy. Después de lo que me pasó, yo diría que la gente me trata mejor que antes. El obispo me llamó para ver si yo quería contar las costumbres de mi tribu a los antropólogos extranjeros y no quise, le dije que no me sentía capacitado. Pero no era verdad; lo único que podría decir en cuanto a mi tribu es que hacen lo que les parece mejor, lo que pueden y lo que creen con el poco mundo que conocen. Cuando me habló de mi tribu sentí que debía ir para ver a mi madre y también sentía vivamente que Joseph deseaba que yo estuviera ahí cuando fuera a morir. La madre Ana me había dicho que ya no conocía a nadie pero si yo fuera allá, me decía, me miraría con cara de haberme conocido en otra vida. Cuanto más pensaba en todas estas cosas, cuanto más sentía que debía ir para allá, más lejano y difícil me parecía el camino. Cuando visité al obispo esta segunda vez, me pareció totalmente distinto a como lo percibí cuando lo conocí: ahora veía que era un hombre emprendedor, que hacía su trabajo, como muchos otros hombres emprendedores que he visto en Kamala. Y en cuanto al empleo para mí, no me faltará alguno en este lugar: varios están procurándolo. La señora Karim me dijo que había un puesto de dependiente de almacén muy cerca de la pensión y ella no reparó en que mi cabeza apenas llegaría al mostrador. Primero pensé que era una mujer tonta al hacer ese ofrecimiento inapropiado, finalmente decidí que,

justamente por no haber reparado en ese detalle, era una mujer buena. Aparte, siempre me queda la posibilidad de pedir trabajo en el ferrocarril, donde trabaja Faustino, pero mi ambición no es hacer los cambios en un trecho corto: quisiera manejar el tren, pero más lejos. Debo pensar en ese proyecto cuidadosamente para que me acepten, no soportaría una negativa. Con el tiempo me voy a mudar de pensión; me siento aminorado por lo que hice, no paso nunca por el camino del colegio; voy mucho cerca del río, donde me siento mejor. Cuando recuerdo lo que me pasó, lo que hice y lo que decidí, me produce una gran tristeza comprobar que todo sigue igual: eternamente iguales los objetos que me acompañan. Percibo un silencio triste más allá de toda conversación y recuerdo constantemente la ceremonia que hacíamos allá para la regeneración del año. Primero nos tirábamos mutuamente del pelo hasta que doliera, luego llorábamos pero antes tomábamos una hierba llamada satahí; entonces todos veíamos las hojas de los árboles mustias y caídas, la selva se veía negra y azul, después uno de nosotros salía del grupo para internarse en la selva, entonces lo atábamos hasta el amanecer, las hojas iban cambiando y se volvían verdes y brillantes, nuestro brujo decía «Ha llegado la luz». Y se expandía la luz, rápida y segura, sobre todos nosotros. Entonces nos sentábamos en el suelo en círculo, tocándonos los pies y cantábamos para que la luz se extendiera pareja aun más allá de la aldea, mirándola hasta donde nos alcanzara la vista. Pero estoy acá, con Joaquín que viene todos los días con el diario y me lee los avisos. Me dice:

—Utito, *Se necesita maestro panadero*, ¿te gusta?

—Sí, nene, sí —le digo.

Siento el silencio de las cosas que se extienden hasta el gato y Joaquín insiste.

—Acá dice *Se necesita paseante de perros*.

Ya los vi a los paseantes de perros: miden como dos metros, pesan unos noventa kilos y llevan cinco perros que en realidad son lobos atados con una cuerda: si se atara la cuerda a la cintura, el paseante de perros gozaría de transporte aéreo individual. Me siento aminorado y confundido al ver que, cuanto menos empeño pone una persona aquí en Kamala para hacer algo, más fácil se le da todo. Cuando más se desprecia, más se

obtiene, y lo que se obtiene no sirve para nada justamente por ese mismo desprecio. He perdido mi hermoso empeño de antes, no sé adónde fue y me asombro de que, cuando yo lo usaba, no sabía que lo tenía. La escuela y los maestros me parecen pertenecer a otra vida. Tanto empeño en aprender y en querer y después el olvido viene solo, sin ningún esfuerzo. Pero ahora está Joaquín, que me busca los trabajos más extravagantes y lee los avisos con toda seriedad y le hago un café —él no sabe hacérselo— que seguramente va a tomar sin dejar de ver empleos. Su entusiasmo me produce un desprecio de la boca para afuera: secretamente, puedo decir que lo admiro.

Señorita

I

La casa de mi abuela vasca era un gran centro de aprendizaje para mí: a diferencia de mi propia casa, festejaban si alguien se caía al suelo, los pedos y las equivocaciones al hablar. Ahí había una gran cantidad de personas de todas las edades y los tíos más cultos fijaban las normas en cuanto a las formas del habla, de la elegancia y de las costumbres a adoptar. La figura principal era la tía Elisa, examinaba las telas al sol para ver su brillo, consistencia y nobleza y frente a su saber, los miembros incultos de la familia parecían errantes, desvaídos e incompletos. Igual ella se asociaba a la alegría general en cuanto al festejo de los pedos. Hablaban en jeringozo cuando no querían ser entendidos por los chicos pero a la vez, lo enseñaban para que fueran introduciéndose lentamente en un saber acorde con la edad. La única que no hablaba en jeringozo era la abuela porque estaba demasiado triste y de vez en cuando, se le lloraba. Si Elisa la veía llorosa, decía:

—¿Otra vez llorando, mamá?

Como si hubiera un cupo para llorar. En esa casa lo había en todo: no se comía fuera de hora, ni mucho, ni muy ligero, porque era de mal gusto. Los más incultos hablaban poco y lo preciso, para no caer en incorrecciones, pero como a veces era inevitable que contaran algo importante que les había sucedido, contaban unas versiones arregladas de los hechos, con el fin de no ofender ni pisar el palito. Elisa preguntaba:

—¿Cuándo fue?

—El martes, digo bien el martes.

Y después daba una explicación de por qué fue el martes y no el miércoles.

Y a cada edad le correspondía un saber, unas costumbres, un trato determinado.

Las normas de la dicción correcta no regían para la tía Juana Mari, que venía de visita. Si la tía Juana Mari no evidenciaba ningún saber, ni gracia,

ni mesura —toda ella era un muestrario de horripilancias, ni siquiera se le entendía muy bien—, no aportaba ninguna novedad. ¿Qué era lo que le escuchaba la abuela, que pasaba sus buenas dos horas con ella y por qué los otros la recibían con tanta cordialidad? Eso sí, inmediatamente la llevaban a una piecita de costura, con la abuela, y Juana Mari nunca circulaba por la casa. En algún momento alguien decía:

—Se va.

Y otro se levantaba para acompañarla hasta la puerta, con mucha amabilidad, para que encontrara la salida, pero no hacían ningún comentario; era como si despacharan un colectivo. Cómo sabían que ella se iba, para mí era un misterio.

Yo pasaba por la pieza donde estaban Juana Mari y la abuela, ahí la abuela podía llorar a gusto porque la otra no hacía caso, hablaba de muchas enfermedades. De ella me llamaba la atención el hecho de que alguien que tuviera una nube en un ojo pudiera tener además otras enfermedades, como las de los demás. La visión de la nube me invalidaba el cuento de las otras dolencias; ella y la abuela era como si hablaran en lengua extranjera. En ese cuarto yo no podía sacar ninguna conclusión, ya que lo más imposible se volvía posible, y resolví que esas charlas no encerraban ningún interés para mí. Si la visita era para la tía Elisa, se hacía a puertas cerradas. Tenía dos visitantes, unos muchachos de los que yo pensaba que recibían consejos para la vida o algo así, porque escuché muy poco, sólo una vez, mientras Elisa despedía a uno de ellos, que ella decía:

—No creas, yo a esa pieza le encuentro más sustancia.

Y el muchacho dijo, con mucho respeto:

—Pero permítame, Elisita…

Y ahí se me perdieron los comentarios.

Al principio el jeringozo me deslumbró, pero después percibí que no era un verdadero lenguaje, sobre todo porque no tenía reglas: daba tanto apa-apo como osa-oso. Si uno podía hablar como se le diera la gana, eso era un invento, una especie de mamarracho, como el dulce de leche casero o las bufandas que tejía la abuela para entretenerse. Esas bufandas eran de

color gris o color ratón, con punto garbanzo que deja ver unos agujeros grandes.

Cuando los chicos entendían el jeringozo, los grandes se daban cuenta, eso implicaba una alegre admisión en el mundo adulto. Era festejada la habilidad para hablar, pero si querían reservar algún dato, lo hacían con una palabra en vasco —Soshúa por ejemplo, que quiere decir «tonto»—. Ellos se cuidaban de criticar a las personas delante de los chicos y de sí mismos: decían «Soshúa» con cierta gracia festiva y pasaban inmediatamente a otro tema, por el miedo a la definición; la definición tajante era para ellos una especie de maldición. Yo estaba acostumbrada a definiciones más drásticas en mi casa y cuando supe el significado de «Soshúa», por mí lo podrían haber dicho en castellano. Ya tenía unos cuantos calificados por ahí.

En esa casa había una sorprendente mezcla de coacción y libertad. Por ejemplo, yo no podía pedir permiso ansiosamente para ir a jugar a la casa de la esquina: debía decirlo, como quien se hace responsable:

—Voy a jugar a la casa de la esquina.

Nadie me decía «qué impaciente sos», porque no estaba permitido demostrar impaciencia y eso, por un lado, me otorgaba la sensación de tener un rango, de pertenecer a un lugar. En esa casa, una chica de nueve años debía permanecer sentada un rato, prudente, debía saber pelar arvejas mientras conversaba y levantarse a abrir la puerta si tocaban timbre sin que nadie se lo dijera.

Pero por otro lado, yo elegía las cosas a contar. Así como en mi casa agrandaba algunos hechos o venía con cuentos extraordinarios para producir un efecto en mi mamá —no lo lograba pero no era objetada— me daba cuenta de que en esta casa lo sensacional no tenía cabida. Si había visto por la calle a un enano rengo, podía describir el tamaño y la renguera, pero filtrar la descripción con una cierta mesura. Si bien esa mesura me producía cierto placer —yo podía actuar como si fuese otra— sentía cierta desilusión cuando lo extraordinario se convertía en algo tan razonado y razonable: era como si no hubiera distancia entre el ser y el deber ser.

Podía ir cuando quería a la casa de al lado, podía subirme a la escalera del viejo molino para sacar algunas conclusiones: cómo se veía la casa de al lado desde el molino y cómo era tan distinta cuando se entraba por la puerta. Podía ir de visita a una casa de la otra cuadra, donde tenía amigos grandes, dos varones y tres mujeres. Eran parientes de mis tíos, uno de los varones era visitante de tía Elisa, el que opinaba sobre si la obra tenía más o menos sustancia. Ese muchacho se disfrazó una vez de Carmen Miranda, con turbante y bananas en la cabeza. Mientras él cantaba «Chiquita bacana la de Martinica», el otro hermano estudiaba para ser farmacéutico, en el centro del jardín. La más chica se peleó con un profesor del secundario y nunca más volvió al colegio. Las dos mayores estaban de novia, uno de los novios me revoleaba en el aire y me hacía reír. Esa casa era de gran aprendizaje: yo tenía el deber de divertirme y divertirlos. La menor de las mayores me contó, con mucha convicción, que ella tomó la mamadera hasta los veinte años y yo se lo creí. Creí porque la mamá era tan buena, que lo máximo que llegaba a decir, medio distraída, era:

—Ay, estos chicos.

Para mí eran grandes y las dos mayores ya iban a ser señoras, pero no se comportaban con los novios como yo veía que hacían otras —caminaban pausadamente por la calle o se vestían y pintaban para esperar al novio—: ellas podían llegar a recibirlos en camisón. El que estudiaba en el jardín escuchaba constantemente las risas y los gritos de los demás: jamás pedía que se callaran, nadie le preguntaba qué estaba leyendo. Leía tan concentrado, un poco agobiado, era como si rezara en medio del corso. Por otra parte, ¿era posible que alguien con frutas en la cabeza apareciera tan distinto como visitante de Elisa —él decía «Elisita»— hablando de cine o de teatro con esa compostura tan férrea?

De las prudentes observaciones de la tía Elisa, yo entendí que una chica es alguien que ensaya para señorita y una señorita ensaya para señora. El modelo de chica que va para señorita era una que vino de visita a la casa de la abuela; ella movía sus manos con armonía —yo recitaba en esa casa y era un tanto objetada en relación al movimiento de mis brazos—. Los movimientos de esa chica eran siempre sugerentes, nunca apuntaban a

agarrar algo, como si la mano se plegara cuando avanzaba, como diciendo: «Aquí no ha pasado nada». Pero esa chica me pellizcó y yo asocié su capacidad de ser señorita con su maldad. El modelo de señora —Elisa decía: «Es una verdadera señora»— era una mujer muy agradable, con su pelo entrecano siempre bien peinado, como para no ofender, y todo en ella era de tanta sensatez que no se la podría imaginar enojándose o reclamando algo. Era algo retraída. Elisa añadía: «Es una mujer que ha sufrido mucho». Yo entendí entonces que una verdadera señora es alguien que ha sufrido mucho, pero no debe permitir que se le note. Esa señora quedaba un poco a la sombra, pero no pasaba desapercibida de la misma forma que la madre de mis amigos jóvenes, que más bien parecía distraída y con otras cosas en qué pensar; esa señora estaba presente sin imponerse, animada, pero no mucho, conversaba lo preciso.

Yo había visto una película donde una bailarina bailaba la danza del fuego y exhibía una especie de bandeja. No bien la vi, me lancé en mi casa a bailar esa danza con un cartón que extendía y retenía fervorosamente. Pensé que esa danza tal vez iría mejor con pandereta, pero no me la compraron por el ruido. Yo podía bailar cuanto quisiera en mi casa, sin ruido: la danza del fuego resonaba en mi cabeza. Al final me caía hacia adelante. Yo había bailado eso en la casa de mis amigos jóvenes y ellos se habían reído, pero ellos se reían siempre. Le pregunté a mi tía Elisa, que estaba sentada con otros tíos:

—¿Puedo bailar la danza del fuego?

—Claro —dijeron todos desde sus sillas.

Empecé a bailar con gran convicción. Yo extendía el cartón hacia adelante como una ofrenda a los dioses y a los hombres. En medio del baile escuché como unas risas, pero no hice caso: yo debía terminarlo para caer al suelo hacia adelante. Cuando terminé, todos estaban muertos de risa y yo no dije nada, pero me prometí: «Jamás voy a volver a bailar en esta casa la danza del fuego». El sentimiento del ridículo me llevó a pensar en mi propia torpeza: yo no bailaba como creía hacerlo. Pero además, la danza del fuego, que a mí me parecía tan hermosa, a lo mejor era una porquería y yo me había equivocado. Si sólo yo había creído que era un baile hermoso, frente a todos, yo estaba sola. Antes yo me había

sentido sola, pero «sola» significaba para mí «aburrida». Pero ahí, no, aprendí que yo sola debía precaverme de que no me despedazaran; yo sola debía cuidar mi orgullo. No dije: «No vuelvo más a casa de la abuela», me hubiera parecido imposible, había todavía otros centros de interés.

Me empezaron a interesar las edades de la vida. Miraba atentamente una propaganda de jabón que aparecía en varias revistas. Decía: «Diecinueve años, la frescura de la juventud». Aparecía una chica como de esa edad, con el pelo largo, sonriendo. Me producía gran alegría pensar que todavía me faltaban nueve años para llegar a los diecinueve, cuando todavía se es una persona muy joven; después: «Veintinueve años, el fuego de la pasión». Sí, tenía el pelo un poco más corto, se trataba de una mujer joven, pero experimentada; además estaba en el centro de los retratos, como si toda la pasión se concentrara en esa edad. Y por último: «Treinta y nueve años, la pasión serena». La mujer llevaba el pelo recogido. Era todavía joven, pero no tanto. ¿Cómo sería la pasión serena? Miraba ese retrato y esa mujer viraba al modelo de señora de la tía Elisa, la que sufría en silencio. Esa propaganda estaba en todas las revistas y yo arrancaba cada vez nuevos significados, como si esas fotos me estuvieran dirigidas. Pero empecé a pensar: ¿y después? ¿No hay retratos de cuarenta y nueve años o cincuenta y nueve años? ¿Se habrían olvidado de ponerlo o la pasión se extingue a esa edad? ¿Sería la pasión después de esa edad una especie de inadecuación, como yo bailando la danza del fuego, y el dibujante omitió piadosamente esas edades? De esos cuadros saqué varias conclusiones. Si la pasión dura tan poco, no ofrece garantías; además del misterio de cómo se pierde algo que uno ha tenido hasta los treinta y nueve años. También observé que no todos consideraban las edades de la vida de la misma forma: algunos daban más chance a los años, pensaban que la juventud duraba más y otros creían que a los trece años una chica era una señorita. Yo ahí opté por la prolongación de las etapas de la vida: pensaba que una persona de cuarenta años era todavía joven.

Me produjeron desgano esos retratos de los que no se sabe el después y empecé a mirar en «El tesoro de la juventud» otro gráfico que mostraba el crecimiento del cuerpo y de la cabeza. Mostraba cómo la cabeza crecía,

hasta los cuarenta años o más. Este gráfico era más graduado, iba desde los diez a los cincuenta años o más. Pensé que si la cabeza, donde se aloja el cerebro, crece tanto, la inteligencia entonces dura más que la pasión. Eso sí: la figura que representaba al de cincuenta o más estaba desdibujada, como si se estuviera desvaneciendo. ¿Era que no pasaba nada más, el dibujante era descuidado o qué?

Pero la pasión iba por un lado y la inteligencia, por otro. ¿Por qué en el cuadro donde se graficaba el desarrollo del cerebro, las figuras estaban con un taparrabos, nomás, el cuerpo sólo estaba para sostener la cabeza con su crecimiento, mientras que en el cuadro de las mujeres, aunque fueran sólo caras, se las podía imaginar vestidas y pintadas?

Había conocido el año anterior a una pareja separada. Vivían en Buenos Aires y ella era amiga de mi tía menor. Fuimos de visita y cuando ella estaba bañando a su nena, vino el marido de visita y habló con su exmujer con toda normalidad, como si no estuviesen separados: entonces pensé en que no había un lenguaje o tono distinto para hablar entre personas separadas; si mi tía no me hubiera advertido, yo no me hubiera dado cuenta de nada. Si los que están separados —pensé— pueden hablarse en el mismo tono que usaban cuando estaban juntos, podía suceder lo contrario. Le dije a mi tía:

—Pero ellos están separados.

—Él va a visitar a su hija —me dijo.

Entonces pensé que él iba, como una especie de fantasma, como la figura desvaída del gráfico de cincuenta años o más, pero daba tristeza porque el separado era joven. ¿Cómo todo parecía lo mismo y no era lo mismo? Además la casa de los separados era muy hermosa, de dos plantas y estaba en Buenos Aires, donde la gente tiene otras costumbres. Esa costumbre de separarse me pareció exótica en un primer momento, pero se me fue haciendo potable; no me gustaba la idea de que me sucediera a mí. Entonces pensé: «Yo no me voy a casar, porque si me caso, me voy a tener que separar y es triste. Pero voy a tener muchos novios, a los diecinueve, a los veintinueve, a los treinta y nueve, y tal vez un poco más».

Había un solo lugar que no podía explorar en la casa de la abuela: la casa de al lado que estaba junto al patio. A lo largo del patio, separado por un cerco alto, había un gran jardín tupido que impedía la vista de esa casa. Una vez yo me subí a una silla para mirar esa casa o a la gente que vivía ahí; una de mis tías me vio y me dijo:

—Bajate de ahí.

Pregunté por qué no se podía.

Mi tía dijo:

—Porque en esa casa vive un científico.

Ahí me enteré de muchas cosas: un científico es alguien que estudia toda la vida sin que nadie se lo ordene, una especie de sabio; en este caso, era un médico; entonces había médicos estudiosos y otros, no. Pero además ese médico era un estudioso muy chinchudo (así decían ellas). Le llevaban la comida al lugar de estudio y ahí no permitía que entrara nadie. Parece que también de vez en cuando le agarraban unos ataques de ira; le estaba permitido por ser sabio. Entonces toda esa enorme arboleda que yo veía desde el patio sin poder treparme era para cubrir el trabajo científico. Yo caminaba por el patio recorriendo con la vista esos altos árboles, como si allí encontrara indicios de la actividad científica del estudioso; como si fuesen árboles diferentes por pertenecer a esa casa. Pensé que no estudiaría para rendir exámenes como mi amigo que estudiaba para ser farmacéutico; a ese científico o sabio, nadie lo mandaba; estudiaba por su cuenta. Por otra parte, decían que ante él todos hacían silencio y además mis tías, cuando hablaban de él, decían en tono misterioso:

—Es un estudioso.

Si ellas le tenían tanto respeto, debía ser porque el sabio las superaba en inteligencia; y en la casa del científico seguramente no tirarían pedos, no hablarían en jeringozo ni dejarían entrar a alguien como la tía Juana Mari.

A mí la idea de la actitud científica me gustó; podría hacer algo importante si fuera científica y no vagaría sin ton ni son espiando el molino ni visitando las casas vecinas, que ya me las sabía de memoria. El problema era el encierro.

Un día se les filtró un chisme en relación al sabio. Lo entendí trabajosamente, no tanto por el jeringozo como por las interrupciones continuas que hacían unas a otras.

Decían:

—¿Ayer a la mañana?

—No, a la tarde temprano.

—No puede ser, porque…

—Sí, porque…

El chisme era impactante: el sabio tenía una amante, su mujer los había descubierto y corrió a la amante por todo el tren a carterazos. Yo me retiré no bien entendí, para que no notaran que yo entendía. Ahora ellas habían contado eso en un tono serio que al rato viró a divertido. ¿Cómo abandonaban inmediatamente un asunto tan importante? ¿Para ellas no lo era? Yo no lo podía digerir. Repasaba los pasos puntuales. Se habrían encontrado por casualidad y no bien la vio, la mujer del científico se puso a galopar por todo el tren dándole golpes, y la otra, huía. ¿Y cómo esa mujer —que por suerte yo no le conocía la cara, porque si no tal vez podría adivinar, por mi forma de mirarla, que yo sabía «eso»—, esa mujer que vivía en una atmósfera de ciencia, protegida por su arboleda, se largaba a dar carterazos en el tren? ¿Y cómo esa señora seguía siendo considerada como tal, si no manifestó ni armonía ni contención? ¿Se enloquecen, entonces, las personas? ¿Y el sabio, consagrado totalmente a la ciencia, se escapaba para ver a su amante? ¿Y cómo ese episodio no destruía su fama a los ojos de mis tías, que en ningún momento dudaban de su posición de sabio? Como no encontraba respuestas, yo también me abandonaba al aspecto cómico, centrado en la carrera por el tren. Mis tías estaban del lado de la mujer del sabio, parece que llevaba ese día un vestido color *champagne* y una cartera de cuero de cocodrilo; y quedaba «la otra» como quien recibió su merecido castigo. No hicieron un juicio moral concluyente: era como si hubieran arrinconado a un pato. A mí me dio pena por la otra, porque podía haberse enloquecido y a lo mejor se tiraba del tren.

II

Se murió mi abuela vasca, llorando y vencida. Todo pasó casi desapercibido, porque al mismo tiempo se casó la tía menor y además nosotros nos mudamos a otro barrio, de gran aprendizaje. La casa nueva tenía un jardín con varios sectores, dos palmeras chicas cerca del patio central y, más atrás, unas plantas que quedaban un poco oscuras, opacadas. Yo recorría todo ese jardín siempre pensando en hacer alguna construcción, por ejemplo trenzar cabos de hojas duras con alambres o sogas, para lograr otra cosa, algo nuevo. Pensaba mi proyecto con gran exaltación; al ver los resultados, me desanimaba. No contaba a nadie lo que estaba haciendo, pero fui teniendo una sensación cada vez más fuerte de mi inutilidad para hacer esos entretejidos y además ¿cómo podía ser que yo tuviera tan claro el modelo en mi cabeza y tanto entusiasmo y el resultado fuera esa porquería? Por suerte ese barrio estaba lleno de chicos y había un circo cerca; desde antes de mudarme, ya había conversado con una chica de enfrente: se llamaba Nora y me pareció que el nombre le pegaba: era cordial y reservada.

Pero yo tenía asignada una tarea: limpiar los muebles. No me gustaban ese trabajo ni los muebles. Las mesas de luz eran muy pesadas y arriba tenían un vidrio, también pesado. Además, ¿a quién se le ocurre mezclar madera con vidrio? Decidí que eran armatostes irredentos y que yo no debía sacar el vidrio de arriba, salvo para siempre; la mesa de luz tenía una panza abajo —había que agacharse para llegar a sus últimos rincones — que no veía. ¿Quién me aseguraba que eso quedaba totalmente limpio? ¿Y quién quería meterse con la panza de ese monstruo habiendo tantas cosas interesantes para hacer, como espiar por una mirilla de la ventana las casas de enfrente? Yo limpiaba sólo lo que se veía. Pero me sentía impotente porque no podía transformar el jardín e impostora, porque limpiaba mal los muebles. De esa sensación de impotencia e impostura me sacaban los amigos nuevos que tenía: conversar y jugar en la calle me

parecían de gran interés. Abandoné el baile y pasé al juego de pelota a paleta con Nora y otros. Dar golpes con la paleta, recibir la pelota y recogerla cuando iba lejos, me parecía de gran utilidad; también era útil la tarea de sentarme en el umbral para observar las casas de enfrente.

Las dos casas de enfrente parecían una sola porque eran del mismo color, de ladrillos sin revocar; pero nada que ver lo que pasaba en una y en otra. En la que estaba justo frente a la mía vivía Nora. Esa casa era totalmente reservada; rara vez la mamá salía a la calle y estaba siempre cosiendo, prolija y discreta, junto a su patio de tierra. Su patio de tierra estaba pulido y alisado, y Nora iba tan limpia y compuesta —mantenía esa tesitura también en los juegos de paleta— que todo parecía como si alguna circunstancia de la vida los hubiera llevado a esa casa, pero que no pertenecían a ella. Ellos eran inquilinos de los propietarios, que vivían en la casa igual de al lado. Esos propietarios —yo ya había aprendido que los propietarios eran más ricos que los inquilinos— parecían mucho más pobres que los inquilinos. Ahí vivía Mary, de quien me hice amiga, con padres, hermanos, tíos y abuela. A cada uno de esos habitantes le faltaba o le sobraba algo: un tío tenía unos bigotes enormes y saludaba con gran bonhomía pero era semitonto; su hermano no era tonto ni se paraba en la puerta para saludar pero era albino; la madre de Mary se paraba todo el día en la puerta en una especie de vigilancia inoperante —quién podría creerle siendo tan gorda y con zapatillas gastadas— y el padre vivía diciendo las peores malas palabras. Se turnaban la madre de Mary y el tío semitonto, porque nunca se los veía juntos. En cuanto a la abuela, carecía de consistencia: parecía una sombra doliente sobre la pampa argentina. Tenían un patio de ladrillos rotos. Yo pensaba que lo de enfrente debía ser al revés: toda la familia de Mary tendría que haber vivido en la casa de al lado, de piso de tierra, y mi amiga Nora en la otra, que por lo menos tenía patio de ladrillos. Mi mamá me contó que la familia de Mary había tenido campos y dinero; después fueron perdiendo todo. Yo los miraba para ver si había en ellos algún indicio de ese pasado floreciente, pero no aparecía nada. Además Mary no iba a seguir el secundario, comía pan por la calle y me contó que le había visto las tetas a la abuela. Para ella no era asombroso: eran simplemente tetas caídas, se reía. Entonces ella no tenía

en cuenta lo que me había contado mi mamá: que era una buena mujer, que había tenido la mala suerte de perder su dinero y la desgracia de esos hijos, los tíos de Mary. Ella me contó además otras intimidades de su tío tonto y del albino y de la hija del dueño del circo que se acostaba con el padre y otras hierbas. Todo esto le parecía tan natural, que por un lado yo estaba interesada en el contenido de los cuentos y por otro en observar cómo ella tenía una perspectiva biológica de la vida. Y cuando fugazmente veía a la abuela asomarse a la puerta, trataba de ver cómo llevaba sus tetas: no parecía darle la menor importancia. Pero lo más impactante que me contó Mary fue que se acostó con un albañil, de nombre Nello. Estábamos las tres enamoradas de él, Nora, Mary y yo, sobre todo por el gorro, que le quedaba muy bien. Yo le conté a Nora eso de Mary y Nora resolvió no tratarla más, pese a que ellos eran inquilinos y Mary propietaria. Hasta entonces jugábamos las tres a la pelota en la calle, pero después del episodio del albañil, Nora no quiso salir más. Yo le insistía y ella se callaba. Le dije:

—¿Pero por qué no salís?

—Porque ahora soy señorita y mi mamá no quiere que se me vean las piernas.

Eran unas piernas finitas, como dos palitos.

Estaba asombrada por la nueva dignidad de Nora. ¿Cómo era el asunto, ella quería o debía ser señorita? Eso no estaba claro. Tampoco parecía claro en qué consistiera serlo: yo la veía igual que antes, que la semana anterior. No había ninguna transformación visible. Así como yo buscaba cambios, indicios, en el jardín, esperaba ver algo en ella. Pero además había otra cosa: esa nueva dignidad la volvía por un lado importante, porque se recluía —yo no sabía cómo, con qué fuerzas podía abstenerse de ir a jugar a la paleta— y por otro, les daba poca chance a los años, porque por mi parte, decidí jugar a la paleta en la calle todo lo que se me diera la gana. Y a Mary, aunque le hubiese pasado eso con el albañil, yo la iba a tratar: privar a alguien de jugar a la paleta es una crueldad muy grande, pensé.

Nora no jugaba más, ahora quería conversar y caminar. Dábamos tres o cuatro veces la vuelta manzana y hablábamos de peronismo y

antiperonismo. Yo le transmitía a ella los argumentos de mi papá: él decía que en la oficina había espías delatores. Y ella una vez me dijo, con suma violencia de sí misma, que debido a Perón, en su casa comían bien todos los días. Esa confidencia era extraña en ella, a mí me honraba por elegirme para contarme eso; pero temí que me odiara por ser testigo de semejante carencia. A la noche corrí a contarle a mi papá esa noticia tan impactante. A partir de eso, empecé a discutir con mi papá y a considerarlo en cierto modo un hombre injusto, porque no tenía presente el hambre que había pasado mi amiga. Pero cuando le transmitía a ella los argumentos de mi papá, me parecían sensatos y mi papá me sonaba coherente. ¿Y dónde estaba yo, peronista con los antiperonistas y viceversa? Yo no sabía bien qué pensar, me sentía una correveidile, siempre en el medio de todo: del peronismo, del anti, no era tan digna como Nora ni tan laxa como Mary. Entonces vagaba todo el tiempo por el jardín; ya no tenía esperanzas en ningún entretejido de alambres y ramas; sólo vagaba. Los muebles me producían un verdadero fastidio; les sentía un olor feo, como de madera vieja; cada vez los limpiaba peor y no valían los reproches. Sí, pensaba, la gente debía vivir al aire libre; por eso me sentaba debajo de un mandarino y comía directamente de la planta, sin parar. Y si los muebles estaban sucios por mi culpa y yo tenía pensamientos sucios y no sabía por culpa de quién, entonces no debía bañarme. Y por una semana entera, no me bañé.

Por suerte me dijeron:

—Deberías ir un poco a la casa de la abuela.

Había muerto ella pero seguía siendo la casa de la abuela, aunque estuviera en tren de transformación: entonces me bañé. Además fui sola desde el otro barrio, como una visita independiente. Por desgracia no podía contar casi nada de lo que me había pasado, ni arreglado, ni armonizado de ninguna forma. ¿Iba a contar que Mary se acostó con el albañil, que yo no me bañé en una semana y que odiaba los muebles? Por suerte me preguntaron cosas de la escuela y sí, sí, tenía para contar. Había aprendido que la gota de agua horada la roca (me parecía sorprendente que sucediera y más bien no lo creía, pero me sonaba bien). Había aprendido las palabras «acrisolar» y «tornasol» y también la expresión «un barco de gran porte». Esta última era una frase llena de presagios, de futuro.

Las pocas tías que quedaban me miraban sonrientes y encantadas. Por desgracia la casa se había vuelto demasiado grande, se perdían las tías en medio de tanto espacio y la abuela no estaba. Si mis tías no se daban cuenta de nada, nadie sabía lo que pensaban los demás. Al salir vi la casa de al lado, la del científico, igual que siempre y pensé que las casas no cuentan nada. A la vuelta tuve pensamientos agitados, volví casi corriendo para ver las casas y los árboles como en un caleidoscopio; iba llena de buenos propósitos: yo sola debía corregir esos pensamientos sucios; me iba a bañar y en cuanto a los muebles, no los iba a limpiar a fondo porque era demasiado, pero iba a repasar un poco mejor las superficies para que nadie me retara. Cuando llegué a mi casa me senté junto a una mesita al aire libre, en el patio de atrás, lejos del árbol de mandarinas; era un rincón oscuro. Me puse a escribir un cuento sobre una niña llena de piedad: era rubia, hermosa, de ojos claros y resplandecía como un ángel.

Pese a ser impactante, yo no había contado a mis amigas la historia del sabio, su mujer y su amante. Pertenecía a otro barrio que ellas no conocían. Pero me puse a pensar en esa historia y decidí que la mujer de ese sabio, por más que llevara cartera de cuero de cocodrilo, al perseguir a la «otra» por todo el tren era tan grosera como el padre de Mary, que insultaba todo el día. Me resultaba más simpática la «otra», porque no se había defendido; parecía una persona digna. ¿Qué habría sido de ella, arrinconada y perseguida? No, yo no me iba a casar, si tenía que dar carterazos por ahí. Mejor ser la «otra», pensé, pero tampoco era cuestión de recibir carterazos o lo que fuera. Estaba segura de algo: no quería dar ni recibir golpes. Pero entonces iba a tener novios que duraran poco tiempo, pero durante ese poco tiempo, todo sería un perpetuo encantamiento. ¿Hasta qué edad? Digamos hasta los cincuenta, más o menos. Y a esa edad, yo podría tomar una copa de vino, para darme ánimo, con un vestido largo y junto a una planta de flores, como vi en una película.

Un día Mary contaba todos los detalles asquerosos en relación al nacimiento de los hijos, era un relato deprimente. A la noche soñé que tenía hijos, pero en el campo. Eran unos siete, yo los vestía a todos iguales, con un mameluco azul y una camisa a cuadros. Mi marido y yo también estábamos vestidos así. Arábamos la tierra, teníamos un panal

para sacar miel y animales de toda clase. Nos acostábamos y nos levantábamos según la luz del sol. En el sueño todos sonreían, todo era una perpetua armonía.

Algunos sábados, después de jugar a la paleta, Mary y yo nos sentábamos en el umbral de la puerta de mi casa para anotar los pecados: el domingo debíamos confesar. Eran siempre los mismos y muy parecidos, los de ella a los míos: «Tuve malos pensamientos», «Me peleé con mi hermano», «Desobedecí a mi mamá». Pero Mary ponía «Saqué el cuero». Yo no la corregía, como si esa expresión suya fuese una curiosidad, pero empecé a pensar ¿cómo puede ser que la confesión, un acto tan sagrado, se vea contaminado de «saqué el cuero»? ¿Cómo puede ser que tengamos las dos los mismos pecados, siendo que ella tenía en su haber una falta mayor y además tomaba la lista de pecados de forma tan liviana, porque los copiaba de los míos? En adelante iba a hacer la lista de mis pecados sola y trataría de explicarle al padre lo más posible, para que me diera la penitencia justa. Porque ese padre daba siempre la misma penitencia para cualquier cosa: tres padrenuestros y tres avemarías a la virgen. Me parecía poco, siendo que yo estaba contaminada por malos pensamientos, suciedad y confusión. Yo esperé desde la noche anterior el momento de la confesión y me preparé como corresponde. Cuando llegó mi turno, traté de explicarme detalladamente. Ese padre me interrumpió:

—Tres padrenuestros y tres avemarías.

Pensé: «¿Cómo puede ser que todo valga lo mismo?». A mí esa penitencia no me bastaba. Y si no había nadie con quien me pudiera confesar —ese padre me estaba pareciendo tan liviano y obtuso como Mary— y como no me podía absolver a mí misma, yo iba a evitar los malos pensamientos, la suciedad y la contaminación. Por lo pronto iba a tratar menos a Mary, una de las fuentes de contaminación. También le iba a pedir a mi mamá que me asignara otra tarea, por ejemplo, lavar pisos o cortar el pasto del jardín, que son trabajos no contaminantes; me parecía que limpiar los muebles era un trabajo sucio, se ensucia la gamuza, la mesa de luz tiene una parte de abajo que no se ve, ¿quién da vuelta la mesa de luz para limpiar la parte escondida? Habría que tirar los muebles,

tendrían que ser siempre nuevos; el jardín era otra cosa, por lo menos, de vez en cuando, cambiaba un poco de aspecto, pero no me parecían suficientes sus cambios naturales: yo deseaba que cambiara más.

Criptógamas, fanerógamas, son las flores; las hojas, pecioladas, dentadas y serradas. Los insectos son coleópteros, dípteros, himenópteros. En mi jardín no había ni un solo paramecio; había coleópteros, pero yo la llamaba mi querida vaquita de San José. En cuanto al sexo de las flores, nunca pude descubrir si eran criptógamas o fanerógamas. ¿Qué les importa a las flores andar con el sexo descubierto o tapado? ¿Y cómo se le podría llamar sexo a esa actividad tan oculta que tienen? Eso sí, hojas de borde serrado y festoneado, encontré: debía pegarlas con goma en un cartón para llevar; toda la goma quedó dura y las hojas del árbol parecían arañas reventadas. «Es por el exceso de goma», dijo mi mamá. «No tenés medida». A lo mejor no tener medida no tenía remedio y me fui al zaguán fresco y altísimo. Llevaba cuatro o cinco mandarinas y un libro. Leía una historia de amor muy elevado, eso sí, con muchos obstáculos; tantos obstáculos me dejaban perpleja; tiré el libro por cualquier lado y las cáscaras también, para juntar todo en su oportunidad. Yo estaba mirando y admirando el alto techo y para estar acorde puse las piernas en alto, sobre dos almohadas, como aconsejaban las revistas para descansar mejor; pero me levantaba a cada rato y las almohadas eran un bollo. En eso estaba cuando entró sin tocar timbre un primo mayor, alto y de ojos claros. Él había quedado huérfano y venía a hablar con mi mamá, como el sobrino de mi tía Elisa, pero no sabía de qué hablaba este primo, porque como me impactaba, cuando él llegaba, yo me iba. Abrió la puerta sin llamar y me encontró con las piernas en alto. ¿Me habrá visto fanerógama? Volé a vestirme, lo saludé haciendo de cuenta que era otra y que nunca me había visto de la forma anterior y oí que le decía a mi mamá:

—Es toda una señorita.

Entendí que era una forma de decir cualquier cosa, porque nadie podía pensar que una señorita tuviera diez mil cáscaras de mandarinas a su alrededor, un libro aplastado y todo lo demás. Mi mamá no contestó. Yo conocía sus reservas al respecto: decía que yo era obstinada, que no sabía

guardar mi lugar, que era inconstante; eso sí: yo tenía un gran corazón. También decía que yo ensuciaba mucho los vestidos. Yo pensaba: «¿Cuál será mi lugar?». El jardín lo era, pero ahí no podía desplegar mi gran corazón. Tampoco veía cómo podía desplegar mi corazón entre las chicas —el grupo de amigas se había ampliado y éramos unas ocho— porque a nadie se le ocurría felicitarme por eso: me felicitaron una vez por un tapado. Susana, que siempre estaba rodeada por todas —todas querían estar con ella— me dijo:

—¡Qué bien te queda ese tapado!

Y me sentí feliz; era tanta mi alegría que no sabía qué responder. Pero a los dos minutos, Susana me dijo:

—Movete, no te quedes ahí plantificada.

Y si había algo que me molestaba era que me dijeran «movete», cuando no podía o no quería moverme. Ellas pasaban de decirse «estúpida» a «tesoro» en un suspiro; se armaban unas peleas rapidísimas por cosas que no entendía, inmediatamente andaban caminando del brazo. Yo a Susana le tenía miedo y rencor, porque me había gritado antes, estaba dispuesta a no hablarle, pero todo el grupo iba en su dirección. La mayoría de las chicas ensayaba para señorita pero ¿cómo era posible si a ratos eran verdaderos caballos?

Susana, después de un tiempo, me dirigió la palabra. Fue al pizarrón, me llamó y escribió algo así como un problema: yo escribí algo al lado y sin querer la cosa, estábamos hablando. Pensé: «¿Cómo aprendió ella a disculparse tan bien sin pedir disculpas?». Reconocía desde siempre que me superaba en mando, pero yo no quería mandar ni ser mandada; al acercarse ella primero, me superaba en la generosidad del corazón, que era mi virtud. Se mostraba menos resentida que yo y en adelante no tendría más remedio que hablarle. ¿Entonces era cierto que yo era obstinada y además rencorosa? ¿Tantos defectos tenía? Y sin embargo, ¿cómo era que me vestía con tanta alegría para salir a caminar con las chicas? ¿Toda esa disposición no tenía ningún valor?

Mary no venía al grupo grande de chicas, no estaba en el secundario. Había mejorado un poco su forma de vestir y ya sus zapatillas no estaban

sucias, pero era como si ese proceso de la higiene la hubiera dejado triste y a la sombra: ella me rehuía. Nora sí venía al grupo grande, pero se había hecho más amiga de Carmen y tenían algo en común: las madres les cosían los vestidos y estrenaban siempre ropa nueva. Eran más pobres que las otras, pero parecían más compuestas, más señoritas. Yo solía llevar un gorro con visera —me habían dicho que me quedaba bien— y no perdía oportunidad de usarlo. Cuando caminábamos por la plaza había un hombre sentado en un banco, siempre el mismo, que parecía peón o algo así: nunca lo había visto trabajar, ese hombre nos miraba. Seguramente era inculto, no habría hecho el secundario, tal vez ni le importara la primaria ni recordara ningún conocimiento de la misma: pero nos miraba desde el fondo de su alma. Era una mirada intensa y complacida, como si le divirtiera el espectáculo de diez chicas paseando en grupo. A mí me miró y lo miré. Lo miré y lo saludé. Inmediatamente intervino Tina, a quien yo llamaba el caballo (era mala, torpe y fea) y me dijo, con gran despliegue:

—¿Estás loca o qué? Ahora por tu culpa va a venir detrás nuestro.

Y Susana me dijo, sin violencia, pero firmemente:

—No lo mires.

Por supuesto que el hombre no se levantó ni pensaba hacerlo: parecía sentado en ese banco desde su nacimiento. Pero ellas, no bien anduvimos unos pasos, se pusieron a imitarlo en medio de gran alboroto, degradándolo como a una rata, como si mirar fuera una osadía digna de castigo. Y yo pensaba: «¿Cómo es que Tina siendo mala, tonta y torpe, mandaba?». «¿Y cómo es que Susana, que era inteligente y algunas veces mala, pero no siempre, se aliaba al caballo?». «¿Y cómo era que yo no podía ni mirar y ellas permitían venir a veces a las hermanas alemanas al grupo, que tenían la libertad de hacer lo que quisieran con su vida y de una de ellas se decía que se emborrachaba?». Entonces no sólo eran mandonas, eran profundamente injustas, a mí no me iban a cargar esa culpa. Decidí no caminar nunca más adelante con ellas: iba a ir con chicas más buenas del grupo: eran las que iban atrás. Una de ellas era Teresita, no había crecido todavía y no tenía miras de crecer. Era rubia, llevaba vestiditos celestes o rosados, de cuello redondo, siempre sonreía. A cualquier cosa que yo dijera, Teresita contestaba:

—Zí, zí.

La otra chica se llamaba Ana. Su hermana mayor ensamblaba perfectamente con la vanguardia del grupo, pero Ana había tenido bocio, según me contó; su cara era linda pero estaba opacada por algún temor o tristeza en relación al cuello: se veía hinchado. Aceptaba con naturalidad que su hermana mayor caminara adelante, ella trataba de pasar desapercibida. Me sonreía, con su sonrisa triste de enfermita, y yo me ponía a su lado a charlar. Me producía curiosidad su situación de enferma crónica y la aceptación de la misma. Yo no le preguntaba nada de su enfermedad si ella no contaba, me gustaba que sonriera. En la vanguardia de ese grupo todo era movimiento: dimes, diretes, discusiones, alteraciones y recomposiciones; en la parte de atrás, todo era tranquilidad y armonía. Tanta armonía me cansó: decidí no ir a caminar más con esas chicas. Me habían dicho en mi casa que era obstinada y rencorosa; pero no me iban a decir que era inconstante, porque sería constante en mi decisión: no volvería a ese grupo; yo debía seguir ese designio implacable. La fuerza de mi propósito me asustó: era como el poder de borrar a la gente del mapa si yo no la veía. Y tuve una enorme piedad por mí misma al haber borrado a la gente del mapa.

La tía Elisa se había casado, ya mayor: ella y la tía menor se fueron a vivir a una enorme casa, cerca de la mía. Tenían dos baños —nosotros sólo uno — y un gran garaje —nosotros garaje sí pero auto no—. Al abandonar la vieja casa de la abuela cambiaron todos los muebles. Las camas eran de madera clara, con colchas nuevas, todos los colores estaban armonizados. Yo soñaba a menudo con la vieja casa de mi abuela y con sus vecinos, el médico científico, su mujer y su amante. Pero no volví más al viejo barrio de la abuela y ahora me interesaban esos progresos de ellas: iba a espiar los muebles. No podía elegir para contar nada de lo que me pasaba, pero por suerte estaban tan entusiasmadas con los cambios, que no me preguntaban. Entusiasmadas es una forma de decir: era una alegría armoniosa y sensata. Sí, allí el mundo parecía ser como debiera. Cuando me iba, me decían:

—No te pierdas.

A mi casa llegó, no sé cómo, una vieja cama de bronce que fue puesta en una de las piezas. Yo empecé una noche con la prédica de que había que cambiar los muebles, las tías los habían cambiado, nosotros no éramos tan pobres como para guardar esa vieja cama de bronce. Esa cama me humillaba; era como la presencia concreta de todos los males que me acosaban: me producía inseguridad, desprotección; era el signo de mi condena. Mi papá dijo lo siguiente:

—Hipólito Yrigoyen murió en una cama de hierro y Elpidio González, cuando dejó la vicepresidencia, era tan pobre que vendía anilinas.

Yo pensé que Elpidio González, con ese nombre, no podía hacer otra cosa; era un destino totalmente coherente. Y además, ¿qué tenía que ver la cama de Yrigoyen con nosotros? Pensaba que mi papá decía todo eso para no cambiar los muebles, por lo tanto para jorobarme a mí. Y ahí se agudizaba la polémica peronismo-antiperonismo que iba subiendo a medida que registraba el silencio de mi mamá. Ella tampoco quería cambiar los muebles para no sacar, poner y elegir. Y me obligaba a vivir dentro de la casa con esos viejos animales muertos, tan muertos como Yrigoyen y Elpidio González. Entonces yo enfilaba la artillería contra mi papá. Ya desde antes pensaba que era un hombre un poco injusto porque no había atendido al argumento de mi amiga Nora —desde Perón comían sin problemas— pero ahora me decía que el padre de ella era jugador. Yo no quería que el padre de Nora fuera jugador y él decía esa palabra de lo más campante, como si fuera algo natural; me irritaba más contra él, me parecía limitado. A todo esto yo veía poco a Nora; nos habíamos distanciado sin que mediara nada y cuando recordaba que nos habíamos distanciado y yo sentía que defendía una causa vieja, me enojaba más con mi papá. Él era secretario de la sociedad francesa, hacía las actas con su linda letra; yo empecé a cuestionar esas actividades suyas, que antes me parecían prestigiosas: las encontré inoperantes. ¿Para qué servía esa sociedad que sólo se ocupaba de los nichos de los socios muertos, no inauguraba ningún campo de deportes, ni biblioteca ni sala de baile? Sólo se ocupaba de los muertos y del banquete del 14 de julio. Cuando yo defendía al peronismo lo hacía solamente en ese foro, la cocina de mi casa; me sentía encarnando el futuro, lo nuevo frente a lo viejo. Y

contribuían a atrincherarme en mi petulancia las ideas de mi papá —que yo ya conocía— acerca de cómo debía ser una chica de mi edad.

—Hay que saludar —decía—, si no saludás van a pensar que sos orgullosa.

Ese argumento me revolvía las tripas. ¿Qué sabrán de mi orgullo o no orgullo si lo único a que aspiro es a ser inexistente? Y me prometía: «No pienso mirar a nadie ni quiero que me miren» (pero no decía eso en voz alta) y esa categoría de «orgullosa» me empezó a parecer chata, despreciable, pueblerina. Esa impresión se reforzaba con un cuento de mi papá sobre su propia adolescencia antediluviana: él no saludó a un vecino, el vecino se quejó ante mi abuelo y éste le hizo tirar la gorra a la basura. ¿Qué enseñanza podría sacar yo de semejante absurdo? Y todo este cuento del padre tirándole la gorra al río o no sé dónde venía acompañado de la perorata sobre cómo debe ser una muchacha: además de saludar, debe agradar; los modales, suaves; de vez en cuando, sonreír. Cuando decía todo esto yo estaba dispuesta a no sonreír hasta el juicio final. Después él se cansaba y se iba a leer el diario al jardín del fondo; mientras yo le secaba los platos a mi mamá, seguía con la carga de argumentos justicieros contra él. Mi mamá decía:

—¿No te parece demasiado?

No, no me parecía demasiado.

Cuando veía a mi papá tan tranquilo, leyendo el diario, tenía una sombra de duda: a lo mejor era demasiado, pero inmediatamente me venía el enojo y lamentaba no poder endilgarle otros enojos, injusticias, arbitrariedades y otras yerbas que tenía presente. Una tarde de esas, escribí este poema:

Quisiera ser un niño
pequeño e inocente
y decrecer de pronto
en experiencia y vida.
De candor y pureza
tener toda repleta
la alforja de mi alma.

Quisiera ser un ángel
que vuela hacia la altura
surcando la espesura
de la tierra sin luz.

¡Me invitaron a un cumpleaños! El caballo cumplía quince años y hacía su fiesta. ¡Qué conmovedora la bondad de los malos! Y además qué suerte, no habían desaparecido; yo las había borrado del mundo pero ellas reaparecían. Sí, había un orden en el mundo, una coherencia. ¿Debería ir yo al cumpleaños del caballo, que no aprendía nada en la escuela y daba coces? Si me invitaba, era un gesto de bondad; era mi primer cumpleaños de quince, no podía perderlo. Empecé a recordar que cuando sonreía, mejoraba bastante su expresión. Pedí un vestido nuevo; tenía uno lindo, pero no era a mi criterio apto para la ocasión. Me dijeron sencillamente que no y ni chisté: hubiera ido en enaguas. La negación se originaba en los criterios de mi mamá: opinaba que en la vida hay que simplificar todo para poder gobernar las cosas: pocos cacharros, pocos vestidos, para tener todo reglamentado con facilidad. Yo ya había objetado esos criterios de control de mi mamá y pensaba que en una casa se debía introducir una innovación cada día; por ejemplo, un día se cambia el sofá; al día siguiente se trae un perro, o conejos, que son tan lindos, y al tercer día, en vez de almorzar, se hace un *lunch* con invitados. Pero ella me había contestado, muy segura de sí misma:

—Así soy yo, absolutamente rutinaria.

Pero ahora me era indiferente la rutina más infecta: por mí podrían colgarse y descolgarse del techo todos los días en adelante; yo tenía un cumpleaños.

Y no fui a la peluquería sólo para cortarme el pelo: fui para que me peinaran y me pusieran hermosa. Eran tantas las esperanzas de transformación que se me cayó el monedero por el camino. Pero no fue inmediata la transformación: antes había una señora con la cabeza redonda, medio pelada y una nena que revoloteaba. Me puse a leer *Selecciones*, sintiéndome una persona que sabe lo que hace. Yo leía siempre las frases célebres de personajes ilustres, que dejaban mucha

enseñanza: pero en ese momento no podía concentrarme del todo en la lectura porque pensaba en qué le podrían hacer en el pelo a la señora gorda, en cómo se haría para sujetar a la nena y, sobre todo, miraba la cara y el aspecto de la peluquera. Era una mujer de cuarenta años o más, pero se movía como si fuera de treinta. Su pelo estaba teñido de un rubio que viraba al verde y parecía compacto porque lo plegaba abajo en los bordes; parecía como si ese peinado se hubiera adaptado a su persona y a su modo de ser desde hacía unos cuantos años. Llevaba unos enormes aros colgantes; su boca era gruesa y sus cachetes grandes. Usaba pestañas postizas o las tenía muy espesas y todo esto no estaba al servicio del amor sereno; con su voz ronca halagaba a la cliente de la cabeza pelona, que estaba tan pasiva como un zapallito. Sin embargo, algo me hizo pensar que la peluquera tenía amantes —o yo lo había oído por ahí— y la idea no me gustó, porque ella les diría a sus amantes «ricura» distraídamente, con su voz ronca, como le decía a la nena movediza, y ella echaba por tierra toda la grandeza que para mí implicaba el hecho de tener un amante. Cuando me vio, me dijo:

—A vos te voy a agarrar. Te voy a maquillar.

A mí me agarró un ataque de terror. Le dije:

—No, no, vine a arreglarme el pelo.

Ya me imaginaba maquillada como ella, con una plastra de dos centímetros y aros como orejas de perro. Pensé que jamás me iría a pintar la cara así. Ella reiteró:

—Otro día te voy a agarrar.

Yo dije que sí por cortesía, había algo generoso en su preocupación por mi belleza, como también en la docilidad con que aceptaba mis indicaciones sobre el peinado, que eran del tipo ni muy muy, ni tan tan. Yo intuía en ella una predilección por los extremos: o me haría un peinado compacto y demasiado definido o rulos gigantes por todos lados. Le dije:

—Que caiga natural.

—Muy bien, muchachita —dijo.

En realidad yo estaba en un brete, porque después de todo me hacía bien que me considerara una dulce muchachita; yo descansaba de mi penosa carga, pero no estaba segura de querer que ella me peinara en

adelante; tenía ganas de volver a la peluquería, pero sin que me hiciera nada.

Pasé por casa de las tías y toqué timbre; les gustó el peinado. Cuando mi mamá me vio, dijo:

—Está pasable.

En esa fiesta habían despejado el centro de la sala, la mesa estaba junto a la pared. Revoloteando alrededor de la mesa, estaban Lea, Susana y la alemana que no se emborrachaba. Cuando llegué me pareció como si ellos hubieran empezado la fiesta mucho antes y también como si Lea estuviera absolutamente acostumbrada a cumplir quince años, y como si esos dimes y diretes acalorados que se daban entre ellos —había también tres varones que yo desconocía— los pudieran seguir en el parque, en la plaza o en el tren. Esos tres varones eran espléndidos: uno, muy lindo, otro, muy desenvuelto, y el tercero dotado de una interesante nariz. Susana me saludó distraídamente y siguió sus asuntos. En el espacio despejado —yo supuse que era idea de Lea despejar el espacio para producir el mayor vacío del mundo— había dos varones parados, casi enfrentados. Uno de ellos era flaco, de largos brazos, parecía que alguien le hubiera encomendado alguna misión o castigo: miraba obstinadamente hacia ningún lado: estaba inmóvil. El chico de enfrente miraba su reloj y miraba alrededor de vez en cuando, como un vigilante irritado. No sé cómo llegué al balcón, por suerte ahí estaba Teresita, pero no se notaba si había llegado recién o hacía dos horas: no parecía preocuparle el hecho de estar sola. Me senté junto a ella y me puse a mirar los vestidos del lejano centro; Lea tenía un vestido color *champagne* que disimulaba su gordura, ese vestido centraba la atención en él y no en el cuerpo de Lea: ella parecía una madre joven, como tal quedaba bien. Susana tenía un vestido blanco que llevaba con tanta seguridad como si lo de menos fuera el vestido. La alemana llevaba una pollera verde bordada y un chaleco haciendo juego. ¡Qué hermoso quedaba! ¡Ay, si yo hubiera tenido un chaleco verde bordado y no este vestido a cuadros blanco y negro! No era feo, no, pero no era para una fiesta de quince años. Teresita estaba peor: tenía un vestido celeste con cuello redondo, cerrado: parecía de unos once años. No podía hablar de ese

tema con ella, porque estaba igual que siempre: si alguien la pusiera al sol, ahí se quedaría; a la sombra, lo mismo. Empecé a sentir la distancia que había desde el balcón al grupo junto a la mesa: era infranqueable; era mayor que de acá a París. Para colmo la madre de Lea (¿cómo podía ser que ese caballo tuviera una madre atenta, educada y cariñosa?) nos vino a servir al balcón y nos dijo algo alentador. Que la madre fuera amable aumentaba mi desconcierto y desesperación: yo hubiera deseado que la indiferencia se extendiera a todas las direcciones, así me podía ir con tranquilidad. El varón que parecía enviado a cumplir una misión o condena, echó una mirada de reojo al balcón: cuando vio que lo miraba, desvió su mirada y se puso más firme en su designio. Sí, ése era inabordable; el otro, menos. En cuanto al grupo del centro de la fiesta era tan inabordable que acercarse habría sido como si un espectador de teatro subiera desde la platea al escenario. Lea le hablaba al más hermoso de la fiesta con toda naturalidad, como si ella fuese una chica hermosa; más aún, lo mandaba: él le traía coca y bocaditos. ¿De dónde sacaron ellas a esos varones, en tan poco tiempo? ¿Y la alemana, que trataba a los varones —uno era como de diecinueve— como si fueran del jardín de infantes? ¿Dónde había aprendido eso? En un momento la alemana se sentó en las rodillas de uno de ellos, a lo mejor no le importaba que viniera la madre y la expulsara, como su hermana se emborrachaba, estaría acostumbrada a ser expulsada de las casas. Le pregunté a Teresita si había visto eso: no, no lo había visto ni le producía mayor conmoción el cuento: elegía cuidadosamente lo que iba a comer y provocaba que la madre de Lea viniera a cada rato para servirnos, siempre con una sonrisa o con un comentario sobre el fresco del balcón. Yo sentí que mi vida iba a transcurrir por siempre en ese balcón y empecé a odiar a todos los balcones del mundo; me sentía totalmente anclada a Teresita, que comía y ni crecía ni engordaba ni nada. ¿De qué hablarían en el centro de la reunión? Imposible saberlo, porque a medida que pasaba el tiempo, la lejanía del balcón era mayor. ¿Y si alguien venía y me preguntaba algo? No, no estaba preparada para eso. Mejor me colocaba donde no me vieran. Eso hice después de reunir todas mis fuerzas para volverme invisible o para que se derrumbara el balcón, así podía irme sin despedida. Porque al

atravesar toda la sala me volvía visible y podía tener algún percance, como caerme justo en el centro de la fiesta. Pero también sentía que debía quedarme porque toda esa fiesta era un alivio del destino o un plan divino para enseñarme algo para siempre: que nunca debía ir a otra fiesta.

Cada vez que me invitaban a una fiesta, mandaba un telegrama, ponía «Feliz cumpleaños». Era consciente de lo dramático de mi renuncia. Volvía de mandar el telegrama y me echaba a llorar en la cama. Yo encontraba descanso cuando llovía a mares; salía y me mojaba de la cabeza a los pies; o cuando el sol rajaba la tierra en verano a las tres de la tarde; no había un alma, sólo los cuidadores de la plaza, quietos bajo un árbol, o algún pobre que estaba mejor por la calle que en su casa, o gente demasiado vieja o deforme que no quería mostrarse en horario normal. Todo el pueblo estaba como muerto; era para mí sola. Me bañaba con jabón de lavar la ropa: me parecía más ascético y vigoroso; había escuchado en la iglesia algo impactante: «A los tibios los vomita el espíritu santo». Sí, había sido tibia, correveidile y complaciente hasta entonces: era digna de odio. En lo posible no hablaría con nadie, ni contaría nada, ni sería nadie. Era preferible ser nadie que tibia. Debía luchar contra las convenciones que fomentan la tibieza y para eso, me ponía el vestido al revés, con los bolsillos en la espalda. O iba vestida de negro, bien cubierta: no era cuestión de hacer concesiones. Tampoco me quedaba en mi casa mucho tiempo, no fuera a ser que me contaminara de las vulgaridades espantosas que ahí escuchaba: «Ya cayó el chivo en el lazo» o «Ahí está la madre del borrego». Para alejarme de todo eso, caminaba sin parar. Un día, mi mamá me paró en mi marcha y me preguntó muy amablemente, con genuina curiosidad:

—Decime, ¿por qué te mojás o te asoleás, o te ponés el vestido al revés?

Y pese a que mi consigna general era muy clara, en ese momento no sabía por qué lo hacía. Le dije:

—No sé.

Realmente no sabía. Se ve que me agarró en un momento de claudicación, porque me dijo:

—Vení. Te voy a enseñar a hacer una torta.

Yo aprendí y descansé por dos horas de mi ardua misión de intensidad.

No sé cómo cayó en mi casa un tomo del diario de León Bloy. Él escribía, por ejemplo: «9 de mayo, siete de la mañana. Lectura de diarios. Se incendió la feria internacional de la industria. Advertencia de Dios para la execrable burguesía que no mira más allá de su estómago». ¡Qué extraordinario! Ahí estaba la explicación de todo. «8 de julio. El aire de París está viciado de gases tóxicos y de comerciantes proxenetas». ¡Cuánta razón! «Proxeneta». ¿Qué vendría a ser? Bueno, algo fuerte, seguro. «10 de agosto, otra vez insomnio. Dios me concedió por un momento la gracia de una implacable lucidez. Vi, como en un desfile, sus caras de nada, sus trajes que intentan esconder la muerte, sepulcros blanqueados». No, no me iba a desprender de ese libro jamás. Más adelante, escribía: «Pascal, el feroz jansenista». ¿Qué querría decir «jansenista»? Mejor no buscaba en el diccionario; en el diccionario dice «véase» y después otra vez «véase» y no quería perder la fuerza de esa lectura. Bueno, sería algo feroz. Su mujer, Juana, tenía visiones que él a veces interpretaba. Él admiraba profundamente las visiones de Juana. Una de ellas era «un montón de vidrios rotos, que se van azulando y se pierden en el horizonte». Él veía en esto un signo de que el Juicio Final estaba cerca. Qué gente extraordinaria, yo nunca había tenido una visión; tampoco había conocido a nadie que la tuviera. Y después lo que decía de los pobres, que estaban corrompidos por la burguesía; ésta les impedía ser signos de Dios en la tierra. Sí, estaba en la verdad; por ejemplo, ése que parecía peón de la plaza, el que me miraba y nunca hacía nada, se había comprado un reloj pulsera y anteojos de sol: estaba corrupto, quería mirar quién sabe qué sin que lo miren. Pero tenía un solo tomo de ese diario, podía ser que en la biblioteca del club hubiera más. En la biblioteca había una mesa de *ping-pong*; un poco más allá, unos hombres jugaban a las cartas. Sí, tenían otro tomo y la bibliotecaria no sabía lo que tenía. Qué iban a saber en ese ámbito contaminado; esos hombres pasarían su vida sin saber quién era León Bloy; hablaban entre ellos y ni se enteraban. La bibliotecaria tampoco: me hizo firmar una tarjeta, me hizo unas despreciables recomendaciones. Cuando vi la mesa

de *ping-pong* tuve impulso de echarme unos tiros. ¡Qué ocurrencia! Debía volver inmediatamente a leer.

Un día fui a devolver un libro justo a la hora de cierre de la biblioteca. Había empezado a leer algo de Filosofía, pero en esa biblioteca había muy poco: estaba el tratado de las sensaciones de Condillac. Recuerdo el símil que usaba para explicar la percepción y las sensaciones: una estatua que se va animando por partes y sucesivamente va despertando al gusto, al oído, al olfato. Había algo incomprensible en todo eso, algo que no me cerraba, pero la estatua de Condillac se me aparecía como una imagen muy fuerte y me llenaba de perplejidad. Se convertía en mi mente en una especie de autómata misterioso, con vida propia, que ora olía, ora extendía los brazos. No, no iba a llevar más libros de ese autor; por suerte no había más. La bibliotecaria ya se estaba yendo, se ponía su saco marrón ajena a lo que sucedía a su lado; varias chicas y muchachos se amontonaban junto a la mesa de *ping-pong*; ella no los miraba, como si el lugar se hubiera convertido en otro. Entre las chicas estaba Nora, hacía mucho tiempo que no hablaba con ella y me propuso jugar un partido; y aunque fuese frívolo jugar al *ping-pong* según mi nueva tesitura, yo acepté porque no quería perder su amistad para siempre. Había una vieja historia con los partidos de paleta que jugábamos de chicas: ella me ganaba casi siempre porque a mí me perdía el entusiasmo: ella remataba los tiros con noble frialdad. Pero recordaba las escasas veces en que le había ganados: ella me pedía la revancha y me remataba, sencillamente, como quien no quiere la cosa. Pero esta vez estaba yo poseída por el espíritu de noble frialdad, ya que veía el juego como un simple expediente para arreglar algo: iba ganando. Vi que ella se ofuscaba un poco —como siempre—, ella quería ganarme y a pesar de mi ventaja, la dejé ganar. Mientras me iba dejando ganar, me preguntaba ¿por qué hago esto? ¿Por qué ella necesita ganar y yo no? ¿Y si le gano? Sentía que dejándola ganar se producía algún equilibrio (aparte no podía soportar su mirada de bronca, sobre todo porque nos habíamos encontrado después de mucho tiempo) y asumí la veta payasesca de mi infancia, que mostraba cuando perdía y que ella conocía bien, para que pensara que todo era igual que siempre. Pero en ese asunto había algo que

estaba bien y algo que funcionaba mal. Estaba bien que se produjera un equilibrio, una armonía, pero, por mi parte, ¿yo me dejaría ganar siempre por ella o por otro en el futuro? ¿Para restablecer un equilibrio yo debía ser inexistente? No me lo pareció. Hablamos poco, yo no sabía en qué estaba ella y no me parecía prudente comunicarle a nadie que había leído a León Bloy. Al terminar el partido, supe lo que pasó: dejarla ganar fue un recuerdo de la vieja amistad y una despedida.

Volví al club a la hora de cierre; llevaba un libro para devolver, pero no me convencía. No me convencía lo que había en esa biblioteca. La bibliotecaria tampoco permitía que la gente la revisara, y además ella no era una persona culta. Yo fui a pedir Neruda, Vallejo y Guillén, porque un primo intelectual me dijo:

—Tenés que leer a Neruda, Vallejo y Guillén.

Esto dijo después de una larga conversación, como una especie de examen a mi inteligencia; parecía que yo había sorteado la prueba y hablábamos de inteligente a inteligente. Yo estaba asombrada de mí misma: no sabía de dónde sacaba esos argumentos y ese nuevo poder me volvía más interesante, como si yo fuera otra. Ese primo me preguntó esa vez, si mi otro primo, el que venía de visita a mi casa y a mí me perturbaba, era inteligente. Yo le dije:

—Bueno, es inteligente de otra manera.

Había leído que existían varias clases de inteligencia; pero mi primo intelectual, incisivo, me dijo:

—Por ejemplo, inteligente para qué.

Y no supe muy bien qué responder; no sabía si lo era o no, pero no quería que toda la inteligencia fuera acumulada por el intelectual, quería que estuviera más repartida, por ese asunto de la armonía. Pero además yo quería que mi otro primo fuera inteligente. En la casa de la abuela, cultos eran los que habían hecho el secundario y este primo lo había hecho, si era por eso; pero se ve que este otro primo tenía criterios más elevados y nuevos. Por un lado sentí la fascinación por esas nuevas formas de entender lo inteligente y lo culto y, por otro, percibí que perdía algo al no defender al ausente. ¿Cómo determinaba él tan rápidamente si el otro era

inteligente o no si no lo había tratado? Pero yo no tenía armas para defender al otro y me pareció que mi silencio lo traicionaba. Estaba contrariada, no quería que el criterio de este primo se impusiera por más intelectual que fuera: pero de alguna manera se imponía y me obligaba a dudar de mis viejos amores.

Volviendo al club, fui a la hora de cierre porque había visto que algo se cocinaba ahí: había movimiento de gente, de chicas y muchachos. Y como ahí cualquiera jugaba al *ping-pong* con quien fuera, lo hice con una chica desconocida, distraídamente, mientras miraba a una pareja sorprendente. Estaban sentados en el suelo, en un rincón y él le decía cariñosamente:

—Estúpida.

Y ella:

—Pajarón.

Los dos eran altos, de piernas largas y tenían algo en común; los dos eran de rasgos muy desvaídos, como dibujados; él tenía unos anteojos muy gruesos y una cara infantil. Después se pellizcaron y se seguían diciendo cosas y en un momento se pegaron, pero todo eso no significaba agresión: se los veía felices y resplandecientes. Se movían como si tuvieran fueros especiales para hacer esas cosas; pensé en esa rara variante del amor. No podía aprobarlos ni reprobarlos, quizá fuesen de Buenos Aires y entonces eso explicaba todo. Eran de Buenos Aires y se habían ido a vivir al pueblo; pero se veía que donde fueran, ellos sentaban sus normas. Alguien dijo:

—Se casan el mes que viene.

A mí me pareció extraño que se casaran como todo el mundo, cuando tenían esa relación tan particular. Parecían dispuestos a jugar eternamente, no tenían nada que ver con los libros de amor que yo había leído hace unos años, donde estaban la mujer virtuosa y la mala: esa chica no era ni buena ni mala, jugaba como un perrito y a él le gustaba así.

En lo de la tía Elisa hicieron una gran fiesta de Navidad. Yo dije primero que no quería ir, para no romper mi promesa de no asistir jamás a ninguna fiesta; pero en realidad como era de parientes, no entraba en el rubro. Además, como quedaba en la otra cuadra, se podía llamar «echar una ojeada» en vez de ir. En esa fiesta, los parientes pobres estaban casi todos

en la misma habitación. La tía Juana Mari había muerto, pero estaban algunas de sus hijas, a las que yo conocía vagamente. Una de ellas me dijo:

—¡Ah, qué crecida estás!

Yo no tomé ese comentario en consideración, no era mérito mío crecer: sucedía por su cuenta. Y como no sabría qué más decirme, añadió:

—¿Terminaste el colegio?

—Sí, terminé este año el secundario.

Traté de ser simpática, recordé el consejo de mi papá: «No seas orgullosa», recordé lo que decía León Bloy: «Los pobres son la presencia de Cristo en la tierra» y además se acercaban a ellos para pasar una bandeja, un breve comentario al paso y se iban. Los parientes pobres y yo aprendíamos: mirábamos la sopera del comedor, que parecía de plata y ellos trataban de descifrar quiénes eran los desconocidos que estaban alrededor de la sopera. Los más informados enteraban a los otros. No sé qué habré dicho, la hija de Juana Mari dijo:

—¡Ah, qué bien crecidita que está!

¿Qué podría responder a eso? Yo, que había leído a Vallejo —«¡Cuándo nos encontraremos sin paquetes!»—, bien crecidita, como si fuera un chancho, un pato. Ellos hablaban de muertes y enfermedades; eran muertes tontas: uno que pisó mal y se desbarrancó. No era convincente la explicación, porque se desbarranca el que cae de un precipicio; además morirse por pisar mal, y encima de pobres, incultos. Les pasaban muertes tontas, no como la de Vallejo, que murió en París y sabía cómo quería morirse, con aguacero. Acá la muerte los agarraba desprevenidos y la explicaban de cualquier manera. Me hubiera quedado un rato más con ellos —ese lugar era un buen mirador del comedor— pero otra hija de Juana Mari dijo:

—¡Ay, casi se me cae la copa al suelo!

Con voz de susto. Después todos se echaron a reír estrepitosamente, como si hubieran contado un chiste extraordinario. ¿De qué se reían? Pasar del tema de la muerte a semejante pavada. Aproveché para irme sin despedida y empecé a recorrer los otros cuartos; por el pasillo me topaba con Bertoldo Berne, que circulaba sin parar, pero no lo hacía sin ton ni son

como él: yo estaba llena de ideas metafísicas. Cuando me tenía a tiro, B. B. me preguntaba:

—¿Tenés novio? ¿Tenés novio?

Y yo me reía de compromiso. O si no:

—¿Te casaste? ¿Te casaste?

Y salía volando, sin esperar respuesta. Él recalaba finalmente entre los chicos, donde solía quedarse un rato. Los chicos, que habían sido educados armoniosamente en general, ejercían el derecho de gritarle a B. B. en el fondo. Hasta los cuatro o cinco años, todos iban encantados con B. B.; a los seis o siete, se rebelaban. Dentro de la casa no tenían permitido agredirlo, pero en el fondo, se oía a uno de ocho o nueve años que le decía:

—Te prohíbo que me llames «Bochicho».

Los chicos iban a quejarse ante los mayores de las cosas que hacía B. B. como si fuera uno de ellos. Entonces iba al fondo la tía menor y decía:

—Venga, Bertoldo, que su chocolate está servido.

Y él volvía a la fiesta, no sin antes ejercitar algunos argumentos, en tono explicativo, que parecían provenir de alguna situación anterior. Les decía:

—Si el Pochele pone pata al Basú, la candinga no te lleva.

Si algún audaz, entre los chicos grandes, le decía «Andate», muy suavemente la tía menor le decía:

—¿Cómo le decís «andate» a Bertoldo?

Sin demasiada convicción y después hablaba por lo bajo al chico, con algún argumento que sería «Si le decís *andate*, no se va», porque el chico quedaba tranquilo.

Yo pensaba: ¿a qué plan del destino o de la naturaleza pertenecía la presencia en el mundo de ese hombre? ¿Tenía un sentido la vida? Y si lo tenía, ¿qué sentido tenía la vida de él? Era un hombre casado, muy bien vestido. ¿Hablaría con su mujer de Puchele, Ukelele y esas cosas? Siempre me lo encontraba por el camino del pasillo y para evitar que me preguntara otra vez si me había casado o si tenía novio, me metía en el baño y me miraba en el espejo. Ya me había metido varias veces en mi recorrida, y cada vez me miré en el espejo: al principio un poco alarmada, por si ya

tenía cara de estar casada, según dejaba suponer la pregunta de Bertoldo Berne. No, no tenía cara de casada. Después para ver cómo me mirarían los demás en esa fiesta; me pareció demasiado intensa mi mirada y decidí bajar los decibeles. Por fin, cuando me vi bien, me encaminé hacia el comedor. En un sillón lateral estaban mi papá, mi mamá y los parientes de Botto de Castelar. Tanto en mi casa como en la de las tías, decían que los parientes Botto eran excelentes personas. Si era así ¿por qué yo los veía cada cinco años, por qué no se veían con ellos cada semana para estrechar la relación? Botto había ido con su mujer y su hermana y eran un conjunto de seres realmente muy bondadoso; de tanta bondad se habían vuelto parecidos entre sí; yo siempre confundía a la mujer con la hermana. El señor Botto tenía una particularidad: se emocionaba. Cuando me vio tan grande, le brotó algo como agua detrás de los gruesos cristales de los anteojos. Me dijo que estaba muy linda pero yo dudé un poco: era demasiado bueno y sus cristales, muy gruesos. Además estaba un poco irritada porque mi mamá se había arreglado muy bien. ¿Por qué no se arreglaba así todos los días, para estar en casa? Además, pasada esa efusión del espíritu sensible del señor Botto, ¿de qué hablaban con mi papá? De sucursales nuevas de bancos. Bien, gracias. En el otro sofá lateral estaba el sobrino de la tía Elisa que se había recibido de farmacéutico, con una novia muy linda. Y en medio de esa reunión, parecía no importarle nada de lo que ocurría a su alrededor, como cuando estudiaba en el jardín de su casa: me miró apenas, como se mira a un bulto conocido, registrado y archivado en la memoria.

En el sofá del centro conversaba la tía Elisa con su sobrino y discípulo: conversaban sobre cine. La tía Elisa me dijo:

—Pichona, por favor pasame esa bandeja.

Siempre me mandaba ella que le alcanzara alguna cosa y a mí no me gustaba, por lo que recordé algunos de los anatemas de León Bloy contra la burguesía de París; pero el tono de voz con que dijo «pichona» era distinto, como si yo mereciera más consideración, como si fuera una pichona grande. Le pedí la llave de mi casa a mi mamá y me fui. Tal vez no volvieran a hacer otra fiesta tan grande, yo debía recordarla. Si me iba

sola, la recordaría mejor. Entonces pensé en esa frase de Vallejo: «Verano, ya me voy, y me dan pena tus manitas sumisas».

Mi primo intelectual vivía en Buenos Aires. Él venía a Moreno a la quinta de unas tías y a veces visitaba a mi mamá: no tenía relación con nadie más en el pueblo. Para él el club, la iglesia, la plaza, no tenían la menor relevancia, eran cartón pintao. Él iba a su objetivo y se volvía; hablaba de las pocas personas que conocía con sus tías con una ferocidad llena de placer. Yo intuía alguna injusticia en esos juicios suyos, que más que juicios eran imágenes risueñas, como si las personas fueran orugas, bichos canasto o perros averiados. Pero me reía con él, no fuera cosa que me confundiera con ellos, toda esa gente atrasada y que «no entiende». Yo iba con frecuencia a Buenos Aires de compras y al colegio, pero siempre volvía. Había ido varias veces a la casa de él en Buenos Aires, pero hasta ahora trataba con mis tíos. Pero un día —yo estaba por ingresar a la facultad de Filosofía— me dijo:

—El sábado reúno gente en mi casa. Venite.

Lo dijo como al pasar, como si una reunión fuese algo muy sencillo. Bueno, ya había roto el voto de no ir a las fiestas, había ido a lo de la tía Elisa, además mi primo era un pariente; por otra parte, nunca había ido a una fiesta en Buenos Aires. Aparte, me estaba olvidando de mi promesa: tenía unos vestidos más lindos y me había cansado el negro: mi vestimenta ya había producido comentarios y reflexiones suficientes. También me había cansado de: «A los tibios los vomita el Espíritu Santo». Ahora tenía presente una frase de Claudel: «La juventud no está hecha para el placer, sino para el heroísmo». Como no tenía ninguna ocasión de mostrar mi heroísmo, esta idea se manifestaba como una emoción intensa que me acompañaba durante mucho tiempo. Esa sensación de heroísmo me acompañaba cuando hacía esfuerzos para no pelearme con mi papá, cuando caminaba y en cualquier momento.

Esa fiesta no era una reunión de poca gente: había muchas personas que se manejaban como si se conocieran desde tiempo atrás; formaban grupos muy móviles, que de repente ocupaban un lugar y después quedaban recompuestos de otra manera. Había parejas de mujeres con

hombres y de hombres entre sí. Uno de los hombres que evidentemente hacía pareja con hombre dijo:

—Yo me casaría, sí, pero en la iglesia del Pilar, con el altar adornado con camelias. Y a mí no me casa otro que el obispo de La Plata, que tiene un *swing*…

Ahí hubo un coro de risas y otros comentarios similares. Toda la precisión con que describía la ceremonia contrastaba con la imprecisión en lo que yo entendía. ¿Con quién se casaría? ¿Hablaba en serio o era un chiste? Era gordo, con cara de muñeco y labios muy gruesos, todo él recordaba una pelota. ¿Cómo estaba seguro de que alguien quisiera casarse con él, fuera hombre o mujer? Además, yo nunca había escuchado de un obispo decir que tiene *swing*. Todos eran más grandes que yo y no sabía qué argamasa los pegaba. Porque de repente iba el gordo o algún otro que andaba con hombres y le daba un abrazo teatral a una mujer que estaba con su acompañante; sí, evidentemente era un chiste. Pero ¿ese hombre y esa mujer no se molestaban por eso? No, el novio de la mujer se reía. Me sentí provinciana y prejuiciosa; no quería que notaran lo que pensaba; debía poner cara de que todo era natural. Pero eran tan intensos los vínculos entre ellos, que yo circulaba y miraba sin que nadie me hiciera quedar en ningún lado. De repente un hombre grande, que había sido rodeado por varios, leía las líneas de las manos. Me dijo:

—Niña, ven acá.

Y yo dije con sorna:

—¡Niña!

Entonces me dijo muy seriamente:

—Niñas son todas. Ahora vas a ver.

Y llamó «¡Niña!».

Vino una mujer, como de cuarenta años, sonriente, y se acercó a charlar.

Ese hombre parecía mirar todo desde un lugar más allá de la fiesta, como si ya hubiera comprendido a todas las personas y como si le diera lo mismo estar ahí o en una ermita. Su gran condescendencia lo llevaría a leer las líneas de las manos, no se sabía si en serio o en broma. Me quiso

leer las líneas y le dije que no, sentía deseos de resistirme y al mismo tiempo de estar cerca suyo. Me dijo:

—¡Qué agreste eres!

Y no se sabía si era un insulto, un elogio o una observación cualquiera. No intentó leer contra mi voluntad, yo hubiera deseado, pero había perdido la oportunidad. Me quedé cerca, para escuchar lo que decía a los demás. Pero me quedé pensando en que tal vez yo fuese un poco grosera: esa oposición que había planteado, lo era. Me había dado una lección de urbanidad, y ahora él estaba totalmente entregado a su tarea, revistiendo de especial importancia lo que hacía, cuando a mí me daba la impresión de que para él nada era importante. Su actitud ponía de relieve ante mis ojos mi veta grosera. Su mera presencia me hacía ver todos mis ascetismos anteriores como una forma de tosquedad o de inutilidad. No porque se propusiera enjuiciar; lejos estaba ese hombre de enjuiciar a nadie; yo misma me lo decía. Sí, la juventud estaba hecha para el heroísmo, pero de vez en cuando se podía descansar un rato.

Cuando terminé el secundario —tenía dieciséis años—, mi mamá me dijo:

—Bueno, podés seguir la carrera que quieras, pero vas a trabajar para tus gastos.

Era una experiencia emocionante: yo me pagaba mis viajes en tren, mis licuados y cafés en la calle Florida. Un día se me ocurrió comprar echarpes. Pensé que un echarpe era un trozo chico de cualquier tela, que su costo no podía ser alto, estaría a mi alcance, yo quería tener muchos, para guardar para el futuro, regalar, etc. Entré en una tienda y compré seis o siete, pero no ya hechos, que eso cualquiera compra. Le pedí al vendedor que me cortara un trocito de cada tela: era como tener un muestrario de colores y texturas propio. Había uno, el que me pareció más original, que era absolutamente pinchudo, tenía unos redondeles grises sobre fondo gris oscuro: era tan árido como la superficie de la luna. Sí, seguramente no habría otro echarpe igual a ése: no bien uno se lo ponía, producía picazón y quedaba como una víbora en el cuello. A mí me estimuló el hecho de que el vendedor no me había desalentado de esa compra; aunque tampoco parecía tan contento como yo por la venta. Cuando llevé mi preciosa carga

a mi casa, yo sentía que llevaba la quintaesencia de todos los colores del mundo. Mi mamá me dijo:

—¿Y esto? ¿Qué es?

Estaba perpleja, ni siquiera me retó. Dijo:

—El único potable es el escocés.

—Todos son echarpes —afirmé—. Un echarpe es un trozo de tela.

Al echarpe pinchudo no lo podía aguantar yo ni nadie: era como tener abrojos en el cuello. Usé los otros alguna vez, para que se viera que se podían usar y después los olvidé piadosamente, pero no di mi brazo a torcer. También compré toda la bibliografía que correspondía a la materia «Introducción a la Literatura». En el programa decía «Bibliografía obligatoria». Y yo entendí que estaba obligada a comprarla. Después de que la compré, descubrí la existencia de la biblioteca en la facultad, que estaba en el primer piso: ya era tarde, pero además yo estaba igual muy contenta porque había comprado los libros con mi dinero. Entre esos libros había una biografía de Baudelaire; Baudelaire le pedía constantemente plata a su padrastro; lo acusaba de burgués y de otras cosas, sí, pero bien que le pedía plata. Yo me sentía muy sabia y poderosa al poder manejar mi dinero. ¿Cómo era que Baudelaire renunciaba a una experiencia semejante?

Yo trabajaba como maestra. Era la primera vez en mi vida que tenía un grado a mi cargo. La directora, chiquita, reservada y respetada, me dijo:

—Te voy a dar un primer grado difícil, te voy a guiar.

Yo no sé si me lo dio porque tenía confianza en mi capacidad o porque ese grado ya estaba rifado: era junio, casi todos estaban aplazados, nadie sabía leer, ni escribir, ni convivir. Todos eran repetidores de diez a doce y trece años. Los pocos que había de menos edad ni se animaban a aprender; porque Hugo, que ya hacía tres años que repetía primero, durante el primer mes se lucía, porque sabía las vocales y la «m». Si alguno de los más chicos lo superaba, y siempre había alguno, él le pegaba. Una chica como de once años, grandota, me dijo no bien llegué:

—Vos no sos maestra, sos como nosotros.

—Soy la maestra, soy la maestra —decía yo.

Ella me miraba riéndose. Una vez, yo estaba enseñando que la madre de San Martín se llamaba Gregoria Matorras. Le dije al del fondo:

—A ver, repetí.

Pero uno agitaba la mano frenéticamente y lo dejé contestar. Dijo:

—¡Pachorra, pachorra!

Yo no podía creer lo que veía. Otra vez creí que estaba dando una clase sublime; cuando yo me entusiasmaba los perdía de vista y atendía sólo a mis pensamientos; de repente vi a uno llorando. El compañero me dijo:

—Señorita, Cachito se cagó.

Otra vez lo reté a Hugo, el que avanzaba primero y después se quedaba atascado; se echó a llorar sin parar como una hora, con aullidos de animal lacerado.

Había un chico grande, como de trece años, que era el encargado de conducir a sus hermanos menores a su casa; ellos venían del interior y se sobresaltaban con todos los ruidos, especialmente con la campana. A ese chico se le acabó el cuaderno y terminó escribiendo en la suela del zapato; solía revolear un autito de juguete por el aire y me decía:

—¡Señorita, yo la llevo en este autito!

Yo había aprendido la Historia de la Didáctica y los métodos deductivo e inductivo. Ahí no podía usar ninguno. Todo oscilaba entre gritos, tumultos, caricias —siempre pedían caricias— y una mirada vigilante que no podía descansar un momento; siempre pasaba algo: o rompían algún cuaderno, o salían todos afuera si oían volar un avión de modo potente. Le dije a la directora que no sabía cómo componer todo eso. Ella me dijo:

—Vas muy bien. Vas a ver que vas a ir muy bien.

Pensé: «Si eso era bien, ¿cómo sería "mal"?». Por otro lado, la seguridad de ella me tranquilizaba.

Yo no establecía ninguna relación entre lo que ganaba y el trabajo que hacía. Si me hubieran dicho «Tu tío o algún hado te va a becar, con la condición de que vayas a trabajar a la escuela», me hubiera parecido bien; además debía ir a la escuela porque los chicos me esperaban en la esquina para llevarme la cartera, que contenía cuadernos y libros. La parte escrita de los cuadernos parecía un terreno roturado, con sus malezas. Las letras

parecían patas de araña perdidas en lo gris de la hoja. Los libros míos eran variados; recuerdo uno, con su hermosa cubierta color naranja, *La gestalt teoría*. Cuando hacía frío, los chicos apoyaban su cabeza en un saco de piel de corderito que yo llevaba y eran como un cordero buscado a su pariente.

Tampoco establecía ninguna comparación entre la ciudad —cuando salía de la escuela me iba a la facultad— y esa escuela de extramuros del pueblo: era como si los lugares produjeran las personas, los objetos y los sentimientos correspondientes; a medida que me iba acercando a la escuela me hacía cargo del caballo suelto que comía pasto en el terreno baldío y de ese té que tomábamos en unos pocillos viejos, de colores distintos. Todos mis pensamientos, llenos de energía, estaban dirigidos a enseñar a leer. Preparaba unas gomas suaves para que borraran sin agujerear el cuaderno y buscaba las láminas que usaría en el día. Describíamos muchas láminas, unas láminas viejas, de colores pálidos, por ejemplo, la madre de Sarmiento tejiendo en el telar. Los chicos podían llegar a ver cosas rarísimas en las láminas y decían que la madre de Sarmiento se estaba por caer de la silla. Y yo pensaba «¿Cómo podrán ver eso?» y «¿Cómo podré aplicar el método inductivo?». Cuando terminaba la clase, pasaba a contarle a la señorita directora cómo había trabajado y ella me orientaba. Y cuando tomaba el tren que me llevaba a la ciudad, olvidaba la escuela como si nunca hubiera ido: caminaba por todo el tren o iba leyendo y gozando la velocidad. Después caminaba por la calle Florida, de gran aprendizaje. Todo su brillo y confort me parecían tan naturales como me parecían a la mañana los terrenos escarchados y el caballo que comía pasto. Y me venían otros pensamientos y otros deseos.

La señorita directora no se mezclaba con nadie de esa escuela; escribía sus informes sin parar, preparaba las planillas, chiquita y concentrada. No contaba detalles de su vida privada, no molestaba a nadie, no irrumpía en las clases; la escuela funcionaba. Yo había contado entusiasmada en mi casa que la directora me guiaba y me dijeron quién era ella: la que había sido amante del médico científico, el que vivía al lado de lo de mi abuela. Mi mamá añadió:

—Una excelente persona.

Ya el médico había muerto y ella no tenía aspecto de tener ningún otro amante; su guardapolvo era sencillísimo; el único signo de coquetería eran sus cabellos, prudentemente teñidos. Después de que supe eso, pensé que su retraimiento se debía al gran secreto que guardaba: a lo mejor le guardaría fidelidad hasta la muerte al científico, o había sufrido mucho y no quería tener más amantes en la vida. Que ella trabajara con tanto esfuerzo en esa escuela perdida, me hizo modificar mi teoría de los amantes; pensé que a lo mejor, una persona de cincuenta años o más, como era ella, no quería más amantes… a lo mejor la gente se cansaba. Que había sufrido, no había duda, se veía en una especie de desprendimiento de toda cosa que no fuera su trabajo, en esa especie de caparazón que se había hecho; no se la podía imaginar gritando porque vio una araña ni contar con cacareos, como hacían algunas, si vino la madre de Mengano o de Zultano. Y yo la veía tan sola, siempre escribiendo, que a veces la iba a consultar sobre algún alumno, para interrumpir esa soledad que ella tenía.

Cuando me iba, yo le hacía un saludito rápido a la señorita, feliz por irme. La última media hora de clase era conflictiva: a último momento se rompía algo o desaparecía alguien. Había enseñado a leer a la mitad de la clase; me llevaba esos cuadernos a mi casa —algunos tenían olor a leña quemada— y los mostraba ante un público atónito. Había aprendido a pegar cuatro gritos sin pensar que Pestalozzi me miraba desde su altura; sabía cuándo Hugo estaba a punto de llorar y la gorda pronta a escaparse. Consultaba menos y me atrevía a mostrar mis resultados. Una vez, como tenía un examen, le dije a la señorita que ese lunes iba a faltar. No me quise despedir con un saludito rápido. Me detuve, la miré —ella siempre escribiendo en su escritorio—, y le dije:

—Buen fin de semana, señorita.

—Gracias —me dijo, un poco sorprendida. Y añadió—: Que tengas suerte.

Me lo dijo de corazón. Y yo, de todo corazón, pensé: «Y usted también, señorita, que tenga suerte».

Camilo asciende

Paso del Rey I

Ella quiso ir sola a su nueva casa. Emilio le dijo:

—Yo te acompaño, así ven que bajo del tren con una rubia.

Ella dijo:

—No, yo voy sola.

Iba en el tren con dos bultos. En uno llevaba un vestido, que era un regalo de casamiento. Tenía otros dos vestidos pero los regaló; uno a Angelita, que era una pobre estúpida que no sabía cómo cubrirse y otro a su cuñada, que era más rica que ella pero lo deseaba. Su cuñada, le habían dicho, tenía huerta con verduras, limoneros, naranjos. Ma que se lleve el vestido, para qué quería ella tanto vestido, para andar lavando, si total ahora iba al campo porque se había casado. Emilio vino dos o tres veces y trajo pollos y huevos de regalo; los primos se rieron de los pollos, de los huevos y de Emilio, pero bien que se los comieron. Los primos se reían de todo durante el día porque no tenían nada que hacer: las primas hacían ilusionar a un pobre hombre a caballo que daba vueltas de acá para allá mirando para adentro de reojo; ellas lo espiaban desde la ventana y se reían. Los varones eran peores todavía: le hicieron creer que ella podía hablar a Italia con su mamá; le fabricaron un teléfono de juguete y uno le hablaba desde la otra pieza haciéndose pasar por la madre de ella; le decía que la extrañaba mucho. Ella decía:

—Hablame un poco más, mamá.

Y del otro lado una voz rara, que no era la de su mamá, pero debía ser que el teléfono transformaba las voces, le decía:

—Sí, cara, parla un pó.

Ella se despidió llorando y después aparecieron todos los primos riéndose, manga de haraganes, más dañinos que la langosta. El tío Pipotto los retó cuando la vio llorando, pero ella pensaba que no era suficiente: que Dios los perdone, pero antes en el purgatorio que el diablo correspondiente les queme esas bocas con aceite hirviendo.

Al día siguiente vino Emilio el toscano para verla, porque quería casarse. Casarse debía ser una maldición, porque los varones siempre andan burlándose de las mujeres; pero no iba a ser peor que eso… Igual le dijo a Emilio que esperara un poco. Entonces él le dijo:

—El pasaje hasta la capital cuesta muy caro y yo necesito casarme. Mujeres hay muchas, así que usted verá.

Entonces ella le dijo a su tío Pipotto que el toscano quería casarse, cosa que el tío ya había observado. Le dijo:

—Es gente decente, pero rienda corta al toscano, Teresa, para que salga trabajador y vaya adelante. Tené en cuenta que es muy pobre.

Ma sí, pensó ella, por qué no ponés rienda corta en tu casa a toda esa manga de inútiles que tenés adentro; ma sí, yo me caso.

Y ahora que estaba casada, iba en el tren con el boleto en la mano para no perderlo, ese vestido nuevo no tenía bolsillo para poner el pañuelo, se lo puso en el cinturón.

Ella retenía con fuerza el boleto, porque si uno lo pierde, el guarda, que es el que pasa controlando, quién sabe qué puede llegar a hacer. Sus primos, que siempre andaban engañando a la gente, le dijeron que si uno pierde el boleto después debe barrer la estación, pero no debería ser cierto. Sin embargo, algo pasaba con el boleto porque el guarda lo marcó y después se lo llevó. ¿Lo habrá llevado a examinar para ver si era un boleto bueno? Ella lo pagó en la ventanilla, pagó lo que valía y cuando el guarda llevó el boleto, se lo quiso pedir, pero algo le decía que no debía pedirlo.

A medida que el tren iba andando, primero se empezaron a ver casas con huertas; después huertas y quintas solamente, con casas muy escondidas; por último, un pasto desparejo y caballos que estaban fuera de la mano de Dios.

En la estación de Moreno había un coche con un caballo. Era para llevar a alguna persona que bajaba del tren hacia el campo pero el campo quedaba a cuatro cuadras del pueblo. Si alguien iba a una casa que quedaba a diez cuadras de la estación, salvo que fuera un linyera que bajaba para dar vueltas y no tenía rumbo, iba en coche a caballo. Eran tan pocos los viajeros los días de semana, que tomar ese coche parecía una ocurrencia fortuita.

Emilio era cochero. Si venía alguno y le decía, por ejemplo:

—Quiero ir detrás de los macachines.

Emilio pensaba: «Está bien, si a vos te gusta, detrás de los macachines». Y preguntaba:

—¿A lo de Servini?

Como eran gente de Buenos Aires, a veces preguntaban, asombrados:

—Sí, a lo de Servini. ¿Cómo sabe?

—Varios años de oficio —mentía Emilio.

A cinco cuadras de distancia, con una buena visibilidad, Emilio podía saber con certeza si Servini llevaba los mismos zapatos o si se los había cambiado, hecho que hubiera detectado inmediatamente por lo notable. También veía siempre a la señora Severina que no tenía compuesto su paraguas; lo sujetaba por arriba todo lo que fuera necesario. Ahora Emilio estaba en la estación esperando a Teresa; la sorprendió mirando para todos lados, confusa, antes de que parara el tren, y le dio un ataque de picardía. Ella al bajar lo vio y vio que la estaba mirando con los ojos llenos de picardía y le dio bronca. Bajaba a tientas con los dos bultos y él no se movía; seguía mirándola.

—Ayudame —le dijo fastidiada—. No sabía dónde tenía que bajarme y hubo dos que se bajaron antes, después yo no sabía.

—Yo te dije —dijo él—. Yo te dije que te acompañaba.

—Yo te dije, yo te dije —lo imitó ella con rabia—. No es cuestión de decir acá.

Él la interrumpió:

—¿Quiénes se bajaron antes que vos?

—Uno con un fardo de pasto que parecía más idiota que yo y una señora flaca con un velo que por poco no lo arrastraba. Qué iba a preguntar —dijo enojada.

—Se bajaron en Merlo —dijo él.

—Y vos cómo sabés —preguntó con desconfianza, como si la sabiduría le hubiera llegado a él por un canal espurio.

—Ah —dijo él sentencioso—. Varios años de oficio.

Le llevó los bultos al coche; los caballos eran medio salvajes, parecían lentos. Él se los presentó:

—Éstos son Comería y Sisobra.

Comería era un caballo gordo pero con gordura de antes y Sisobra era flaco, malvado y lleno de mataduras. Sisobra, más joven, era flaco y feo. Cuando subieron al coche, él le rozó la mano y le dijo:

—Ahora tengo a la genovesa rubia conmigo.

Ella le dijo:

—Dejame.

Él pareció no inmutarse. Empezó a silbar y era un silbido que no acababa nunca. Pasaban por campos sembrados, por chozas, no se veía una persona.

Ella preguntó:

—¿Falta mucho?

Entonces él empezó este cuento: «Una vez en Florencia había un ratón del campo y uno de la ciudad. El ratón del campo comía cuando encontraba, el ratón de Florencia comía queso con agujeros».

—¿Has comido?

—No —dijo ella. ¿A qué venía ese cuento de los ratones, del queso con agujeros, que debía ser una burla estúpida? A lo lejos se veía un croto inmundo, de veinte leguas se veía que era inmundo; estaba juntando quién sabe qué porquerías del suelo.

—Entonces el ratón del campo dijo: «Vamos a hacer una prueba: el que pasa el aro, gana».

Como sólo los imbéciles creen en los ratones que hacen pruebas y en los peces cantadores, ella siguió mirando alrededor: ni una casa, ni un caballo, ni un sembrado.

—Y ganó el ratón del campo. ¿Sabés por qué?

—No —dijo ella.

—Hay que adivinar.

—Qué sé yo —dijo ella—. ¿Falta mucho?

—Ganó el ratón del campo, que está más flaco porque come el agujero del queso —dijo él alegremente.

¿De qué se alegraba este hombre?

Iba oscureciendo. ¿Tendría en realidad una casa ese hombre tan preocupado por los ratones? Preguntó:

—¿Falta mucho?

Él dijo:

—No todos podemos vivir en la Plaza de Mayo.

Se iba acercando a un río. Era un río estancado, no parecía contener ningún bicho viviente decoroso y ágil adentro. Podría contener larvas, ramas de árbol y alguna otra cosa que no se sabía si era vegetal o animal. Al lado del río había una choza. No había sembrados alrededor, ni ropa colgada, ni ningún tipo de separación entre lo de adentro y lo de afuera, que por otra parte hubiera sido inútil: la choza más cercana estaba como a cuatro cuadras de distancia. Después salió un perro ladrando y Emilio se puso contento.

—Ahí está —dijo—. Nos está esperando.

Era un perro alborotador y necio, daba la impresión de que era el dueño de esa casilla del río. Emilio hizo parar a Comería y Sisobra, y en tono sentencioso le dijo:

—Ésta es tu casa; es muy humilde pero es tu casa.

Entonces ella tuvo ganas de llorar, más bien de aullar, como si fuese ese perro, lo dijo:

—¿Y me sacaste de la casa de mi tío para traerme a esta pocilga?

Él respondió:

—En la casa de tu tía eras sirvienta, aquí sos ama y señora.

Entonces ella se echó a llorar sin parar, como cuando a uno se le muere alguien; él se acercó y la quiso consolar. Ella dijo:

—Dejame.

Al día siguiente, cuando él salió, le encargó azúcar, harina y aceite de oliva.

—Que sea de oliva.

El perro siguió al coche como cinco cuadras y ella examinó la choza por dentro y por fuera: no había un trapo para limpiar.

En un frasco de vidrio había monedas de poco valor; se sintió más esperanzada, al ver que ese hombre guardaba algo, pero cuando abrió el frasco, las monedas estaban mezcladas con bolitas de colores y papeles viejos. Ese hombre mezclaba todo y no había ningún trapo para limpiar;

aunque pensándolo bien, tenía más ganas de patear esa casilla que de limpiarla; daba la sensación de que con cuatro patadas se venía abajo. Por suerte, volvió el perro; recibió una linda patada y se fue a aullar bien lejos. Ella salió afuera, para llamarlo de algún modo, porque no había cerco ni verja, y caminó más lejos para ver qué había alrededor. Se acercó a una choza, tratando de no pasar muy cerca, porque no se sabía hasta dónde llegaba el dominio de los habitantes sobre el terreno. No tenía ningún sembrado, ni caballo que dijera: «Aquí estoy yo».

Cuando se fue acercando, vio unos bultos quietos, grandes y chicos. Esos bultos eran una familia sentada al sol; estaban sin moverse, recibiendo en todo lo posible los rayos del sol. Ella se alejó un poco, pero al pasar por la choza hizo un saludo con la mano; alguien le hizo un saludo cansado. Nadie, ni los chicos se levantaron a mirarla, dado que era nueva, como si su presencia fuera absolutamente normal, como si fuera posible que de vez en cuando lloviera gente del cielo.

Se orientó hacia el campo, para ver algún sembrado o arboleda y la vio: era la casa de material. Estaba tapada por árboles, limoneros, naranjos y atrás tenía un gallinero. No se veía a nadie. Tenía una puerta de entrada, un cerco de ligustro y después una puertita interior.

Ella tendría una casa de material, prefería reventar a no tener una casa como la gente. Cuando pasó por la choza de la familia que estaba al sol, observó que seguían sentados, pero ahora en una esquina de la choza; se habían corrido todos juntos para que les diera el sol. ¿Era posible? ¿Estarían todos postrados por alguna enfermedad?

Nadie se movió para mirarla, poco después que pasó, se dio vuelta porque sintió que la estaban mirando. Sí, la estaban mirando muy fuerte sin moverse. Se apuró y miró el suelo, a ver qué había. Había semillas de zapallo y ella las iba a plantar. Con la pala removió un gran pedazo de tierra que estaba atrás de la casa; estaba absolutamente fastidiada por no tener más semillas; ahora, en ese momento, las quería. Cuando él volvió y la vio paleando la tierra, le dijo:

—Mujer que palea, el diablo se mea.

Ella lo miró y no le dijo nada; siguió paleando. Entonces él dijo:

—Yo creí que la genovesa rubia se había ido.

Ella dijo:

—¿Trajiste aceite de oliva?

—No, no había de oliva, había…

—No lo quiero. Hay que devolverlo.

—Sisobra —dijo él al caballo—, la princesa genovesa dice que hay que devolver el aceite. ¿Qué te parece?

Cuando le habló fuerte, el caballo movió la cabeza.

—Sisobra dice que no puede, que está cansado.

Ella siguió paleando fuerte y no contestó.

Al día siguiente rescató unos trapos que estaban duros como el cuero y los lavó en el río; no era un agua limpia como la del río de Italia; era un agua de merda.

El río estaba lleno de pastitos, no se sabía dónde terminaba el borde y empezaba el agua. Cuando estaba lavando, oyó unos gritos fuertes.

—¡Vecina! ¡Vecina!

Era un español grandote, con las botas sucias de barro viejo. Se acercó alegremente y le dijo:

—Usted es la nueva vecina, la de don Emilio.

—Sí —dijo ella—. Soy Teresa.

—¡Qué suerte que don Emilio está casado! Es un gran bien, es algo bueno para el hombre, ya que un hombre casado es pues una cosa digamos distinta de un hombre soltero, y sin dar vueltas, una mujer casada es otra cosa que una mujer soltera, porque no hay comparancia de las cosas, hostia, qué suerte que ha llegado, nosotros vivimos allí, detrás del ombú y he venido al río a pesar de que no me place venir al río ¡qué va! He venido porque acá hay pasto para mis caballos y usted no ha de creer, es un pasto también bueno para los cristianos, aunque yo no soy cristiano y nunca lo he sido. ¡Venga, vecina, por la tarde, que mi mujer se va a alegrar, que ya sabíamos que don Emilio se había casado y todavía no la he conocido!

Dijo esto último con aire de reproche, como si fuese una falta de ella no haberse presentado; se despidió y se fue a buscar pasto purgante.

—Sí —pensó ella—. Voy a ir a pedir algunos trapos.

A la tarde fue a lo del vecino. Tenía una choza más grande, de tres habitaciones. Al lado mismo de la choza había un gallinero muy barroso, como si lo mojaran constantemente; al lado había un cerdo, en un lugar más barroso todavía. Cuando se acercó, su vecino revoleaba un pollo en el aire y le decía a su mujer:

—¡Mira, Florentina, qué gallo!

—¡Es verdad! —decía Florentina—. ¡Qué gallo! Es el que ha pisado ayer a la bataraza. ¡Vieras qué gallo más donoso y cómo se esponjaba toda la bataraza!, yo opino que ésa queda clueca.

—Ponle la firma, mujer.

Ella se acercó y él dijo:

—¡Vecina! ¡Vea qué pollo!

A Teresa le pareció un pollo como cualquiera, pero dijo:

—Sí, es muy grande.

La señora le preguntó:

—¿Ha terminado la colación?

Cualquier cosa que fuese eso, ella no quería tomarlo.

—Sí, sí, gracias —dijo.

Eran gentes que no se quedaban sentados para hablar, iban y venían. Florentina le decía a su marido:

—¡Ponlo ahí, ponlo ahí! ¡Ay, qué susto!

Florentina empezó a hacer un largo cuento de un pollo que se había enrollado en el alambrado. ¿Qué era al fin? ¿Qué decía? Ma sí, un rosario de pedos. Escuchó pacientemente y mientras pensaba en otra cosa: cómo haría para pedirle los trapos. Finalmente, cuando doña Florentina seguía haciendo suposiciones sobre qué hubiera pasado si el tierno cogotito del pollo hubiera virado un chiquitito más a la izquierda, cosa que Dios no permitió, ella la interrumpió y le dijo:

—Señora, necesitaría unos trapos.

—Pero cómo no, cómo no —dijo Florentina.

Buscó en un rincón y trajo el rey de los trapos.

—Mire éste, vecina; es grande, es poroso, absorbente, es una gran ayuda. ¡Francisco! —llamó—. Le doy el trapo afelpado a la vecina.

—Dispón como quieras —dijo él—. Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo. ¡Arre! —le decía al chancho.

Entonces ella, agradecida, se fue apurada a su casa con el rey de los trapos; se fue pensando en esos dos. ¿Adónde iba tanto movimiento? Se lo pasaban tocando las gallinas, estorbando al chancho, todos esos animales estaban en un permanente griterío, estaban desconcertados y como es sabido, si uno mira y toca demasiado a los animales, se apestan.

Emilio estaba haciendo un estante para la cocina. Le decía:

—El soldado que en la línea de batalla huye del enemigo es traidor a la patria. Eso se llama «reo de traición» —dijo Emilio y dejó el martillo y los clavos amontonados en un rincón como para usarlos más tarde. Ese estante ya debía estar terminado hace rato. Ella, si supiera carpintería, ya habría construido una iglesia con todos los santos.

Emilio fue a buscar la cartilla: era una libreta vieja y ajada, era una porquería.

—Yo fui bersagliero alpino. En la cartilla dice: «Cada bersagliero lleva en su mochila su ración y el agua. El agua es indispensable».

Ella no decía nada, quería ver ese estante terminado.

—Acá está la libreta —dijo—. «Cuarto regimiento de infantería de montaña». ¿Dice o no dice acá? Acá está firmada por el rey de Italia. Ésta es la firma.

Cuando abrió la cartilla en otro lado con cara de disponerse a leer un largo rato y dijo:

—«Capítulo V, De la higiene del soldado».

Ya ella no aguantó más: ese estante hacía una hora que debía estar terminado. Entonces lo encaró y le dijo:

—¿Qué te da el rey? ¿Te da de comer el rey? ¿Qué se le importa al rey de vos?

Él la miró mortificado y le dijo:

—Apátrida, eso es lo que sos.

Fuera lo que fuese esa palabra, no le importaba. Un rey es algo muy lejano, quién sabe si existe inclusive. Y si existe, al rey no le importa nada

de nadie. Como ella no contestó, él, con sorna magisteril, lentamente, tanteando, dijo:

—Te voy a preguntar una cosa, si se puede saber. ¿Podés decir quién gobierna acá?

—Qué sé yo. El gobierno —dijo ella contrariada.

Siempre con ese tono lento y paciente, le dijo:

—¿Me podés decir cómo se llama el presidente de la república?

Ella se enojó.

—Yo qué sé. ¡Qué me importa a mí!

Él suspiró y dijo:

—Apátrida, ignorante.

Comieron en silencio, sin mirarse, y al terminar de comer, él dijo:

—Yo te voy a enseñar a leer.

—No quiero, no preciso.

—En todos lados hay carteles —dijo él—. Dicen qué pueblo es, qué calle es. El que no lee es igual a un ciego.

Ella no dijo nada.

—También se pueden leer las cartas de Italia. ¿Te han escrito a vos?

—Mi hermana Lina.

Entonces ese hombre fue a buscar un papel que quedaba junto al frasco de las monedas. Trazó una «A».

—¿Qué letra es? —preguntó con voz de maestro.

—Una «A». Ésa ya la sé.

Trazó una «E». Indagó. Cuando trazó una «M» y empezó a hacer combinaciones, ya ella no sabía bien.

Entonces le dijo:

—No es así. Vos me enseñás distinto a mi maestro de Italia. Él me enseñaba de otra forma, qué sé yo qué me estás enseñando.

Siempre con esa sorna inquisitiva, le dijo mientras le alcanzaba lápiz y papel:

—A ver, ¿me querés mostrar cómo te enseñaba tu maestro de Italia?

Ella dijo, furiosa:

—No sé, no me acuerdo ahora, pero era distinto, era algo como ganchos.

—Como ganchos, claro —repitió él.

Pero a ella se le ocurrió una idea, en vez de seguir peleando.

—Quiero mandar una carta a mi casa, allá.

—Bueno —dijo él—. Adelante.

Ella se puso pensativa, quería calibrar bien lo que iba a escribir a Italia.

—Vamos, adelante. El papel es como el burro, lleva lo que le ponen encima.

Como ella no empezaba, él comenzó:

—Querida madre y hermanos.

—¡No! Querida madre, Joaquín, María, Oreste, Lina y Gaetán.

—Perfecto —dijo él.

Ella se angustiaba pensando, sentía algo y no sabía cómo ponerlo: debía ser porque ella no sabía escribir.

¡Ah, si ella supiera escribir, las cosas que pondría!

—Bueno, ¿qué pongo?

Y como ella no dijera nada, él dijo:

—Me casé con un toscano que es cochero, tiene dos caballos, Sisobra y Comería.

—¡Eso no!, ¡eso último, no, no se gasta papel para eso!

—Bueno: «Hoy es un día de sol y hay un cielo azul».

Tampoco le gustaba eso. Ella había oído leer una carta en lo del tío Pipotto, que era así: «Quiero volcar en esta carta los más inextricables pensamientos, expresar este profuso sentimiento que brota de lo más profundo de mi corazón para que sean recogidos, si no en la tierra, en el santo cielo».

Ella no se acordaba bien pero estaba de acuerdo con la frase: los sentimientos de las personas son comprendidos en el cielo. Ahora quería poner algo así, con mucho pensamiento y sentimiento; no sabía cómo.

—Bueno, ¿qué pongo?

—A ver —y seguía pensando.

Él por su cuenta puso: «Poco a poco nos vamos arreglando. Qué se le va a hacer, mientras haya paz y un poco de trabajo para…».

—No, así no.

—¡Escribí vos, entonces!

—No, no —dijo ella apaciguando—. Poné: «Mamá: acá se come pan de trigo todos los días, no solamente los domingos, acá se come bien. Me casé con Emilio C., es toscano, parece bueno».

—Ah, parece —dijo él—. ¿Parece nomás?

—¿Qué tiene que ver si parece o no parece? ¿Total no es para escribir, no es para el papel?

—Y si es para el papel, ¿para qué estás pensando tanto? —dijo impaciente—. Yo pongo que te compraste un agarraculo con dos manijas.

Otra vez le venía a ella el recuerdo de esa carta. ¡Qué bien estaba dicho todo!

Ella siguió:

—Me fui de lo del tío Pipotto, ahora vivo en el campo.

Él acotó:

—Ahora soy patrona, antes era sirvienta.

—Eso no quiero, eso no.

De repente, por un segundo, a ella se le hizo presente la voz de su mamá, cuando la despidió en el puerto de Génova.

Su mamá dijo:

—Addio cara, nos veddiamo nel paradiso.

A veces escuchaba esa voz y pensaba: «Sí, mamá, ahí nos veremos».

Y ella pensaba que ya que sólo la vería en el paraíso, debía recordarla para no perder la forma de su cara. También hablarle a veces; parece que allá escuchan pero no pueden contestar. Italia quedaba más cerca que el paraíso, pero aunque no lo iba a decir nunca más para no pasar por ignorante, el cielo de Italia era otro cielo, completamente distinto.

Por un momento le surgió una forma hermosa: enseguida se le borró de la mente.

Entonces, le dijo a Emilio que anotara:

—En cuanto pueda, voy a mandar algún dinero.

Él anotó callado.

—Pero no sólo eso, quiero poner unas palabras para que estén seguros de que en cuanto pueda, lo voy a mandar.

—Ya está —dijo él—. Acá dice «En cuanto pueda, voy a mandar dinero».

Pero ella sentía que faltaba algo, alguna palabra, ella no la sabía porque no sabía escribir, ¡pero él sabía! Dios da pan al que no tiene dientes.

Ahora él estaba pasando la carta en silencio, ella secaba los platos tratando de no hacer ruido; de vez en cuando lo miraba respetuosamente: ese hombre escribía.

Con lana vieja se teje una colcha, con una colcha vieja se fabrica una frazada.

Suegra, ¿tiene pedazos de lana vieja para darme? No, ya vino Carolina, mi hija, y se los di a ella. Si llegás otra vez a traer esos perros vagabundos como el otro día, no los echo, les retuerzo el cogote. No, señor, no pienso matar ninguna gallina para festejar nada, la voy a matar cuando sea vieja, la voy a hervir toda la noche; con el caldo y los menudos voy a hacer arroz y después la relleno con pasta verde bien picada. Pero no ahora.

Esa otra descastada no quiere poner huevos y ese perro asqueroso meó los tomates. Pediles semillas a lo de Carolina, claro, yo no pido nada, propio un señorito. Ese terreno de al lado de la vía es mejor que el nuestro, sí, es muy bajo; lo que es muy bajo se rellena, para eso está el farol. Pero qué dueño ni dueño, quién va a querer toda esta merda, toda esta merda es de nadie.

¿Cómo? ¿Y recién ahora venís a decirme eso, que esos árboles los pusiste vos? ¡Siempre diciendo cualquier cosa y eso no me lo dijiste! Sí, ya sé que dije que es una merda, pero con árboles es otra cosa. Y ¿cómo se sabe si hay dueño? ¿No fuiste a la intendencia? Sí, yo dije que no había dueño, pero por alguna casualidad. Yo esta noche le rezo a San Cayetano, pero no así nomás, bien, como a él le gusta; ya sé que soy ignorante.

Con un rezo cualquiera se consigue poca cosa, en cambio con un rezo bien rezado, toda la novena completa, sin distraerse, eso es otra cosa. Mañana temprano vas a la intendencia.

Una noche de verano, la familia vecina que de día tomaba sol, ahora tomaba luna.

Estaban sentados alrededor de la choza, uno al lado del otro sin hacer nada, con el perro echado, cuando de repente vieron algo insólito: los italianos estaban rellenando los terrenos que estaban junto a la vía. Observando bien, podían ver que el hombre rellenaba, la mujer acarreaba agua y él paleaba con movimientos bruscos. ¡Qué cosa insólita!, qué cosa de italianos, para qué lo harían y además de noche, cuando en el supuesto caso que eso fuera un trabajo que sirviera para algo, eso se haría a la mañana temprano, si es que alguien lo manda a uno palear la tierra, y ella sostenía un farol, parece que con las piernas abiertas. Se acercaron todos juntos un poco más para mirar y sí, realmente ella se paraba con las piernas abiertas. ¡Cómo un marido no corrige a una mujer que se para así! Además, la rubia se había descalzado y tenía los pies grandes. ¡Cómo una rubia podía tener los pies grandes, como ésos, que pisaban tanto la tierra, cuando una rubia debería tener un pie que apenas se deslizara!; una morocha, vaya y pase y además se ve que hablaban fuerte, era gente que hablaba fuerte de noche y ese perro que tenían también ladraba y fastidiaba, daba vueltas y parecía participar a su manera del rellenamiento de la tierra. Y seguían rellenando mucho tiempo.

El jefe de la familia que tomaba luna estaba irritado; si seguían rellenando tanto, le impedirían dormir, porque él debía vigilar, quién sabe, con ese designio hasta dónde rellenarían.

Entonces, con un movimiento de cabeza, que fue inmediatamente comprendido por el aludido, mandó un observador, de unos once años. El observador salió corriendo hasta la sede de operaciones y se quedó a prudente distancia, sin saludar, quieto. El italiano tomaba un poco de vino de una bota y la convidó a ella; ella tomó un trago, se hizo buches y lo escupió. Él vio con sus propios ojos cómo ella escupía el vino; después ella agarró medio limón que había traído y empezó a masticarlo y a gozar del limón como si fueran caramelos. Se ve que el marido no se oponía a que ella masticara limón: él se tomaba un poco más de vino, solo. Antes de comerse el limón, ella respiraba fuerte, como si estuviese cansada,

como si el limón la hubiese curado. Ella se curaba con limones, él lo vio con sus propios ojos. Ella vio al chico y le dijo:

—¿Cómo te llamás?

Y él con voz inaudible le dijo:

—Hilario.

—¿Hilario qué?

—Hilario Melo.

Ella lo miró, era lindo, aunque tenía las patitas flacas y los ojos sin vida.

—¿Tenés hambre? —preguntó.

Hilario no dijo nada, quedó inmóvil, para que ningún movimiento se interpretara ya sea por la afirmativa o por la negativa. Ella agarró un pan y un pedazo de queso; se los dio; Hilario musitó algo, siguió un rato en su puesto de observador, inmóvil, para que ningún movimiento fuese interpretado. Después, de una carrerita se fue a su choza a llevar el pan, para que el padre examinara antes de comer, ese pan de los italianos.

Por el lado de la vía, un bulto borroso venía hacia las casas. ¿Quién sería? Era amarillo, era una mujer. Sea quien fuere, iba lentamente, se paraba y buscaba algo en el suelo. Caminaba como si fuera un habitante del lugar y venía del lado opuesto a Moreno. ¿De dónde había bajado? ¿Adónde iría? Teresa mandó al perro a investigar y él fue. El perro no estaba acostumbrado a ir a esperar a alguien por ese lado, fue contrariado y tentativo. Cuando el bulto se fue acercando, Teresa reconoció el vestido: era el que ella le había regalado, era la pobre estúpida de Angelita. Bueno, ¿qué le daría de comer? Pan y queso. No, mataría la gallina vieja. Angelita se iba acercando y llevaba un bulto enorme que había recogido por el camino: planta plumero, margaritas chiquitas que albergan bichos colorados, flores de cardo. Tenía unas botitas cortas, de un color que no era ni azul, ni gris, ni marrón. Cuando se dio cuenta de que Teresa la estaba mirando, tiró el ramo a la mierda y gritó:

—¡Cara, cara!

Después advirtió su pérdida, intentó recomponer todo el ramo y Teresa le dijo:

—No importa, después juntás otro. ¿Por dónde viniste?

—Me perdí —dijo alegremente—. Me bajé en Merlo y aquí estoy. ¡Oh, Teresa!

Teresa sacó una silla afuera para ella y otra para Angelita. Le dio un vaso de agua.

—¡Oh, Teresa, qué lejos te fuiste a vivir! Me dan ganas de llorar.

Lloró un poquito y se secó con un pañuelo que no medía más de cinco centímetros, enseguida se olvidó y empezó a mirar todo.

—Mirá la vaca, cómo se ha echado, tiene calor. ¡Ay, cómo se parece a la Romanina, Teresa, se echa al costado como la Romanina, que parecía una señorita!

La Romanina era la vaca que Angelita tenía en Italia.

—¡Quién sabe si vivirá, Teresa!

«Si vivirá o no vivirá», pensó Teresa. «Echale un galgo». Y se fue a llevarle agua a la vaca.

Angelita dijo:

—Tengo ganas de llorar de nuevo. ¿Qué hará allá mi Joaquín? Me besaba y me decía que íbamos a estar siempre juntos, siempre abrazados. Este collar me lo regaló él, pero yo nunca le dije a mi marido que era de él. Es un secreto, Teresa, no se lo digas a nadie.

—Perdé cuidado —dijo Teresa y se puso a mirar por dónde andaba la gallina vieja.

—Teresa, ¿qué hará mi Joaquín? ¿Estará con otra mujer? ¿Te parece que estará con otra?

—No sé —dijo Teresa y pensó: «Echale un galgo».

—Anoche soñé que mi Joaquín volvía y me decía…

Ahí Teresa se levantó y no aguantó más, porque pensaba que los sueños eran como los pedos, van al aire, se deforman y se pierden. Sin embargo, todos los sueños no son así. Hacía unos tres meses, ella tuvo un sueño muy claro, nítido. Ella estaba en Italia, había ido a buscar agua a la fuente, se había volcado un poco en la cara para refrescarse porque estaba acalorada. Entonces apareció su mamá, pero no toda completa, sólo la cara.

Su mamá le dijo:

—Teresa, ya debes tener un hijo.

En el sueño su mamá daba algunas explicaciones y decía cosas largas, pero con cierta prescindencia, como si alguien le hubiera dicho: «Andá y hablale a Teresa».

Teresa en el sueño estaba muy contenta de ver a su mamá, la quería hacer sentar y que se quedara, pero ella decía: «No, hija, no», con esa prescindencia misteriosa, como si viniera de otro mundo donde no importa nada; no parecía feliz ni dispuesta a revelar nada. Teresa le dijo:

—Quedate otro ratito, mamá.

—No, hija —dijo y se fue borrando.

Pero su mamá estaba lejos y ahí estaba Angelita. Angelita tomó agua y se atoró, se tiró en el pasto y se pinchó un poco, buscó el pinche por todos lados y no lo encontró. Revisó la choza y encontró todo hermoso, sacaba los vasos y los platos, hacía distintas combinaciones con ellos.

Sobre un baúl vio un sombrero de tres puntas. Dijo alborozada:

—¡Oh, Teresa!

Teresa creyó que se trataba de otra cosa. Cuando vio el motivo del alborozo, se puso a picar perejil.

—¿Me lo pruebo? —preguntó respetuosamente Angelita.

—Ma sí —dijo Teresa.

Ese perejil era de mala calidad.

—¡Teresa! ¿Dónde me puedo ver? Ahora no sé si la punta va para adelante o para atrás. ¿No hay un espejo?

Teresa le señaló un espejo diminuto y gastado, no se veía nada.

—Ay, Teresa, te falta un espejo.

«Justamente», pensó Teresa. «Voy a comprar uno para que te mires con sombrero».

Pero no dijo nada.

Angelita caminaba afuera con el sombrero y el perro la seguía.

—Iría al río a mirarme, ¿te parece?

—Está muy sucio —dijo Teresa.

Finalmente, se lo sacó.

El perro la estudiaba detenidamente y no se decidía ni a aprobar ni a desaprobar los movimientos de Angelita.

II

En Moreno pusieron, por fin, un escuela. Era algo realmente necesario; era particular, la de Juana y Julia, dos hermanas. En la puerta había un cartel que decía:

ESCUELA DE CUANA E JULIA
CUANA ENSEÑA A LA MUGUERE E JULIA A LO VARONE

Era un error; Juana, alta, huesuda, de voz potente, tendría que haber enseñado a los varones, algunos de quince años, que venían del campo con gruesas botas. Julia, más chiquita y apacible, debería haber enseñado a las chicas.

Las chicas que venían de lejos recibían varios consejos antes de ir a la escuela. En primer lugar, no bien atisbaran un croto por el descampado, debían huir hacia el lado opuesto, así aparecieran en Merlo; en lo posible ir en bandada, nunca solas, ya que si por alguna casualidad desastrosa aterrizaban en Merlo o en Marte, unidas es más fácil. Tampoco debían acercarse al aula de Julia, que enseña a los varones, cosa que por sí mismas habían comprobado que no debían hacer: lo más liviano que decían los varones era «alcahueta», «bruja», «esqueleto».

Una mujer debe saber escribir un poco, pero no demasiado; debían estar muy atentas en la clase de costura y zurcido; bordado, digamos, no tanto, pero costura, sí; quién te dice que de ahí no salían vestidos esplendorosos para toda la familia.

Los varones tenían prohibido tirarles piedras a los crotos y en lo posible, hacer de cuenta que no existen. La caza de cuises por el camino a la escuela, de ida y vuelta, que primero fue un deporte intrascendente, luego fue reglamentada. No se podían llevar cuises a la escuela, porque si bien Julia no se daba cuenta de lo que sucedía, cuando alguno mostraba un cuis, por ejemplo, en medio de la Revolución de Mayo, Julia llamaba a Juana, que sin mirar ya sabía lo que había pasado. Juana dejaba después de

hora; no le importaba que se hiciera de noche, ni que hubiera crotos sueltos, ni que en la casa se asustaran.

De este modo, la caza de cuises se convirtió en un deporte clandestino o de fin de semana.

El primer día que Camilito vio a la maestra, sufrió un gran impacto. La maestra Julia tenía una onda redonda en medio de la frente, como un signo de interrogación; también tenía un lunar. Llevaba un vestido que terminaba en un moñito cerrado en el cuello, oscuro, con volados; y ese vestido tan importante, unido al hecho de que la maestra Julia estaba en una tarima alta, le produjo una impresión portentosa. No alcazaba a comprender cómo algunos grandes de atrás, que tenían como catorce años, se lo pasaban dando patadas con las botas, mientras decían «Julia, Julia» en distintos tonos de voz.

Ella parecía no oír y seguía explicando, con voz suave y acento italiano, cosas incomprensibles que debían ser el súmmum de la sabiduría.

Pasó un alumno, de traje marinero, cosa que Camilito nunca había visto, y leyó una lectura titulada: «Los enemigos del hombre».

Julia le dijo al lector:

—Punto e pausa, pausa, levanta la vista.

El de traje marinero empezó a leer: «Muchos consideran que el peor enemigo del hombre es el lobo, o el tigre, o el león. Mil leones hambrientos son más inofensivos que el hombre mismo.

»El hombre es el lobo del hombre, es el animal más maligno que hay sobre la tierra cuando el vicio lo arrastra. Por beber arruina su hígado y su aparato digestivo; pero eso no sería sino el castigo merecido por una vida mal vivida; arruina a su propia familia, la arrastra a la indigencia y al hambre de sus hijos. Ved, niños, esa pobre mujer de cabellos desordenados: va a buscar a su marido a la taberna y le implora que no beba el pan de sus hijos; él, en un arranque de brutalidad y cobardía etílica, la aparta despiadadamente. La infeliz mujer está a punto de desmayarse y un parroquiano le ofrece asiento; trata de apantallarla pero en vano, porque mientras, fuma.

»Fuma y le arroja aire viciado.

»La pobre mujer sale descompuesta, pero no sólo físicamente: sale afectada por el caos moral que impera en la taberna.

»Niño, bebe siempre agua limpia y clara

»que del manantial emana.

»Niño, ¡fumar es un vicio!».

Ya le parecía a Camilito que era algo asqueroso, aunque no sabía el nombre: vicio. Porque cuando su papá encendía un cigarro, y lo fumaba echando humo, su mamá decía:

—Salí de acá con ese toscano asqueroso.

Ahora, su mamá no lo iba a buscar a ninguna taberna, porque no era persona de buscar a nadie; sin embargo, un día de mucha lluvia, oscuridad y relámpagos, su papá no volvía. Entonces su mamá, que no debería haberse preocupado, ya que el que fuma es un vicioso irredento, se empezó a impacientar y a salir afuera al ver que no llegaba.

Agarró un farol y durante una hora estuvo haciendo señas luminosas en la noche; movía el farol para acá y para allá, para que él de lejos viera las señales de luz. Empezó a rezar a San Antonio milagroso y los mandó adentro; cuando vio que volvía, dijo:

—Gracias a Dios y a San Antonio milagroso.

Y su papá volvió cansado, mojado y preocupado; ella le sacó el saco y lo puso al lado del fuego, le alcanzó una toalla para que se secara y le dio una palangana con agua caliente para que se calentara los pies; le dio jarabe, también un poco de bebida. Y no estaba desmelenada como la de la taberna, pero había salido afuera sin su pañoleta y ¿cómo se explica entonces, que si el hombre es el lobo del hombre y de la familia, por su mal comportamiento y sus vicios, en vez de castigarlo se lo espere con una palangana de agua caliente? Misterios.

Niño:

El ser humano tiene cabeza, tronco y extremidades.

Las extremidades superiores se llaman brazos y las inferiores, piernas. Las superiores terminan en manos, y las inferiores en pies.

¿Qué haría el hombre sin sus manos? Con ella maneja el arado, el pico, la pala; gracias a sus manos, el hombre es un ser útil. Niño: usa tus manos para lo que han sido creadas: el trabajo.

Hay quienes las usan para otros fines indignos: no vacilan en retorcer el pescuezo a tiernos pajaritos, o en arrojar piedras contra transeúntes desprevenidos o en otros usos aún más detestables e innominables. El ser humano debe lavar todo su cuerpo: su cabeza, su tronco, sus extremidades superiores, o sea sus manos. Ved el espectáculo lamentable de ese niño que se ve obligado a rascarse la cabeza por faltan de higiene: su cabeza alberga piojos.

Niño: revisa con frecuencia tu cabeza.

Niño: lávate las manos antes de las comidas y siempre que toques un objeto sucio o desconocido.

Camilito pensó que él alguna vez iba a pasar a leer al frente, si leía bien, alguna vez le tocaría. Claro que leía siempre el de traje marinero, pero era lógico, tenía el mejor traje de toda la clase. Tal vez fuera necesario tener ese traje para poder leer; no era fácil a corto plazo que alguien pudiera comprárselo. De todos modos, tan difícil no debería ser llegar a leer en el frente, porque había muy pocos interesados en ello: los grandes de atrás, los que venían del campo a caballo, se pasaban todo el tiempo intercambiándose cuises muertos. Una vez, la señorita Julia le devolvió un deber y le dijo:

—Muy bien, Camilo.

Desde entonces, todos los días se lavaba la cabeza, el tronco, las extremidades superiores y las inferiores. Eso lo hacía en una tina al aire libre.

Los chicos de Melo miraban con estupor cómo el Camilito en los días de invierno se lavaba la cara con agua fría y se fregaba la cabeza como si se la quisiera arrancar, mientras al lado, la vaca, confortable, resoplaba aire caliente.

Los italianos son así: cuando es necesario mantener el calor, y eso hasta la vaca lo sabe, a los italianos se les ocurre meterse en el agua fría. Cosas de italianos, sí, pero Camilo iba a la escuela porque tenía zapatos. Ellos no iban porque no tenían. Habían sabido tener un par, hacía dos o tres años; no se sabe cómo cayó a la casa. Se los fueron probando todos y a dos chicos solamente les quedaban bien; la madre sugirió que esos dos a

los que los zapatos les quedaban bien, podían turnarse para ir a la escuela; un día, uno, otro día, otro. Pero el padre dijo:

—O van todos, o no va ninguno.

Y después de todo, decían que en la escuela tiraban de las orejas a cada rato y también del pelo, en la parte que está cerca de los ojos y duele más. Y si no era para ir a la escuela, ¿para qué iban a servir los zapatos? Ellos recordaban que el padre permitió que jugaran con ellos; hacían carreras, uno con un zapato y otro con otro, puestos como chancletas, para ver quién de los dos llegaba primero.

Al año siguiente fueron a la escuela Atilio y María. Iban los dos con Camilo, caminando unas veinte cuadras de ida y otras de vuelta. Atilio había salido varias veces de la casa, para matar cuises y cazar pajaritos; la mitad del camino de la escuela ya lo conocía. El resto del camino se convirtió en una extensión de sus exploraciones: cerca de Moreno, de las casas, había sapos de todos los tamaños y estaba absolutamente arrepentido por no haber traído una bolsa: se perdía una cosecha. Camilo lo tuvo que ir arrastrando para no llegar tarde el primer día de clase mientras María se moría de miedo: allá lejos se veía un croto con una bolsa; empezaban a verse casas desconocidas, extrañas.

Tal vez saliera una persona de una de esas casas y la robara, tal vez nunca podría volver a su casa.

Esas casas eran amenazantes y también insolentes. No, no podían ser refugio o casa de gentes, como la suya. ¿Qué habría adentro de esas casas? Porque no era posible que hubiera tanta gente en el mundo, que vivieran así todos juntos.

Y si había, estaban escondidos adentro, agazapados. Lo primero que vio Atilio, a la entrada de la escuela, eran unos chicos más grandes que estaban cambiando cuises por bolitas: tres cuises por una bolita. ¡Y él tenía su tesoro allá, lejos! Hubiera sacado media docena de bolitas; volvería de una carrerita para allá, para traer algo, pero Camilo lo vio y lo trajo violentamente de un brazo.

Mientras entraba por primera vez a la escuela, pensaba: «Mañana traigo una bolsa llena».

En la primera hora, la maestra explicaba el vocabulario. Decía:

—Un tanque é una baska grande.

De atrás se oyó una voz que preguntó:

—¿Y qué es una baska grande?

La señorita Julia se puso a pensar. Contrariada y desafiante, dijo:

—Lon sé pero non se los digo.

Atrás empezaron a decir «Julia» en distintos tonos de voz y Camilo se impacientó. ¡Hacer enojar a la señorita Julia, que es tan buena!

En la hora siguiente analizaron la vaca: tenía como nosotros cuerpo, cabeza y extremidades, pero además una cola para espantar las moscas. Atilio no entendía bien el significado de la escuela: todos esos bancos en ese salón tan grande, le daban una sensación de intemperie, de algo que se debía soportar por alguna ley o castigo, que quién sabe de dónde venía; seguramente todas las escuelas debían ser así, y como nadie le preguntaba nada, él debía simular que atendía, se ve que había que hacer cualquier cosa en el cuaderno y pasar desapercibido.

En la sala de chicas, a María la sentaron con una compañera albina. Tenía el pelo blanco y los ojos de un color rosado; también tenía pestañas blancas. ¡Dios mío! ¿Sería contagioso eso? No podía mirarla y quería decirle a la señorita Juana que la cambiara de banco, pero era muy difícil hacerlo: la señorita Juana estaba en una alta tarima, tenía una nariz que parecía oler los más secretos pensamientos de cada uno. A lo mejor la señorita Juana sabía lo que María estaba pensando y tal vez la castigara por eso: trató de calmarse y de poner una cara que no reflejara nada, lo más neutra posible. Estaban en la clase de labor, fabricando un cubrecanasta.

La señorita Juana lo llamaba «el cobertor» y María pensó: «¿Y eso qué será?». Después vio que todas habían traído canastas menos ella; era la única que no tenía. Después de un rato en que trabajaron con el cobertor, la señorita Juana dijo:

—Niñas monitoras, pasen por los bancos para revisar la tarea.

Y pasaron dos chicas rubias, con traje de marinero, con el pelo todo lleno de rulos sujetados por una cinta rosada; pasaron por los bancos para recoger los cobertores y medían si cubrían bien la canasta. María tenía

temor: quién sabe qué le harían a ella ahora. Hasta la albina tenía una canasta y un cobertor que no se sabe cómo le había hecho el dobladillo, porque era medio ciega: se lo acercaba a la altura de los ojos.

—¿Tu canasta? —dijo Juana a María.

La salvó Julia; entró y dijo:

—Ella es nueva.

Y la señorita Juana la miró como si fuera una silla nueva, y fea, fuera de lugar. Cuando María volvía de la escuela a su casa, le resonaban las palabras que había escuchado: «Cuerpos rodantes y no rodantes», «A ver, niñas monitoras», «Reino vegetal, mineral y animal».

Estos reinos, esos cuerpos rodantes y no rodantes, eran todas amenazas inconexas que podían venir de cualquier lado. Oscurecía y los árboles se volvían negros, siniestros; se movían. Detrás de esas ramas que se movían había peligros, y en su cabeza, un caos. Cuando llegó a su casa se puso a llorar, le dijo a su mamá que no quería ir más a la escuela.

—¡Bah! Siempre llorando —dijo la madre—. ¿Qué aprendiste hoy?

Ella seguía llorando, su cabeza iba a estallar. Tenía miedo, recordaba los árboles negros, las niñas monitoras y seguía llorando.

La madre le dijo, fastidiada:

—¿Y ahora por qué llorás?

Ella dijo solamente:

—Porque tengo que llevar una canasta y un cobertor.

—¿Y eso qué mierda es? ¿Para qué es?

—No sé, todas tienen.

—¿No te enseñaron a hacer algún vestido, alguna ropa?

—No —dijo y se echó a llorar de nuevo. Ahora tenía otro motivo más: no le habían enseñado a hacer ningún vestido. La madre viró a Atilio.

Atilio meditó y dijo:

—Que la vaca tiene cabeza, tronco, cuatro patas y una cola para espantarse las moscas.

—¿Y para eso gastan zapatos? —dijo la madre indignada—. Si acá está la vaca y bien se sabe todo eso. ¿Para eso caminan tanto? ¡Dios Santo!

—Es distinto, mamá —dijo Camilito—. Porque en la escuela la maestra pone una lámina de la vaca.

La madre revisó el cuaderno de Atilio, donde había dibujado una vaca. La había hecho de cualquier manera, parecía un sillón, era un espanto; debajo llevaba escrito su nombre, con una letra de trazo grueso, tosca, de letras indiferenciadas. La madre meneó la cabeza con reprobación y le pidió el cuaderno a Camilo. Había hecho una vaca discreta, correcta; pero debajo, donde había escrito lo de las cuatro patas y la cola, todo eso era un primor. Era una letra fina, pareja, constante, afianzada. Y la madre reconoció que eso era un primor.

III

Cuando Emilio y don Francisco tuvieron casa de material, la casa que antes se llamaba «de material» ahora se llamaba quinta. La quinta tenía jardín con jazmines, rosas, árboles altos, un camino cubierto de piedras desmenuzadas que iba desde una tranquera hasta una galería abierta, para tomar fresco afuera. En el camino, junto a los árboles, había dos bancos con respaldo para sentarse. Atrás tenía una huerta con duraznos, no tenía gallinero ni cerdo; pero como quien no quiere la cosa, como un recuerdo olvidado, en el campo de al lado pastaba la vaca de ellos.

La casa de don Francisco fue muy conversada. Meditaban mucho antes de tomar una decisión y su fabricación demandó tantas palabras como la construcción de un imperio. Florentina decía:

—Hombre, la orientaremos para allá, ya que recibe el sol de mañana y sombra de tarde.

Entonces don Francisco decía:

—Mujer, el sol de tarde también me gusta, porque dejando aparte la resolana, que es algo que a nadie le agrada, el sol de tarde es bueno para el hinojo, para las coles y los barbechos.

Después se debatía el destino de los barbechos, la elección de los ladrillos; en una parte los vendían muy abiertos y porosos, podían juntar bichos adentro; en ese caso, tendría la casa llena de alimañas y don Francisco dictaminó que las alimañas no deben convivir con el hombre, porque son perniciosas y en general son chicas; ahora, los animales grandes, son otra cosa.

También pusieron un banco afuera, como tenía la casaquinta. Un banco blanco, con respaldo.

Cuando la casa de don Francisco quedó construida, resultó bien: demandó tanto tiempo que ya producía una especie de descorazonamiento, se podía pensar que nunca acabaría. No quedó tan grande como la de don Emilio, que tenía tres cuartos, pero había sido pintada de un blanco

luminoso, parecía que la casita dijera: «Aquí estoy yo». Era más neta, más graciosa que la de don Emilio. Ahora, eso sí, al lado, detrás de un cerco estaba el cerdo: chapoteaba el mismo barro de antes y en contraste con el blanco, parecía absurdo, solitario y sucio.

Hilario Melo no tenía casa de material, pero no se puede decir que antes hubiera tenido una choza; su casa era más bien como un horno grande para hacer el pan, gris y redondeada, informe; parecía haber brotado de la misma tierra.

La casaquinta estaba apartada de las casitas y rodeada por un cerco de ligustro; pero acercándose, se podía espiar a través de él.

La señora de la quinta era joven. Era rubia y llevaba un vestido amarillo a grandes cuadros negros. Andaba siempre con gestos lentos y vacilantes; su marido era un hombre mayor y de aspecto severo, se lo veía muy poco. Don Francisco dijo que la había visto llorando por la huerta de duraznos, y conjeturaban diversas cosas: que él le pegaba, la dejaba sola; y como también la vieron sentarse en el banco blanco de respaldo como si no fuese suyo, como si fuese de una visita en la propia casa, pensaron que él de vez en cuando la echaba. También la veían abrir su sombrilla para protegerse del sol; ella luchaba con la sombrilla pero sin paridad de fuerzas, la sombrilla le ganaba de lejos y ningún gesto de impaciencia salía de ella. Entonces pensaron que él le daba poco de comer.

Ahora ella le había encargado un viaje a Emilio, debía tomar el coche para ir a la capital.

Miró el estribo del coche como si fuese muy alto y él la ayudó a subir. Tenía una mano confiada y buena. Ella le preguntó:

—¿Cuántos chicos tiene?

—Tres —dijo él—. Camilo, el mayor, María y Atilio.

—Los vi —dijo ella sonriendo—. Dígales que vengan a buscar fruta y a visitarme. Está todo el monte lleno.

Después de decir eso en tono vivo, se apagó. Emilio pensó: «Ellos sacaron una vez unas seis o siete veces duraznos y tu marido salió a amenazarlos con una vara». Pero no, no le iba a decir, no la iba a amargar; ahora ella suspiraba: alguna tristeza tendría. ¡Qué distintos eran ella y su marido! Ese hombre, amarrete, seco y cascarrabias, debía ser genovés.

—¿Su marido es genovés, señora?

—Sí, es genovés.

Ya lo decía él. Y ella tan rubia y parecía que sufría. Tenía ganas de preguntarle alguna cosa, por ejemplo, por qué estaba triste.

En cambio le preguntó:

—¿Usted es de Buenos Aires?

—Sí, soy de Buenos Aires y extraño un poco.

—Claro, claro —dijo Emilio y se llamó a silencio.

«Cómo no vas a extrañar, con ese marido que tenés, que te debe cobrar el aire que respirás».

Ella se bajó y él le acercó una valijita y su sombrilla hasta un banco de la estación.

—Adiós, señora.

—Adiós, mándeme los chicos, si quiere.

Esa señora tenía la piel de las rubias, que es transparente a veces. A Emilio ella le inspiraba protección, porque pensaba: «Algunas rubias se desvanecen cuando uno las toca. Y después esa vacilación con que sostenía el monedero, parecía que estaba como perdida en el mundo»…

Nueve meses después, nacía Emilia.

Emilia nació en la casa de material. Nació más blanca, más grande y con una nariz menos ancha. Tenía una cuna y un cobertor de cuna y con toda parsimonia sostenía su cobertor con las dos manitas, que eran muy chicas. Los hermanos jugaban con las manos de ella, ella parecía traer cosas buenas y de buen presagio, porque Emilio consiguió otro trabajo y Atilio, que ya tenía diez años, se empleó. Trajo cosas de buen presagio para la madre; para el padre, no.

El padre no quería que Atilio se empleara, tenía sólo diez años y debía irse de casa. La madre quería que se empleara, porque en la escuela dibujaba osos que parecían sillones; cuando compraba carne se la vendían vieja y después no quería devolverla. Cuando le preguntaban si le había dado de comer al chancho siempre decía que sí, aunque después cobrara por mentiroso.

Ahora, eso sí, si veía un pajarito, un cuis o un sapo, salía a cazarlo, desnudo o vestido, vivo o muerto. No se ganaba el pan que comía. En cambio, Camilo sí: estaba en cuarto grado, que era hasta donde sabían Juana y Julia; se decía que el año que viene iba a venir una maestra superior, que sabía hasta sexto grado, pero eso ya era muy elevado para gente pobre.

Camilo ya sabía hacer cartas, multiplicar y dividir; había obtenido un libro *Viajes por el mundo* y lo repasaba siempre. El autor contaba que había ido a Japón, donde estaban las casas de té, al imponente Niágara, que era una de las siete maravillas del mundo, junto con los jardines colgantes de Babilonia.

El padre le tenía mucho apego y decía que Atilio tenía buen corazón, porque daba todo lo que tenía, y si le pegaban, no se ofendía; en lo posible, se escapaba; pero si lo agarraban, aceptaba el hecho como sujeto a una ley incomprensible, pero real. Algún motivo habría para que su madre le pegara tanto, pero él no lo sabía ni le importaba: la conducta de los seres humanos era impredecible. La de los animales, no; uno hace una trampita, se queda quieto y callado y atrapa un pajarito; y alguna vez, atrapa uno de colores. Cuando el padre se iba a trabajar, Atilio corría una cuadra a la par del coche y de vuelta salía siempre a recibirlo, aunque hubiera tormenta. Entonces dijo el padre:

—El pan que hay en esta casa se reparte entre todos.

—Bonito pan. Pan de cuarta hay acá —dijo Teresa—. Ese chico va a ir a trabajar.

Y cuando ella tomó esa decisión que el padre no pudo impedir, se enfermó; el padre estuvo enfermo y torvo un día entero; él, que nunca era torvo.

A la noche maldijo América, maldijo haber nacido y llegó a decir:

—Hubiera sido preferible haber nacido muerto.

Entonces, Teresa duramente le dijo:

—¿No tenés miedo de que Dios te castigue por desagradecido?

Él contestó:

—Dios está tocando la mandolina todo el día.

Él siempre decía eso con suficiencia, pero en tono de broma; ahora lo había dicho de modo agresivo y torvo, eso debía incomodar a Dios.

Por eso Teresa prendió dos velas a la Virgen Santísima, que es la que intercede en los casos recalcitrantes: cuando Dios está ofendido y no quiere escuchar a nadie, sólo ella va como intermediaria y logra calmarlo.

Por ese tiempo el padre empezó a hablar solo, y para que nadie se diera cuenta de eso, se iba a hablarle a la nena, que sostenía su frazadita con las dos manos. Le decía: «Te das cuenta cómo es todo».

Y le iba enumerando los males del hombre: la injusticia, la pobreza, el desentendimiento.

Esa mañana, María vio aparecer en el coche de su papá a un hombre inconcebible: medía unos dos metros de altura, tenía una cadena de reloj que le cruzaba la panza y fulguraba al sol, y dos grandes bigotes con las puntas retorcidas para arriba. Estaba prolijamente afeitado y a pesar de ser un hombre de unos sesenta años, tenía una piel rosada de manzana y ojos de gato. Su papá estaba a su lado, sin afeitar, y en ese momento se dio cuenta de algo que no había percibido hasta ahora: su sombrero era viejo. El sombrero, que ellos le alcanzaban alegre y respetuosamente cuando él decía, antes de salir: «Alcánceme el sombrero», era una especie de trasto viejo.

Y la pollera que ella llevaba, hecha de otra más grande para ese día especial, que se había puesto con tanta ilusión esa mañana, ahora, al ver los zapatos de ese señor, y sobre todo, la cadena del reloj fosforescente, esa pollera no le gustaba más. Cuando el hombre bajó del coche, dinámicamente, sin ayuda de nadie, y la vio, la miró con indiferencia y le dijo:

—Yo soy el tío Pipotto. ¿Quién sos vos? ¿Tan grande te vas a bautizar?

—No —dijo el padre con orgullo—. Ella es María, la mayor.

El tío Pipotto le dijo a María:

—Ahí hay un paquete para la bautizada, bah, todavía es hereje, no está cristianizada. Traelo.

Era un paquete hermoso, con hilos de colores.

—¿Dónde está la hereje?

—Tiene siete meses —dijo el padre—. Está en su cuna.

—Ah —dijo el tío, pensativo, a María—. Abra ese paquete.

Por la importancia del bulto, María no se atrevió a abrirlo: lo abrió el padre. Se acercaron Atilio y Camilo, Camilo creyó necesario ayudar a su padre a abrir ese paquete, el padre se mostraba inhábil; sus dedos eran gruesos y duros. Camilo lo abrió sabia y limpiamente.

—¿Quién es éste? —dijo el tío Pipotto.

—Camilo, el mayor.

—Muy bien, Camilo —dijo el tío.

Cuando se abrió el paquete, apareció una muñeca tan grande como la nena que iban a bautizar, pero con el pelo más lindo: tenía toda la cabeza cubierta de rulos rubios y un vestido que a María le dio envidia. ¿Qué habría hecho esa muñeca para tener ese vestido, de dónde lo había sacado?

Entonces la tocó, para ver si era cierto que existía y cuando la tocó, apareció Teresa. No pareció asombrarse mucho del aspecto del tío Pipotto, como si reconociera algo ya visto. Saludó amablemente a su tío y le dijo a María, que tocaba la muñeca con un dedito:

—Ya sos grande, guardala, que se rompe. Ésa no es una muñeca para todos los días, se la guardamos a Emilia.

El tío Pipotto no hizo caso de lo que sucedía, pero María se fue llorando para adentro, sin que nadie reparara en eso. Ella había tenido una sola muñeca, que le había hecho con una madera un peón de la vía. Un día en que estaba absolutamente aburrido, ese peón cortó una madera, le hizo dos patas y dos ojos pintados, y eso que en el primer momento la había enloquecido de alegría, después empezó a mirar con duda, ahora se daba cuenta de que era una porquería. Y ella había soñado varias veces con una muñeca como la que trajo el tío Pipotto. A Atilio el tío Pipotto le produjo gran impresión y se fue a esconder cerca de María, que lloraba. El tío examinó la casa con indiferencia, como diciendo ni fu, ni fa; la casa, que tanto trabajo había costado, él la atravesaba de tres zancadas; no se quedaba dentro de las piezas, tenía que irse afuera. Se hizo visera con la mano para ver de lejos y preguntó:

—¿Aquello es un palomar?

—No, es la casa de Hilario Melo —dijo Camilo.

—¿Qué? ¿Al palomo lo llaman Hilario Melo?

—No —dijo el padre—. Es una casa de familia.

—Imposible —dijo el tío—. No puede ser.

Camilo se dio cuenta, por primera vez, que la casa de Hilario Melo era imposible y le dio mucha vergüenza. Le dio vergüenza que fuera vecino de ellos, también le dio vergüenza que el padre hubiera dicho «casa de familia», porque ahora se daba cuenta de que casa de familia era otra cosa.

Al rato cayeron Francisco y Florentina, para ir al bautismo. Don Francisco, que se había lavado mucho, parecía que se hubiera frotado tanto hasta quedar deslucido; Florentina se había puesto dos grandes aros, casi tan grandes como su traste.

—¿Y ésos? —dijo el tío.

—Son los vecinos —dijo el padre—. Vienen al bautismo.

Los miró de reojo y avanzó hacia afuera, donde estaba la huerta, y le dijo a Camilito:

—Vamos.

Camilito estaba orgulloso de que ese tío lo hubiera elegido para caminar afuera: quería ver si su tío aprobaba o desaprobaba lo que veía, pero su mirada era de pronóstico reservado.

Para ir a la iglesia debían hacer dos viajes, entonces el tío Pipotto le dijo a Emilio, apoyando la mano en el hombro de Camilo:

—Yo voy con mi sobrina y este secretario.

Y Emilio llevó primero a Francisco, Florentina, a María y a Atilio.

Teresa salió con la nena. El tío Pipotto empezó a medir la tierra a grandes pasos, caminaba rozando la vaca, como si fuera de juguete.

—¿Dónde pasa el tren? —preguntó.

—Allá —dijo Camilo.

—¿Y la ruta?

—Allá, tío —dijo Camilo, tratando de ver qué se proponía ese hombre fascinante.

—Teresa, ¿cuánto vale el metro de tierra?

—No sé, tío. Poco, unos centavos.

El tío se hizo visera con las manos y miró otra vez para el lado de la vía, lejos.

—¿Qué son esos hombres que están allá?

—Están arreglando la vía, tío.

—¿Cuántas cuadras hay hasta Moreno?

—Unas veinte, más o menos.

—Teresa, debes comprar terrenos. Van a subir que da calambre.

Ella no dijo nada, pero pensó, fastidiada: «Ma sí, comprame vos un terreno, yo no puedo».

El cura se puso para bautizar una especie de capa sobre la sotana. El cura se vestía en público, se ponía esa capita delante de todos y ese hecho, que a Camilo le produjo una sensación de seguridad, de que él lo hacía porque era el dueño del lugar, a María le produjo inquietud, como si en algún momento pudiera enloquecer y se empezara a desvestir en público. También le produjeron inquietud, tirando a alarma, esas imágenes desnudas. Jesucristo estaba de cuerpo entero, todo sangrante, no era lo mismo que verlo en las estampitas; con su corona de espinas parecía que sufría, parecía vivo y había como una indiferencia en el hecho de que nadie le fuera a sacar su corona.

Enfrente, mirando para otro lado, la Virgen estaba impasible; el cura parecía acostumbrado a andar entre todos esos seres. Para mejor su madre le dijo que tuviera un rato a la nena en brazos, mientras ella iba a arrodillarse delante de Jesucristo crucificado; hecho asombroso, a su madre no le producía ninguna impresión que estuviese crucificado y con su corona de espinas, tampoco ella iba a sacársela.

Y sintió miedo de Jesucristo, que en cualquier momento podía dar signos de vida, por ejemplo, y tirar la corona a la mierda; sintió miedo de la Virgen de enfrente, de las velas que titilaban y después tuvo que olvidar esos miedos porque tuvo uno peor: que la nena se resbalara de sus brazos y se cayera, porque pensó: «Es frágil como la muñeca». Y no se lo dijo a nadie, porque supuso que era un miedo inconfesable.

Emilio y don Francisco se quedaron cerca de la puerta, a prudente distancia, con el sombrero en la mano; ellos no eran creyentes, pero

respetaban. El tío Pipotto se puso cerca de la pila bautismal y miraba con curiosidad tranquila, como si estuviese en su casa o en una calle conocida; y Camilo advirtió que el traste de Florentina era muy grande, no era un traste correcto para una iglesia. Si se hubiera sentado en uno de esos bancos angostos, hubiera necesitado medio banco para ella. Una vez que se puso su capita, el cura dijo:

—Queridos hermanos: debéis acercaros a contar vuestras penas a nuestro señor. En este valle de lágrimas, ¿quién mejor que nuestro señor Jesucristo y la bien amada Virgen María comprenderán nuestras penas, nuestros pesares, nuestros infortunios; a quién acudiremos en los momentos de desesperación, cuando todos los oídos estén sordos para nosotros y todas las puertas se nos cierren? A Dios nuestro señor y a su bienaventurada madre. Ved esos niños felices, con la felicidad de la infancia; viven en la inocencia y no conocen aún la crueldad del mundo y sobre todo la pobreza espiritual, que viene del desapego a Dios. La pobreza material es mala, pero la pobreza del espíritu del que se aleja de Dios, del que maldice, del que toma su santo nombre en vano, esa pobreza nos arroja al vacío, que es la antesala espiritual del infierno. Porque si bien en el infierno hay lenguas de fuego, que devoran los cuerpos de los condenados, hay un fuego que jamás se extingue, y es un fuego de otra especie, que quema las almas de los sacrílegos, de los corruptos, de los ateos, de los irredentos y de los perjuros. El que pierde su religión, pierde todo; su vida transcurre en vano. Por eso, queridos hermanos, acercaos a la Santa Madre Iglesia para no perder la religión ni la propia alma.

»Veo personas en el umbral de la iglesia; acercaos, acercaos.

Emilio y don Francisco dieron un paso hacia adentro, por compromiso.

¿Cómo se daba cuenta el cura de que las personas estaban afuera si mientras hablaba miraba a un lugar que no estaba en ninguna parte?

Después de que les dijo «acercaos, acercaos», el cura les dio la espalda y empezó a echar incienso por el aire. Después empezó a leer en un libro enorme, con las dos manos un poco en alto, como para no tocarlo, porque debería ser pecado, pero no, no era, porque al terminar de leer lo dio vuelta hacia la gente para que lo vieran todos, aunque nadie alcanzaba a leer; lo

mostró, lo cerró y desapareció por una puerta misteriosa del costado del altar.

Al salir, Teresa caminaba con doña Florentina, que le decía:

—Qué hermosa esa Virgen con su carita de cielo, es parecida a la Macarena de mi pueblo. Que digo mal, pues; es más parecida aún a la Virgen Niña que vi una vez en Corrales Altos, aunque de la nariz para arriba, porque de cuello era más pepona.

Teresa escuchaba las comparaciones entre las vírgenes y sentía impaciencia: ella a la Virgen la llamaba simplemente Virgen y no le importaba si era rubia o morocha. Estaba impaciente por esa conversación y también porque el tío Pipotto no encontraba ubicación en el grupo; iba caminando solo; ella no quería hablarle enseguida, quería estar sola, ya que, vencida esa impaciencia, Florentina no le demandaba más esfuerzo que ponerle la cara. Teresa quería pensar en su propósito: ella iba a ir más seguido a la iglesia.

Estaba de acuerdo con todo lo que el padre dijo; sólo en el cielo nos escuchan y nos entienden: acá en la tierra no es más que un penar y un aburrimiento. Acá en la tierra lo único que la gente hace y dice son pavadas. Parece mentira, parecen todos chicos, de repente lloran que se acaba el mundo, de repente se ríen como si hubieran descubierto quién sabe qué y no se dan cuenta de que después van a llorar. No saben, no están precavidos, parece que fueran moscas. Sí, ella iba a ir más seguido a la iglesia.

Cuando salieron de Moreno, Atilio vio una cantidad tan impresionante de mariposas juntas, que no era una cosecha, era la fortuna y la dicha. Iba a hacer una red con alambre e iba a volver. La alegría de ver las mariposas fue mayor por ese largo encierro de la iglesia. En realidad, él estuvo todo el tiempo en el atrio, afuera, y nadie se dio cuenta; pero el atrio también era un encierro, un patio hermoso para correr, pero no estaba permitido. Y cuando se acercó al coche, vio que todos estaban hablando conversaciones extrañas, que no eran las de todos los días. Agarró a María de una mano y echaron a correr para la casa, María lo acompañó, pero se sintió culpable; quién sabe no estaría cometiendo algún acto malo al escaparse.

Cuando llegaron, estaban Angelita y su marido, Angelita se había perdido nuevamente y llegó por Merlo. El marido de Angelita daba la impresión de que le daba lo mismo haber llegado por Merlo o por Marte. Su ropa era decorosa, pero la llevaba con prescindencia, como si lo hubieran vestido otros. Era como si estuviera acostumbrado a largas esperas en los sitios más diferentes, y mientras le permitieran estar, él se quedaba.

Cuando vio llegar a Atilio y a María, juntó los dedos en racimo y le preguntó a Atilio, a quien no conocía, como si lo hubiera visto ayer:

—¿Dónde están?

—Allá vienen —dijo Atilio sin darle la menor importancia, se iba a preparar la red.

Y María quedó sola con Angelita, ante la que no sabía qué hacer y menos delante de ese hombre desconocido que le daba miedo. El marido de Angelita fue y examinó con respeto los pollos pelados para al almuerzo del bautismo. María pensó: «¿Se agarrará alguno?». Por las dudas, se puso cerca de los pollos.

El marido de Angelita tocaba las paredes, miraba todo y decía:

—¡Qué pedazo de viga!

Angelita delante del marido se ponía más estúpida todavía: observaba los pollos pelados y establecía diferencias: éste comió más, ese otro pollo, menos; aquél tenía el buche grande, murió comiendo. El marido no contestaba nada.

Cuando llegó el coche, las mujeres fueron directamente a preparar los pollos, o sea, Teresa y Florentina; Angelita se quedó como ayudante de cocina, que era la función habitual de María, y María entonces se quedó sin ninguna función.

Los hombres empezaron a tomar un poco de vino; el tío Pipotto tomaba poco, tomaba como si estuviera en su casa, mejor dicho, como si el mundo fuera su casa; de repente echó una ojeada a la cocina, midió con sus pasos todo el terreno y como no encontraba una silla cómoda, se fabricó una, con una especie de colchoneta y una almohada que sacó de la pieza, sin que nadie le diera permiso. Cuando Emilio tomó dos vasos de vino, dijo:

—Todo el oro del mundo va a parar al Vaticano.

Don Francisco dio un puñetazo en la mesa y dijo:

—¡Coño! ¡Es cierto!

Justo en ese momento, Teresa estaba sirviendo los pollos y le dio fastidio oír eso: esa sabiduría de su marido era mentira, ese conocimiento le debía llegar por algún canal espurio. ¿Cuándo vio el Vaticano él? ¿Dónde lo vio? ¿Y qué era el Vaticano?, ¿la casa del Papa? ¿Y qué mejor lugar para cuidar el oro del mundo que la casa del Papa?

—Hay miserias en el mundo —siguió Emilio—. Hay hambruna.

Y don Francisco estaba de acuerdo en que había hambre, miseria, injusticia; recordó a un cura de su pueblo que se escapó, disfrazado de mujer, llevándose el oro de la iglesia.

El tío Pipotto no le daba la menor importancia ni al hambre del mundo ni al oro del Vaticano; a ratos miraba una cosa que le interesaba; era algo que estaba lejos, no hablaba.

El marido de Angelita tampoco hablaba; comió dos porciones de arroz y después dos más de pollo con verdura.

Camilo miraba a ese tío que no se preocupaba por nada. Pensó que los argumentos de Emilio y don Francisco no tenían mucho valor, porque estaban tomando vino, que como es sabido, es un vicio. Debían ser argumentos propios del vicio, que los dejaba así medio vencidos, protestando, parecían igual de viejos que el tío Pipotto, que tenía como veinte años más.

El tío, cuando terminó de comer, retiró un poco el asiento que él había inventado y se durmió sin decir agua va. Cuando él se durmió, la conversación sobre el oro del Vaticano declinó y pasaron al canto. Emilio sacó el acordeón y tocó una de las tres piezas que sabía; hacía mucho que no tocaba, se equivocaba. No tocaba con la alegría de antes, tocaba como quien conoce un poco un instrumento y cumple alguna función. Y antes de empezar a tocar, probó el acordeón con un acorde torvo y agrio. Camilo pensó: ¿cómo su papá se atrevía a producir semejantes disonancias delante de un tío tan admirable? Camilo tenía miedo de que su tío se despertara y advirtiera que su papá se equivocaba; se enojaría y con razón.

Cuando el tío se despertó ya el canto se iba acabando, miró a lo lejos, no reparó para nada en el canto y dijo:

—¿Eso que veo allá es un caballo?

—Sí —dijo don Francisco—. Es mi caballo, pues.

—¿Se puede montar?

—Bueno, pues, está acostumbrado a ir a la chacra, o sea que va solo a ella, pero…

—¿Se deja montar o no?

—Bueno, veamos, sólo fue montado por Celestina, hace tiempo ya, y no sé si…

—Quiero andar a caballo.

¡Qué tío éste!, pensó Camilito. Allá iba a subirse al caballo. Cosa que pensaba, cosa que hacía.

Subió al caballo usando una sillita de paja, sin sacarse el reloj de cadena y cuando se acercó a lo de Hilario Melo, estaban todos desde hacía rato en su puesto de observación; habían empezado a observar la peladura de pollos y esperaban algo bueno. Si bien al comienzo habían tenido desconfianza de la comida de los italianos, ahora, por algunas veces que pudieron probarla, habían descubierto que unas pocas veces era más rica que otras; pero a qué se debía eso, era un misterio. Pero el misterio máximo del capricho de los italianos estaba en ese hombre que montaba a caballo; le brillaban los zapatos con un brillo raro, hiriente y su cadena de reloj refucilaba al sol. Apareció cerca de ellos, en un momento de descuido del puesto de observación; ese hombre era un rico, tenía las cejas muy espesas, posiblemente fuera un diablo o un enviado del diablo, y era visita del Emilio. Ellos habían matado muchos pollos de una vez, ellos también eran ricos.

Camilo

Ese día Camilo andaba por la plaza de Moreno. Era un lunes a la mañana y todo daba sensación de calma preparatoria para el atardecer. El cura había puesto el colchón a ventilarse en el atrio de la iglesia y en el almacén-bebidas-restaurante «La Esquina» entraba el panadero, con una gran bolsa de pan; Atilio limpiaba los vidrios y un solo parroquiano tomaba café. Iba a buscar a Atilio, pero lo vio de lejos y no entró. Atilio llevaba un delantal largo que se había atado de cualquier modo; el delantal era largo y los pantalones, cortos. El hombre que tomaba café lo llamó con gesto imperioso; él fue, distraído, como si no le importara nada.

Y tuvo una sensación extraña al verlo, como si su hermano fuera un desconocido, como si él no tuviera nada que ver con Atilio, como si Atilio fuera un mocito cualquiera que andaba por ahí. No era su hermano. Y no entró.

Caminó dos cuadras por un lugar que nunca había recorrido y vio una cosa que le llamó la atención: una oficina muy chica; adentro había un señor de gorra, parecida a la del guarda del tren; llevaba reloj-cadena. Desde la puerta abierta se oía pip, piripip, mientras el hombre daba golpecitos. Se paró a mirar, el hombre seguía dando golpecitos. Cuando descansó, le dijo:

—¿Qué querés, pibe?

—Estaba mirando, nomás.

—Entrá.

¡Y el hombre lo dejó entrar!

—¿Ves, pibe? Un golpe quiere decir «Sí», dos golpes, «Cambio», tres golpes, «Cierre». A ver, probá vos.

Camilo probó: hizo «Sí», «No» y otras cosas. Como aprendía ligero, el hombre le dijo:

—¡Muy bien, pibe!

Entonces Camilo le dijo:

—¿Me dejaría venir mañana a practicar?

—Pero sí, pibe, te voy a enseñar a transmitir «Josefina se casó con aquel viejo bachicha, otro se la comió y todo fue una desdicha».

Y Camilo ni reparó en la historia de Josefina. ¡Mañana ese señor lo dejaría ir a practicar! Él iba a aprender ese lenguaje tan preciso y si aprendía bien, a lo mejor más adelante podría trabajar en esa cabina cerrada.

Porque seguramente mandarían mensajes importantes, por ejemplo a Buenos Aires, y también vendrían órdenes de Buenos Aires, y ese señor era el responsable de entender bien todo eso, sin equivocarse, y una persona que transmite mensajes es responsable y útil, digamos que es indispensable. Cuando volvió a su casa, le dijo a su mamá:

—Mamá, mañana voy a practicar en el telégrafo.

«Eso viene a ser como un teléfono», pensó ella. «Es un trabajo limpio».

—Se transmiten mensajes importantes —dijo Camilito.

—El telégrafo es como el burro: lleva lo que le ponen encima —dijo el padre.

Camilito dijo:

—Por favor, papá, no sea que vayas allá donde está el telegrafista principal y vayas a decir eso.

Emilio dijo:

—Si quiero, yo lo digo delante del presidente de la República.

Teresa lo miró con severísima reconvención a Emilio y le preguntó a Camilo:

—¿Cuánto te pagan?

—No, mamá, no entendés nada, voy a practicar.

—¿No ves? —dijo Emilio—. Lo tienen dos o tres días esos haraganes de traje y le van a hacer perder tiempo. Lo único que saben es llevar traje, corbata y cadena de reloj. Yo haría una cadena de reloj larga como todo el río y los acogotaría a todos.

—Mamá, yo voy a ser telegrafista.

«Un telegrafista necesita traje», pensó Teresa y lo dijo.

—Propiamente un traje —dijo Emilio y salió rabioso del lugar.

Camilo se fue a llorar a su cama. Teresa lo dejó que llorara un rato y se sentó, pensativa. Después se acercó a la cama y le dijo:

—Vendo el cerdo y los aros de Italia. Se compra un traje y para Atilio un pantalón, total a él le ponen un delantal. María queda en casa, puede esperar.

Y Camilo dejó de llorar.

Atilio

El dueño del almacén-bebidas-restaurante «La Esquina» se había enojado con Atilio, que estaba cada vez más distraído. Le había llevado café aguado a don Vicente, que siempre se fijaba en todo, y le había servido un primoroso café con leche sin aguar a don Horacio, que tomaba todo lo que le daban. Lo había retado, como de costumbre, pero esta vez le tiró un poco de las orejas, aunque no demasiado, de modo que Atilio quedó perplejo: no sabía si había sido muy muy perjudicado o si era, digamos, algo relativo. Después todo quedó olvidado porque debía servir a los clientes y cuando se acercaba, escuchaba frases sueltas: «el empedrado nuevo»; en otra mesa decían «es lo más miserable que he visto», y después había un cliente que decía «no, no me apetece».

Y se pasaban ahí las horas hablando del nuevo intendente, de la plaza nueva que se iba a hacer, y a la noche, cuando tomaban vino, solían hablar de la cantidad de ladrones que había por ahí ejerciendo cargos públicos sin que nadie los castigara. El dueño a la noche participaba de las conversaciones y decía: «Es verdad, es verdad». Pero a don Horacio, que sabía de vinos, le traía lo mejor, que subía especialmente del sótano, y a don Oreste, que ya venía medio mamado de algún lado, nadie sabía bien de dónde, cuando le pedía caña, le indicaba a Atilio que le sacara una caña casera que había fabricado la tía del dueño; don Oreste la tomaba.

Y todo el tiempo hablando de esas cosas que Atilio no entendía, cuando en el campo había cuises, sapos, lombrices, mariposas y muchas cosas más. Un día entró un abejorro al bar-restaurante «La Esquina» y él lamentablemente no lo pudo cazar y los parroquianos lo echaron a grandes gritos, como si hubiera entrado un avión y don Honorio, el que elegía el vino, preguntó en voz alta cómo podía ser que entrara una cosa semejante en ese lugar, dando a entender que el dueño tenía poco criterio selectivo.

Eso fue lo más significativo que pasó en muchos días, en los que Atilio se quedaba a dormir allí y sólo los sábados a la noche se iba a su casa. Un

domingo a la noche le dijo a su mamá llorando:

—Mamá, me quiero quedar acá, no quiero ir.

—Hay que ir —dijo la madre.

Y cuando lo vio llorando, el padre dijo:

—¿Te tratan bien?

—Sí —dijo él no muy convencido, pero él no contestaba nunca con mucho convencimiento. Y tuvo que ir, nomás. Ahora estaban todos en el bar-restaurante hablando interesadísimos del vuelo de Jorge Newbery, nadie lo miraba. Estaban tan concentrados que nadie lo registraba y el dueño se había sentado también a beber; entonces Atilio agarró pan, queso, salame y huevos y los puso en su bolsita, donde ponía la muda de ropa. Estaba contento, nadie lo había visto y él había cazado alguna cosa para llevarse de ese lugar. Era sábado, era casi de noche. Hacía dos horas que tenía su bolsita a mano para agarrarla inmediatamente, no bien sintiera el ruido de los caballos. Cuando oyó que venía, saludó rápidamente y se fue corriendo hasta el coche.

—¡Papá! ¡Papá!

Su papá le dijo:

—Eh, ¿qué pasa?

Cuando pasaron una media cuadra, Atilio le mostró la bolsa con los alimentos y dijo:

—Me lo dio el dueño.

—Te trata bien, entonces; es generoso. Siempre hay que confiar en las personas generosas, porque cuando una persona es generosa, es buena, y en el mundo debería haber más personas de mano abierta que no estuvieran siempre cuidando…

Y su papá seguía hablando de un hombre muy generoso que había allá en su pueblo. En un momento pensó decirle: «Papá, lo saqué para nosotros, porque nadie se dio cuenta».

Pero el padre lo iba a retar. El padre no se dio cuenta de que lo sacó para todos. El padre estaba en otra cosa, recordando a ese hombre del pueblo y no se puede interrumpir.

Su papá no se daba cuenta de nada y por un momento pensó que ese queso y ese salame no servían para nada; nadie pensaba en comerlo. No

iba a decir nada y lo iba a usar como cebo para toda clase de bichos.

María y la nena

La madre dormía la siesta. Acostada boca arriba, tenía una nariz tan prominente que aun dormida parecía vigilar todo lo que pasaba. María se acercó varias veces para mirarla, para controlar que estuviera bien dormida, pero además tomaba otra precaución: se iba con la nena bien lejos de esa cama.

Se iba cerca del gallinero, con una revista en la que había tres hermosos vestidos. La nena iba detrás de ella y ella le decía:

—No camines detrás mío. Andá delante para que yo te vea.

No podía soportar que caminaran detrás de ella, ni siquiera la nena. Ahora quería mirar esos vestidos, pero no sabía hacerlos; podía ser que si los miraba mucho, le lloviera alguno. La nena revoloteaba y la molestaba; entonces le dijo:

—Mirá que viene Camilo y te corta las uñas.

—¡Camilo no! ¡Atilio! —dijo la nena.

—Atilio es un ladrón —dijo María.

—¡Atilio no ladrón! —dijo la nena.

—Y vos sos una cagona.

—No, no —decía la nena llena de bronca y movía los puñitos.

Como vio que no podía mirar los vestidos tranquila, a María se le ocurrió una idea: iba a traer la muñeca que le había regalado a la nena el tío Pipotto. No era de la nena, era de ella. La muñeca estaba cerca de donde su mamá dormía. Entonces le dijo a su hermana:

—Quedate acá un rato, sin moverte.

Volvió a mirar, por si acaso, la pieza donde dormía Teresa: estaba dormida. Se detuvo un momento a mirarla: era como si hasta dormida pensara, decidiera y actuara. Que su madre durmiera le parecía un misterio: no podía creer del todo que durmiera. Buscó la muñeca y la llevó cerca del gallinero; la nena quiso tocarla.

—No —le dijo—. Vos no. Esta muñeca es preciosa, es limpita, no es una cagona como vos.

—Yo no cagona —dijo la nena—. Yo soy buena. Quiero la muñeca, quiero —dijo.

—Qué vas a ser buena, vos —dijo María.

—Quiero la muñeca, quiero —dijo.

La muñeca estaba en la falda de María; los vestidos de la revista eran una cosa cada vez más incomprensible e inalcanzable; nadie sabía cómo hacerlos. Cuanto más misteriosos e insondables le parecían esos vestidos, más cagona le parecía la nena. Cuando vio un vestido lleno de plumas, que no sabía cómo estaban puestas pero estaban, le dijo a la nena:

—¡Estúpida!

Y la nena dijo:

—Yo no estúpida, yo Emilia.

—Bueno, vaya para allá.

Allá era un lugar que la nena sabía, era como un retiro. Ahí había frutitos chicos colorados que se podían juntar pero no comer. Entonces se calló y se puso a juntar esos frutos. María tenía la muñeca en brazos, era preciosa, era rubia y ella en cambio llevaba esa pollera color ratón, que ya la tenía cansada; esa pollera color ratón la convertía en un ratón. Y entonces cuando vio que la nena recolectaba frutos, cosa que hasta ahora estaba permitida, le gritó:

—Asquerosa, no comas eso.

Cuando le dijo asquerosa, la nena entró a llorar sin parar, tan fuerte que apareció la madre. La madre apareció de cuerpo entero, pero en realidad lo que vio María fue sólo una cara, y más que una cara, unos ojos. La madre dijo, severamente:

—¿Qué pasa?

—Está comiendo de esos frutos.

La nena lloraba sin parar, muy mortificada.

La madre escuchó y dijo:

—No está comiendo, la estás peleando.

Pero eso era poco; venía lo peor: la muñeca. Creyó que le iba a pegar. Pero no. Con voz de mando y desprecio, dijo:

—Lleve eso para adentro.

Y María la llevó, haciendo un rodeo por donde estaba su madre. La madre levantó a la nena de una mano y la llevó para adentro, para darle la leche; la nena se calló. María se quedó aterrada. ¿Cómo pudo haber oído de tan lejos la madre cuando lloraba la nena?, ¿cómo apareció enseguida? ¿Cómo sabía que la nena no había comido los frutos? Era porque la madre cuando parecía que dormía, no dormía; vigilaba, o a lo mejor tenía la facultad de vigilar y dormir a la vez; y en eso de saber lo de los frutos, tendría algún canal secreto de comunicación con la nena por el cual la nena la enteraba de que no había comido.

Camilo y otras yerbas

El telegrafista principal no estaba a la altura de los mensajes que recibía; cuando Camilo aprendió a manejar el telégrafo, se lo pasaba todo el día en la puerta. Y cuando le hablaba a Camilo le decía:

—¿Ves, pibe, las mujeres como ésa que va por ahí, que tiene las piernas redondeadas abajo? ¿Sabés por qué es? Porque son putas.

Ante el asombro de Camilo, después de haber hecho semejante observación que se supone lo haría alejar de esos seres detestables, cuando pasó la de tobillos redondeados, la saludó alegremente y le dijo:

—Chau, Nené.

Y Nené se acercó con una sonrisa y Camilo trató de pensar que era una sonrisa de puta, pero no estaba claro; no era comprobable.

Y una vez, en que pudo escuchar una conversación entre el telegrafista y Nené, Camilo pensó que una puta debía tener una conversación que la distinguiera del resto de las mujeres, digamos, temas específicos, pero no; esa Nené hablaba del tiempo, de la humedad y hasta de su mamá. Entonces pensó que ella era una especie de ser inferior que se apropiaba del lenguaje de la gente decente, digamos, y si no había ningún lenguaje ni tema de conversación que indicara si una mujer es puta o no, era posible que todas fueran y si él alguna vez se casaba, iba a comprobar muy bien que no se tratara de una puta que se hacía pasar por mujer corriente hablando del tiempo. Y cuando estuviese casado, debía vigilarla para que no fuera puta.

Porque esa Nené más que puta le pareció como pobre y resignada: le faltaban los dos dientes de adelante y parecía una mujer que se conformaba con poco.

Mientras el telegrafista hablaba con Nené, él recibía mensajes importantes que decían: «Malas comunicaciones interzonales», «Estado de las líneas, bueno». Y como él recibía y transmitía muy bien los mensajes, el telegrafista principal le dijo un día:

—Pibe, estás nombrado auxiliar.

Se lo dijo con esa voz neutra propia de él, como si no tuviera arte ni parte.

Y no debería haber tenido arte ni parte: alguien allá arriba, donde recibían los mensajes, se debió haber dado cuenta de que él transmitía muy bien y lo nombró. Y ahora el telegrafista principal, que él había admirado tanto por su oficio, era una persona que decía una cosa y hacía otra, porque si él fuera telegrafista principal, jamás andaría perdiendo el tiempo con ninguna Nené de esas.

El día que lo nombraron, estaba con el traje que le habían comprado para el empleo. Era un traje sólido, como para durar diez años, a prueba de lluvia, frío y tempestades. Ya lo habían visto en la casa con ese traje, pero antes Camilo tenía cierto aire de vacilación. Ese día llegó y dijo:

—Me nombraron.

—¡Ah!… —dijo la madre, asombrada y contenta.

El padre no dijo nada y todos se lo quedaron mirando. Le pareció desmedido el asombro: «Era lo menos que podían haber hecho», pensó Camilo, recordando la ineptitud del telegrafista principal, cargo que él estaba seguro de ocupar más adelante, y cuando ya se estaba viendo como telegrafista principal, observó a la nena, que había estado dando vueltas carnero cuando él llegó; había observado que no tenía las bombachas puestas y dijo, en tono de rabia:

—¿Y esa chica sin bombachas? ¿Qué futuro le están preparando?

La del futuro, al oírse llamar esa chica con voz de rabia, se quedó inmóvil y muda de espanto; después se echó a llorar. El padre dijo:

—La hiciste llorar, Abaca Bustos.

Abaca Bustos era ofensivo, porque era el nombre de un hombre de Moreno al que le gustaba la figuración; de traje, chaleco y sombrerito siempre, aparecía en todas las fotos del diario de Moreno, ya fuera con el grupo de la Sociedad de Socorros Mutuos o el de la Sociedad de Fomento. Camilo le iba a decir «callate» pero se aguantó, con su traje nuevo empezó a hacer observaciones:

—Esa vaca pronto se va a meter adentro de la pieza, ¿y a esa cocina, qué le hacen? ¿Le tiran hollín a propósito?

El padre dijo:

—Ma callate —y se fue a otro lado.

La madre trató de ordenar algo que había sobre la mesa, lo hacía con gestos rápidos y María nunca la había visto a la madre moverse con gestos tan rápidos. Su hermano había provocado esa repentina e insólita rapidez de la madre, tan desconcertante; la madre obedecía a los varones; a ella no. María lo miró a Camilo y por un momento pensó: ése no es mi hermano, parece un desconocido.

Sólo hay paz en la casa de Dios

El tizne se saca, sí, pero es mejor no producirlo, hay cocinitas de gas, chiquitas, asado se hace afuera. Esa nena no debe estar siempre sentada en el suelo, ni que fuera un perro, yo le voy a traer una sillita de paja. ¿Otra vez vino don Francisco a embarrar todo con esas botas? Digo yo, ¿no se las cambia nunca? Para colmo viene con un farol que le ilumina hasta el ojete y no sabe más que decir «coño» todo el día. Todo el día coño y putear; eso es no tener tema de conversación, es propio de gente quedada, lo de esa quinta es imperdonable, dejar venir abajo una casa tan linda. Si llegara a venir alguien, porque alguna vez alguien vendrá a la quinta, se podría preguntar si venden el banco de afuera.

La profesora de costura la zamarreó y le dijo:

—De acá no te vas hasta que no te salga la pollera «evasée».

Ella se sentó de nuevo y no entendió nada. Estaba colorada y se le nublaba la vista. Ella pensó: «Ahora la profesora se da cuenta de que yo no entiendo nada y con esa tijera tan grande, que hace un ruido extraño al cortar la tela, ahora me corta una oreja. Para eso mejor se la corto yo antes y me voy». Como no podía dejar de mirar la tijera, se levantó y se fue. Se fue pensando: «Nunca más voy a ir a lo de una profesora de costura, no voy a ir a ninguna profesora. Nunca más voy a ir a que me enseñen nada, nunca más voy a ir a aprender más nada».

Una linda mañana de otoño, Teresa se encaminó a la iglesia. Había ese aire de marzo que anticipa el frío, ayuda nuestras decisiones y nos acompaña en la marcha. Se fue a pie, sola, bien temprano. En la iglesia no había nadie; mejor dicho, nadie no; estaban en las paredes todos los santos del cielo. Ninguno peleaba, ni pedía nada ni molestaba a nadie; ni los santos se molestaban entre sí. Cada uno estaba en lo suyo, con su atributo bien

definido: Jesucristo en su cruz, la Virgen con la mirada al cielo y el rosario en la mano, San Rafael tenía dos ovejas abajo.

Cuando Teresa estaba rezándole a la Santísima Virgen, entró un hombre a la iglesia.

Venía con una valija, parecía socavado por dentro y desesperado. Se arrodilló no bien entró a la iglesia, y se hacía furiosamente en el pecho «Pésame, Dios mío». Así arrodillado fue llegando hasta el altar mayor, rezaba un rato como mascullando y después volvía a hacer furiosamente «Pésame, Dios mío». No miraba a nadie, ni a los santos de alrededor; él quería entenderse solamente con Dios. Teresa no tuvo más remedio que mirarlo; era posible que ese hombre no estuviera en su sano juicio, por la cantidad y la intensidad de los pésame que hacía. Y la iglesia es también para la gente que no está en su sano juicio; porque ahí, con la influencia de los santos, del silencio, no se desbordan nunca del todo, porque es un ambiente de mucho respeto. Entonces ella recordó a un tonto de su pueblo que iba a la iglesia y cuando rezaban el rosario, él, en vez de contestar «Santa María madre de Dios» que se repite siempre, él repetía otra cosa. «Meta te i socri, saca te i socri», que es: «Ponete los zuecos, sacate los zuecos». Todos sabían que no estaba en su sano juicio y trataban de que pasara desapercibido; lo lograban.

El cura hacía un recorrido matinal por la iglesia, antes de empezar la misa. Le gustaba pasear a esa hora por la luz de colores que filtraban los vidrios; filtraba oro y polvo; el polvo humano se mezclaba con el oro divino, pensaba el cura. Esa luz polvorienta daba la sensación de que las imágenes estaban más quietas aún. De repente reconoció al hombre de la valija; se disgustó un poco, ya lo conocía; venía a intervalos regulares y siempre hacía lo mismo. Nunca había traspasado el altar mayor, pero… Entonces se detuvo cerca de Teresa; la había visto alguna vez rezar, seriamente, delante de la Virgen.

Era una persona limpia, de aspecto decente y sintió necesidad de hablarle.

—Buen día, hija —le dijo—. Ya te he visto por acá.

—Buen día, padre. No vengo más seguido porque estoy ocupada.

—Está bien, hija —dijo él—. Dios bendice el trabajo.

Ella había pensado varias veces en un encuentro con el padre. Tenía muchas cosas para decirle; en realidad no quería confesarse, quería hablar con él.

Quería pedir algún consejo. Cuando empezó a decir «Padre…» el cura le dijo:

—Que Dios te bendiga, hija, y dé trabajo y salud a los tuyos, yo te tendré presente en mis oraciones.

Polvo humano y oro divino… El Señor le había puesto ante sus ojos al hombre de la valija y él había sentido rechazo… se lo puso el Señor para hacerle presente a él que podía tener sentimientos desagradables, que él también era polvo humano.

En cuanto a los trabajos y fatigas, Dios nos da la llaga y la medicina, trabajos, fatigas…

Teresa se dio cuenta de que el cura era un hombre muy ocupado, no podía escucharla. Con un palo largo empezó a encender todas las velas del altar mayor para empezar la misa. Cuando empezó la misa fue viniendo alguna gente.

El hombre de la valija también se quedó, pero se retiró a un costado, a un altar lateral muy oscuro. Cuando el padre se dio vuelta y dijo «el Señor esté con vosotros», a Teresa le pareció que la miraba a ella. Dios lo iluminaba al cura para que supiera que ella tenía problemas y por eso la miraba ahora, en la misa.

Y se fue reconfortada.

Un sábado Atilio volvió a su casa, como todos los sábados, contento y cansado. Se bañó y se secó con gran placer. Entonces vino Camilo y dijo:

—Te secaste con mi toalla. Siempre te estás secando con mi toalla.

Y después más fuerte, para que oyera la madre:

—Éste se seca cualquier cosa en cualquier parte.

Camilo iba recorriendo la pieza buscando pruebas; mostraba sábanas, frazadas y hasta encontró una prueba en la pared. Iba de acá para allá y le decía a la madre:

—Mirá. Mirá acá.

La madre estaba inmóvil, para que ningún movimiento o palabra se interpretara como una toma de partido. Después Camilo decía:

—¿Tengo o no tengo razón?

Y como la madre no decía nada, empezó a ponerse furioso y le dijo a Atilio:

—Si vos no sabés vivir en una pieza como la gente.

Atilio no dijo nada y salió afuera, fue a buscar a su papá. Lo extrañaba. Estaba solo, sentado en el tronco de un árbol.

El padre dijo:

—¿Qué le pasa ahora a Abaca Bustos?

Atilio dijo:

—Qué sé yo.

No tenía la menor idea de lo que le pasaba a su hermano, las reacciones de los seres humanos son incomprensibles.

Su papá estaba abatido, como cansado y un poco rabioso.

Atilio no dijo nada. El padre dijo:

—Desde que pusieron las vías nuevas, la clueca se va a empollar justo al lado de la vía. No le basta el gallinero. Ahora todos quieren estar cerca del tren todo el día.

—Vamos a buscarla —dijo Atilio.

Cuando Atilio dijo «vamos a buscarla», la nena oyó y se acopló a la empresa. Iba adelante, decidida, como si supiera en qué lugar estaba la gallina. De repente, de una carrerita se separó y se encaminó derecho a un sitio, segura. Allá estaba tanteando el lugar, prudente, eficaz, con su delantalcito a cuadros y sus zapatos de entrecasa, viejos y resistentes.

—Acá está, papá —gritó sin ninguna alharaca, con la voz suficiente como para hacerse oír.

—¡Ah, mi tesoro! —dijo el padre y la marcha se hizo más liviana—. ¿Quién te dio los ojos para ver tan lejos?

—Mi papá y mi mamá.

—Sí, pero quién te dio esa vista de lince. ¿Y quién te compró ese delantal?

La nena reflexionaba. Estaba muy seria, como atormentada. Finalmente, dijo:

—Papá, vos me compraste el delantal, pero la vista me la dieron mi papá y mi mamá.

El padre se hacía el ofendido, mientras Atilio sacaba la clueca.

—Papá —decía ella atormentada—. Te quiero mucho mucho.

Después lo miró a Atilio y dijo:

—Atilio también.

Entonces el padre la alzó a esa nena que ya era grande y la trajo de vuelta en brazos.

Atilio llevaba la gallina distraído, como si fuera un paquete.

—Papá —dijo la nena—, la gallina va a la vía que está recalentada, busca calor.

—Sí, querida, ahora nadie quiere tener el culo frío; van todos de traje, van en tren, donde calienta el sol.

Y como él se iba enojando un poco, la nena le dijo:

—Papá, yo te quiero mucho.

Atilio quería decir algo, pero no era el momento. Otro momento habría.

Las chicas

Los pueblos estaban llenos de chicas que iban a la estación para ver pasar el tren. Las chicas eran algo apasionante: había altas, de aspecto caballuno y arisco, gorditas con el pelo enrulado de las ovejas, grandotas de aspecto enojado, flaquitas de huesos chicos, con patitas de tero. Había ojos oscuros, verdes, había tanitas de ojos celestes. Cuando Atilio llegó a un pueblo que se llamaba General Pico, se enloqueció. Había un vivero de chicas y él quería cazar una. Todas eran lindas, elegir una era una injusticia para la otra, todas tenían lo suyo. A esa flaquita la alimentaría con aceite de hígado de bacalao y banana pisada, para que se pusiera más robusta; después era lindo ver cómo se desenojaba ésa que iba enojada; a la hermosa rubiecita de ojos celestes se la podría llevar a su casa para ponerla arriba del armario y mirarla. Bah, a su casa no, porque ahora vivía en el tren, digamos a su cucha de tren. ¿Cómo se haría para cazar una chica? Ahí pasaba una grandota, con cara de enojada, gran nariz ganchuda. No era linda, pero tenía la cabeza levantada, parecía decir «Aquí estoy yo».

—Adiós, preciosa —dijo.

Ella contestó:

—Cállese, idiota.

Lo miró con furia y apuró el paso. Parecía un basilisco. No, ésa no; pero quién sabe…

A lo mejor otra vez que la veía era distinto. Era un basilisco interesante. La siguió con la vista y la hubiera corrido, pero quedaba mal; ahora pasaba una gordita de pelo rulito; cuando pasaba delante del personal del tren, se ponía colorada. Atilio le dijo:

—Adiós, preciosa.

La gordita se puso colorada y se rió, con una risita nerviosa. Atilio bajó del tren y dijo: «Ésta es la mía».

Le dijo:

—Cada vez que paso por acá, miro para ver si está usted.

Era mentira, porque nunca había visto ese pueblo hasta ahora. La gordita sonrió halagada, pero no contestó nada; no hablaba.

Atilio se alarmó. ¿Cómo seguiría eso? ¿Qué le diría? La gordita ni se iba, ni le hablaba; estaba ahí, parada, colorada.

—¿Cómo se llama?

—Anita —dijo ella.

—¡Qué nombre hermoso!

Anita sonrió y siguió igual, como un poste. Entonces, Atilio pensó angustiosamente qué debía hacer. Se le ocurrió algo:

—Una chica con un nombre tan bonito se merece un regalito. Espéreme.

Se fue adentro, al coche comedor, donde había un centro de mesa con flores, sacó una y el mozo calabrés chiquito le dijo enojado:

—¿Qué está sacando acá?

Salió corriendo con la flor; el mozo lo miró enojadísimo. Anita estaba ahí, parada, le dio la flor.

—Muchas gracias —dijo—. Me voy porque se me hace tarde.

Estaba desalentado. Las dos se habían escapado, dentro de un rato debería volver y aguantar al mozo calabrés. El mozo calabrés hablaba del hurto, de la decencia, de la pérdida de las buenas costumbres y de que ya no hay respeto; él decía «rispeto». Atilio se sentó en el escalón del tren; estaba tan desalentado que hubiera preferido trabajar enseguida. ¡Qué pueblo de mierda! El reloj de la estación era descomunal y debajo de él había unas personas quietas, sentadas, esperando quién sabe qué tren.

Atilio se puso a recorrer el andén. En la punta había un hombre muy gordo, con la panza redondeada.

Su cara expresaba tan acentuadamente que era un hombre destacado, parecía tanto un hombre como debe ser, que uno se olvidaba de que era gordo. Todo en él parecía señalar que ser gordo era un problema irrelevante. Hablaba con una mujer de edad mediana, que no era linda, nunca lo fue ni lo quiso ser. Atilio se sentó en el escalón para escuchar la conversación. La mujer decía:

—Ya no hay moralidad ni respeto por nada, usted vio cómo va todo, sin ir más allá…

—De acuerdo, señora —dijo él—. Pero eso sucede por no poner coto.

—Como vulgarmente se dice —dijo la mujer—: la culpa no es del chancho sino de quien le da de comer.

—Tiene razón, señora. Pero se ha perdido tanto, tanto el sentido de todo, que va a ser un trabajo muy difícil encarrilar lo que está perdido…

—¡Qué barbaridad! —dijo la mujer y meneó la cabeza—. Es increíble.

Cuando el mastodonte empezó a barajar alguna de las mil puntas de la corrupción, apareció una figurita encantadora, que vino casi corriendo a unirse a esa charla.

Era morocha, chiquita, como de juguete.

El mastodonte movía los brazos y le impedía verla. Atilio estaba alerta para cuando la pudiera ver de nuevo. La miró de nuevo y ¡ella lo miró! No se podía quedar sentado en ese escalón, tampoco podía acercarse, algo tenía que hacer. Y sonó la campana, enorme y estúpida, anunciando que el tren se iba.

Entonces Atilio se fue al coche comedor y buscó el libro que guardaba escondido el mozo calabrés chiquito. En el libro decía: «Para unos ojos negros». «¡Ojos negros como el azogue, cuya mirada penetrante llega hasta el tuétano! Vuestra mirada me ha herido de muerte y me persigue por doquier; alejaos de mi vida definitivamente o acercaos tan profundamente de modo que se pueda curar la herida que me habéis causado».

Otro era: «Para unos ojos verdes».

«Ojos verdes, erráticos, soñadores, fijad en mí la mirada para que yo pueda espejarme en esa llanura suave».

Y para los ojos celestes: «Ojos celestes, de cristal robado al mar, habéis robado definitivamente mi corazón. Cuando tus pupilas brillan de alegría, yo me postraría a tus pies, servidor dichoso de una reina».

Atilio quería copiar esa hoja, para usar en el futuro, pero su letra dejaba mucho que desear. En cambio el mozo calabrés tenía una hermosa letra, aunque un poco grande.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy leyendo —dijo Atilio.

—¿Con qué permiso?

—¿No me copiás esto?

El mozo calabrés lo miró, inquisitivo.

—¿Cuál de los tres?

—Los tres —dijo Atilio.

—¿Cómo los tres? —dijo—. ¡Se ha perdido todo rispeto, toda la poca decencia que había!

—Yo te hago el turno hoy —dijo Atilio.

El mozo calabrés vaciló y dijo:

—Bueno, yo te lo copio, pero con la condición de que uses uno solo, los otros, sólo si te quedás viudo.

—Claro, claro —dijo Atilio.

Hacía treinta grados a la sombra. María había tomado la costumbre de ponerse un saco de verano, la madre le dijo:

—Sacate ese saco que me da calor mirarte.

—No —dijo ella y se fue para otro lado.

Camilo le trajo tres vestidos nuevos, para que estuviera presentable y no pareciera una persona dejada, pero todos esos vestidos tenían algún defecto: uno la hacía gorda y baja, otro tenía una tela con una especie de grumos; los grumos de esa tele le daban un poco de asco. El tercero, si bien era pasable, había que reservarlo para alguna ocasión.

Esa ocasión no estaba en la fantasía de ella, era más bien la reserva del vestido en sí lo que le importaba. De vez en cuando, iba al ropero y lo miraba, para ver si no se le había manchado, si nadie lo había robado o dañado. No, el vestido estaba allí. Entonces usaba siempre el mismo vestido viejo; de noche lo lavaba y como ya estaba roto debajo de los brazos y en el bolsillo, lo cosía.

No había cosa que enervara más a Camilo que verla coser ese vestido arratonado, ella cosía llena de obstinación. Un día en que Camilo volvió de trabajar (ya era telegrafista principal y como tal debía viajar periódicamente a Buenos Aires), había comido en un restaurante caro, había visto mujeres bien vestidas, sensatas, correctas, cuando la vio coser como siempre esa manga con una especie de saña explotó:

—¿Será posible tanta dejadez? ¿No te compré los vestidos? ¿No saben, no entienden cómo vive la gente?

María, sin responder, se fue para adentro. Últimamente no respondía nada, cada vez que le enseñaban algo se iba para adentro. La madre le dijo a Camilo:

—La comida está preparada.

—No quiero comer, ya comí. Acá todo lo arreglan con comer.

La madre estaba desconcertada; era la primera vez que él no quería comer. Camilo se fue violentamente a su pieza. Cuando vino el padre, le dijo a Teresa:

—¿Qué le dijo ahora a mi lumaca?

Últimamente el padre la llamaba «Lumaca». La lumaca es un bicho hosco y arisco, muy recalcitrante. No bien lo tocan, esponja sus plumas y se pone rígido.

—Nada, nada —dijo la madre complaciente, ya que las papas quemaban—. ¿Querés sopa?

—Bueno.

Vino la nena, dispuesta a pasar desapercibida, para escuchar bien lo que pasaba. El padre le preguntó:

—¿Qué le dijo a la lumaca?

—Nada, papá, está enojada. Yo después la voy a acompañar.

De adentro se oyó la voz de Camilo que gritaba:

—¡Lumaca, qué grosería, aprendan a hablar de una buena vez, por Dios!

Ni el padre ni la madre sabían qué hacer.

Comieron la sopa en silencio, sin mirarse. Se sentían pena y bronca mutuamente. Seguro habían cometido y seguían cometiendo algún mal horrible; pero como no sabían bien cuál era, tampoco lo podían remediar.

Al día siguiente, ninguno se habló. Camilo salió temprano a trabajar, nadie lo vio. El padre vagaba por el gallinero, había un poste podrido; ma sí, que se pudra hasta el bisabuelo del poste. María se levantó y empezó a echar agua; grandes baldazos por todos lados. Tiraba agua con la misma obstinación con que cosía su vestido, horas baldeando sin hablar con nadie. La nena hacía sopa de letras, las unía al azar, le parecía que algo

tendría que resultar de todo eso; no podía ser que ese conjunto no significara nada. Cuando estuvo todo baldeado y limpito, María y la nena tuvieron una gran satisfacción: de lejos se veía venir la visita. Era hermoso que vinieran cuando estaba todo limpio. Ellas tuvieron satisfacción, pero la madre, cuando las vio, dijo:

—¿Quién viene a joder ahora?

¿Quiénes eran? Angelita y una mujer. Ellas venían con sombrero. Angelita tenía uno redondo y su amiga un sombrero difícil de entender. Uno lo miraba de costado y parecía un birrete, de atrás tenía una forma distinta, era complicado. María corrió a ponerse su vestido de las grandes ocasiones, pero se sentía rara con él, como si llevase un vestido de papel, como si la dejase medio desnuda. Ya era tarde para cambiárselo, ya estaban ahí y para contrapesar esa sensación de desnudez, dijo con mucha amabilidad:

—¿Qué tal? ¿Cómo les va?

Era una amabilidad encantadora y desusada.

Pusieron sillas en el patio y la amiga de Angelita, sin sacarse el sombrero, pidió un vaso de agua. Aclaró:

—Es para tomar la pastilla.

Como nadie preguntara nada, Angelita señaló con respeto:

—Toma la pastilla para el reuma.

—¡Si fuera reuma solo! —dijo suspirando—. Tengo flebitis y prurito exantemático.

—¡Ah! —dijo Teresa, que no sabía lo que era eso y pensó: «¡Santa Madonna!».

—En la casa ella tiene un cajón lleno de remedios, así de grande. Yo misma lo vi.

—La verdad —dijo la amiga— que no lo pude traer porque es muy pesado, pero yo tendría que ir con él a todos lados.

Teresa pensó: «¡Santa Madonna! ¿Será casada? ¿Quién la aguantaría? Y si se llegara a casar alguna vez, cosa difícil pero no imposible, ¿quién se la llevará?».

María, con una cortesía exquisita, le dijo:

—Siéntese acá, a la sombra, porque el sol debe ser perjudicial para el reuma. ¿Digo bien, señora?

—Depende de qué sol, el sol de un día seco, no; ahora este sol húmedo, como velado, es muy malo para mi reuma. Le agradezco, gracias, querida.

A María esa señora le pareció el súmmum de la buena educación. Angelita iba enumerando con los dedos:

—Teresa, si vieras, tiene píldoras tan chiquitas que parecen para pajarito y después pobre, ella toma un remedio marrón, que tiene un gusto tan asqueroso, Teresa, que no debería haberlo probado yo.

—¿Vos probaste eso? —dijo la amiga, asombrada.

—Sí —dijo Angelita—, quería saber cómo era de asqueroso.

—¡Ah, pero has hecho algo muy peligroso! ¿Cómo no me dijiste nada? Es para algo que yo tuve hace cinco años, yo tuve una inflamación del epicarpio.

—Pero lo escupí —dijo Angelita—. Era una porquería.

María pensaba que esa mujer era fascinante. Sirvió té para todos y ella dijo:

—Sólo media taza, querida. El té contiene mucha teína.

Cuando María le dio el té, dijo:

—Gracias, muchas gracias. ¡Cuánta molestia estamos causando! Es imperdonable haber venido sin avisar, pero lamentablemente no había forma.

¡Qué mujer exquisita! Tenía un vestido de un color indefinible, no era marrón, era un poco color té con leche, era un color hermoso.

—Perdóneme, señora. ¿Cómo es su gracia? Ah, Matilde, gracias. Estaba mirando el color de su vestido.

—Sí, querida —dijo Matilde—. Es color *champagne*.

¡*Champagne*! ¡Qué palabra! ¡Un vestido color *champagne*!

Teresa la examinó. Era la primera vez que veía una persona así. ¿Qué era eso? La estudiaba, la estudiaba.

Matilde decía:

—El ajo debe macerarse en agua caliente, nunca hervida, pierde su olor fuerte y sirve como diurético. Pero sin abusar, porque abusando, agranda los vasos sanguíneos.

Teresa nunca había visto una persona así. ¿Qué era?, ya sabía lo que era. Era una giloia; también era un poco contamusa, pero sobre todo, giloia.

Matilde siguió hablando de los climas. El clima de mar es malo para los neurasténicos y los cardíacos, la sierra es excelente para los que sufren de ahogo, siempre y cuando no se les ocurra escalar; pero lo mejor de todo, para el reuma, era Carhué, y en Carhué había una laguna de barro, llamada vulgarmente la laguna del Chancho, donde las personas se cubren con barro curativo, de arriba abajo.

—¡Qué asco, Matilde! —dijo Angelita.

—Sí, el aspecto de las personas es horrible, pero ¿qué importa la apariencia cuando se trata de la salud?

¡Qué mujer! ¡Qué lenguaje tan lindo usaba!

A María también le habían quedado algunas palabras que aprendió en la escuela, a veces las escribía para no olvidarlas. A lo mejor podía meter una.

Cuando Matilde empezó a hablar del barro curativo de Carhué, Teresa empezó a cabecear sentada. Trataba de atender, pero no podía. Finalmente se durmió. Angelita dijo:

—Eh, Teresa. Pobre, tiene mucho sueño.

Y María, con voz suave, dijo:

—Lo que pasa es que mamá está cansada por las faenas.

—Claro, querida —dijo Matilde—. Las faenas cansan mucho.

Emilio no quiso acercarse a la tertulia, estaba de mal humor. Sentía rencor por todo ese mujererío y se fue bien lejos, cerca de la vía. Desde allá las mujeres se veían chiquitas, parecían puntitos. Y yendo como para Moreno se veían montones de puntitos, eran los peones de la vía en actividad. Cada vez eran más. Él volvió a la casa cuando vio que la visita se había ido. Cuando lo vio, María le dijo con aire de preocupación:

—Papá, estás fatigado, lo noto en tus ojos.

Entonces él le preguntó a Teresa:

—¿Y ahora qué le pasa a la Lumaca?

—Nada —dijo Teresa—. Que vino una giloia y se contagió.

El tren tenía primera y segunda clase. En primera hacía más calor, porque los asientos estaban tapizados, en segunda el viento se colaba por las ventanillas rotas y también por los asientos, que eran de madera enrejada. En segunda la gente llevaba bultos y bultos, porque la gente se trasladaba con su comida, creían que estaban haciendo el viaje de Marco Polo y además, que la única comida que valía la pena era la de su casa.

Por eso Camilo iba en primera, para evitar los bultos, incluso algunos eran fardos de pasto.

Cuando a Camilo lo nombraron telegrafista principal en Buenos Aires no hubo más que desconcierto en la casa. Por suerte tenían un poco de tiempo para prepararse antes de que llegara él, porque en Paso del Rey el tren no paraba, pero Camilo había arreglado personalmente con el conductor del tren para que aminore la marcha cuando el tren llegaba cerca de su casa, y así lo hacía todos los días. Cuando bajaba del tren, estaban los más chicos de los de Melo que se subían para saltar un poquito arriba del estribo. Entre Camilo y el guarda los echaban; era peligroso, eran chicos que no tenían conciencia de nada. Camilo ya venía malhumorado por eso. Desde la casa, cuando veían que el tren iba parando, enviaban a la vaca lo más lejos posible de la visual, ataban al perro y se acababa el paseo de la gallina y los pollitos. La nena se calzaba si estaba descalza y María no hacía a tiempo para cambiarse, aunque tenía toda la decisión mental de hacerlo. Por un lado pensaba, «debo cambiarme». Por otro, a pesar de que su experiencia le decía que Camilo venía todos los días, tenía la sensación de que no vendría nunca más. Había un hecho que Camilo estaba dispuesto a plantear y a corregir: sus compañeros de trabajo se habían enterado de que Atilio tiraba una encomienda desde el tren, cuando iba por esa ruta, una vez por mes.

Una vez por mes iba en un tren rápido y cuando estaba cerca de su casa (María y la nena estaban preparadas) saludaba con un gran pañuelo blanco y tiraba un paquete con queso, salame, aceitunas y sardinas. María se ponía a prudente distancia por temor a un paquetazo y la nena lo iba a buscar, encantada. Lo cargaba sola y eso que era pesado, porque los hilos del paquete le hacían daño a María en los dedos; enseguida se le ponían

rojos y eso le producía impresión; pensaba que nunca más iban a volver a su color habitual.

¿Para qué Atilio tiraba el paquete? Para joderlo a él. Cuando llegó a su casa, todos parecían jugar al Antón Pirulero. María baldeaba, la nena escribía y la madre picaba interminablemente cebolla y perejil. Todo esto le parecía una confabulación, no podía ser que cada vez que llegaba él estuvieran picando, amasando, baldeando y cosiendo con un frenesí propio de esclavos embrujados. Todavía la comida no estaba lista y ahora él debería soportar esos innumerables preparativos antes de comer. María pondría la mesa a un costado, la miraría de reojo, la volvería a cambiar de lugar, mandaría a la nena a buscar al padre, que como siempre estaría haciendo alguna pavada, por ejemplo enderezando un poste del gallinero, cuando él hubiera hecho una pira para incendiar el gallinero entero, con gallinas adentro.

—Mamá —preguntó tentativo—, ¿el tren de Atilio pasa por acá?

—Muy poco, muy pocas veces —dijo la madre con un gesto que indicaba que ése era un hecho insignificante.

—¿Atilio tira un paquete desde el tren?

—Ah, algunas veces, a las cansadas, muy poco.

—Pero lo tira.

Ahí la madre se impacientó, no comprendía adónde quería llegar ahora.

—Sí, lo tira, él no vuela todavía.

—Mamá, te das cuenta —dijo reflexivamente—. Eso me perjudica.

Ahí ella dejó de trabajar y se sentó; no comprendía.

—Me perjudica en mi trabajo.

—Ah, no sabía —dijo—. Nunca lo hubiera pensado.

Se levantó de la silla con esfuerzo, estaba un poco encorvada.

—Mamá —saltó Camilo—, ésta no es vida para vos, mirá cómo te vas encorvando, todo el día al frío, a la intemperie, esta casa es muy abierta.

La madre no dijo nada y se fue a cocinar, con obstinación. Parecía más vieja ahora, se movía con cierta vacilación. Se acercó el padre con una rata; la tenía de la cola.

—No vengas, sacala de acá —dijo Camilo con bronca y María le agradeció en silencio.

El padre dijo:

—Pobre estúpida, nadie te quiere, ni viva ni muerta.

—Papá —dijo Camilo.

Pocas veces le decía papá, sólo para señalar algo. Pero ahora el tono de voz era distinto, era el de alguien que tomó una decisión importante.

—¿Qué pasa? —dijo el padre.

—No podemos vivir acá de esta manera, Atilio sigue tirando paquetes desde el tren…

—¡Qué coraje! ¡Decir eso, habrase visto!

—¿Qué coraje, qué? Mamá está encorvada, la nena va a tener que hacer veinte cuadras para ir a la escuela, porque me imagino que no pensarás llevarla con esos caballos de mierda, porque llega más pronto a pie.

—Sí, la llevo. Yo la voy a llevar. Si acá no te gusta, mudate al duomo de Milán.

—¿Ves? —dijo mirando a la madre. La madre miró al padre con severa reconvención.

El padre dio un puñetazo en la mesa y dijo:

—Ni en mi propia casa puedo estar tranquilo.

La madre y María huyeron a la cocina. La nena miraba desde lejos, sentada en el suelo.

—Papá —dijo Camilo—, yo no sé cómo no te das cuenta.

Lo dijo en el tono en que lo haría un profesor de matemáticas a un alumno muy lento, al que le hubiera explicado diez veces el teorema de Pitágoras.

—Yo me quedo acá —dijo el padre.

Con tono paciente, tranquilo, didáctico, le dijo:

—El mundo avanza constantemente y…

Ahí el padre lo interrumpió y dijo, dando otro puñetazo fuerte:

—Sí, ya sé, el mundo da vueltas en redondo. ¡Vuelta y vuelta!

Se fue poniendo pálido y cuando terminó de decir eso, respiró profundo y dijo:

—Me duele el pecho.

Se puso blanco y empezó a jadear.

—Mamá —llamó.

Ella tampoco lo había visto; no sabía cómo se solucionaba eso; no era cuestión de ventosas, ni de untura blanca, era una cosa del doctor.

—Andá a buscar al médico —le dijo a Camilo.

Ella le hizo unos masajes en el pecho y la nena también; pero él pedía que no, era como que debía jadear tranquilo y solo.

María no se acercó al padre, tal vez eso fuera un mal terrible y contagioso.

Cuando Camilo ató los caballos para ir a buscar al médico, iba pensando: «Es inconcebible, viven a veinte cuadras de un médico, no han pensado en eso». Estaba un poco angustiado, pero por otra parte pensaba: «Ahora en Moreno me van a ver con estos caballos de mierda», y le agarraba bronca.

En Moreno había dos médicos: el doctor López y el doctor Bevacqua. El doctor López era prudente, sensato para recetar; su trato era agradable. Pero no estaba en su casa. En cambio estaba en su casa el doctor Bevacqua, que ya era viejo. Muchas veces no quería salir de su casa porque le dolían los pies, tenía callos y juanetes. Últimamente había llegado al extremo de que no bien llegaba a la casa de un paciente, farfullaba alguna cosa y se iba solo, caminando mal por los callos. Cuando Camilo le contó lo que pasaba, el doctor Bevacqua dijo:

—No voy.

Camilo le rogó tanto que se puso el saco disgustado, como si el saco fuera de otro, o alguna bolsa que hubieran tirado por ahí.

—¿Dónde es? —dijo.

—En Paso del Rey.

—No voy —dijo el doctor Bevacqua.

Otra vez Camilo volvió a insistir, a rogar, le dijo que le pagaría bien. Esto enfurecía al doctor Bevacqua; no le importaba que le pagaran o no. Por fin se decidió a ir y fueron lo más rápido posible en el carro. Ir en carro no llamaba la atención del médico: él andaba lo mismo en carro, auto o nave espacial. Para mejor había llovido y había barro; a ese hombre

ya le daba mucho trabajo caminar en tierra firme y el tramo de barro, aunque corto, era difícil. Camilo lo quería guiar y le decía:

—Por aquí, doctor.

—Yo sé, yo sé —decía él.

Metió un pie en el barro y siguió adelante, nomás, como si no hubiera pasado nada. Cuando llegó a la casa, vio de lejos a Emilio; jadeaba más fuerte. Entonces de lejos, sin acercarse a verlo, le dijo a Camilo:

—Prepárele el cajón.

—Doctor, por favor —dijo Camilo.

—Sí, sí, ya dije —dijo el doctor Bevacqua—. Ahora me vuelvo.

Camilo no sabía qué hacer, lo llamó:

—Espere, espere…

Pero no quería esperar. Se fue caminando solo, con llovizna, revoleando un poco el pie derecho.

La madre había preparado paños calientes y se los ponía en el pecho, el jadeo aminoraba, solo. El aminoramiento del jadeo parecía venir de la vigilancia y el control que Emilio tenía sobre sí mismo; estaba solo, como con algún enemigo oculto con el que debía ser vigilante y paciente. Cuando ella le preguntaba si el dolor pasaba, él le hacía una seña con la mano de que estaba ocupado, concentrado en algo. Parecía trabajar, pero en vez de hacer el esfuerzo con un hacha o un martillo, lo hacía con su propio cuerpo. Por eso que le pusieran paños o que no le pusieran nada, le daba lo mismo.

Ella estaba asustada, a lo mejor era un castigo de Dios por haberlo contrariado mucho, porque ella lo había contrariado. Si Dios permitía que viviera, lo iba a tratar bien. Le ponía los paños calientes tentativa, tratando de ver el efecto. Cuando el jadeo pasó solo y el padre recuperó un poco el color, Camilo le dijo a la madre:

—¿Ves, mamá, que yo tenía razón? No podemos vivir acá, en este páramo. Mirá lo que pasó: en Moreno uno tiene el médico al lado y puede llamar al otro, no a este imbécil.

El padre se había repuesto y dijo con sorna:

—Claro, tiene que venir el doctor Parisi para curarme a mí.

El doctor Parisi era famoso en la Toscana, en Piamonte y en los montes Abruzzos. Camilo estaba harto de todos esos dichos y refranes: ojalá su padre enmudeciera para siempre.

La mudanza

El domingo siguiente, la madre sacó afuera un ropero apolillado, para verlo bien al sol. No entendía bien qué objeciones producía ese ropero. ¿No era para guardar ropa, no cumplía su fin? Hasta aquí había servido en silencio y ahora ¿qué mierda pasaba? A lo mejor vendrían roperos nuevos que ella no entendería. También había una bolsa llena de retazos que ella había guardado de cada vestido y de la ropa de todos, pedacitos floreados, verdes, de lana abrigada, de algodón; ella los había guardado porque a lo mejor alguna vez alguien iba a coser, si alguien cosía. Ahí había un tesoro. Con ese floreado, se podía hacer una bombacha, con ese blanco, un echarpe, con ese género pinchudo, que pica, bue… ¿Para qué serviría? Para alguna cosa, pensó molesta. Camilo le hizo sacar todos los zapatos que guardaba abajo de la cama. Guardaba zapatillas de abrigo, muy viejas; pero tenían un borde azul como de pompón, se las había regalado el tío Pipotto. Había zapatos para salir, nuevos, que nunca pudo usar porque le dolían, el cuero estaba reluciente. Estaban también los zapatos de cuando vino de Italia. Sí, claro, no se usaban más, pero para alguna emergencia, por ejemplo si llegaba a venir una guerra, como la de Italia. Habían escrito desde allá que escaseaba el aceite, tanto más los zapatos. La cama, sin los zapatos abajo, le producía una sensación de desprotección.

Cuando los Melo vieron todo el patio en estado de cavilación, mandaron un observador, de unos diez años. Camilo lo vio y le dijo:

—Rápido, rápido, llevá lo que quieras, pero pronto.

El chico no se movió de su sitio: a él le daba doña Teresa o nadie. Doña Teresa le hizo una seña por detrás, para que viniera más tarde, él entendió enseguida. Era tan vivo ese chico de los Melo que le hubiera gustado tenerlo en su casa. Después él vino más tarde, con una tasadora un poco mayor, de unos catorce años, porque el monto de los bienes excedía su juicio. Teresa abrió la bolsa de retazos y la acomodó pomposamente en el centro del patio. La tasadora, prudente, esperó a que le ofreciera algo.

Teresa le mostró el retazo de lana blanca, ella sonrió y no dijo nada, para que nada fuera interpretado; pero miró intensamente el retazo floreado, que era más lindo.

Teresa le dijo:

—¿Éste te gusta?

Ella sonrió como avergonzada.

Entonces Teresa puso el floreado abajo y sacó uno verde.

—¿Y éste no te gusta?

Ella sonreía, con la cabeza baja. El observador menor miraba respetuosamente. Todo lo que hiciera su hermana, estaba bien.

Entonces Teresa sacó el retazo floreado y le dijo:

—Ma sí, llevátelo.

Ella lo agarró, pero seguía mirando la bolsa. El observador menor dijo, mirando el blanco:

—Ése es lindo.

Su hermana sonrió y lo agarró.

Entonces Teresa agarró el retazo de lana pinchuda, que tenía unos dibujos oscuros, parecía el caparazón de un insecto. Le dijo:

—Éste es abrigado.

Ella sonrió igual, pero su hermano entendió que ahora ella quería decir que no. Él le dio un codazo y ella lo agarró desganada. Hasta ahora él había estado de acuerdo con su hermana en lo que hiciera, pero en adelante él iba a agarrar todo lo que le diera, porque había notado que doña Teresa se disgustaba si no agarraban lo que ella les daba, en una de esas iba para adentro y no volvía. Y ahora iba justamente para adentro y trajo los zapatos negros que le hacían doler los pies. Metió la mano en uno de ellos; el zapato parecía un escarabajo. Dijo:

—Éste es cuero de lo mejor.

La tasadora no se movió, tenía su retazo floreado en la mano. Entonces su hermano, que tenía otro retazo, puso los zapatos rápido adentro de la bolsa que había traído, los puso casi sin tocarlos, como para no contaminarse.

Se fueron de una carrerita y en el camino unificaron criterios para operaciones posteriores.

A la tarde cayó don Francisco, que había visto mucho revuelo en el patio. Había sabido del ataque de Emilio, se había inquietado.

Don Francisco dijo:

—Pues yo creí que os habíais enloquecido y es que os vais. Pues, hombre. ¡Qué barbaridad, parece mentira! Aunque mirándolo bien, no es tanta locura, porque yo embarqué de la Coruña para acá y no me embarqué yo solo, que éramos unos quinientos y no era el único barco que salía; salía uno cada día. Ahora el progreso tiene su parte buena, y su parte mala, como todas las cosas; su parte buena, porque allá en Moreno hay menos animales chicos, menos mosquitos, menos cucarachas y muy pocas arañas.

—Don Francisco, ¿no quiere ese ropero? —dijo Teresa.

Don Francisco lo miró y examinó con detenimiento la parte apolillada del mueble.

De repente dijo:

—Ah, ¡mala entraña! Pica porque sí, pica cualquier cosa para perjudicar. Mire, doña Teresa, y usted va a disculpar lo que le digo: el día que Dios creó las pulgas, las cucarachas y las arañas, no estaba en sus cabales.

—Don Francisco, ¿lo quiere?

—Lo tomaré para evitarle un mal. Porque en Moreno no hay moscas, ni mosquitos, ni cucarachas; pero desgraciadamente, la polilla atrae a la polilla.

Cruzó Camilo, le hizo un saludo rápido y don Francisco dijo:

—Permiso, voy a ver a don Emilio.

Y se fue a ver a su amigo que estaba solo, al sol.

Iban caminando tomados del brazo, iban caminando y hablando; después don Francisco eligió el mejor lugar, de mucho sol, pero poco viento, donde había un árbol copudo. Don Francisco sacó toda la hojarasca del sitio para sentarse y le limpió también un sitio a Emilio. Se sentaron ahí y don Francisco le tomó el brazo. Charlaban.

Cuando más pasaba el tiempo, había más bultos acumulados en el centro del patio. Camilo había hecho una clasificación: cosas para guardar, otras para tirar, para vender y unas últimas dudosas que serían elegidas a último

momento. Pero cada vez el tamaño de los bultos variaba porque ellos subrepticiamente iban pasando objetos de uno a otro. Por ejemplo la madre tenía dos libros de Misa: uno viejo y uno nuevo. Ella no sabía leer, pero en el viejo guardaba espigas, ramas de olivo secas, estampas de San Jorge y San Francisco y algunas de comunión que le regalaron unos nenes de Moreno. Camilo le dijo que tirara el viejo porque estaba ajado, pero la hoja de olivo estaba bendecida, era sagrada y además, había estado siempre en ese libro, ahora estaba como pegada, no la podía pasar al otro. Además el libro viejo tenía como un brochecito para abrirlo, parecía una cajita; ella lo sacó del bulto para tirar y lo puso en el de guardar.

Camilo puso el vestido de María en el bulto de tirar, pero ella lo sacó. En Moreno lo iba a usar como molde para coser uno nuevo, perfecto, sin ayuda de nadie, sola. En Moreno no la miraría nadie y además había piedra de modista para marcar, que nada que ver con la tiza; con ella las modistas hacían hermosos vestidos. Hasta la nena se animó a rescatar su sillita de paja, que ya le quedaba chica y tambaleaba. Emilio guardaba lombrices en unos tachitos viejos y decía: «Después voy a ir a pescar». Después no iba porque hacía mal tiempo, porque venía la noche y porque ahora el río se había llenado de crotos que iban a vivir ahí, uno hasta tenía una soga y colgaba un montón de ropa.

Ya Camilo lo había desalentado, le había dicho que quién sabe quiénes eran esos hombres y aparte iba a pescar porquerías. Y aunque él dijo: «Si quiero voy y pesco el día entero», era cierto: el río estaba cada vez más negro y ni siquiera había pescaditos chicos. Cuando Emilio cazaba una lombriz, le decía: «¡Te pesqué! ¡Adentro!». Después pensaba: «Pobre estúpida, ciega, bajo tierra». A la mañana, mientras empezaba a decir «a lo mejor voy a ir a pescar, puede ser», se entretenía en el patio, estaba contento. A la tarde empezaba a decir: «A lo mejor voy a ir a pescar, puede ser que vaya». Caía la noche sin que él se diera cuenta, comprobaba que no había ido, y el día anterior tampoco. Esto le producía un sentimiento contradictorio: por un lado, una indefensión ante los días que se sucedían sin su concurso, y por otro, una maligna y triste venganza: a lo mejor él decidía que no iba a pescar nunca más.

Pero entonces él no se iba a mover de la casa hasta que no vendiera el trabuco. Era un palo muy pesado, de hierro, que sostenía la puerta de afuera para que nadie entrara: si algún ladrón llegara a entrar, el trabuco al caerse haría un ruido que se llegaría a oír hasta en Moreno. Camilo había puesto el trabuco en el bulto de cosas para tirar, porque en Moreno había llaves seguras. Aunque el trabuco existía desde antes, desde la casa anterior, no se usaba; se empezó a usar cuando aumentaron los peones de la vía. Algunos parecían hombres de campo, buenos y tranquilos, criollos, españoles, italianos, pero había unos polacos que parecían mafiosos.

Emilio apartó tu trabuco, bien lejos para que no se confundieran en ninguno de esos bultos. En secreto le dijo a don Francisco que él lo quería vender, si sabía de algún interesado. Él lo iba a vender a quien quisiera y al precio que se le diera la gana, era una cosa muy valiosa, él marcaba el precio.

El patio seguía en estado de deliberación, con sus bultos que subían y bajaban. El más vivo de los Melo venía como observador: aprendía. Ya no le interesaba tanto que le dieran algo, porque estaba haciendo un estudio concienzudo de la situación. Pensaba: hay cosas que unos tiran que otros guardarían, pero no hay que recibir muy rápido lo que otros tiran y uno guardaría, porque después uno se pierde cosas mejores.

A veces doña Teresa lo mandaba a comprar algo y le daba unas monedas; en realidad, por más que le gustaran las monedas, le interesaba el mandado porque él aprendía; doña Teresa sabía mandar bien. Y cuando él compraba aceite de oliva o harina de buena calidad, el almacenero lo miraba con cierto respeto. Además ahora ellos compraban en poca cantidad, hasta que se mudaran, y comprar alimentos en poca cantidad debido a la mudanza, lo llenaba de placer. Cuando doña Teresa vio que él hacía los mandados corriendo y traía todo en orden, le preguntó si él quería ir a Moreno cuando estuviesen allá, dos veces por semana, para hacer los mandados, cortar el pasto y ser como un ayudante de ella. Él no dijo nada, se fue corriendo a su casa y cuando volvió, ella vio por su cara que le habían dado permiso. Entonces le dio una estampita de San Miguel Arcángel para que la guardara en un lugar seguro: cuando él fuera a

Moreno, ella lo iba a mandar al catecismo para que hiciera la primera comunión.

El domingo los de Melo vieron que todos los bultos chicos ya no estaban diseminados, estaban en el patio adentro de grandes sábanas viejas, como enormes pelotas. El más chico de los Melo avisó al padre para que observara: él observaba en los momentos decisivos, no salía como una criatura a mirar cualquier objeto que pusieran. Ya lo tenían cansado esa mudanza y esos gringos, que estaban siempre moviéndose al pedo.

Construyen una casa de lujo, dejan su salú, pegan cuatro gritos y se van a joder la paciencia a quién sabe dónde, seguramente a un lugar donde él no iba a poder mirar nunca más nada. Ahora justamente estaba viendo a don Emilio que estaba limpiando el trabuco.

Cuando estaba limpiando el trabuco, Emilio dijo:

—Yo no me voy de acá hasta que no lo venda.

—¡Lindo tesoro! —dijo Teresa y se puso a pelar papas.

—Esto es una cosa muy valiosa, muy útil en todas las casas de gente decente —le decía a la nena—. Porque allá, en las casas de los atorrantes tienen llaves y ganzúas, porque hay ladrones y cobardes.

—Quedate nomás de custodio. Bonita porquería —dijo Teresa.

—Vení para acá —dijo Emilio a la nena y puso el trabuco contra la puerta—. Si el enemigo empuja con fuerza, uno tiene un arma para defenderse y pelea a cara limpia, enfrenta al enemigo. ¿Entendiste?

—Sí —dijo la nena. Ella pensó que la llave era más sencilla, pero su papá debía tener sus razones para preferir el trabuco. Ella ya sabía que cada uno tenía razones distintas para el mismo hecho, cada uno parecía tener su motivo y su justificación y aunque estuvieran de acuerdo, tampoco estaban. Por ejemplo, cuando la madre dijo «trabuco de porquería», María dijo enseguida: «Es cierto, mamá, por suerte no lo voy a ver más». La madre no le dijo: «Es verdad, qué suerte». La madre le dijo a María con cara enojada:

—Andá para adentro a limpiar tu pieza.

Ella lo único que quería era que su mamá no la llamara para hacer nada, quería acompañar a su papá mientras limpiaba el trabuco. Su papá lo

levantó con esfuerzo y dijo:

—Yo he sido bersagliero alpino. Así es el paso de marcha.

Lo dejó en el suelo, después hizo cuerpo a tierra para que ella lo viera. Se levantó con mucha dificultad.

—Papá, papá, yo te ayudo.

Emilio tenía los ojos velados y la nena dijo:

—Papá, papá, yo me quedo aquí con vos hasta que lo vendas.

—No, no —dijo Emilio—. Yo te voy a mostrar la libreta donde dice que he sido bersagliero alpino.

Fue a la cocina y preguntó:

—¿Dónde está mi libreta?

—Qué sé yo —dijo Teresa y pensó: «Otra bonita basura».

Emilio buscó como perdido entre los bultos y repitió:

—¿Dónde está mi libreta?

—Me la tragué —dijo Teresa y se puso a hacer papas fritas. Pensó: «Echale un galgo».

—Papá, papá, yo te ayudo.

—Vaya para allá —le dijo. Quería estar solo. Su libreta estaba, si estaba, dentro de una de esas pelotas. Y la nena iba a crecer entre esos haraganes de traje, delincuentes sin madre y todos los Abaca Bustos, la peor ralea humana.

La nena se fue lejos, desconcertada. Su papá nunca la había retado, nunca le había hablado con ese tono duro.

Tuvo tentación de ir llorando a contarle a su mamá lo que le había pasado, pero después pensó que no, mejor no.

Se puso a saltar a la soga, movía la cabeza para los dos lados y las trenzas hacían un vaivén desdeñoso. El padre la miró, de lejos. ¿Qué parecía ella? Una pueblera. Esa chica iba a ser una pueblera, seguramente.

Tuvo la tentación de acercarse a ella para hacerse amigo, pero no. Más tarde. Entre todos, toda esa raza apátrida le había perdido su libreta.

Ellos se fueron un domingo al mediodía, hicieron una comida de mudanza: pan con queso, mucho dulce para terminar el tarro. Comían parados, sólo quedaban ahí una mesa, una silla, una cama y todos los cacharros que

Camilo no podía llevar a la casa nueva. Porque Emilio se quedaría un tiempo en Paso del Rey para vender el trabuco, para dar pasto a los caballos, para enderezar un cerco caído, para… Él conocía la casa nueva de Moreno. Era una casa, bah, como cualquiera, pero los puebleros ponen el gallinero al fondo, en lontananza, porque adelante había un jardín con palmeras. Palmeras y en el baño un bidet para limpiarse el culo a cada rato, si uno quería. Adelante tenía un gran comedor para recibir a las visitas, a cuanto contamusa hay. Ya había unos cuantos contamusa que venían al campo, pero al aire libre, todavía. Ahora ese comedor se iba a llenar de ellos, ahí, encerrados…

Cuando se estaban por ir, rápidos, movedizos, la nena que estaba muy excitada porque tenía zapatos nuevos, le dijo:

—Papá, ¿cuándo venís?

—Cuando las ranas críen cola —dijo él.

Ella se quedó perpleja y la madre dijo:

—Mañana o pasado viene. —Y a él—: ¿Tenés coraje de asustar a la chica?

—Es un chiste, tesoro. Tu papá sabe unos cuantos chistes que nunca los dijo.

La nena miraba, sin entender. Entonces la madre le dijo a él:

—¿A qué viene esto? Ahí hay sopa para la noche. Mañana traé las gallinas y la tijera de podar.

—Bueno, hasta luego —dijo él—. Me voy a levantar el cerco.

Él se fue lejos y no vio cómo ellas se iban. Él iba a ir a la casa cuando quisiera, cuando hiciera buen tiempo, cuando levantara el cerco, y se volvía a repetir «cuando las ranas críen cola». Bah, tal vez mañana iría, había ido tanto por ese camino cuando trabajaba que ese camino no era nada para él, era capaz de llegar a esa casa con los ojos cerrados. En algún momento iría para llevar las gallinas, cuando éstas estuvieran en condiciones; había una clueca empollando y la bataraza estaba un sí que no medio apestada; era una locura llevar animales en esas condiciones.

Cuando empezó a reparar el cerco, se acordó de Rosita. Se le vino a la mente después de treinta y cinco años; era de pelo oscuro, un poco colorada y un poco morocha. Él la visitó más a Teresa porque era más

rubia. Era rubia y de piel muy blanca. Rosita siempre le sonreía, parecía contenta de que él la visitara. ¿Qué sería de Rosita? Hacía pastelitos cuando él iba. Como por arte de magia, salida quién sabe de dónde, aparecía una fuente con pasteles. Claro que él nunca le dijo nada. ¿Le dijo o no le dijo? No se acordaba ahora. Bah, para lo que importaba ahora. Pero un día en la cocina de ella le acercó un poco la mano y no la retiró, ¿o la había retirado? Ese poste se estaba cayendo y esa gallina estaba muy clueca para llevarla mañana. No le dio un beso a la nena antes de irse, pero a la mañana había jugado a algo que antes le gustaba más a la nena: que la pinchara con la barba. Ahora decía: «Papá, basta, que me pincha». Bah, una pueblera iba a ser. Se sentó porque estaba cansado, después iba a levantar el poste. Cuando estaba distraído, se acercó el perro Milonga. Milonga tenía una actitud cautelosa, de quedarse a acompañarlo como quien no quiere la cosa, no tenía ninguna vivacidad.

Había que movilizar a ese perro. Le dijo:

—¡Cuerpo a tierra!

Milonga, con cara de «las cosas que hay que hacer en este mundo», hizo cuerpo a tierra. Estaba echado, esperando una orden de levantarse, o tal vez el fin del mundo. Le tiró un cascote y le dijo:

—Vaya a buscarlo.

Milonga fue, pero como si estuviera en otra cosa. Emilio le dijo:

—El mejor perro que se haya visto en toda la zona. Ahora, escuchame bien, ahora vamos a comer la sopa.

Y así lo hicieron.

Mudanzas

I

La casa de Moreno tenía dos entradas, zaguán, vestíbulo de losas amarillas, comedor, primero y segundo patio.

Para ir al baño desde las piezas había que pasar por el patio, por el primer patio de azulejos rojos y blancos. Pasando el baño, la casa se iba volviendo cada vez más de entrecasa: el segundo patio era de ladrillo y detrás del baño había un cuartito y un gallinero. «Los animales no deben vivir con la gente», dijo Domingo, que fue quien pagó la casa y llevó a vivir a la familia al centro del pueblo. Ellos venían de una casa que no tenía comedor ni garaje, donde los pollos salían habitualmente del gallinero hasta que a alguien se le ocurriera entrarlos. Desde que fueron a la casa nueva, los pollos quedaron lejos y estrictamente limitados al gallinero, pertenecían al patio de ladrillo y hubieran ensuciado los hermosos azulejos del patio delantero. Desde que los pollos quedaron para siempre en el gallinero, habían adquirido una marcha prudente y reflexiva, propia de un espacio menor. En cuanto al baño, no era tanta la incomodidad, acá sólo se atravesaba el patio; en la casa anterior el baño estaba a la intemperie. Domingo había dicho que se iba a esmerar para que vivieran como la gente, para eso tenía él un buen empleo, trabajaba doce o catorce horas por día y cuando llegaba quería ver todo limpio y a la madre y a la hermana arregladas y alegres. Estaban arregladas pero raras, sobre todo María. Su hermana María no se había adaptado del todo a la casa nueva y para limpiar se ponía un pañuelo en la cabeza, se lo ataba con un moño a la altura de la oreja y no se sabía si era una capota o un pañuelo. Para limpiar se ponía un vestido hecho trizas y no quería desprenderse de él: limpiaba con los labios metidos hacia dentro, en un gesto que deformaba su boca, como si ésta, en vez de ser un medio de comunicación hacia afuera, le mandara mensajes internos a su cabeza. La madre estaba casi siempre en la cocina como si fuese ése el único sitio que pudiese entender y gobernar, o con los pollos. Cuando iba al comedor —sólo para

atender a la visita— enfrentaba bien la situación del comedor, pero debían recordarle que se sacara el delantal para ir allá, que era como ir a la China. Ella se fastidiaba porque quería volver a la cocina: sacarse el delantal, ponerse el delantal, saludar, tome una copita de oporto, sí, no, se la ve más gorda, que no, muchas gracias, tute, muse, muse, musaie. Cuando María, con mucha cortesía, ofrecía a la visita otra copita de oporto, que sí, que no, la madre decía «permiso» porque ya sabía lo que estaba ocurriendo: los pollos hacía media hora que piaban, y sacaban los cogotes por el enrejado del gallinero; éste estaba tan lejos que cuando llovía había que ir con un paraguas para no mojarse: en la otra casa había que ir con paraguas al baño para no mojarse: ahora el gallinero, siempre igual en la vida. El que estaba siempre contento era Atilio, pero su alegría era injustificada según Domingo: se gastaba todo lo que ganaba y si no lo gastaba, lo regalaba. Y no guardaba plata en el Banco, la guardaba en una caja, sin discriminar, monedas, pesos, dinero grande. Domingo pensaba que por más que Atilio trabajara y no diera lugar a quejas, algo le debería fallar a alguien que pone el dinero en una caja abierta, a alguien que nunca sabe cuánto tiene. Muchas veces le dijo que pusiera el dinero en el Banco, pero Atilio decía que le dolían los pies. Estas explicaciones le sonaban a algo peor. Domingo pensaba que a nadie pueden dolerle los pies. ¿Cómo alguien va a caminar con los pies, la base, digamos, mal? Si algo está mal de raíz hay que curarlo, cambiarlo o exterminarlo.

Entonces la madre debía conciliar a los hijos, a los pollos y lo peor de todo, aguantar a la visita cuando no había más remedio.

El padre se había quedado en la casa vieja para cuidar a los caballos. Él era cochero y Domingo dijo que en la casa nueva no cabía el coche, porque él iba a comprar un auto. ¡Un auto, cuando en todo Moreno había tres autos, nomás! El padre objetó mucho tanta pretensión porque pensaba que cuando más alto uno vuela, más pronto uno cae. Domingo pensaba otra cosa: que los caballos traen bosta, se pueden soltar si están mal atados y no van a ir corriendo por el patio de los azulejos como si fuera pista de carreras, como efectivamente sucedió con un potrillo que le regalaron a Atilio: lo ató mal, de noche se desató y entró a galopar tanto por el patio

que el ruido se parecía al de todo un escuadrón de caballería. Y eso él lo había previsto, pero en el reino de la dejadez… La madre tenía otra idea: tanto pasto que crecía en el jardín —había un jardín con palmeras y todo —, tanto pasto se tiraba inútilmente y hubiera servido para alimentar a dos o tres caballos. Pero ella había aprendido a guardar esas ideas delante de Domingo: finalmente no tuvo más ideas de ese tipo porque eran inútiles en la casa nueva. Tampoco tenía ninguna idea sobre el jardín, ni le iba ni le venía: lo único que le gustaba del jardín era juntar duraznos cuando se le daba la gana: los ponía en el delantal, eso debía ser fuera de la vista de Domingo, porque le decía:

—Para algo se inventaron las canastas.

De modo que juntar duraznos en el delantal o remojarse los pies con agua y sal en una palangana eran cosas que debían hacerse fuera de la vista de Domingo. Cuando se le fueron todas las ideas que le parecían a ella perfectamente posibles pero dada la nueva casa no se podían aplicar, empezó a esconder cosas: frascos de dulce vacíos para el futuro, zapatos viejos por si llegase la guerra universal, trapos de buena calidad o diseño. Domingo ignoraba todo esto, así como también que cuando venía el padre de visita —y ahora era eso, una visita— ella mataba un pollo personalmente revoleándole el cogote, lo pelaba y se lo daba al padre para que lo llevara: porque al padre no le gustaba matar pollos ni ninguna criatura viviente y Domingo ni sabía cuántos pollos había: él se encargaba de cosas importantes, era jefe de tráfico del ferrocarril inglés, dirigía el movimiento de los trenes. De los ingleses había aprendido el horario, la disciplina y el buen vestir. También lo había disciplinado mucho Ramondi, un tío segundo que se hizo médico en base a sacrificios. Ramondi tenía dos hijas mujeres y no las dejaba salir de su casa ni que anduvieran con las mangas cortas, no fuera a ser que provocaran a cualquier infeliz. Ramondi estudiaba hasta altas horas de la noche y perseguía a las cucarachas personalmente. Justamente cuando Domingo contrató a una mujer para lavar ropa en la casa, Ramondi le pidió que María fuera un poco a su casa para acompañar a las hijas, zurcir medias, en fin, tareas muy difusas. Domingo pensó que la cercanía de las hijas de Ramondi haría bien a María porque así ella podría copiar esos guardapolvos tan higiénicos que se

ponían para limpiar y esas gorras que le tomaban todo el cabello y sobre todo esos modales tan seguros y definidos. Pensaba que lo que le faltaba a María era resolución. Pero si bien le faltaba definición, había algo de lo cual María estaba absolutamente segura: no quería ir a zurcir medias a lo de Ramondi. Hubiera querido ser modista de alta costura, pero tenía algunas vacilaciones. Le decía a su madre:

—Las rayas a lo ancho hacen más gorda, a lo largo encarcelan el cuerpo. Las flores si son grandes se notan mucho y si son chicas se pierden en el cuerpo, quedan como una nada. Lo mejor sería rayas atravesadas, pero no las vi en la tienda.

Cuando la madre se cansó de oír hablar de vestidos de dudosa fabricación, le dijo:

—Las rayas son rayas y las flores, flores. Te lo van a fabricar a medida, tute muse, muse, musaie.

A la madre le parecía conveniente que María se fuese un poco a lo de Ramondi, así descansaba de esas conversaciones sobre costura que no conducían a nada. Las pocas veces que María fabricó algún vestido —que era como el parto de los montes— salía un producto complicado, con dibujos que eludían las flores, las rayas, tampoco era lisa la tela, ni se sabía bien lo que era. Se lo probaba y se mostraba a la madre.

La última vez la madre le dijo:

—¡Tanto tiempo para eso! ¡Santa Madonna!

Y María se fue a llorar a su pieza.

No, no iba a ir a lo de Ramondi, no quería ponerse el guardapolvo ni la gorra de ellas, no quería zurcir medias, no iba a ser sirvienta de nadie.

Una mañana Domingo encontró sobre la mesa de luz de Atilio un volante. Arriba estaba escrito «Unión Cívica Radical» y debajo «Adelante, radicales, unidos venceremos». Cuando lo vio, le preguntó con sorna:

—¿Y eso?

Atilio defendió al partido radical: habló de la dignidad de las personas y del fraude de los conservadores, que lo sacaba de quicio. Atilio comía cualquier cosa, le daban un zapato hervido y era capaz de decir que era rico, era el único que aprobaba los vestidos que se hizo María y jamás

peleaba ni se calentaba por nada, pero no podía tolerar el fraude de los conservadores. Le dijo a Domingo que había ido a una manifestación: de ahí trajo el volante. Domingo le dijo:

—Para eso no te duelen los pies.

Ahí saltó y contestó que estaba en todo de acuerdo con el partido radical, porque radical se nace así como él había nacido vaya a saberse qué, él iba a ser radical hasta la muerte, no podía ser otra cosa.

—Partido de empleaduchos… —dijo Domingo.

Atilio dijo que nunca más iba a hablar de política con él, sería para mal y justamente ese modo de hablar, «empleaduchos», era no respetar la dignidad humana.

El líder del partido radical era el doctor Yrigoyen. Lo llamaban don Hipólito, el doctor, y sus adversarios «el Peludo» porque rara vez salía de su casa para mostrarse en público. Se mudaba a distintas casas, como si se escondiera y cuando hablaba usaba un lenguaje complicado, decía «Las efectividades conducentes» o «La sujeción de la patria a intereses foráneos». Lo notable era que a la gente le encantaba lo que decía: todos parecían entenderlo.

Teresa conoció a Domingo en lo de Ramondi; ella era prima segunda pero de la otra rama de la familia. Ella sí sabía coser bien, de vez en cuando le hacía un vestido a las señoritas Ramondi, pero como una excepción, un favor. Como Teresa trabajaba en la tienda Gath y Chaves, ella les llevaba de la tienda vestidos a domicilio para que se probaran las Ramondi; el padre no quería que anduviesen probándose vestidos por ahí. Al principio pusieron objeciones en la tienda en cuanto a sacar vestidos para probar a domicilio —era una tienda grande, con normas firmes— pero como los vestidos que elegían las señoritas Ramondi tenían poca salida, eran de mangas muy largas, cuellos altos y corte monacal, finalmente accedieron a que Teresa los llevase a domicilio. Teresa tenía su empleo, vestía bien, sabía hacer hermosos paquetes. ¡Pero cuántas humillaciones debía aguantar en la vida! Por empezar era huérfana y vivía con su tía y su primo Adolfo. Su tía había tenido a Adolfo de grande y le permitía que se subiera a la parra todo el día. Ella no podía llevar a sus compañeras de trabajo a su

casa, bah, a la casa de su tía donde estaba Adolfo eternamente subido a la parra y además esa señora, por suerte para ella pero no para Teresa, nunca se daba cuenta de nada. Su tía llevaba un rodete alto que terminaba en punta como un merengue y le decía disparates a la gente. Decía: «Usté antes era más fea y ahora está mejor, ¿qué hizo?». O si no, a una persona adulta: «Ahora lo veo más alto que antes». La tía no reconocía con facilidad a las personas, pero cuando lo hacía, la invadía una especie de felicidad exagerada como si hubiera estado pensando permanentemente en esa persona, pero al mismo tiempo como si esa persona se hubiese convertido en otra. La casa de su tía era un descajete y cuando Teresa volvía rendida de cansancio por tanto trabajo, ella con mucho cariño, eso sí, le servía una sopa que parecía hecha de hojas de parra y una carne que parecía de cuis cazado por Adolfo. Por lo tanto ella quería casarse cuanto antes no sólo para ser una señora y no soportar más humillaciones, sino para aplicar algunas ideas que había adquirido sobre la vida, algunas de ellas aprendidas del viejo Ramondi. Éstas eran: 1) La alimentación de los niños debe ser sana, sencilla e higiénica. 2) En verano se deben llevar ropas de color claro, para refractar los rayos del sol. 3) Las gentes que se burlan de los demás son incultos, ignorantes y no tienen compostura. Fue por la compostura de ella que a Domingo le interesó: iba siempre arreglada, era reservada y prudente. Como ella no quería llevar a su casa a ese hombre tan bien vestido, tan importante, quedaron en almorzar en la confitería del Once, en presencia de María.

Convencer a María para que fuera a almorzar a la confitería del Once desempeñando el papel de hermana del novio fue ardua tarea para Domingo. Cuando la convenció —y ya era trabajo grande para María, que nunca había almorzado fuera de su casa— vinieron los consejos de cómo debía comportarse delante de la que si Dios quiere sería su novia: debía ser sencilla, sin parecer una simple, simpática con prudencia y de postre que no pida manzana, porque hay que saber cortarla. A ella le gustaba mucho la conversación de Domingo porque él sabía desenvolverse en todo. ¡Qué conversación instructiva! Pero cuando Domingo se fue, se dio cuenta de que tenía que ir más o menos a Marte y no se consideraba preparada para eso. Sacó los cuatro vestidos que tenía y los puso sobre la cama: los

miró largamente metiendo los labios hacia adentro y consideró que el de color natural estaría bien si tuviese las rayas del marrón y por otro lado, la parte de arriba del celeste pegaba justamente con la falda del azul. ¿Y si ella se animara a cortar todos los vestidos y combinarlos mejor, haciendo otros espléndidos, perfectos? Cuando estaba diciendo en voz baja «No, no» apareció la madre y dijo:

—¿Dónde estabas?

Ella dijo:

—No tengo vestido para ir.

—No falta vestido, falta la testa —dijo la madre.

Cuando llegó Domingo, la madre dijo:

—Ma sí, comprale una yaca de oro. La túnica de Santa Margherita.

El vestido que le compró Domingo le quedaba bien en cuanto al tamaño: pero a ella esa tela le picaba, le producía una extraña picazón en el cuerpo y además tenía como un dibujo sobreimpreso que no se sabía si era dibujado o estampado, pero que la mareaba un poco. Cuando Domingo vio que María no estaba convencida, le dijo a la madre:

—¿Vos no vendrías, mamá?

—No, no, que vaya María.

Y María tuvo que ir.

La confitería del Once era algo tan magnífico, tan enorme, que no podía ser comprendida de un solo golpe de vista. Así la vio María cuando entró llevada por la corriente de gente que iba y venía por el Once —uno podría ser llevado por esa corriente de gente a cualquier lado y podía perderse para siempre, porque la confitería, en vez de ser un refugio, era otro perdedero—. Había arañas con caireles; en la casa de María había una, pero ahí había quinientas. Y eran más grandes, con más caireles y todas iguales. Porque en la casa tenían lámparas distintas en cada pieza, pero acá las pondrían a todas iguales para que la gente no protestara por estar debajo de una araña más fea. No estaban prendidas pero encandilaban igual por el reflejo del sol. Los mozos iban vestidos con uniforme y eran tantos que María pensó en cómo sabrían ellos a qué mesa debían ir y también cuál era el mozo que correspondía a la mesa de ellos. Las mesas

también estaban arregladas de modo idéntico, con el cuchillo y el tenedor tan parejos junto al plato que parecían a punto de moverse solos y empezar a cortar la comida automáticamente. La novia de Domingo vino enseguida: claro, ella no se perdía por su gran estatura. Iba vestida de azul y parecía un poco cabrera. Domingo le dijo:

—Mi hermana.

Y María, con su mejor tono cortés, le dijo:

—Yo soy la hermanita.

Teresa no pareció descabrearse con la presentación y prácticamente después de eso, María no dijo otra cosa: estaba lejos de ellos en la mesa, su conversación no le llegaba. Los dos eran imponentes de altos y hablaban con mucha seriedad, sin mirar las arañas ni los mozos ni la mesa. De todos modos María tenía tantas cosas en qué ocuparse para pensar, que una vez superada la primera tentación de salir volando, ese lugar encerraba mucha enseñanza. Por empezar, los mozos que estaban vestidos todos iguales eran similares a la sirvienta de Ramondi, que llevaba un sobretodo de seda cruda y una cofia para la higiene del pelo, que a la vez era similar a la que usaban las señoritas Ramondi. Por lo cual, tanto los mozos como la sirvienta de los Ramondi tenían como un sello de la casa, mientras que Vicenta, la que iba a lavar la ropa a casa de ellos, no llevaba uniforme; hubiera sido como ponerle uniforme a un caballo. Además Vicenta se manejaba por su cuenta, tuteaba y eso no era elegante. Era tal la cantidad de mozos que había en esa confitería que tardó media hora en descubrir a uno con callos plantales y eso le planteaba una gran perplejidad: en medio de la perfección, una imperfección. Una imperfección amenazante, porque en cualquier momento podía venir alguien a sancionar al mozo con callos y también a ella porque tenía las manos demasiado chicas y gordas: por eso no las ponía sobre la mesa, las escondía en la falda. Los novios no comieron casi nada y María consideró que ella también debía comer casi nada: así debía ser: todos iguales. Los novios parecían tratar un tema arduo, trabajoso, de vez en cuando se producía un silencio. En uno de ellos María le dijo a Teresa:

—¿Quiere un poquito de lo mío?

—No —dijo Teresa.

—Tome un poquito de lo mío, es suficiente para mí.

Le gustó emplear la palabra «suficiente», le parecía delicada.

Teresa le dijo:

—Francamente, no.

Era un «francamente» rotundo, no daba lugar a María para el despliegue de cortesía. En su casa ella repetía la pregunta dos y tres veces a la visita, muchas veces la visita se negaba y a la tercera o cuarta vez le decían: «Si insiste…». Le impresionó tanto el tono de voz con que decía «francamente» que hasta mucho tiempo después, cuando pensaba en ella, no la nombraba «Teresa» sino «francamente». En otro momento quiso intervenir en la conversación, quería decir: «Qué hermosas arañas con caireles». Se dio cuenta, por la cara de los dos, de que no debía decir eso. Quería decir la palabra «caireles» y que ellos supieran algo: ella no era ninguna tonta; conocía sus palabras.

Cuando Domingo hizo gesto de levantarse, María dijo:

—Debo volver a mis quehaceres.

Sí, la confitería del Once era de mucha enseñanza, pero no iba a volver nunca más.

No bien Domingo decidió que Teresa era una mujer interesante y que coincidía en varios puntos con ella, decidió llevarla a su casa como novia oficial y casarse. Hablaban de la educación de los hijos, de lo maleducados que están algunos chicos porque sus padres no tienen normas ni esmero. No particularizaban con casos conocidos, ni siquiera Teresa se permitía hablar de sus clientas de la tienda, no fuera a ser que la tomara por una mujer proclive al chisme y a la haraganería, que siempre van juntos. Después de todas estas conversaciones se producía un silencio; era el momento en que Domingo proponía cercanía y casamiento. Domingo pensaba que la reserva de ella se debía a algún misterio o tristeza: él lo iba a develar y también iba a despejar la tristeza con el tiempo. También hablaban de cosas tales como «la libertad de uno termina donde empieza la del otro», y fue durante esa conversación cuando Domingo dijo:

—Yo te voy a decir ahora cómo soy yo. Tolero cualquier cosa menos una.

Y ella no se atrevió a preguntar a ese hombre tan importante que le había caído en suerte como novio qué cosa era. Él mismo lo dijo:

—Que me seas infiel.

Entonces le recomendó, dado que ella no quería llevarlo a la casa de su tía, por lo que fuere —él respetaba la libertad de ella—, le recomendó que trajera a su tía a Moreno para el encuentro con su madre. Para el viaje, le sugería llevar un libro o una revista: iría mirando la revista y no por todo el vagón que seguramente estaría lleno de hombres groseros y maleducados. Teresa no estaba muy entusiasmada con la idea de llevar a su tía a Moreno, ni la revista, pero ante la insistencia de él, las llevó.

Cuando llegaron, en la casa estaban Atilio y su amigo Rodolfo. Atilio se presentó y dijo:

—Éste es Rodolfo.

Tenían un aire parecido, como de primos. La tía dijo:

—¿Usté era Atilio, no?

—No, Rodolfo.

—¡Ah, póngase al lado así veo bien!

Se pusieron uno al lado del otro, pero después invertían los lugares para marearla. La tía decía:

—¡Ah! Ahora no sé.

Su ignorancia no le producía ningún fastidio ni tampoco el juego de ellos, como si la realidad apareciera tan cambiante que fuera posible aceptar cualquier regla de juego.

Atilio le dijo:

—¿Puedo llamarla tía? ¿Le gusta tía Copeta?

—¡Pero qué muchacho!

Y la tía Copeta empezó a contar la historia de Adolfo que no quería bajar de la parra, cuanto más ella le rogaba, él más arriba subía. Entonces Atilio le decía:

—Claro, usted lo llamaba.

Y la tía decía:

—Y él no bajaba.

Y Atilio le daba pie para que ella repitiera la historia de mil maneras y desde donde estaban María, Teresa y la madre se oían las risas y los gritos

de «tía Copeta, tía Copeta». Ya la madre no sabía qué decirle a Teresa que contestaba solamente con monosílabos, aunque también dijo una palabra que María cazó al vuelo: «justamente». Ahora ella era «francamente» y «justamente». Cuando Teresa oyó todo ese jolgorio se retrajo más y aún más cuando María, por decir algo, aportó:

—Es lindo un poco de alegría, ¿no le parece?

—Francamente —dijo como si fuera a continuar y ahí quedó.

Teresa pensó que eso no iba a quedar ahí: le iba a decir a él que se burlaban de su tía: no lo soportaría. Ellos serían ricos, pero no por eso tenían derecho a todo: la educación ante todo. Ella sería pobre, pero educada, comprensiva pero no tonta. ¡Qué humillación! Se puede ser rico; pero sin educación, es de lo peor que hay.

Cuando la madre desechó la idea de mostrarle el gallinero a Teresa —no parecía en ese momento dispuesta a ver nada y menos un gallinero— por suerte apareció Domingo y le mostró la casa a ella. La madre quería rescatar a la tía Copeta de los muchachos, a lo mejor se aburría; pero no, no se aburría para nada, igual la tía Copeta vino muy cariñosa a decirle a la madre por qué no hablaban un poco en italiano. Ella, que había olvidado hablar en italiano le dijo que sí, cómo no. Además la tía Copeta era de otra región y la madre se hacía la que entendía para terminarla de una vez, finíshela. De todos modos no le cayó mal la tía Copeta, le juntó duraznos y ciruelas para que se lleve, gesto que le encantó a la tía pero no a Teresa: hacer un viaje con semejante cargamento. La tía Copeta nunca entendió los fundamentos de Teresa, nunca sabía lo que podría llegar a molestarla, insistía como los chicos con sus deseos, pero bien pronto los olvidaba en nombre de la paz. Para justificar la negativa de Teresa a llevarse la fruta, le dijo a la madre:

—Ella es huérfana de padre y madre.

Esa explicación le sonó como un tiro a Teresa, de momento no dijo nada. La tía Copeta prometió volver y todos estaban encantados de que así fuera. Teresa pensó que si su tía volvía, ella no volvería nunca más a esa casa. Y en vez de decirle a Domingo todo lo pensado sobre la riqueza y la educación, en el viaje de vuelta le dijo tantas cosas diversas a su tía sobre el peinado, el exceso de confianza y la compostura, que no hubieran

podido ser asimiladas ni siquiera por una persona mucho más avisada que la tía Copeta. Ésta le dijo, consternada:

—¿Y qué hice, ahora?

Viendo que todo era imposible, Teresa optó por callarse; era un silencio pesado; la tía sabía que estaba enojada con ella, no sabía por qué: quería amigarse. Por eso, cuando vio un caballo comiendo pasto desde la ventanilla, le dijo:

—¡Mirá qué lindo caballito, Teresa!

Fue para peor. Su tía lo atribuyó al viaje en tren; hay gente que se siente mal en el tren: se marean, se indisponen. Al bajar, todo se iría a componer.

Un día apareció Domingo con el auto y lo puso en el garaje. A la madre le pareció un animal muerto que además se descompone y se ensucia; al segundo día hubo que llamar al mecánico; tirado boca abajo, en una posición muy incómoda, trataba de ver qué le pasaba al adefesio. Domingo lo limpió, transpiraba. Cuando el auto estuvo a punto y limpio, dijo:

—Ahora vamos a dar una vuelta.

La madre iba en realidad para conformarlo a él, se iba con el delantal de cocina puesto, así finíshela pronto. Él le dijo:

—Mamá, por favor, el delantal.

Sacarse el delantal, ponerse el delantal, cuánta carga.

Después María no quería ir adelante: entonces la madre adelante. Él estaba muy contento con la madre al lado y el paseo era lindo en realidad: llegaron hasta donde había quintas, huertas, árboles. Pero una vez que María se ubicó atrás, se sintió arrinconada, como si la hubiesen dejado de lado y ella misma se arrinconó más aún, estaba muy callada en un huequito. La madre le dijo:

—Aspira el aire, María.

Como María no contestó y no parecía dispuesta a respirar el aire, le dijo:

—¿Qué pasa ahora?

—Me viene el reflejo del sol. Me encandila.

—¿Querés adelante? —dijo Domingo.

—No, no, adelante no.

La madre se juró a sí misma que ese camino lo iba a hacer a pie y sola, «Da mi sola» se decía, caminando para ver el campo sembrado, la huerta, sin esa giloia de hija que remanía y remanía todas las cosas. Domingo estaba tan contento que no se daba cuenta de nada: tenía una novia y un auto: el próximo paseo era para ella. Propuso que un feriado fueran otra vez con una canasta, para comer bajo los árboles. Cuando volvieron estaba el padre esperándolos, sentado en su carro. A su lado iba el perro Milonga. Domingo le dijo:

—¿Papá, querés dar una vuelta?

Y el padre le dijo:

—Cuando vos te des una vuelta en carro.

Nunca lo pudo comprender a ese viejo. Él estaba contento, dispuesto a llevarlo con perro y todo, ya había comprado un pulguicida para ese perro —no es cuestión de llenarse de pulgas— pero ese viejo se complacía en aguarlo todo. ¿Por qué hay que volver al carro? ¿Acaso no es mejor un auto y prueba está que cada vez hay menos carros y mucha gente desea comprarse un auto? ¿Cómo entender esos refranes del padre? Siempre tenía un refrán para cada ocasión, siempre hablando de las golondrinas, de los chanchos, del idiota del pueblo que la madre lo precavió de las malas mujeres. ¿Por qué siempre hablaba de animales o de tontos del pueblo, no podía pensar en algo más estimulante? La gente necesitaba normas, no refranes, algunas leyes para gobernarse, para aprender algo nuevo. Cuando el padre decía un refrán se tocaba el ojo, como si eso significara algo. Por un momento lo vio viejo, desvalido y solo, estuvo a punto de insistir para que paseara en auto: al instante pensó con fastidio que el padre hablaba y hablaba pero nunca resolvía nada. Entonces le dijo:

—Como quieras, papá.

Para la fiesta de casamiento había que poner la casa en orden y hacer una limpieza general. No, la madre no iba a cocinar: se iba a comprar todo en la confitería del Once. Era conveniente que la lavandera, Vicenta, ayudara a María: él no quería tener una hermana fregona. Si era lindo día, la fiesta se haría en el jardín pero aunque lejanos, estaban los pollos que con su

largo cogote desmejoraban el paisaje. ¿No se podrían plantar unos arbustos o cualquier vegetación junto al cerco del gallinero? Para cortar el pasto y podar los árboles se llamaría a Adán, el jardinero. La madre veía algunos problemas: Vicenta sabía lavar la ropa. Pero no parecía saber limpiar la casa: es más, más bien sabía ensuciarla con sus grandes zapatillas llenas de barro; ella pateaba cualquier cosa mientras caminaba: nunca miraba por dónde iba. Y arbustos tampoco —pensó la madre— porque el viejo Adán punteaba arrodillado, no era él de traer árboles de otro lado ni sabría de dónde sacarlos: él iba con una enorme bolsa, una pala y una vez que se pegaba a la tierra no hablaba con nadie ni escucharía eso de los arbustos: él sabía hacer siempre lo mismo y por más que lo llamaran, no contestaba: nunca supo si era sordo, terco como una mula o las dos cosas. En cuanto a María, no quería que Vicenta la ayudara a hacer la limpieza general porque ése era su trabajo; limpieza general para casamiento es un trabajo importante, que no le sacaran el lugar, como ella decía, «donde me desempeño». Además quería vestirse para limpieza general. Eso del desempeño de María era relativo, porque ella debajo de las camas no limpiaba: le daba impresión. Una noche no pudo dormir porque sentía que había víboras debajo de la cama y consideró que era más prudente esperar la madrugada y no ir a constatar si estaban ahí o no. Cuando supo que no iría a cocinar, la madre se puso a rezar: sentada en la cama desparramaba las estampas como para solitario y ahí estaba lo más bien, tranquila, en comunicación con los santos, que no pelean, no inventan novedades y uno puede recurrir a ellos cuantas veces quiera. Ahí estaban Úrsula, patrona de los caminantes, Santa Lucía, afectada a los ciegos, San Antonio, que ayuda a buscar el plumero y el delantal cuando se pierden, San Isidro, patrón de los labradores —ella lo llamaba San Sidro —, San Blas, patrón de los novios. A San Blas debía interrogarlo un poco, para ver qué pasaba con los novios: no veía claro, parecía un casamiento apurado pero no de apuro porque Teresa no tenía cara de estar embarazada: tenía una cara para ser desenjetada, no recordaba ella que hubiera un santo apropiado para desenjetar caras; tampoco los santos pueden ocuparse de todo.

Atilio contribuyó a su manera a la limpieza general. Apareció una tarde con su amigo Rodolfo y entre los dos limpiaron el cuartito del fondo; sacaron diarios, trozos de madera y allí guardaron en una gran caja unos volantes de la Unión Cívica Radical. Nadie sabía que estuvieran ahí: nadie entraba al cuartito del fondo. Adán punteó todo el jardín, con cara de luchar contra demonios externos e internos, sin pedir ni siquiera un vaso de agua, Vicenta se ofendió porque no fue convocada para la limpieza general y no vino más. María plumereaba detenidamente cuanta cosa veía, el perro de porcelana, una cajita que nunca se abría ni guardaba nada y cuando llegaba a la imagen de un santo, no sabía bien por dónde pasarle el plumero y si eso debía hacerse o no. Además esa imagen la intrigaba: lo cambiaba de frente y de perfil varias veces: de frente el santo tenía un flequillo que contrastaba con el pelo corto en la parte de atrás y le quedaba la nuca muy rabona. Hubiera querido modificarlo, cortarle el flequillo y que tuviera la nuca más cubierta. Se detenía un tiempo dándolo vuelta: ese aspecto inmodificable del santo le producía perplejidad y desconcierto.

Ni el padre ni la madre pudieron ser padrinos. La madre directamente no quiso, había que caminar un trecho largo en la iglesia y a ella le dolían los pies. Realmente no le gustaba ser madrina: que su hijo comprendiera. En cuanto al padre no se lo encontró porque había llevado viajeros en el coche a un lugar alejado y en la iglesia pedían ya el nombre de los padrinos. Se decidió que la madrina iba a ser María y el padrino, Ramondi. Teresa tampoco quería a su tía Copeta por madrina, ella no se ofendió porque no conocía la etiqueta de los padrinos y aunque la hubiera conocido no se hubiera ofendido: no lo hacía nunca. Domingo consideró a Atilio demasiado joven para padrino. Atilio sí conocía la etiqueta de los padrinos y pensó que Domingo podía haber esperado un poco más al padre, y a él le correspondía.

Atilio se entendía con el padre sin hablar y hablando en italiano, en dialectos y también en castellano. Cuando estaba Atilio, el perro Milonga pastoreaba a gusto y él ayudaba a la madre a juntar duraznos, así los llevaba el padre a su casa, y robaba botellas de vino y latas que le regalaban a su hermano los clientes del ferrocarril.

María estaba muy preocupada por el papel de madrina: en primer lugar todos la iban a mirar y no podía dar un solo paso en falso, caería al suelo con el vestido largo. En los catálogos venía vestido largo para la madrina. No, ella sería madrina pero de vestido corto porque aparte no le gustaba el vestido de madrina, era como de persona mayor. Tampoco le gustaba la palabra «madrina». Una vez la madre la oyó decir en voz baja:

—Y la madrrina, la madrrina, y el padrrino —acentuando la «r» con rabia.

El padrino era otro tema de preocupación: ella tenía terror al viejo Ramondi, como si cuando en la ceremonia tuvieran que ir del brazo, el viejo la fuera a pellizcar, o a contaminar o a poner una inyección. No quería ir del brazo con el viejo Ramondi, aparte se está expuesto a un desmayo súbito, a llorar y olvidarse del pañuelo o a tener enormes ganas de irse y plantar todo en plena ceremonia. El viejo Ramondi aceptó encantado: ese muchacho valía oro y bien se lo merecía.

Iba a ser una fiesta familiar, nomás. Iban a venir la tía Carolina, su marido y Emma, la hija, con su nena. La tía Carolina era la hermana menor del padre y con Carolina el padre tenía una vieja historia: los abuelos prefirieron siempre a Carolina antes que a él y a otro hermano que se suicidó. Y ese hermano se suicidó porque trabajaba para el marido de Carolina, que desde joven era un cacique inmundo chupasangre. El hermano suicida le trabajaba el campo a su cuñado y éste no le pagaba y además se burlaba. Ese muchacho vivía desesperado y no quería irse de ese trabajo hasta que el cacique no le pagara y a medida que pasaba el tiempo, decía cada vez más a menudo que si su vida seguía así, él se iba a suicidar. Finalmente lo hizo, pero no murió enseguida: el padre lo asistió durante toda la agonía: lloraba y decía que estaba tan arrepentido de haberse querido suicidar. El padre se quedó tan impresionado al ver todo eso, que enfermó del corazón. A su hermana Carolina no la visitaba: la saludaba sólo cuando la encontraba en lo de la madre. El cacique le permitía a Carolina ir solamente a lo de su cuñada. Carolina fue hermosa de toda hermosura desde joven y seguía siéndolo de grande, con su mirada ausente, tan callada. Cuando de joven el cacique le permitía pasear por el enorme huerto que tenían —pocas veces— la gente que la veía desde lejos

creía que se trataba de una aparición. Cuando ya de grande, Carolina iba a visitar a la madre, la madre, que nunca le preguntó nada de su vida ni ella contaba, sabía por su cara si él la había maltratado. Le daba entonces la mejor silla, el mejor lugar, un pañuelo para el sol, un refresco y Carolina aceptaba todo con una vocecita suave. Pero el padre no veía ninguna bondad ni valores en su hermana Carolina: de algún modo la consideraba vinculada al cacique chupasangre y la culpaba por haberse casado con ese inmundo petiso, ruina total de su hermano y también ruina de él: nunca pudo encontrar trabajos mejores desde que fue cardíaco. Y también pensaba que sólo por dinero Carolina pudo aceptar a esa inmundicia de hombre. La madre, que trataba más a Carolina, sabía que no, a Carolina no le importaba el dinero, es más: no le importaba nada, pero le gustaba, sin decirlo, descasar junto a su cuñada. Añoraba siempre ir a su casa y sentarse junto a la higuera.

Cubriendo el jardín punteado por Adán pusieron un toldo. Había vino, refresco, *champagne*, sándwiches, masas, torta de casamiento, pollo y pavo. Atilio, su amigo Rodolfo, la modista y Emma se sentaron frente a una mesita. Emma estaba casada y tenía una nena de seis años, pero era joven igual. Emma era linda, pero ni comparación con la tía Carolina. No, bellezas eran las de antes, pensaba la madre. La tía Copeta trajo a Adolfo, éste la volvió loca en el tren: abría y cerraba las ventanillas, ponía los pies en el asiento de enfrente y otras hierbas. No bien llegó a la fiesta le desató el lazo del vestido y el moño a la nena de Emma. Después se fue a correr por ahí, solo, más allá del toldo, con total autonomía. Despertó a los pollos, encontró un sapo en el jardín y lo estaba trayendo; Domingo lo vio venir y le dijo que si lo traía, lo fajaba. No había parra en esa casa; trepó a los frutales, todo eso siempre más allá del toldo. La tía Copeta pensaba que Adolfo se estaba portando muy bien: ella estaba con la madre y la tía Carolina, las mayores. La madre hacía esfuerzos por retener a la tía Copeta con los mayores, porque ella quería ir a la mesa de los jóvenes, y no fuera a empezar con los chistes Atilio: después Domingo iba a improverar, pensaba ella. Pero la tía Copeta y Carolina no pegaban mucho entre sí; Carolina era tan callada, lejana y apacible que menos mal que Copeta

hacía todo el gasto de la conversación. La madre estaba cansada, ¿qué decía Copeta? Tute muse, muse, musaie, cosas sin pies ni cabeza. Primero la madre puso empeño en ver adónde quería ir ella con esa conversación, cuando decidió que no iba a ningún lado, nada práctico digamos ni tampoco ninguna sabiduría religiosa ni medicinal, la dejó correr como agua de manantial: por lo pronto, ahí estaba sujeta. Tenía otras cosas en qué pensar, mientras Copeta hablaba de unas profecías; por ejemplo, vigilar que el padre no tome mucho vino. El padre estaba con Ramondi y el cacique de Carolina; él los odiaba a los dos, sobre todo al cacique. Cuando ella viera que algo pasaba de castaño oscuro, alguna palabra fuerte, iba a traer al padre con ellas. La madre le llevó una vianda a Adolfo, que estaba de momento lo más tranquilo en el suelo juntando lombrices, en la oscuridad: era mejor que la nena de Emma se quedase un poco con ella o con la madre, al reparo, no fuera a ser que Adolfo le tirase las lombrices en su hermoso vestido nuevo. María no sabía dónde colocarse y andaba un poquito por todos lados, con las mayores —pero ella no era mayor del todo—, con los jóvenes, pero ella era más grande que ellos y además madrina, que es un cargo honorífico pero pesado. Cuando le empezó a pesar el cargo honorífico se sacó el vestido de madrina y se puso otro cualquiera. Mientras se cambiaba de ropa pensó que todo iba a ser distinto con el vestido nuevo, pero igual después iba de un grupo a otro, hablaba con la nena de Emma, pero la nena se iba enseguida. Y además Emma tenía la misma edad suya y ya estaba casada, tenía una hija. Ella no tenía novio, había echado al único novio posible: ahora hubiera querido tener un novio para la fiesta, sólo para la fiesta y después lo echaba.

Cuando Domingo se ponía a hablar con Ramondi y el cacique de Carolina, eran tres potencias: los tres bien vestidos, con su reloj de bolsillo. El padre no era una potencia; parecía vencido y miraba tristemente al cacique de Carolina pensando en cómo era posible que ese enano maldito estuviese ahí comiendo, bebiendo y hablando, él, que hizo suicidar a su pobre hermano. El padre había tomado un poco de vino; la madre lo hizo ir con ellas. Por suerte el padre y la tía Copeta se entendieron muy bien mientras Carolina, quieta y apacible, miraba en

lontananza. Ahí aprovechó la madre para sentarse un poco con la novia y auscultarla. Le dijo:

—Asiéntate, ¿estás cansada?

—Francamente, sí —dijo Teresa y no añadió más.

Si su tía Copeta hablaba hasta por los codos, a ésta no se le sacaba tema posible. No —pensó la madre— no encajan las cosas en este mundo, están los que hablan sin parar y otros, nada. No están los que dicen lo justo; por eso no veía la hora de que terminara la fiesta para irse a hablar con los santos: ellos sí la entendían, podía entablar con ellos largas conversaciones. Pero aunque ya cabeceaba, no debía dormirse: Ramondi estaba hablando de política con Domingo y el cacique. Hablaban contra las turbas ignorantes y el cacique hablaba de la justicia y de los que habría que justiciar. No fuera a ser —pensaba la madre— que Atilio se levantara a contestarles, porque Ramondi estaba levantando la voz: después la madre decidió que Atilio no se levantaría; se podía acostar un ratito. Atilio no se iba a levantar porque estaba charlando con dos mujeres: su prima Emma y la modista. Cuando estaba con mujeres se olvidaba de todo; a él venían a buscarlo novias distintas y él a veces se olvidaba de haberlas convocado, porque siempre le interesaba la presente, pero si las veía, le gustaban también las anteriores y las suplentes. La madre se recostó un ratito y la modista ligó con Rodolfo, el amigo de Atilio.

A la mañana siguiente quedaron huellas de los invitados: colillas de toscano que fumaba el padre, una pulsera fresca y cantarina que se olvidó la modista —María pensó que para conseguir un producto así había que cruzar el océano—, un pañuelo que usaba la tía Copeta para cubrirse las arrugas del cuello, objetivo declarado varias veces a diferentes personas a lo largo de la noche. Las huellas producían una especie de paz, como si la gente se hubiera abandonado a su suerte en la casa, sólo quedaba recoger las cosas y guardárselas. A través de las huellas, los invitados estaban y no estaban, se podía examinar esos objetos todo el tiempo que uno quisiera, sin interferencias. Pero las huellas de Adolfo produjeron un ataque de ferocidad impotente en la madre. Todas las lombrices que juntó estaban desparramadas por ahí, también tarros viejos que vaya a saber de dónde

los sacó, un pollo apareció rengo, junto a los árboles había un montón de fruta verde caída, les había dado una buena sacudida a los árboles, había una rejilla tapada y sobre todo, el delantal de la madre. Sacó el delantal de la madre de la soga de la ropa y ahora estaba tirado en el suelo, atado a un palo como si fuera una bandera, todo sucio. Sobre todo la enfureció lo del delantal, ella con él empezaba el día y la noche del casamiento se acostó pensando que por fin a la mañana siguiente se pondría el delantal para empezar la vida de siempre. La vida de todos los días, sin comer porquerías de fiesta ni decir pavadas. Quién sabe qué raza, qué cría de gente eran que producían semejantes calamidades, como Adolfo; no fuera a ser que Teresa fuera portadora de calamidades. Aunque mirándolo bien, la tía Copeta, educadora de ambos, era entre santa y estúpida, con perdón de los santos y de la tía Copeta. Esa ira que tenía la madre se descargó en María que estaba llorando.

—¿Qué pasa ahora? —dijo la madre.

—Se casó mi hermanito —dijo María y gimoteaba sentada.

—No se iba a quedar para vitrina —le dijo—. Hay que limpiar. Y María, llorando y hablando sola, se puso a limpiar.

Cuando los novios se fueron de viaje de bodas, el auto quedó parado en el garaje. María lo miraba de reojo y la madre pensaba en la inutilidad de ese animal parado; sólo servía para juntar palomas que tomaban el techo del auto por pista de aterrizaje o como un remanso para bajar. Vino el padre y se quedó a dormir en la casa: no se sentía muy bien: puso el carro y el caballo en el garaje, al lado del auto; total, había tanto lugar. Atilio trajo a Rodolfo, su nueva novia y a algunas amigas que él tenía. María entonces pensó que no sólo «su querido hermanito» se había casado; Atilio pintaba para armar algo con cualquiera de esas chicas que él traía y ella, cuando estaban las parejas riéndose y bromeando, se sentía sola. De ningún modo hubiera intervenido en las conversaciones de ellos: ella era sola. También pensaba en qué estarían haciendo los novios allá, solos en una cama, y se le aparecían escenas que debía apartar de su cabeza: se le aparecían los sacrosantos novios revolcándose como animales, con aspecto de animal

asqueroso. Un día le dijo a la madre, que ahora estaba ocupada en cuidar un poco al padre:

—Mamá, yo me casaría, pero con uno que tuviera los ojos de Miguel, ni muy alto ni muy bajo de estatura, por ejemplo, la de José.

La madre le dijo:

—Sí, te lo van a hacer de palo para vos. A medida.

Estas contestaciones la ponían furiosa y cuando venían las parejas ella decía que debía coser y se encerraba en su pieza. No cosía, lloraba. La madre se dio cuenta de que lloraba y pensaba muchas veces en ir a llevarle un té, pero, tenía tantas cosas para cuidar: los pollos, los hijos, ahora el padre. ¿Cómo puede ser que nunca haya algo encajado? Cuando se encajaba una cosa, se desencajaba otra. Vino Ramondi a ver al padre, le indicó reposo. Ramondi planteaba un cuadro terrorífico si no hacía reposo y ahí estaba el padre haciendo reposo en la cama, ni siquiera parecía disgustado, estaba entre indiferente, humilde y traspapelado en la cama. Mejoraba un poco cuando peleaba con la madre y cuando se sentía mejor le decía a la madre que se sentara un poco al lado suyo para charlar y ella pensaba «¿Hablar, hablar de qué?». Eso sí, ella apartaba a los jóvenes cuando reían fuerte para que el padre durmiera la siesta. Cuando vino Ramondi, vio el auto de Domingo con las palomas en el techo y Atilio se prometió limpiárselo antes de la vuelta de ellos. A los cinco días de haberse ido, les llegó una postal de Mar del Plata.

Decía:

Querida mamá y hermanos:

Desde estas hermosas playas enviamos un saludo cariñoso para todos. Espero que estén bien, como nosotros. Estamos gozando del aire de mar, espero que pronto puedan venir todos, por acá.

Tus hijos

Domingo y Teresa

Mandaron además una fotografía de los dos sentados en la arena: Teresa con una gorra de playa que le llegaba hasta los ojos; su cara parecía

perdida entre tanto ropaje, con salida de baño hasta los pies; eso sí, cruzada de brazos y totalmente enjetada, como si estuviera contra su voluntad sentada en la arena.

Esa foto salió en el diario local: los veraneos eran una novedad. En el diario ponían en sociales: «De y para Buenos Aires». Si bien había gente que viajaba al centro todos los días para trabajar, en el diario hacían la distinción entre éstos y la gente que viajaba para pasear: iban al centro, compraban dos o tres jabones o un repasador y volvían. También ponían en el diario: «De y para Merlo». Merlo quedaba a 6 kilómetros y la gente hacía lo mismo: compraba dos jabones propios de Merlo y se volvía.

En cuanto a las consecuencias de las fotos, la madre juró que nunca jamás en la vida iba a poner los pies en esas playas que enjetaban aún más a las personas; María quedó muy impresionada por la complicada ropa de playa y la llamó «Vestimenta playera» y el padre dijo:

—A mí no me nombró.

Cuando los novios volvieron de vacaciones, Atilio se fue a acompañar a su padre al campo. Veinticinco cuadras de ida y otras de vuelta para ir al empleo, pero él de esas cosas no se quejaba, aunque le dolieran los pies. Los novios volvieron más gordos y aseñorados; mostraron unas fotos que dejaban sin argumentos a la madre: ella siempre de oscuro de arriba abajo con un sombrero de penacho largo y negro, los dos afirmaban las manos en las caderas; ni se miraban ni miraban al fotógrafo, eran muy contundentes, de una contundencia amenazante, como si se prepararan para alguna lucha. La madre no pudo completar ningún juicio en relación a las fotos que la dejaban perpleja: debía despejar una habitación, la de Atilio, para los novios. Muchas veces le pasaba eso: no podía redondear una idea porque debía hacer algo urgente. No, Atilio no tenía ningún inconveniente en irse al cuartito del fondo, dijo que era el que más le gustaba.

No bien llegó a su nuevo domicilio, Teresa dijo:

—No quiero que entre nadie a mi pieza.

No lo dijo con agresividad, era para sentar nuevas reglas de juego; ella había visto lo que pasaba en esa casa: todos entraban a la pieza de otro como Pedro por su casa. El mismo día se hizo hacer un juego de llaves

para todos los cajones del ropero, puso llave en la valija y llegó entonces la era de la llave. Cuando pasó Atilio —rendía cuentas del estado del padre — la madre le dijo:

—¿Qué guarda tanto? Ma, sí, el tesoro de Kapurtala.

La madre no podía comentar esas cosas con María; hablar de eso con María era incentivar su desconcierto, que ya bastante tenía con que durmieran en la pieza de al lado con las cosas cerradas con llave y los otros misterios que sucederían en la pieza. A Atilio sí se le podía contar, porque total él se olvidaba enseguida. Pero además Teresa no sólo guardó todo bajo llave, dijo:

—Yo voy a hacer comida aparte.

¿Aparte? ¿Significaba que la comida de la madre no era buena? ¿Irían a comer solos? Era la hora de la siesta y la madre tenía mucho sueño, iba a ir a dormir una siesta al sol, junto a los pollos, fuera de tantas novedades y preocupaciones, la siesta renueva todos los pensamientos. María hubiera querido acompañar a la madre a la hora de la siesta, pero por un lado, la siesta era sagrada y por otro, cada vez que empezaba alguna conversación María daba muchos rodeos, como la madre no sabía adónde quería llegar, se impacientaba y María optaba por ir a su pieza, al lado de los nuevos misterios. Los nuevos misterios no tardaron tanto en ser develados: en ocasión de una limpieza general el contenido de los roperos fue llevado al patio. Había una caja enorme con remedios, para el estreñimiento, píldoras del doctor Ross, para los callos polvo, apósitos y cremas del doctor Scholl; había diuréticos, colagogos y en la parte central de la caja, el enemero. Cuando la madre vio todo eso, dijo:

—¡Madonna santa!

El enemero descollaba por su singularidad. Tenía algo de víbora y a su vez la textura era como de intestino, pero artificial. A María le despertaba mucha aprensión ese aparato, parecía un intestino fuera del cuerpo o algo dispuesto a succionar los intestinos o cualquier cosa que tengamos dentro. Si lo de afuera podía meterse dentro del cuerpo, lo de adentro en cualquier momento podía salir afuera. Ese día Teresa tiró unos cuantos frasquitos y cajas y lavó toda clase de cepillos, para uña, ropa, pelo, cepillos para limpiar que ella guardaba atrás de todo en su propio guardacepillo. Para

aventar todas esas novedades tan impactantes, la madre se puso a cocinar y a hacer dulce: los elementos siempre responden, van tomando la forma que uno quiere, van avisando que están cocidos y listos. La madre hacía dulce de duraznos, de batata y de tomate. Ella quiso armar una gran comida, donde estuviesen todos juntos. Hizo ravioles y le dijo a Teresa:

—¿Unos ravioles?

—No, los ravioles se me empastan en el estómago.

—¿Un poco de dulce?

—No, francamente, no —dijo Teresa.

El matrimonio comía sopa de cabellos de ángel y compota de pelones.

En la casa había duraznos, damascos y naranjas, pero había que buscar los pelones en el confín del pueblo, en la quinta de los viejos Malarini, tres hermanos chiflados. Era un paseo; iban en auto y la madre iba también para conformarlo a Domingo. Abotonarse el vestido, ponerse los zapatos que le hacían doler los pies (mejor no decirlo, no fuera a ser que la llevaran a lo del doctor Scholl y sus misterios). ¡Cuánta carga!

La quinta de los viejos Malarini era una de las casas más viejas del pueblo: de ladrillo sin revocar, cubierta de verdín, debió haber sido cómoda en su tiempo. Los viejos Malarini no parecían habitar la casa: parecían brotar de ella, del mismo modo que brotaban los pelones, los duraznos; no se podía imaginar uno a los viejos Malarini regando. La hermana mujer estaba detrás del vidrio de una ventana pero no tenía ningún interés en mirar a los visitantes ni se mosqueaba por nada; el mayor llevaba unos grandes bigotes-manubrio que ya no se usaban y un saco como de piyama gris, que parecía pertenecer a otra época en la que habría algún cuerdo en la casa. La quinta de Malarini había sido prestigiosa y rica en tiempos del padre de éstos: el padre había sido inventor y su prestigio era dudoso en el pueblo: los inventos del padre produjeron fascinación y terror al mismo tiempo. Como no era partidario de la educación pública, educó él mismo a sus tres hijos a su manera: cuando el padre murió, desapareció un molino que él había inventado y otras fabricaciones. Esa quinta parecía hacerse sola. Y no tenían los Malarini aire de familia, eran muy distintos uno de otro y acentuaba la

diferencia el hecho de que no se reunieran para charlar, tal vez ni siquiera para comer. Cuando el menor de los viejos decía que sí, que había pelones —había que interpretarlo— el mayor no decía ni que sí ni que no. Obtener una respuesta del viejo mayor era muy importante para Domingo, era como doblegar una voluntad; aunque loca, lo era; era manejarse con el viejo mayor de potencia a potencia. Estas negociaciones eran silenciosas, sin palabras; consistían en una larga espera y aunque se hubiese interpretado que sí, que querían vender pelones, hasta el momento en que efectivamente los traían, no se sabía si querían venderlos, deshacerse de ellos como si fueran una porquería o tirarlos como proyectiles. Para todo eso llevaba Domingo una primorosa canasta —para juntar esa mierda, pensaba la madre—. Pero había algo que sí le gustaba a ella: juntar semillas de eucaliptus; se bajaba y aspiraba el aire de los eucaliptus. Teresa no se bajaba: ella había nacido en la ciudad, no le gustaban ni las vacas ni los caballos que pastaban; tenía miedo de acercárseles. Y jamás negociaba con los viejos Malarini porque pensaba que eran como caballos con forma humana, con los que era imposible hablar: sería mejor no ver todo ese deterioro, esas personas tan atrasadas. La humanidad mejora, progresa y esos viejos Malarini siempre en el mismo lugar y en el mismo tiempo propio. Francamente.

La vida de las señoritas Ramondi no se alteraba por la llegada de la visita: si no estaba la muchacha, ellas saludaban, servían el té y se retiraban a sus cuartos para coser, tejer o estudiar. Ramondi no les permitía usar taco alto, porque se deforma el arco del pie y produce várices: también produce el arco vencido. La mayor, que era muy alta, andaba con grandes zapatos chatos: aumentaba el tamaño de sus zapatos la expresión de sus ojos sufridos, como de persona grande. La menor, más gordita y pizpireta, participaba en todo de la vestimenta Ramondi pero de manera distinta a la mayor: era como si llevase un uniforme prestado, algo que uno se pone por un tiempo, y después a otra cosa. Las dos usaban delantales amplios; la ropa ajustada impide la digestión y el normal desenvolvimiento del cuerpo. Cuando Ramondi comprobó que la mayor era consecuente con los zapatones anchos la mandó a estudiar ingeniería, para lo cual estaba

dotada. Era la única mujer entre sus compañeros; Ramondi de algún modo era progresista en relación a la mujer, podía ser igual que el hombre si abandonaba la coquetería malsana. Cuando la señorita Ramondi terminó ingeniería no construyó ningún puente ni edificio: volvió a su casa para servir el té, juntar duraznos en una canasta y olvidó su carrera, como si la hubiera hecho otra persona.

Domingo quería visitar a Ramondi y llevarle un regalo, pero el problema consistía en qué regalarle: vino ni que hablar, estaba desterrado de la faz de la tierra. Las hijas no usaban perfume y daba la sensación de que cualquier objeto bonito, de fantasía, oro o plata, hubiera sido rechazado por Ramondi como algo totalmente prescindible. Claro, era un sabio y los sabios son así, pero cómo correrlo por el lado que dispara. Finalmente le llevó un reloj, pareció gustarle, teniendo en cuenta que como todo sabio, no era muy expresivo. Pero Ramondi quería mucho a ese muchacho que valía oro, de haber nacido en un ambiente más favorable, hubiera llegado a presidente de la República. Ramondi tenía en el jardín grandes macizos de geranios ordenados bajo las ventanas; el jardinero de esa casa, nada que ver con el viejo Adán, que metía la cabeza en un hueco de la tierra y no la sacaba de ahí. Ese jardinero era un profesional: plantaba, trasplantaba, fumigaba, todo eso en actitud tranquila. Y ese jardinero tenía una figura que pasaba desapercibida en el paisaje, con vestimenta usada pero correcta, mientras que Adán, con un pantalón y un saco azul que usaba eternamente, para puntear, andar por la calle y se supone también para dormir, parecía un condenado a trabajos forzados.

Teresa estaba embarazada: quería consultar a Ramondi sobre la crianza de los hijos. Ramondi le regaló el libro del doctor Spock, del cual tenía varios ejemplares: él lo difundió. El doctor Spock decía lo siguiente en relación a los niños:

1) Los niños no deben dormir jamás en la cama de la madre.

2) No se debe hablar a los niños en media lengua. La misma palabra media lengua es un disparate lógico.

3) Los besos contagian virus, microbios y enfermedades de todo tipo.

4) Si el niño acostumbra a llevarse elementos nocivos a la boca, se le dará de comer dos horas después de la ingesta de los mismos. Así podrá

establecer una correcta relación habitual entre lo que debe y no debe hacer.

5) Los niños suelen informarse por sus pares acerca de cuestiones relativas al sexo: no son sus pares los instructores más adecuados: adquieren a través de ellos conceptos imprecisos y erróneos. Son los padres o maestros calificados para eso, quienes por medio de gráficos ilustrativos del sexo en las plantas y en los animales, deben explicar su función en el hombre.

¡Qué extraordinario el libro del doctor Spock! ¡Ahí estaban el juego, el trabajo, los hábitos! Teresa pensaba en la diferencia con el modo de educar de la tía Copeta (si a eso se le puede llamar educar). Por empezar no hablemos de horario, porque la tía no sabía jamás qué hora era y siempre le parecía más temprano de lo que marcaba el reloj. Permitía que Adolfo comiera sentado en el suelo, al lado del perro, permitía que el perro lamiera a Adolfo con su asquerosa y larga lengua; ni hablemos de los modales de Adolfo en la mesa, cuando accedía a sentarse a su vera. La tía Copeta, en vez de corregir la masticación audible, le decía enternecida: «¡Se ve que hay hambre!». Y era por eso que Adolfo masticaba como un caballo. Domingo pensaba en la biblioteca de Ramondi, con sus tomos encuadernados, que encerraban un tesoro de saber. ¡Ay, cómo le gustaría haber estudiado! ¡Qué importante es desterrar la ignorancia de este mundo! Él había aprendido muchas cosas solo, leyendo, y lo veía en su trabajo: cuanto más ignorante una persona, más ineficaz.

II

El mayor de los viejos Malarini se murió y nadie supo de qué ni importó demasiado. Importaron las consecuencias. Al morirse el timón de esa casa —por llamarlo de alguna forma— el viejo menor no supo cuidar a la hermana que vivía pegada a la ventana: a ella la internaron. El viejo menor encontró una plata escondida que guardaba el mayor y entonces se largó a la calle y pasó la etapa más feliz y sociable de su vida; la gastó en cosas que siempre quiso hacer y no pudo: por ejemplo, acompañar al maquinista en el tren cuando hacía los cambios en la vía. Un paseo al comando del tren, un regalo al maquinista. Cuando se le acabó la plata, mendigaba y de paso hablaba con mucha gente; olvidó por completo la recolección de frutas y la quinta se llenó de chicos que iban a recoger fruta como una travesura y de otros, chicos y grandes, que se quedaban a dormir. El viejo Malarini iba a dormir a su casa como si fuera un refugiado más; sólo iba de noche. Con el pretexto de velar por la integridad física del viejo —después de todo el padre había sido inventor y era de una familia antigua del pueblo— entraron para ver si en la casa había papeles, títulos de propiedad; no, no había papeles. Cuando el viejo se cansó de que le revisaran todas las cosas, los amenazó con un palo y ellos lo amenazaron con internarlo. Era un trabajo cansador, no había papeles, no había descendientes, ¿tenían parientes? No parecía que los hubiera. Debían mandar un exhorto para buscar parientes y hacer gestiones en La Plata, para averiguar información sobre lo que ahora los de la Municipalidad llamaban «el bien». Alrededor de la quinta había pequeños lotes de terreno, con casitas chicas, pero revocadas y pintadas, con jardín adelante. Los pobladores de las casitas avisaron a la policía del peligro que había en que durmieran en esa casa hombres desconocidos, que a veces alborotaban. La policía se hizo cargo y sólo dio permiso al vejo Malarini para dormir en su propia casa. Era un permiso condicionado a que fuera solo y con buen comportamiento, de modo que el viejo entraba

furtivamente a su casa, como si fuera de otro. Tanta extensión de tierra desperdiciada, tanto yuyo en esa casa despertaban muchos pensamientos en la gente. Además de las sospechas de víboras y de personas ocultas, la gente pensaba en otras cosas. En lo que hubiera podido ser y no fue, hubiera podido ser el emporio del jugo de fruta. Hasta que no se construyeron las casitas blancas, cuando todo era solamente tierra y pasto, la casa de los viejos Malarini lucía vieja y deteriorada, pero era una casa al fin. La gente empezó a comentar, en relación al viejo Malarini muerto y sus hermanos, cosas totalmente distintas de las que comentaban en vida de él. Se acordaban de que cuando estaba de buen humor saludaba, de que una vez por año iban los tres juntos a misa y se sentaban en el último banco; recordaban que la madre murió joven y que los viejos quedaron al cuidado del padre inventor, que como todo sabio, estaba en otra cosa. Y pensaban en qué distinto sería si esos inventos hubieran tenido más promoción. Salvo algún despistado oriundo de la capital que al pasar por ahí se le ocurría comprar fruta, ya nadie iba ni siquiera a saquear. Ir a lo de Malarini se convirtió en un paseo a finisterre, al límite del pueblo, se convirtió en un mojón.

La casa del padre quedaba en Paso del Rey, era la única a cinco cuadras a la redonda. Más lejos había quintas, pero a diferencia de las de Moreno, más urbanas, eran más pobres y trabajadas por quinteros recién llegados de Italia: no hablaban castellano y no mandaban los chicos a la escuela; sólo lo hacían bajo presión. Los maestros recorrían quinta por quinta a pie para explicar en cocoliche, mezcla de castellano e italiano, o por señas, las ventajas de la educación. Los maestros prometían la copa de leche y el bizcocho, lo quinteros decían que leche tenían de sobra: todos tenían vaca; preguntaban si en vez de leche no les podrían dar aceite o azúcar. «A quién se le ocurre», pensaban los maestros, «pedir aceite y azúcar en la escuela».

La casa del padre era grande y ubicada en un lugar central: estaba junto a la vía del tren: por ahí pasaban los peones del ferrocarril haciendo palanca con la zorra, de a dos. El terreno del padre era grande y él había conquistado una parte plantando árboles: como el dueño no apareció en treinta años, el municipio se la concedió a él. Durante unos siete años lo

ayudó a plantar árboles su hermano el suicida, mientras se quejaba amargamente de las humillaciones padecidas por culpa del cacique de Carolina: muchas veces el padre le dijo a su hermano que saliera de esa casa, que hiciera huerta en la casa de Paso del Rey, él le daría un terreno, pero ese muchacho no creía más en nada. Después que su hermano se suicidó, él siguió y siguió arbolando; era una forma de recordarlo. Cuando Atilio fue a acompañar un tiempo al padre porque estaba enfermo, el padre se reanimó momentáneamente: Atilio lo ayudaba a plantar y al padre le daba la impresión de estar con su hermano. Claro que Atilio plantaba de manera diferente a su hermano, sin mirar dónde y él debía explicarle. Atilio siempre corría junto a alguien: si era el padre, para acompañarlo, si era junto a la madre, para escucharla; la elogiaba a María, era capaz de decirle que tenía razón, privilegio que nadie le otorgaba a ella. Si estaba con Domingo y Teresa contaba un chiste, cayera bien o mal —a veces era para empeorar una situación—, él nunca medía los efectos de sus acciones. Enseguida se olvidaba, enseguida perdonaba. Como quería ver contento a todo el mundo, no tenía una visión panorámica de su vida y de su familia; siempre estaba emparchando algo. Tampoco jerarquizaba a las novias que había tenido en importancia: en su momento, él las había querido o le habían gustado y punto. El padre le decía «Martín Pichi». ¿Quién era Martín Pichi? Uno que se murió por los fastidios ajenos. Atilio no moría tanto, porque así como escuchaba algo en el momento, lo olvidaba. Daba la sensación de que tanto podía dedicarse a la política, como casarse y tener cinco hijos, yendo constantemente de uno a otro, como trasladarse a Birmania para sentirse inmediatamente cómodo entre los birmanos, aprendiendo sus chistes y costumbres. Pero se había cansado de tanto buscar chicas y quería casarse, establecerse. Había tenido novias de todos los tamaños y colores, sabía de memoria todos los papelitos que se podían escribir para cada una, se conocía todas las sonrisas. Además, el padre de la última novia le dijo que él en su casa no quería ningún calientasillas, a lo mejor se había corrido la bolilla en el pueblo de que él no se casaba. Le dieron ganas de comprar una casa. Un día en que viajaba a Buenos Aires se sentó en el tren junto a una mujer alta, más alta que él, seria, con un gorro

encasquetado hasta los ojos. Le empezó a hablar y ella ni lo miraba ni contestaba. Finalmente le dijo:

—Cállese, imbécil.

Nunca le habían dicho semejante cosa: después de ese fuerte impacto le salieron argumentos persuasivos tan buenos que al llegar a Once estaban conversando fluidamente, con toda comodidad, sin esmerarse en inventar novedades. Y así ella se convirtió en la novia más firme que tuvo. Entonces le pidió al padre una parte del terreno treintañal para edificar una casa, de a poco; también se le ocurrió poner en el patio grande de la casas del padre unas mesitas y sillas para servir vino, refrescos y minutas. Había peones de la vía que trabajaban los sábados y los domingos, ¿qué les daría de comer? Polenta. ¿Acaso no cocinaba él cuando estaba ahí? Polenta, salame y queso. Cuando comentó esta idea con Domingo, a éste por un lado le pareció bien y por otro, no. Le pareció bien por el lado de acompañar al padre y mal porque cómo un hermano suyo que estaba empleado, si bien no ganaba mucho, pero en fin, era un lugar, pasaría a ser cantinero de los peones de la vía y de los quinteros pobres —en el caso de que los quinteros fueran al boliche, logro difícil—. Entonces lo habilitó para instalar un piso con baldosas grandes y fijas al piso, no fuera que a ése se le ocurriera poner un adefesio de negocio —ése era capaz de cualquier cosa— y él no podía ya tener un hermano pobre. Además la mugre atrae a la mugre, y si no lo instalaba bien, iba a caer la gente más pobre del lugar: iba a ser una borrachería.

Una tarde Atilio fue al cuartito del fondo que ocupaba en su casa de Moreno y revisó todos los volantes de la Unión Cívica Radical: guardaba volantes desde hacía unos ocho años. Algunos ya estaban perimidos: no tenía sentido guardarlos. Los iba a quemar. Más ganas de quemar le daban otros. Uno decía: «Trabajo y educación para todos». La madre miraba asombrada cómo Atilio gritaba exaltado «¡Sinvergüenza, sinvergüenza!». Quemó todos los volantes del sinvergüenza en el patio del fondo, guardó los volantes de los candidatos que respetaba. De todos modos, él había nacido radical y radical se iba a morir. Cuando María vio que Atilio sacaba los volantes y su poca ropa para irse, escribió en un papel: «2 de julio. Se

fue de casa mi querido hermanito. Querido hermanito, quiero que vuelvas a casa, pero sin quemar nada. Yo te voy a extrañar mucho».

En el cuartito del fondo, pusieron los cepillos; los guardacepillos, los escobillones, la pala y los diarios.

Los primeros en llegar al boliche de Atilio fueron Baralda y Marone. Baralda iba como tres veces por día, a veces para tomar un vino o si no para charlar. Tomaba el vino de manera ceremoniosa, como si fuese un buen *champagne*. ¿En qué trabajaba? Inspector de cercos y terrenos, debía controlar sobre todo los terrenos baldíos, que los quinteros no sembraran en ellos, porque después se los apropiaban. Baralda llevaba un sombrero fresco, iba de traje y camisa de solapa ancha, siempre con buenos zapatos, aun para caminar por calles de tierra. Cuando se sacaba el sombrero, los quinteros dejaban de trabajar para echarle una ojeada, pero ya sabían lo que iba a hacer: medía el espacio caminando a paso vivo, ida y vuelta, hasta estar seguro del límite. Después se ponía el sombrero y cambiaba el paso, saludaba a los quinteros desde lejos y si había alguna infracción se acercaba a la quinta y con mucha prosopopeya hablaba de una lechuga plantada fuera de lugar o de la vaca que pastoreaba donde no debía. Hablaba con tanta educación que a los quinteros les encantaba hablar con él: lo que no sabían en realidad era si venía como amigo o como enemigo. Eso sí, no bien desaparecía ponían de nuevo la vaca a pastar en el terreno de al lado. Después Baralda iba al boliche de Atilio y decía:

—La vita… bisogna vivirla.

Hablaba a veces en italiano y otras en castellano acerca de la comprensión de la vida. Atilio le decía que sí, que cómo no y se iba a picar salame. Casi al mismo tiempo llegó Marone, que era quintero pero decidió hacerse verdulero a domicilio: iba con su canasta y repartía verdura en las cuatro casas de Paso del Rey y en otras en el límite con Moreno, todo a pie. Estaba más feliz que en su casa porque tenía cinco hijos y su mujer era loca. Cuando no lo perseguía a él con el cuchillo, perseguía a los chicos. Marone y sus chicos tenían todo el aspecto de haber llorado recientemente o de echarse a llorar en cualquier momento: lo que no se sabía era si por felicidad o por tristeza. Ellos llegaban en calidad de

clientes, de visitas y Marone además de verdulero. Cuando los peones de la vía vieron que ahí había gente, se acercaron tímidamente a preguntar si allí daban comida. Atilio hasta el momento no había hecho comida para nadie pero dijo que sí, que como no, que esperaran un poquito. Se fue adentro para hacer una polenta y mientras el padre les preguntaba de qué parte de Italia eran: no, no hablaban en italiano, hablaban dialecto. El padre gozaba en ejercitarse en dialectos y ellos, sentados junto a las mesas de azulejos, esperaban alegremente su polenta. Cuando llegó, el peón gordo que tenía una panza hasta el suelo, dijo:

—E tropo dura.

—Enseguida se arregla —dijo Atilio y fue a componer la polenta con agua. Cuando se la llevó de nuevo, el gordo dijo:

—E tropo mola.

Atilio sin amilanarse mezcló la polenta hecha con la nueva y le encontró el punto. Así empezó la casa de comidas.

Nació Nidia en noche de tormenta, hubo que llamar a la partera a la madrugada, cuando Teresa había previsto que nacería en la mañana. Tenía preparada su cuna forrada en raso, escarpines alemanes para el buen desarrollo del pie, unas túnicas sueltas para no obstaculizar la digestión, talco y cinco mamaderas, porque en el manual del doctor Spock se recomendaba sustituir rápidamente la leche materna por mamadera. Por empezar, no fue posible aplicar prácticamente ninguno de los reglamentos del doctor Spock: en primer lugar, lloró dos días seguidos y no quería comer. No era según rezaba en el manual que el hábito produce el deseo: la preparaban para las ocho, las doce o las cinco; berreaba y no quería. Finalmente Teresa probó con la leche materna: no tenía leche, al darse cuenta de eso Teresa se ponía más nerviosa y Nidia lloraba más. De modo que otro de los preceptos del doctor Spock —que los niños no deben estar demasiado tiempo en brazos ni acostumbrarse a dormir mientras se los mece—, no se pudo cumplir. Porque todos estaban esperando a Atilio —desde que nació la nena se daba una vuelta todas las noches—, porque él la acunaba hasta que se dormía y después se deslizaba sigilosamente, a veces gateando para que Nidia no se despertara: si oía pasos, vuelta a llorar. Si

no estaba Atilio la acunaba la madre. Con Teresa no se dormía porque en vez de mecer la cuna la sacudía y todos pensaban que como Teresa era tan nerviosa le comunicaba algún fluido a la nena, que hasta el año casi no durmió, no quería comer ni dejaba descansar. Cuando le ponían talco gritaba como si le echaran aceite hirviendo y la madre vio, consternada, una vez, cómo Teresa, muy nerviosa, la sacudía. Quiso decir algo y después pensó si no sería para peor. También vio eso María, ella no acunaba a la nena, no la agarraba en brazos por miedo a que se cayera, pero cuando vio que Teresa sacudía a ese cuerpo tan chiquito, quedó muy impresionada: tuvo la sensación de una sacudida universal, como si todo entrara a temblar y a sacudirse. Le tomó odio a Teresa, como si fuese capaz de sacudirla también a ella. Si bien las relaciones entre las dos no eran hasta el momento demasiado fluidas —Teresa se dirigía a María si era estrictamente necesario—, María le guardó un rencor jamás explicitado, evitaba mirarla. De todo eso, Teresa no tomó cuenta. Cuando Nidia empezó a hablar, tampoco se pudieron cumplir los reglamentos en relación a la media lengua: a Atilio le decía «Tilo» y María y la madre le solían decir a él «Tilo» también. A la mamadera le decía «maderita». La madre se esforzaba para que pronunciara correctamente la palabra, pero Nidia sólo dejaba de llorar si le decían «Acá está la maderita». Todo esto lo atribuía Teresa a que Atilio le había inculcado la media lengua cuando la acunaba: no la llamaba por su nombre: le decía Nena, Nené y Nenina. La nena respondía a cualquiera de esos nombres, cuando —pensaba Teresa — para algo se le pone un nombre a una persona. Tampoco se podían cumplir los preceptos en cuanto a la comida. En el libro del doctor Spock se decía al respecto que no se debe poner premios o incentivos a los niños a la hora de comer, ya que la ingesta debe convertirse en un acto habitual y totalmente neutro. Cuando la abuela le daba de comer en un plato con dibujo de holandeses, le decía: «Un copito, un holandito. Aguarda un pó, veni el holandito». Y la nena repetía: «Holandito». Teresa pensaba en toda esa confusión, tanto trabajo que daría corregir ese lenguaje después; todo estaba mal empezado. ¡Francamente!

Tres llamados suaves pero incisivos, un pájaro carpintero al llamador: era la tía Carolina. Si María estaba de humor, salía a atenderla y hacía su despliegue de cortesía, de lo contrario dejaba que la madre abriera. La tía Carolina cargaba siempre una valija llena de naranjas que traía de su quinta. A medida que pasaba el tiempo, sus visitas se fueron haciendo más frecuentes y parecía su valija más llena, tal vez parecía eso porque era muy delgada y estaba envejeciendo. Envejecía como si el proceso fuera ajeno a ella, como si la vejez fuese un azar, una cosa externa que la tocara pero con signos muy suaves: las pecas de sus manos eran casi imperceptibles, tenía todo el pelo blanco; no tenía arrugas. Esta vez la madre quiso abrirle ella a la tía Carolina: le sacó la valija y la reprendió por venir tan cargada: nadie comía tantas naranjas. La tía no se ofendía por eso: estaba dispuesta a cargar naranjas hasta el día del juicio. No era visita, no la llevó al comedor. Además Carolina no tomaba nada, ni té ni oporto ni quería un bizcocho: muy raramente un vaso de agua. Se fueron a sentar en los viejos sillones de mimbre detrás de la higuera. La higuera protegía de los intrusos, daba sombra, filtraba un poquito de luz. La madre le quería contar varias cosas que le pesaban y Carolina sabía escuchar. Quería contar y no sabía cómo empezar. Carolina no era persona de preguntar si pasa algo si no se lo decían. Entonces la madre se echó a llorar despacio para que no la oyeran desde la casa y Carolina le ofreció un pañuelo grande como una sábana. La madre pensaba que como Carolina había ido a la escuela y era argentina, comprendía más, comprendía el italiano aunque hablara siempre en castellano. Le contó que Teresa estaba siempre improverando: había sacudido a la nena. ¿Debía intervenir o sería para peor? La tía Carolina no contestaba ni sí ni no; cuando le preguntó si debía intervenir sus hermosos ojos violáceos se pusieron como ausentes y miró en lontananza: ella misma había sido improverada y sacudida tantas veces… Pero no era cosa de decir, por otra parte la madre ya lo sabía y no venía al caso comentarlo. Le contó también que Domingo trabajaba cada vez más y volvía reventado de trabajar sin ninguna necesidad: no se pasaba ninguna necesidad, más bien había un desperdicio tan grande de todas las cosas que clamaba el castigo del cielo. Se tiraba la comida,

Teresa ensayaba comidas y si no le salían tiraba todos los experimentos a la basura, sin el menor problema. ¿Para qué trabajaba tanto su hijo, para tirar la comida? Y después María, que ya no se iba a casar. ¿Quién se haría cargo de ella? Le pidió a Carolina que si a ella le llegara a pasar algo, Dios no lo quiera, pero no se sabe, que la mirase un poco a María, un vistazo de vez en cuando, digamos. Ahí Carolina dijo tristemente, con su vocecita apagada:

—Sí, cómo no.

Y después con prudencia, con cierta reticencia, como si no tuviese mucho derecho a preguntar, le dijo:

—¿Y mi hermano?

La madre le dijo:

—Allá está. Ni pelio ni mellio.

Carolina bajó la cabeza: estaba humillada por la vida. Quería proponer a su cuñada llevárselo un poco a su casa: era una fantasía imposible de realizar: ni el cacique lo permitiría ni su hermano querría ir donde ellos. La madre la vio cabizbaja y cambió de conversación: que cómo iba todo por allá, cómo iban Emma y la nena.

—Todo bien, todo bien —dijo Carolina.

Para ella todo crecía a su alrededor sin su anuencia ni su visto bueno o malo. Carolina quería proponer que fueran juntas a Paso del Rey, a ver al padre: pero seguramente no era posible, como la mayoría de las cosas de esta vida. Entonces no se lo dijo. A su vez la madre quería contarle algo muy importante, que ya no podía tener todo bajo control: tantos frentes de lucha la rebasaban. Pero se dio cuenta de que Carolina no era la persona adecuada para contarle eso: ella no había controlado nunca nada. Se calló eso, pero le hizo bien formarse ese pensamiento: aunque Carolina no dijera nada, su sola presencia hacía que se le completaran los pensamientos en su cabeza y eso le hacía bien: nunca había tiempo para pensar en nada, siempre vistiendo un santo para desvestir a otro.

Cuando Atilio se puso de novio y empezó a construir una casa en el terreno de la esquina, el padre se empezó a sentir peor. Atilio estaba contento y cantaba a menudo. Una mañana, el padre le dijo:

—Si la pasaras como yo no cantarías tanto.

Ahí recién Atilio reparó en el padre: días enteros en que no se había detenido a mirar si el padre estaba bien o mal. El padre temía la noche porque a esa hora le venía fatiga; no le había dicho nada a Atilio, lo veía muy entusiasmado con sus cosas. Se agitaba hasta jadear y había llegado a considerar la fatiga como una compañía pesada, que viene y se va. También le venían a la noche los negros pensamientos, cuando llegaba el atardecer le agarraba una tristeza tan grande por la luz que se iba, que trataba de hacer algo para entretenerse y para no darse cuenta del momento en que se habría hecho de noche; miraba, después, de reojo, como no queriéndole dar importancia a la cosa: ya era de noche. El día pasaba, hablaba un poco con los peones de la vía, paseaba con su perro Milonga; a la noche no quería hablar con nadie, ni siquiera con Atilio, cada vez más pensaba en su hermano el suicida. ¿Y cómo es que él no se dio cuenta, si su hermano se lo había advertido varias veces, cómo fue que no pudo evitarlo? ¿Por qué esos padres de él tan injustos prefirieron tanto a Carolina? Para Carolina, todo, para ellos, nada. ¿Acaso era ciega su madre? El contraste entre lo vivo de las preguntas y la absoluta imposibilidad de la respuesta, ya que todos ellos estaban tan muertos, lo consternaba. Entonces se culpaba a sí mismo: debió haberle dicho a su hermano con autoridad: «Desde mañana no vas más a lo de Carolina y punto». Nunca creyó que haría esa barbaridad su hermano; mejor dicho, creyó y no creyó, pero recién ahora, después, sabía que creyó y no creyó. Todavía recordaba su frente herida y lo que dijo su hermano antes de morir:

—Prometeme que nunca vas a hacer lo que hice yo.

Lloraba arrepentido y decía «quiero vivir». Y él llorando también le decía que sí, que iba a vivir. «Qué vas a vivir», se decía el padre. Últimamente no había noche en que no lo visitara ese pensamiento —su hermano murió de noche— y aunque le aumentara la fatiga, no dejarlo emerger también le hacía mal: le hacía tanto daño ese pensamiento como tratar de evitarlo; si lo evitaba quedaba enfrentado a la nada, si lo dejaba emerger, aparecía como una especie de equilibrio malsano, pero equilibrio al fin. De la imagen del suicidio pasaba a pensar en lo poco que es un ser

humano y la vida: una merda, una nada. ¿En qué se había convertido él? En un viejo enfermo con fatiga. No recordaba ni quería recordar todos los pícaros refranes con que se había divertido; para la nada no hay refranes. En realidad él hubiera querido ser bersagliero alpino: estar en el frente de guerra, realizar una hazaña honrosa y después morir o vivir con gloria. En la mesita de luz guardaba la libreta del servicio militar, que era a la vez el manual del bersagliero alpino. Ahí estaban los deberes y obligaciones del soldado: él se los había enseñado a los hijos cuando eran muy chicos, él por su cuenta, sin que el ejército italiano lo convocara, había ido a Italia para hacer el servicio militar y se pagó el pasaje para servir a la patria. Ahora nadie lo querría para soldado, además ahora nadie quería ser soldado, ¿qué era eso? Una libreta vieja, ajada, muerta. Hacía todas estas reflexiones en presencia de su perro Milonga. A la hora de la reflexión, el perro se echaba y levantaba un poco la cabeza, esperando el menor signo de movimiento del amo para ponerse él en movimiento. No bien su amo se levantaba para ir al baño, el perro se ponía tan contento como si dijera: «Esto es la vida». Pero si el padre caminaba con pasos dudosos o lentos, Milonga se movía prudentemente. Muchas veces el padre no sabía cómo se sentía: sabía que no estaba bien, pero no podía calibrar por sí mismo cuánto de mal andaba. Acostumbrado a resistir la fatiga, se daba cuenta de cómo andaba mirando la expresión del perro Milonga. El perro tenía varias expresiones. Una: «Te acompaño hasta la muerte» (era la más inquietante). Otra, al menor movimiento del amo: «Arriba, que la vida sigue». Pero si los movimientos del amo eran dubitativos o demasiado prudentes, la expresión del perro era de pronóstico reservado.

Finalmente la madre se decidió a ir unos días a Paso del Rey, entró a la pieza que tan bien conocía como si nunca se hubiera movido de ella. Ventiló, acomodó todo lo que estaba tirado; con un poco de ventilación y orden, iba a cambiar la cara del padre. Pero no cambió: en medio de ese silencio que produce el orden, su cara parecía peor: demacrado y barbudo, con los ojos brillantes, pero no con el brillo propio de alguna expresión; estaban brillantes por su cuenta. La madre se fue inmediatamente a hacer un té, a reprender a Atilio porque no lo había afeitado y cuando trajo el té

vio lo que tenía el padre en la mesa de luz: la libreta con el reglamento del bersagliero alpino y otro papel. Ella siempre opinó que la libreta de bersagliero alpino lo enloquecía: cuando los hijos eran chicos, los ponía en fila junto al perro Milonga para hacer cuerpo a tierra según las indicaciones de la libreta. Con voz de maestro recalcaba todos los riesgos del terreno minado, todo ese scherzo como si fuera cierto; en primer lugar si hubiera habido algo de verdadero, de enseñanza, no incluiría al perro y en segundo lugar, la hacía tirar cuerpo a tierra a María también, que se ensuciaba el vestido y además ella la necesitaba para pelar arvejas. Tanto que habían peleado por la libreta, por la patria —él era fiel a la patria—, y ella le decía: ¿Te da de comer la patria? Y él se ofuscaba. Un hombre que nunca quiso rezar: le dio mucho trabajo en ese sentido, porque tuvo que rezar doble y como es sabido, el rezo no surte demasiado efecto cuando alguien habla abiertamente tan mal de los santos, como él lo hacía. Entonces quiso sacarle la libreta de la mesa de luz y él con voz débil pero firme dijo:

—No, no.

No estaba el horno para bollos, mejor no se la sacaba; junto a la libreta había puesto el pasaporte con el que vino de Italia, muy bien doblado. Cuando ella quiso agarrarlo, se lo sacó y leyó el encabezamiento. Decía:

In nome di sua maestá
Umberto I
Per grazia di Dio y per volontá della Nazione
Re d'Italia

Leía con esa voz de maestro que ponía a veces, pero la voz era débil, como humilde. Ella agarró un frasco de alcohol y un trapito para pasarle: que oliera alcohol; eso hace revivir. Cuando revivió un poco, le dijo:

—A ese pasaporte lo ha firmado el rey de Italia en persona.

Ella dijo:

—¡Bah, no abebba niente melio de fare!

Antes cuando ella decía esa clase de cosas, como ésta, que el rey de Italia firmaba pasaportes porque no tenía algo mejor en qué ocuparse, él le

decía: «¡Ignorante!». Esta vez, tristemente le dijo:

—¡Cuántas cosas no sabés!

Como si se hiciera cargo de todo lo que ella no había sabido a lo largo de los años. Después él no habló más y ella, irónica, le respondió:

—Sí, todas esas cosas me quitan el sueño.

Pero ella no peleó más: no lo veía bien. Lamentablemente había que llamar al médico y nunca se sabe si es para mejor o para peor.

El padre fue trasladado a Moreno para que lo viera Ramondi, él no visitaba enfermos de Paso del Rey. El perro Milonga, cuando vio que su amo desaparecía en ese artefacto extraño, corrió todo lo que pudo con sus viejas patas y después se quedó mirando y gimiendo. Cuando el padre ya estaba en la cama de la pieza de Moreno y dormitaba, creía ver a su perro al lado. Creía, nomás: el perro no estaba. Esa pieza tenía un olor, como a algún desinfectante o remedio que él no conocía; la pieza estaba muy ordenada y con toallas blancas.

María vio entrar al padre con paso vacilante, Domingo lo llevaba de la mano, ella vio al padre pálido y con los ojos brillantes y pensó que lo empujaban, lo enfermaban y lo sometían. Nidia, que ya tenía aprendidas varias cosas acerca del cuco y del hombre de la bolsa, se impresionó porque el abuelo levantaba un poco las piernas al caminar y estaba barbudo: debía ser el hombre de la bolsa y se puso a llorar; había visto muy poco a su abuelo. Oscilaba entre dos ideas: la de que el hombre de la bolsa es un abuelo universal, de todos, y otra: la de que su abuelo se había convertido en hombre de la bolsa. Tenía dos versiones del hombre de la bolsa, la de su madre y la de María, así que bien podría existir una tercera, la que estaba viendo. Cuando llegó Ramondi y vio a Nidia, hizo lo de siempre; le apretó un poquito la nariz, Nidia saltó a un metro de distancia. Ramondi dijo:

—Es muy sensible esta chica. Más adelante, mucha gimnasia.

Ella desconocía la palabra gimnasia, como ignoraba casi todo lo que Ramondi decía: le sonaban como palabras oscuras que van a morir en los confines de la habitación. Si el abuelo le parecía el hombre de la bolsa, a Ramondi lo veía como un brujo emisor de palabras portentosas.

Ramondi entró a la habitación dispuesta para el padre, puso su sabia cabeza en la espalda del enfermo y dijo, articulando bien las palabras:

—Reposo absoluto.

Hizo la receta, recomendó ventosas y después se puso a charlar con Domingo de diversas cosas, cerca del padre. Mientras ellos charlaban, el padre se había parado al lado de la cama. Ramondi le dijo:

—¿Adónde creés que vas a ir?

—Al baño —dijo el padre.

Ramondi se puso como loco y empezó a gritar:

—Vos no vas a ningún lado. ¡Fijo ahí, pegado, atado a la cama si es preciso!

Todo esto a los gritos y después un grito más fuerte, exasperado:

—¡Cagate encima, carajo!

El grito resonó en toda la casa. Toda la casa parecía vibrar con esa orden terrorífica; el grito opacaba el jardín y convertía a los humanos en inferiores a los pollos, que por lo menos cagan al aire libre. Los adultos quedaron impactados: qué grave debía ser el caso para que el sabio doctor Ramondi perdiera los estribos de esa forma. Nidia y María no pensaron eso: confirmaron, cada una por su lado, sus viejas presunciones en cuanto a Ramondi.

Paso del Rey creció de forma notable en diez años. Lo que había sido por mucho tiempo un desierto, con cuatro casas en veinte cuadras a la redonda, se fue poblando con construcciones que quedaban una de otra como a una cuadra de distancia. Eran casitas chicas, con una bomba de agua detrás de la casa y a la vista un pequeño jardín y generalmente un perrito. Quien se hizo una casa distinta a todas luces, fue el alemán Bern: con sus propias manos y con la madera del lugar se construyó una casa y un enorme jardín de árboles grandes: la casa estaba concebida como guardiana del jardín. Era un hombre que saludaba con mucha cordialidad, pero no hablaba con nadie: sólo atendía a la plantación y a la reparación de la casa. Para el tiempo en que él se instaló, asfaltaron la ruta paralela a la estación: ahora circulaban por ella los obreros del asfalto; no eran solamente italianos: había polacos, portugueses y otras hierbas. Atilio entonces amplió el

negocio, y puso un almacén; rumbeaba por la demanda y nunca decía que carecía de algo: les decía que pronto lo iba a traer. Al principio Baralda, Marone y los peones de la vía se sintieron molestos por esa invasión de los peones del asfalto, que se sentaban al aire libre y pedían cerveza (parecían tener mayor poder adquisitivo que los peones de la vía) porque ellos eran de la casa; cuando Atilio se sentaba, lo hacía con Baralda, Marone y el peón gordo. Pero según Atilio los peones del asfalto tenían algo de bueno: se sentaban poco tiempo, tranquilos, sin meterse con nadie y no hablaban tanto sobre la comprensión de la vida, como Baralda, ni venían con esa cara de llorar de Marone que nunca se sabía si era por la felicidad al haber huido de su mujer loca o por la felicidad de estar sentado junto al peón gordo que hablaba muy poco, o por la tristeza de recordar a su terrible mujer. El peón hablaba muy poco, pero aseguraba tanto su derecho de permanencia con el traste en la silla, que ese lugar era prácticamente inconcebible sin su presencia. Atilio amplió el menú, encargó a Marone la fabricación de salamines domésticos en gran cantidad (los mismos salamines que los chicos de Marone regalaban a las maestras como agradecimiento por haberlos librado unas horas de la persecución de su madre) y el negocio entró a rendir: la casa que se construyó Atilio iba progresando. Para los peones del asfalto, la casa en construcción de Atilio era una entre otras, no le prestaban la menor atención; para Baralda, Marone y el peón gordo, esa casa era casi como si les perteneciera: habían aconsejado en relación a los materiales; Baralda consiguió un albañil que cobraba barato, era evangelista y su religión le impedía robar; Marone mismo había plantado unos árboles en el terreno de Atilio. Ellos eran tan de la casa que cuando Atilio no alcanzaba para atender a los nuevos clientes, ellos servían a la gente, que los creía dueños también. El peón gordo, no; no se levantaba con facilidad. Desde su mirador, tenía una hermosa vista a su disposición: para un lado, la casa en construcción; para el otro, la gente que entraba y salía, sobre todo los hijos del viejo Bern, el alemán, que eran cuatro y se alternaban durante todo el día para comprar elementos de almacén. Lo curioso de la familia Bern es que cada miembro parecía pertenecer a una clase social distinta. La señora de Bern pasaba muy arreglada y con un sombrero terminado en pluma rumbo a la estación,

con destino desconocido. Los sábados o domingos venía un viejo profesor de violín que le daba clases, mientras el viejo Bern renegaba con las hormigas y removía la tierra. El más chico de los Bern, Phulen o Pulenta para los próximos, era medio falto y se escapaba con frecuencia de la casa; iba salteado a la escuela y también comía salteado: esto parecía ser admitido por su familia como una ley del destino. El muchacho más grande era hermoso, industrioso y mecánico: a veces se sentaba con Baralda y Marone. De las chicas Bern, una era hija y otra prima; la hija era sensata y aplomada, la prima andaba sonriendo siempre para que le perdonasen la vida. Todos desfilaban durante el día buscando azúcar, té, café; a veces pagaban y otras debían, pero la señora Bern pasaba impertérrita con su sombrero y su saludo distante, rumbo a la estación. El muchacho industrioso era nazi: se armaban largas peleas por ese asunto con Atilio y Baralda; Atilio podía pelearlo hasta cierto punto, porque era cliente. Y los otros no lo echaban de la mesa, porque dejando de lado eso, era un muchacho simpático y trabajador. Entonces empezaron a pensar que los recontranazis eran el padre y la madre, que jamás pusieron los pies en el boliche, él siempre oculto entre los árboles y la madera —quién sabe qué ocultaría esa casa— y la madre, con el saludo tan ladeado, para qué iría tanto a Buenos Aires.

Si así se comportaban ahora, qué no habrían hecho en Alemania. Empezaron a temer por el destino del viejo profesor de violín que iba los sábados: posiblemente el viejo Bern lo matara de un palazo algún día. La casa de los alemanes se les volvió un lugar misterioso, lleno de incógnitas; el muchacho, no: era dado, se sentaba con ellos; al fin y al cabo no se puede culpar a los hijos por los padres que les depara el destino.

La casa de Atilio quedó hermosa: comedor, tres cuartos, gran cocina y jardín con rosas mosqueta. Él había llevado varias veces a su novia Adela, para que opinara. Ella decía que sí, que estaba bien, como si le diera lo mismo vivir en un rancho que en un palacio. Parecía así en todo: le daba igual negro o blanco, bueno o malo. Esa modalidad de ella no decepcionaba a Atilio: por el contrario, lo movía a alegrarla. Adela había venido varias veces como ayudante de cocina del negocio y se

desempeñaba como quien hace algo de modo provisorio. Atilio estaba un poco preocupado, porque últimamente se había agregado al grupo de contertulios don Juan Ventura, que fue asimilado por el mismo como si siempre hubiera estado ahí. Don Juan Ventura decía cosas que pasaban de castaño oscuro: «Puto sol, ojalá no salieras nunca más», «Me cago en la vida» y «Me cago en la Virgen». Atilio le preguntó a Adela si esas cosas le molestaban. Adela dijo que no le importaban un comino: es más, no las escuchaba. Tampoco quería pensar en los muebles de esa casa; que amueblara como él quisiera.

Don Juan Ventura había sido linyera, no se sabía bien si vocacional o profesional: él desaparecía dos o tres días de su casa, como en los tiempos de joven y venía a buscarlo su mujer, elegantemente vestida y enjoyada, entonces pensaban que había sido linyera vocacional. Ella les sonreía a todos, pensaba que eran unos verdaderos caballeros y estaba complacida y aliviada porque ahora sabía adónde iba: iba ahí. Pero cuando barbudo, demacrado y hecho un verdadero demonio por las maldiciones que lanzaba, daba puñetazos sobre la mesa, pensaban que había sido linyera profesional. A pesar de eso, no lo llamaban por el nombre solamente: siempre le decían «don Juan».

A los contertulios no les gustaba que viniera Adela, porque debían refrenar el tono de sus discursos, no porque ella lo pidiera: directamente no los miraba. Ella entraba con su gorra encasquetada hasta las orejas y se dirigía directamente a hacer alguna comida. Atilio se ponía muy contento con la llegada de ella: le decía cosas tales como «tesoro» y «preciosa», pero a ella todo eso no le movía un pelo.

Atilio llevó un día a Domingo para ver la casa; Domingo aprobó la casa: realmente estaba bien: lo que no aprobó de ninguna forma es que Marone los siguiera atrás en esa visita guiada; Marone se ofendió, después de todo él había plantado árboles ahí, y ellos siempre entraban y salían de la casa en construcción sin que Atilio les dijera nada. Domingo le echó una mirada a Marone que lo dejó clavado en el límite, parado sin saber qué hacer. No, Domingo no objetaba absolutamente nada de la casa, pero en cuanto miró alrededor, divisó con plenitud a los contertulios: lo

impresionaron sobre todo don Juan Ventura y el viejo panzón —y eso que el primero estaba en uno de esos días de silencio y recogimiento—. Don Juan le pareció una vista deplorable y el viejo gordo, una vista deprimente. Atilio había puesto un cerco bajo, de ramas. Domingo le preguntó:

—¿Vas a dejar este cerco?

—Sí, ¿por qué?

Y mirando las mesitas, dijo:

—¿Vas a traer a Adela acá?

—Claro, sí —dijo Atilio muy contento, sin percibir las dudas de su hermano.

No podía considerarse a Adela una mujer elegante, ni cuidadosa, ni bien vestida; a pesar de eso, Domingo tenía una alta opinión sobre ella porque pertenecía a una de las familias más antiguas de Moreno, muy prestigiosa. Volvió a la carga y mostrándole las mesitas con sus ocupantes, le dijo:

—¿Te parece que puede venir aquí?

Atilio no contestó; muy nervioso, empezó a recorrer la casa y le mostraba detalles a su hermano. Finalmente Domingo, con esa capacidad o incapacidad propia suya de no dejarse impregnar por ningún lugar, no miró más ni las rosas mosqueta, ni el empapelado de grandes flores celestes sobre fondo azul del comedor, ni la hermosa cocina. Estaban bien y punto; pero en cuanto a la ubicación, un desierto hubiera sido mejor. Miró a su hermano con consternación y le dijo:

—¡Yo no sé por qué siempre tuviste la cabeza en los pies!

A Domingo le regalaron un cordero; era hermoso. Era hermoso pero para él era un fastidio. ¿Dónde ponerlo? Lo dejaría ese día en la casa y después, afuera. Nidia se enloqueció de alegría: lo tocaba, le tiraba de los rulos y, cuando no la veían, apoyaba su cabeza sobre ese pelo ruliento. Por fin tendría un compañero para jugar. Lo llamó Mateo y no sabían de dónde había sacado el nombre: ella no conocía a ningún Mateo. Cuando Teresa vio que «esa chica» se pasaba la vida junto al cordero, buscó a un hombre para que se lo llevara. El hombre vino con una bolsa muy grande y quería poner el cordero adentro. El cordero se quejaba como si llorara, también

lloraba Nidia y la madre le indicó que lo llevara. El hombre habrá entendido mal la orden, porque lo mató antes de meterlo en su bolsa. Nidia tuvo fiebre y toda la noche soñó con el cordero y lo llamaba. ¡Mateo, mee! Y después decía: ¡Con la bolsa, con el chichillo! ¡El chichillo! Pasó media noche recordando el cuchillo y la bolsa y otra media llamando al cordero para que por favor, viniera.

Teresa resolvió que en adelante no entraría un solo animal a esa casa, producen trastornos de todo tipo, contagian pulgas, enfermedades y ahora «esto». Francamente, a esta altura de la civilización, ¿cómo se les ocurre regalar un cordero?

A los tres días de la matanza del cordero, murió el padre. Ni Nidia ni María entraban a la pieza donde estaba el padre. La madre le dijo a María:

—Murió papá, María.

María no lo creyó ni se acercó a ver lo que pasaba. Le tomó un odio inextinguible a esa palabra «murió», como si pronunciarla fuera causa de la muerte de una persona, como si la muerte fuera siempre provocada por un agente externo, como en el caso del cordero. María se retiró lejos, al fondo de la casa y Nidia también, aunque en otro lado; eso sí: las dos evitaban pasar por la zona donde había muerto el cordero. En la cabeza de María había una contradicción y una lucha, por un lado pensaba que los que dicen que su padre murió, mienten; pero también pensaba que los que dicen que murió, hacen morir a la gente. Esta contradicción se le aclaró bastante cuando vio desde lejos a los empleados del velorio, todos vestidos de negro y con olor a muerte de la cabeza a los pies. Cargaron un cajón y dos asquerosas columnas de metal, que brillaban al sol y que le parecieron como propias de alguna representación teatral. Más que el cajón le impresionaron las columnas de metal, como si las usara esa gente para jugar a matar. No se formaba un pensamiento definitivo: eran imágenes que variaban y se sucedían. Lo que sacó en limpio de todo eso era que había una conspiración de brujos y si bien no tenía una total certeza de que los habitantes de su casa fueran brujos, sí tenía la certeza de que estaban en complicidad con los brujos de afuera; en este caso, los empleados del velorio. Y eso le quedaba demostrado porque los empleados fúnebres se movían por todos lados como Pedro por su casa, sacaban y ponían cosas,

entraban y salían, corrían muebles. Evidentemente tenían un poder que ella evitaba enfrentar retirándose al fondo, porque se podía producir una conflagración. ¿Cómo disponían ellos de todo ese poder, como si fuera la casa de ellos? Porque alguien les había otorgado un permiso. El mismo permiso que le habían otorgado al hombre que mató al cordero y se lo llevó, ¿quién le dio permiso? Todas cosas hechas para martirizar a Nidia y a ella, que ella oyó llorar a la nena toda la noche. Todas cosas hechas a propósito. Por su parte Nidia no tenía la menor duda de que su abuelo, presencia o ausencia misteriosa, había muerto como el cordero; no paraba de llorar. Teresa entonces llevó a Nidia a casa de la tía Carolina y la dejó con ella. Al ver eso, María se alarmó más: ¿adónde lleva esa mujer a la nena, ahora, pateando y llorando? Y no la pensó más como «Teresa» ni siquiera ya como «francamente» o «justamente». Pensaba en ella como «esa mujer».

Una semana después de la muerte del padre, Domingo quería convencer a Atilio acerca de las ventajas de la modernización. Se refería a la casa del padre en Paso del Rey. Decía:

—Hay que vivir con los tiempos. La casa vieja necesita un baño adentro. —No dijo la casa de papá; la casa de Atilio quedaba conformando un bloque en el que entraban la casa vieja y la nueva.

Después reflexionó y añadió:

—Vendría bien una pileta de natación. Así viene otra gente.

Atilio se alarmó. ¿Modernizar qué? ¿Cambiándole el sombrero eterno, el de la pluma, a la señora Bern? ¿Modernizar a don Juan Ventura sería que dejase de putear y carajear, cosas que eran tan propias de él como respirar? ¿Y poner una pileta de natación para qué? ¿Para que se meta en ella el peón gordo, que no se mueve ni para pedir un vaso de agua? ¿O para sacar a cada rato a Pulenta Bern de la pileta, que sí se iba a tirar y a golpear dos por tres, movido por un impulso del destino? ¿O qué gente nueva pensaba que vendría? Atilio no estaba en condiciones de pensar en clientes nuevos, apenas podía soportar a los viejos: en cada lugar de esa casa se le hacía presente el padre, lo que decía, los árboles que plantaron juntos. Hacía todo el camino de la casa vieja a la casa nueva, la casa nueva

estaba vacía: no le respondía nada. En el caminito que iba de la casa vieja a la nueva había una higuera: cada vez que pasaba junto a ella, le daba un ramalazo de calor. Y sobre todo no podía aguantar dormir en la casa del padre, donde los recuerdos eran más fuertes; iba constantemente a dormir a Moreno. Muchas veces Domingo se ofrecía a llevarlo y a traerlo en auto —a él le dolían los pies—, pero era para hablar de la modernización. Cuando por fin bajaba del auto y se aliviaba del tema de la modernización, iba a la casa vieja y venían los recuerdos: para aliviarse de ellos, a veces iba a la casa de su novia y él le hablaba a Adela de la modernización como si fuera una idea propia, y de la pileta de natación, para aliviarse de los recuerdos: a Adela ese tema ni le iba ni le venía; a él tampoco. Y todo era un puro deambular de guatepeor a guatemala y viceversa. Un día Adela le dijo:

—Yo quiero vivir en Buenos Aires.

¡Qué alivio sintió, qué peso de encima se le sacaba! Así no tendrían la obligación de modernizar nada y pararía de caminar de un lado para otro sin descanso. Buenos Aires, Marte o Mercurio: le daba igual.

Alquiló la casa nueva y el negocio a su amigo Rodolfo, que se estaba por casar, y se fue a vivir a Buenos Aires; él iría a Paso del Rey para trabajar los fines de semana.

III

«Tut, parachín, tut, parachín». Así sonaban las piedras que María oyó caer sobre el techo y se alarmó: no era un ruido corriente que hicieran piedras al caer, aparte nunca había oído caer nada sobre esa casa. Era un ruido a intervalos regulares, como sincronizado. No parecía el efecto de alguien que tira piedras, ya que cada pedrada sonaría en forma distinta: era un ruido organizado, producido por un agente inusual. No se podía percibir la intención del tirador. Se levantó a ver qué sería y todo a su alrededor seguía igual que antes; que todo siguiera igual que antes reforzó su miedo: todo el espacio cercano a ella era aliado de ese ruido, no le cupo ninguna duda de que ese ruido le estaba dirigido, por eso a la mañana siguiente no contó a nadie que oyó caer piedras, seguramente ella sola lo había oído. Eso sí: no quiso comer porque tal vez la comida estuviese distorsionada; es más: la comida se le aparecía como lejana e irreal y el ruido de las piedras como real y verdadero, a pesar de ser extraño. No comió y no durmió durante dos días seguidos, pero nadie le dio importancia a eso: correspondía a la tristeza propia del duelo. Al segundo día de insomnio y ayuno, desapareció el ruido de las piedras y apareció otra cosa. Ella desde la cama veía su imagen en el techo, como un ectoplasma. Eran dos: una María en la cama y otra en el techo. Entonces hizo esfuerzos descomunales para unificarse, poniéndose boca abajo y concentrando todas sus fuerzas en que se borrara la imagen del techo, o más bien en que ésta se integrara a su propio cuerpo. No fuera a ser que así como había una parte suya allá arriba, toda ella fuera a unirse con la parte superior y después saliera por el techo quién sabe adónde. Con extremo esfuerzo se volvió una, pero la consecuencia fue una especie de debilidad, una sensación de estar indefensa que la hacía llorar sin parar, como si ella no pudiera cortar ese llanto. Atribuyeron eso también a la tristeza del duelo; por otra parte, María había sido siempre muy llorona. La tercera noche entró a caminar por la casa y sin darse cuenta bien de lo que hacía, entró a

la pieza de Domingo y Teresa y siguió al otro lado, dando un portazo. Teresa se dio cuenta pero lo dejó para la mañana siguiente. Le dijo:

—¿Qué hizo usted anoche?

María no contestó, lloraba ajena a todo.

—Entró usted a mi pieza.

María ni afirmó ni negó; estaba en otra cosa.

—Francamente —dijo Teresa—. Esto pasa de castaño oscuro.

Le dijo a la madre:

—Ella anoche entró a mi pieza. No puede ser que una no esté segura ni en el propio cuarto.

Teresa levantó la voz y la madre quería aplacarla; por eso retó vivamente a María y le dijo «qué era esa novedad de entrar en la pieza».

María no estaba para responder, cuando las vio a las dos retándola dejó de llorar y se le aparecieron como completamente nuevas. De lo que no le cabían dudas era del hecho de que las dos estaban en complicidad, ella quedaba afuera. Todos los brujos del universo estaban en complicidad. Por el hecho de ser brujas, no asumían ningún aspecto bestial ni feroz ni aterrorizante ante María: vendría a ser como si la brujería se disfrazara de apariencias normales. Lo realmente aterrorizante fue percibir que a esas personas ella no las conocía. Sabía que las conocía, se aterrorizaba porque debía conocerlas pero se le aparecían como desconocidas. Hablaban las dos entre sí —parecía que de ella— pero la barrera para hablar con ellas era tan grande que no podía ser franqueada. Si hablaban de ella, como lo parecía, hablaban como de una desconocida, como si ella no estuviese ahí delante, palpable. Era como si estuviese soñando pero sin la anuencia del durmiente en el sueño. Sintió literalmente que el piso se le abría: no tenía piso.

Ahí pegó un grito salvador, más bien un aullido que asustó a la madre y a Teresa: corrieron desbandadas y sin tino. Sí, esa gente desconocida corría a causa de ella o por algo que ella había hecho, por lo tanto ella existía; recuperó el piso, al menos. María sintió que algo terrible estaba sucediendo para que se produjera semejante desbande; no sabía qué. La madre ni lloró ni la tocó ni trató de reprenderla: estaba aterrorizada. Teresa fue corriendo para apartar a Nidia, sacarla afuera y de paso buscar al

médico. Por suerte o por desgracia llegó la tía Carolina con su valija llena de naranjas y la madre la puso al corriente de lo que estaba pasando. Y otra vez el conciliábulo de los brujos hablando de ella en su propia presencia. María veía como una concertación, donde resaltaban los ojos y las bocas de las personas; pero a pesar de las apariencias personales distintas formaban parte de una sola voluntad y decisión o indecisión, porque nadie la ayudaba a salir de donde estaba. Cuando la tía Carolina con su vocecita suave y neutra le dijo:

—¿Pero, María, qué te pasa, por qué me mirás así?

María le dijo:

—Yo no la conozco. Váyase de mi casa.

—Soy la tía Carolina —dijo débilmente.

María, con más violencia, dijo:

—Váyase de mi casa.

La madre le dijo a Carolina que era prudente la retirada; en el apuro, dejó la valija con las naranjas, María abrió la valija y esparció su contenido por el aire. Al ratito cayó Ramondi y la vio de lejos, porque María no le permitió acercarse. Le gritó:

—¡Váyase, brujo, pendenciero!

Ramondi se quedó hablando en el zaguán con la madre, le dijo:

—Este asunto no es de mi competencia. Buscaré a alguien.

Era como María pensaba: los brujos de adentro estaban completamente aliados con los brujos de afuera.

Domingo y Teresa decidieron alquilar una casa por un tiempo hasta que le hicieran a María los estudios que recomendó Ramondi: María no constituía un ejemplo educativo para Nidia. Para acompañar a la madre pusieron a una mujer, habituada al trato con personas perturbadas, pero no duró mucho tiempo: María le cerraba la puerta de calle con llave y la madre debía distraerla para que entrara por algún lugar posible. Finalmente la señora optó por entrar saltando por un hueco del gallinero, pero cuando María la veía aparecer por ahí, eso le producía verdaderos ataques de ira. La señora bajaba con muchas precauciones, y todo ese sigilo no hacía más que confirmar las teorías de María: ella era una ladrona hipócrita. María tenía clasificados a los brujos en diversas

categorías: los había enemeros, valijeros, alcahuetes, bolseros, hurgadores o remeschadores, bragueteros, culo de fuentón y culo de balde. Cuando vino Adán a puntear el jardín, le dijo:

—Sálgase de adelante mío, hurguete putano.

Adán apenas levantó sus grandes cejas y se puso a escarbar la tierra, como si no pasara nada. La artillería destinada a Adán era «hurgue moco, hurga bragueta y hurga tierra». El hombre vino dos o tres veces y no apareció más, se comprobó entonces que no era sordo. La categoría de hurguete o remeschador era también aplicable a cualquier operario que reparara algo en la casa. El pocero, que bajó hasta el fondo del pozo con una soga, aparte del epíteto correspondiente a su categoría, recibió insultos peores y además maldiciones y también deseos vociferados de que ojalá se quedara varado dentro del pozo y no pudiera salir nunca más. Una categoría conspicua era la de los enemeros putos, que succionan la sangre de la gente, éstos eran de lo peor: dañinos a conciencia, brujos que hacían el mal por el solo placer de joder a los demás. En cuanto a la madre, entraba en diversas categorías y estatutos: a veces le decía «amarilla» con bronca, porque en su cara veía un tono de ese color y según las circunstancias, podía ser víctima o victimaria. Podía ser víctima de los varones brujos chupasangre que la volvían de ese color y además alcahueta de los varones, o victimaria al producirse ella misma, vaya a saberse para qué malos fines, ese color que le quedaba tan mal. La tía Carolina y Nidia eran brujas menores, solamente alcahuetas; Nidia fue una vez de visita a la casa y salió corriendo justo cuando María la recibió con cariño porque estaba en un momento de paz y meditación. El hecho confirmó su teoría: salió corriendo para alcahuetear algo a los brujos. La tía Carolina nunca dejó de ir a la casa, a pesar de las tempestades: esperaba pacientemente que le abrieran porque ella debía dejar su valija con naranjas. Ella era llamada «valijera alcahueta»; la señora especializada en personas con problemas era «culo de balde», pero nunca se dio cuenta de que esa denominación estaba dirigida a ella. Brujos superiores, dignos de diatribas memorables, eran los del cementerio y el doctor Ramondi. En su discurso había acerbas críticas para los que mencionaban a ambos, por ser productores de cataclismos al mencionarlos, pero ella misma los invocaba

de modo paroxístico; debía ser la única forma adecuada de alejarlos. Empezaba con Ramondi, las inyecciones y los enemeros. Por momentos el discurso de María se desarrollaba en un tono deliberativo, con acotaciones del tipo «se debe o no se debe» o «si alguien piensa que» pero cuando desembocaba en el tema del cementerio y sus brujos correspondientes, involucraba a todas las clases de brujos y terminaba así: «Ojalá que creparan todos».

Domingo y Teresa eran todo lo felices que se puede ser en este mundo, con algunos pequeños contratiempos. Teresa, que jamás había plantado una semilla, bordeó toda esa casita blanca con un cantero de pensamientos y fresias; cuando Nidia se los pisó, la zamarreó un poco y Nidia gritaba:

—¡Que creparan! ¡Que creparan todos, todos!

—¿De dónde sacó la nena semejante vocabulario?

¡Ah, ya sabía ella de dónde, qué mal ejemplo, qué vocabulario! A «ésa» habría que internarla, en lo posible en el Mato Grosso.

No la internaron en el Mato Grosso, sino en la clínica del doctor Lafayette; la internaron cuando le dio un empujón tan fuerte al lechero que no quiso venir más. La madre demoró bastante en hacerlo, pese a los deseos de Domingo, porque o bien podía ocurrir un milagro —Dios bien podía acordarse de ellos— o María misma podía sosegarse con tantas píldoras como había ahora —el problema sería hacérselas tomar— o con voluntad de la propia María: a lo mejor ella por sí misma se daba cuenta de que todo estaba pasando de castaño oscuro y se reportaba. Tal vez también algún susto, como cuando ella le gritaba al lechero o al panadero y la madre se hizo ayudar por un vecino. Pero el vecino se prestó para hacerla callar dos o tres veces y después no quiso hacerlo más, porque terminó asustado él, insultado e impotente ante esa lengua. No pudieron hacerle los estudios específicos porque no dejó entrar a los médicos, que vinieron de a tres y hablaban y se consultaban entre sí: viéndola de tan lejos, en dos minutos decidieron que debía internarse y así fue. En el lugar de encierro no gritaba ni molestaba, no ofrecía queja alguna: sólo que se quedaba las horas bajo el sol, no hablaba con nadie y su pelo había encanecido totalmente. Cuando Atilio la fue a visitar y la vio con la piel

tan quemada y reseca, le dio la impresión de encontrarse con otra persona, como si de tanto estar al sol hubiera meditado algo y se hubiera calmado; como si hubiese desmejorado físicamente, pero mejorado muchísimo en cuanto a la moderación. Cuando María lo vio, lloró y le dijo:

—Por favor, Tilo, llevame a casa, me quiero ir con vos. Preparo todo y nos vamos.

Había desmejorado tanto físicamente, no comería. María se tocaba los brazos calcinados por el sol. Le dijo:

—Mirá cómo me hicieron venir el pelo blanco y esta piel tan dura y fea.

Sí, había mejorado del entendimiento pero podía llegar a morir de hambre en ese lugar; se ve que ese aspecto no había sido cuidado. María añadió:

—Yo te prometo que me voy a portar bien.

Prometió tanto que se iba a portar bien y era tan impresionante su estado físico, que Atilio la sacó. Domingo no estaba tan seguro de sacarla y Teresa menos. Teresa pensaba que francamente, María y la madre podrían ir a vivir a la casa chica —en caso de que la madre aguantara a María— y ellos a la casa grande como corresponde. Por otra parte Teresa se había encariñado con esa casita blanca y justamente ahora que plantaba sus pensamientos, abandonarla… Aunque francamente, lo que se podía hacer era vender la casa grande y comprarles una casita cualquiera a la madre y a María; eso sí, un poco alejada de ellos, caramba, a esta altura de la civilización el teléfono llega hasta la China.

Cuando Domingo comunicó este proyecto de Teresa a la madre —lo comentó como propio— la madre no lo compartió. Dijo que María no se adaptaría a ninguna casa nueva, porque ya había cosas que desconocía en su propia casa vieja. Les ponía nombres extraños a las cosas comunes, como si fueran otras, ¿qué pasaría en una casa nueva, con todo desconocido? Ella se comprometía, con la ayuda de Dios, los medicamentos y con el auxilio de ese vecino piadoso (tan piadoso como su mentira en relación a la ayuda: Dios no castiga esas pavadas) a hacer esfuerzos para enderezarla.

Cuando Atilio la sacó y la llevó a la casa de la madre, María estaba de lo más tranquila: dijo que había estado en un colegio: no, ropa no tenía; en ese colegio se la habían robado toda: había muchos ladrones. No levantó presión: era como si fuera lógico que los ladrones robaran en los colegios. Eso sí: se mostró muy tímida e inhibida, pidiendo permiso para todo, para agarrarse un pancito o para dar una vuelta. La madre, impaciente ante todo permiso, le dijo:

—¡Ma sí! ¿Qué te pasa?

María ponderaba todo, como una visita muy cortés, comía lentamente, como asegurándose algún derecho de permanencia en ese lugar y de vez en cuando escondía las manos, que estaban negras, flacas y ajadas.

Atilio se adaptó inmediatamente a la vida de Buenos Aires; consiguió trabajo como encargado en una fábrica que estaba enfrente de su casa, se hizo amigo de los del café de la esquina que pertenecían, casi en su totalidad, a la Unión Cívica Radical. Ahí estaban Cuatrojos, el Colorado y don Ramírez. Don Ramírez no pertenecía a la Unión Cívica Radical, era comunista, pero era un hombre que sabía tantas cosas sobre el país y el resto del mundo, que les ampliaba el panorama a todos. Eso sí: a las cartas él no jugaba: jugaba al ajedrez. Un Cinzano tampoco tomaba: sólo café. En cuanto a Adela, trataba de amasar cantidades industriales de harina; como la masa no se armaba, tiraba todo sin ningún problema. Volvía Atilio del boliche y cocinaba, el rol de ella era ayudante de cocina. Pero en todos los otros rubros de la vida ella era comandante y a Atilio le encantaba que lo fuera; seguía diciéndole «preciosa» y «mi tesoro». Eso sí: los sábados y domingos se iba a trabajar al negocio de Paso del Rey con Rodolfo y su mujer, Elena. Se llevaba un par de zapatillas, un pantalón y una camisa vieja y allá iba. Elena y Rodolfo modernizaron todo tan bien que era un gusto mirar tanto el negocio como la casa de Atilio. En el jardín de ésta, Elena plantó rosas mosqueta, dalias, fresias y frutales. Puso cortinitas a cuadros en la cocina, que tenía una ventanita desde donde se veía pasar el tren y en el comedor una cortina azul y almohadones haciendo juego. A Atilio no le molestaba para nada que vivieran otras personas en su casa; no le gustaba a él encargarse de la modernización y del arreglo pero que ellos

lo hicieran, le encantaba. En cuanto al negocio, Rodolfo hizo cambiar los pisos y los estantes; siempre tenía la mercadería que la gente precisaba y no le era necesario prometer nada. Atilio dormía los sábados en la casa vieja, que había quedado igual que antes, pero ahora parecía abandonada.

Pero como al lado mismo tenía su propia casa habitada por todas esas novedades, se consolaba. Don Juan Ventura y la barra venían sólo los sábados y domingos, cuando estaba Atilio: el único que iba todos los días era el peón gordo que se había jubilado; él no molestaba ni se metía con nadie; verdaderamente no se veía ninguna diferencia en su vida anterior o posterior a la jubilación. Don Juan Ventura había adquirido una compostura propia de la modernización; ahora entraba más gente al negocio y no podía estar diciendo «puto sol» a cada rato, como antes. La compostura no le sentaba físicamente: se lo veía demacrado, como apagado, pero no entregado. Sus miradas de rabo de ojo encerraban rencores, venganzas y deseos de asesinar a alguien.

Atilio iba contento a Paso del Rey; el problema se le planteaba cuando se iba acercando. Se preguntaba: ¿Me bajo en Paso del Rey o en Moreno? Debía pasar primero por lo de la madre, pero cuando pensaba en que bajaría en Moreno, le daba una inquietud tan grande que lo hacía recorrerse todo el tren, de una punta a la otra. No era para menos: si María estaba de buen talante, le abría —aunque también era probable que ella cambiara de humor durante la visita de él— y entonces debía dejar a la madre sola, frente a un largo discurso; no se presentía ni de lejos cuándo podría terminar. Algunas veces tampoco podía entrar, porque María le vedaba el acceso. Prefería ir a Moreno primero, así después yendo al negocio ventilaba sus pensamientos. Porque si dejaba la visita a Moreno para el domingo, antes de volver a Buenos Aires, su vuelta era lamentable, no sólo por el eco de los discursos de María en su cabeza, sino también por el estado en que se encontraba la casa de Moreno. Había olor a humedad en esa casa, pero no era el de una humedad corriente, era como si arrojaran agua y talco o algo así: era un olor a tiza intenso. Las plantas estaban mustias, los muebles sacudidos y rotos, a veces no había luz, porque María no dejaba entrar al electricista. Por eso Atilio trataba de ir antes a Moreno, sin pensar en nada, como un autómata que cumple una función. Si cuando

llegaba a lo de María había sermón, después de una hora, hora y media, la madre le decía que se fuera, que a ella esos discursos no le hacían ni fu ni fa, más aún: estaba acostumbrada. No la escuchaba.

Domingo se enteró mucho tiempo después de todo lo que pasaba en la casa de su madre, bah, en su casa; él creía que María guardaba la misma compostura que trajo del sanatorio. Porque una vez que la oyó gritar, le dijo: «Si seguís así, te interno de nuevo» y ella se calló y se retiró a un rincón con la cara incendiada por la ira. De modo que a él nunca le negó la entrada a la casa: él entraba lo menos posible, sólo para llevar unas horas a la madre a su propia casa, para que gozara de un ambiente más confortable. Durante todo el trayecto en auto Domingo hacía una apología del confort y de las comidas ricas y frescas, lo que él no sabía porque la madre no contaba era la procesión que le tocaba a ella, a la vuelta de la visita. Lo de menor calibre era «alcahueta de los varones» pero si la rabia era mayor, podía llegar a decirle «ramera». La madre no se ofendía por los insultos de grueso calibre, como si no estuviesen dirigidos a ella, pero cuando una expresión de María pasaba de castaño oscuro, pensaba que estaba tentando a la ira de Dios. Había aprendido a no decirle nada, porque era para peor. Al principio le decía:

—¡Guarda esa lengua!

Pero las observaciones suscitaban discursos más encendidos aún. Por ejemplo María asociaba la expresión «Guarda esa lengua» a procacidades o cosas siniestras. Menos mal que seguía yendo Carolina, cuando podía entrar: se sentaban las dos bajo la higuera y Carolina daba por terminada la visita cuando María empezaba a tirar grandes baldes de agua, cada vez más cerca de ellas. Carolina decía, con su vocecita suave, como si no pasara nada:

—Buenas tardes, María. ¿Cómo estás?

Y María, si estaba de humor, imitaba la voz de la tía Carolina y decía:

—Marría está bien.

Menos mal —pensaba la madre— que tenía vecinos protectores, los de enfrente. Si bien la casa era muy sólida y autosuficiente, se oían los insultos y portazos que echaba a los proveedores y algunos vecinos no

estaban de acuerdo con la conducta de María. Los de enfrente sí: no porque pudieran ayudar, no estaban en condiciones, pero sí en cuanto al apoyo moral; doña Petrona, la de enfrente, tenía dos hijos albinos y otro medio tonto y una madre comprende siempre a una madre: las dos tenían su cruz. Pero María, que espiaba durante bastante tiempo por la ventana, no comprendía la cruz de la madre de enfrente: muchas veces cuando veía a los albinos o al grandote tonto, la visión de éstos le producía un encendido discurso, tal vez por su afán de perfección. Lo que no había encontrado la madre era un santo protector de los locos: los había de los caminantes, de los moribundos, de los enamorados, de los descarriados y de los navegantes; aquí no había ningún santo protector a quien invocar. También, quién iba a agarrar ese cargo tan pesado, de tanto trabajo.

Cuando iba a lo de Teresa, la madre relativamente descansaba. Relativamente porque Teresa, que no iba jamás a casa de ellas, la indagaba.

—Francamente. ¿Usted la aguanta?

—Sí —decía la madre—. Estoy acostumbrada.

Ya veía la madre por dónde venía la mano: por el lado de la internación. Pero si la internaban, ella iría a vivir con Domingo y Teresa; prefería vivir con María. Teresa había observado detenidamente «su» casa desde afuera. Le preguntó:

—¿Qué le pasó al llamador?

—No me di cuenta —dijo la madre—. ¿Qué le pasó?

—No está más. Justamente quería decírselo hoy.

—¡Ah! Viene tan poca gente…

«Fracamente», pensaba Teresa. Esa casa tan sólida, tan hermosa (Domingo le había dicho al pasar que estaba un poco desmejorada), quisiera saber ella cómo estaba por dentro, pero era imposible saberlo. Ellos tenían dinero ahorrado como para comprar otra casa similar, pero no era el hecho, no era el hecho. Salvando las distancias y los matices, Teresa quedaba después de ver a su suegra como María cuando espiaba a los albinos de enfrente y se encendía.

La parte buena de la visita de la madre a esa casa era cuando Nidia le mostraba vestidos y juguetes. La nena tenía vestimenta para lluvia, para

playa, para campo y para fiesta. Tenía también juguetes para diario y de lujo. Podía usar como quería los juguetes corrientes, pero los muñecos costosos le estaban vedados: sólo se podían atisbar, pero no bajar de las alturas de los roperos. En un momento de la charla de la abuela con Nidia sobre juguetes, vestidos y otras hierbas, Nidia le dijo:

—Abuela, te quiero decir algo.

—Dice, dícelo.

—Nada, nada —dijo Nidia.

Y no se pudo saber, porque apareció una vaquita de San José en una planta y desvió la atención de las dos.

La modernización de la casa de Atilio realizada por Rodolfo y Elena no se parecía en nada a la que habían logrado Domingo y Teresa. Éstos guardaban todas las porcelanas costosas y los jarrones en la parte más alta de los roperos. Los objetos y vajilla de uso diario eran sólidos y adecuados, pero había en esa casa como un aire a «acá estamos un tiempo», como si no hubieran colonizado totalmente el lugar. Elena y Rodolfo no tenían vajilla costosa ni muebles color roble oscuro, tenían en la cocina una alacena pintada por Rodolfo, de color clarito; Elena le hizo unas cortinas al tono. Tenían un gallinero muy chico; Rodolfo pintó la verja del gallinero de color verde oscuro: más que gallinero parecía un zoológico en miniatura, con gallinas corrientes, gallinas y gallitos pigmeos; había un conejo y un gato color té con leche que andaba libre, pero siempre volvía. Rodolfo hacía la huerta —nunca la había hecho antes — y cada vez que cosechaba tomates o albahaca se ponía tan contento y orgulloso como si en vez de nacer de la tierra los hubiera inventado él. Cuando venía la madre de Elena para acompañarla un rato mientras cosía y miraba la huerta, a su hija y a su marido que tenían trabajo, exhibía una cara de agradecimiento tal que era visible para todo el mundo; esa madre estaba tan agradecida que trataba bien a toda la gente, no vaya a ser que se acabe tanta bonanza. Elena, vista de una primera ojeada, no parecía lo que se dice «linda», pero mirándola detenidamente, tenía una expresión de paz y armonía que la hubieran vuelto querible acá y en Birmania. Rodolfo era un muchacho de aspecto muy corriente, con algo de vergüenza y

desconcierto, resuelto siempre a reparar cualquier error que cometiera; esos desconciertos repentinos lo hacían más simpático a los clientes.

—Allí está el azúcar, Rodolfo, en qué estará pensando.

—Es cierto, es cierto —decía él riéndose.

Se desconcertaba porque trabajaba mucho y estaba cansado. Había puesto otros mosaicos a las mesitas, había hecho de lo viejo, nuevo. Cuando cerraba el negocio a la noche sabía que Elena lo esperaba junto a la ventana por donde veía pasar el tren, cosiendo y a veces mirando, nomás. Si la veía distraída, mirando para afuera, entraba sigiloso sin hacer ruido y la asustaba: a veces se paraba en la puerta y se quedaba mirándola, sin decir nada, con esa sonrisa vergonzosa. Ella le decía:

—Entrá. Estás en tu casa.

—¿Se puede? —decía él.

—Entre nomás, señor —decía ella.

El tren pasaba cerca, casi al lado, como una presencia amiga; el que iba a Chivilcoy, el largo de carga, con su ruido diferente. Alguna vez, alguna vez ellos irían también a Chivilcoy, o a otro lugar. Por ahora, no: debían cuidar el negocio, los pollos, el conejo y la huerta.

Ni los vecinos, ni los santos, ni el espíritu de concordia y moderación salvaron a María y a la madre de lo que vino después. María le tiró un balde de agua a un alto funcionario del registro catastral que se acercó enfurecido y la quiso zamarrear; ella lo empujó con fuerza y el funcionario fue a caer sobre un postigo de una ventana semiabierta y se hizo un tajito. No era el golpe, repetía el funcionario, era el hecho. Teresa coincidía en todo con el funcionario: no era el golpe, no importaba que fuera un tajito nomás, importaba el hecho. Hubo presión entonces para internarla nuevamente; la madre dijo que la esperaran un poco, a ver si encontraba otra solución. El sábado siguiente planteó el problema a Atilio, lloró un poco, dijo que ya estaba vieja, no podía responder muchas cosas a la vez: hacía una semana que no encontraba el palote de amasar y tal vez lo había escondido María pero ella antes se hubiera dado cuenta de cuándo y dónde lo había escondido y ahora no. Dijo que esa casa era muy grande y se había vuelto peligrosa por la humedad, de tantos baldes de agua que tiraba María

en sus momentos de decisión. Ella ya había pasado una gripe —dijo una gripa— y estaba un poco cansada de María: quería tenerla cerca, pero no tanto. Dijo también que ella siempre se iba a hacer cargo de María porque al fin y al cabo era una hija: sólo Dios sabía por qué se la mandó y por qué no la hacía morir; ella debía vivir por lo menos hasta que muriera María. Sólo deseaba para ella que muriera cuando pasaban muchos días seguidos de ira: pero, si estaba como ahora, también tenía sus momentos llevaderos, tranquilos. También estaba un poco preocupada porque le estaba arruinando la casa a Domingo; más preocupada por Teresa que por Domingo. Ahora ella pensaba —a ver qué le parecía a él— que María, en la casa de Atilio a lo mejor pasaba más desapercibida; todo allá estaba más despoblado y a lo mejor en un lugar nuevo se moderaba un poco. Por eso ella le quería pedir a Atilio; bien sabía él que ella nunca pedía nada, no era de pedir nada a nadie, pero ahora ella había pensado en la casa de Atilio de Paso del Rey.

—Pero, mamá, está alquilada —dijo él.

La madre dijo que no importaba; había que esperar un poco hasta que se desalquile; ella iría a vivir a la casa vieja, la del negocio —María no podía estar junto al negocio por razones obvias— y entonces iría a la casa nueva, más aislada, con más verde para desahogarse. Desde la casa vieja ella le llevaría comida, la miraba un poco y si estaba buena, por qué no, le hacía compañía. Y le dijo que ya le fuera anunciando a sus amigos que ella, cuando estuviera en la casa vieja, les dejaría todo limpio y ordenado.

—Pero, mamá, está alquilada.

La madre le dijo que uno va anunciando para el día de mañana, cuando termine el alquiler. Y añadió que él de los tres hijos siempre había sido generoso, pero no con cualquier clase de generosidad: generoso de corazón. Le dijo que él siempre había tenido un corazón de oro, ella siempre rogaba especialmente por él para que le fuera bien en todo.

Toda esta conversación era posible porque efectivamente María tenía un día bueno: se había sentado al sol y en los bordes libres de un diario viejo dibujaba unas muñecas rulientas con cara de mosquita muerta. Nadie que la hubiera visto así, tan concentrada en su tarea, podría haber

imaginado que tuviera un incidente con un funcionario del registro catastral.

Atilio se fue a Paso del Rey como un autómata y transmitió toda esta conversación a Rodolfo. Éste dijo, dolido:

—¡Pero, Atilio!

Y después, alarmado:

—¿Y el negocio?

—El negocio, no; como siempre.

Rodolfo se alivió un poco y Atilio tímidamente le dijo que si él quisiera, si Domingo estuviera de acuerdo, si los dioses fueran favorables, él podría tal vez alquilar la casa de Moreno.

Rodolfo, dijo:

—Es muy grande esa casa. Es muy lejos. Atilio, todo dicho así, de sopetón: igual quedate tranquilo: no te pienso estorbar en nada.

Cuando llegó a Buenos Aires, Atilio le contó a Adela toda la ronda de las casas y Adela dijo:

—Bah, las casas no sirven más que para incordio. Uno debería vivir en un hotel.

Así fue como Rodolfo y Elena se fueron a modernizar otra casita, con sus cortinas, su alacena y los gallitos pigmeos. La madre se fue a la casa vieja del negocio y estaba tan contenta de estar con Rodolfo que le sugirió a éste por qué no venía Elena a almorzar ahí, todos los días: ella les hacía la comida. Domingo las mudó de casa una mañana de sábado y les prestó dos grandes valijas: valija era una palabra que ya María odiaba y en adelante odió más. Pero como ella ante Domingo no se rebelaba, se mudó de lo más sumisa: eso sí, su cara tiraba a rojo bordó. Como se encontró en casa de Atilio con tantas novedades, los primeros días fueron de desconcierto, desconocimiento y reconocimiento. Para María era indudable que los brujos habían hecho desaparecer esos muebles de la casa vieja para ponérselos ahora ahí quién sabe si con buena o mala intención; pero por suerte los había recuperado y ahora eran todos de ella, como así también las revistas que quedaron en un estante: eran de treinta años atrás. También había un sobre con fotos, de parientes de la prehistoria y la historia pasada,

algunas fotos eran de parientes indiscernibles. No era problema en general ni la época de las revistas ni la de las fotos: las iba completando con nombres nuevos o mezclados: algunos parientes se le aparecían representados en las revistas y viceversa: en algunas fotos familiares creía encontrar a Caruso, Greta Garbo y otros. Abrió la valija muchos días después. Las colchas viejas, desteñidas, pero con unos hilos dorados, le parecieron muy lujosas: a las colchas no las recordaba, pero ahora eran de ella: le pertenecían. Eso sí, había un inconveniente. Detectó dos tipos de olores; uno, propio de los muebles viejos, como a moho y un olor nuevo, que ella desconocía, al que consideró engañoso e intrigante. Para conjurarlos se puso a tirar baldes de agua por toda la casa, que sacaba de una bomba ubicada en el patiecito delantero. El primer día que llegaron, la madre la miraba desde la casa vieja, cuando la vio tirando agua se tranquilizó: María tiraba agua y revisaba las rosas mosqueta. La madre trataba de que María no la viera, para no producir un cambio de situación: quería tener un día siquiera de tranquilidad. La madre se puso a mirar las dos habitaciones de la casa vieja; eran tan oscuras que parecían dos tumbas. Abrió la ventana para que entrara un poco de luz y para que se fueran los microbios, todavía estaba la tranca que su marido ponía en la puerta para defenderse de los ladrones. Era una tranca pesada y ruidosa, bien la conocía ella; trató de moverla y entonces recordó cómo la movía él: con mucho orgullo, porque pensaba que esa tranca volvía invulnerable la casa. Como siempre fue un hombre equivocado en todo, pensó la madre, porque por más que ella casi no podía moverla, un ladrón fuerte la derribaba de una patada. No supo dónde ponerla y era un incordio: se la hizo poner a Rodolfo detrás del ropero, no quería verla, le traía recuerdos y no quería acordarse de nada. Tampoco podía: debía espiar a cada rato para ver cómo funcionaba la otra casa. No era para menos, cuando dejó de mirar un rato y volvió a la inspección, vio en el patiecito delantero los dos grandes armarios, pesados. ¿Cómo los habría sacado? Los había sacado seguramente para ventilarlos. Al rato miró de nuevo y María estaba sentada al sol leyendo una revista. ¿De dónde había sacado la revista? ¿Y qué tenía en la cabeza? Otra revista. María estuvo mucho tiempo leyendo pacientemente al sol, pero la madre temía que no pudiese entrar los

armarios; más: temía que no pudiese entrar a la casa, no parecía haberse hecho un lugar. Entonces le pidió a Rodolfo que le ayudara a entrar los armarios, de paso le dejaría comida. Cuando María vio a la madre y a Rodolfo juntos, le dijo:

—Mamá, vos venite acá conmigo, porque vos sos de nosotros, mamá, no de los otros.

No se lo dijo gritando, lo dijo un poco alarmada y volvió a decirle a Rodolfo:

—Ésa es mi mamá, señor.

Él no contestó y María lo dejó entrar como un mal necesario, porque efectivamente no podía pasar ella adentro con los armarios en el paso. Cuando estuvieron adentro, le dijo lastimera:

—¿Venís, mamá, aquí conmigo?

—Sí, sí, mañana voy —dijo la madre y se fue ligero, para no escuchar lo que fuere.

María lloraba lastimeramente. Siempre había sido así: la madre se iba con los otros, los otros la inducían a quedarse con ellos, le hacían daño, la volvían amarilla, pero ella siempre los prefería y quién sabe qué misterio había en todo eso, para que siempre fuera igual. María se durmió muy tarde, llorando.

Los albinos de doña Petrona no salieron más a la calle; mejor dicho, salía el albino varón al atardecer, para hacer algún mandado sencillo pero pasaba desapercibido, circulaba ahora mucha gente por la cuadra. Al lado de la casa de doña Petrona habían construido dos chalecitos; chicos, pero muy cuidados; los sábados y domingos el dueño de uno de ellos cortaba el pasto con la máquina y en pantaloncitos. De modo que doña Petrona estaba acostumbrada a cierta modernidad, pero no a tanta como la que ostentaban los nuevos inquilinos de la casa de la madre. Eran gente de la capital y de esa gente se podía pensar cualquier cosa: que se quedaran para siempre ahí, que vivieran seis meses en Buenos Aires y seis en Moreno, que se mudaran a los dos meses a otra parte. La madre le había confiado a doña Petrona el cuidado de los pollos. La señora Brown, la nueva inquilina, cuando vio los pollos, dijo:

—¡Ay! ¿Qué hacemos con esto? No soporto a las gallinas, son el bicho más estúpido que hay.

Doña Petrona, que nunca oyó decir algo así de las gallinas y nunca había pensado si eran estúpidas o perspicaces, le dijo tímidamente:

—¿Me las puedo llevar?

—Sí, llévelas, nomás —dijo la señora Brown, que andaba siempre en pantaloncitos y no parecía una señora madre: parecía la hermana mayor de su hija de once años.

Inmediatamente, el chico de diez años dijo:

—Mamá, no las regales todas; queremos vender algunas.

Y así fue como doña Petrona se llevó la mitad de las gallinas y los chicos Brown pusieron la otra mitad, con gran regocijo y desbande, en unas bolsas y se sentaron en la vereda para venderlas. Nadie las compró y se les escaparon; vieron a lo lejos a una viejita que recogió como dos, ligera como un tiro. Según la señora Brown y ellos mismos, fue una experiencia inolvidable.

El señor Brown no limpiaba el auto como el vecino del chalecito que cortaba el pasto; como estaba viejo el artefacto, lo iba a limpiar cuando lo vendiera. Doña Petrona vio en la casa de enfrente toda clase de modernizaciones, como no había visto en veinte años. Por empezar cambiaron la cocina económica por una de gas —la señora Brown se sacó una foto junto a la cocina económica antes de tirarla quién sabe dónde— y los chicos salían en bicicleta y en patines desde adentro de la casa, como si no hubiera adentro y afuera. La señora Brown les dio permiso para hacerlo, porque a su vez pidió autorización a Domingo para derribar una pared: no se usaba más vestíbulo y comedor: se usaba integrar todo en un gran ambiente, como contraprestación ellos cambiarían todo el piso: quedaría un *living* comedor de gran tamaño. Domingo dijo que sí, era una buena idea, esa casa necesitaba un impulso nuevo y bienvenido sea. Porque la señora Brown pensaba que esa casa era sólida y cómoda para ellos, pero… un poco pesada, un poco masacote, con vestíbulo antiguo, ese comedor oscuro, le faltaba *swing*. Después de la transformación del comedor, igual los chicos siguieron saliendo en patines y en bicicleta desde adentro: se habían acostumbrado. La señora Brown también

determinó que había que sacar las palmeras: una en cada gran cantero del jardín. No eran altas como las palmeras del Caribe, eran bajitas y quedaban como estúpidas en medio de tanto verde. Mejor jardín liso, americano, que permite ver el horizonte. Más adelante ella pediría permiso para poner una pileta de natación. Los chicos de la señora Brown ya se habían recorrido todo el pueblo como si fuera un pañuelo, en bicicleta, en patines, en colectivo —ahora había colectivos— y se habían apropiado de un terreno baldío que había como a tres cuadras; ese terreno era campamento, centro de deliberaciones para organizar las partidas, y punto de convergencia de las vueltas. A veces volvían sucios o con la ropa desgarrada: la señora Brown no los retaba ni les ordenaba bañarse: ellos se bañaban cuando se les daba la gana. El señor Brown aprendió en esa casa a hacer asado: fue toda una experiencia. Lo hizo en el garaje y puso tanto querosene, los chicos juntaron tantas ramas y palos en la vereda y salió tanto humo, que doña Petrona decidió que ahora sí le correspondía ir a ver. Ella no era ninguna metida, pero tal vez había algún peligro. Cuántas veces, mientras los espiaba por la ventana, doña Petrona pensó en qué pasaría ahí dentro y ahí tuvo la ocasión, porque pudo circular libremente. La señora Brown la consultó sobre un bicho del jardín (doña Petrona no se acordaba, hacía muchos años que no tenía jardín), pero pudo ver el cuartito de atrás, donde antes Atilio guardaba los volantes de la Unión Cívica Radical y después Teresa guardaba los escobillones, ahora convertido en cuarto de chicos: le habían abierto una ventanita y parecía una cómoda cabina de barco.

Como doña Petrona prácticamente no hablaba con nadie, salvo con una hermana vieja como ella, que venía de tanto en tanto, cuando su hermana le preguntó quiénes eran los vecinos nuevos de enfrente, le dijo:

—Ah, ellos son muy modernos.

Y su tono de voz expresaba terror y fascinación al mismo tiempo.

Una vez que María reconoció el terreno —miró los árboles, leyó las revistas y sacó las fotos al sol, ventiló los armarios, prendió y apagó muchas veces las llaves de luz—, al otro día fue tímidamente hasta la otra casa para llamar a la madre. Se detuvo en la zona de la higuera, a ésta la

recordaba; pero más allá había tantos cambios en relación a cuando ella vivió ahí de chica, que no conoció el lugar. Se llenó de perplejidad, como cuando uno sueña con la casa de la infancia y sabe que es esa casa, pero en realidad, su apariencia es totalmente otra. Cerca de la higuera le dieron fruta, verdura, pollo y leche. Revisó todo bien, ya que venía de la zona marciana, digamos, comió una parte y tiró lo que consideraba nocivo. Hasta ahí su ánimo estaba entre deliberativo y triste, pensaba en qué sería de la madre, de su casa de antes, pensaba en los grandes movimientos de gente que van para allá y para acá, vaya a saberse qué o quiénes los impulsaría, adónde iría toda esa gente que desaparece, todas las reflexiones de esa noche parecían terminar en un «quién sabe» prudente. El problema se armó cuando abrió la valija: había pasado un tiempo y la ropa estaba arrugada. Ella no la vio simplemente arrugada: le pareció vomitada o arrastrada por grandes perros, toda amontonada sin ningún orden ni significado en la valija, ¿quién se la puso ahí?, ¿cómo es que ella no vio al brujo putano que hizo un bollo de su vestido gris, que bien lo colgaba ella de una percha y muchas veces lo miraba ella en su casa, colgadito en su percha, perfecto, aunque no se lo pusiera nunca? Allá había brujos, pero acá había también de otra clase: brujos que masticaban la ropa. Y esa valija que ella no conocía, ¿de dónde salió? De la raza de los valijeros alcahuetes, de la valijera de las naranjas, engañadores, dicen que les ponen naranjas y después les ponen ropa. Cambian y degradan el contenido de las valijas sin que uno pueda hacer nada, la valija también se presta a todo eso. De la consideración de las valijas pasaba a los portadores. Decía: van a Carhué —decía «Carrué», acentuando la «rr» con rabia—. Después parecía remedar a alguien que nombrara la valija y decía «Y la valica», la valica como si censurara irónica pero suavemente la existencia estéril de la valija. Pero de repente, cuando veía la valija abierta y vacía delante de ella, con su interior negro, se iba exaltando y la nombraba de mil formas, le decía la bolsa, la bursa y otra vez pasaba a los bolseros y sus oficios inicuos. Cuando disminuyó un poco el tono del discurso, que cerró como muchas veces con «Es así», «Tenés razón, Estela» (se autodenominaba Estela), ella agarró tranquilamente aguja e hijo de la valija, con la seguridad del que sabe que están allí, y se cosió un

botón. Quedaban coletazos del largo discurso mientras cosía. Cosía como si fuera una actitud secundaria, automática, como si lo principal fueran los considerandos, como lo hacen las mujeres mientras charlan animadamente de alguna cosa. Después tiró la valija al jardín y se durmió: eran como las cinco de la mañana y cayó en un sueño profundo y reparador hasta el mediodía. Por suerte todo ese discurso fue de noche, cuando Rodolfo cerraba el negocio y se iba a su casa; la madre algo oyó, pero no pasaba de castaño oscuro, era una perorata bastante uniforme.

La tarde siguiente María tuvo una sorpresa más que agradable; llamaban a la puerta, en el portoncito de entrada, Nidia y una amiguita. Domingo había ido a visitar a la madre pero no se acercó a lo de María: desde lejos, parecía todo en orden. Nidia tuvo permiso para ir un ratito a la casa de María con todas las recomendaciones del mundo: que volvieran pronto, que no comieran nada ahí, que no se ensuciaran las medias blancas en la casa de María. Las chicas iban con un pito, una matraca y unas cornetitas, todo puesto en una bolsa. Cuando María vio a Nidia, se emocionó. Le dijo:

—¡Nena! ¿Dónde te habías escondido todo este tiempo?…

La otra nena, ni corta ni perezosa, dijo:

—En la casilla de la estación.

María preguntó:

—¿Y vos cómo te llamás?

—Rosita.

—No, qué te vas a llamar Rosita. Te llamás Maribel.

Maribel era el nombre de una revista de las que había encontrado María en la casa. Rosita estaba a punto de defender su nombre propio, pero como Maribel le gustó bastante, no dijo nada; en cambio revoleó un poco la matraca, con osadía. Nidia le había contado que tenía una tía «rara». Rosita pensó que era un poco extraño el aspecto de la tía y la valija tirada en el patio, pero a lo mejor ella usaba un sistema distinto para ventilar valijas. Pero en general, lo estaban pasando muy bien. Nidia preguntó tímidamente:

—¿Yo puedo usar la matraca?

María le dijo que no sólo podía, era lo que iban a hacer todas inmediatamente. Cuando estaban en lo mejor de ese festejo de carnaval, Domingo se acercó a la puerta, siempre tratando de que María no lo viera, para buscar a las nenas. Nidia lo vio y le dijo a María:

—Nos vamos.

Nidia estaba un poco nerviosa, temía que su amiga pensara algo malo de su tía, pero Rosita no sólo no pensaba nada malo, sino que estaba encantada.

María les dijo:

—De acá no se van hasta que no bailen alguna cosa.

Rosita o Maribel dijo solemnemente:

—Ahora voy a bailar, para todos ustedes «La danza del fuego».

Y lo hizo con tanta convicción, con unos movimientos de brazos y piernas tan decididos, que María le dijo, entre asombrada y agradecida:

—¡Qué hermoso!

Nidia pensó que había algo raro en eso de bailar en el patio de la casa de la María; Rosita, no: pensó que ahí era mejor que en su casa, donde siempre le decían: «No salís si no tomás la leche, si no hacés los deberes», etc. Ahí, María decía: «No te vas sin bailar».

Domingo las llamó perentoriamente, siempre escondido, y salieron corriendo. María les dijo:

—¡No se vayan! ¡Un ratito más!

Pero ya las nenas habían huido y en el apuro dejaron en casa de María la bolsa con el pito y las matracas. María consideró como muy interesante ese legado y además lo utilizó con frecuencia. Ella oía cuando el guarda despachaba el tren de Paso del Rey hacia Moreno, con el pito. María, desde su casa, tocaba también el pito junto con el guarda y despachaba el tren.

IV

Una tarde en que la madre juntaba higos y los ponía en el delantal, oyó la voz de María:

—Mamá…

Se hizo la sorda y María volvió a la carga:

—Mamá, vení un poco aquí conmigo.

La madre hizo un gesto de impaciencia, debía terminar de juntar los higos.

Con tono de reconvención, como si el modo de caminar de la madre fuese producto de una decisión propia, María, que se había acercado, le dijo:

—Mamá. ¿Por qué caminás así? Parecés vieja.

Y tristemente añadió:

—Mamá querida, ¿qué te hicieron? Vení un poquito acá conmigo, yo te cuido.

La madre le dio los higos a María y le dijo:

—No, si voy caminar como balerina. No parece, sono vieca.

«Viejo» era una palabra que a María le sonaba como un tiro, en otro momento podría haber provocado un incidente, pero esta vez no, María quería que la madre se quedara un rato largo, para contarle cosas que había visto desde la puerta de calle. La madre le dijo:

—Voy por la costura.

—¡No te vayas, mamá!

—¿Has oído? Voy por la costura, no tomo el barco.

Hasta que no la viera volver, María no estaba tan segura de que no se fuera en barco o en cualquier cosa. Cuando la madre volvió —pensó que debía inspeccionar un poco la casa, a ver qué pasaba— María le preparó la silla menos derrengada para que se sentara al sol, a coser. Después le dijo:

—Mamá, vi pasar a la señorita de *sport* y volante esta mañana.

—Enhebra la aguja.

—Pasó el señor Peregrino, con su cartera y sus zapatos de baile: se iba a un baile.

La aguja no estaba enhebrada todavía, siempre lo mismo: cómo podía ser que no se resolviera semejante pavada: el que ve un poco, pone el hilo enseguida: iba a mirar un poco el cuartito.

—No, mamá, no abras ahí.

María había encerrado unos pollos en el cuartito. Los encerraba ahí para que no se hicieran callejeros, para que no se juntaran con nadie ni fueran presa de los brujos. Apenas espió, la madre vio las paredes del cuartito llenas de humedad; las paredes estaban verdes, los pollos comían trozos de pared descascarada y el musgo que crecía en los huecos. Ella, al nacer, los bañaba, la mitad se había muerto. La madre le dijo, en tono amenazador:

—Dale maíz.

Mientras siguió hablando de la señorita de bidet e inodoro, María les tiró un puñado de maíz como quien tira rosas a un público; los pollos se precipitaron torpemente: parecían camellos en miniatura, jorobados y de andar incierto. La madre insistió para que María los liberara, pero ella se negó firmemente: ese día no les tocaba salida.

Finalmente la aguja estaba enhebrada. Aunque clamara la ira divina, ese encierro de los pollos, era mejor no insistir: quería ver un poco la cocina.

—Mamá, sentate, ¿no ibas a coser?

—Ma sí, sí.

En la cocina no había luz, en el baño tampoco. En el hermoso y sombrío comedor, tampoco.

—¿Y la luz?

—Ah, prendo siempre todas las llaves a ver si viene, pero no quiere venir.

—Busco velas —dijo la madre.

—Mamá, ¿otra vez te vas?

«Qué desconcierto de las cosas», pensaba María. Dijo que iba a coser, así charlaban, y la madre se iba de acá para allá, sin ton ni son.

Cuando la madre volvió con las velas, María había agarrado la costura y estaba cosiendo. La madre le dijo:

—Deja, deja.

No se podía permitir que cosiera alguien que encierra los pollos, tarda una hora para enhebrar una aguja y destruye la instalación de la luz. Cuando le sacó la costura, María le dijo:

—Mamá, ¿vos me querés?

—Ma sí, hacé un mate.

Mientras hacía el mate, María hablaba tranquilamente de unas mortificaciones y del padre, que estaba escondido. La madre estuvo a punto de decirle que estaba muerto, pero iba a ser para mal. Se quería quedar a dormir ahí esa noche: había una cama con un colchón más mullido que el de la casa vieja. Le dolía el cuerpo, estaba cansada y no hacía más que preguntarse cómo era que Dios permitía tantas cosas al revés, por ejemplo todo lo que hacía y decía María: no hacía una derecha. Había que tener algo en cuenta, si bien no hacía una derecha, Dios había intervenido para bien, porque María no gritaba todos los días ni tan fuerte, además gritaba de noche, cuando Rodolfo se iba a su casa. Pero la casa de Atilio se iba arruinando: tanta agua tirada a las paredes, a los enchufes, había deteriorado la electricidad. La madre pensó que se iba a tirar un ratito en esa cama para rezar un rosario; a veces, mientras rezaba el rosario, veía con más claridad las cosas. En la mitad del rezo se quedó dormida de tan cansada. María se puso a mirar las revistas, a la luz de la vela: junto a las caras de las personas, junto a las propagandas, ella escribía comentarios. Ni gritó ni despertó a la madre: era la primera vez que dormía en su casa.

Así fue como la madre empezó a alternar su estadía en una casa y en la otra. Cuando María se enojaba, ella se iba a la casa vieja y almorzaba con Rodolfo y Elena. Elena le confesó a la madre la pena que tenía por haber dejado la casa de Atilio, tanta ilusión que puso ella en esa casa. Y cuando Elena le contaba todo lo que cosía y cómo había arreglado la casa nueva alquilada —algún día la madre tendría que ir a verla, no era posible que no hubiera ido todavía—, y cuando veía a Rodolfo despachando tan

tranquilamente como si no trabajara, la madre pensaba en cómo el Bien se desarrollaba tan tranquila y silenciosamente a través de ellos dos y cómo el Mal se manifestaba tan ruidoso y ostensible en el caso de María. Por eso, cuando ellos hablaban de adelantos y de cosas felices en general, a ella le daban ganas de ir a espiar a María, para ver si no estaba prendiendo fuego a algo, o si se había caído o si lloraba, como muchas veces lo hacía. Si la veía llorando la madre llevaba elementos para hacer comida y le cocinaba, pero no era remedio: cuando María lloraba no comía por largo rato. No, no había remedio para eso y empezó a pensar insistentemente en por qué Dios no se la llevaba así ella podía descansar o morir tranquila, daba igual. Para colmo Nidia la última vez que fue a Paso del Rey le dijo que le gustaría vivir con ella; se acordaba de los cuentos que la madre le contaba en la otra casa y sobre todo, de uno. La madre ni se acordaba de esos cuentos, que eran tute muse, muse musaie para que Nidia se durmiera. Después pensó que si María se muriera, podría llevar a Nidia allí con ella. Después pensó que esa idea era un disparata, pero de todos modos, tal vez fuese un pensamiento que merecía el castigo divino. No se debe desear la muerte de ningún ser humano, ni siquiera de María, a pesar de que ella estaba debilitada por la gripe fuerte que se agarró en la casa de ella, cuando tiró baldes de agua alrededor de la cama, en invierno. Y ahora, que tenía tantos deseos de que Nidia viniera un poco con ella —tal vez fueran pecados esos deseos porque en realidad lo que a ella le gustaría era que la nena viviera siempre con ella, lejos de tanto remedio y cerca del sol y de las plantas—, ahora, ella no tenía fuerza como antes. Se dormía sin darse cuenta, sin terminar los rezos, antes ella siempre sabía cuándo se dormía. Se despertaba sin saber si era la mañana o la hora de la siesta y tardaba un rato en acordar qué era: antes lo sabía inmediatamente. Sí, tal vez fuera un pecado querer separar a los hijos de los padres, pero ella no la quería separar: quería que la nena tuviera un aspecto más saludable. Pero no tendría fuerzas para cuidar a las dos, a Nidia y a María; y otra vez el pensamiento de si María muriera. ¿Por qué le venían esos pensamientos, quién se los mandaba? ¿Sería mala ella, como a veces le decía María? La idea de que pudiera ser mala le hacía bajar las fuerzas y lo último que querría era no tener fuerzas. De modo que dejó diluir esa idea: no era

agradable, le producía un desgano tan grande, una sensación de inutilidad tan amplia, que la dejó correr y en cambio pensó otra cosa: si total, a Nidia no la iban a mandar, porque ella no sabría peinarla como Teresa, que es cierto que le daba un remedio tras otro, pero la nena estaba peinada y vestida que era un primor y estaba acostumbrada a eso; una vez que ella la peinó, se encabritó y dijo:

—Ah, no, mamá me peina así.

Y Nidia sola ya sabía peinarse mejor de lo que ella podía hacerlo. Nunca supo peinar bien a nadie. ¿Por qué sería? Carolina sí sabía, porque ella era argentina; los que son argentinos saben más de esas cosas; ¡tanto tiempo que no veía a Carolina, a lo mejor estaba enferma y ella no iba a verla! Le iba a pedir a Domingo que la llevara a lo de Carolina. Empezó a extrañar a Carolina: con ella no tenía que hacer ni el gasto de la conversación. Con Rodolfo y Elena estaba bien, pero eran extraños, debía esmerarse un poco para conversar, debía desempeñarse bien. Ellos eran de afuera. Pero Teresa y Domingo eran más extraños todavía: hablaban de remedios y cosas que ella ni conocía ni quería conocer. Atilio no era extraño, pero últimamente estaba distraído y debía llamarlo al orden para que atendiera lo que ella le decía. Igual que el padre, pero no quería acordarse del padre, porque si empezaba con eso, no se iba a dormir. Cuando se acordaba de algo que hacía el padre todavía le daba rabia, como si estuviese vivo, ella pensaba la muerte de él como si se hubiera producido por ser descuidado, desatento como Atilio, por no hacerle caso. Se durmió pensando en un pañuelo gris y rosa que usaba Carolina: lo desplegaba lentamente y después lo volvía a doblar, con todo cuidado.

Finalmente la madre se enfermó porque la gripe no se le curaba del todo: iba y volvía. Cuando estaba a un paso de sentirse bien y andar, algo pasaba que la hacía caer de nuevo en cama: a veces eran unos negros pensamientos, otras, una visita de María que insistía en que fuera a la casa de ella, y sobre todo, la asustó la visita del médico alemán que le mandó Domingo. Ramondi había muerto y Teresa tenía un médico al que consideraban mejor aún que el anterior. Qué cosa, la madre pensaba que era peor aún que el anterior. Se contaba de este médico que se había

escapado de la guerra disfrazado de corredor de maratón y atribuían sus hábitos alimenticios al hecho de haber estado en el frente: por largas semanas no comía otra cosa que pan, chocolate y bananas. Pero también atribuían esto último a que era un sabio y ya se sabe cómo son. Tenía más aparatos que Raimondi y un péndulo de su invención: lo colocaba a distancia del paciente para detectar el estado general de la salud. La madre no les temía a los aparatos de ahorcar el brazo o de piscar el pecho: a veces le temía al péndulo, y otras, toda la ceremonia que hacía el doctor Werner le parecía puro scherzo.

Cuando Domingo le ofreció la casa de ellos para que se restableciera, la madre no aceptó: dijo que ya había hablado con Elena, que le quería dar unos pesos y ella la cuidaría; en realidad no le había hablado, pero pensaba hacerlo. A pesar de que le hiciera bien ver a Nidia, no se quería quedar en lo de Domingo: no entendía ni las conversaciones ni los aparatos de la cocina y del baño de esa casa. Había en el baño una balanza para pesarse. Ella en esa casa ni siquiera sabría cocinar, no sabía para qué servía la mayoría de las cosas que ellos tenían y cuando se lo explicaban, no le encontraba ninguna utilidad a nada. Cuando la madre dijo que no quería quedarse en casa de ellos, Teresa pensó: francamente, esa vieja siempre había sido caprichosa, mucho menos llevadera que su pobre tía Copeta —tanto que la había fastidiado cuando era joven—, Copeta se entregó a todos los médicos mansamente antes de morir y a todas las medicaciones. Cierto es que se murió por tomar un remedio equivocado, pero «genio y figura»; siempre había sido así y se murió sin dar ningún trabajo. Pero esta vieja, francamente, había sido caprichosa en todo: tuvo un tiempo los anteojos, después se quejaba de que no veía y cuando le propusieron hacerse anteojos nuevos, dijo que para qué, que perdía el tiempo buscándolos a cada rato, si total para lo que ella tenía que ver, se entendía sin anteojos, porque buscaba todo de memoria.

Tampoco quería usar bastón y eso que rengueaba y ofrecía un espectáculo lamentable; cuando justamente, una persona mayor con bastón y anteojos parece más completa, más protegida. Además los anteojos vuelven más fina, más delicada a cualquier persona, refinan el tipo: ella lo había observado en muchos casos. Pero francamente, no era el hecho de

ocuparse de encargar cada semana un bastón y un par de anteojos para que los deje en el gallinero.

Todas las veces que Atilio fue a visitar a la madre, la vio sentada en la cama; acomodaba las estampas, alisaba ropa con la mano y la dejaba doblada, pero básicamente rezaba, con más concentración que antes. Le dijo:

—Mamá, ¿querés venir a mi casa?

Ella le dijo que por ahora no; la cuidaba muy bien Elena. Le dijo, eso sí, que no quería ir a lo de Domingo porque no le gustaba el doctor Werner con esos aparatos, ni cómo iba vestido: no iba vestido de médico: iba vestido de escapado de la guerra, siempre con ese pulóver color caca haciendo juego con su boina.

Elena dijo que la iba a cuidar más horas sin cobrar absolutamente nada. ¿Cómo se le había ocurrido? Más aún, ponía su casa a disposición de la madre para que se trasladara. ¿Por qué Atilio o Domingo no se habían casado con Elena?, pensaba la madre, que si no fuera un pecado que ofende a Dios, ella separaría a cualquiera de los dos para tenerla como nuera. ¿Con cuál de los dos? No tenía importancia, Elena le iba bien a cualquiera.

Entonces contrataron al primer médico que se instaló en Paso del Rey, un muchacho joven, con pocos aparatos. Él se sentaba y le hablaba a la madre. Le entendía tan bien todo lo que la madre le contaba de su enfermedad que ella le pidió a Atilio dinero para hacerle un regalo extra: le hubiera pagado para que le viniera a hablar y a ordenarle ejercicios. Ese médico decía todo en plural: «Ahora, vamos a sacarnos la blusa», «Ahora vamos a ver el pulso», «Aspiramos aire y soplamos». La madre se sentía útil, sentía que trabajaba por la salud y la medicina. Pero el mediquito le dijo a Atilio:

—Debe estar acompañada de día y de noche.

Así fue como Atilio la llevó a su casa de Buenos Aires. No quiso ir la madre al principio, no le gustaba el olor de Buenos Aires, como a leche a punto de cortarse. Las pocas veces que fue a la ciudad, ese olor le daba ganas de devolver; pero ahora era distinto; ella misma supo que debía ir,

porque las ganas de devolver se aminoraban frente a una sensación de indefensión; sentía que no disponía ella del todo de sí misma. «Da mi sola», como decía.

Toda la casa de Atilio estaba impregnada de ese olor a Buenos Aires; si bien podría decirse que esa casa se parecía en algo a la de Moreno, había detalles muy diferentes. Por ejemplo las cortinas no estaban sueltas, sino como contenidas en sí mismas, trabadas en la parte baja; la cocina era chica y ellos comían en un patiecito desde donde no se veía el cielo; la madre comía en la cama. No se podía decir que Adela fuera mala o la descuidara, pero estaba aprendiendo a tocar el piano. Atilio se lo había comprado no bien se lo pidió y se ejercitaba muchas horas por día, mientras la madre, desde la cama decía: «Eco, altra volta la medeshima». Porque Adela tropezaba en un punto, se atascaba y volvía atrás. A la madre le hubiera gustado escuchar algo completo, sin ningún tropiezo: Adela tropezaba hoy con la misma dificultad de ayer. Desde la cama, ya sabía la madre en qué momento se iba a equivocar. Cansada de tanto desconcierto, se acordó de unas fotos que había traído de su casa; sabía que eran de sus hijos, pero ¿quiénes eran? La chiquita era Nidia, con sus medias tan blancas, pero ¿y los otros? Eran fotos de cuando eran jóvenes, seguro; no reconocía ni recordaba las ropas de ninguno. ¿Cómo podía ser que ella no pudiera ver ni saber siquiera quién era cada uno? En medio de esas fotos apareció la de un pariente lejano, se suponía, porque esa foto siempre estuvo en su casa y nadie supo ni averiguó a quién pertenecía. Esa foto siempre se colaba en todos lados; era muy grande y se lo distinguía enseguida, a él, su sombrero rancho y su corbata de moño. Parecía alguien que hubiera puesto toda su pasión en sacarse esa foto; y a lo largo del tiempo, no bien querían revisar las fotos o mirar la de alguien que querían ver, aparecía él siempre: había posado con tanta convicción que nadie nunca pudo tirar esa foto. Él era como de otra familia, más bien no parecía pertenecer a ninguna familia, sino a otro planeta. No, Adela no iba a saber quién era; pero a lo mejor la iba a ayudar a saber quién era cada uno de sus hijos. La llamó y le dijo:

—Adela, ¿quién es éste?, ¿quién es este otro?

Y Adela, con esa prescindencia que tiene la gente de Buenos Aires para lo que no le interesa, miró y le dijo:

—Sabe que no sé.

No sabía; tal vez no le importaba. Tal vez no importara. No bien se aleja uno de las personas, parece que no existen más, como los de Italia: al principio carta va, carta viene y después, nada. ¿Cuántos hermanos eran ellos? Seis: Giussepe, Caetán, Marietta, Teresa, Nicola. ¿Y el otro? Era un varón, seguro. Pero ¿cómo se llamaba? ¿Qué cara tenía? ¡Oh, cuánto error, cuánto extravío!

Al poco tiempo de haberse ido la madre a Buenos Aires, María se acercó a lo de Rodolfo y preguntó:

—¿Dónde está mi mamá?

—Está en Buenos Aires, me pidió que yo le lleve la comida a usted.

Esto fue dicho por Rodolfo con voz conciliadora, la que usaba para los clientes «difíciles».

María dijo:

—Yo no la vi cuando se fue; no es cierto.

—Bueno, porque se fue de noche, estaba un poco enfermita.

La sacaron de noche los brujos mentirosos, la enfermaron para sacarla, pero dicen que la sacan y después no es cierto; la sacan y la ponen. María dijo:

—Quiero ver a mi mamá.

—Pase a ver, pase a mirar.

No entró a la pieza para verificar, la llamó desde la puerta y no hubo respuesta. Que no hubiera respuesta no era garantía para ella, muchas veces se había acercado, la había llamado, sabía que estaba ahí, pero no salía. Más alarmada todavía, preguntó:

—¿Dónde está mi hermanito?

—Atilio está en Buenos Aires, su mamá está con él.

Buenos Aires, Buenos Aires, nombran lugares que no existen, roban todo, robaron a la madre, ahora al hermano, ese hombre indujo a Atilio para que llevara a la madre quién sabe adónde. Roban a la madre, roban las casas, roban la llave. Lo miró a Rodolfo firmemente y le dijo:

—Todo esto es de nosotros. La vereda también es mía.

Rodolfo dijo, con voz paciente:

—Sí, claro que todo es suyo, pero yo soy inquilino.

Se quedó un momento cortada, retrocedió hasta su casa. Iba hablando sola, roja de ira: «Inquilino, inquilino, brujos de la peor especie, se apropian de todo, de las llaves; le robaron la madre, la llave y la cacerola, que no la encontraba». No podía dormir tranquila en su casa; tenía que impedir que entrara nadie. A partir de ese día todas las noches corría un armario pesado y lo adosaba a la puerta, para asegurar el armario ponía una mesa y por último dos sillas. Si los brujos querían entrar, no iban a poder con tantas cosas, suponiendo que llegaran a abrir la puerta, ella se enteraría por el ruido y además les iba a partir las sillas por la cabeza. Al día siguiente tomó una decisión: iba a ir a Moreno para buscar a la madre. Debía estar allá, seguramente. Se vistió con un vestido negro que no usaba desde hacía unos veinte años y le quedaba chico y buscó una cartera que tenía más años todavía: cortó un ramito de jazmines y tomó una revista. Así se iba a ir a Moreno, sin estar ya enojada, pero muy convencida y emocionada. Eso sí, antes de salir colocó en la casa su nuevo dispositivo de seguridad: las sillas, la mesa y el armario. Rodolfo la vio pasar con la cartera y la revista bajo el brazo, su vestido negro y las flores a porfía. No sabía si debía detenerla, convencerla, hablar por teléfono a Atilio o qué. Cuando pasó cerca de él, María le dijo:

—Voy a Moreno, a buscar a mi mamá.

—No está en Moreno, créame.

Si tanto insistía en que no estaba en Moreno, era porque estaba.

La calle que llevaba de Paso del Rey a Moreno estaba ahora asfaltada: por ella pasaban autos, camiones y la cruzaban personas a pie. Todo el camino se había poblado: había muchas casas, una pequeña iglesia y una fábrica. Ella había hecho ese camino a pie para ir a la escuela de Moreno, unos cincuenta años atrás, cuando la calle era de tierra, no había ninguna casa al borde del mismo, ni la iglesia ni la fábrica; en ese tiempo no pasaban autos; sólo había que cuidarse de algún perro suelto o de linyeras escondidos. De modo que ese camino era el mismo y no era el mismo. Era el mismo porque ella podía recorrerlo instintivamente; su cuerpo le decía

que por ahí se llegaba a Moreno: pero estaba lleno de cosas nuevas, desconocidas y amenazantes. Era cuestión de andar todo derecho y se llegaba pero en cada cuadra encontraba un peligro, un obstáculo o una porquería; por eso, si veía una caca de perro cruzaba la calle; si cuando cruzaba se debía enfrentar con un hombre que marchaba en sentido opuesto a ella, vuelta a cruzar. Hizo ese camino en zigzag, cruzando más de diez veces en veinte cuadras, sorteando autos que pasaban a velocidad de carretera. Cuando llegó a la cuadra de su casa, dobló hasta la mitad y se puso contenta: ahí estaría la madre, con la que estuvo hablando durante toda la marcha. Pero después pensó quién sabe qué terrores, qué esclavitudes pasaría la madre, como ella, con tanta gente nueva como la que andaba por el camino. Esa gente que lo puede arrebatar a uno, o hacerlo prisionero o quién sabe qué. Ella le iba a dar las flores y la iba a rescatar. Cuando llegó a su casa, los chicos Brown estaban con sus bicicletas nuevas en la vereda, junto con sus amigos, admiradores y colados, que pugnaban por ver las bicicletas de cerca. Golpeó María las palmas para llamar y el mayor de los Brown le preguntó:

—¿Qué desea?

—Vengo a buscar a mi mamá y a mi hermanito.

El chico pegó un grito:

—Ma, para vos.

Le pareció rara esa vieja, pero volvió a las bicicletas. Desde la ventana, la señora Brown, que se había recostado con las piernas en alto para favorecer la circulación, le gritó:

—Preguntale qué quiere.

Y el mayor de los Brown, con fastidio, dijo:

—Algo de la madre, del hermano, qué sé yo.

La señora Brown echó una ojeada por la persiana del comedor. No parecía vendedora ambulante; mendiga, tampoco; ¡qué vestido más horrible! Salió a mirar y María le dijo:

—Vengo a buscar a mi mamá.

—Debe haber un error. Debe haber anotado mal la dirección.

—Toda esta casa es nuestra y aquí están mi mamá y mi hermanito.

Ya los chicos se habían olvidado de las bicicletas y escuchaban atentamente la conversación.

—Esta casa es mía —dijo María—. Nosotros vivíamos antes aquí.

Ahí la señora Brown rumbeó un poco más y dijo:

—Ah, pero yo soy inquilina.

María, roja de ira, le dijo:

—No repita esa palabra.

La señora Brown rumbeó todavía más y con extrema cortesía le dijo:

—¿Quiere entrar para ver?

María vaciló: espió por la entrada del comedor. Alcanzó a ver el jardín desde ahí: el jardín era otro, el mismo comedor era otro. No quiso avanzar, le dieron ganas de llorar.

—Siéntese, siéntese —dijo la señora Brown.

No, no quería sentarse; quería irse; habían transformado su casa en otra; sabía que era su casa, pero era otra. Cuando se estaba por ir, la señora Brown le dijo al mayor, que se había acercado:

—George, la cámara.

—Te dije veinte veces que nos olvidamos de comprar rollo, ma.

Y mientras la señora Brown veía a María que se alejaba cansada, con sus flores en la mano, la cartera antediluviana y la revista bajo el brazo, con su absurdo vestido (fascinante, pensó), protestando con su voz de muchacha irritada, le dijo a George:

—Nunca está preparada la cámara cuando yo la necesito.

Fuentes

En todos los casos se citan las primeras ediciones:

«Angelina y Pipotto», en *Dios, San Pedro y las almas*, Menhir, Rosario, 1962.

«El tío y la sobrina» y «El viejo», en *Eli, eli, lamma sabacthani*, Goyanarte, Buenos Aires, 1963.

«El amigo de Luisa» y «Un posible marido viejo», en *La gente de la casa rosa*, Fabril, Buenos Aires, 1972.

«El recital de piano», «Impresiones de una directora de escuela» y «El budín esponjoso», en *El budín esponjoso*, Cuarto Mundo, Buenos Aires, 1977.

«La luz de un nuevo día», «Leonor», «Paso del Rey», «Danielito y los filósofos», «¿Ablativo en "e" o en "i"?», «Las abejas son rendidoras» y «El ser humano está radicalmente solo», en *La luz de un nuevo día*, CEAL, Buenos Aires, 1983.

Camilo asciende, Torres Agüero, Buenos Aires, 1987.

Memorias de un pigmeo, Pluma Alta, Buenos Aires, 1992.

Mudanzas, Bajo la luna, Buenos Aires, 1995.

«Una se va quedando», «Guiando la hiedra», «Querida mamá», «Mi nuevo amor», «Él» y «Muchacho en pensión», en *Guiando la hiedra*, Simurg, Buenos Aires, 1997.

«Señorita», en *Señorita*, Simurg, Buenos Aires, 1999.

«Cosas que pegan, cosas que no pegan» y «Florinda», en VV. AA… *Mano a mano*, Norma, Buenos Aires, 2004.

HEBE UHART. Nació en Moreno, provincia de Buenos Aires, en 1936. Estudió Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Trabajó como docente y colaboró en distintos medios. Ha publicado, entre otros títulos, las novelas *Camilo asciende* (1987) y *Mudanzas* (1995), y los libros de cuentos *Dios, San Pedro y las almas* (1962), *La gente de la casa rosa* (1970), *El budín esponjoso* (1977), *La luz de un nuevo día* (1983), *Guiando la hiedra* (1997), *Del cielo a casa* (2003) y *Turistas* (2008).